7
43

0085457
BV4217
T4
1871-93
v.13

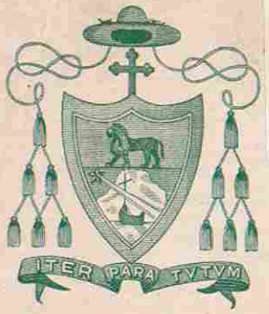
de Palomar,
, muy amigo
parecieron
que averigu
ue, segun vo
do dejó pap
guardia civil
to y empezó
y despues de
la cárcel, p
a gestiones
diente contin
ruccion de la
desvío de la
mpuje han re
le Magoria.
osa:
idente de la C
a a los alcal
defensa de 18
ya procedem
ndo cooperar
de Setiembre u
taquillas con
hacer uso d
ersonal facult

Mr. Galowsk
sea recorrer
dia 27, salie
tos antes de

toros de H
on, del últim

vapores-corre
á Cadiz y lo
una partida
l.

oletin del 30
eral Delegaci
normalizaci
gestion de
tario E. C. de
lla á Roma
x-oficial car



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

1080015283

y Tellez

TESORO

DE

ORATORIA SAGRADA

Divisiones, Pasajes,

y sentencias de los Santos Padres

SEGUNDA PARTE.

TOMO I.

oratoria sagrada

segunda parte

tomo 1

J G B

TESORO

DE

ORATORIA SAGRADA,

Ó SEA:

BIBLIOTECA SELECTA

DE

PREDICADORES;

COLECCION ESCOGIDA

de Sermones, Pláticas y otros Discursos sagrados sacados de los más sobresalientes autores nacionales y extranjeros, en especial modernos;

CONSIDERABLEMENTE

ampliada con gran copia de trabajos originales, Sermones, Planes de sermon, Divisiones, Pasajes, Figuras de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres.

2.ª EDICION

CORREGIDA, ORDENADA Y COMPLETADA

POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIÁSTICOS,

bajo la direccion

del R. P. Ramon Buldú,

Provincial franciscano.

Comede volumen istud et vomens le quere ad filios Israel. Ezech. 3, 1.

SEGUNDA PARTE.

Tomo I.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

BARCELONA:
PONS Y C.ª EDITORES, CALLE DE PETRIXOL, NÚM. 9.

1880.

45176

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

B
BV4217
T4
V.13
1871-93

LOS EDITORES SE RESERVAN LA PROPIEDAD DE ESTA OBRA,
CON ARREGLO Á LA LEY.

Imprenta de Luis Tasso, calle del Arco del Teatro núms. 21 y 23.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA,
Ó SEA:
BIBLIOTECA SELECTA
DE
PREDICADORES.

SEGUNDA PARTE.

TESORO MARIANO,
ó sea:
Panegíricos de la Santísima Virgen, relativos á todos sus **Misterios**, sus **Virtudes**, los **Hechos** todos de su Vida y á los principales títulos y advocaciones, con que la honran los fieles.

DIRIGIDA, COLECCIONADA Y CORREGIDA
POR EL
R. P. Ramon Buldú,
Provincial franciscano.

TOMO I.

EL JARDIN MARIANO,
Ó SEA:
LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA, SIMBOLIZADA EN LAS FLORES,
TRADUCIDO DEL ITALIANO.

Prædicate Evangelium omni creaturæ. (MARCH. XVI, 15.)

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

BARCELONA:
PONS Y C.ª EDITORES, CALLE DE PETRIXOL, NÚM. 9.

1880

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

EL

JARDIN MARIANO,

Ó SEA:

LA SANTÍSIMA VÍRGEN MARÍA,

SIMBOLIZADA EN LAS FLORES.

AL DEVOTO LECTOR.

La institucion de un Mes dedicado y consagrado enteramente á las glorias de la augusta Reina de los cielos, no hay duda, que debe ser considerado por todos los fieles como un favor especial de aquella providencia amorosa, que, enderezando todas las cosas en beneficio de sus hijos, ha querido, con la devocion de este Mes, proporcionarles el medio más adecuado para conseguir toda gracia y todo favor del cielo.

Empero, si providencial debe llamarse la institucion de este Mes, no ménos providencial, parécenos á nosotros, la eleccion del mismo. Pues ¿qué razon, crees tú, lector querido, puede haber influido en la eleccion de este Mes de Mayo para tal devocion con preferencia á todo otro mes? A juzgar por las escasas luces de mi entendimiento, yo encuentro, para tal eleccion, esta razon poderosísima: fué escogido el Mes de Mayo con preferencia á cualquier otro mes para las especiales alabanzas de la Vírgen, porque dicho Mes nos ofrece en la rejuvenecida naturaleza, no solo la frescura del aire, la salubridad de los vientos, y la pureza de la luz, sino, principalmente, la variedad de las plantas, la multiplicidad y la lozanía de las flores, siendo, por lo tanto, el mes más á propósito para hablar á nuestro corazon de Aquella, que todos reconocemos, con la Iglesia, cual florida vara de Jesé, mística Rosa de Jericó, y cándida Azucena de los

008545

valles; en una palabra: como la flor siempre bella y olorosa de los campos: *Ego flos campi* (CANT., II, 1).

Por lo que acabamos de manifestar, bien puedes colegir, lector, cuál ha sido el objeto que nos hemos propuesto en estos discursos. Escoger alguno de los asuntos de la vida de María, representarlo bajo el símbolo de una flor, ofrecerlo de esta suerte á la piedad de los devotos, para que con el atractivo del símbolo se insinue más fácilmente en sus corazones; hé ahí lo que nos movió á acometer tal empresa; no para hacer gala de propia doctrina, sino para que se difundan siempre más y más las glorias de María, y para que en los devotos tome cada dia nuevo incremento el amor de la misma.

DIA PRIMERO.

INTRODUCCION.

LA IMITACION DE LAS VIRTUDES DE MARÍA.

Qui elucidant me, vitam æternam habebunt.
Los que me esclarecen, obtendrán la vida eterna.
(ECCL, XXIV, 31.)

Bella y risueña, señores, se ofrece á nuestros ojos la deliciosa primavera. El cielo osténtase sereno, tranquilo el aire, radiante la luz. Sosegado se nos aparece el instable ó veleidoso elemento del mar; pausado, deslízase por su cauce el plateado riachuelo, y renuévase el canto de las avecillas pintadas con tan variados colores. ¡Oh! ¡Con qué suavidad nos acarician nuestras frentes los blandos céfiros que vuelan en torno nuestro! ¡Con cuánta dulzura hiere nuestros ojos el rayo del sol! ¡Qué encanto nos ofrece la contemplacion de la naturaleza entera! Los montes ya no se ven cubiertos de nieve, sino llenos de verdor y amenos; las dilatadas llanuras hállanse henchidas de

mieses, y todos los prados osténtanse adornados de yerbas y flores. Y ¿dónde, dónde, repito, podemos volver la mirada, sin encontrarnos con el espectáculo el más bello de la rejuvenecida naturaleza? ¿Acaso en los frondosos bosques y aún en las oscuras y enmarañadas selvas, no sentimos un no sé qué de grato, que nos encanta, nos sorprende y nos atrae con el aroma de las plantas, la majestad de los árboles, y la frescura de las hojas? Hasta la misma noche, ¿no nos arrebata como el dia, y aún con preferencia á él? Aquel plácido silencio, nunca interrumpido por los embravecidos huracanes; la estrellada bóveda del cielo, jamás cubierta por nubes amenazadoras; y la candorosa luna, no circuida por los vapores ni por copiosas lluvias, ¿no son espectáculos que nos encantan, nos arrebatan y nos sorprenden? ¡Ah! sí: lo mismo el dia que la noche, lo propio la luz que las tinieblas, así el sol como la luna, todo alienta, consuela, recrea; todo proporciona alegría, diversion y esparcimiento.

Mas lo que, principalmente, alegra el corazon y parece enajenarnos los sentidos es, en especial, la vista de las extensas llanuras, de las amenísimas colinas, de los lindos verjeles, enriquecidos y esmaltados con toda clase de flores. ¡Oh! cómo nos embelesa el aspecto de su grata frescura! cómo nos embriaga el olor que de ellas se desprende! En nuestra incertitud de saber sobre cuál de ellas es preferible fijar nuestras miradas, ora nos extasiamos contemplando las odoríferas alheñas, ora fijamos los ojos en las bellísimas rosas; en términos que el amaranto y el ranúnculo, la verbena y el amorcillo, el tulipan y el jacinto, la margarita y el clavel, la jeringuilla y el jazmin, parecen invitarnos á porfía, á deleitarnos en la vista de su agraciada belleza. Mas, ¿á dónde me conduce, señores, tal consideracion?

¡Ah! dispensadme el favor de levantar vuestras miradas, elevad más arriba vuestros pensamientos. No es, no, la vista de jardines materiales lo que trasporta mi corazon; ni es tampoco el aspecto de flores terrenales y caducas lo que suspende mi ánimo. Recordad, señores, que el mes de Mayo, el mes de las flores fué, precisamente, escogido para solemnizar los triunfos Marianos, las glorias de María, porque en ella germinaron todas las flores de las virtudes cristianas y religiosas. Hé aquí las flores que se ofrecen hoy, ante mi mirada; hé aquí el jardin que está contemplando mi imaginacion. Y no es en vano, señores, toda vez que, al hacerme esta reflexion, no me propongo otra cosa, que excitar vuestras almas, hasta donde lo permitan mis propios alcances, á la contemplacion deliciosísima de ese venturoso jardin. Sí, queridísimos hermanos; para conduciros como por la mano al interior de esa misteriosa morada, mostraros una tras otra

valles; en una palabra: como la flor siempre bella y olorosa de los campos: *Ego flos campi* (CANT., II, 1).

Por lo que acabamos de manifestar, bien puedes colegir, lector, cuál ha sido el objeto que nos hemos propuesto en estos discursos. Escoger alguno de los asuntos de la vida de María, representarlo bajo el símbolo de una flor, ofrecerlo de esta suerte á la piedad de los devotos, para que con el atractivo del símbolo se insinue más fácilmente en sus corazones; hé ahí lo que nos movió á acometer tal empresa; no para hacer gala de propia doctrina, sino para que se difundan siempre más y más las glorias de María, y para que en los devotos tome cada dia nuevo incremento el amor de la misma.

DIA PRIMERO.

INTRODUCCION.

LA IMITACION DE LAS VIRTUDES DE MARÍA.

Qui elucidant me, vitam æternam habebunt.
Los que me esclarecen, obtendrán la vida eterna.
(ECCL, XXIV, 31.)

Bella y risueña, señores, se ofrece á nuestros ojos la deliciosa primavera. El cielo osténtase sereno, tranquilo el aire, radiante la luz. Sosegado se nos aparece el instable ó veleidoso elemento del mar; pausado, deslízase por su cauce el plateado riachuelo, y renuévase el canto de las avecillas pintadas con tan variados colores. ¡Oh! ¡Con qué suavidad nos acarician nuestras frentes los blandos céfiros que vuelan en torno nuestro! ¡Con cuánta dulzura hiere nuestros ojos el rayo del sol! ¡Qué encanto nos ofrece la contemplacion de la naturaleza entera! Los montes ya no se ven cubiertos de nieve, sino llenos de verdor y amenos; las dilatadas llanuras hállanse henchidas de

mieses, y todos los prados osténtanse adornados de yerbas y flores. Y ¿dónde, dónde, repito, podemos volver la mirada, sin encontrarnos con el espectáculo el más bello de la rejuvenecida naturaleza? ¿Acaso en los frondosos bosques y aún en las oscuras y enmarañadas selvas, no sentimos un no sé qué de grato, que nos encanta, nos sorprende y nos atrae con el aroma de las plantas, la majestad de los árboles, y la frescura de las hojas? Hasta la misma noche, ¿no nos arrebata como el dia, y aún con preferencia á él? Aquel plácido silencio, nunca interrumpido por los embravecidos huracanes; la estrellada bóveda del cielo, jamás cubierta por nubes amenazadoras; y la candorosa luna, no circuida por los vapores ni por copiosas lluvias, ¿no son espectáculos que nos encantan, nos arrebatan y nos sorprenden? ¡Ah! sí: lo mismo el dia que la noche, lo propio la luz que las tinieblas, así el sol como la luna, todo alienta, consuela, recrea; todo proporciona alegría, diversion y esparcimiento.

Mas lo que, principalmente, alegra el corazon y parece enajenarnos los sentidos es, en especial, la vista de las extensas llanuras, de las amenísimas colinas, de los lindos verjeles, enriquecidos y esmaltados con toda clase de flores. ¡Oh! cómo nos embelesa el aspecto de su grata frescura! cómo nos embriaga el olor que de ellas se desprende! En nuestra incertitud de saber sobre cuál de ellas es preferible fijar nuestras miradas, ora nos extasiamos contemplando las odoríferas alheñas, ora fijamos los ojos en las bellísimas rosas; en términos que el amaranto y el ranúnculo, la verbena y el amorcillo, el tulipan y el jacinto, la margarita y el clavel, la jeringuilla y el jazmin, parecen invitarnos á porfía, á deleitarnos en la vista de su agraciada belleza. Mas, ¿á dónde me conduce, señores, tal consideracion?

¡Ah! dispensadme el favor de levantar vuestras miradas, elevad más arriba vuestros pensamientos. No es, no, la vista de jardines materiales lo que trasporta mi corazon; ni es tampoco el aspecto de flores terrenales y caducas lo que suspende mi ánimo. Recordad, señores, que el mes de Mayo, el mes de las flores fué, precisamente, escogido para solemnizar los triunfos Marianos, las glorias de María, porque en ella germinaron todas las flores de las virtudes cristianas y religiosas. Hé aquí las flores que se ofrecen hoy, ante mi mirada; hé aquí el jardin que está contemplando mi imaginacion. Y no es en vano, señores, toda vez que, al hacerme esta reflexion, no me propongo otra cosa, que excitar vuestras almas, hasta donde lo permitan mis propios alcances, á la contemplacion deliciosísima de ese venturoso jardin. Sí, queridísimos hermanos; para conduciros como por la mano al interior de esa misteriosa morada, mostraros una tras otra

las flores más excelentes, que en tal abundancia rebosan de aquel fértil suelo, y animaros á recoger, allí donde es lícito, los fecundos gérmenes que deben ser plantados en el terreno de vuestros corazones; me he impuesto la tarea que voy á desempeñar delante de vosotros durante todo el presente mes.

No espereis de mí, os lo suplico, galanura de estilo, ni elevacion de conceptos, ni sublimidad de razonamientos: yo no haré otra cosa que pintaros la virtud para que os enamoreis de ella. Siendo esa la meta de mis aspiraciones, esta noche procuraré demostrar, que fuera inútil de todo punto el contemplar las virtudes de María, sin proponerse la imitacion de ellas.

¡Vírgen amorosa, verdadero jardin escogido, en el cual germinaron todas los flores, las verdaderas flores de las santas virtudes! ¡Oh! vos, con vuestra gracia, fecundizad, durante este mes, el árido suelo de nuestro miserable corazon, vivificadlo con el calor de vuestra caridad, adornadlo con aquellos santos gérmenes, á fin de que de un suelo harto lleno, por desgracia, de abrojos y de espinas, lo convirtamos en suelo el más grato y delicioso. De esta suerte, ¡oh Madre santísima! nosotros, al llegar al término de este devoto ejercicio, tendremos la inefable dicha de ofreceros un corazon que vos misma habreis preparado y dispuesto. A. M.

Por poco que estudiemos, mis queridos hermanos, las sagradas Escrituras, oiremos á cada paso la voz de la eterna é increada Sabiduría, la cual, no contenta con haber establecido en medio de la tierra un divino ejemplo de santidad y de virtud, nos está repitiendo claramente, que fuera cosa inútil el contemplar las perfecciones del mismo, si, al propio tiempo, no nos esmeráramos en reproducirlas en nuestro corazon.

Aprended, decía el Redentor á sus discípulos; aprended de mí á ser mansos y humildes de corazon: *Discite a me quia mitis sum, et umilis corde* (MATTH., XI, 29). Pues qué! ¿creyerais, por ventura, llegar á ser perfectos con solo meditar mis perfecciones? ¡Ah! vuestro engaño fuera bien culpable, puesto que yo os he dado el ejemplo de ellas, para que vosotros las imiteis en vosotros mismos, os diría Él: *Exemplum dedi vobis, ut quæmadmodum ego feci ita et vos faciatis* (JOANN., XIII, 15). Vengan aquellos mis infortunados católicos que hicieron consistir toda su perfeccion en la contemplacion de mis virtudes: ¿qué hicieron esos miserables? Solo se hicieron dignos de mayor castigo. Ellos me siguieron con el pensamiento; mas anduvieron léjos de mí con las obras: siguiéronme con la vista fija sobre la cima

del monte: pero su pié permaneció inmóvil en el valle. ¡Desdichados! puesto que vivieron en las tinieblas en pleno mediodía, y que mirando, nada vieron, y oyendo, nada entendieron; ¡insensatos! ¿qué os resta de todo ello? Venganza, azote, exterminio; exterminio el más desolador, azote el más duro, venganza la más inexorable. No; no es mio aquel que me sigue con la vista, y no endereza en pos de mí sus pasos; no, no es mio aquel que me admira con el pensamiento y no me imita con las obras.

Así, pues, amadísimos hermanos, si todo depende, no de la simple admiracion, sino de la eficaz imitacion, ¿qué beneficios, qué ventajas pudiéramos nosotros alcanzar durante todo este mes, si hallándonos dispuestos solamente á conocer las virtudes de María, no nos esforzásemos en modo alguno á reproducirlas en nuestro corazon? ¿Pudiéramos, por lo mismo, considerarnos dichosos y felices con solo haber recorrido ese selecto jardin, admirado el órden, la belleza y la variedad de tantas flores aromáticas? ¡Aleje Dios de nosotros tan funesta presuncion! La Santísima Vírgen, ella misma nos anima, asegurándonos, que solo podrá llamarse bienaventurado y feliz aquel que haya sabido copiar sus virtudes, seguir sus senderos é imitar sus ejemplos: *Qui elucidant me vitam æternam habebunt* (ECCL., XXIV, 31).

Es bien notorio, amados hermanos mios, que el hombre, y ocioso me parece recordároslo, de suyo tan débil, tiene tal propension á la maldad, y tanta necesidad de proteccion, que, entregado á sus propias fuerzas, se degrada y perece miserablemente. La religion no carece ciertamente para él de auxilios: el Altísimo le instruye con sus leyes, y aún le sostiene con las amonestaciones de Padre y las de Juez; con la esperanza del premio, y con el temor de los castigos. Empero, á pesar de todo eso, forzoso es confesarlo, el hombre necesita un modelo, un ejemplo y un prototipo; y lo necesita, no tanto para conocer la virtud, como para convencerse de que ella es fácil, posible, conveniente y adecuada á las fuerzas de un sér harto obstinado en considerarla árdua, penosa, é imposible. Mas, si en el ejemplo solo se fija la vista y no el corazon, si se le contempla y no se le sigue, ¿qué provecho podrá, en consecuencia, esperarse de ello? ¿Acaso, siendo débiles en los propósitos, pusilánimes en los peligros, impacientes en las tribulaciones, indolentes en las necesidades, y cobardes en las adversidades, tendríamos la osadía de prometernos fuerzas, aliento, valor y serenidad por haber simplemente meditado en este mes tal ó cual virtud de María? ¡Ah! locura fuera el pretender tal cosa, hermanos mios muy amados. Es preciso imitar aquello que se medita y copiar aquello que se admira. Nosotros, sin duda alguna, introduci-

dos en este mes en el místico jardin Mariano, lo hallaremos esmaltado de toda suerte de flores, le veremos lleno de las más sublimes bellezas; mas procuremos, mis queridos hermanos, no salir de él sin ántes haber cogido, de vez en cuando, aquellos gérmenes, de los cuales conocemos que se halla falto el suelo de nuestro miserable corazon. En los mismos umbrales de ese escogido jardin encontraremos la inocente Primavera, que nos invita á la diligencia; más allá, el selecto Junquillo, que nos habla de la gracia, resaltando una y otro entre un grupo de misteriosos Geranios, que nos llaman á una vida retirada y cristiana. Más léjos se ofrecerá á nuestras miradas un arbusto, que nos habla de modestia: es la Viudita; en otra, una graciosa Maravilla, que nos enseña á levantar los ojos á cada instante al Sér Supremo; allí, una Azucena, revestido de pureza; allá, una Violeta, que se nutre de humildad; acá, una Verónica, que se distingue por su fidelidad; acullá, un Clavel, que nos induce á la beneficencia.

Y á medida que nuestro paso irá adelantando, veremos la Campanilla, que nos ordena dar gracias á Dios; el Majuelo, que nos inspira confianza; el Lirio cárdeno, que enciende en el corazon la llama más pura é intensa. Y si desde el llano pasamos á la cumbre de la colina, quedaremos asombrados al percibir los perfumes de aquel espiritual Estramonio, al contemplar las bellezas de aquella mística Rosa, y los misterios de aquel estrellado Eliótropio, ó Girasol; y la robusta Anémona, la coronada Pasionaria, el Boton de oro; la escogida Miosotis, la graciosa Madreselva y el delicioso Jazmin, vendrán igualmente á arrebatar con violencia nuestras extasiadas almas, unas sobre la cima del monte misterioso, otras en las márgenes del plateado riachuelo, y otras, finalmente, en el interior del bosque frondosísimo.

Empero, ¿qué ventaja, hermanos mios, vuelvo ahora á repetiros; qué provecho sacaremos de una vista tan noble, si de ninguna manera nos aplicamos á plantar en nosotros tan sublimes virtudes? ¡Pues qué! ¿nos persuadiremos, acaso, que somos agradables á la Santísima Vírgen de esta suerte? ¿Pretenderemos, por ventura, adquirir un derecho á sus gracias, por el mero hecho de admirar sus virtudes? ¿Por eso, solamente, nos llamaremos sus verdaderos devotos? ¿Qué ideas son esas, pues, y de que fuente han podido llegar hasta nosotros? ¿Será posible, que no encontrando la Vírgen en nosotros nada que á ella se le parezca, nos quiera mirar con predileccion y amor? ¿Y qué es lo que pudiera atraer su corazon, si nos halláramos faltos ó privados de su semejanza? Y si en lugar de la virtud se hallara en nosotros, como sucede con harta frecuencia, la culpa y el pecado, ¿qué presuncion no sería la nuestra al prometernos la predileccion de María? ¡Ah!

entónces ella nos apartaría de su trono y de su presencia misma.

Y ¿cómo dudar de eso, amados hermanos? Ella, la Santísima Vírgen, no acoge en su seno más que á sus verdaderos devotos; no distingue más que á aquellos que marchan en pos de Ella. Francamente, ¿pretenderíais, tal vez, seguir las huellas de María, limitándoos á admirar sus virtudes? ¿Creeríais amarla, sin corregir de ningun modo los defectos de vuestro miserable corazon, y transformarlo en las virtudes del suyo? ¿Pudierais persuadiros de ser sus verdaderos devotos, sin ejecutar de ninguna manera lo que Ella quiere? ¿Qué devocion pudiera ser esa? ¿Habríais olvidado, acaso, que el amor consiste en una union la más perfecta, en una transformacion, en cierto modo, de los corazones que se aman, en una recíproca conformidad con los deseos ajenos, las ajenas aspiraciones, y aún con la voluntad ajena para seguir la de la persona amada? ¿Qué debe uno despojarse de todo aquello que le es propio, á fin de adornarse con cuanto pertenece á su amado?

Pues bien; careciendo, como carecemos, de las virtudes de María, y léjos del deseo de reproducirlas en nuestro corazon; ¿tuviéramos la pretension de apellidarnos hijos suyos, amantes suyos? ¿Dónde están, pues, las obras del amor? ¿dónde las llamas de ese fuego divino? ¿Acaso, por una especie de devocion, que nos parece profesar á María, nuestra Madre Santísima, y que consiste, tan solo, en rezar algunas oraciones, y en visitar á su santa Imágen, creeremos que la amamos verdaderamente? Empero, esa devocion misma, ¿no pudiera ser muy bien una sombra, un sueño, una quimera? ¡Pues, qué! ¿llamaremos, por ventura, devota verdadera de María, aquella jóven, que aún no ha aprendido de Ella á limpiar su alma de tantos pensamientos vanos, orgullosos y nocivos; apartar de su corazon tantos afectos indignos, licenciosos é impúdicos; conservar su cuerpo puro, santo, sin mancha, cual templo vivo del Paráclito su esposo? ¿Cómo podrá titularse verdadera devota de María aquella alma indigna, que todavía no ha aprendido de Ella á guardar pura su azucena, á no descubrir las flaquezas del prójimo, á no hacer mofa de la devocion ajena, á no buscar prosélitos de su devocion? ¿Cómo pudiera llamarse verdadera devota de María aquella madre, que aún no ha aprendido de Ella á custodiar santamente su prole, á educarla en las vías del Señor, á vigilarla dia y noche, á apartarla de tantas conversaciones, de tantas amistades, de la lectura de tantos libros, que corrompen el corazon, ofuscan la inteligencia y pervierten la voluntad? ¿Cómo pudieran decirse verdaderos devotos de María, aquel anciano, que teniendo ya un pié en el borde del sepulcro, todavía no ha aprendido de Ella á no ser

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

el escándalo de la ciudad y la perdicion de la juventud? aquel poderoso, que en el apogeo de su grandeza, aún no ha aprendido de Ella á socorrer al desgraciado? aquel avaro, que se enriquece con la sangre del pobre? aquel orgulloso, que se encumbra sobre la ruina de los miserables? aquel émulo ó envidioso, que se abre paso en perjuicio del meritorio con insensatas calumnias? aquel inícuo tutor, que medra con la herencia de sus pupilos? aquel pérfido juez, que administra la justicia de un modo venal? aquel dependiente infiel, que se aprovecha de los bienes que no le pertenecen? aquel astuto mancebo...?

Empero, corramos, mis queridos hermanos, corramos un velo sobre unas acciones tan indecorosas, y persuadámonos, miéntras tanto, que no es posible ser verdadero devoto de María, no siendo, hasta donde puede soportarlo nuestra debilidad, perfectos imitadores de sus virtudes. Rezar oraciones en honor suyo, frecuentar con asiduidad su templo, adornar su altar con preciosas ofrendas, ensalzar las glorias de su nombre, manifestar los afectos de su corazon, celebrar el candor de su alma, invocarla por Madre, reconocerla por Reina, tomarla por abogada; bien sea que su nombre abra nuestros lábios por la mañana y los cierre por la noche; que se celebren sus solemnidades, que se promuevan sus glorias, y se excite á otras almas á amarla; todo eso está muy bien, amados hermanos; pero, si no se imitan sus virtudes, todo es por demás; ni los ruegos son atendidos, ni las ofertas son agradables, ni los votos son escuchados. En suma, no hay motivo alguno de llamarse á engaño ó á ilusion; es preciso imitar las virtudes de María, dado que queramos ser, como de ello nos gloriamos, sus verdaderos devotos.

La simple admiracion, bien léjos de hacernos verdaderos amantes de María, objetos agradables á su corazon, victoriosos en los combates, fieles ejecutores de los designos divinos, nos haría, por el contrario, reos del mayor de los delitos, dignos del más tremendo castigo, indignos de toda indulgencia y de toda disculpa. ¡Ah! no suceda así respecto de nosotros, mis queridos hermanos! Y toda vez que se nos llama, durante este mes, á la meditacion de las virtudes de María, sea nuestro cuidado el reproducirlas en nuestro corazon, el hacernos verdaderos y fieles imitadores de nuestra Madre. ¡Oh! cuán bella será entónces nuestra suerte! Nuestro corazon se convertirá en un suelo el más fértil y productivo; esmaltado de infinita variedad de flores, será el objeto de las miradas y de las complacencias del Altísimo; nuestra Madre Santísima lo contemplará con amor; y Ella, Ella misma, lo fecundizará con sus aguas, lo alimentará con sus ardores, y lo guardará en todas partes, con sus bondadosas manos.

Así nosotros, al abrigo de los vendabales, preservados de las aguas, y libres de las tormentas, tendremos la inefable dicha de ver como crecen lozanas nuestras flores, dispuestas enteramente para ser trasplantadas un dia en los eternos jardines de los cielos. Animo, pues, hermanos mios! y bien persuadidos del deber que á todos nos incumbe, de imitar las virtudes de nuestra Madre Santísima, imploremos de Ella misma, esta gracia, con las más afectuosas voces de nuestro filial corazon.

¡Oh Madre la más tierna y amorosa! ¡Ah! echad sobre nosotros una mirada desde el trono elevadísimo de gloria, donde reinais cual Emperatriz de cielos y tierra. Hijos vuestros somos, que arrepentidos de haber descuidado la imitacion de vuestras virtudes, temblamos de comparecer ante vuestra presencia; mas, al mismo tiempo, nos sentimos animados por vuestras voces mismas; y á Vos acudimos con las lágrimas en los ojos, para que, perdonándonos nuestras pasadas infidelidades, os digneis venir en auxilio de nuestras resoluciones. Nosotros deseamos imitaros, y así lo prometemos postrados á vuestras santísimas plantas. ¡Oh querida Madre nuestra! socorred nuestra debilidad, cubridnos con vuestro manto, sostenednos con vuestra diestra: de esta suerte, nosotros, seguros de ello estamos, alcanzaremos aquella perfeccion á la cual Vos, ¡oh mística flor de los campos! nos excitais con la voz y con el ejemplo en el decurso del presente mes.

DIA SEGUNDO.

LA PRIMAVERA,

Ó SEA:

LAS INSPIRACIONES DIVINAS.

Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.
Hoy mismo, si oyereis su voz, guardaos de endurecer vuestros corazones.
(SAL. XCIV, 8.)

Pasaron, por fin, los tristes dias del crudísimo invierno: una deliciosa bonanza empieza á esparcirse por la atmósfera que nos rodea, cual mensajero y precursor de un más grato porvenir. Ya el suelo no quedará más sepultado debajo de las nieves; los torrentes, las inundaciones y las devastaciones no vendrán ya más á infundirnos espanto y terror. Y aquel desolador rugido de los revueltos mares, aquel sepulcral silencio de las desiertas llanuras, y aquel ropaje de luto con el cual se hallan cubiertos los valles, tambien ellos, por fin, cesarán. Sí, cesarán, finalmente, señores; así os lo está diciendo aquella graciosa florecilla, aquella inocente Primavera, la cual, apénas ha sentido las primeras bonanzas de la próxima estacion, aparece para anunciaros, con la grata vision de sus gentiles bellezas, que el tiempo de luto ha trascurrido finalmente. ¡Oh! cómo todo lo que en ella descubrís os enamora y arrebata, aquellos troncos redondos y vellosos, aquellas hojas anchas, arrugadas las unas, y extendidas las otras sobre el suelo, todas ellas cubiertas de un delicioso plumon; aquellas florecillas matizadas de infinitos colores, distinguidas por sus múltiples formas, admirables por la variedad, preciadas por su galanura! ¿No es verdad que vuestros ojos, cansados ya de ver aquellos tristes montes, aquel cielo nebuloso y encapotado, y aquella campiña despojada de toda belleza, no pueden ménos de regocijarse ante tal espectáculo, y de saludar festivos aquella querida florecilla? Sin embargo, señores, lo que en ella encanta, principalmente, es la admirable prontitud con que, impaciente de una demora más larga, se levanta del seno de la tierra en los dias en que el tiempo no está todavía bien seguro, y cuando apénas ha percibido la grata influencia de la estacion propicia. ¡Ah! ese hecho no carece ciertamente de arcano y de misterio. Y, en realidad, nosotros descubrimos en él un misterio y un arcano el más profundo y sublime.

Tambien nuestro corazon es un tierra, tierra agitada por los impetuosos vientos de las rebeldes pasiones, tierra sepultada debajo de las nieves del más glacial desvío, tierra sumergida en las cenagosas aguas de las culpas y de los pecados. Y sobre esta tierra, señores, sopla, tal vez con suavidad, el soplo del Altísimo; mas, á impulso de ese soplo de aura apacible y suave, que nos hace sentir la bonanza de la caridad y del amor, ¿aparecen acaso en ella las flores del arrepentimiento y de la compuncion? ¿Y la inocente Primavera, que responde obediente á la primera invitacion, con sus encantos disipa de nuestro corazon los horrores de la estacion pasada?

¡Oh dichosa florecilla! tú, que brotaste la primera en el corazon de María, no bien sintió Ella el soplo del aura suave del Señor, que la llamaba al Templo! tú, que te presentas, en primer lugar, á nuestras miradas en el misterioso jardin de esa Madre Santísima, en el cual, sin casi advertirlo, por decirlo así, hemos fijado nuestras plantas! ¡ah! ven, pues, esta noche en auxilio de nuestra flaqueza; ven, y enséñanos la importancia de responder á la voz del Altísimo, desde el instante en que empiece á llamarnos á la enmienda y á la compuncion. Sí, mis muy queridos hermanos; puesto que hemos penetrado en el delicioso jardin de nuestra Madre, María, detengámonos en la contemplacion de esa mística y espiritual Primavera, y aprendamos de Ella la manera de responder al Altísimo en el momento en que se digna llamarnos. Contempladla, pues, vedla brotando del suelo al primer soplo del aura suave; en aquel acto de descubrir todas sus gracias, que guarda, constantemente, erguida sobre su tallo. Por lo tanto, amados hermanos, debemos consagrarnos al Señor, debemos dedicarnos á su servicio, debemos seguir su senda con prontitud apénas suene á nuestro oido el primer eco de su voz, con abnegacion completa de nuestro corazon, y permaneciendo constantes en este estado, hasta que la muerte venga á quitarnos el peso de nuestra vida mortal. Os lo probaré, despues de implorar la gracia. A. M.

Duro parecerá, tal vez, mi lenguaje á vuestros oidos; mas no olvideis la terrible amenaza del Altísimo, de ocultarse á los pasos de aque-

llos que rehusaren responder á sus llamamientos: *Quæretis me et non invenietis.* (JOANN. XXXIV, 36.)

Que el cristiano está obligado á entregarse á Dios para obtener su salvacion, es esa, señores, una verdad, que, á ménos de haber perdido la luz de la razon, ó de haber renunciado á la religion que se profesa, todos la creen y la confiesan universalmente. Empero, en lo que yerran, casi diría, la inmensa mayoría de los hombres, es; respecto al tiempo y al modo en que deben consagrarse al Señor. Sí; llega á tal extremo la locura de los mundanos, que estando, por lo general, persuadidos, que todos deben consagrarse á Dios, nada es más fácil que advertir en ellos el firme propósito de no hacerlo nunca. ¿Lo dudais, acaso? A vosotros mismos, señores, apelo de ello. Puesto que, segun decís, estais persuadidos, de que debeis entregaros á Dios, ¿cómo se concibe, que se os vea seguir los senderos de la iniquidad y del pecado? Si creeis que debeis ser de Jesús, ¿cómo os contemplo secuaces del mundo? cómo os alimentais de vanidad, de ambicion y de orgullo? ¡Ah! harto os entiendo, cristianos!

La vida del porvenir, la edad más avanzada, la vejez, hé aquí cuanto reservais á vuestro Dios. ¡Oh abismo de ceguedad! Una vida, ya impotente para las diversiones y los pasatiempos mundanos; una vida que os veis forzados á pasar en el retiro y la soledad y llena de miserias, de dolencias y de achaques, ¿será ese el don que ofreceis al Altísimo? Y ¿qué don pudiera ser ese, puesto que él es, en resúmen, una necesidad de la naturaleza? ¿Pudierais, acaso, llamar modestia, ese vivir alejados de los mundanos placeres, exigido por las canas que cubren vuestra cabeza, por las enfermedades que os rodean, y por una cierta conveniencia, que, áun entre los mundanos, se requiere? ¿Pudierais llamar templanza, aquella abstencion de ciertas orgías ó disipaciones, y de ciertos banquetes, de los cuales os alejan la saciedad del corazon, la debilidad de la naturaleza y la melancolía del temperamento? ¿Pudierais llamar penitencia á aquellos males, que os rodean, los cuales, finalmente, son puros é imprescindibles efectos de la edad ó de los pecados?

¡Gran Dios! ¿Y esos serán, pues, los dones que te ofrecen tus servidores? ¿Y pudieras tú, aceptarlos, Señor? Temblad á tal reflexion, amados hermanos. Es artículo de fé, que es imposible la conversion del corazon si ántes Dios no nos llama al arrepentimiento, si no nos mira con ojos compasivos, si, en resumen, no nos presta su socorro.

Mas, decidme, francamente; si estando Dios cansado ya de llamarnos, á causa de las continuas desobediencias con que hemos respondido á su voz, ¿ha de ser posible, que Él nos llame cuando á nosotros nos

plazca responderle? ¡Oh amados cristianos! los dias de la iniquidad tienen su plazo; cuando ha sonado la última hora, ya no resta esperanza alguna de salvacion. Y ¿quién ¡ah! pudiera aseguraros, que esa hora no suene para vosotros un año, un mes, un dia, ántes de aquel que vosotros mismos hubiereis fijado para vuestra santificacion?

¡Oh! no se os antoje ahora repetir, que Dios es bueno, que Dios es misericordioso; todo eso lo sé, y lo confieso: mas, eso ¿qué importa? ¿Osariais con ello presumir, que Él os esperará? que acogerá vuestros dones? que, en caso necesario, os concederá abrazar el partido de la virtud? Sea así, pues; mas, en este caso, me permitiré deciros: ¿estais vosotros bien seguros de llegar á aquel dia que fijasteis para santificaros? ¿Os ha dado, por ventura, la seguridad de ello algun ángel bajado del cielo? Y dada aún la suposicion de que llegarais hasta tal dia; ¿os prometeis renunciar al mundo, á las vanidades y al pecado, precisamente, en aquel tiempo en que inveterados los malos hábitos, endurecido el corazon, y encadenados con las más estrechas cadenas, fuera preciso, para romperlas, nada ménos que la mano del Cielo, la fuerza de los prodigios y la intervencion de los milagros?

¡Ea, pues, amados cristianos! si sentís el pesar en vuestra alma, hoy, que Dios os llama, hoy mismo, seguidle. Aprended de María, de esa mística y espiritual Primavera, la manera y la prontitud con que debe responderse al dulce y amoroso eco de la voz de Dios. María vivía en la casa paterna, entre los abrazos de un padre y de una madre que la amaban tiernamente; vivía amada de los parientes, de los vecinos y de los amigos: cuando solamente contaba tres años de edad, cierto dia, estando de rodillas y entregada á la más fervorosa oracion, parecíale sentir dentro de su corazon un nuevo incendio de caridad; y entre las llamas que suavemente la abrasan, oye una voz dulce, tierna y penetrante. Era la voz del Amado, que la llamaba al Templo. Al imperio de aquella voz, semejante á una aura suave que sopla en el suelo, ya fecundo, de su enamorado corazon, hé aquí que se levanta con solicitud la inocente Primavera. Oye, y aquella voz es para Ella un mandato. María escucha, y olvida á sus padres; sigue escuchando, y abandona la casa paterna; escucha todavía, y parte de su pueblo natal; y con paso veloz se dirige donde la llama su Padre, donde la quiere su Esposo, al Templo santo de Dios. La ternura de su edad, la fragilidad del cuerpo y la delicadeza de la complexion, nada pueden sobre el corazon de María. Ella corre, vuela; y aún ántes de entrar en el Templo, héla ya enteramente absorta en el exacto cumplimiento de sus deberes, en la custodia de su corazon, en la oracion, en la modestia, en el silencio.

Pues bien; ¿qué más pudiéramos apetecer, amados cristianos? Si somos devotos de María, imitémosla. Entreguémonos tambien nosotros á Dios despidiéndonos del mundo, de las vanidades y del pecado. Hoy, que Dios nos llama, que nos deja oir tan suavemente su voz, brote en nuestro corazon la flor misteriosa. Sacrifiquémonos en su obsequio, y en su servicio; mas, ese sacrificio sea pronto y perfecto.

Y hé aquí la segunda calidad de que, segun he dicho anteriormente, debe ir acompañada nuestra ofrenda, ó sea, la obligacion que tenemos de entregarnos á Dios.

Es un terrible engaño del maligno tentador creer, que podemos dividir nuestro corazon entre Dios y las criaturas; que es posible amar á Dios sin olvidar enteramente el mundo. De ahí, que nada sea más comun, amados cristianos, que el ver almas consagradas, segun ellas dicen, al culto y al amor de Dios, corriendo, no obstante, en pos de las vanidades y las miserias de la tierra. Ofrécese á Dios el corazon, es cierto; pero, una parte de él se deja al amor de las criaturas. Ofrécense á Dios nuestro afectos; pero, reservando algunos de ellos para los deleites y pasatiempos terrenales. Ofrécese á Dios nuestra voluntad; pero, retiénese una parte del libre albedrío para la ejecucion de nuestros deseos. Sacrificase al Señor nuestro cuerpo, se le consagran nuestros pensamientos; pero, sin aborrecer por eso, tal ó cual ilícito placer, ó esas impúdicas representaciones, que se ha dado en llamar exigencias y necesidades de la naturaleza. En una palabra: ofrécense á Dios todas nuestras acciones; pero, reservándose alguna de ellas, ora para la intemperancia, ora para la venganza, tal vez, para la lujuria; sí, resérvase alguna de ellas, que se considera indispensable, al gusto, á la vanidad, á las modas, á los bailes, á las tertulias y á los pasatiempos.

Y, sin embargo, los que así obran, tienen la osadía de creerse enteramente de Dios. ¡Qué ceguera tan miserable! ¿Cómo es posible persuadirse, que Dios acepta vuestro sacrificio, declarando, como declara en tantos lugares de la sagrada Escritura, que es muy celoso de su gloria, y que jamás se sentirá dispuesto á cederla á los demás? ¿Si Él nos está continuamente diciendo, que quiere nuestro corazon, que lo quiere todo y por completo, y que cuantas veces vosotros se lo presenteis dividido, aunque le reserveis la mayor parte de él, rechazará absolutamente vuestro don? Si Dios nos repite sin cesar, y tan claramente, que es imposible servir á la vez á dos señores: *nemo potest duobus dominis servire* (MATTH. VI, 24); vuestras ofrendas repartidas de esa suerte, entre Él y las criaturas, ¿serán, acaso, los dones de Caín, y, por lo mismo, indignos de sus miradas,

á no ser la de la venganza y del furor? Aquella Vírgen Santísima, cuyos devotos profesais vosotros ser, ¿se condujo, por ventura, de esa suerte respecto de su Dios?

¡Ah! Ella, amados hermanos, cual espiritual Primavera, que despliega al punto de nacer toda la riqueza de sus matices, la amenidad de sus formas y la fragancia de sus perfumes, consagrose toda entera á su Señor. A Él consagró su alma, que quiso fuera siempre cándida esposa del Espíritu Santo. A Él consagró el entendimiento, que siempre enderezó á la meditacion de los divinos misterios. A Él consagró la voluntad, que pronta estuvo siempre y obediente en amarle. A Él consagró la memoria, que empleaba siempre en el recuerdo de las divinas misericordias y de las mercedes recibidas. Ella quiso que su corazon fuera todo de Dios; y en él no tuvieron participacion alguna las criaturas de la tierra. Quiso que sus pensamientos fueran todos de Dios; y en ellos no reinó más que la pureza, la santidad y el candor. Quiso que sus afectos fueran enteramente para Dios; y no fueron animados sino con llamas positivas de perfectísimo amor. Su cuerpo fué un templo animado del Dios de la santidad y del candor; y como que debía ser lo primero que ofreciese á Dios en holocausto perfectísimo de virginal pureza, fué el primero en exhalar de su interior un grato olor de candidísimas azucenas.

Vosotros, mis amados oyentes, sino todos, al ménos una parte, podeis todavía imitar el ejemplo que os ofrece en esta noche María, con aquel sacrificio, el mayor que puede hacer un hombre mortal sobre la tierra. Todos los que habeis venido aquí á oir mi voz, podeis, sin excepcion, imitar á María, segun vuestro estado y vuestra condicion. La santidad á la cual os llama el Señor, el servicio que pide de vosotros, no es, no, incompatible con estado alguno, ni condicion alguna. En todo estado se puede amar á Dios, se puede servirle, se puede ser enteramente suyo.

Por último, para conseguir que nuestro don sea perfecto, requiérese la perseverancia. Debemos entregarnos á Dios desde el instante en que Él nos llama, no sólo por completo, sino aún con constancia, cual místicas Primaveras, que permanecen sobre sus tallos para duradero ornamento del delicioso suelo. Y sobre este punto, sólo acierto á decir, amados cristianos, que más hubiera valido no haber conocido á nuestro Dios, ni haberlo jamás amado, que el prescindir de su amor y renunciar á su servicio, precisamente, en el acto mismo en que se había empezado á servirle y á amarle. El infiel, que no ha conocido á su Dios, no es extraño que encuentre en su presencia misericordia y piedad. Empero, el cristiano, aquel que una vez ha

amado á su Dios, que ha gustado las delicias de su corazon, que ha sido colmado de sus beneficios, que ha sido escogido entre mil otros, santificado con su gracia, alimentado con su propia carne y fortalecido con su palabra, ¡ah! si este tal desiste de amarlo, si renuncia á seguirle, si vuelve á caer en los primeras culpas, y las faltas primeras, no cabe duda alguna de que será privado de aquellas gracias especiales, y de aquellos oportunos auxilios que pudieran conducirle á la salvacion y al puerto de salud. Nos lo dice el Señor con toda claridad en su Evangelio: ninguno que pone su mano en el arado y mira atrás, es apto para el reino de Dios: *Nemo mittens manum suam ad aratrum et respiciens retro aptus est regno Dei* (Luc. xi, 62).

Y sin embargo; ¡cuántos hombres, amados hermanos, especialmente en nuestros dias, hacen befa de esa divina amenaza! ¡Cuántos otros, despues de haber llevado vida devota en su juventud, en la edad más madura entréganse á una vida libre, relajada é infiel! ¡Cuántos son los que creen haber hecho ya bastante para llegar al cielo, y se persuaden de que pueden entregarse á rienda suelta á una vida más alegre, más licenciosa y más placentera, creyendo que sus pasadas virtudes les han de salvar! Ese es un error funesto, amados cristianos, del tentador maligno, que solo busca nuestra propia perdicion.

Dirijamos, pues, una mirada á María, á nuestra deliciosa Primavera, y aprenderemos de ella la constancia en el bien. Colmada y confirmada en la gracia, Madre de Dios, Reina del cielo y Señora de la tierra, ninguno más que Ella puede estar seguro de la eterna bienaventuranza. Ella, sin embargo, no desiste jamás en todos los dias de su vida de obrar bien: no se contenta de cuanto ha hecho ya, sino que quiere añadir á los pasados méritos nuevos y nuevas virtudes: no cifra, no, su seguridad en aquello que ha obrado anteriormente, sino que lo olvida todo, como si cada dia fuera el primero de su peregrinacion hácia el cielo. Ella sabe que es Hija del Eterno y divino Padre; mas ese pensamiento la impele á trabajar constantemente por no desmerecer de tal filiacion. Conoce que es la Madre del Verbo eterno; mas esa idea la induce á hacerse más y más digna de Él. Ve que es esposa del Espíritu Santo; mas ese conocimiento la excita á no hacer nada que desmerezca de su amor.

En suma, amados cristianos, María, al primer soplo de la gracia, cual obediente Primavera, germina, florece, y aumenta su hermosura, así en las tintas, como en los colores; en las formas, como en las gracias y en la fragancia; no hay temor alguno de que se marchite

sobre su tallo; muy al contrario, cada dia la reviste de galas y esplendores. ¡Oh! dichosa Ella, que al llegar, finalmente, al término de su vida mortal, pudo presentar esas flores al divino Jardinero con lozanía y frescura tal, que merecieron ser trasplantadas en el jardin eterno de los cielos.

¿Y nosotros, mis queridísimos hermanos? ¡Oh! qué vergüenza debe ser la nuestra, por haber sido hasta aquí tan diferentes de nuestra Madre Santísima! ¿Qué debemos hacer, pues? Dios, hoy, en este momento mismo, nos llama; ¿pensamos, acaso en responderle? ¡Ah! muévanos el ejemplo de nuestra Madre María. ¡Ay de nosotros si no nos resolvemos! Y ¿qué pudiéramos esperar de nuestra desobediencia? Nada más que un fundado temor de condenacion eterna. Acaso éste será el último dia de los divinos llamamientos... tal vez ya no soplará más con suavidad sobre nuestro suelo aquel soplo que da vida... puede ser que nos sobrevengan en breve aquellos ardores, que abrasarán nuestro ya estéril corazon... ¡Oh Dios mio! ¿qué eternidad de penas y tormentos no estaría reservada para nosotros?

¡Ah! hermanos mios, no difiramos más el plazo, y dispuestos á imitar las virtudes de María, principiemos, desde esta noche misma, por ésta, que es la primera que simbólicamente nos ha inculcado nuestra Madre Santísima. Volvamos al seno amoroso de nuestro Padre celestial, haciéndole, empero, un formal ofrecimiento de todo nuestro sér, consagrándole el alma y el cuerpo, las potencias intelectuales y sensibles, el corazon, los afectos, el entendimiento y los deseos; empleando, desde hoy en adelante, todas nuestras fuerzas en la santificacion; que ésta nos acompañe todos los dias de nuestra vida, que nos sostenga durante nuestra peregrinacion por la tierra, y que se complete en los tabernáculos eternos de la Sion celestial.

Y Vos, constante, galana y obediente Primavera, que una vez consagrada á Dios, os conservasteis tal por entero y para siempre; acudid en nuestro socorro para que perseveremos en nuestras resoluciones. Ofendido vuestro Hijo con tantas rebeldías, con las cuales correspondimos tan mal á su amor, tal vez, en este instante, aparte de nosotros sus miradas santísimas; mas, puesto que Vos sois Madre de piedad y de misericordia, aplacad su rigor con vuestros ruegos maternales; aseguradle Vos de la sinceridad de nuestras promesas; haced, con aquella gracia de que abunda vuestro sedoso manto, que nuestras voces sean el eco de la verdad. Que estas promesas nos induzcan á detestar todo aquello que hasta ahora nos ha tenido léjos de Dios, y que las recordemos en todos los instantes de nuestra vida. Habiendo, de esta suerte, vuelto á Dios con prontitud,

con perfeccion y constancia, á semejanza de deliciosas Primaveras, podremos ser tambien nosotros un dia trasplantados en los jardines de los cielos.

DIA TERCERO.

EL JUNQUILLO,

Ó SEA:

LA GRACIA.

Obtimum est enim gratia stabilire cor:
Lo que importa sobre todo es fortalecer el corazon con la gracia.
HEB. XIII, 9.

La primavera va avanzando, y la deliciosa y siempre creciente bonanza que la distingue, da lugar á la tierra para revestirse de sus peregrinas bellezas. A la inocente Primavera, que con anticipacion anuncia la llegada de los dias hermosos, sigue bien presto, y hasta casi puede decirse que con ella compite, aquella tierna planta no ménos gentil, aquella flor no ménos deliciosa y grata, llamada Junquillo. Nítido tallo, flor de elevada estructura, olor penetrante y suave, tales son las propiedades que la adornan. De hojas puntiagudas, de campanelada forma, vária en los colores, ora blanca con visos de encarnado oscuro, ora amarilla con mezcla de blanco puro, ella cautiva vuestras miradas, sublima vuestro pensamiento, y mueve con fuerza irresistible los afectos de vuestro corazon.

Y vosotros la contemplais aquí, solitaria en lo alto de su tallo; y allí, con múltiples hojas en torno de su tronco, ora levemente inclinada sobre el suelo, ora erguida hácia el cielo con gallardía; en unas partes, cubierta y bien provista de estambres; en otras, bella por la simplicidad de las hojas. A la vista de su prodigiosa belleza, vuestro corazon siéntese como elevado sobre sí mismo.

Mas, ¿de dónde ha sacado esa flor tanta belleza? ¿De dónde procede tanta excelencia como notamos en el delicioso Junquillo? ¡Ah! mis queridos hermanos; el motivo de tanta hermosura y grandeza en esa flor debemos buscarla en el interior de su cáliz, en el secreto de sus estambres, en lo recóndito de sus hojas. Esa causa consiste en aquel jugo precioso que, exprimido maravillosamente en aquella abundancia de amarillo que lo contiene, comunica frescura á los estambres, fragancia á las flores y atractivos á la planta. Esa causa se halla en aquel precioso jugo, ó licor, que una vez destilado, ablanda la dureza, restaura la debilidad y consuela los pesares. Sí, lo repito; esa causa está en aquel precioso licor... ¡Licor misterioso! ¿qué quieres tú significarnos con tu suave fragancia y tu peregrina belleza?

Demandádselo, señores, á ese místico Junquillo, á esa flor verdadera de los campos, venerada sobre aquella ara sacratísima. ¡Oh! ella os responderá, que su rostro agraciado por la elegancia de las formas, sus mejillas deliciosas por la vivacidad de los colores, y su fragancia suave por la variedad de los perfumes, son el efecto de aquel precioso y espiritual licor, de aquella gracia celestial de que se halla colmado su inocente é inmaculado corazon. ¡Oh, precioso licor! oh gracia divina! tú, que tanto puedes elevar á la mortal criatura sobre este suelo; tú, que esparces tanta belleza y frescura sobre las facciones de María; tú, que embalsamas su vestidura con tan suaves fragancias; ¿por qué no vienes, pues, á derramarte sobre nuestro miserable corazon?

Mas ¡ay! mis queridos hermanos; ¿de qué aprovecha el invocar sobre nosotros la gracia del Altísimo, si, desdichados, tantas veces la hemos perdido y despreciado? ¿Acaso no la recibimos en las aguas saludables del bautismo? ¿No la recobramos luego en el tribunal de la penitencia? ¿No la acrecentamos, por último, en la mesa del Esposo? Y hoy (¡infelices de nosotros!) ni siquiera las huellas conservamos de ese don celestial. ¿Qué mónstruo, pues, lo arrebató á nuestro corazon? ¿Qué cruel tirano pudo quitarle de nuestras manos? ¡Ah! nosotros mismos hemos sido los mónstruos; nosotros los crueles tiranos; nosotros, que no hacemos aprecio alguno de esa preciosa margarita; nosotros, que no nos tomamos trabajo alguno para hacerla siempre más bella y esplendente; nosotros, que no curándonos de conservarla, la expusimos á la rapacidad de nuestros adversarios.

¡Ah! durante esta noche, mis queridos hermanos, en la cual nuestra Madre María, ofreciéndose á nuestras miradas bajo el símbolo

con perfeccion y constancia, á semejanza de deliciosas Primaveras, podremos ser tambien nosotros un dia trasplantados en los jardines de los cielos.

DIA TERCERO.

EL JUNQUILLO,

Ó SEA:

LA GRACIA.

Obtimum est enim gratia stabilire cor:
Lo que importa sobre todo es fortalecer el corazon con la gracia.
HEB. XIII, 9.

La primavera va avanzando, y la deliciosa y siempre creciente bonanza que la distingue, da lugar á la tierra para revestirse de sus peregrinas bellezas. A la inocente Primavera, que con anticipacion anuncia la llegada de los dias hermosos, sigue bien presto, y hasta casi puede decirse que con ella compite, aquella tierna planta no ménos gentil, aquella flor no ménos deliciosa y grata, llamada Junquillo. Nítido tallo, flor de elevada estructura, olor penetrante y suave, tales son las propiedades que la adornan. De hojas puntiagudas, de campanelada forma, vária en los colores, ora blanca con visos de encarnado oscuro, ora amarilla con mezcla de blanco puro, ella cautiva vuestras miradas, sublima vuestro pensamiento, y mueve con fuerza irresistible los afectos de vuestro corazon.

Y vosotros la contemplais aquí, solitaria en lo alto de su tallo; y allí, con múltiples hojas en torno de su tronco, ora levemente inclinada sobre el suelo, ora erguida hácia el cielo con gallardía; en unas partes, cubierta y bien provista de estambres; en otras, bella por la simplicidad de las hojas. A la vista de su prodigiosa belleza, vuestro corazon siéntese como elevado sobre sí mismo.

Mas, ¿de dónde ha sacado esa flor tanta belleza? ¿De dónde procede tanta excelencia como notamos en el delicioso Junquillo? ¡Ah! mis queridos hermanos; el motivo de tanta hermosura y grandeza en esa flor debemos buscarla en el interior de su cáliz, en el secreto de sus estambres, en lo recóndito de sus hojas. Esa causa consiste en aquel jugo precioso que, exprimido maravillosamente en aquella abundancia de amarillo que lo contiene, comunica frescura á los estambres, fragancia á las flores y atractivos á la planta. Esa causa se halla en aquel precioso jugo, ó licor, que una vez destilado, ablanda la dureza, restaura la debilidad y consuela los pesares. Sí, lo repito; esa causa está en aquel precioso licor... ¡Licor misterioso! ¿qué quieres tú significarnos con tu suave fragancia y tu peregrina belleza?

Demandádselo, señores, á ese místico Junquillo, á esa flor verdadera de los campos, venerada sobre aquella ara sacratísima. ¡Oh! ella os responderá, que su rostro agraciado por la elegancia de las formas, sus mejillas deliciosas por la vivacidad de los colores, y su fragancia suave por la variedad de los perfumes, son el efecto de aquel precioso y espiritual licor, de aquella gracia celestial de que se halla colmado su inocente é inmaculado corazon. ¡Oh, precioso licor! oh gracia divina! tú, que tanto puedes elevar á la mortal criatura sobre este suelo; tú, que esparces tanta belleza y frescura sobre las facciones de María; tú, que embalsamas su vestidura con tan suaves fragancias; ¿por qué no vienes, pues, á derramarte sobre nuestro miserable corazon?

Mas ¡ay! mis queridos hermanos; ¿de qué aprovecha el invocar sobre nosotros la gracia del Altísimo, si, desdichados, tantas veces la hemos perdido y despreciado? ¿Acaso no la recibimos en las aguas saludables del bautismo? ¿No la recobramos luego en el tribunal de la penitencia? ¿No la acrecentamos, por último, en la mesa del Esposo? Y hoy (¡infelices de nosotros!) ni siquiera las huellas conservamos de ese don celestial. ¿Qué mónstruo, pues, lo arrebató á nuestro corazon? ¿Qué cruel tirano pudo quitarle de nuestras manos? ¡Ah! nosotros mismos hemos sido los mónstruos; nosotros los crueles tiranos; nosotros, que no hacemos aprecio alguno de esa preciosa margarita; nosotros, que no nos tomamos trabajo alguno para hacerla siempre más bella y esplendente; nosotros, que no curándonos de conservarla, la expusimos á la rapacidad de nuestros adversarios.

¡Ah! durante esta noche, mis queridos hermanos, en la cual nuestra Madre María, ofreciéndose á nuestras miradas bajo el símbolo

del misterioso Junquillo, nos enseña la excelencia de la gracia, y con la excelencia el cuidado de conservarla, y, en consecuencia, el deseo de acrecentarla; aprendamos la manera con que debemos conducirnos con la gracia del Señor, haciendo de ella aquel aprecio que es debido á su excelencia; considerándola con aquel esmero que conviene á su valor; tratándola con aquel cuidado que solo puede hacernos eternamente bienaventurados. Y obrando así, dichosos nosotros! pues tambien de nosotros podrá decirse en verdad, que, agraciados por la delicadeza de las formas, bellos por la vivacidad de los colores, suaves por la fragancia de la vestidura, cual místicos y espirituales Junquillos, atraeremos hácia nosotros las miradas y las complacencias del Altísimo. Lo veremos, despues de haber implorado los auxilios de la gracia: A. M.

Para apreciar debidamente un objeto dado, es preciso, señores, conocer, ante todo, su valor, su preciosidad y su excelencia. Y si bien es cierto, que solo se estima aquello que es grande y sublime, es verdad, igualmente, que lo grande y lo sublime tampoco se aprecia si ántes no es reconocido por tal. Pues bien; podríais decirme vosotros, ¿cuál es la dignidad, la excelencia de la gracia? ¡ Dios mio! ¿y quién será capáz de expresarlo jamás con la humana lengua? ¿Qué inteligencia creada, por perspicaz que sea, llegará á comprender la naturaleza interior de ella? ¡ La gracia! Y ¿ en qué consiste, señores, ese don precioso! Es un don, notadlo bien, no temporal y terreno, no perecedero y caduco; sino celestial, inmortal, divino; extraido de los depósitos del cielo, sacado de los tesoros inmensos de las divinas grandezas, enviado á nosotros por las manos mismas de Dios: de aquel Dios que no conoce miserias; de aquel Dios, que, dando, nada pierde; de aquel Dios, que, siendo soberano, obra con soberana magnificencia. Es un don que nos viene del Cielo; pero, para volver al Cielo: un don que se concede á los mortales; pero, para convertirlos en celestiales: un don que desciende sobre este suelo; mas, para convertirlo en anticipado paraiso.

Y ahora, amados cristianos, considerad los efectos de ese don divino. El alma que lo posee, pasa á ser la esposa, la querida, la hija de Dios. De esa alma está escrito, que es bella como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército en órden de batalla. Léese de esa alma, que el corazon mismo de Dios está herido por la belleza de su mirada; y cándida la apellida el Esposo, paloma la llama el Amado, y toda pura la proclama el Padre eterno. Esa es el cedro del Líbano, esa la paloma de Cades, esa el plátano que fecundiza prodi-

giosamente las márgenes del límpido riachuelo. Esa la que se asemeja á la cándida nieve, cuyas gotas de rocío son llamadas fresquísimas rosas, cuyos lábios están teñidos de castísima púrpura, y cuyo cuello se adorna con preciosos collares. Esa es la que pastorea entre las azucenas del campo, la que se alimenta de miel y de leche. Esa, en una palabra, es la paloma, la esposa, la querida de Dios: *soror mea, sponsa mea, speciosa mea.*

Y bien! ¿qué os parece de ese don, amados cristianos? ?No debemos nosotros, pues, estimarlo, puesto que nos eleva á un grado tan sublime? ¿ Y pudiéramos nosotros, obrando de otra suerte, titularnos verdaderos devotos de María? de María, repito, en la cual, no sólo el primero, sino el único puesto lo obtuvo la gracia? Escogida cual espiritual Junquillo, colmada de celestial licor, desde su concepcion, bien vió Ella, que el fruto de esa gracia eran las prendas y la santidad de su alma. Por eso, la consideró como una perla preciosa, la antepuso á todos los imperios de la tierra, y la estimó con preferencia á toda mundana riqueza. Y prueba bien clara dió de tal aprecio, cuando su bella alma, toda santa y toda inmaculada, unida á su cuerpo virginal, ya formado en el seno materno, comprendió desde entónces la grandeza de su privilegio; y desde entónces ofreció á su Dios el tributo de la más sincera gratitud. Pruebas dió igualmente de tal estimacion, cuando salida del seno materno, desató su lengua para cantar himnos de reconocimiento al Señor. Y por el aprecio que Ella hacía de su gracia, retirose del mundo, y se encerró en el Templo santo de Dios. Y porque estimaba la gracia, consagrose al Señor con inaudito holocausto de virginal pureza. Y, finalmente, porque estimaba la gracia, la tuvo por compañera en todas las acciones de su vida, las cuales estuvieron reguladas por ella, y por ella dirigidas: de todas ellas la gracia fué la causa, el móvil y el fin.

Y ¿nosotros, amados cristianos? ¡ Ah! avergonzémonos de nosotros mismos, avergonzémonos de la vileza en que hemos tenido hasta ahora un don tan excelso, y persuadámonos, de una vez, de que así como sin la gracia es imposible agradar á nuestro Dios, del mismo modo el alma que la mire con vil desprecio, es imposible que sea verdadera devota de María.

¿Y cómo, mis queridísimos hermanos, pudiéramos pensar de otra manera? ¿Pudiera, acaso, ser agradable aquel delicioso Junquillo, que perdiera y no conservara su precioso licor? ¿Fuera posible, que el hombre que no apreciase la gracia, la conservara en su corazon? ¡Amados cristianos! los dones de Dios no deben ser descuidados ni desperdiciados. Cuando el Señor, en las aguas del bautismo, nos

admitió en las filas escogidas de sus fieles campeones, quiso investirnos con ese ropaje preciosísimo de la gracia. Y allí nos la dió cual noble enseña, cual distintivo seguro, cual don preciosísimo. A nosotros toca, pues, el custodiarla, el conservarla; y ¡ay de nosotros, si así no lo hacemos! En este caso, el vituperio, la maldicion y los castigos eternos serán decretados contra nosotros; y á ese vituperio, á esa maldicion, y á esos eternos castigos se haría acreedora el alma, en el momento mismo que despreciare tal don.

Y bien lo sabeis vosotros, hermanos mios; apénas esa alma desventurada se despoja de su vestidura, apénas quita ese manto de sus hombros, deja de ser la ciudadana de Sion, la heredera de Dios, la coheredera de Cristo; y pasa á ser la hija del demonio, la vil esclava del pecado, un tizon del infierno. Desde entónces ella no puede ya gloriarse de la amistad de los santos, de la proteccion de los ángeles y del favor del cielo. Ya no tiene más derecho á llamar Padre á su Dios, hermano á su Jesús, compañeros á los ilustres bienaventurados. Y aún dentro de sí misma, los gritos de la conciencia, el remordimiento y la desesperacion la atemorizan, la despedazan, la atormentan y la avasallan. Tales son los tremendos efectos de aquella maldicion, que, lanzada sobre ella, no bien ha perdido la gracia, la acompañará, sino se arrepiente durante el trascurso interminable de los siglos.

¿Sabeis, ya, queridos hermanos, lo que es perder la gracia? Y si lo sabeis, ¿por qué no poneis todo vuestro ahinco en conservarla? Para ello basta dar una mirada á aquella de quien os profesais verdaderos devotos, una mirada á María. ¡Oh místico y espiritual Junquillo! ¿cuál no fué, pues, tu escrupuloso cuidado para conservar aquel precioso bien, que Dios derramara con tal abundancia en tu amoroso corazon? Vedlo, señores; ese místico Junquillo, que se reconcentra en sus hojas y se repliega en sus pétalos, á fin de conservar más constantemente su fragancia; héla ahí, recogida, modesta, y púdica en su mirada; humilde, reservada y devota en su conducta; sóbria, religiosa y atentísima en el hablar. Su fin sobre la tierra parece reducirse á esto solo: rogar al Señor que no la prive de sus dones y sus divinos favores. A un solo punto parecen enderezadas las obras de su vida: á la custodia de su corazon y á la defensa de su alma, para no exponerla á perder su sedoso manto, su rica vestidura y sus preciosos collares. De ahí esa vida de sufrimientos y mortificaciones, esa vida de recogimiento y de fervor.

Tanto puede en María, amados cristianos, tanto puede, repito, el deseo de mantenerse en gracia, que llega hasta el extremo de renunciar á la divina maternidad, si ántes el Angel no hubiera venido á asegurarla, de que tal gracia podía asociarse con su voto, sin hacerla culpable de violada promesa, y, por lo mismo, no corría el riesgo de desmerecer los celestiales favores.

Y nosotros, ¿qué hemos hecho para conservar la gracia de Dios? ¿A qué bienes hemos renunciado para no renunciar al cielo, que es el mayor de todos? ¿Cómo, y con qué prudencia nos hemos conducido en las pruebas, en las tentaciones, y en los peligros? nosotros, que somos débiles y desvalidos, nosotros que hemos sido concebidos en la culpa, que nada hemos hecho para contrarestar las malas inclinaciones, para corregir nuestros malos hábitos, y para conservar aquel don de que se nos había hecho partícipes por la misericordia de Dios? ¿Cuál ha sido nuestra vigilancia, cuáles nuestras acciones, y cuál nuestra vida? No quiero insistir sobre este punto, amados hermanos; responda por vosotros la propia conciencia.

Finalmente, el verdadero devoto de María debe procurar crecer en su gracia. ¡Oh almas, que siendo escogidas de Dios, recibisteis en depósito el precioso talento para que negociarais con él! vosotras, que apénas nacidas en el regazo de vuestro Padre amoroso, visteis ceñir vuestra frente con una guirnalda preciosa, que debía ser embellecida por vosotras mismas! almas, digo, que no sé si llamar infortunadas ó felices; ¿de qué modo habeis traficado con ese talento, hermoseado esa corona, acrecentado esa gloria? Si la habeis acrecentado, sois, en realidad, afortunadas; afortunadas, porque poseeis la felicidad en esta tierra, y más afortunadas todavía, porque ciertas estais de una felicidad duradera en el porvenir. Mas vosotros, ¡ah! vosotros, no respondeis á mis voces; y ¿por qué, hermanos mios?

¡Gran Dios! ¿serán, acaso, tan ciegos tus siervos, que no procuren el acrecentamiento de aquel don, que siendo gratuitamente otorgado, tan pronto como se negociara, podría hacerlos mil veces más bienaventurados en el cielo? ¡Engañados mortales! vosotros, que mostrais tal afan para mejorar vuestras posiciones; vosotros, que tratais á toda costa de adquirir de cada dia más celebridad sobre la tierra; vosotros, que teneis en tanta estima el acrecentamiento de una gloria que pasa con más rapidez que el viento, y desaparece aún con más presteza que un relámpago; vosotros, que solo ávidos de lodo, de la sombra, y de la materia; vosotros, repito; ¿no cuidaríais de una fortuna, incomparablemente mejor, de una fama verdaderamente sólida y permanente, de una guirnalda del más radiante esplendor, que alcanzar pudierais en la pátria de los santos, en el Paraiso?

No me digais ahora, que para ser coronados en el cielo basta res-

tituir al Señor intacta aquella gracia que recibimos en el bautismo.

¡Qué error tan funesto, hermanos mios! Abrid, vuestros ojos; prestad atento oido. ¿No veis aquel señor del Evangelio, de mirada severa, de irritado semblante, y con aire de juez? ¿No oís aquella terrible sentencia, con la cual condena á su siervo á las tinieblas exteriores? ¡Oh condenacion verdaderamente terrible! Dicho siervo restituye intacto el talento que había guardado solicitamente, y de ningun modo había malogrado. Empero, el señor quería que lo hubiera negociado, y por no haberlo hecho, le condena á las tinieblas exteriores.

Cristianos oyentes, seamos cuerdos, siquiera esta vez: bueno es apreciar la gracia, y mejor aún conservarla; mas, si no se negocía, si no se acrecienta, de nada ello nos servirá. Aprendamos de María á negociar los dones que hemos recibido de Dios. Ella, Virgen excelsa, delicioso Junquillo, que conserva su licor, y con toda constancia sobre su tallo, lo acrecienta y vuelve cada dia más fragante y suave; no dejó, no, inactiva aquella gracia que se mereció de Dios, desde el primer instante de su concepcion, sino, que apénas la hubo gustado, concibió tal deseo de acrecentarla, que no dejó pasar dia ni momento, no perdonó medio alguno, no practicó obra alguna que no tendiera á tal fin. Y de tal manera supo acrecentarla y negociarla, que pudo decir de sí misma, que habia extendido sus ramas como la palma, que había vuelto su fruto como una vida exhuberante, y que sus ramas eran ramas de gracia. De tal modo la acrecentó, que bien podemos repetir aquí, con sobrada razon, que Ella era aquella nubecilla de Elías, que aunque pequeña en su orígen, llegó á cubrir al poco tiempo la tierra entera; aquella semilla tan diminuta, que se convirtió en árbol el más majestuoso y sublime; aquella modesta fuente, que vino á ser un mar desparramado é inmenso. Tanto la acrecentó, por último, que pudo ser llamada la madre, el árbitro, la tesorera, la dispensadora de la gracia.

En vista de tal ejemplo, hermanos mios; ¿qué decimos nosotros, qué hace nuestro corazon, qué responde nuestra conciencia? Nosotros ¡oh ceguera incomprensible! nosotros, que queremos, sin embargo, gloriarnos de ser devotos de María; nosotros, á imitacion de aquel siervo del Evangelio, y acaso peor que él todavía, hemos descuidado ese don del cielo; hemos desperdiciado el talento, lo hemos disipado; y un dia, siendo deliciosos Junquillos en el jardin de la Iglesia, nos marchitamos sobre el tallo, convirtiendo la fragancia en el hedor más nauseabundo.

¡Dios santo y justo! ¿y qué contestaremos, pues, cuando llamados

á tu divino tribunal, nos veamos obligados á dar cuenta de tal disipacion? ¿Qué pretexto alegaremos en aquel momento tremendo, mis queridos oyentes? ¿Qué voz tan tremenda nos exponemos á oir allí para nuestra condenacion? ¿Cuál no será en aquel acto la angustia de nuestro corazon? ¡Ah, mis amados hermanos! ahora nuestra Madre, para preservarnos de tales infortunios, nos ofrece en esta noche sus luminosos ejemplos. Imitémosla, pues, como verdaderos devotos, como amantes hijos. Para alcanzar el Paraiso es necesario poseer la gracia: pues bien; esa gracia apreciémosla, ante todo, toda vez que ella conduce á la posesion de un bien apreciable sobre todos los demás.

Para entrar en los banquetes eternos, es indispensable revestirse con el blanco vestido de la gracia; ¡ea, pues! conservémosla para no correr el peligro de que al ser llamados por el esposo celestial, nos hallemos despojados de los necesarios ornamentos. Para alcanzar la posesion de Dios, premio y merced de nuestras fatigas, es menester aumentar la gracia que nos fué dada en el bautismo, y hacer que sea fuente y principio de merecimientos: pues bien, negociémosla, á fin de que asociándose ese don gratuito al merecimiento, nos haga dignos del premio eterno.

¡Animo, pues, amados cristianos! que el ejemplo de nuestra Madre María nos estimule y nos aliente. Ella, cual delicioso Junquillo lleno de espiritual licor, y de gracia divina, tuvo en mucha estima esa gracia, la conservó y la acrecentó: hagamos nosotros otro tanto, y seremos sus verdaderos devotos. En toda ocasion, y en todas nuestras acciones no perdamos de vista esa gracia; que ella nos dirija; obremos bajo sus inspiraciones, y nuestros actos irán enderezados á acrecentarla.

Y Vos, ¡Vírgen bendita! Vos, que sois de la gracia el árbitro, la tesorera y la Madre, Vos nos la alcanzareis de Dios; y ahora, Vos misma, infundid en nuestros corazones tal aprecio de ella, que la antepongamos á todos los bienes engañosos de la tierra. Haced Vos que sepamos custodiarla, aún á costa de fatigas y penalidades, renunciando para ello, si es necesario, no solo á los bienes terrenales, sino aún á nuestra propia vida. Ayudadnos á multiplicarla con nuestras obras, para que, á manera de deliciosos Junquillos, podamos tambien nosotros, un dia, ser transplantados en los jardines del cielo.

DIA CUARTO.

EL GERANIO,

Ó SEA:

LA VIDA CRISTIANA.

Ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus.
La llevaré á la soledad, y la hablaré al corazon.
(OSEAS II, 14.)

Festejos, bullicios y placeres; hé ahí, mis queridos hermanos, el objetivo de los modernos cristianos en esta tierra. Figurar en el mundo, participar de sus goces, y pasar en el ócio los breves dias de esta vida; tal parece ser el único destino que les señaló el Altísimo. Espíritu de Religion y de Fé; ¿dónde has establecido, pues, en nuestros dias, tu morada? ¡Oh! qué horrores de un siglo prevaricado! Y ¿cuántos somos hoy los que dirijimos nuestra mirada al Nazareno retirado en el desierto? ¿Cuántos los que encaminamos nuestros pensamientos al Redentor, que está sudando en el huerto? ¿Cuántos los que nos detenemos en contemplar el Crucificado, que está pendiente y agonizando sobre el Gólgota? ¡Hombres profanos del siglo, idólatras de vosotros mismos! vosotros, que estais enseñando á voz en cuello, que, al fin y al cabo, el Señor no ha acumulado una infinidad de deleites para que puedan agostarse sin ser apercibidos, sino para que el hombre disfrute de ellos á su albedrío; vosotros, que estais repitiendo, que la soledad no está destinada por el Todopoderoso para morada de los hombres, sino para refugio de los animales y de las fieras; vosotros, que engañais vuestra cobardía y somnolencia con paliados pretextos de poca salud, débiles fuerzas y deteriorada naturaleza; ¿en qué página del sacrosanto Evangelio habeis aprendido tan descabellada doctrina? ¿Debe ser esa, acaso, la vida del cristiano sobre la tierra?

Pues bien; confrontémosla con el modelo que esta noche nos ofrece el místico jardin Mariano. Cesad, mis queridos hermanos, de echar una mirada incierta sobre el conjunto de ese sitio deliciosísimo, y puesto que siempre os sentís inclinados á satisfacer en todas las cosas vuestros apetitos, ávidos de dar la preferencia á aquellas que os acarrean consuelo y deleite, no os desdeñeis, por un momento, de fijar los ojos, sencillamente, sobre una flor, y que, por cierto, no es de las más brillantes y pomposas. Un Geranio es, amados hermanos, la flor, sobre la cual vengo á llamar vuestra atencion, y sobre aquel Geranio, que el hombre llama TRISTE. Sus hojas son esféricas, pequeñas y purpurinas sus flores, matizadas lijeramente de blanco acá y acullá. Su tallo no es muy alto; sus ramas son siempre desiguales; y de dia, apénas tiene aroma.

Pues bien; ¿pudiérais, acaso, despreciar esa humilde florecilla? ¿Osaríais hollarla con vuestra planta, ó, cuando ménos, dejarla en el abandono? En buen hora; abandonadla; mas yo os suplico, si es que os digneis escucharme, que le dirijais, á lo ménos, una mirada. ¡Oh! qué bellezas tan maravillosas ostenta! Aquella flor, que apénas exhala perfume alguno á la viva luz del dia, al quedar cubierta por las tinieblas de la noche, derrama una fragancia tan deliciosa, que llega á eclipsar, á superar la de las florecillas mismas que la rodean. Y ¡cosa admirable! amados hermanos; á medida que las tinieblas de la noche van avanzando, más sorprendentes bellezas van apareciendo en esa flor misteriosa. Hé aquí, pues, que despues de aquel suave perfume, la planta entera se reviste de brillantísimas perlas, semejantes á un rocío celestial; pero que, en realidad, no son otra cosa que gotas de licor interno transpirado por los poros, por una fuerza de la misma planta, contenida, durante el dia, por los vivos rayos de la luz.

El misterio, hermanos mios, se manifiesta por sí mismo. María, que nos habla en esa flor, nos ofrece con ella un ejemplo de lo que debe ser la vida cristiana sobre esta tierra; vida, que solo se manifiesta por la suave fragancia de las cristianas virtudes en las tinieblas y en el silencio de la noche, cuando, estando todo callado, el mundo parece una soledad universal; vida, que en esa soledad misma se baña de rocío celestial, de misterioso licor, símbolo de lágrimas, de gemidos y sollozos; vida, finalmente, que se reasume toda entera en un esfuerzo generoso, expresado en esos prolongados sudores, con los cuales el hombre baña su frente para seguir el sendero de la cruz, y llegar al monte de la perfeccion y de la gloria. En suma, y para decirlo todo de una vez, María, simbolizada en

DIA CUARTO.

EL GERANIO,

Ó SEA:

LA VIDA CRISTIANA.

Ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus.
La llevaré á la soledad, y la hablaré al corazon.
(OSEAS II, 14.)

Festejos, bullicios y placeres; hé ahí, mis queridos hermanos, el objetivo de los modernos cristianos en esta tierra. Figurar en el mundo, participar de sus goces, y pasar en el ócio los breves dias de esta vida; tal parece ser el único destino que les señaló el Altísimo. Espíritu de Religion y de Fé; ¿dónde has establecido, pues, en nuestros dias, tu morada? ¡Oh! qué horrores de un siglo prevaricado! Y ¿cuántos somos hoy los que dirijimos nuestra mirada al Nazareno retirado en el desierto? ¿Cuántos los que encaminamos nuestros pensamientos al Redentor, que está sudando en el huerto? ¿Cuántos los que nos detenemos en contemplar el Crucificado, que está pendiente y agonizando sobre el Gólgota? ¡Hombres profanos del siglo, idólatras de vosotros mismos! vosotros, que estais enseñando á voz en cuello, que, al fin y al cabo, el Señor no ha acumulado una infinidad de deleites para que puedan agostarse sin ser apercibidos, sino para que el hombre disfrute de ellos á su albedrío; vosotros, que estais repitiendo, que la soledad no está destinada por el Todopoderoso para morada de los hombres, sino para refugio de los animales y de las fieras; vosotros, que engañais vuestra cobardía y somnolencia con paliados pretextos de poca salud, débiles fuerzas y deteriorada naturaleza; ¿en qué página del sacrosanto Evangelio habeis aprendido tan descabellada doctrina? ¿Debe ser esa, acaso, la vida del cristiano sobre la tierra?

Pues bien; confrontémosla con el modelo que esta noche nos ofrece el místico jardin Mariano. Cesad, mis queridos hermanos, de echar una mirada incierta sobre el conjunto de ese sitio deliciosísimo, y puesto que siempre os sentís inclinados á satisfacer en todas las cosas vuestros apetitos, ávidos de dar la preferencia á aquellas que os acarrean consuelo y deleite, no os desdeñeis, por un momento, de fijar los ojos, sencillamente, sobre una flor, y que, por cierto, no es de las más brillantes y pomposas. Un Geranio es, amados hermanos, la flor, sobre la cual vengo á llamar vuestra atencion, y sobre aquel Geranio, que el hombre llama TRISTE. Sus hojas son esféricas, pequeñas y purpurinas sus flores, matizadas lijeramente de blanco acá y acullá. Su tallo no es muy alto; sus ramas son siempre desiguales; y de dia, apénas tiene aroma.

Pues bien; ¿pudiérais, acaso, despreciar esa humilde florecilla? ¿Osaríais hollarla con vuestra planta, ó, cuando ménos, dejarla en el abandono? En buen hora; abandonadla; mas yo os suplico, si es que os digneis escucharme, que le dirijais, á lo ménos, una mirada. ¡Oh! qué bellezas tan maravillosas ostenta! Aquella flor, que apénas exhala perfume alguno á la viva luz del dia, al quedar cubierta por las tinieblas de la noche, derrama una fragancia tan deliciosa, que llega á eclipsar, á superar la de las florecillas mismas que la rodean. Y ¡cosa admirable! amados hermanos; á medida que las tinieblas de la noche van avanzando, más sorprendentes bellezas van apareciendo en esa flor misteriosa. Hé aquí, pues, que despues de aquel suave perfume, la planta entera se reviste de brillantísimas perlas, semejantes á un rocío celestial; pero que, en realidad, no son otra cosa que gotas de licor interno transpirado por los poros, por una fuerza de la misma planta, contenida, durante el dia, por los vivos rayos de la luz.

El misterio, hermanos mios, se manifiesta por sí mismo. María, que nos habla en esa flor, nos ofrece con ella un ejemplo de lo que debe ser la vida cristiana sobre esta tierra; vida, que solo se manifiesta por la suave fragancia de las cristianas virtudes en las tinieblas y en el silencio de la noche, cuando, estando todo callado, el mundo parece una soledad universal; vida, que en esa soledad misma se baña de rocío celestial, de misterioso licor, símbolo de lágrimas, de gemidos y sollozos; vida, finalmente, que se reasume toda entera en un esfuerzo generoso, expresado en esos prolongados sudores, con los cuales el hombre baña su frente para seguir el sendero de la cruz, y llegar al monte de la perfeccion y de la gloria. En suma, y para decirlo todo de una vez, María, simbolizada en

el misterioso Geranio, nos manifiesta con su ejemplo, que nuestra vida debe ser una vida de soledad, de llanto y de trabajo.

El asunto, amados hermanos, bien que contrario á nuestras naturales propensiones, no puede ser más adecuado á las necesidades de los cristianos de nuestros dias. Pidamos los auxilios de la gracia: A. M.

La vida del cristiano debe ser una vida de soledad. Os ruego, amados hermanos, que al oir estas palabras, no retrocedais ni os desanimeis. No me propongo de ningun modo llamaros á la soledad de los claustros; no os obligo á retiraros en espantosos montes, en desiertos bosques, ni en solitarias selvas; no: vanas fueran mis exortaciones si á tanto quisiera obligaros. A otra soledad muy distinta yo, ahora, ó mejor dicho, por mi conducto, os llama la Religion; ella os llama á aquella soledad, que vosotros habeis acaso despreciado hasta el presente, por no haber tenido conocimiento de ella; á aquella soledad, que aún cuando puede llegar á faltar en los claustros más rígidos, bien puede tener cabida en medio del siglo, entre las ocupaciones de una posicion holgada y opulenta; y aún bajo los artesonados techos, en los lujosos salones y los mullidos cojines; aquella soledad, por último, que sabe encontrar el misterioso Geranio en medio de los más florecientes jardines.

Amados hermanos; en medio del siglo existe otro siglo, y en medio del mundo, otro mundo; aquel mundo, por el cual el divino Redentor dijo, que no rogaba á su Padre; aquel mundo, para el cual decia estar crucificado el grande Apóstol de las naciones; aquel mundo, que incapacita á sus secuaces para escuchar la voz de Jesús; aquel mundo, en una palabra, que levanta una escuela contra la Cátedra de la Cruz, enseña máximas, propala doctrinas é introduce costumbres enteramente opuestas á las máximas, la doctrina y las costumbres del Evangelio. Un mundo impío, que llama lícito el hurto, necesaria la incontinencia, y honrado el fraude; que apellida esforzados á los impacientes, grandes á los orgullosos, y prudentes á los opresores; aquel mundo, que enseña á atizar la venganza, á ensalzar la vanidad, y á hacer una necesidad de la calumnia; aquel mundo, que da rienda suelta á la fogosidad de la juventud, que halaga las pasiones de la edad viril, y aplaude la ociosidad de la senectud, y en todos, la irreligion, los delitos y la impiedad.

Ese es el mundo, cuya huida se os intima, amados hermanos; ese es el mundo del cual se quiere que vivais separados y alejados; y ya que así no os sea dado hacerlo, respecto del cuerpo, toda vez que os hallais continuamente en medio de él, se quiere, al ménos, que os alejeis de él con el espíritu, viviendo en una perfecta soledad de corazon; soledad, que os infunda el odio de aquellas máximas, el desprecio de aquella doctrina, y la abominacion de aquellas costumbres; soledad, que purifique vuestro corazon de los afectos que inspira ese insensato mundo, de los deseos que excita en vuestra alma, y de los pensamientos que infunde en vuestro entendimiento; soledad, que, á la par que os haga gozar de los bienes terrenales, os indique hasta donde es compatible conciliar dicho goce con la honestidad; soledad, que, si bien os permita seguir las modas mundanales, os señale hasta qué límites éstas pueden asociarse con la cultura y la Religion; soledad, que no os impida participar de las expansiones y diversiones terrenales, mas hasta el punto en que á ello no se opongan la buena educacion y la virtud; soledad, por último, que os mantenga alejados de cuanto pueda ofender á Dios en las acciones, los deseos y los pensamientos.

Y una tal soledad, cristianos oyentes, ¿pudierais, acaso, despreciarla? ¿No os sintierais con valor suficiente para abrazarla? Pues seguid, enhorabuena, vuestras inclinaciones, acomodaos con las mundanas enseñanzas, y vivid entre el bullicio de una vida disipada; pero tened entendido, que, á semejanza del Geranio que vive en la luz del dia, no despedireis el suave perfume de vuestras virtudes, no oireis aquella voz tan suave para vuestro corazon, la única que puede enseñaros el sendero de la salvacion; la única capaz de amaestraros en el modo de huir de las ocasiones; la única que puede alentaros en tiempo de tribulacion, sosteneros en los asaltos de vuestros enemigos, y levantaros, si por fragilidad hubiereis caido. Así nos lo asegura el Señor: *non in commotione Dominus* (III. Reg. xix, 11); mas solo en la soledad deja oir su voz: *ducam in solitudinem; et loquar ad cor ejus* (Oseas, ii, 14).

Continuad, pues, vuestra vida en medio de las conveniencias y riquezas; buscad aún con afan, si así os parece, las expansiones, las diversiones y los regocijos; satisfaced, si os gusta, vuestros antojos, vuestra vanidad; empero, no olvideis en tiempo alguno la divina amenaza, la cual os asegura, que de vuestro regocijo á los eternos tormentos no hay más que un solo punto: *ducunt in bonis dies suos, et in puncto ad inferna descendunt* (Job, xxi, 13). Decid, si así os place, en el fondo de vuestro corazon, que no es tan malo, como se pretende, el seguir aquella moda, satisfacer aquellos apetitos, gozar de aquellas expansiones y participar de aquellos gustos; el oprimir á tal ó cual émulo, vengar tal ó cual injuria, alimentar aquellos afectos, seguir aquellos impulsos, y hacer muchas otras cosas semejantes; mas

tened entendido, que entónces debeis renunciar á la devocion de María, á la calidad de hijos suyos, á su amor. ¿Y cómo pudiera Ella reconoceros entónces por suyos, aquella Vírgen Santísima, que os ofrece ejemplos muy diferentes de virtud, que os inculca máximas enteramente contrarias, y os enseña una doctrina diametralmente opuesta?

Aplicaos á contemplarla, mis queridos hermanos, y la vereis semejante al delicioso Geranio, siempre fragante y siempre delicioso, porque siempre vive entre las sombras de la soledad y del silencio. Cual místico Geranio, podreis saludarla en la soledad del Templo, donde se halla á solas con Dios, extraña enteramente á la tierra y ya ciudadana del cielo. Cual místico Geranio se aparecerá ante vuestros ojos en su celdilla de Nazareth, donde, bien que en medio del mundo, nada tiene de comun con el mundo; alejada siempre de sus pompas, enteramente extraña á sus murmuraciones y despreciadora de sus bienes; donde no conoce otra cosa que el cielo, sólo sostiene coloquios con el Angel, y no adora más que á su Dios. Cual místico Geranio la vereis despues de la Ascension de su Hijo, cuando permanece de contínuo, no en las fiestas y en las veladas, no en las tertulias y los banquetes, no en las diversiones y en los esparcimientos, sino en el interior del Cenáculo, ó entre los Apóstoles, como maestra, ó bien entregada á la oracion al pié del altar. En todas partes, en suma, la hallareis humilde, modesta, recogida, afable, fervorosa y devota; siempre suave por la fragancia de sus virtudes, siempre místico Geranio oculto entre las sombras y la profunda oscuridad de la noche.

Y sabiendo todo eso; ¿cómo es posible creer, que seamos hijos suyos y sus devotos, despues de una vida empleada en las diversiones, en la relajacion y el pecado? ¡Ah! mis amados cristianos; en tanto que amemos los locos devaneos del mundo; en tanto que, ávidos de figurar en el mundo, corramos en pos de comparsas, distracciones, pasatiempos y diversiones, seremos geranios; pero geranios ordinarios, faltos siempre de fragancia y de suavidad. Si queremos ser, cual fué, nuestra Madre santísima, místico Geranio nocturno, amemos el recogimiento de nuestro corazon; y aquí, en ese recogimiento, exhalaremos el suave olor de nuestras virtudes; aquí, en ese retiro, brotará de nuestros ojos en abundancia, como brota de los poros del Geranio, el precioso licor, las gotas del rocío celestial, los suspiros, los gemidos y las lágrimas.

Tal es, amados hermanos, la vida del cristiano en la soledad; así lo indicamos cada dia cuando, al dirigir nuestra mirada á la Santísima Vírgen, exclamamos, que nuestro valle es un valle de lágrimas; cuando al recordar nuestro destierro, la invocamos con lágrimas en

los ojos y con los suspiros del corazon. Si es, pues, que entónces no mentimos, es preciso confesar, que nuestra vida es, en verdad, una vida de llanto. Y, en realidad, desterrados como estamos de nuestra querida pátria celestial, donde solo se halla toda nuestra felicidad, rodeados en esta morada de destierro de tantos males y tantas miserias, siendo blanco del ódio y de la malignidad de innumerables enemigos, sujetos siempre á los dolores, á las enfermedades y la muerte, ¿cómo ha de ser posible, que pasemos nuestra vida sin lágrimas ni gemidos?

Y aún cuando nos sonriera la suerte, mis queridos hermanos; aún cuando ignoráramos las miserias, las enfermedades, los dolores y los infortunios, el solo pensamiento desgarrador de haber ofendido una vez á nuestro Dios, ¿no fuera acaso suficiente, para hacer de nuestra vida una vida de llanto, de tristeza y de amarguras? ¡Dios de bondad! ¿cómo, estando ciertos de haber ofendido á la Majestad del Altísimo, de haber conculcado sus preceptos, despreciado su amistad y abandonado sus senderos, é inciertos de nuestra suerte futura, dudosos acerca de su recuperada amistad, pudiéramos dejar de llorar, gemir y afligirnos? ¡Ah! ese fuera ya por sí solo el más poderoso motivo para nuestro llanto y para nuestra desventura. No basta tampoco para el caso, el haber purificado ya vuestras almas en el tribunal de la penitencia, haber alcanzado la sacramental absolucion de las culpas, y haber oido pronunciar sobre vuestras frentes palabras de paz, de perdon y de gracia. Todo eso ¿qué importa? Vosotros os hallais todavía en la inseguridad del alcanzado perdon; no soy yo quien os lo dice; Jesucristo mismo os lo revela: *Nescit homo utrum amore in odio dignus sit.* (Eccl. ix, 6.) Aún suponiendo que, á semejanza del Real Salmista, hubierais oido de la boca del profeta, que Dios os habia, en realidad, purificado de toda culpa; ¿fuera acaso eso suficiente para dejar de llorar, como él, vuestra ingratitud y vuestra maldad, en haber osado ofender á un Dios tan bueno y tan piadoso? Y el mismo perdon debido á su misericordia, ¿no os moveria, por ventura, á llenar de profundos gemidos vuestro lecho, y á mezclar vuestro pan con lágrimas? ¡Ah! qué desdicha la nuestra, por no haber aprendido todavía lo que significa ofender á Dios! De ahí dimana que no lloremos nuestro infortunio.

Bien lo aprendió, amados cristianos, nuestra Madre María; y por eso, su vida entera, siendo precisamente una vida de oculto Geranio pasada en la oscuridad de la noche, fué una vida de llantos, de amargura y de gemidos. Nuestra Madre Santísima lloró, pero no, ciertamente, sus propias culpas, toda vez que inmaculada salió de las

manos de Dios, é inmaculada permaneció en todo el decurso de su mortal carrera; pero lloró por nuestras culpas, por las culpas de un mundo desagradecido é ingrato. ¡Y cuán amargamente no lloró por ello! Por tal causa lloró en su celdilla de Nazareth, cuando abogando por nuestro bien, exclamaba al Señor: perdona, sí, perdona á tus ingratos hijos: ven, desciende sobre la tierra, establece en ella tu trono, manifiesta de un modo bien patente tu soberana clemencia. Y esas lágrimas, mis queridos hermanos, fueron tan amargas, tan copiosas y tan amorosas, que merecieron que el Redentor divino apresurara su venida á la tierra. Por ello lloró en la gruta de Belen, cuando vió al Rey de la gloria entre dos humildes animales, y le contempló niño despreciado de los hombres, ya nacido para los padecimientos, ya blanco de las más horribles contradicciones. Por ello lloró en Egipto, cuando se vió obligada á llevar su Hijo á extrañas regiones, para librarle del acero impío, salvarle de la barbarie de su pueblo, y conservar su preciosa vida. Por ello lloró, finalmente, sobre el Gólgota, cuando vió á su Amado, exhalando jadeante su espíritu por los pecados de un pueblo deicida, por las culpas de un mundo prevaricador. Y tantas lágrimas derramadas por la Vírgen, y por culpas agenas, ¿no debieran movernos á nosotros á llorar por nuestros pecados? ¡Oh! sí, lágrimas son lo que ahora se requiere, mis amados hermanos; lágrimas que, como las del misterioso Geranio, sean efecto de un forzado trasudor, de una contínua mortificacion, y de una no interrumpida fatiga.

Habiendo sido llamados, por la gracia de Dios, á la posesion de la eterna felicidad de los bienaventurados, continuamente oimos repetir, que esa felicidad no es otra cosa que el fruto y el premio de innumerables sufrimientos, dolorosos trabajos y prolongados afanes. Continuamente, tambien, se nos está enseñando, cuan angosta es la puerta que conduce á tal felicidad, y que son menester grandes esfuerzos para penetrar en ella. Y aún se nos declara, terminantemente, que el reino de los cielos sufre violencia, y que, por lo tanto, solo los esforzados pueden arrebatarlo: *Regnum coelorum vim patitur et violente rapiunt illud* (MATTH. XI, 12). Y á fin de que nuestro ánimo no decaiga, se nos ofrece el ejemplo de Jesucristo, que tuvo que soportar toda aquella inmensidad de dolores para entrar en la gloria, en aquella gloria que era propia y natural de Él, que le pertenecía por derecho hereditario, y de la cual Él solo debía ser el árbitro, el dispensador y el soberano.

Y sabiendo todo eso, ¿podríamos aún decir, que nuestra vida no sea una vida de tribulaciones, de esfuerzos y de trabajos? ¿Podríamos,

acaso, llevar nuestra presuncion hasta el punto de persuadirnos, de que aquella angosta puerta será ensanchada para nosotros, que se nos hará más suave su sendero, más fácil su acceso? ¡Ah! léjos de nuestro ánimo tal presuncion, mis amados hermanos; es preciso sufrir, es necesario hacerse violencia, es menester reprimir nuestras pasiones. La cruz debe ser nuestro cotidiano sustento, nuestros pasos deben siempre ir enderezados hácia el escabroso monte del Gólgota; la abnegacion de nosotros mismos debe ser nuestro objeto de cada dia, nuestro diario triunfo. El reprimir tal ó cual pasion predominante, tal ó cual deseo de venganza, tal ó cual espíritu de emulacion, tal ó cual arrebato de impaciencia, tal ó cual efecto poco santo; tal ó cual diversion poco lícita, tal ó cual conversacion poco honesta, tal ó cual lectura poco devota; tal ó cual vanidad, tal ó cual ambicion, tal ó cual soberbia; y al mismo tiempo, subir el escarpado monte de la virtud, y de la humildad, de la resignacion, de la paciencia, de la pureza, de la devocion y de la inocencia; hé ahí el único medio para entrar por la angosta puerta de la eterna bienaventuranza; hé ahí el sendero que ha abierto delante de nosotros María, y que Ella nos enseña.

¡Oh! Ella, sí, que llevó una vida tal cual yo os la he descrito ya, en la humildad, en la tribulacion y en los sufrimientos. Desde su propia morada á la cueva de Belen, desde la cueva de Belen al Calvario, y desde el Calvario á la muerte, no hallareis un solo instante de su vida, que no fuera empleado en el penoso ejercicio de las más arduas virtudes. Contempladla allí donde querais, en el Pesebre, en el Templo, en su huida á Egipto, en su vida doméstica y en el monte de la mirra, y atreveos, si teneis valor para ello, á desmentir mis palabras. En el Pesebre, el amor llena su alma de amargura; en el Templo, la obediencia tortura su corazon; en la huida á Egipto, sus padecimientos son imponderables; en la vida doméstica, cuando no viene á afligirla algun otro pensamiento, abate su ánimo el conocimiento de los sufrimientos que debía sufrir un dia su Hijo; y sobre el monte de la mirra, ¿pudierais, acaso, calcular los afanes, las angustias y el martirio de su generoso corazon?

¿Y de qué pueden servirte, ¡oh Madre! tantas amarguras y tantas fatigas? ¿Qué temor invade tu mente? Tú, que constituida reina de la gloria; Tú, que, en cierto modo, has vuelto á abrirnos las puertas de los cielos; Tú, que eres Madre, Hija y Esposa del mismo Dios; ¿pudieras sentir, por ventura, el temor de no alcanzar aquel premio, no adquirir aquella corona y no poseer aquel reino?

¡Oh! no, de ningun modo. Locura fuera imaginar tal cosa, mis

queridos hermanos; María, al obrar así, quiere adquirir merecimientos para nosotros. Pues bien; sacudamos nuestra indiferencia ante esos designios tan amorosos de nuestra Madre Santísima; sigamos sus pasos por medio de una vida retirada, mortificada y activa; seamos Geranios en el jardin de la Iglesia; pero Geranios olorosos, que recrean en la oscuridad de la noche; que son bañados con la más copiosa sudor; que procuran, á todo trance, dejar satisfechos los deseos del infatigable agricultor. Prometámoslo así á Dios; jurémoslo así á María. Desprendamos nuestro corazon de todos los afectos mundanales, justifiquemos nuestra mente de todos los pensamientos inútiles, apartemos nuestro cuerpo de todos los placeres ilícitos; en cuanto de nosotros dependa, sea nuestra vida, una vida retirada y oculta, alejada del bullicio del siglo, de tantas y tantas inútiles diversiones, de tantas y tantas perniciosas tertulias, y de tantas peligrosas conversaciones como el siglo nos ofrece. Detestemos nuestras pasadas flaquezas, llorando nuestra obcecacion, no con las lágrimas exteriores del rostro, que de poco aprovechan, sino con las interiores del corazon, que nos preservan de la culpa, y de cuanto á ella pueda conducirnos. Trabajemos con afan para la adquisicion de las cristianas virtudes, sin perder jamás de vista el ejemplo de María; entónces, sí, que semejantes al más delicioso de los Geranios, tendremos la inefable suerte de ser un dia trasplantados en la tierra de promision, en el Paraiso.

Empero, vuestra debe ser la gloria de ello, ¡oh místico Geranio! oh Madre nuestra amorosísima! Nosotros somos, y bien Vos lo veis, débiles, inconstantes, y miserables. ¡Desdichados! ¿qué podemos, pues, careciendo de vuestro auxilio, de vuestra proteccion y vuestro amparo? ¡Oh Madre! *Monstra te esse Matrem*, muestra que eres nuestra Madre, haciendo que nuestro corazon se desprenda de todo lo del mundo, purificándolo de los afectos terrenales, inclinándolo hácia el amor del cielo, y hácia el exclusivo deseo de los consuelos divinos: *Monstra te esse Matrem*, alcanzándonos de Dios amarguísimas lágrimas para llorar nuestras culpas, y detestar la vida, con la cual le hemos hasta ahora desconocido y ofendido; finalmente, *Monstra te esse Matrem*, sosteniéndonos, á fin de no tener que sucumbir en el penoso ejercicio de las cristianas virtudes, procurando que tengamos bien presente, que solo ellas pueden hacernos dichosos en la eternidad. Esa es la gracia que os pedimos, ¡oh Vírgen Santísima! y la pedimos á vuestro maternal corazon: seguros estamos, pues, de alcanzarla.

DIA QUINTO.

LA VIUDITA,

Ó SEA:

LA MODESTIA.

Modestia vestra nota sit omnibus hominibus.
Sea vuestra modestia patente á todos los hombres.
(PHIL. IV, 5.)

Hoy ofrezco, mis amados hermanos, á vuestra meditacion, una flor humilde en su aspecto, tosca en sus hojas, y grave en su color. Descollando muy poco sobre el suelo, dicha flor distínguese por sus hojas levemente dentadas; por sus formas, semejantes á una deliciosa margarita; por su violado oscurísimo, que la matiza acá y acullá, vagamente mezclado de grosoros y blanquizcos estambres. Sus formas, su tamaño, su color, y aún su nombre mismo, hermanos mios, todo os habla, todo os anuncia aquella sublime virtud que está destinada á simbolizar. La Viudita, ó la flor de la viuda, hé aquí el bello nombre que la distingue, la tierna denominacion que la hace grata á nuestros ojos, no ménos que á los deseos de nuestro corazon. Cual flor de la viuda la designa su colorido; cual flor de la viuda, la humildad de sus tallos; cual flor de la viuda, por último, la grata tosquedad de sus ocultas hojas. ¡Oh deliciosa Viudilla! ó por mejor decir: ¡oh Vírgen Santísima, que te places en ofrecerte á nuestras miradas bajo el símbolo de esa humilde flor! ¿Qué quieres enseñarnos en esta noche? ¿qué virtud quieres excitar en nuestros miserables corazones?

¡Ah! mis queridos hermanos; ¿cuál es el distintivo de la viuda? qué es lo que la hace digna de alabanzas, de admiracion, de encomios? La modestia. ¡Oh virtud sublime! oh prenda sin par de un corazon cristiano! Y la necesidad de esta virtud, hermanos mios, es, pre-

queridos hermanos; María, al obrar así, quiere adquirir merecimientos para nosotros. Pues bien; sacudamos nuestra indiferencia ante esos designios tan amorosos de nuestra Madre Santísima; sigamos sus pasos por medio de una vida retirada, mortificada y activa; seamos Geranios en el jardin de la Iglesia; pero Geranios olorosos, que recrean en la oscuridad de la noche; que son bañados con la más copiosa sudor; que procuran, á todo trance, dejar satisfechos los deseos del infatigable agricultor. Prometámoslo así á Dios; jurémoslo así á María. Desprendamos nuestro corazon de todos los afectos mundanales, justifiquemos nuestra mente de todos los pensamientos inútiles, apartemos nuestro cuerpo de todos los placeres ilícitos; en cuanto de nosotros dependa, sea nuestra vida, una vida retirada y oculta, alejada del bullicio del siglo, de tantas y tantas inútiles diversiones, de tantas y tantas perniciosas tertulias, y de tantas peligrosas conversaciones como el siglo nos ofrece. Detestemos nuestras pasadas flaquezas, llorando nuestra obcecacion, no con las lágrimas exteriores del rostro, que de poco aprovechan, sino con las interiores del corazon, que nos preservan de la culpa, y de cuanto á ella pueda conducirnos. Trabajemos con afan para la adquisicion de las cristianas virtudes, sin perder jamás de vista el ejemplo de María; entónces, sí, que semejantes al más delicioso de los Geranios, tendremos la inefable suerte de ser un dia trasplantados en la tierra de promision, en el Paraiso.

Empero, vuestra debe ser la gloria de ello, ¡oh místico Geranio! oh Madre nuestra amorosísima! Nosotros somos, y bien Vos lo veis, débiles, inconstantes, y miserables. ¡Desdichados! ¿qué podemos, pues, careciendo de vuestro auxilio, de vuestra proteccion y vuestro amparo? ¡Oh Madre! *Monstra te esse Matrem*, muestra que eres nuestra Madre, haciendo que nuestro corazon se desprenda de todo lo del mundo, purificándolo de los afectos terrenales, inclinándolo hácia el amor del cielo, y hácia el exclusivo deseo de los consuelos divinos: *Monstra te esse Matrem*, alcanzándonos de Dios amarguísimas lágrimas para llorar nuestras culpas, y detestar la vida, con la cual le hemos hasta ahora desconocido y ofendido; finalmente, *Monstra te esse Matrem*, sosteniéndonos, á fin de no tener que sucumbir en el penoso ejercicio de las cristianas virtudes, procurando que tengamos bien presente, que solo ellas pueden hacernos dichosos en la eternidad. Esa es la gracia que os pedimos, ¡oh Vírgen Santísima! y la pedimos á vuestro maternal corazon: seguros estamos, pues, de alcanzarla.

DIA QUINTO.

LA VIUDITA,

Ó SEA:

LA MODESTIA.

Modestia vestra nota sit omnibus hominibus.
Sea vuestra modestia patente á todos los hombres.
(PHIL. IV, 5.)

Hoy ofrezco, mis amados hermanos, á vuestra meditacion, una flor humilde en su aspecto, tosca en sus hojas, y grave en su color. Descollando muy poco sobre el suelo, dicha flor distínguese por sus hojas levemente dentadas; por sus formas, semejantes á una deliciosa margarita; por su violado oscurísimo, que la matiza acá y acullá, vagamente mezclado de grosoros y blanquizcos estambres. Sus formas, su tamaño, su color, y aún su nombre mismo, hermanos mios, todo os habla, todo os anuncia aquella sublime virtud que está destinada á simbolizar. La Viudita, ó la flor de la viuda, hé aquí el bello nombre que la distingue, la tierna denominacion que la hace grata á nuestros ojos, no ménos que á los deseos de nuestro corazon. Cual flor de la viuda la designa su colorido; cual flor de la viuda, la humildad de sus tallos; cual flor de la viuda, por último, la grata tosquedad de sus ocultas hojas. ¡Oh deliciosa Viudilla! ó por mejor decir: ¡oh Vírgen Santísima, que te places en ofrecerte á nuestras miradas bajo el símbolo de esa humilde flor! ¿Qué quieres enseñarnos en esta noche? ¿qué virtud quieres excitar en nuestros miserables corazones?

¡Ah! mis queridos hermanos; ¿cuál es el distintivo de la viuda? qué es lo que la hace digna de alabanzas, de admiracion, de encomios? La modestia. ¡Oh virtud sublime! oh prenda sin par de un corazon cristiano! Y la necesidad de esta virtud, hermanos mios, es, pre-

cisamente, la que el Apóstol procuraba inculcar, no solo á las viudas, sino aún al comun de los fieles; así á la mujer, como al hombre; al jóven, lo propio que á la doncella.

Mas ¡ay! cuán olvidada se halla tan sublime virtud por los cristianos indiferentes! Tertuliano mismo, aún en sus tiempos, veíase obligado á levantar muy alto la voz, para hacer volver á la práctica de dicha virtud á los ya degenerados fieles. Y la voz de Tertuliano permaneció estéril para aquellos corazones; y aquella voz fué repetida en tono más alto todavía, por los Padres de la Iglesia que le sucedieron, sin que reportara tampoco todo el fruto apetecido. En pos de ellos vinieron aquellos hombres encargados de difundir la divina palabra, y gritaron, y están gritando todavía en nuestros dias, exhortando á todos, y recordando el precepto apostólico; y su voz (¡ah! especialmente en nuestros dias), no es tampoco escuchada, y acaso ella sea objeto de escarnio; en términos, que tantas y tantas exhortaciones de los ministros del Santuario, solo obtienen por respuesta ejemplos de la más descarada inmodestia, de la licencia en las costumbres, de la desenvoltura en los modales, y del cinismo en las conversaciones.

De ello se lamenta la Iglesia, y á ello atribuye una parte de los males que la están afligiendo; por eso no desperdicia ocasion para aplicarles el remedio; por cuyo motivo, á la voz de sus ministros se une la voz del Pastor supremo, que dirige su palabra á aquellos que conservan todavía el espíritu de fé, para que influyan con su ejemplo; rogando, exhortando y dictando sus decretos, á fin de que sea extirpado de su suelo ese emponzoñado gérmen y esa semilla tan mortífera. Y los cristianos están oyendo las voces, contemplando las lágrimas y escuchando las amonestaciones; y permanecen insensibles, callados, y obstinados; y con tal obstinacion se resisten á su cumplimiento.

¡Ah! mis amados hermanos; ¿y qué debemos hacer nosotros, ministros del Santuario, para que vuelvan las almas á la observancia de tan riguroso precepto? ¿Deberemos, acaso, manifestarlo, siendo él ya tan notorio para los fieles? ¿Deberemos demostrar la necesidad de su cumplimiento? Mas, ¿no está ya demostrada? ¿Fuera preciso indicar su conveniencia? Mas ¿no la conoceis ya; por ventura, no amais ya esa virtud? ¿Qué resta, pues, qué añadir? Voy á hablaros de las ventajas que trae consigo el ejercicio de una virtud tan sublime; única reflexion capaz de persuadir á un corazon obstinado.

Dichosos vosotros, mis amados cristianos, si convencidos de ello, procurais conduciros, respecto de vuestra vida exterior, tales cual la religion os quiere que seais, edificativos en el comportamiento, reservados en las conversaciones, y aún circunspectos y modestos en vuestra manera de vestir. Así, cual místicas Viuditas, sereis, en verdad, hijos de aquella Madre Santísima, que enamoraba por su modestia, y por ella atraía hácia sí las complacencias de su Dios. Escuchad, pues, mis palabras; y si despojados de toda vana preocupacion, de todo erróneo concepto, fijais vuestra atencion en mi interesante asunto, cierto estoy que, despues de haberos demostrado los incalculables beneficios que produce la modestia cristiana, lo mismo respecto de aquellos que la practican, como de aquellos que la contemplan; cierto estoy, repito, de que vosotros, sin atender para el caso á la obligacion del precepto, ni á la necesidad de la conveniencia, os persuadireis de las utilidades que proporciona esa divina virtud. Imploremos primero la gracia: A. M.

La modestia, mis amados hermanos, es, en parte, segun nos enseña el angélico Doctor, una derivacion de la cristiana templanza; y á fin de poder ocuparme con mayor extension de materia tan interesante, esta noche me limitaré solo á considerar dicha virtud, en su parte más propia á enseñarnos la moderacion respecto de nuestras palabras, de nuestras acciones, y aún respecto del modo de cubrir nuestro cuerpo. Tocante á la compostura de las miradas, al comedimiento de las palabras, á la custodia de los sentidos, á la gravedad y porte de la virtud, ella, cual mística deliciosa Viudita, las dirige y compone. Y ahora yo os pido, mis amados hermanos, que formeis vuestro juicio sobre las ventajas que puede proporcionar esa sublime virtud, en primer lugar, á la persona que la posee.

No olvideis, carísimos hermanos, cuán terrible enemigo de nuestra alma es nuestro cuerpo. Siempre rebelde y orgulloso, rehusa su sumision á la razon; y ávido solamente de cuanto puede satisfacer sus caprichos, complacer sus inclinaciones, y saciar sus apetitos, solo quisiera apegarse á la carne, á la corrupcion y á la materia. Prescindiendo, absolutamente, de todo lo exterior, tiene en sí mismo infinitas puertas por donde introducir á los enemigos: tiene, en primer lugar, los sentidos, los ojos, que pueden emplearse en ver objetos peligrosos; el oido, que á veces abre paso á abominables razonamientos; el paladar, que traga el cáliz de Babilonia; y el tacto, que gusta de brutales deleites y sensuales abominaciones. Si un poder divino no viene, pues, á cerrarnos esas terribles puertas, ¿qué estragos no tendremos que deplorar en nuestro miserable espíritu? Siendo los enemigos introdu-

cidos por tantos puntos ¿ acaso nuestra fortaleza permanecerá inexpugnable?

Mas, desechad todo temor, hermanos mios; con una sola arma que empuñe vuestra mano, podreis alcanzar el triunfo más brillante. Esa arma es la modestia; sí, la modestia, que reflejándose en los ojos, hace pacto con ellos de no pensar siquiera en vírgen alguna; la modestia, que, ejerciendo siempre su vigilancia sobre el oido, sabe bien el medio de preservarlo de cuanto se opone á la virtud; la modestia, que, siendo moderada en sus apetitos, solo se contenta con satisfacer la necesidad, sin temor de traspasar sus límites, ni de que sus aspiraciones puedan servir de pábulo al grosero deleite; la modestia, que, siendo mortificada en el tacto, sabe refrenar la contumaz concupiscencia con espinas, privaciones y austeridades.

Hé ahí ¡oh cristianos muy amados! el unico medio para alcanzar el triunfo; la unica arma para tener á raya á los enemigos. Fijad, si no, vuestra mirada en un hombre revestido de tal virtud. ¡Ah! el ánimo de ese hombre jamás le vereis agitado por el recuerdo de peligrosos fantasmas, ni apesadumbrado por la memoria de diabólicas tentaciones. ¡Oh! su alma es cual cándida aurora, cual luz purísima, que en parte alguna se complace más que en la anchura de los cielos, y allí se deleita en todo lo que es santo, en todo lo celestial y en todo lo divino. Su cuerpo no se halla jamás expuesto á las inquietudes de una nociva superfluidad, ni es jamás presa de diabólicas llamas; su cuerpo es una ciudadela de paz, un jardin de flores, un templo vivo de Dios. Y aún en el caso de verse rodeado, acosado, y hasta atacado en su propia persona por numerosos enemigos; ese hombre, no los mira con los ojos, ni oye con los oidos, ni siente sus golpes en la carne. Su alma es una llave que sabe abrirse una vía, un aura que vuela libremente; un espíritu, al cual no se opone la materia.

Y ¿ os parece, acaso, pequeña esa ventaja, que podeis obtener por vuestra modestia? ¿ Creereis, por ventura, cosa insignificante, el precaverse contra aquellas terribles tentaciones, que pudiendo asaltar nuestra alma con facilidad, y siendo difícil combatirlas, pudieran sumergirnos en la más miserable ruina? Y no es esa, hermanos mios, la única ventaja que nos proporciona la modestia cristiana ¿ Quién de nosotros no siente en sus adentros, una invencible dificultad en conservar el fervor del espíritu; una tendencia, casi insuperable, por decirlo así, hácia la distraccion, la tibieza y la divagacion? ¿ No basta muchas veces la vista de un simple objeto para distraer la mente, aún cuando estamos de rodillas á los piés de la imágen del Crucificado en demanda de misericordia y de auxilio? ¿ Acaso el recuerdo de cosas, aún las más triviales, no viene á disipar nuestro corazon en el acto mismo, en que se halla entre los brazos de Jesús sacramentado, que es su dicha? Decidme pues; ¿ pudieran, por ventura, distraer nuestra atencion tales objetos, si nuestra mirada se fijara en el suelo con la debida modestia? Y ¿ qué recuerdo podría perturbar vuestra mente, si, guardando siempre aquella compostura que se requiere, no divagasen los sentidos sin direccion determinada, por no ser regulados y moderados por ley alguna?

Hallándonos, como nos hallamos, en un mundo, en donde todo es corrupcion y desórden; donde el pecado se ostenta en todas partes con la mayor desfachatez, y procura por doquier hacer presa de almas; ¿qué otra cosa más que la modestia pudiera volvernos, en cierto modo, ciegos á tanta disolucion desenfrenada, sordos á tantos razonamientos abominables, é insensibles á tantos atractivos halagüeños? Si la modestia hubiera dirigido las miradas de David, ¿hubiese éste, acaso, incurrido en tantos males? Y si la mujer, que ocasionó su caida, no se hubiese expuesto á sus miradas en un lugar demasiado público, en contra de lo que aconsejaba, de lo que prescribia la modestia, ¿hubiera ella, por ventura, mancillado su tálamo, y motivado la muerte de su amado consorte? ¡Ah! mis queridos hermanos; la modestia, solamente, puede serviros de arma, de escudo y de defensa.

Contemplad á nuestra mística Viudita. María. ¡Oh! Ella fué el vivo ejemplo de la más edificante modestia. Viviendo enteramente retirada y recogida, si por acaso salía de su soledad, su mirada se dirigía al suelo, graves eran sus miradas, su andar majestuoso, y su conducta angelical. Si hablaba, sus palabras eran muy pocas, pero siempre santas; sus discursos no muy largos, pero llenos de virtud, y sus expresiones breves, celestiales y divinas. No la movía deseo alguno de adquirir agenos aplausos, ni voluntad alguna de atraerse las agenas miradas, ni el prurito de figurar y de brillar en el mundo. Ella, cual humilde Viudita, sabía ocultarse en la multitud de sus hojas; y si Ella era, sin embargo, el objeto de la admiracion, de la complacencia y del amor de todos; si todo el mundo permanecía estático en su presencia; eso sucedía, precisamente, por aquel aire de santidad que reflejaba su rostro, se traslucía en su mirada, y se hacía ostensible en toda su persona. No debe, pues, extrañaros el ver, que estando Ella siempre unida á su Dios, nunca disminuyera en su alma aquella intensidad de fervor que á Él la unía. No estando nunca distraida por la vista de objetos exteriores, ni jamás perturbada por fan-

tasmas, que mueven la curiosidad, su corazon no podía separarse de su Dios. Ella vivía, es verdad, en medio de unos pueblos indignos; mas los escándalos de aquella bárbara nacion, no ejercían el menor imperio sobre su espíritu, ni hallaban medio alguno para introducirse en su corazon. Sus oidos solo estaban atentos á las palabras de Dios; sus sentidos, gobernados enteramente por la modestia, sabían evitar toda ocasion no santa, por pequeña que fuese. Y el efecto de su santa modestia, y del cual podía muy bien Ella gloriarse, era el adelantar cada dia en la santidad de su espíritu, hacerse á sí misma instrumento de perfeccion, y causa, además, de perfeccionamiento ageno en el bien.

Sí, mis queridos hermanos; á Ella debíase el perfeccionamiento ageno en el bien, toda vez que es propio de la cristiana modestia el estimular á los demás, con su ejemplo, á la piedad, al fervor y á la virtud.

Sea vuestra modestia patente á todos los hombres, exclamaba el Apóstol: *Modestia vestra nota sit omnibus hominibus* (PHILIP., IV, 5). Mas ¿por qué, mis queridos hermanos, al paso que respecto de toda otra virtud se nos dice, que procuremos ocultarla bajo el manto de una sincera humildad, por qué, repito, se quiere y se nos ordena, que nuestra modestia sea ostensible á la faz del mundo entero? ¿Qué tiene esta virtud de particular, para que deba ser conocida de todos, direis, sin duda, en vuestro interior? ¿Y eso me lo preguntais á mí, amados hermanos? ¿No sois acaso vosotros mismos quienes, en presencia de una persona modesta, sentís avidez en vuestro corazon, un vivo deseo de imitarla? ¿No es, por ventura, la vista de una persona grave y recogida, la que dispierta en vuestra mente pensamientos de religiosidad, deseos de virtud, afectos de fervor y de amor? ¿Y en qué tiempo os asalta el temor de vuestra propia vergüenza? ¿Cuándo sucede, que viene á cubrir vuestro rostro un justo rubor? ¿Cuáles son los momentos en que experimentais un sentimiento de indignacion contra vosotros mismos, sino cuando contemplais un hombre revestido de vuestra propia carne, señal y blanco de las mismas tentaciones, rodeado de los mismos objetos que distraen y pervierten vuestro corazon; cuando lo contemplais, repito, semejante á un ángel sobre la tierra, superior á su carne, y fuerte en sus tentaciones, precisamente, porque vive extraño á cuanto le rodea, ignorante de cuanto le ofrece el presente, inconsciente absolutamente de cuanto está obrando sobre su cuerpo mismo?

Interrogad, igualmente, á cuantos se distinguieron por su generoso desprendimiento de las cosas de la tierra, obedeciendo á un

impulso repentino que les volvió á su Dios; interrogadles respecto de la causa que les impelió á tamaño sacrificio, y os responderán, que la vista de un jóven modesto, de una recatada doncella, de una matrona circunspecta, fué el único móvil que les arrancó del siglo y les consagró al Señor. ¿Veis aquel hombre, que, poco ántes, ávido de gloria, la buscaba entre el estruendo de las armas y en medio de los horrores de los campos de batalla? Pues bien; ese hombre ha convertido su espada en crucifijo, y su coraza en cilicio, movido de un ejemplo de cristiana modestia. Paraos tambien en contemplar aquel otro hombre, que, afanado, únicamente, en procurarse honores y riquezas, trataba hace poco de sobresalir en la ciencia del foro y de suplantar á cuantos émulos le rodeaban, y á cuantos contrincantes intentaban rivalizar con él. Pues bien; ese ha trocado el foro por la humilde celda, y su toga por el sayal; y gracias á algun ejemplo recibido de cristiana modestia, hoy vive en un claustro, consagrado enteramente al Señor.

Y aún cuando, mis amados hermanos, no obrara esa sublime virtud sobre nuestro ánimo en un grado tan eminente; ¿no fuera ella, acaso, suficiente para impedir, cuando no otra cosa, la descarada impudencia y el triunfante delito? Y ¿cuántos ejemplos no nos ofrece la historia de hombres, que refrenaron su abominable lenguaje, renunciaron á su vida licenciosa, y repararon sus horribles faltas, simplemente, por haber visto algun modesto cristiano, alguna recatada doncella, ó algun jóven edificativo? ¿Por ventura no leemos, que verificábase esto en presencia de San Luis Gonzaga? ¿Acaso no se nos refiere, que eso mismo pasaba en presencia de San Bernardino de Sena? ¿No se nos asegura otro tanto de muchísimas otras personas, cuyos ejemplos fuera prolijo ahora describir circunstanciadamente?

¡Oh! con razon decía el Apóstol de las naciones, que fuera patente á los ojos de los hombres nuestra modestia: *modestia vestra nota sit omnibus hominibus*. Y aquí muy amados hermanos, no puedo ménos de dar libre salida á un sentimiento de indignacion, que con tal motivo viene á sublevar mi conciencia. ¿Cómo, decir, que se hace patente la modestia con esos vanos atavíos, de que nos ofrecen tan deplorable ejemplo las mujeres cristianas, especialmente en nuestros dias? ¿Se hace, acaso, patente la cristiana modestia con ese vestido lleno de perifollos, pero siempre desaliñado, provocador, y harto elocuente para las impúdicas miradas de aviesas pasiones? ¿Se hace patente la cristiana modestia, y se llama con el propio ejemplo á otras almas al Señor, con esa desenvuelta y licenciosa conducta,

que, hija de la moderna educacion, y unida á los halagüeños atractivos que la imaginacion se representa, contribuye á fomentar la vanidad respecto de los atavíos, da mayor refinamiento al arte de engalanarse, y cautiva á la vez tantas almas con los lazos de la infamia, sumerge tantos corazones en el cieno y la inmundicia, y arrebata tantos cristianos al amoroso seno de Dios?

¡Oh Madre, mística Viudita! Tú, que siempre te mostraste humilde en el color de tus hojas, y siempre modesta en los matices de tus flores ¡ah! haz que procuren siempre imitarte tus devotos, tus queridísimos hijos.

María, mis amados hermanos, si bien de ilustre prosapia, toda vez que descendía de real familia, no corría en pos de las vanas modas del siglo, de las falaces pompas del mundo. Su peinado no era extravagante y complicado, sino modesto y decoroso; no adornaban su cuerpo ricos vestidos, sino que lo cubría, enteramente, un traje humilde; su exterior no era excesivamente esmerado, sino que resplandecían en Ella la santidad y la virtud. Ella anhelaba, sí, los adornos y las joyas; pero, quería que fuesen verdaderas y permanentes. Eran de oro sus vestidos; pero del oro del amor: su velo era cándido; pero del candor de su virginidad: su manto rico; pero rico de gracia: su cabello estaba prendido; pero con una diadema celestial: de su cuello pendían los collares; pero esos collares eran virtudes entrelazadas: en una palabra, todo lo que la cubría, todo, absolutamente, era modestia, pudor y santidad.

Añadid á ello la inocencia de la mirada, la circunspeccion de sus maneras, lo ejemplar de su conducta, la compostura del rostro, la gravedad que se descubría en su trato, y la santidad de sus razonamientos, y luego, decidme; ¿qué tiene de particular, que su presencia edificara á los Hebreos, hiciera que los Egipcios se avergonzaran de sí mismos, y que sus parientes y amigos sintieran reanimar en su presencia el fervor de sus almas?

¡Oh! cuánto yo deseara, mis amados hermanos, haberla podido ver, cuando despues de haber penetrado en el umbral del Templo, conversaba con las doncellas israelitas! Con ellas se dedicaba al trabajo de sus manos, al estudio de las sagradas Escrituras, á la oracion cotidiana y á largas meditaciones. ¡Oh! cuán poderosamente debía infundir en los corazones de sus compañeras las llamas del amor, el incendio de la caridad, y el celo de la perfeccion y de la virtud; el candor de sus lágrimas, y los suspiros de su corazon! Yo me imagino, que aquellas fervorosas pláticas, aquellos santos razonamientos y modestas expresiones, debieron de ser otros tantos dardos para aquellos

tiernos corazones, otros tantos estímulos para aquellas almas afortunadas, y otras tantas invitaciones para entrar en coloquios con su Dios. Sí, lo repito; yo hubiera querido verla..... Mas ¿dónde me hubiera sido posible verla, mis queridos hermanos, sin tener en todas partes ante mis ojos el más raro ejemplo, el más perfecto dechado de su profunda modestia, de su inimitable, y casi estoy por decir, divina circunspeccion?

¡Ah! vosotros solamente, ¡oh santos ángeles! tan solo vosotros, que la contemplabais en su mirada, la acompañasteis en sus viajes, la visteis en la cueva de Belen, la seguisteis á Egipto, velasteis por Ella durante la noche, y no la abandonasteis durante el dia; vosotros, solamente, que, atónitos al contemplar tantos sublimes ejemplos, respetabais en Ella á vuestra Soberana y á vuestra Reina; solo vosotros, digo, pudierais explicarnos las sublimes enseñanzas, que nuestra Santísima Madre ofrecía á vuestras propias miradas.

¡Ah, hermanos mios muy amados! avergonzémonos, sí, avergonzémonos de nosotros mismos. Habiendo sido colocados por Dios en la tierra, para que nos santifiquemos con la práctica de santas obras, y conduzcamos á los demás con nuestro ejemplo á su servicio; nosotros, hasta el presente, nos hemos perdido á nosotros mismos, y hemos perdido á los demás, con una vida mundana, licenciosa é inmodesta. Sordos al precepto del Altísimo, no nos hemos revestido de aquella santa modestia, la única que podía impedir á nuestros enemigos la entrada en nuestro corazon; que podía conservar en nuestro interior el fervor del espíritu; que debía hacernos extraños á los escándalos de que la tierra está llena. Habiéndonos resistido á aquella voz suave, que nos intimaba ser luminosas antorchas á la faz de todo el mundo, hemos descuidado el medio, que á tantas almas hubiera hecho volver al Señor, y alejado á tantas otras de las culpas y de los delitos.

¡Ah! reconociendo en esta noche ese doble beneficio que nos proporciona la cristiana modestia, no dejemos de pedirla con lágrimas á nuestra Madre Santísima. Sí, lo confieso con vosotros, mis amados hermanos; hoy es muy difícil, en la tierra, la práctica de tan celestial virtud: el siglo la persigue con las modas vanas, la combate con inícuas máximas, los impíos la toman por blanco de irrision y de sarcasmo. Empero, si los hombres hacen difícil su práctica, el ejemplo de nuestra Madre María nos la hace facilísima. Ella, cual mística Viudita, con el recogimiento de sus miradas, la santidad de sus razonamientos, y la humildad de sus vestidos, desde ese altar mismo, por medio de esa imágen misma, que estais contemplando en él; os está diciendo: ¡Oh amados hijos mios! ¿por qué andais perdidos en pos de

las vanidades? ¿De qué os aprovecha ese lujo en el traje, esa altanería en los modales, esa licencia en las conversaciones? ¡Ah, hijos seducidos! cerrad los oidos á las perversas enseñanzas de la tierra, é imitadme á mí, que soy vuestro modelo, vuestra guía, vuestra Madre amorosísima. Vuestras vanidades han de tener fin algun dia; vuestro orgullo será pasto de los gusanos; vuestras palabras serán pesadas en la tremenda balanza de la justicia divina. Pero ¿y vuestras almas? ¡Ah! vuestras almas sufrirán por toda la eternidad la pena de vuestro orgullo, el galardon de vuestras vanidades, la condenacion de vuestra licencia.....

Mas ¡ay! no sea así ¡oh Madre piadosísima! Vos, más bien que amenazar á vuestros queridos hijos con el último suplicio, reservado para los vanidosos y soberbios; Vos, repito, hacedlos dignos de Vos misma y de vuestra amistad. Infundid en nuestros corazones el desprecio de las vanidades de las mundanales grandezas; amaestradnos en la humildad de la conducta, en la santidad del trato y en la custodia del corazon; purificad nuestras lenguas, santificad nuestras palabras, hacednos, en una palabra, verdaderos ejemplos de modestia y de virtud. Adornadnos con los ornamentos celestiales, de suerte, que nos sirva de candor nuestra sencillez, de color sonrosado nuestro pudor, y brille en nuestros ojos la modestia; sean gratos nuestros lábios por el silencio, adórnense nuestras cabezas con el yugo de Jesucristo, y cúbranse nuestros miembros con la túnica inconsútil de nuestra Religion y con el sedoso manto de la probidad. Y entónces, siendo tambien nosotros místicas Viuditas, ostentaremos en nuestras frentes en los espirituales jardines, la señal con que se distingue á vuestros hijos y vuestros verdaderos devotos.

DIA SEXTO.

LA MARAVILLA,

Ó SEA:

LA PRESENCIA DE DIOS.

Ambula coram me, et esto perfectus.
Camina delante de mí, y sé perfecto.
(GEN. XVII, 1.)

Á la manera que una aurora naciente se levanta magestuosa desde la cumbre de un monte, para recorrer los inmensos espacios del cielo, hasta llegar á colocarse en el centro del firmamento, y desde allí, inundar con su luz toda la redondez de la tierra; del mismo modo, desde el monte de los Olivos, elevóse el Redentor, y se dirigió con raudo vuelo á las esferas del Empíreo. Circuido de esplendor, lleno de majestad y coronado de gloria, viéronle los apóstoles y los discípulos, y le contemplaron como si su cuerpo fuera leve pluma y aura lijerísima, desplegando, majestuoso, sus doradas alas, surcando los aires, atravesando nubes, penetrando en el Empíreo, y volviendo glorioso á aquel trono, del cual anonadado, abatido y en la forma humilde de siervo, descendiera un dia para la redencion del mundo.

Entre la multitud de los asombrados discípulos, acompañada de las devotas mujeres, le contempla tambien su Santísima Madre, le sigue inmóvil con la vista, y le acompaña con la afectuosa expresion de sus miradas. Mas ¡ay! que una nube le arrebata al encanto de su alma, le oculta á las delicias de su corazon, le cubre enteramente con un velo á sus ojos.

¡Oh, Madre! ¿será posible que, desde hoy en adelante, te hayas de ver privada de la vista de tu Hijo? ¿No has de tenerle más presente ante tus miradas? ¿No has de poderle estrechar más contra tu amoroso seno? ¿No has de gozarle ya en la contemplacion de su innata belleza? ¡Ah! muy al contrario, mis amados cristianos; Jesús estará

las vanidades? ¿De qué os aprovecha ese lujo en el traje, esa altanería en los modales, esa licencia en las conversaciones? ¡Ah, hijos seducidos! cerrad los oidos á las perversas enseñanzas de la tierra, é imitadme á mí, que soy vuestro modelo, vuestra guía, vuestra Madre amorosísima. Vuestras vanidades han de tener fin algun dia; vuestro orgullo será pasto de los gusanos; vuestras palabras serán pesadas en la tremenda balanza de la justicia divina. Pero ¿y vuestras almas? ¡Ah! vuestras almas sufrirán por toda la eternidad la pena de vuestro orgullo, el galardon de vuestras vanidades, la condenacion de vuestra licencia.....

Mas ¡ay! no sea así ¡oh Madre piadosísima! Vos, más bien que amenazar á vuestros queridos hijos con el último suplicio, reservado para los vanidosos y soberbios; Vos, repito, hacedlos dignos de Vos misma y de vuestra amistad. Infundid en nuestros corazones el desprecio de las vanidades de las mundanales grandezas; amaestradnos en la humildad de la conducta, en la santidad del trato y en la custodia del corazon; purificad nuestras lenguas, santificad nuestras palabras, hacednos, en una palabra, verdaderos ejemplos de modestia y de virtud. Adornadnos con los ornamentos celestiales, de suerte, que nos sirva de candor nuestra sencillez, de color sonrosado nuestro pudor, y brille en nuestros ojos la modestia; sean gratos nuestros lábios por el silencio, adórnense nuestras cabezas con el yugo de Jesucristo, y cúbranse nuestros miembros con la túnica inconsútil de nuestra Religion y con el sedoso manto de la probidad. Y entónces, siendo tambien nosotros místicas Viuditas, ostentaremos en nuestras frentes en los espirituales jardines, la señal con que se distingue á vuestros hijos y vuestros verdaderos devotos.

DIA SEXTO.

LA MARAVILLA,

Ó SEA:

LA PRESENCIA DE DIOS.

Ambula coram me, et esto perfectus.
Camina delante de mí, y sé perfecto.
(GEN. XVII, 1.)

Á la manera que una aurora naciente se levanta magestuosa desde la cumbre de un monte, para recorrer los inmensos espacios del cielo, hasta llegar á colocarse en el centro del firmamento, y desde allí, inundar con su luz toda la redondez de la tierra; del mismo modo, desde el monte de los Olivos, elevóse el Redentor, y se dirigió con raudo vuelo á las esferas del Empíreo. Circuido de esplendor, lleno de majestad y coronado de gloria, viéronle los apóstoles y los discípulos, y le contemplaron como si su cuerpo fuera leve pluma y aura lijerísima, desplegando, majestuoso, sus doradas alas, surcando los aires, atravesando nubes, penetrando en el Empíreo, y volviendo glorioso á aquel trono, del cual anonadado, abatido y en la forma humilde de siervo, descendiera un dia para la redencion del mundo.

Entre la multitud de los asombrados discípulos, acompañada de las devotas mujeres, le contempla tambien su Santísima Madre, le sigue inmóvil con la vista, y le acompaña con la afectuosa expresion de sus miradas. Mas ¡ay! que una nube le arrebata al encanto de su alma, le oculta á las delicias de su corazon, le cubre enteramente con un velo á sus ojos.

¡Oh, Madre! ¿será posible que, desde hoy en adelante, te hayas de ver privada de la vista de tu Hijo? ¿No has de tenerle más presente ante tus miradas? ¿No has de poderle estrechar más contra tu amoroso seno? ¿No has de gozarle ya en la contemplacion de su innata belleza? ¡Ah! muy al contrario, mis amados cristianos; Jesús estará

siempre presente á las miradas de su Madre Santísima, y como hijo el más hermoso, estará siempre entre sus brazos amorosos: María se gozará todo el dia en él, todo el dia será feliz entre sus divinos abrazos.

¡Oh Maravilla afortunada! tú, que vas esta noche á darnos la prueba de ello! ven con aire de confianza y de triunfo; ven, y revélanos claramente las maravillas de tu belleza, los arcanos de tu voz, los misterios, los sorprendentes misterios de tu mudo lenguaje.

Esa es una flor, mis amados hermanos, que por su incesante renovacion en los primeros dias de cada mes, fué llamada por los antiguos flor de las Calendas. Su tronco, como sabeis, es recto, muy poco provisto de ramas, esbelto, y cubierto de hojas. Estas son variadas, sinuosas y puntiagudas en sus extremidades, á manera de espoleta, ó rayadas. Su cáliz place por la sencillez de sus formas y por la igualdad de sus hojas. Sus flores os encantan porque las veis solitarias en el talle, brillantes, bellas por su configuracion, y admirables por su colorido. Aquella linda semi-florecilla, que se levanta en medio de ellas, y las demás que la rodean, cautiva vuestros sentidos; aquel delicado matiz de violeta, aquel color amarillo suave, aquella tinta blanca que hace resaltar la viveza de colores, atrae vuestras miradas; al observar que abre su cáliz cuando la luz del dia viene á iluminar la tierra, y que repliega todas sus hojas como si se concentrara en sí misma, apénas la noche empieza á extender su manto, os causa la más profunda admiracion...

Empero; ¿por qué motivo yo observo, que esa flor cambia á cada instante de aspecto? ¿Por qué noto en ella, desde la mañana á la noche, una nueva direccion, como si quisiera imitar el movimiento de los astros y el curso de los planetas?

¡Ah, mis amados hermanos! el continuo movimiento de esa flor es el efecto de la contínua necesidad que experimenta de volverse hácia el sol, al cual sigue desde su salida hasta su puesta. Es ese un movimiento misterioso, que viene á simbolizarnos el estudio de María, la cual, privada de poder contemplar á su santísimo Hijo con los ojos del cuerpo, por la Ascension del mismo, le seguía con los ojos de la fé, y le buscaba solícita en todos los séres, y le tenía presente, cual verdadero sol de justicia, y le veneraba y bendecía en todos los instantes de su vida.

Y dichosa Ella, que en esa divina y continuada presencia hallaba el medio más adecuado para la santificacion de su alma. ¡Ah! si es verdad que nosotros somos sus verdaderos devotos, imitémosla, pues; tengamos á Dios presente en todos los instantes de nuestra vida, y alcanzaremos la santidad de nuestro corazon. Esa divina presencia será la que removerá los obstáculos que se oponen á nuestra santificacion; esa será la que nos hará accesible el sendero que á la misma conduce. Prestad, prestad, mis amados cristianos, á mis palabras toda vuestra atencion. A. M.

No espereis ahora de mí, que, entrando en teológicas discusiones, me proponga manifestaros de que manera el Altísimo, con su infinita omnipotencia, existe en todo tiempo y se encuentra en todo lugar. Iluminados por la fé, todos nosotros sabemos ya, que Dios se halla presente en todas las cosas, y presente, no con una mirada que ve los objetos de léjos, sino con su propia naturaleza, en la cual, segun nos enseña el Apóstol, nosotros existimos, vivimos y nos movemos. Guiados por la razon, todos conocemos, que esa divina omnipotencia es tan absolutamente propia del Altísimo, que, sin ella, dejaría de ser aquel ente único singular y perfectísimo. Mas, una y otra nos hablan bajo un velo tan misterioso y oscuro, que nos hace imposible enteramente el conocer su naturaleza y explicar el arcano.

Acatando, pues, lo que la fé nos enseña, pasemos adelante, mis amados hermanos; y más bien que considerar la divina presencia en todas las cosas como un atributo de la divinidad, considerémosla como un hábito de nuestro entendimiento, por medio del cual nos sentimos movidos continuamente á reconocer al Altísimo presente ante nuestras miradas; presente, para observar con atencion nuestras acciones; presente, para excudriñar los secretos de nuestro corazon; y presente, por último, para tomar exacta cuenta de nuestra conducta. Y esa divina presencia, vuelvo aquí á repetirlo, es el medio más fácil para obtener la santificacion de nuestras almas; y lo es, principalmente, porque nos desembaraza de cuantos obstáculos suelen impedirla.

¿Cuáles son, mis amados hermanos, los obstáculos que pueden oponerse á nuestra santificacion? Las culpas y los pecados; la tibieza de nuestra alma, la disipacion de nuestro corazon, nuestro apego á las cosas de la tierra. Habiendo nacido todos con la marca de la infamia, inclinados al mal desde nuestra adolescencia misma, débiles por una naturaleza viciada en su orígen y en su mismo tronco; harto expuestos nos hallamos á las caidas, y á manchar nuestras manos en el cieno de nuestras propias iniquidades. El demonio, que no cesa ni un instante de combatirnos; el mundo, que siempre tiene dispuestos sus lazos; y la carne que, rebelde al espíritu, no puede sufrir su dominio, nos sorprenden, nos persiguen y nos rodean; y nosotros, por desgracia, nos damos por vencidos á sus plantas, y nos convertimos en víc-

timas de su furor. A veces, nuestra alma llora por tal motivo; quisiera sustraerse á su yugo; mas le faltan las fuerzas, el valor, la eficáz resolucion. Empero, si eso sucede al alma, la culpa de ello es enteramente suya. La fuerza, el valor, y la eficáz resolucion no le faltarían, ciertamente, si tuviera siempre su mirada fija en el Señor. ¿Por qué, pregunta el Salmista, las sendas del hombre son torcidas en todo tiempo? Porque, como él mismo contesta, no tiene á Dios presente ante sus miradas. *Non est Deus in conspectu ejus* (Ps. IX, 26).

¿Y fuera posible, por ventura, que el hombre cediera á la tentacion, y contaminara su alma con la mancha de la culpa, si pensara continuamente, en aquel Dios que le está contemplando, y le contempla para juzgarlo, y que debe juzgarlo para castigarle? ¿Sería, acaso, posible, que el hombre pudiera dar asilo en su corazon al mónstruo horrible del pecado, si no olvidase que, aún en su interior, se halla presente su Dios? ¡Ah! ¿no nos asegura San Jerónimo, que el recuerdo de Dios nos libra, con seguridad, de toda culpa del alma? *Memoria Dei excludit cuncta flagitia* (IN EZECH. XXII, 12.)

¿Y qué dice, en realidad, el pecador, en los momentos en que, dejándose arrastrar por sus pasiones, se aparta de la ley santa de Dios? No hay quien me vea: *non est qui videat me* (IS. XLVII, 10). Y ese es el grito del impúdico en el acto en que, colocándose al nivel de los irracionales, llega, en cierto modo, á convertirse en uno de ellos: *non est qui videat me.* Y lo mismo repite el avaro, cuando, en lo recóndito de su corazon, está maquinando nuevos artificios para despojar á su cliente, para sumir á la viuda en la miseria, con la mira de enriquecerse chupando la sangre del pobre y del desvalido: *non est qui videat me.* Y lo mismo va diciendo el orgulloso, cuando se reviste con el aire modesto de la hipocresía, para alcanzar más elevadas distinciones, la veneracion y los homenajes: *non est qui videat me.* Y el calumniador, al desacreditar la fama agena, añade: *non est qui videat me.* Y el émulo, que procura denigrar solapadamente á sus competidores, exclama: *non est qui videat me.* Y el hombre vengativo, que en las tinieblas prepara ó ejecuta sus atroces venganzas, está gritando tambien: *non est qui videat me.*

¡Insensatos! ¡ah! si recordarais entónces, que hay, sin embargo, alguno que os ve, que es vuestro Dios, ¿cometeríais, acaso, vuestras indignidades? Y si siempre que estais hojeando algun libro obsceno pensarais, que vuestro Dios está presente, ¿proseguiríais, por ventura, en su lectura? Y si cada vez que os complaceis en los pensamientos indignos que cruzan por vuestra mente, os acordaseis de vuestro Padre, que reina en los cielos, ¿pudierais, acaso, dar pábulo á tamañas

maldades? Y si siempre que cubrís vuestros cuerpos con vanos adornos, pensaseis que con ellos os presentabais delante de vuestro Dios, ¿cómo fuera posible, que no os avergonzaseis de vuestra propia dad y de vuestro orgullo?

¡Ah! confesémoslo, pues, mis queridos hermanos; el único medio para preservarnos de la culpa, y para vencer el único obstáculo que puede impedir nuestra santificacion es la presencia de Dios. Perdido, y perdido miserablemente es, el tiempo que no santificamos con ese ejercicio; nulas aquellas obras, por no decir pecaminosas, que son ejecutadas sin Dios en la memoria y en el corazon. El resistir á las tentaciones, el superar los obstáculos, la fuerza para vencer á los enemigos, y el cantar victoria en los prolongados y difíciles combates, todo eso, es obra de Dios, el cual, segun nos lo advierte el Salmista, está á nuestro lado para que no sucumbamos: *à dextris est mihi ne conmovear* (Ps. XV, 8). Mas, si nosotros no procuramos imitar al mismo Salmista, que decía: *providebam Dominum in conspectu meo semper* (IBID), sucumbiremos indudablemente. Vivamos en la presencia del Señor: sea este el grito de nuestro corazon, y ese grito será el remedio de nuestra debilidad.

Y aún suponiéndonos exentos de toda culpa, aún cuando, estando confirmados en gracia, pudiéramos eliminar de nuestro pensamiento el temor siquiera de cometerla; ¿no nos fuera, acaso, necesario y provechoso el caminar en la presencia de Dios? De ello nos da fé, mis amados hermanos, nuestra Santísima Madre. Donde quiera que vosotros la contempleis, bien sea en su propia morada, ó en el Templo, en Nazareth, ó en Egipto, ó ántes, ó despues de la muerte de su Hijo, se aparecerá ante vuestros ojos cual misteriosa Maravilla, absorta continuamente en la contemplacion de su Dios. En la casa paterna, siendo aún tierna niña, que no contaba más allá de tres años, oidla prorumpir, de vez en cuando, en las más fervorosas deprecaciones hácia aquel Dios, del cual ya se sentía prevenida con la abundancia de su gracia. Y como quiera que las paredes del hogar doméstico, la presencia de sus padres, y la afluencia de los amigos, que acudían de todas partes para admirar la modestia de su rostro, el candor de su mirada, y la santidad de su vida, le sirvieran de impedimiento para la concentracion de su espíritu, y distrajeran su alma del pensamiento de Dios; Ella, con un generoso desprendimiento, por un impulso de la más ardiente caridad, huyó de la casa paterna para encerrarse en el Templo santo de Dios, persuadida de que allí podría prolongar y repetir con más facilidad sus coloquios con el Altísimo.

Y ¡ah! quién supiera deciros, amados hermanos, con qué llamas de

008545

amor, María, encerrada en el Templo, volvía continuamente su mirada, cual cándida y dorada Maravilla, hácia su Padre, hácia su Esposo, hácia su futuro Hijo, hácia su bien, hácia su todo? Ante la incesante contemplacion del Templo, ante la presencia del Arca santa de Dios, con su contínuo consorcio con los sacerdotes y con los sagrados ministros, ¡ah! su espíritu de tal manera uníase con el Señor, que no habia un solo momento de su vida en el cual Ella no le recordara, no le invocase y no le adorase.

Ella salió, finalmente, del Templo; mas no por eso su pensamiento dejó de pensar ménos en el Altísimo; y de ello dió las más luminosas enseñanzas en la casa de Isabel, cuando al ser saludada cual bendita entre todas las mujeres, con un impulso, por decirlo así, espontáneo, dirigió sus pensamientos al Altísimo, y le saludó con un cántico el más maravilloso y sublime.

Si tal hacía, mis amados hermanos, nuestra Madre Santísima, cuando solamente con los ojos de la fé le era dado contemplar á su Dios; decidme, pues, ¿qué no haría Ella, cuando gozándose en la contemplacion del fruto de sus entrañas, tenía á Dios presente ante sus ojos, aún con su propio cuerpo, y le sostenía entre sus brazos, y le sustentaba con sus pechos, y le fajaba con sus santísimas manos, y le tenía por compañero inseparable de sus dias dichosos? ¡Ah! imaginaos, mis amados hermanos, toda vez que yo no puedo expresarlo; imaginaos las fervorosas aspiraciones, los amorosos suspiros y las penetrantes miradas con las cuales continuamente le invocaba, ó se dirigía hácia El, sin apartarse nunca de su rostro divino. Y hé ahí de donde dimanaba su contínuo perfeccionamiento en la santidad; aquel nunca interrumpido progreso en la virtud; aquel siempre creciente fervor de su espíritu. Así, pues, es bien cierto, mis queridos hermanos, que el continuado ejercicio de la presencia de Dios conduce á un grado de santidad, siempre mayor y más elevado, facilitándonos extraordinariamente su sendero.

No hay porque decir, que el sendero de la virtud es áspero y dificultoso: *arcta via est, quæ ducit ad vitam* (MATTH VII., 14). Para seguir dicho sendero, es necesario sostener una lucha á todo trance y prolongados combates; es preciso luchar contra la naturaleza, que á ello se niega; luchar con las pasiones, que ciegan nuestros ojos; luchar con la carne, que se muestra recalcitrante. Y esa lucha es lucha de violencia; violencia para trepar á los escabrosos montes; violencia para superar los dificultosos pasos; violencia para hacer frente á los más terribles ataques. Mas no desmaye vuestro ánimo, mis queridos hermanos. ¿No habeis observado, alguna vez, en los árduos trances, el

valor que infunde en el soldado la presencia de su emperador? ¿Habeis notado cuánta fuerza, arrojo, energía y vigor adquiere dicho soldado con ese mero hecho? El deseo de merecer el aplauso de su caudillo, la esperanza de alcanzar su recompensa y su corona, le animan, le impulsan, le electrizan y le envalentonan, hasta el punto de sentirse capaz de acometer las empresas más arriesgadas, de hacer los esfuerzos más extraordinarios, y de alcanzar los triunfos más gloriosos.

Otro tanto sucede, mis queridos hermanos, con las luchas del espíritu. ¡Ah! si en el momento del terrible conflicto recordásemos, que nuestro Dios está presente, ¿de qué fortaleza no se sentiría poseida nuestra alma? ¿Cuál fuera la energía de nuestro espíritu, cómo no habíamos de marchar intrépidos por el dificultoso sendero, cómo no habíamos de alcanzar los más brillantes triunfos? Contemplad, mis queridos hermanos, esas almas afortunadas, que cual místicas y espirituales Maravillas, tienen siempre las miradas fijas en el verdadero Sol de justicia. Si la tristeza viene á abatir su ánimo, ellas, dirigiendo un suspiro á su Padre, devuelven á su propio corazon la alegría y la tranquilidad; si viene á asaltar su imaginacion algun pensamiento de desconfianza, una mirada de su Dios las reanima; si alguna distraccion viene á perturbar su conciencia, una aspiracion hácia su Dios las saca de su propio abatimiento. Y cuando el amor propio ofendido, les echa en cara sus propias humillaciones, ellas, mirando á Dios, lo tienen á raya; y cuando las pasiones se rebelan á causa de sus mortificaciones, ellas, invocando á su Dios, las reducen á servidumbre; y cuando la carne se opone á sus no interrumpidas oraciones y á sus prolongados ayunos, ellas, acudiendo á su Dios, la mantienen enteramente sujeta bajo su dominio. Y esas almas, una vez vencedoras de sí mismas, ¿quién fuera capaz de deciros, mis amados hermanos, los maravillosos efectos que se van produciendo en ellas en presencia de su Dios?

¡Oh! qué llamas de amor corresponden á tales miradas! qué protestas de la más sincera sumision! qué esperanzas tan ardientes se excitan en su corazon! De ahí toma vigor la fortaleza de su ánimo; de ahí dimana la templanza que se nota en su manera de vivir; de ahí el incremento que adquiere la probidad de su corazon. Esa mirada hace la tierra despreciable ante sus ojos; esa mirada les representa como verdadero lodo las riquezas; por esa mirada, en fin, no alimentan en su interior otros deseos que los deseos del cielo. Ni pudiera suceder de otra manera, bien podeis creerlo. Ten á Dios en tu entendimiento y en tu corazon, está escrito en los Proverbios, y Él mismo enderezará tus pasos: *Ipse diriget gressus tuos* (PROV. III, 6). Y el Pa-

triarca de los creyentes había oido repetir: Tú llegarás á ser perfecto, sin duda alguna, si caminas en mi presencia: *Ambula coram me, et esto perfectus* (GENES. XVII, 1).

Y en realidad; ¿por qué medio pudo nuestra Madre, María, alcanzar tal grado de santidad? ¡Oh! lo alcanzó, precisamente, porque cual mística y deliciosa Maravilla, continuamente fomentaba en su interior la memoria de Dios. En todas las cosas parecíale ver á su Amado; y de ahí, que en todas las cosas hallara un nuevo estímulo para el fervor, la santidad y la justicia. Reconocíale como Padre en las flores del campo, en los astros de que veía adornado el firmamento, en los esplendores que observaba brillar en la tierra, en los céfiros, cuyo soplo sentía en su rostro con suavidad; en las aves, cuyos melodiosos conciertos oía con embeleso; y Ella se representaba á Dios como juez en las profundas tinieblas de la noche, en las asperezas de los montes, en el despeñamiento de los torrentes, en la impetuosidad de los vientos, en el relampagueo de la tempestad, en el retumbar del trueno y en el serpenteo de las centellas. Y cual Maravilla, abierta á la luz del dia, Ella amaba á Dios en las flores, le admiraba en los astros, le reconocía en la luz, le bendecía en los céfiros, y le ensalzaba en los aires: y luego, en la Maravilla cerrada, por la privacion de la luz, en las noches le temía, en los montes le adoraba, en las aguas le invocaba, en los relámpagos, en los truenos y en las centellas aplacaba su rigor. Y de ahí, que las divinas inspiraciones se sucedieran de contínuo en su alma; de ahí, sus no interrumpidas protestas de ser la sierva humilde de su Señor. Si Ella atendía á sus quehaceres domésticos, tenía á Dios en su boca; y si á la oracion y á la meditacion, tenía á Dios en su corazon. No había temor alguno que de Él se alejase, toda vez que le estaba siempre llamando; no había cuidado alguno que de Él se desprendiera, puesto que de contínuo le abrazaba; no había peligro alguno que le perdiese de vista, ya que no cesaba nunca de buscarle. Ella le buscaba; pero, le buscaba en su interior mismo, porque estaba segura de encontrarle allí; Ella le encontraba; pero, no le encontraba léjos de sí misma, porque en su propio corazon le poseía; Ella le poseía; pero no le poseía distinto de Ella misma, porque la contínua contemplacion la había, por decirlo así, identificado con Él.

Y ¿por qué, pues, mis queridos hermanos, no hemos de apelar, por nuestra parte, á un medio tan fácil para alcanzar nuestra propia santificacion? ¿Hay, por ventura, momento alguno, en que dejemos de experimentar en nosotros mismos las bondades del Altísimo? Siendo ello así, dice San Ambrosio, no debe tampoco haber momento

alguno, en que no le tengamos en el entendimiento y en el corazon; en el entendimiento, para conocerle; y en el corazon, para amarle: en el entendimiento, para reconocerle como juez; y en el corazon, para amarle como Padre. Reconociéndole como juez, nos precaveremos de la culpa, y desaparecerán todos los obstáculos para nuestra santificacion; reconociéndolo como Padre, adelantaremos rápidamente por el sendero de la virtud; y ese sendero, tan dificultoso, estará para nosotro llenos de suavidad y de dulzura.

¿Qué es, pues, lo que detiene nuestros pasos? ¿Será, por ventura, lo árduo de la empresa? ¡Ah! mis queridos hermanos; nada hay más fácil. ¿Qué cosa existe sobre la tierra que no nos hable de Dios? ¿Qué objeto no es capaz de despertar en nuestro corazon su recuerdo? ¿Acaso no pudieran servirnos para ello, la contemplacion del dia y de la noche, la tierra y los mares, la luz y las flores, las aves y las fuentes, y, en una palabra, todo cuanto nos rodea, todo cuanto nos alienta, todo cuanto arrebata nuestros sentidos, aún á pesar nuestro? Dios me ve; yo os amo, Dios mío; ¡Dios mío! socorredme: esas jaculatorias bastan, mis amados hermanos, para excitar en nuestro interior la presencia de Dios: basta repetirlas, para alcanzar con plena seguridad la salvacion, el reposo y la santidad de nuestro corazon. ¿Pudiéramos permanecer sordos á tal llamamiento, mis queridos hermanos?

No lo permitais ¡oh Madre nuestra santísima! Desde este punto mismo, empezamos ya á repetir dichas palabras, con el firme propósito de pronunciarlas contínuamente, hasta los últimos instantes de nuestra vida. Cual espiritual Maravilla, que siempre tiene el semblante vuelto hácia el sol, Vos no cesasteis un solo momento de contemplar á vuestro Hijo santísimo; de tener el pensamiento fijo en vuestro Esposo celestial; y de invocar á vuestro Padre amorosísimo. Y ¿por qué no habíamos nosotros de poder imitaros, nosotros, que nos gloriamos de ser vuestros hijos y devotos? Hallándonos siempre, como nos hallamos, en presencia de nuestros implacables enemigos; rodeados sin cesar de innumerables obstáculos, ¿pudiéramos, acaso, cantar completo triunfo, sin pensar jamás en nuestro Padre, en nuestro altísimo Dios? Siendo débiles por una naturaleza contaminada con la culpa; ¿pudiera, acaso, nuestro cuello sufrir el yugo de la virtud, si el ánimo conturbado no recordara aquel Dios, que dá fuerza con su mirada, valor con su voz, y auxilio con su diestra? ¡Ah! sobrados motivos tenemos para confesarlo ¡oh Madre nuestra santísima! la presencia de Dios es el único medio para destruir el imperio de la culpa, para establecer en el alma la perfeccion, la

santidad, la virtud. En el engaño en que hemos vivido hasta ahora, nosotros hemos olvidado completamente tal medio; mas hoy, hemos resuelto hacer uso de él en todos los dias de nuestra existencia. Perfeccionad Vos, pues, nuestras promesas, haced que perseveremos constantes en ellas, para que ellas redunden en nuestro provecho y en nuestra utilidad.

DIA SÉPTIMO.

LA AZUCENA,

Ó SEA:

LA CASTIDAD.

Florete flores quasi lilium, et date odorem.
Floreced como azucenas, y despedid fragancia.
(Eccl. XXXIX, 23.)

El hombre, mis queridos hermanos, es, entre todos los séres terrestres que salieron de las manos del supremo Hacedor, el más perfecto y sublime; y siendo el señor de lo criado, lleva impresa en su frente misma la señal de su propia grandeza, y contempla sometidos á su imperio los séres que le rodean; unos para conservar su vida, otros para restaurar sus fuerzas, éstos para reanimar su espíritu, aquéllos para ejecutar sus mandatos; el hombre que con la muda palabra de su elocuente aspecto, está diciendo á cada paso, que es grande, y recibe por tal motivo los homenajes de la naturaleza entera, que nunca se cansa de admirar la nobleza de su frente, el brillo de su mirada, y la majestad de su porte; ¡ah! ese hombre, hermanos mios, no titubeo en decirlo; bien puede levantar más arriba sus miradas, bien puede aspirar á más sublime grandeza. Siendo grande en esta tierra, donde todo es apariencia y mentira; puede

sobreponerse á estas bajas regiones, remontar el vuelo de su pensamiento al Empíreo, y allí, colocado enfrente de las angélicas gerarquías, imitar su gloria, superar su grandeza, y alcanzar sus honores. ¿Lo teneis bien entendido, mis amados hermanos?

Pues bien; id recorriendo el jardin de María. ¿Veis aquella flor que, descollando sobre todas las demás, parece ejercer imperio sobre todas ellas? Dicha flor ¿acaso no la distinguís por su madeja de anchas hojas que, inclinadas unas sobre otras con gracia, y apretándose entre sí parecen formar un trono el más precioso y elegante? ¿No reparais aquel precioso racimo, que irguiéndose sobre su largo tallo, despliégase á su debido tiempo, en un cáliz del más brillante candor; y aquellos dorados estambres, que viniendo á dar realce á los blancos pétalos, impregnan el ambiente con los más celestiales perfumes? ¡Ah! sí; la tal flor, bien claramente la reconoceis, hermanos mios; es la Azucena, la cándida Azucena, la reina de las flores, el ornato, el decoro de los más floridos jardines. ¡Oh! con cuánta donosura se levanta un tanto inclinada en torno de su tronco, casi en ademan de pedir y de obtener los homenajes de la naturaleza entera! ¡Oh! cuánto más bella aparece en comparacion de las demás florecillas que la circundan! ¡Cómo se atrae las miradas y la admiracion de todas ellas!

Hé aquí, pues, hé aquí, repito, mis queridos hermanos, la flor que hace al hombre superior á sí mismo, que le eleva de esta baja esfera, que le dirige hácia los floridos senderos del Paraiso, que le asemeja á los mismos ángeles, que le hace mil veces más digno de admiracion y de gloria que ellos mismos. Hé aquí la flor que con tanta lozanía se ofrece esta noche á nuestra contemplacion en el jardin Mariano. Observad, desde luego, el candor de sus pétalos; y allí, en aquel rocío del Paraiso, aquellos dorados estambres, que tienen su raiz en aquel corazon sacratísimo; aquellas oleadas de perfume, que salen todas de aquellos modestísimos ojos. ¡Oh! cuán hermosa es! de qué manera tan poderosa cautiva nuestras miradas! con cuánto imperio reclama nuestra atencion! Detengámonos, hermanos mios, en contemplarla atentamente. María nos llama á tal consideracion.

Esta noche, en la que voy á tratar de la santa pureza, tomando por ejemplo la Azucena terrestre y material, sepamos reconocer, que es una flor la más bella y sublime, digna, por lo mismo, de nuestro mayor aprecio; reconozcamos, repito, que esa es una flor linda y agraciada, acreedora, por lo tanto, á la más fiel custodia. ¡Oh mística Azucena de los valles! ¡ah! durante esta noche brille en mis pa-

santidad, la virtud. En el engaño en que hemos vivido hasta ahora, nosotros hemos olvidado completamente tal medio; mas hoy, hemos resuelto hacer uso de él en todos los dias de nuestra existencia. Perfeccionad Vos, pues, nuestras promesas, haced que perseveremos constantes en ellas, para que ellas redunden en nuestro provecho y en nuestra utilidad.

DIA SÉPTIMO.

LA AZUCENA,

Ó SEA:

LA CASTIDAD.

Florete flores quasi lilium, et date odorem.
Floreced como azucenas, y despedid fragancia.
(Eccl. XXXIX, 23.)

El hombre, mis queridos hermanos, es, entre todos los séres terrestres que salieron de las manos del supremo Hacedor, el más perfecto y sublime; y siendo el señor de lo criado, lleva impresa en su frente misma la señal de su propia grandeza, y contempla sometidos á su imperio los séres que le rodean; unos para conservar su vida, otros para restaurar sus fuerzas, éstos para reanimar su espíritu, aquéllos para ejecutar sus mandatos; el hombre que con la muda palabra de su elocuente aspecto, está diciendo á cada paso, que es grande, y recibe por tal motivo los homenajes de la naturaleza entera, que nunca se cansa de admirar la nobleza de su frente, el brillo de su mirada, y la majestad de su porte; ¡ah! ese hombre, hermanos mios, no titubeo en decirlo; bien puede levantar más arriba sus miradas, bien puede aspirar á más sublime grandeza. Siendo grande en esta tierra, donde todo es apariencia y mentira; puede

sobreponerse á estas bajas regiones, remontar el vuelo de su pensamiento al Empíreo, y allí, colocado enfrente de las angélicas gerarquías, imitar su gloria, superar su grandeza, y alcanzar sus honores. ¿Lo teneis bien entendido, mis amados hermanos?

Pues bien; id recorriendo el jardin de María. ¿Veis aquella flor que, descollando sobre todas las demás, parece ejercer imperio sobre todas ellas? Dicha flor ¿acaso no la distinguís por su madeja de anchas hojas que, inclinadas unas sobre otras con gracia, y apretándose entre sí parecen formar un trono el más precioso y elegante? ¿No reparais aquel precioso racimo, que irguiéndose sobre su largo tallo, despliégase á su debido tiempo, en un cáliz del más brillante candor; y aquellos dorados estambres, que viniendo á dar realce á los blancos pétalos, impregnan el ambiente con los más celestiales perfumes? ¡Ah! sí; la tal flor, bien claramente la reconoceis, hermanos mios; es la Azucena, la cándida Azucena, la reina de las flores, el ornato, el decoro de los más floridos jardines. ¡Oh! con cuánta donosura se levanta un tanto inclinada en torno de su tronco, casi en ademan de pedir y de obtener los homenajes de la naturaleza entera! ¡Oh! cuánto más bella aparece en comparacion de las demás florecillas que la circundan! ¡Cómo se atrae las miradas y la admiracion de todas ellas!

Hé aquí, pues, hé aquí, repito, mis queridos hermanos, la flor que hace al hombre superior á sí mismo, que le eleva de esta baja esfera, que le dirige hácia los floridos senderos del Paraiso, que le asemeja á los mismos ángeles, que le hace mil veces más digno de admiracion y de gloria que ellos mismos. Hé aquí la flor que con tanta lozanía se ofrece esta noche á nuestra contemplacion en el jardin Mariano. Observad, desde luego, el candor de sus pétalos; y allí, en aquel rocío del Paraiso, aquellos dorados estambres, que tienen su raiz en aquel corazon sacratísimo; aquellas oleadas de perfume, que salen todas de aquellos modestísimos ojos. ¡Oh! cuán hermosa es! de qué manera tan poderosa cautiva nuestras miradas! con cuánto imperio reclama nuestra atencion! Detengámonos, hermanos mios, en contemplarla atentamente. María nos llama á tal consideracion.

Esta noche, en la que voy á tratar de la santa pureza, tomando por ejemplo la Azucena terrestre y material, sepamos reconocer, que es una flor la más bella y sublime, digna, por lo mismo, de nuestro mayor aprecio; reconozcamos, repito, que esa es una flor linda y agraciada, acreedora, por lo tanto, á la más fiel custodia. ¡Oh mística Azucena de los valles! ¡ah! durante esta noche brille en mis pa-

labras el candor de tu corazon. Tengan mis expresiones aquellos suaves atractivos, que son propios de tan sublime virtud. Y vosotras, almas afortunadas, estimuladas esta noche por el ejemplo de María, aprended la manera de custodiar, ó de preservar, del mejor modo posible, esa olorosísima Azucena. A. M.

Existe un riguroso precepto, que obliga á todos los fieles, sin excepcion, y es, precisamente, el de la propia santificacion. *Hæc est voluntas Dei sanctificatio vestra.* (I Tess., iv, 3.) Esta santificacion, bien claramente nos la enseña el Apóstol mismo, cuando nos asegura, que no consiste en otra cosa, que en preservarse de toda impureza y de toda pasion libidinosa é inmunda; cuando llama á la pureza, absolutamente, con el nombre de santificacion; cuando nos asegura, que sin ella no se alcanza la felicidad eterna. Y eso nos lo asegura, con sobrada razon, amados hermanos; toda vez que, al decir del angélico Doctor, toda nuestra santidad estriba en nuestra union con Dios.

Pues bien; entre todas las cristianas virtudes, no hay una siquiera, que nos una á Dios con lazos más estrechos que la santa pureza. Esa es la que conserva la claridad de nuestro entendimiento, y la que nos conduce más directamente á la contemplacion de los divinos atributos; sí; esa Azucena candidísima es la que nos alienta con su brillante candor, y nos arrebata con su maravillosa fragancia; y así hace desprender nuestro corazon de los goces sensuales y terrenos, excitando en nuestro interior el vehemente deseo de los goces celestiales y divinos; esa es, por último, la única virtud que puede hacernos dignos de la vision beatífica. *Beati mundo corde quoniam ipsi Deum videbunt* (Matth., v, 8). Por lo tanto, si esa cándida flor, si esa divina virtud habilita nuestra mente para la contemplacion de los divinos atributos; si la eleva hácia los bienes celestiales; si la constituye digna de la posesion de Dios; ¿cómo pudiéramos dejar de considerarla como el vínculo verdadero entre los hombres y Dios? ¿cómo no debiéramos reconocerla cual verdadera fuente de santidad y de justicia?

Y si la pureza nos hace nada ménos que santos; ¿podríamos dejar de considerarla como un verdadero tesoro, como una perla la más preciosa, como una escogida margarita? ¿no sería ese motivo suficiente, para que concibiéramos de ella la idea más sublime, el concepto más elevado, para que ella merezca el aprecio más sincero? ¿Fuéranos, acaso, posible, hallar una virtud superior á ella? Mostrádmela, pues, en este caso, amados hermanos; penetrad en el oloroso jardin de la Iglesia; observad, una tras otra, todas las flores de

variados matices que en él germinan; examinad el conjunto de las plantas, el brillo de los colores, la frescura de las hojas; y luego, decidme; ¿de dónde saca, pues, su ornato más insigne la flor que está ocupando en estos momentos nuestra atencion?

¡Ah! ya oigo la respuesta que da por vosotros San Ambrosio, respecto de las Azucenas, las cándidas Azucenas, las preciosísimas Azucenas. Esas son las flores, segun yo mismo he oido decir á menudo, que regocijan á la tierra vírgen, bien que se halle esmaltada de otras infinitas. Esas son las que dan gracia, ornamento y esplendor á toda planta, que siendo fecunda un dia, es hoy estéril. Esas son las flores que, entrelazadas con la fructífera vid, comunican su propio olor á los abundantes frutos de aquélla. Si aún no os contentareis con tales excelencias, mis queridos hermanos, sabed, por último, que la pureza tiene tal valor respecto del hombre, que llega á ser el objeto de la admiracion de los angeles mismos del cielo; los cuales, si bien por la condicion de su naturaleza y por la superabundancia de la gracia, poseen en el más alto grado la pureza y el candor, no pueden ménos, sin embargo, de admirar semejante virtud, tratándose de un sér, que con la flaqueza de su cuerpo, la conserva en el lugar mismo en que se hallan acampados sus más implacables enemigos.

De ahí, el que ninguna otra virtud, no reparo en declararlo, haya sido tan amada de todos los santos y de los justos de esta tierra. La pureza formaba el vestido y el ornamento nupcial de todos ellos. Todos se cubrían con la pureza, adornaban con ella sus sienes, y con ella alimentaban su espíritu. Por ella lo sacrificaban todo; por ella renunciaban á los bienes terrenales; por ella conservaban la santidad de su estado, bien fuera éste la Virginidad ó el vínculo del Matrimonio. Alcanzar, cual premio de sus virtudes, una hermosa Azucena, hé ahí todo su anhelo, la meta de sus aspiraciones, la ambicion de su corazon. Y, sin embargo, hermanos mios, ellos habían sido amasados de nuestra propia carne; hallábanse sujetos á las mismas miserias, á los asaltos del comun enemigo, á las propensiones de los sentidos, á las pasiones y á los peligros.

¿Y no amáramos nosotros, pues, tal virtud? ¿No la antepusiéramos á todos los bienes de esta miserable vida? ¿Y pudiéramos, acaso, de otra suerte, titularnos devotos de María? ¿Y pudiera, por ventura, reconocernos jamás por tales, Ella, esa Madre Santísima, esa Azucena escogida de la más sublime pureza? ¡Ah! mis queridos hermanos; bien vosotros lo sabeis; no es posible ser devotos de María, sin imitar al mismo tiempo sus virtudes. Y ¿qué ejemplo tan sublime nos ofrece Ella de esas virtudes á nuestra imitacion en este dia?

La pureza de María ¡ah! esa, sí, que es bien digna de atraer hácia sí las complacencias divinas: *virginitate placuit*. La pureza de María ¡ah! cuán prolijo sería mi discurso, si ahora me propusiera ensalzar tal virtud bajo todos sus conceptos! Yo debiera principiar por el voto que hizo la Vírgen en el Templo de Jerusalen, para terminar por su dichoso tránsito desde este mundo al Paraiso. La pureza de María...! mis amados hermanos, sobre un solo hecho llamaré, en este instante, vuestra atencion; hablo del coloquio de María con Gabriel. Hincadas sus rodillas sobre el suelo, y elevado su pensamiento á las más encumbradas esferas de los cielos, hallábase la Vírgen, en el silencio de las paredes de su hogar doméstico, dirigiendo hácia el Altísimo el oloroso perfume de la más fervorosa y sublime oracion. Allí estaba Ella, orando, repito, cuando un súbito resplandor iluminó enteramente su solitario aposento; y puso término al éxtasis en que su alma hallábase á la sazon sumida. Un alado mensajero, de rubia cabellera y de aspecto el más candoroso, aparece delante de Ella, se postra, y: Salve, le dice, ¡oh llena de gracia! el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres. El resplandor, que fulgura de repente, la presencia de un mancebo, que dobla su rodilla delante de Ella, el misterioso título de bendita entre todas las mujeres, todo, todo absolutamente, la sorprende y asusta y la aterra; como aterra, mis queridos hermanos, un frondoso bosque el paso de un furioso torbellino, y como se asustan los que de repente se aperciben de un numeroso ejército enemigo. Entónces la Vírgen fija, más que nunca, sus ojos en el suelo, encendido su rostro por el rubor, trémulos sus miembros por el temor, no sabe siquiera Ella misma si debía callarse ó responder, resistir ó evadirse. El mensajero repara tal turbacion, y: no temas, añade, porque has hallado gracia en los ojos del Señor; sábete que has de concebir en tu seno, y parirás un hijo, á quien pondrás por nombre Jesús. *Concipiens in utero et paries filium*. (Luc., I, 31.)

¿Habeis observado, mis queridos hermanos, una frágil nave que, al ser ya presa de los desencadenados elementos, ve anunciar la tormenta cerca de sí, y levantarse las olas, cada vez más amenazadoras, y los mares presentarse más revueltos y sombríos? ¿Habeis podido notar entónces la desesperacion que con tal motivo se apodera de los infortunados navegantes? ¿Habeis oido los gemidos que salen de aquellos corazones tan angustiados, y los gritos que hieren los aires, implorando perdon, proteccion, socorro del cielo, de la tierra, de los vientos y de los mares? En tal estado debeis representaros, pues, el corazon de María, al oir las últimas palabras del divino mensajero. ¡Desdichada de mí! paréceme oirla exclamar en aquel acto: ¿Y podrá ser cierto que en mí deban verificarse tan altas cosas? ¡Yo, concebir en mi seno!... yo, parir un hijo! yo, que estoy ligada con un indisoluble voto!... ¡Y bien conoce Dios este mi voto! ¿Cómo, pues?... ¡Ah! dime, dime ¡oh Angel santo! dime y explícame *quomodo fiet istud?* (Luc., I, 31). Siéntome profundamente reconocida, en verdad, ante la elevada dignidad para la cual plugo al Señor destinarme; veo los honores que por tal causa me serán rendidos por las futuras generaciones; conozco que seré verdaderamente Madre de Dios.... mas ¡ah! si por tal motivo debiera yo mancillar mi flor..... si eso había de ser parte para que yo perdiese mi inmaculada Azucena..... si debiera faltar á mi promesa..... ¡ah! en este caso, no, de ningun modo, ¡oh celestial mensajero! renuncio al alto honor; no me curo de esa dignidad; harto cara es mi Azucena para mi corazon; quiero ser Vírgen, quiero ser inviolada.

¿Qué dice vuestro corazon, hermanos mios, ante esas protestas de María? ¿Sentís en vuestro interior un aprecio semejante de tan excelsa virtud? ¿Renunciaríais por ella, no diré á una dignidad parecida á aquella que renuncia María, sino al menor de vuestros recreos, al más ínfimo de vuestros lucros, á la más insignificante de vuestras vanidades? Y si no lo renunciarais, ¿pudierais, acaso, apellidaros verdaderos devotos de María? ¿pudierais esperar jamás, aquellas bendiciones que descendieron sobre su bendita frente? ¡Ah, cristianos! no olvidemos que María, por el mero hecho de renunciar á la divina Maternidad, la obtuvo, precisamente. Ella no quería ser Madre de Dios para ser Vírgen; y por lo mismo que ella es Vírgen, fué elegida por Madre de Dios.

No se pide de vosotros tanto; no se os pide el completo sacrificio de vuestro virginal candor: resplandezca en vosotros aquella pureza que corresponde á vuestro estado. Tambien para vosotros crece una Azucena en el jardin de la Iglesia, y aún cuando para cogerla debierais abriros paso al través de un enmarañado bosque de agudísimas espinas, dichosos de vosotros! toda vez que en dicha Azucena hallaríais un bálsamo para vuestras heridas; y la suave fragancia que de ella emana, compensaría con usura vuestros esfuerzos y vuestras fatigas.

Empero, no basta, mis queridos hermanos, coger esa flor; es menester, igualmente, custodiarla; y si difícil es cogerla, es infinitamente más difícil todavía el custodiarla. Siendo ella tan agraciada y tan superior á toda otra flor, no solo la ofende todo movimiento villano, sino que hasta llega á estremecerse al leve contacto de una mano, por agraciada que sea. Basta con mirarla, por decirlo así, en un solo

punto, de hito en hito, y al punto mismo la vereis marchitarse. No vayais ahora á creer, que mi lenguaje peque ni un ápice de exagerado, cediendo al impulso de una exaltada fantasía. Esa flor, mis queridos hermanos, tan delicada y preciosa, que llega al extremo de espiritualizar, por decirlo así, la mano terrena y mortal que la estrecha, y de elevarla sobre su naturaleza misma; esa flor, que ensalza al hombre con preferencia á los ángeles, y hace más que unos ángeles á aquellos que la cultivan en su corazon ¡ah! á esa flor, yo no creo equivocarme, bajo concepto alguno, con preferencia á toda otra, la llamo celestial y divina.

Y ¿por qué no llamarla así, hermanos mios? ¿Qué pudiera nunca tener esa flor de comun con la tierra, si en el suelo mismo donde ella crece con tal majestad, quiere que sea eliminada hasta la idea de la tierra, apropiándose un nombre enteramente espiritual y celestial? Pues bien, mis amados hermanos; ¿cuál no debe ser la delicadeza de esa flor? Nacida allá en los espacios inmensos del cielo, donde era acariciada suavemente por céfiros deliciosos, y donde la conservaba el más delicado sustento, ¿cómo pudiera, siendo de tal naturaleza, no resentirse del más lijero soplo del viento, del rayo de sol ménos ardoroso, de la caida misma de un rocío demasiado copioso? ¿Cómo tal delicadeza no debiera, pues, llegar á su colmo, siempre que dicha flor se halle en un lugar donde la impetuosidad de los vendavales, la aglomeracion de las aguas y la intensidad del calor la opriman, la abrumen y la rodeen?

Al oir estas palabras, paréceme ya que me preguntais; ¿cómo debemos obrar, pues, para preservar á esa flor de los peligros y conservarla en su primitivo explendor? ¡Ah! mis queridos hermanos; quitemos el velo de los símbolos y vereis claramente de qué manera debeis conduciros en tal materia. La pureza, que, habiendo nacido en los jardines del cielo, vino á fijar su residencia sobre la tierra, dimana, como vosotros mismos harto comprendeis, de un lugar donde Dios ejerce su pleno poder; donde todo es espíritu, virtud y santidad; donde, finalmente, la envidia no impera, ni privan las asechanzas, las traiciones y las guerras; ni se entronizan la crueldad ó barbarie; y de una morada tan feliz, ella ¡desdichada! desciende á un lugar donde domina el infierno, triunfa la envidia, pululan las asechanzas, reina la carne, la materia y la sensualidad. Y como si esto no fuera suficiente todavía, esa flor desciende á la morada misma de su más terrible enemigo, para levantar sobre la ruina de éste su excelso trono, su divina mansion. Esa carne, sí, lo repito, esa carne, de la cual nos hallamos revestidos, hé ahí, mis amados hermanos, el

más implacable enemigo de la pureza; mas hé ahí tambien, al mismo tiempo, el lugar donde debe reinar esa tan hostigada ciudadana del cielo, y desplegar todo el poder de su divino imperio.

Así, pues; la carne es la que hostiliza, la que persigue, la que combate esa flor; ¿no es verdad? Pues bien; combatamos, dominemos, humillemos esa carne, por nuestra parte, hasta despojarla enteramente de su presuncion y de su preponderancia. Ella nos ataca con mayor ímpetu, cuanto se ve tratada con mayor delicadeza, y más se siente secundada en sus antojos, y puede alcanzar con más facilidad nuestra condescendencia y cariño. Pues bien; procuremos contrarestar sus designios, confundámosla; condenémosla al trabajo, á la fatiga, á las privaciones y á las incomodidades: sean sus compañeros el ayuno, la penitencia y la mortificacion. ¡Ah! ¿por ventura no comprendeis mis palabras, hermanos mios? ¿hablo, acaso, una lengua desconocida para vuestros oidos? ¿Os expongo, tal vez, unos preceptos, de los cuales no teníais aún el menor conocimiento? ¡Ah! mis cristianos oyentes; no son esos, no, nuevos preceptos; no es tampoco mi lengua una lengua desconocida; lo que, sí, es desconocido de los cristianos modernos es la virtud; lo que es nuevo para ellos son tales exhortaciones. Los preceptos del Evangelio son inmutables; no son jamás nuevos: todo aquel que ama el lustre de la pureza; todo aquel que quiere conservar inmaculada esa azucena, bien fuere ésta virginal, ó matrimonial, es preciso que sujete la carne, la combata y la humille: solo entónces podrá titularse dechado de castidad ó de candor.

Y todavía no basta con eso, mis queridos hermanos. Por más que la carne sea macerada, mortificada y combatida, hartos son los obstáculos que á cada paso se presentan. Entónces se siente que el mundo se halla en contacto con ella; el pérfido mundo, que solo se alimenta de concupiscencia y de carne, suscita contra ella la lucha más terrible y desesperada; de ahí las falsas lisonjas; de ahí los ocultos lazos; de ahí las formidables asechanzas; de ahí, en una palabra, el más funesto cebo de las más peligrosas ocasiones al servicio exclusivo de la envidia, la cólera, el ódio y la venganza.

Empero, no temais de ningun modo, mis amados hermanos. El mundo os arma asechanzas, os tiende lazos, é intenta vuestra perdicion, ¿no es verdad? Pues bien; recordad todo lo que os manifesté ya en otro de mis discursos; huid. ¡Oh! ¿cuán dura os parecerá sin duda la palabra que acabo de pronunciar? ¡Huir! Y ¿hácia dónde? ¿Acaso hácia un claustro, hácia algun desierto, hácia alguna horrible soledad? ¡Ah! no os precipiteis, hermanos mios. Si vosotros

quisierais conservar el candor virginal, hallariais la gloria de vuestro espíritu en un claustro, en el desierto, ó en la soledad; mas no siendo esas vuestras aspiraciones, y cuando vuestro estado os obliga á vivir en el mundo, permaneced en él, continuad en el seno de la sociedad: ese es vuestro deber.

En tal caso, por lo mismo, no cometeis culpa alguna permaneciendo en él. ¿De qué debeis, pues, huir, y hácia qué punto? Huid del supérfluo trato con ese mundo mismo; de aquellas diversiones innecesarias para vuestro solaz; de aquellos espectáculos, que fomentan la vanidad y el orgullo; de aquellas tertulias y conversaciones, en medio de las cuales, la virtud no puede desplegar su manto; de aquellos círculos, de aquellas amistades y de aquellas lecturas poco edificativas; hé ahí, mis amados hermanos, de lo que debeis huir para conservar intacta vuestra azucena.

Y ¿hácia dónde, y hácia qué lugar debemos, pues, huir? me preguntareis todavía. Hácia el aislamiento de los muros del hogar doméstico; allí, con vuestro Dios, ocupados en vuestros negocios; solo allí hallareis espacio, seguridad y refugio para el cumplimiento de vuestros presentes deberes. No negaré ahora, que el estado, el empleo, la condicion y el necesario sustento, os obliguen á salir de dicho lugar. Pues bien; salid de él, enhorabuena; pero, con la paz del Señor; sin olvidar jamás, que vais á hallaros en medio de vuestros enemigos; por lo mismo, léjos de dar excesiva libertad á vuestras miradas, léjos de demostrar desembarazo en los modales, léjos de que vuestro pensamiento ande distraido y divagando, procurad que todo eso sea tal, que os haga cautos en cualquier encuentro; fuertes en todo ataque, é intrépidos en los mayores peligros. Entónces, sí, que podreis entonar el himno de la más brillante victoria.

Mas, ¿qué voz es esa, terrible al par que lastimera, que ahora hiere mis oidos? ¿Qué misteriosas palabras son esas que en su dolor ella va repitiendo? ¡Ah! no basta, me está diciendo, ¡oh criaturas miserables! no; no basta eso aún. Yo cubro mi desnudez con tosco sayal, llevo ceñidos mis lomos con los más ásperos cilicios, someto mi cuerpo á reiteradas flagelaciones; paso dias en la más profunda tristeza, la penitencia y el dolor; y bien que sepultado en hórridas asperezas, viva solitario y oscuro, sin otra compañía que la de las fieras y los escorpiones, ¡ay! mi imaginacion siéntese de contínuo atormentada por impuros fantasmas; mi cuerpo se está abrasando en la concupiscencia y la lascivia; y en tan terrible combate, ni de un momento de reposo disfrutan mis sentidos.

¡Oh penitente! cuán claramente te reconozco en estos acentos! ¡Oh gran penitente Jerónimo! ¿Qué es, pues, lo que podrá asegurarte la tranquilidad en esa tremenda lucha? Escuchadle atentamente, mis amados oyentes: *quotidie gemitus, quotidie lacrymæ.* Las lágrimas de una fervorosa oracion, los gemidos de una contínua deprecacion, hé ahí el recurso contínuo; hé ahí el último y poderosísimo medio para recorrer con seguridad el sendero ¡ay! harto dificultoso, por desgracia, de la pureza y del candor.

Aún despues de preservados de la carne por la penitencia y por el ayuno, aún puestos al abrigo de las mundanas asechanzas con el retiro y recogimiento, nos queda todavía otro enemigo, no ménos poderoso, que subyugar y vencer: el demonio; y como que este enemigo, mis queridos hermanos, no está sujeto á las mortificaciones del cuerpo, y, por otra parte, tiene acceso en las guaridas más secretas de la soledad, no puede ser vencido de otra manera que con el arma poderosa de la contínua oracion. Al vernos en oracion, el maligno huye; y nosotros, puestos á salvo de los demás enemigos, ningun motivo tendremos para asustarnos ni para temer. De esta suerte, nuestra Azucena, bella con aquella hermosura que la adorna en el cielo, suave con aquella misma fragancia que allí adquiere, formará el más hermoso ornamento de nuestra alma para formar en el cielo nuestra eterna felicidad.

Demos, mis queridos hermanos, una mirada á nuestra Madre María. ¡Ah! Ella, sí, que es, en verdad, el ejemplo más sublime de virginal candor; mas Ella, igualmente, nos enseña la manera de custodiarlo con diligencia. Meditad, sino, su ya referido coloquio angélico. El santo Arcángel la encuentra sola en su retiro. No la busca, ciertamente, en las diversiones, en las tertulias, ni en el bullicio del mundo; sino allí donde está seguro de encontrarla, entre las solitarias paredes de su humilde aposento. Y allí, no la encuentra entregada á la vana lectura de novelas obscenas y de peligrosas aventuras, sino en la actitud de una persona que ora; y la ve con su mente absorta exclusivamente en la contemplacion de las divinas grandezas, con su boca abierta únicamente para alabar á Dios, y su corazon encendido enteramente en fuego celestial: por eso el santo Arcángel, no bien se presenta á su vista, se inclina con reverencia, y la saluda con modestia. Y sin embargo; ¿quién lo creyera, mis amados hermanos? Ni aún ante el aspecto enteramente celestial, que refleja el rostro del Arcángel, ni ante la modestia que respira su mirada, ni ante aquella profunda reserva que revela su actitud, ni siquiera ante aquella honestidad que se nota en sus maneras, el ánimo de María se tranquiliza: sucede en ella todo lo contrario, puesto que, apénas se apercibe

de su presencia, su semblante palidece al punto; su corazon se agita, se apesadumbra y se entristece; Ella teme que aquello no sea algun lazo del maligno tentador; y por lo mismo, dirige presurosa al suelo su mirada, recógese toda en sí misma, eleva á Dios su pensamiento, y le suplica, le ruega, y le pide con insistencia su luz, su direccion y sus consejos.

Doncellas cristianas, que estais escuchando mis palabras; ¿sucede, acaso, otro tanto respecto de vosotras siempre que os hallais, y sabe Dios con cuanta frecuencia, hablando á solas con tal ó cual amigo, mancebo ó amante, los cuales, por más que fueran unos perfectos modelos de modestia y de virtud, no serían, ciertamente, otros tantos ángeles del cielo enviados á vuestro encuentro?

Ni aún aquí termina, hermanos mios, el temor de María, pues, al decir de la Escritura, Ella, no solo se turbó á la presencia, sino de un modo mucho más especial, á las palabras del Arcangel: *Turbata est in sermone ejus* (Luc., I, 29). ¡Gran Dios! tú que eres la pureza por esencia, dime, te ruego, ¿qué podía haber en tales palabras para causar la turbacion de la Vírgen? El celestial mensajero no profirió palabra alguna que no fuera celestial y divina; no hizo otra cosa que asegurarle la gracia del cielo; no la honró con otros títulos que con los de bendita entre las mujeres, y de mujer que tiene á Dios consigo. ¿A qué viene, pues, ¡oh María! tu zozobra, tu turbacion y tu rubor?

¡Ah! mis amados oyentes; la pureza de todo se recela, no solo cuando el delito se muestra descaradamente en los impúdicos razonamientos; no solo cuando se encubre bajo el disfraz de algun malicioso equívoco, como más nocivo que la impiedad desembozada, sino que aún siente temores cuando no se trasluce en las palabras más que religiosidad y santidad. Ella teme el homenaje, sospecha de la salutacion, cree falsa la virtud. En suma; en todas las cosas se muestra recelosa, por el temor de no empañar su celestial esplendor.

Humillémonos, pues, mis queridos hermanos, en la presencia de Dios, por nuestra pasada ceguera. No olvidemos, que vivimos en compañía de una flor la más bella, la más olorosa y la más preciada, es verdad; pero al mismo tiempo la más delicada y tierna, y, por lo tanto, la que pierde con más facilidad sus encantos y su candor. Así, pues, si es que ella nos parezca digna de nuestro más caro precio, no descuidemos de custodiarla con la mayor fidelidad. Mas ¡ah! ¿qué horrores no ofrece á nuestros ojos la tierra en nuestros dias? ¿No es hoy, precisamente, que estamos observando los pecados que ocasionaron el diluvio, y los crímenes que merecieron el incendio de la infeliz Pentápolis? ¿No es hoy, cuando estamos viendo, que los hombres se igualan con los insensatos jumentos del campo, y se han hecho, por desgracia, semejantes á ellos?

¡Almas devotas de María! vosotras, que os titulais hijas de esa Madre purísima! ¡Ah! vosotras, al ménos, guardaos de acercar vuestro lábios al inmundo cáliz de Babilonia; vosotras, en defecto de otras, permaneced firmes en el jardin de la Iglesia, cual azucenas purísimas, cándidas con aquel candor que se adaptare con vuestro propio estado. Terrible es, no lo niego, el esfuerzo con el cual vuestros jurados enemigos intentan arrebataros tan precioso tesoro; mas vosotras, cubiertas con el manto de vuestra Madre santísima, defendidas por su diestra, y amparadas por su patrocinio; vosotras, repito, nada teneis que recelar ni que temer. Invocadlo, pues, ese eficaz patrocinio, esa diestra poderosa; invocad la sombra de ese manto purísimo. A los piés, á las sagradas plantas de María.....!

Mas ¡ay! ¿qué es lo que estoy viendo ahora, mis amados oyentes? ¿Por qué, en este momento, me parece que la Vírgen aparta de algunos de vosotros sus púdicas miradas? ¡Oh! harto lo adivino. Es que Ella descubre, acaso, en alguno de vosotros, un corazon que no es casto, un cuerpo que no es honesto, y por eso lo desecha y lo aleja de sí: ¡oh alma! parece decirle; ¡oh alma infiel! no te acerques á mi trono, no toques mi manto, no beses mi diestra. Si quieres alcanzar gracias de mí, sabe, desdichado, merecerlas. Abandona aquella casa que frecuentas, rompe aquella amistad que te encadena, huye de la ocasion que jamás procuras evitar. ¡Ah! deja, deja ya esa licencia en el trato, ese aire de independencia que se observa en tu conducta, esa obscenidad que se nota en tu manera de vestir. Purifica, ante todo, tu corazon de esos afectos inmundos, que lo corrompen; procura apartar de tu imaginacion esos impuros fantasmas, que la desdoran; santifica todo tu cuerpo.

Pues bien; respondo yo, ahora, por esos tales; ya que así Vos lo quereis, tambien ellos así lo querrán. Oid sus gemidos y acoged sus votos. Todos ellos juran aquí, en este momento mismo, con lágrimas en los ojos, daros pruebas, en lo sucesivo, de su candor, de su pureza y su fidelidad. Todos ellos están dispuestos á ejecutar aquello que Vos pedís de ellos, y abominan y detestan todas sus pasadas miserias. Recibidlos, pues, ¡oh María! bajo vuestro manto purísimo; sostened su flaqueza, fortalecedles en sus propósitos. Despues, á todos cuantos aquí hoy nos hallamos ¡oh Vírgen excelsa! oh Azucena candidísima! concedednos vuestro auxilio en nuestros tremendos combates; reprimid en favor nuestro la osadía de nuestros implacables enemigos;

haced que sean infructuosos sus esfuerzos abominables. De esta suerte, viviendo en la tierra con aquella pureza que es propia de nuestro estado, podremos alcanzar el premio prometido á los verdaderos limpios de corazon. *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt* (MATTH. v, 8).

DIA OCTAVO.

LA VIOLETA SILVESTRE,

Ó SEA:

LA HUMILDAD NECESARIA.

Discite á me, quia mitis sum, et humilis corde.
Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon.
(MATTH., XI, 29.).

¿Qué es el hombre? preguntaba al Señor el paciente de Idumea; ¿qué es el hombre para que tú hagas de él tanto caso, y le ensalzes? *Quid est homo, quia magnificas eum?* (JOB. VII, 17,). Esa misma pregunta se os dirige á vosotros en esta noche, mis queridos hermanos. ¿Qué cosa es el hombre, repito yo á mi vez, para que, no tanto por parte de Dios, sino por sí mismo, se eleve y se ostente sobre la tierra? *Quid est homo? quid est?* El hombre, oigo que van de contínuo repitiendo algunos lábios orgullosos y mundanos, es el sér más sublime y excelso; una criatura que puede repetir: yo soy soberana de mí misma; un sér y una criatura que nacieron para subir al sólio, y enseñorearse del universo. ¡Necios! gloriaos de esta vuestra propia grandeza: el fausto, la ambicion y la altivez sean vuestro ropaje, vuestro manto y vuestra corona: Si la sabiduría os adorna, si la nobleza os distingue, si las riquezas os rodean, dad nuevo pábulo á vuestro orgullo; despreciad, ya que motivos sobrados os asisten para ello, al pobre y al desvalido; encumbraos sobre todos vuestros semejantes;

INDUSTRIAS CONTRA LOS DEFECTOS

El justo caerá 7 veces y se levantará.—Prov. 24. 16.

El desaliento y desconfianza son tentaciones muy peligrosas en la vida espiritual. Para no dejarse vencer de ellas, mucho ayudará la consideración frecuente de los siguientes avisos:

I. El vencer las pasiones y alcanzar la santidad no es obra de un día; ni suele Dios levantar las almas á una grande perfección de repente, sino por grados. Luego no deben ser imprudentes ni indiscretos los deseos de su santidad y perfección, aunque sí muy vivos y eficaces. Permite Dios que queden algunas pasiones en el alma, para que combatiéndolas tenga una contínua ocasión de humillarse y de merecer.

II. El alma que entra en el camino de la virtud y perfección, es semejante al niño que comienza á andar y se esfuerza en dar los primeros pasos; cae muchas veces, pero se levanta pronto, y pone más empeño y cuidado. Dice San Francisco de Sales: ¿Cómo nos enmendaremos de nuestros defectos? Teniendo paciencia con nosotros mismos; resistiendo con energía á la inquietud que nace de nuestros defectos; levantándonos con ánimo grande y generoso, fácilmente por nuestra flaqueza, pero permanecen la buena voluntad y el deseo sincero de servir á Dios."

III. Hay personas que se duelen de sus defectos de tal modo, que incurren en un defecto más grave de impaciencia, nacida del amor propio, que cuanto es más secreto es tanto más peligroso. Si al advertir nuestras imperfecciones y defectos, nos ejercitamos en humildad y paciencia, repararemos el daño de las faltas y sacaremos no poco provecho. Es muy grande mal dejarse llevar de una tristeza inútil y perjudicial, que ni es de Dios ni le agrada, sino que nace de oculta soberbia y es fomentada por elmaligno espíritu, que sabe bien cuánto puede dañar al alma con semejante tristeza, especialmente induciéndola á desesperación.

fundamento de la verdadera grandeza, la humildad, he aquí el deber que incumbe á todo cristiano, la humildad; mas no esa humildad que se finge en el exterior, sinó aquella que triunfa en lo interior.

haced que sean infructuosos sus esfuerzos abominables. De esta suerte, viviendo en la tierra con aquella pureza que es propia de nuestro estado, podremos alcanzar el premio prometido á los verdaderos limpios de corazon. *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt* (MATTH. v, 8).

DIA OCTAVO.

LA VIOLETA SILVESTRE,

Ó SEA:

LA HUMILDAD NECESARIA.

Discite á me, quia mitis sum, et humilis corde.
Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon.
(MATTH., XI, 29.).

¿Qué es el hombre? preguntaba al Señor el paciente de Idumea; ¿qué es el hombre para que tú hagas de él tanto caso, y le ensalzes? *Quid est homo, quia magnificas eum?* (JOB. VII, 17,). Esa misma pregunta se os dirige á vosotros en esta noche, mis queridos hermanos. ¿Qué cosa es el hombre, repito yo á mi vez, para que, no tanto por parte de Dios, sino por sí mismo, se eleve y se ostente sobre la tierra? *Quid est homo? quid est?* El hombre, oigo que van de contínuo repitiendo algunos lábios orgullosos y mundanos, es el sér más sublime y excelso; una criatura que puede repetir: yo soy soberana de mí misma; un sér y una criatura que nacieron para subir al sólio, y enseñorearse del universo. ¡Necios! gloriaos de esta vuestra propia grandeza: el fausto, la ambicion y la altivez sean vuestro ropaje, vuestro manto y vuestra corona: Si la sabiduría os adorna, si la nobleza os distingue, si las riquezas os rodean, dad nuevo pábulo á vuestro orgullo; despreciad, ya que motivos sobrados os asisten para ello, al pobre y al desvalido; encumbraos sobre todos vuestros semejantes;

INDUSTRIAS CONTRA LOS DEFECTOS

El justo caerá 7 veces y se levantará.—Prov. 24. 16.

El desaliento y desconfianza son tentaciones muy peligrosas en la vida espiritual. Para no dejarse vencer de ellas, mucho ayudará la consideración frecuente de los siguientes avisos:

I. El vencer las pasiones y alcanzar la santidad no es obra de un día; ni suele Dios levantar las almas á una grande perfección de repente, sino por grados. Luego no deben ser imprudentes ni indiscretos los deseos de su santidad y perfección, aunque sí muy vivos y eficaces. Permite Dios que queden algunas pasiones en el alma, para que combatiéndolas tenga una contínua ocasión de humillarse y de merecer.

II. El alma que entra en el camino de la virtud y perfección, es semejante al niño que comienza á andar y se esfuerza en dar los primeros pasos; cae muchas veces, pero se levanta pronto, y pone más empeño y cuidado. Dice San Francisco de Sales: ¿Cómo nos enmendaremos de nuestros defectos? Teniendo paciencia con nosotros mismos; resistiendo con energía á la inquietud que nace de nuestros defectos; levantándonos con ánimo grande y generoso, fácilmente por nuestra flaqueza, pero permanecen la buena voluntad y el deseo sincero de servir á Dios."

III. Hay personas que se duelen de sus defectos de tal modo, que incurren en un defecto más grave de impaciencia, nacida del amor propio, que cuanto es más secreto es tanto más peligroso. Si al advertir nuestras imperfecciones y defectos, nos ejercitamos en humildad y paciencia, repararemos el daño de las faltas y sacaremos no poco provecho. Es muy grande mal dejarse llevar de una tristeza inútil y perjudicial, que ni es de Dios ni le agrada, sino que nace de oculta soberbia y es fomentada por elmaligno espíritu, que sabe bien cuánto puede dañar al alma con semejante tristeza, especialmente induciéndola á desesperación.

fundamento de la verdadera grandeza, la humildad, he aquí el deber que incumbe á todo cristiano, la humildad; mas no esa humildad que se finge en el exterior, sinó aquella que triunfa en lo interior.

haced que sean infructuosos sus esfuerzos abominables. De esta suerte, viviendo en la tierra [illegible] aquel

IV. Se han de distinguir las caídas y recaídas que nacen de mala voluntad, de las que proceden de la fragilidad y miseria de la naturaleza corrompida. Contra las primeras se ha de pelear varonilmente, y no cejar hasta extirparlas. A las segundas nos hemos de persuadir que estaremos sujetos mientras vivamos en este mundo.

V. Se ha de tener en el alma una persuación cada día más grande y una idea cada día más alta de la infinita misericordia de Dios. "En nuestras miserias, dice San Francisco de Sales, descansa el trono de la misericordia divina." Sin ellas no tendría Dios en qué ejercitar ese hermosísimo atributo de su divina esencia.

VI. Agrada mucho á Dios aquella confianza filial con que después de caer acudimos á El arrepentidos, y le pedimos perdón, y le rogamos nos dé más fuerzas. Luego si cien veces caemos, cien veces nos hemos de levantar, y pedirle perdón con mucha humildad, sí, pero también con mucha confianza. Porque con la desconfianza damos al demonio ocasión de sugerirnos mentiras como éstas: que Dios está cansado de tanto perdonarnos; que nos ha abandonado y no nos oye; que no nos basta su auxilio; que son inútiles nuestros esfuerzos; y otras por el estilo, con las cuales nos induce á tristeza y tedio, y hasta hacernos dejar ó descuidar la práctica de la virtud. Mas si nos acogemos á Dios con oración humilde y con entera confianza, tendremos paz, fervor y alegría espiritual.

VII. En las tentaciones se ha de tener presente el modo de proceder del espíritu bueno y del malo; el bueno nos pone delante las faltas y su gravedad antes de cometerlas, y procura apartar de ellas nuestra voluntad; al contrario, el malo, procura ocultarlas ó representarlas como ligeras é insignificantes, á fin de que las cometamos. Mas después de cometer las faltas, el espíritu malo las exagera para inducir á desconfianza y desesperación, mientras que el bueno excita el alma á arrepentirse y le inspira confianza.

VIII. Finalmente, nos ayudará mucho á sufrirnos á nosotros mismos, tener presente, que las tristezas y amarguras que los

[illegible] gloriaos de esta vuestra propia grandeza: el fausto, la ambicion y la altivez sean vuestro ropaje, vuestro manto y vuestra corona: Si la sabiduría os adorna, si la nobleza os distingue, si las riquezas os rodean, dad nuevo pábulo á vuestro or-

[illegible] os asisten [illegible]

defectos causan en el alma, son penas con que Dios en su infinita misericordia, como Padre amantísimo, se digna purificarnos en esta vida, para que así tengamos menos que padecer en el Purgatorio. También se porta Dios con el alma como una madre con su hija enferma: cuanto más débil y enfermiza la vé, tanto más se compadece de ella, y con tanto mayor cariño la asiste y cura.

Reconozcamos, pues, con humildad nuestra fragilidad y miseria, y admiremos y bendigamos el amor y providencia de Dios, que no nos deja caer en faltas mayores.

Raíces principales de los defectos cotidianos. La falta de intención pura; el olvido de la presencia de Dios; la falta de recogimiento interior; la falta de silencio; la pusilanimidad y timidez; el buscarse á sí mismo y su propio consuelo y gusto; la inconstancia en los propósitos; el descuido en la guarda de los sentidos; el gobernarse por los sentidos y por impresiones, más que por la razón y por motivos sobrenaturales.

Armas contra las tentaciones: TRABAJA COMO BUEN SOLDADO DE JESUCRISTO. I. Tim. 2, 3.

1a. Estar bien persuadidos de que mientras vivamos en este mundo hemos de tener tentaciones; y así nunca debemos estar descuidados.

2a. Acostumbrarnos á hacer un acto de amor de Dios **(yo te amo Dios mío)** lo más intenso que podamos, al advertir cualquier tentación ó sugestión diabólica.

3a. Hacer actos interiores ó exteriores contrarios á la tentación que sentimos.

4a. No pensar que las tentaciones son castigo de Dios, sino estar muy ciertos de que las permite para nuestro mayor bien y provecho espiritual.

5a. Tener amor de hijos á la Santísima Virgen, y acudir á ella con suma confianza en la poderosa intercesión y maternal ternura, que tiene para con nosotros.

6a. El pensar lo breve de nuestra vida y el recordar nuestros [illegible]

[illegible] es la humildad. ¿[illegible]

[illegible] os ha hablado en la misteriosa violeta. La humildad, la humildad, hé ahí la gloria del humano linaje; la humildad, hé ahí el fundamento de la verdadera grandeza; la humildad, hé ahí el deber que incumbe á todo cristiano, la humildad; mas no esa humildad que se finge en el exterior, sinó aquella que triunfa en lo interior.

haced que sean infructuosos sus esfuerzos abominables. De esta suerte, viviendo en la tierra con aquella pureza que es propia de nuestro es-

simos, muerte, juicio, infierno y gloria. **Acuérdate de tus novísimos y nunca pecarás,** dice el Espíritu Santo.

7a. El manifestar todas las tentaciones al Director espiritual es muy eficaz remedio, por ser un acto de humildad, que Dios premia con especiales gracias.

8a. El recordar frecuentemente los beneficios divinos, de modo que digamos con José: **¿Cómo puedo yo pecar contra mi Dios?**

9a. El humillarnos prontamente delante de Dios, reconociéndonos dignos de ser afligidos.

10a. Despreciar y desafiar al enemigo con mucho ánimo, y no turbarnos por cualquier cosa que sintamos, pues el consentir no es consentir; ni andar después examinándonos con ansiedad si hemos ó no consentido.

Devoción sustancial y devoción accidental ó sensible. Hay muchas almas que se turban y se afligen, y dejan la virtud, y llegan á creer que están mal con Dios, sólo porque no experimentan devoción sensible ni sienten gusto y consuelo en los ejercicios de piedad. Provienen estos males de no distinguir bien la devoción sustancial de la accidental ó sensible. Consiste la primera en la prontitud de la voluntad para hacer lo que agrada á Dios. La segunda es una suavidad y gusto espiritual que se siente en los ejercicios de piedad, con que se vence la repugnancia de la carne, y el espíritu se excita á la devoción sustancial.

Está, pues, en nuestra mano el tener devoción sustancial, y por lo tanto, siempre la hemos de procurar. Pero la devoción sensible la da y la quita el Señor cuando y á quien El es servido; y así cuando nos la dé, la hemos de recibir con humildad y agradecimiento, y aprovecharnos de ella, pero cuando nos la quite no nos hemos de entristecer, ni desearla con ansiedad desordenada.

Mira que te mira Dios, | Mira que te has de morir,
Mira que te está mirando, | Mira que no sabes cuándo,

A. M. D. G.

deza: el fausto, la ambicion y la altivez sean vuestro ropaje, vuestro manto y vuestra corona: Si la sabiduría os adorna, si la nobleza os distingue, si las riquezas os rodean, dad nuevo pábulo á vuestro or-

gullo; despreciad, ya que motivos sobrados os asisten para ello, al pobre y al desvalido; encumbraos sobre todos vuestros semejantes; repetidles á voz en grito: Aquí estoy yo; detened vuestros pasos: aquí estoy yo; doblad vuestras frentes: aquí estoy yo; adorad mi grandeza. ¡Ah! desdichados é insensatos, que solo en vosotros, y no en los demás, reconoceis una sombra de grandeza y un átomo de gloria! abrid, abrid vuestros ojos, contemplad en vosotros mismos vuestra nada. ¿Cómo os dejais arrastrar por una grandeza falaz, cuando os falta la esencial y la verdadera? ¿Dudais, acaso de ello? ¿osaríais creer, que nada absolutamente falta ya á vuestra gloria?

Pues bien; sea así por un instante. Decidme, os ruego; ¿qué prenda falta en el místico y precioso jardin que estamos contemplando un día tras otro con atencion? ¿Cuáles pueden ser las bellezas que no se hallen reunidas en él? Qué grandeza puede restar que allí no triunfe y no prevalezca? Acá se hallan las flores más preciosas y peregrinas; allá las plantas más lozanas y feraces; acullá los árboles más majestuosos y sublimes; frescas y cristalinas aguas lo riegan; luz pura lo anima, y dulces céfiros lo recrean; ni las nubes los oscurecen, ni los vientos lo estremecen, ni las tempestades lo devastan. Y, sin embargo, ¡ah! si vosotros os quisierais tomar el trabajo de examinar con detenimiento lo que hay al pié de aquellas flores, por debajo los troncos de aquellos árboles, entre las hojas de aquellas plantas, veríais, que brotan en todas partes ignoradas y ocultas las preciosas violetas, símbolo el más caracterizado de la profunda humildad.

¡Ah! no; no desvieis con desden vuestra mirada de la Violeta, toda vez que tiene tambien su belleza, que permanece solitaria y oculta, que conserva su brillante colorido: sus hojas no carecen de majestad, ni sus formas de galanura; pero majestad, galanura y brillantez, que anhela vivir á la sombra del olvido, alejada de la comun admiracion, y hasta inobservada é ignorada á toda ajena mirada; de modo, que ni aún pudierais hallarla, si la fragancia de sus perfumes no os revelara su existencia. No, no os desdeñeis, repito, de echar á esas flores una mirada, puesto que ellas os hablan tambien con una voz la más sublime y elocuente, y os están diciendo: que en la propia grandeza es preciso empequeñecerse; que la base de la gloria y el sostén de los honores es la humildad. ¿Lo habeis oido, mis queridos oyentes?

María os ha hablado en la misteriosa Violeta. La humildad, la humildad, hé ahí la gloria del humano linaje; la humildad, hé ahí el fundamento de la verdadera grandeza; la humildad, hé ahí el deber que incumbe á todo cristiano, la humildad; mas no esa humildad que se finge en el exterior, sinó aquella que triunfa en lo interior.

Aprendamos, mis amados hermanos, de nuestra Madre Santísima; y habiendo sido llamados por Cristo á ser humildes de corazon, sepamos, que esta humildad debe resplandecer en el entendimiento y en la voluntad: en el entendimiento, para que nos enseñe cuál es, en realidad, nuestro sér; y en la voluntad, para que nos induzca á obrar al tenor de tal conocimiento.

¡Oh, Madre, entre todas las madres, la más excelsa, pero, al mismo tiempo, la más humilde! haced que no nos falte vuestra gracia y vuestro auxilio en esta noche. A. M.

La humildad, como nos enseña el angélico Doctor, sólo encuentra su regla en el humano entendimiento: sólo se apoya en el conocimiento: *Humilitas habet regulam in cognitione* (2. 2. q. 161). Siguiendo esta doctrina, yo vuelvo á dirijiros, mis amados hermanos, la misma pregunta que os he dirijido al principiar mi discurso. ¿Qué es, pues, el hombre sobre la tierra? Una nulidad, os respondo, acaso peor que la nada. En el doble órden en el cual se encuentra, sea físico ó moral, ¿qué nos ofrece como fundamento de su gloria? ¿Qué méritos, qué atributos puede aducir en su favor? ¿Qué puede ofrecer que no haya recibido de otro?

¿Qué es el hombre en el órden físico? Un sér finito, limitado, imperfecto, sujeto á las mayores miserias; un puñado de polvo, una vil masa de barro; una nonada ántes de aparecer en la esfera de la existencia; una sombra en la existencia misma, y despues de su existencia un poco de tierra. No vengais ahora á recordarme la belleza de su rostro, la finura de su trato, la majestad de su aspecto, la nobleza de su extirpe, la acumulacion de sus riquezas. ¿Y qué es todo eso, en resúmen? Son dones que hemos recibido de otros; unos dones que podemos perder en un abrir y cerrar de ojos. Una enfermedad repentina; un delito que venga á mancillar nuestra honra; una desgracia inesperada, bastan para acabar con todas nuestras prerogativas. Abrid un sepulcro, y contemplad allí aquel rostro que un dia embelesaba á todo corazon. Penetrad en una cárcel, y ved allí en qué vino á parar la nobleza del linaje. Examinad aquel tugurio, y decidme dónde se halla el cúmulo de riquezas atesoradas en la prosperidad. Un alma inteligente é inmortal, es cierto, se hospeda en ese miserable cuerpo; pero, además de ser esa alma limitada en sus conocimientos, finita en su esencia, y dependiente de la naturaleza, decidme, os ruego, mis amados hermanos; ¿tuvisteis vosotros, acaso, alguna parte en su creacion? ¿Fué obra vuestra, por ventura, el dotarla de los privilegios que tanto la enaltecen?

Empero, vosotros me direis, tal vez, que es obra vuestra el desenvolvimiento de sus facultades, el perfeccionamiento de su sér, el impulso para acometer las más colosales empresas. ¡Ah! mis amados oyentes, tened cuidado en no equivocaros; vuestras obras no son tampoco tan absolutamente vuestras que deje excluida toda intervencion superior y divina. Aquella misma mano omnipotente, sin cuya positiva accion no pudierais prolongar vuestra existencia, es la misma que con tanta mayor razon ejerce su influencia en todos vuestros actos; pues es propio del modo de obrar de un sér, es propio de una virtud poseida en potencia, el ir siguiendo la naturaleza del sér mismo, y obrar con dependencia de una influencia superior. En una palabra: de cualquier modo que considereis al hombre en su sér físico, contemplareis en él una nonada, una sombra, una larva. Que si hallais en él algo de admirable, ó bien es un don de la naturaleza y del cielo, ó, cuando ménos, no podemos atribuirlo á él como á su causa única y primordial.

Si luego nos detenemos un instante en examinar al hombre en el órden moral, en el órden de la gracia; ¿qué podrá ofrecer á nuestras miradas ese sér tan presuntuoso? ¡Dios mio! si ese hombre fuera un pecador, aparecería ante vuestros ojos como el mónstruo más horrible de la tierra, maldecido de Vos, odiado de los ángeles, herido con los anatemas del cielo, vendido al demonio, esperado por el infierno, condenado por toda la eternidad. Los remordimientos de su conciencia, el perpétuo temor que oprime su corazon, y la culpa, que siempre se ve impresa en su semblante, harto prueban lo que es el pecador, áun en la vida presente. Si despues le consideramos en el estado de justo, ¿qué merecimientos puede alegar á su favor por haber alcanzado su grado de justicia? Necesitando á cada momento la gracia del Señor, é incapaz por sí mismo de proferir con mérito el nombre santísimo de Jesús, la gracia que le eleva á esa capacidad, no podrá jamás ser merecida *de condigno*, ni mucho ménos adquirida con nuestras propias fuerzas; siempre será un don del cielo, un don y una gracia totalmente gratuita; gratuita en la vocacion, gratuita en la justificacion, y gratuita en la perseverancia. En resúmen, aquello que comunmente llamamos nuestro mérito, no es otra cosa, como nos lo enseña la fé, y tan admirablemente lo expresa San Agustin, que un verdadero don del cielo: *merita nostra.... munera sua* (Epist. cxciv, 5). Finalmente, á donde quiera que dirijamos nuestra mirada, advertimos nuestra insuficiencia, nuestra nada. Todo cuanto somos, lo somos por Dios; todo cuanto tenemos, lo reconocemos como procedente de Él; y todo cuanto podemos, solo lo podemos

con su auxilio. La vida, la salud, la belleza, las riquezas, el talento, la gracia, la virtud, la justicia y la santidad, todo ello, como nos lo dice el Apóstol, es don del cielo. *Quid habes, quod non accepisti?* (I. Cor. IV, 7). Y siendo esto así, ¿sobre qué principio, pues, ¡oh cristianos! pudiera fundarse nuestro propio orgullo? ¿A qué condujera gloriarnos de unas cosas que no son nuestras, en manera alguna, sinó todas ellas dones del cielo? ¿Qué insensatez fuera la nuestra, si presumiéramos que valemos algo por esos dones, por unos dones de los cuales podemos ser despojados en un abrir y cerrar de ojos? *Quid habes quod non accepisti.... quid gloriaris quasi non acceperis?* (Ibid.)

No obra así, mis queridos hermanos, la tierna Vírgen de Nazareth. Enriquecida con tantos dones de la naturaleza y de la gracia; elevada al grado más alto al cual pueda llegar una mortal criatura, cubre sus hombros con un manto, adorna su cuerpo con un vestido y ciñe su frente con una guirnalda; pero esa guirnalda está entretejida con Violetas, ese manto imita el color de las Violetas, y de ese vestido se desprenden los más suaves perfumes. Siendo grande delante de Dios y delante de los hombres, ella no se enaltece, no se engría, no se gloría; partiendo del grande principio, de que todo lo había recibido de Dios, ocúltase, cual humilde Violeta, entre la multitud de sus hojas, revelando su existencia con aquel suave perfume de aquella voz misteriosa, que repite sin cesar: Hé aquí la esclava del Señor. *Ecce ancilla Domini.* (Luc. I, 38.) Así, Élla atribuye á Dios todos sus honores; y se los atribuye porque tuvo en cuenta su pequeñez: *Quia respexit humilitatem* (Ibid. 48); como si Élla dijera: ¿qué sería yo, pues, si el Señor no me hubiera mirado con predileccion? una nonada, un sér débil, una sombra, una larva. Dios, Dios, solamente, pudo elevarme á un grado superior á cualquier otro; Dios, solamente, pudo revestirme de gloria y de honor; Dios, solamente, pudo sublimarme desde la nada; y, por lo tanto, á Él sólo corresponde la gloria, sólo á Él se deben los homenajes, sólo á Él las alabanzas: *Magnificat anima mea Dominum* (Ibid. 46). Si bien Élla, por una parte, añade profetizando, que las futuras generaciones la llamarán bienaventurada, nos manifiesta al mismo tiempo, que tal distincion la mereció por la profusion de gracias que recibió de la diestra del Omnipotente: *Quia fecit mihi magna qui potens est* (Ibid. 49). En suma: María, contemplándose á sí misma, nada descubre de grande, de sublime y de excelso; sinó que todo lo reconoce obra de aquella diestra benéfica, la cual, como ella misma nos lo anuncia, ensalza á los humildes y confunde en su orgullo á los soberbios. *Deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles* (Ibid. 52).

De ahí podeis inferir, mis queridos hermanos, la segunda parte de mi discurso, en la cual os decía, que la humildad debe induciros á obrar segun los conocimientos de nuestra inteligencia. Siendo, como somos en realidad, unos séres llenos solamante de miserias, de abyeccion y de pecados; unas criaturas que podemos considerarnos una verdadera nada sobre la tierra; ¿fuera posible que nuestra locura llegara hasta el punto de ensalzarnos sobre nuestra propia condicion? ¿pudiéramos jamás llegar al extremo de amar aquellas obras que conducen al fausto, á la ambicion y al orgullo? ¡Oh! qué obcecacion no fuera esa, pues, hermanos mios!

Y no obstante, ¡cuán extendida se halla hoy esta ceguera sobre la tierra! Siendo todos un compuesto de polvo y ceniza, privados por nosotros mismos de todo bien, de toda prerogativa y de toda gracia, ¿no es hoy, precisamente, cuando los hombres se muestran tan orgullosos y engreidos como si fueran otros tantos dioses sobre la tierra? ¿No es hoy cuando sacuden el yugo de toda ley, de toda servidumbre, de todo freno? Vedlos á todos ellos dignos hijos de Lucifer, rebeldes á su Dios, levantando su trono contra el Altísimo, intentando, bien que en vano, arrojarle de su sólio para pasar á ocuparlo ellos mismos. Vedles oprimiendo á sus semejantes, no reconociendo en ellos otra cosa que vileza y miserias, como si no hubieran sido todos ellos formados del mismo barro. Vedles con la frente erguida, con el desdén en la mirada, tan presumidos en sus maneras, como si la tierra fuera indigna de hospedarles. ¡Miserables é insensatos! ¿Cuándo pues se abrirán vuestros ojos para reconocer vuestro engaño? ¿Cuándo llegará la hora en que, persuadidos de vuestra nada, abandonareis el sendero, que no puede conduciros más que á una condenacion eterna?

Ya veis, pues, mis amados hermanos, que una vez el hombre llega al perfecto conocimiento de sí mismo, no puede ménos de resignarse á una sincera humillacion, al total desprecio de sí mismo. Humillaos, decía el Príncipe de los Apóstoles, bajo la poderosa mano del Altísimo: *Humiliamini sub potenti manu Dei* (I. Petr. V, 6); y una vez reconocida, bajo el peso de aquella mano, vuestra nada, sea esa humillacion la que desate vuestra lengua para entonar himnos de gloria, de gratitud y de reconocimiento al Altísimo. Sea, pues, esa humillacion la que os induzca á no correr en pos de los vanos aplausos del siglo, á huir de ellos siempre que os fueren prodigados, á detestarlos con todo vuestro corazon. Sea, además, esa humillacion la que os haga aparecer como verdaderos pobres en vuestro exterior, inferiores á todos los demás en el aprecio, tranquilos en las injurias, en los sar-

casmos y ultrajes de vuestro prójimo, áun cuando éste fuera pobre, desvalido y de la condicion más humilde. En una palabra, sea esa humillacion la que conserve siempre vivo en vuestra memoria el pensamiento, de que no sois más que una sombra; la que os recuerde en vuestros razonamientos, que nada sois, y os pruebe en vuestras acciones, que marchais en pos de Aquél que se humilló y anonadó á sí mismo, y que siendo un Dios de infinita grandeza, se hizo sobre la tierra el oprobio de los hombres y el escarnio de la plebe, y mas bien gusano que hombre. *Ego sum vermis et non homo* (Ps. XXI, 7).

¡Dios de eterna majestad! ¿acaso tantas humillaciones, que únicamente sufristeis para el bien y el ejemplo de vuestros hijos, han de ser despreciadas por ellos, cual si fueran indignas de una sola de sus miradas, y nunca grabadas en sus miserables corazones?

¡Ah! no las despreció ciertamente, mis amados hermanos, ni pasaron desapercibidas tales enseñanzas para nuestra mística Violeta, nuestra Madre María. Élla, cuya virginidad le mereciera las complacencias del Altísimo, por su humildad fué llamada y llegó á ser Madre de Dios: *Humilitate concepit* (S. Bernar: *Hom: sup. Miss: est.)* Y ¿quién, en efecto, fuera capaz de calcular en Élla la extension, la profundidad y la grandeza de esa excelsa virtud? Dios la llama hija predilecta, tierna madre y esposa fecundísima, y Élla, cual humilde Violeta: Hé aquí, responde; hé aquí ¡oh Señor! vuestra sierva y esclava. Cual soberana la saludan con reverencia los Ángeles, y Élla, cual humilde Violeta, dirijese entónces á la Judea para prestar sus servicios á su afortunada cuñada. Cuando parece que la tierra se postra ante su sublime grandeza, Élla, cual humilde Víoleta, oculta su rostro, baja su mirada y hunde su frente en el polvo mismo, repitiendo: no temais; yo no soy nada. Y como una nada ofrécese igualmente á nuestros ojos cuando bajo un decreto de César, desempeña con toda solicitud su mision, prescindiendo absolutamente de los riesgos que puede ofrecer el viaje, de la falta de recursos, de los rigores de la estacion, y de la proximidad del parto. Como una nada se presenta á los pastores, cuando les acoje en el pesebre de Belen, les dirige su palabra, les ilumina, les exhorta, les anima y les remunera. Cual una nada se nos manifiesta en el Templo, cuando á semejanza de una mujer manchada con la culpa, se somete al precepto de la Purificacion. Cual una nada, finalmente, nos aparece en Egipto, cuando sufre con ánimo paciente las injusticias, la villania y la barbarie de aquellos pueblos.

Y ¿qué lugar pudierais indicarme, hermanos mios, en que María dejara de suministraros los más edificantes ejemplos de humildad?

Si los demás la ensalzan, Élla se calla; si admiran su rostro, Élla se oculta; si la bendicen y la enaltecen, Ella eleva su espíritu al Señor, y á Él atribuye su grandeza y su gloria: en todas partes, cual mística y espiritual Violeta silvestre, sólo en la humildad cifra su reposo, con la humildad únicamente se alimenta, y por la humildad resplandece sobre la tierra. Y siendo tan elocuentes sus ejemplos, tan sublimes sus acciones, con sobrada razon consideraría ahora faltos de todo sentimiento de religion y de virtud vuestros corazones, si no se sintieran movidos á abrazar las humillaciones y los desprecios; pero, si todavía conservan en su fondo un resto de tales sentimientos ¡oh! entónces, estoy seguro, que ellos alcanzarán sobre vuestras pasiones el triunfo más completo.

¿Y acaso nuestro mismo Redentor no nos llama al ejercicio de toda virtud, especialmente de la humildad, cuando nos invita á seguir los ejemplos que propone á nuestra imitacion? ¿Y pudiéramos nosotros, siendo tan orgullosos y rebeldes, gloriarnos de ser imitadores de Jesús? ¿Pudiéramos prometernos las bendiciones de nuestro Padre celestial? ¿pudiéramos esperar la proteccion de nuestra Madre Santísima?

¡Ah! mis amados hermanos; bien lo veis, la humildad es la insignia de todo corazon cristiano; es el manto del verdadero devoto de María. No somos nada; humíllese, pues, nuestra razon, reconociendo la vileza del barro, del cual hemos sido formados. No somos nada; humíllese, pues, nuestra voluntad viviendo en el desprecio de nosotros mismos, en el anonadamiento de nuestro corazon. En presencia de Dios confesemos nuestras propias miserias, y á la faz de los hombres manifestemos la condicion de nuestra nada. Las culpas, las iniquidades, los pecados, hé ahí lo único que podemos llamar nuestro y considerar como cosa propia. Y esa idea ¡oh! sí, esa idea, debe ser la regla y la norma de nuestros pensamientos, de nuestras palabras y de nuestras obras. Mostrémonos en nuestro exterior tales cual nos declaran la fé, la religion y nuestra propia razon.

Y Vos, humildísima Madre nuestra, mística Violeta de los jardines del cielo; Vos, que cifrasteis en la humildad toda grandeza; Vos, que nada aborrecis tanto en los hombres como el orgullo y la presuncion; enseñadnos la verdadera humildad, extirpad de nuestro corazon el maligno gérmen de toda iniquidad, imprimid profundamente en nuestro entendimiento la idea de que nada somos sobre la tierra, y que lo único que enteramente nos pertenece es el maldito pecado. ¡Oh, María! haced ¡ay! que siempre nos consideremos tales como somos en realidad, unos séres los más

miserables y abyectos; concedednos que, á imitacion vuestra, seamos, en el jardin de la Iglesia, místicas Violetas ocultas, recatadas y humildísimas.

DIA NOVENO.

LA VIOLETA SILVESTRE,

Ó SEA:

LA HUMILDAD ÚTIL.

Qui se humiliaverit, exaltabitur.
Quien se humillare será ensalzado.
(MATTH. XXIII, 12).

Disimulad os ruego, mis amados hermanos, que otra vez me ocupe de la Violeta; no puedo ménos de dirigir otra mirada á aquella preciosa flor, que ayer suministró tan abundante materia para mi discurso. Siempre humilde y recatada, dicha Violeta nunca descuella entre las flores que la rodean; ella ama vivir en la sombra, en la oscuridad, bajo algun abrigo; á la sombra de algun árbol, en la espesura de los bosques, defendida por sus hojas. Jamás os deja ver espontáneamente su rostro, sinó que es preciso buscarla; ella no os ofrece colores brillantes, sinó sérios y oscuros; su tallo nada tiene de majestuoso, sinó que es sencillo y suavemente inclinado hácia el suelo. Y sin embargo, ¿en qué consiste ¡ah! que todas las miradas la buscan, todas las manos la cojen, y todos los corazones la codician? ¿Cómo se concibe, que la vea tan cultivada con tanto esmero, defendida con tanto celo y siempre custodiada con tanto cariño? ¿Por qué la veo, ó sola en alguna linda maceta, ó reposando entre las demás flores como para su ornato y su decoro, cautivando toda mirada, todo entendimiento y todo corazon? ¡Ah! mis amados hermanos; sus preciosas hojas, sus matices majestuosos, sus formas peregrinas,

y su suave fragancia, no pueden ménos de recomendarse á toda mirada, y alcanzar los homenajes del mundo entero. Y ese es el triunfo de su anonadamiento, y esa la gloria de su humillacion.

Efectivamente; para vivir en el más profundo olvido, llega hasta el extremo de abandonar el terreno cultivado, y allí, abre su cáliz en medio de la más triste soledad de elevados montes y de los más desiertos bosques. ¿Quién fuera capaz de explicarnos la gloria de que en el desierto se cubre y se adorna? Entónces crece sobre su tallo con mayor majestad; entónces sus hojas ostentan nueva belleza y lozanía, y sus colores, siendo más variados, ofrecen un conjunto el más maravilloso y sublime. Vosotros podeis verla en aquel monte cómo os presenta, ora un triste azul el más vivo, ora un matiz de púrpura el más rico; aquí, un azul celeste que os encanta; allá, un vivo amarillo que os enamora; acullá, un azul turquí, pero bellísimo; más léjos, un color blanco que deslumbra. Y del mismo modo que en la inaccesible cima del monte, así tambien en medio del desierto valle se ostenta siempre á vuestra mirada con tres colores variados, dividida en cinco pétalos del modo más admirable, dos de los cuales os deleitan por el color azul celeste que los distingue, y los otros tres por su mezcla de blanco y amarillo, que vá disminuyendo con suavidad. Finalmente; ¿no es cierto, que en lo oculto de aquella fragosidad, vosotros no podeis contener el impulso espontáneo de vuestra mano, y que no contentos con una sola de dichas flores, quisierais cojerlas todas, para recrearos en sus perfumes, admirar sus formas, contemplar sus colores, y para que ellas formen las más suaves delícias de vuestros sentidos? Y entónces ya no os es dado sofocar el grito, con el cual la ensalzais con preferencia á otra flor cualquiera; y casi sin advertirlo vosotros mismos, cantais sus glorias, sus méritos y sus grandezas; entónces la saludais como Reina de los campos, y quisiérais que todo corazon se uniera al vuestro para que el triunfo de esa flor fuera más bello, más glorioso y más universal.

¡Oh celeste y espiritual Violeta! á Tí, á Tí, solamente, he bosquejado yo ahora con mis rudos acentos; á Tí, solamente, ha contemplado mi imaginacion en esa humilde flor. ¡Oh! bien puedes Tú gloriarte de tus inmensas riquezas; la humildad misma de tu corazon te está ensalzando. Tú fuiste una humilde Violeta, y no Violeta de los campos simplemente, sinó aquella Violeta que ama ocultarse en las inaccesibles cumbres de los montes, en la oscuridad de los más frondosos bosques; y esa misma circunstancia hizo resaltar con mayor viveza tu colorido; y por eso, los encomios que alcanzaste de la tierra fueron más gloriosos, y tus triunfos en el cielo más solemnes.

miserables y abyectos; concedednos que, á imitacion vuestra, seamos, en el jardin de la Iglesia, místicas Violetas ocultas, recatadas y humildísimas.

DIA NOVENO.

LA VIOLETA SILVESTRE,

Ó SEA:

LA HUMILDAD ÚTIL.

Qui se humiliaverit, exaltabitur.
Quien se humillare será ensalzado.
(MATTH. XXIII, 12).

Disimulad os ruego, mis amados hermanos, que otra vez me ocupe de la Violeta; no puedo ménos de dirigir otra mirada á aquella preciosa flor, que ayer suministró tan abundante materia para mi discurso. Siempre humilde y recatada, dicha Violeta nunca descuella entre las flores que la rodean; ella ama vivir en la sombra, en la oscuridad, bajo algun abrigo; á la sombra de algun árbol, en la espesura de los bosques, defendida por sus hojas. Jamás os deja ver espontáneamente su rostro, sinó que es preciso buscarla; ella no os ofrece colores brillantes, sinó sérios y oscuros; su tallo nada tiene de majestuoso, sinó que es sencillo y suavemente inclinado hácia el suelo. Y sin embargo, ¿en qué consiste ¡ah! que todas las miradas la buscan, todas las manos la cojen, y todos los corazones la codician? ¿Cómo se concibe, que la vea tan cultivada con tanto esmero, defendida con tanto celo y siempre custodiada con tanto cariño? ¿Por qué la veo, ó sola en alguna linda maceta, ó reposando entre las demás flores como para su ornato y su decoro, cautivando toda mirada, todo entendimiento y todo corazon? ¡Ah! mis amados hermanos; sus preciosas hojas, sus matices majestuosos, sus formas peregrinas,

y su suave fragancia, no pueden ménos de recomendarse á toda mirada, y alcanzar los homenajes del mundo entero. Y ese es el triunfo de su anonadamiento, y esa la gloria de su humillacion.

Efectivamente; para vivir en el más profundo olvido, llega hasta el extremo de abandonar el terreno cultivado, y allí, abre su cáliz en medio de la más triste soledad de elevados montes y de los más desiertos bosques. ¿Quién fuera capaz de explicarnos la gloria de que en el desierto se cubre y se adorna? Entónces crece sobre su tallo con mayor majestad; entónces sus hojas ostentan nueva belleza y lozanía, y sus colores, siendo más variados, ofrecen un conjunto el más maravilloso y sublime. Vosotros podeis verla en aquel monte cómo os presenta, ora un triste azul el más vivo, ora un matiz de púrpura el más rico; aquí, un azul celeste que os encanta; allá, un vivo amarillo que os enamora; acullá, un azul turquí, pero bellísimo; más léjos, un color blanco que deslumbra. Y del mismo modo que en la inaccesible cima del monte, así tambien en medio del desierto valle se ostenta siempre á vuestra mirada con tres colores variados, dividida en cinco pétalos del modo más admirable, dos de los cuales os deleitan por el color azul celeste que los distingue, y los otros tres por su mezcla de blanco y amarillo, que vá disminuyendo con suavidad. Finalmente; ¿no es cierto, que en lo oculto de aquella fragosidad, vosotros no podeis contener el impulso espontáneo de vuestra mano, y que no contentos con una sola de dichas flores, quisierais cojerlas todas, para recrearos en sus perfumes, admirar sus formas, contemplar sus colores, y para que ellas formen las más suaves delícias de vuestros sentidos? Y entónces ya no os es dado sofocar el grito, con el cual la ensalzais con preferencia á otra flor cualquiera; y casi sin advertirlo vosotros mismos, cantais sus glorias, sus méritos y sus grandezas; entónces la saludais como Reina de los campos, y quisiérais que todo corazon se uniera al vuestro para que el triunfo de esa flor fuera más bello, más glorioso y más universal.

¡Oh celeste y espiritual Violeta! á Tí, á Tí, solamente, he bosquejado yo ahora con mis rudos acentos; á Tí, solamente, ha contemplado mi imaginacion en esa humilde flor. ¡Oh! bien puedes Tú gloriarte de tus inmensas riquezas; la humildad misma de tu corazon te está ensalzando. Tú fuiste una humilde Violeta, y no Violeta de los campos simplemente, sinó aquella Violeta que ama ocultarse en las inaccesibles cumbres de los montes, en la oscuridad de los más frondosos bosques; y esa misma circunstancia hizo resaltar con mayor viveza tu colorido; y por eso, los encomios que alcanzaste de la tierra fueron más gloriosos, y tus triunfos en el cielo más solemnes.

Amados hermanos, ¿aspirais vosotros, igualmente, á unos triunfos semejantes, á parecidos encomios, á igual explendor? Sed, pues, humildes. La humildad es el único fundamento de la verdadera grandeza. Sed humildes, y yo os doy la seguridad de ello: vuestros serán igualmente sus honores, vuestra la gracia y vuestra la gloria. A. M.

El hombre, hermanos mios, fué criado por Dios pará reinar. Nació para los honores, las riquezas y los privilegios. En su majestuosa frente, donde un dia brillara la luz del mismo Dios, brillaba al mismo tiempo una diadema real. Siendo él entónces árbitro del universo, dueño de sí mismo, no conocía sujecion alguna, aparte de la que debía á su Dios. Todos los séres de la creacion le servían, y él imponía leyes á todos ellos. Mas ¡ay! pareciéndole harto pesado el yugo tan lijero que Dios le impuso, lo sacudió, proclamándose conocedor del bien y del mal. ¡Desgraciado! en aquel instante mismo que él fijára para sus triunfos, precipitóse en el más profundo de los abismos, y atrayendo sobre su frente las maldiciones divinas, sus soñados honores convirtiéronse en vituperio é infamia. Y una vez perdida ya toda gracia, todo privilegio, todo honor, todo imperio, toda preponderancia y todo valimiento, le hubierais visto revolcarse sobre el fétido estiércol, convertido en el sér más abyecto y miserable.

Tan tremenda caida no bastó, sin embargo, para destruir en su corazon el deseo de elevados honores y la ambicion de la perdida grandeza. Mas luego, al ver que eran vanos todos sus esfuerzos para recuperarla ¡nécio! creyó poder hallarla, ya oprimiendo á sus semejantes, ya con la celebridad de sus hechos; ora con el poder de su brazo, ora, finalmente, con el engaño, con la impiedad y con el crímen. Entónces fué cuando aparentando grandeza en su porte, altivez en su mirada, é imperio en sus palabras, miró con desdén á sus semejantes, oprimiéndoles cuando súbditos, procurando derribarlos cuando émulos, y calumniarlos cuando los consideró cual superiores. Y no soñando ya más que gloria, no ambicionando más que gloria, no buscando su reposo más que en la gloria, juzgó lícito, para alcanzarla, el apelar á todo artificio, á todo medio y á toda medida.

¡Desdichado! una y mil veces desdichado! Caido de aquel estado primitivo, no vacilo en decirlo, hermanos mios, el hombre que se equivocó respecto de la nocion de la verdadera gloria, incurrió en otra equivocacion respecto de los medios que debia emplear para

reemplazarla. De suerte, que, en mi opinion, áun cuando el hombre anduviera en pos de honores, de grandezas y de glorias, no podría conseguir tal propósito por otro sendero que por el de la humillacion y la sumision. Para probar esta verdad, sólo apelaré, mis amados oyentes, á la voz de vuestra propia conciencia.

Decidme, sinó, ¿qué efecto, qué indignacion no excita en vuestra alma la vista de un hombre orgulloso, que hace alarde de afectada grandeza, que desprecia al desgraciado, y desdeña al mendigo? La vista de aquel que, creyendo compendiada en sí propio toda gloria, afecta una arrogancia, que sentaría mal áun en el monarca más poderoso de la tierra? ¿No es cierto que entónces vuestros sentimientos condenan tal impiedad, vuestro lábio protesta con palabras las más enérgicas contra tan monstruosa presuncion, y vuestra mano quisiera castigar, si posible fuera, una tal osadía?

Mas si se trata de un caso contrario, ¿no es, acaso, vuestra lengua misma la que no se cansa de difundir las glorias, de anunciar las grandezas y de ensalzar los merecimientos de aquel que oculta, encubre y conserva sus privilegiadas dotes bajo el manto de la humildad? ¿No es vuestra alma la que entónces se deleita á la vista de una virtud tan excelsa, y la aprueba, la enaltece, la honra y la venera? ¿No sois vosotros mismos los que contribuís, con todos los medios de que podeis disponer, á la exaltacion de vuestro héroe, hasta el punto de desear, si estuviera ello en vuestra mano, que llegara á ser el ídolo del mundo entero?

¡Ah, mis amados hermanos, harto cierta es tal verdad. Bien puede acontecer que el orgullo llegue á alcanzar una gloria efímera, acompañada del odio comun y de la universal execracion; empero, la verdadera gloria, aquella gloria que recibe los homenajes del mundo entero, aquella gloria cuyos lauros todos desean multiplicar, aquella gloria, por último, la única que es honrada y respetada por todos, no se alcanza más que por medio de la verdadera humildad. Por ese camino mismo la consiguió la reina Ester, cuando por vez primera vióla su futuro esposo Asuero; por ese mismo camino la obtuvo David, llamado desde la humilde profesion de pastor al trono de Israel; por ese camino la obtuvieron los Apóstoles, cuando fueron escojidos por Dios para la dignidad del Apostolado; no de otra manera, finalmente, la alcanzó nuestra santísima Madre; y ¡ah! cuán grande, cuán sublime y cuán excelsa!

Contempladla, mis amados oyentes. Ella es mística Violeta, que tanto agradó al Altísimo, que llegó á ser la Madre, la Esposa y la Hija de Dios. Ella es la Reina del cielo, la Emperatriz de la tierra,

el terror del infierno. Hállase revestida de tales privilegios, que no hay en la tierra quien pueda compararse con ella. Tan grande es su poder, que el alto cedro del Líbano es una nonada en comparacion suya: su riqueza es tan inmensa, que todas las aguas de los mares no bastan para figurarla ni medirla adecuadamente. Su sabiduría es tan sublime, que eclipsa completamente la que adornó al más sábio de nuestros reyes, Salomon. ¿Pedís candor? La misma Azucena dista mucho de ser figura del suyo. ¿Buscais amor? La Rosa solamente puede suministraros una pálida idea del de María. ¿Quereis encantos? Su dorado capullo apénas os da un bosquejo de los suyos. La Margarita se afana para manifestarnos su inocencia; la Angélica, su inspiracion; y la Verbena, la ternura de su corazon.

Mas entre todas esas flores, la Violeta es la que ocupa, indudablemente, el primer lugar; la Violeta es la que con más propiedad la ensalza, la que mide la indecible grandeza de sus infinitos honores. No soy yo quien lo dice, mis amados hermanos; la Vírgen misma nos lo atestigua, cuando llena del espíritu de Dios, nos dice en su profético cantico, que el Omnipotente ha obrado grandes cosas á su favor, precisamente en consideracion á la humildad de su esclava: *Fecit mihi magna quia respexit humilitatem ancillæ suæ*. Y por eso, Ella prosigue diciéndonos: Me llamarán bienaventurada todas las generaciones: *Beatam me dicent omnes generationes*. Mostrémonos, pues, nosotros unánimes, igualmente, en llamarla bienaventurada. Bienaventurada por los honores á los cuales la elevó el Altísimo; pero, más bienaventurada todavía por la humildad que la hizo digna de semejantes honores. *Fecit tibi magna quia respexit humilitatem*.

Sin embargo, mis amados hermanos, bien que esa gloria, que tanto enaltece al hombre sobre este suelo, no se halle nunca asociada con el loco orgullo, no siempre favorece á la verdadera humildad. Con frecuencia, nuestro sapientísimo Dios, justo siempre en sus divinos secretos, permite y dispone, que el humilde viva en la oscuridad y en el desprecio, y sea el objeto, no solamente de las mofas de los impíos, sino aún que su conducta sea desaprobada por los mismos justos. Sin embargo, ni áun en este caso, el humilde carece de gloria y de grandeza. Existe otra fuente, mis amados hermanos, de la cual deriva la gloria del humilde, gloria que es suya exclusivamente, y no puede jamás separarse de él, ni compartirla con otro; gloria que, al paso que le deja tal vez en el abandono y el desprecio ante séres mortales, le ensalza, le eleva y le engrandece á la faz de los espíritus celestiales; gloria que tal vez no le merece el respeto de los hombres, pero que le conquista la veneracion y el respeto de los Angeles. Tal es, mis

amados oyentes, la gloria que el humilde recaba de la posesion de la gracia.

Sí; la gracia de la cual el humilde goza, es aquella que le ensalza, aquella que le llena de gloria, aquella que le colma de honores. Es la gracia la que le hace hijo adoptivo de Dios; la que le eleva hasta la amistad del Esposo celestial; la que le hace objeto de las divinas complacencias. Por esa gracia, el humilde pasa á ser amigo de los Angeles, compañero de los Santos, digno de las bendiciones de Dios: por ella su bella alma resplandece como el sol, se reviste de zafir y de púrpura, se llena de honores y de gloria; por ella es el terror del infierno, el espanto de los demonios, el abismo entero tiembla en su presencia. La gracia le enaltece sobre su propia naturaleza, y por decirlo así, hace de él no sé qué de celestial, que, en cierto modo, diviniza. Y entónces adquiere el brillo de la aurora, la belleza de la luna, el candor de la Azucena, el carmin de la Rosa, la frondosidad del cedro, la abundancia del olivo, la amena variedad de los jardines. La gracia, en una palabra, le convierte en un santo.

Y esa gloria, mis amados hermanos, no tiene superior ni igual, y tan sólo se concede al humilde. Dios lo dice explícitamente en la Escritura, asegurándonos por boca del Apóstol, que humilla á los orgullosos y dá su gracia á los humildes: *Deus superbis resistit humilibus autem dat gratium*. De ahí, que el real Salmista diera gracias al Señor por haberle humillado: *Bonum mihi quia humiliasti me* (Ps. CXVIII, 71). Y con sobrada razon se las daba, porque, precisamente, por medio de la humillacion había recuperado la gracia de su Dios; á la manera de aquel Publicano, que sólo por medio de la humildad alcanzó su justificacion. La humildad, es, pues, una verdadera fuente de gloria, no sólo por los honores que se le tributan, sinó por la gracia que se le concede.

Vedlo, sinó en María, hermanos mios. Acordaos de aquel espiritual Junquillo, bajo cuyo símbolo hemos contemplado ya á esa Madre gloriosísima. ¿Qué abundancia de espiritual licor no ofreció Élla á vuestros ojos, mis amados oyentes? ¡Ah! con tal profusion derramó Dios sobre Élla ese licor, que fué digna de oir la salutacion que la proclamaba llena de gracia: *Ave gratia plena* (Luc. I, 28); y no solo llena, sinó exuberante de ella, hasta el punto de ser elejida por esposa del Dispensador mismo de la gracia, en aquel mismo momento en que era Ella saludada llena y colmada de gracia.

De ahí que el Esposo celestial, prendado de sus dotes, no cesa de mirarla y de ensalzarla; y celebra la majestad de su frente, parecida á una torre de marfil; la modestia de su mirada, que compara á la

inocente paloma; y el color de sus lábios, semejantes á una cinta de escarlata; y sus mejillas, parecidas á un cacho de granada; pregona la majestad de su cuello, el cual, nos dice, que dice estar adornado con preciosos collares; admira la gravedad de su andar; la riqueza de sus ropajes, y la inocencia de su palabra; y la llama paloma, la denomina perfecta, y le dá el título de Reina: *Veni columba mea, perfecta mea, veni coronaberis* (Cant. IV, 8).

Y sin embargo, hermanos mios, toda esa plenitud de gracia que eleva á María hasta un grado tan eminente, la colma de merecimientos y la reviste de honores, no es más que el fruto de la más profunda humildad. Ella era mística Violeta en el jardin de la Iglesia, y por eso Dios derramó sobre su frente un mar infinito de gracias. *Fecit mihi magna.... quia respexit humilitatem ancillæ suæ.*

Empero, no acaba aquí todavía, amados oyentes, la grandeza de la verdadera humildad. Hay otros honores que sólo á ella están concedidos; hay otras prendas que la adornan; otras glorias que la coronan; glorias, merecimientos y honores duraderos, inquebrantables, verdaderos y eternos; glorias, merecimientos y honores, que no sólo encierran en sí todos los demás, sinó que los superan; las únicas glorias, merecimientos y honores que pueden hacer su alma verdademente dichosa, que la constituyen reina por toda la eternidad, y la hacen una misma cosa con Dios. Ya me habeis sin duda entendido vosotros, hermanos mios; yo me refiero ahora, á las glorias, á las grandezas del Paraiso, de las cuales sólo el humilde podrá gozar eternamente, y en tanta mayor abundancia, cuanto más profunda haya sido su humildad. ¿Y cómo pudiera dejar de ser así? Como vosotros no ignorais, para alcanzar el Paraiso, es menester perseverar en el bien, es preciso permanecer constantes en la virtud hasta el término de nuestros dias; pues, como dice el Señor, no será salvo el que principia, sinó el que persevera: *Qui perseveraverit usque in finem hic salvus erit* (Matth. XXIV, 13).

Pero, esa perseverancia y esa constancia en el bien, ¿pueden, acaso, alcanzarse con facilidad y con tal certeza, que podamos nosotros quedar contentos y seguros? ¡Ah! no nos engañemos sobre este punto, mis amados hermanos. Dependiendo absolutamente en todas las cosas de la voluntad del Altísimo, nosotros no podemos obtener la perseverancia sinó por medio de prolongadas y fervorosas oraciones; sólo podemos conseguirlo á título de don, y de un don enteramente gratuito. Pues bien; aquel Dios sapientísimo, que nos impuso el precepto de imitarle en sus propias humillaciones, ¿pudiera jamás conceder tal don á los orgullosos y engreidos? Aquel Dios que arrojó del cielo

á los Ángeles rebeldes á causa de su vano orgullo, ¿pudiera abrir al hombre orgulloso un sendero que le condujera á aquella pátria bienaventurada? ¿Cómo soñar siquiera tal absurdo? ¡Ah! mis amados hermanos; el Paraiso está abierto para todos; pero sólo lo alcanza el humilde; sólo éste será ensalzado en aquel reino: *Qui se humiliat exaltabitur* (Luc. XIV, 11). Exaltacion misteriosa, que semejante, como dice San Agustin, á un edificio, podrá elevarse tanto más, cuanto más profundos hayan sido los fundamentos de la humildad.

¿Deseais una prueba de ello? Dirijid vuestra mirada á María. ¡Dios mio! ¿Quién podrá imaginar, ni por asomo, la gloria de que fué revestida nuestra Madre Santísima, en premio y recompensa de sus humillaciones? Habiéndosela considerado como nada en la tierra, héla ahí Emperatriz de los Santos, Reina de los Angeles, y Señora del Universo. Hállase sentada en un trono, y ese trono es el más inmediato al trono mismo de Dios; cúbrela un manto, y ese manto es el más rico y precioso; un magnífico dosel la presta sombra, y ese dosel está formado de candidísimas nubes. Los Ángeles inclínanse ante Élla con reverencia; los Santos la invocan con respeto; y es tal la gloria que alcanza, que Élla sola puede gloriarse de reinar, por decirlo así, con los explendores del mismo Dios. Élla es gloriosa por los honores que alcanzó en la tierra; gloriosa por la gracia que la prodigó su Esposo celestial; y gloriosa por el premio que obtuvo en los cielos.

¡Ah! ¡si yo pudiera contemplar, mis amados hermanos, aquella diadema que ciñe su frente inmortal! Allí yo os haría notar las piedras más preciosas, el granate, la esmeralda, el topacio, el carbunclo, el jaspe, el záfiro, el rubí, la ágata, el amatista, el onyx, el berilo, el crisólito; y os haría admirar el oro profusamente derramado; y los ornamentos, compuestos enteramente de azucenas las más cándidas, de rosas las más encendidas y peregrinas.

Empero, ¿pudierais nunca imaginaros el encanto que prestan á esa inmortal diadema aquellas fúlgidas violetas, que, entretejidas con ella, resplandecen á centenares y á millares entre las piedras preciosas, entre el oro y la plata, entre las azucenas y las rosas? ¡Ah! bien persuadido estoy, que reciben de ellas el más sublime ornamento, la gloria más bella, el más preclaro explendor. La Corona, que fué merecimiento y obra de la mística Violeta, esa es la que le comunica el más solemne decoro, y el encanto más portentoso y divino.

¡Ah! mis queridos hermanos; ¿que es, pues, lo que á nosotros nos impide llegar á la posesion de tal corona? El orgullo, sí, el loco orgullo de nuestro corazon. Hé ahí el mónstruo, que, al paso que trata

de persuadirnos, que nos conduce á la grandeza, nos precipita, por el contrario, en el más profundo abismo de la miseria y de la nada. Hijo el orgullo de aquel rebelde Lucifer, que pretendiendo ser semejante á Dios, hízose príncipe ó tizon del infierno, ¿qué grandeza puede procurar á nuestra alma? ¡Ah! amados oyentes; humillémonos; sólo la humildad puede ser para nosotros fuente de honores; la humildad solamente puede revestirnos de gracia, colmarnos de gloria. Y aunque por ella seamos pobres y desvalidos sobre la tierra, ¡oh! no es posible, no, que deje de ensalzarnos y de colocarnos en lo más sublime de los cielos. Dios lo ha prometido con juramento: Él no mirará con ojos de Padre sinó á aquel que en la pobreza de espíritu guarda con temor sus preceptos, y pasa los dias de su vida sobre la tierra en la humillacion. Siendo Rey de la gloria, se humilló; y como dispensador de la gloria, solo la concede á los humildes. Abramos, pues, nuestros ojos á la luz de la verdad, sirviéndonos de desengaño los ejemplos de María; sepamos comprender ya, que la verdadera grandeza no se consigue sobre la tierra, y que tampoco se alcanza en los cielos, sinó con la posesion de la más profunda humildad.

La humildad, pero una humildad la más sincera y cordial, sea, pues ¡oh Madre nuestra Santísima! la hermosa virtud con la cual vuestra mano revista nuestras almas en esta noche. Indignos de vuestro maternal afecto, harto hemos seguido hasta hoy los senderos del orgullo, la ambicion y la vanidad; mas ya nos pesa haberlo hecho, ¡oh Madre humildísima! y quisiéramos haberos imitado durante toda nuestra vida, siendo tambien nosotros gloriosas violetas del jardin de la Iglesia. Empero, toda vez que, cual insensatos, nos hemos dejado arrastrar por el orgullo de nuestro corazon, dignaos perdonarnos, y alcanzadnos al propio tiempo el perdon de vuestro Hijo Santísimo. ¡Oh! no sucederá más así, Madre nuestra amorosísima! os lo prometemos á Vos, que fuisteis la más humilde de las criaturas. Esta conducta, léjos de rebajarnos, nos proporcionará, por el contrario, la gloria verdadera, la verdadera grandeza. ¡Ah! no nos abandoneis, pues; y como que nosotros somos propensos á la ostentacion por nuestra propia corrompida naturaleza, curad nuestra fragilidad para que, desengañados de una vez, no pensemos más que en buscar, desear y pedir las humillaciones.

DIA DÉCIMO.

LA VERÓNICA,

Ó SEA:

LA FÉ.

Justus ex fide vivit.
El justo vive por la fé.
(Rom. 1, 17.)

Aquella delicadísima flor, mis amados hermanos, que surge majestuosa de troncos nudosos y serpenteantes, cubiertos de un verde oscuro y de un pardo rojizo, que por su figura, sus propiedades y su color, fué llamada Verónica por los griegos, es todavía denominada Verónica entre nosotros. Semejante por su forma á la espiga, dicha flor, tan pronto aparece á nuestras miradas enteramente blanca, como adornada de admirables matices, los cuales, en un punto son de delicado azul, y en otro, de un rojo precioso. La Verónica jamás se muestra avara de sus deliciosos encantos; de manera, que ella compensa los afanes del agricultor, por poco que éste se aplique á cultivarla. Esa flor crece espontáneamente en todas partes, en toda clase de terreno, en todo yermo, bien sea bajo la sombra más triste, en lo más enmarañado de la maleza, y áun allí donde las rocas parecen retardar é impedir su desarrollo. Cuando sirve de ornato en los jardines, ocupa aquellos lugares que, siendo desfavorables para cualquiera otra planta, á no ser por ella, serían condenados al olvido ó á la esterilidad y á la miseria. Conservando su verdor áun en la estacion rigurosa, esa flor sólo desaparece á nuestra vista por breves dias del año; de suerte, que así en el verano, como en la primavera y en el otoño, la podeis observar siempre igual, ostentando con generosidad sus numerosas glorias. ¡Ah! con sobrada razon se dió á esa flor el nombre de Verónica, nombre que significa imágen fiel, imágen que no burla nunca nuestra esperanza.

de persuadirnos, que nos conduce á la grandeza, nos precipita, por el contrario, en el más profundo abismo de la miseria y de la nada. Hijo el orgullo de aquel rebelde Lucifer, que pretendiendo ser semejante á Dios, hízose príncipe ó tizon del infierno, ¿qué grandeza puede procurar á nuestra alma? ¡Ah! amados oyentes; humillémonos; sólo la humildad puede ser para nosotros fuente de honores; la humildad solamente puede revestirnos de gracia, colmarnos de gloria. Y aunque por ella seamos pobres y desvalidos sobre la tierra, ¡oh! no es posible, no, que deje de ensalzarnos y de colocarnos en lo más sublime de los cielos. Dios lo ha prometido con juramento: Él no mirará con ojos de Padre sinó á aquel que en la pobreza de espíritu guarda con temor sus preceptos, y pasa los dias de su vida sobre la tierra en la humillacion. Siendo Rey de la gloria, se humilló; y como dispensador de la gloria, solo la concede á los humildes. Abramos, pues, nuestros ojos á la luz de la verdad, sirviéndonos de desengaño los ejemplos de María; sepamos comprender ya, que la verdadera grandeza no se consigue sobre la tierra, y que tampoco se alcanza en los cielos, sinó con la posesion de la más profunda humildad.

La humildad, pero una humildad la más sincera y cordial, sea, pues ¡oh Madre nuestra Santísima! la hermosa virtud con la cual vuestra mano revista nuestras almas en esta noche. Indignos de vuestro maternal afecto, harto hemos seguido hasta hoy los senderos del orgullo, la ambicion y la vanidad; mas ya nos pesa haberlo hecho, ¡oh Madre humildísima! y quisiéramos haberos imitado durante toda nuestra vida, siendo tambien nosotros gloriosas violetas del jardin de la Iglesia. Empero, toda vez que, cual insensatos, nos hemos dejado arrastrar por el orgullo de nuestro corazon, dignaos perdonarnos, y alcanzadnos al propio tiempo el perdon de vuestro Hijo Santísimo. ¡Oh! no sucederá más así, Madre nuestra amorosísima! os lo prometemos á Vos, que fuisteis la más humilde de las criaturas. Esta conducta, léjos de rebajarnos, nos proporcionará, por el contrario, la gloria verdadera, la verdadera grandeza. ¡Ah! no nos abandoneis, pues; y como que nosotros somos propensos á la ostentacion por nuestra propia corrompida naturaleza, curad nuestra fragilidad para que, desengañados de una vez, no pensemos más que en buscar, desear y pedir las humillaciones.

DIA DÉCIMO.

LA VERÓNICA,

Ó SEA:

LA FÉ.

Justus ex fide vivit.
El justo vive por la fé.
(Rom. 1, 17.)

Aquella delicadísima flor, mis amados hermanos, que surge majestuosa de troncos nudosos y serpenteantes, cubiertos de un verde oscuro y de un pardo rojizo, que por su figura, sus propiedades y su color, fué llamada Verónica por los griegos, es todavía denominada Verónica entre nosotros. Semejante por su forma á la espiga, dicha flor, tan pronto aparece á nuestras miradas enteramente blanca, como adornada de admirables matices, los cuales, en un punto son de delicado azul, y en otro, de un rojo precioso. La Verónica jamás se muestra avara de sus deliciosos encantos; de manera, que ella compensa los afanes del agricultor, por poco que éste se aplique á cultivarla. Esa flor crece espontáneamente en todas partes, en toda clase de terreno, en todo yermo, bien sea bajo la sombra más triste, en lo más enmarañado de la maleza, y áun allí donde las rocas parecen retardar é impedir su desarrollo. Cuando sirve de ornato en los jardines, ocupa aquellos lugares que, siendo desfavorables para cualquiera otra planta, á no ser por ella, serían condenados al olvido ó á la esterilidad y á la miseria. Conservando su verdor áun en la estacion rigurosa, esa flor sólo desaparece á nuestra vista por breves dias del año; de suerte, que así en el verano, como en la primavera y en el otoño, la podeis observar siempre igual, ostentando con generosidad sus numerosas glorias. ¡Ah! con sobrada razon se dió á esa flor el nombre de Verónica, nombre que significa imágen fiel, imágen que no burla nunca nuestra esperanza.

Tambien nosotros, mis amados oyentes, somos imágenes, é imágenes de aquel Dios perfectísimo, que tales quiso hacernos en nuestra creacion. Nosotros, igualmente, somos llamados fieles, por aquella fé santísima que nos fué infundida por Dios, y por medio de la cual pasamos á ser otras tantas místicas Verónicas, fieles imágenes del Altísimo. Mas ¡ay! ¿con cuánta frecuencia faltamos á esa fé, por la cual somos nombrados y apellidados fieles? ¡Ah! bien que no haya ésta desaparecido enteramente de nuestro corazon, se halla ofuscada en él por el consorcio de horribles mónstruos, que la despojan de toda gracia, de todo atractivo y de todo honor. Esa es una fé que sólo conserva su verdadero valor cuando es la expresion de la más sincera humildad; y en nosotros se junta con la más loca presuncion y con el orgullo más repugnante é indigno. Es una fé que conserva su precio cuando se halla en ejercicio incesante; al paso que en nosotros se encuentra ociosa é inactiva, intranquila é inerte. Es una fé, por último, que aprovecha cuando sirve de robusta coraza al valeroso guerrero; miéntras que en nosotros sólo se distingue por la flaqueza más deplorable, por la languidez más triste y miserable.

Y siendo ello así, ¿pudiéramos hacer alarde de engalanarnos con el nombre de espirituales Verónicas, de imágenes fieles del Altísimo? ¡Ah! no es este, ciertamente, mis amados hermanos, el ejemplo que nos ofrece nuestra Madre Santísima. Ella, sí, que pudo llamarse, y fué en realidad en el jardin de la Iglesia, mística Verónica, la imágen fidelísima, que jamás faltó á aquella fé, que infundida por Dios con abundancia en el alma, distinguióse siempre con aquel explendoroso manto de la santa humildad, bajo el cual Élla vivía; con aquella llama activísima, de que sintiéndose penetrada por todas partes, la inducía á una actividad incesante; con aquella fuerza eminentísima, que la hacía siempre superior á todas las pruebas, inquebrantable en toda tribulacion, y victoriosa en todo combate. ¡Ah! aprendamos, hermanos mios, aprendamos de María si deseamos de veras nuestra eterna salvacion.

Sin fé, en vano esperaríamos la salvacion, y en vano nos persuadiríamos, que mereceremos el agrado del Altísimo; empero, no es ménos vana tampoco, mis amados oyentes, la fé que se asocia al orgullo, la fé que está ociosa, y que no sabe resistir al menor peligro.

No, mis amados hermanos; la fé, para que haga de nosotros unas místicas Verónicas, unas imágenes fieles del Altísimo, debe despedir brillantes resplandores; y yo quiero ahora demostraros, que debe resplandecer por la humildad de la razon, por los actos de la voluntad, y en ambas facultades por su fortaleza.

Inteligencias orgullosas de nuestro siglo, vosotros que os haceis de la fé un objeto de irrision y de mofa; ¡oh! vosotros temblais y llorais ante los luminosos ejemplos de fé que nos ofrece nuestra Madre María. ¡Quiera Dios que ese temor y ese llanto, como espero, os vuelva á la sencillez de aquella fé, que es la única que puede justificarnos y salvarnos. A. M.

La fé, mis amados hermanos, por el mero hecho de ser tal, es el fruto de la más profunda humildad; y no hay necesidad de aducir gran copia de argumentos para comprobarlo. Decidme sinó, ¿conoceis el verdadero espíritu de la fé? Si lo conoceis, no me dirijo á vosotros, toda vez que ya os supongo convencidos; mas si no lo conocieraias, debo haceros observar, que la fé prescinde de toda intrínseca percepcion de su objeto; el hombre que cree, no ve la interna evidencia, sinó la externa, que deriva del lenguaje exterior, de la reconocida autoridad de otra persona. ¡Cómo, pues, no hemos de llamar á esa fé verdadero fruto de la más profunda humildad! ¿Pudiera, acaso, la razon gloriarse de explicar su virtud, y de poner en ejercicio sus fuerzas, cuando una voz autorizada se lo prohibe y se lo impide? Y si á pesar de ello lo intentara, ¿no fuera eso, por ventura, pretender alcanzar un fin con medios destructores del mismo fin? Supongamos, por un momento, que la razon humana pudiera descorrer el velo que le oculta los objetos de su fé, y llegar hasta su conocimiento intrínseco; en este caso, mis amados hermanos, él ya no creyera, sinó que viera; no tuviera fé, sinó evidencia.

Quien quiera creer, realmente, quien desee poseer la fé, es preciso que se humille, que renuncie á su propia razon, que se convierta, por decirlo así, en potencia ciega, cual es precisamente la voluntad humana. Y si ese discurso conserva su valor cuando se trata de la fé en general, ¿pudiera, acaso, perderlo, cuando se trata de la fé divina, sobrenatural y celestial? Para ello, apelo, hermanos mios, á vuestro buen sentido. Si es una verdad, que la razon humana se halla propensa á creer, ciegamente, por la autoridad de otra persona que le habla, no concibo cómo hablando Dios, veraz por esencia y fuente de verdad, esa humana inteligencia puede sacudir el yugo é inmiscuirse en aquello que no le es lícito, é inmiscuirse en ello para examinar si es verdadero ó nó, lo que le fué propuesto por la eterna Verdad. ¡Ah! qué desdicha la de cuantos vivimos en estos tiempos! ¿Acaso pudiera objetárseme aquí el precepto del Apóstol, con el cual nos intima, que sea racional el culto, que le ofrecemos? Séalo, puesto que debe serlo. Mas ¿comprendeis bien en qué consiste el que

sea racional? No consiste en otra cosa, que en la validez de los motivos que nos obligan á la fé, y en la infalible autoridad de aquel Dios, en cuya palabra creemos.

Por lo demás, en cuanto á las verdades consideradas en sí mismas, nosotros debemos, como nos dice el mismo Apóstol, cautivar nuestro entendimiento; y cautivar el entendimiento es, dice el Doctor angélico, privarlo enteramente de discurrir.

Sí, mis cristianos oyentes; lo que asegura nuestra fé, no es la fuerza de la comprension, sinó la humildad en creer, os digo ahora con San Agustin. Y añado, con San Gregorio, que aquella fé en la cual interviene la razon, carece de todo mérito. Finalmente, os haré observar, con Clemente de Alejandría, que es digno de premio el que ignora aquello que cree: *Habes præmium ignorare quod credas*. Vedlo; sinó, hermanos mios, en Abraham. Él posee la divina promesa de obtener de Isaac numerosa prole; y, sin embargo, cuando el Señor le manda que le sacrifique sobre el Moria, el patriarca no duda ni un instante de la recibida promesa; y si se muestra admirable en la prontitud con que se dispone á la ejecucion del mandato, no lo es ménos la firmeza de su corazon en creer, que de las frias cenizas de su difunto hijo saldrá la multitud innumerable de descendientes que el Señor le prometiera. Ved en ese ejemplo, repito....

Mas, ¿en quién podeis verlo mejor que en nuestra Madre María? ¡Ah! sí; la fé de María fué y será siempre, el modelo, el dechado más perfecto que nosotros podemos imitar. Cual mística y siempre bella Verónica, no deja, ciertamente, defraudadas las esperanzas que en Élla se cifran. De Élla espera y requiere el Altísimo una fé humilde; y Élla se humilla, en materia de creencias, hasta un punto que excede á nuestra comprension. Élla es la primera á la cual anuncia el Angel el misterio inefable de la Santísima Trinidad, cuando, al saludarla, le dice, que tiene consigo al Señor; y le asegura, que descenderá sobre Élla el Espíritu Santo, y la alienta con la esperanza de ser fecundada por la virtud del Altísimo; y María, sin haber recibido esa tradicion clara y explícita de su pueblo, María, sin vacilacion alguna, lo cree, y adora con reverencia, lo admira con estupefaccion, sin que venga á perturbar su alma la menor duda sobre el asunto. Gabriel le asegura, que Élla es la que ha sido profetizada por Isaías, la que ha de dar á luz al Verbo hecho carne; y María no duda de la verdad de sus palabras. El celestial mensajero le predice, que en Élla se unirán la Azucena y la Rosa, la maternidad y la pureza; y Élla, desde luego, se rinde, no duda ni un momente siquiera. Que si Élla pregunta: *¿Quomodo fiet istud?* esa pregunta es hija, exclusivamente, del profundo amor que siente su alma por la pureza; y áun solamente la dirije al ser saludada por Gabriel cual Madre de Dios, salutacion, que ninguna seguridad le daba acerca de su virginidad. Mas no bien se le indica que no ha de perder tan preciosa joya, sin preocuparse lo más mínimo sobre la manera con que debe obrarse tan estupendo milagro, inclina su frente, cree, y enmudece. Y á fin de que no falte á la prueba de su fé, el Angel le anuncia, que Elisabeth, siendo de edad ya avanzada y estéril, desde su juventud, es ya madre de un hijo; y María está tan cierta del prodigio como si lo estuviera viendo con sus propios ojos.

¡Ah! confesemos, pues, que la fé de María fué una fé verdaderamente humilde, verdaderamente sencilla; una fé, que no repara en obstáculo alguno, ni reconoce ninguna dificultad; una fé, que se rinde apénas oye la voz de la Verdad por esencia.

Empero, la fé, mis amados hermanos, no exige solamente un entendimiento humilde, requiere, además, una voluntad operativa. Es un error de los pretendidos reformadores, condenado de un modo muy terminante por el Concilio de Trento, el asegurar, que para nuestra salvacion basta una fé estéril y especulativa. No, hermanos mios; la Religion santísima, que fundada por el Redentor para la salvacion del hombre, establece la norma por la cual debe ser gobernada la razon, no deja sin guía á la voluntad; y así como á la primera le propuso verdades especulativas racionales, que, superando su perspicacia, debian, indispensablemente, obligarle á prestar el homenaje de sumision y de obediencia; así tambien propuso á la segunda verdades prácticas, máximas y preceptos, con las cuales debía, no diré violentar, sinó atraerse con persuasion y dulzura el acto más sublime del hombre, el ejercicio de su libertad.

Así, pues, sólo podría llamarse verdaderamente fiel todo aquel, que, humillando la razon, deja pronta y sumisa á la voluntad; y que no contento con creer lo que es superior á su razon, practica todo aquello que repugna á sus rebeldes pasiones; todo aquello que es necesario para declararle cristiano; todo aquello que le ordena la fé que profesa. Persuadámonos bien de esta verdad, mis cristianos oyentes; la fé sin las obras, es un cadáver: *Fides sine operibus mortua est* (Jacob. XX, 16). Las obras solamente manifiestan lo que somos: *Ostende ex operibus fidem tuam* (Ibid. II. 18). Y el Apóstol Santiago nos advierte, que la fé por sí sola no justifica. *Numquid fides poterit salvare eum?* (Ibid. 14).

¿Dónde están en nuestros dias las obras de la fé, mis amados hermanos? Hoy sólo se cree aquello que se quiere; aquello que place.

Hoy las pasiones son, por decirlo así, la regla de la fé; cuanto á ellas les repugna, se desconoce; y en tanto sucede así, bien puede repetirse con san Hilario, que esa fé no es la fé del Evangelio, sinó la fé de la época: *Fides temporum, non fides Evangeliorum* (LIBEL AD COSTANTEM.) *Fides temporum*, respecto de la santificacion de las fiestas; *Fides temporum*, tocante al uso de las viandas prohibidas, aún en los dias más sagrados; *Fides temporum*, en las obras de la carne, que hoy se ostenta triunfante sobre la tierra; en una palabra: *Fides temporum, non fides Evangeliorum*, en el olvido completo de la ley santa de Dios.

No obró así, ciertamente, la Santísima Vírgen, mis amados hermanos. Esa mística Verónica produjo frutos en abundancia, se vistió de innumerables hojas y conservó constantemente sus flores. Ella creyó, no con el entendimiento solamente, sinó, además, con su voluntad. Cual espiritual Verónica la hemos visto someterse á las divinas revelaciones; dócil á los misterios que le fueron revelados; y cual espiritual Verónica la estamos considerando ahora, pronta á ejecutar todo designio del cielo; á poner en práctica los divinos preceptos. La ley fué para Élla sacrosanta; y no hubo temor alguno que Élla quebrantase el más leve mandato. Las ceremonias legales son para Élla un extricto deber, y nunca las descuida. El privilegio y la dignidad de Madre de Dios la eximian de infinitas observancias; mas Élla quiso mostrar en sus obras, que era verdadera hija de su Padre celestial. De ahí su viaje á Belen, obedeciendo á los decretos de César, que para Élla eran decretos del Altísimo; de ahí, su viaje á la Judea, que le fué ordenado por Dios, por medio de Gabriel; de ahí, su viaje á Egipto, que le fué intimado por la voz de José, y considerado por Élla como un designio del Eterno; de ahí, finalmente, su subida penosísima al Calvario, á donde sólo la fé la condujo, sólo la fé la guió, y en donde sólo la fé la sostuvo; en donde por la fé ostentó todos sus variados matices, siendo allí Verónica blanca en la inocencia pisoteada; Verónica encarnada en el amor herido, y Verónica azul en la grandeza despojada de todo honor. La fé fué, en resúmen, mis cristianos oyentes, la única regla de María: ella guió sus pasos, dirigió sus acciones, reguló sus palabras, nutrió los efectos de su corazon; ella la convirtió en el jardin de la Iglesia, en Verónica espiritual, pero la más lozana y sublime de todas.

Empero, esa fé tan santa, que requiere un entendimiento humilde y una voluntad pronta y ciega, exige, igualmente, una grande energía y un gran valor para hacer frente á toda tentacion, tribulacion ó peligro. Yo recuerdo ahora, que estoy hablando, hermanos mios, á

los descendientes de aquellos, que tanta fortaleza mostraron en presencia de los tiranos, de los tormentos y de las fieras; recuerdo, que os estoy hablando á vosotros, que os gloriais, con justo título, de vuestros antepasados. Decidme, pues, ¿es, acaso, vuestra fé la que ellos os enseñaron con sus palabras y sus obras? ¿Mostrais vosotros, por ventura, en vista de las tribulaciones, aquella fortaleza, de la cual ellos os legaron el más heroico ejemplo? ¡Ah, desventurados! cuán distantes estamos de nuestros mayores en este punto! Hoy, el renegar de esa fé santísima, es considerado como cosa de moda, como indicio de talento, como una bagatela, como una costumbre; y cuando alguno persevera firme, la encierra en su interior; y para evitar el calificativo de santurron, para no ser mirado con desdén, guarda silencio, si en su presencia se hace de la fé un objeto de irrision y de desprecio; hasta que, al fin, reniega de ella. Y con semejante conducta, ¿pudieran, acaso, esos tales llamarse verdaderos imitadores del Crucificado, fieles observantes de la ley? ¿Pudieran creerse armados con el escudo que el Apóstol nos manda abrazar: *Sumentes scutum fidei*? (EPHES. VI, 16.)

¡Ah, hermanos mios! temamos, sí, la amenaza de Cristo, cuando declara, que él se avergonzará de reconocer por suyos á aquellos que se avergüenzen de confesar su nombre en la tierra. El demonio, es cierto, nos está acechando para apoderarse de nuestras almas, y procura seducirnos con discursos que respiran independencia, con máximas perversas, y con diabólicos consejos; nosotros, por nuestra parte, debemos oponerle resistencia, segun nos lo ordena el apóstol San Pedro: *resistite*; y debemos resistirle con fortaleza: *resistite fortes*; y nuestra fortaleza debe apoyarse en la fé, proceder de ella, ejercerse por medio de ellá: *Resistite fortes in fide*. (I. PETR. V, 9.)

Tal precisamente se ofrece á nuestra vista la fé de María. ¿A cuántas pruebas, mis amados hermanos, no estuvo sometida nuestra Madre amorosísima? Y sin embargo, Ella permaneció siempre firme en la fé. Bien pudo parecerle cosa un tanto dura el adorar como Dios á un tierno y desvalido infante, nacido en medio del universal abandono, desprovisto de todo bien, careciendo hasta de lo más necesario para la subsistencia; y no obstante, Ella le adora. Bien hubieran podido otras almas desfallecer, al tener que ocultar al nacido Dios infante, para librarle de las manos de un impío, de un Herodes, de un vil asesino; mas no por ello se conmueve María. El permanecer Jesús por espacio de más de treinta años en la oscuridad de un taller, sin dar señal alguna de su divinidad, hubiera, acaso,

engendrado dudas en una alma flaca; mas la fé de María es harto grande para desmayar en prueba tan débil....

Mas, ¿por qué ahora debo ir yo recordando tales hechos, mis amados oyentes? Pasemos al Calvario, sí, al Calvario, á aquel monte, que fué considerado por los hebreos como estéril é incapaz de producir flor alguna; y sin embargo, en él fué donde germinó nuestra mística Verónica, nuestra Madre Santísima. A la sombra de aquella cruz, en la humedad de aquella sangre, en medio de aquellas peñas bañadas con el sudor divino ¡oh! la mística Verónica descuella por la elevacion de sus ramas, por la frondosidad de sus hojas, y por el encanto de sus flores.

Pasemos, repito, al Calvario, hermanos mios; allí es donde brilla la fé de María con todo su explendor. Aquel que Ella adora como á su Dios, reconoce por su Padre, y al cual llama su todo, está allí, extendido sobre una cruz, sumergido en un mar de dolores, abandonado de los hombres, desamparado hasta de su mismo Padre; mas María, ¡oh! Ella no le desconoce, no le abandona, no le niega. Blasfeman contra Él los sacerdotes, y Ella le adora; se mofan de Él los poderosos, y Ella le dirije sus súplicas; Él es el oprobio de la plebe, y María le ama. Y le ama porque reconoce que es su bien; le dirije sus súplicas, porque reconoce que es su Padre; y le adora, porque reconoce que es su Dios: en una palabra, le adora, le suplica y le ama por puro efecto de su ardiente fé; de aquella fé, que permanece firme en las tribulaciones y en los peligros; de aquella fé, que no conoce obstáculos y desprecia los trabajos; de aquella fé, por último, que la constituye verdadera Madre de los creyentes, que la hace bienaventurada por haber creido; *beata quæ credidisti*.

Cotejemos ahora, mis amados oyentes, con la fé tan humilde, activa y firme de María, nuestra fé, tan orgullosa, tan estéril é impotente, y despues de haber hecho tal parangon, lloremos nuestra ceguera. ¿Cuál es la fé que hoy reina en la tierra? Una fé que sólo se limita á aquello que ve con toda evidencia; que desconoce, ridiculiza y desprecia los misterios, unos misterios los más sacrosantos; una fé que, á lo más, se contenta con un acto estéril respecto del entendimiento, sin que la voluntad, por su parte, en ello intervenga, ni se emplee en el cumplimiento de los preceptos promulgados é impuestos por esa fé misma; una fé, que limitándose á conservar un pálido recuerdo en el fondo del corazon, teme mostrarse al exterior; y obra así, no por temor á la cuchilla de los verdugos y los tiranos, sinó por el miserable *qué diran*, por los innobles sarcasmos de hombres impíos, de insensatos incrédulos, de malvados libertinos.

¡Oh! ¡cuán triste es la condicion de nuestros dias, mis amados hermanos! Hubo un tiempo, en que los fieles gritaban: *Absit gloriari, nisi in Cruce Domini nostri Jesu Christi* (Gal. vi, 14); hoy, el Crucificado ha pasado á ser objeto de infamia, desconocido del impío, contradecido por los pecadores, y no confesado públicamente por los meticulosos cristianos. ¡Ah! reavívese, pues, esa llama casi extinguida de la fé, y dado que no pueda ser reanimada en todos los hombres, séalo, al ménos, en aquellos que protestan ser hijos y devotos de María. Sí, vosotros, vosotros, al ménos, abrazad con valor el escudo de la fé, y sumisos á sus misterios, practicad puntualmente los preceptos que ella impone; confesad sus preceptos y misterios con firmeza á la faz de los impíos que os rodean, en presencia de los hombres inícuos, que con sus sarcasmos é insultos quisieran arrancaros del corazon amoroso de vuestro Dios. Aprended en los ejemplos de María; implorad de Ella la fuerza, la proteccion y la defensa.

Y ¿quién pudiera socorrernos más que Vos, espiritual Verónica, que, fiel siempre á los designios de Dios, disteis frutos de fé, y frutos ópimos, hasta el punto de ser ellos objeto del asombro de los Angeles mismos del cielo? ¡Ah! sí; miradnos durante estos dias con ojos de piedad; y toda vez que el creer, es hoy considerado en la tierra como un delito, el someterse á la fé, se califica de locura, y el confesarla públicamente, se moteja de insensatez; infundid la firmeza en nuestros corazones, y hacedlos semejantes á Vos en la humildad de nuestro entendimiento, para confesar los sublimes misterios de nuestra augusta Religion; haced que practiquemos sus máximas, cumplamos sus preceptos, y respetemos sus mandamientos. Y cuando por ello debamos ser objeto de las burlas de los impíos, y arrostrar todo género de escarnios y de sarcasmos, haced que entónces recordemos vuestra proteccion ¡oh María! recordemos que es preciso que aparezcamos como nécios, ante la tierra, por amor de Jesucristo; recordemos el gozo con que los Apóstoles sobrellevaban las befas y los insultos; y tales reflexiones, corroboradas con vuestro ejemplo, nos darán la suficiente fortaleza para confesar á Jesús, y á Jesús crucificado. Y en este caso, ¡qué dicha la nuestra! Siendo confesores de Jesús en la tierra, y participando de la guerra que padeció por parte de los hombres, participaremos, igualmente, de la gloria de que se halla rodeado en los cielos.

DIA UNDÉCIMO.

EL CLAVEL,

Ó SEA:

EL AMOR AL PRÓJIMO.

Non diligamus verbo, neque lingua, sed opere et veritate.
No amemos de palabra y con la lengua sino con obras y de veras.
(I. JOANN. III, 18.)

Un sublime espectáculo, una admirable perspectiva, un delicioso contraste encanta ahora á mi alma en el místico jardin de nuestra Madre María. Ofrécese en este momento, ante mis ojos, desde léjos, un espacioso campo esmaltado de varios colores los más brillantes. Hácia allí me dirijo, pues, con veloz paso, y principio á examinar con ansiedad las flores que están llamando poderosamente mi atencion. ¡Ah! sí, al pronto las conozco: son Claveles los más deliciosos y sublimes. Distínguense dichas flores por la suavidad de su perfume, por la belleza de sus formas, por sus hojas dentalladas, y, finalmente, por la originalidad de sus tallos, que se levantan con majestad, difundiendo por doquier su grata esencia, cautivando toda mirada, todo entendimiento y todos los corazones. ¡Ah! y cuánta variedad ofrecen dichas flores á mi imaginacion en su misma especie! Unas, ostentan mayor número de hojas matizadas de un solo color; otras, me muestran mayor número de matices en una sola hoja; estas, se distinguen por un color de violeta oscuro: aquellas, las reconozco por el color de púrpura que las cubre y las adorna; tales, me placen por sus distintos matices; cuales, porque se me figura que han sido pintadas por una mano hábil y hermosa. Y en la perplejidad en que me hallo acerca de á cuál de ellas debo dirijir con preferencia mi mirada, ora la fijo en unas, ora en otras; ya admiro tal ó cual belleza, ya viene á deslumbrar mis ojos tal ó cual capricho.

Y aquel rojo ensangrentado, que se destaca sobre un fondo blanco mate; y aquel estambre, que luego se convierte en fruto; y aquel penacho, que se despliega sobre toda flor, todo en una palabra, me encanta, me arrebata y me deleita.

Mas ¡ah! procuremos con cuidado, mis amados hermanos, que lo más bello de esas flores no pase desapercibido á nuestras investigaciones! ¿Veis aquel precioso Clavel que, siendo distinto por sus adornos, parece vivir como desapercibido é inculto? Pues bien, no os pese el contemplarlo por un momento; tomadlo en vuestras manos, examinadlo con atencion, sondead con vuestra mirada su corazon. ¿Qué observais, pues, en él? ¡No estais advirtiendo ya, en medio del candor de que se halla adornado en todas sus partes, una llama purpurina, que sale de la parte superior de su corazon? ¡Oh llama misteriosa! oh místico y espiritual Clavel! oh Madre, que admiramos con reverencia en esa flor; ¿cuál es la misteriosa enseñanza que nos proporcionan vuestros lábios?

Descorramos, mis amados hermanos, descorramos ya, repito, el velo de los símbolos. El amor, que vosotros bien claramente podeis ver figurado en esa flor, ha de ser una llama que arda en el fondo del corazon; una llama que del corazon tome la direccion y el movimiento. Si el amor consiste, pues, en una llama, es preciso que ésta no carezca de accion; si consiste en una llama que salga del corazon, síguese de ahí, naturalmente, que ese amor no es un amor interesado en manera alguna; que es un fuego que abrasa cuanto combustible encuentra á su paso; y, además, que abrasa sin distincion ni reserva alguna. ¿Me habeis entendido, hermanos mios? Voy á haceroslo comprender en cuatro palabras: la llama misteriosa del Clavel espiritual nos enseña, que nuestro amor para con el prójimo debe ser laborioso, desinteresado y universal.

¡Oh almas predilectas de María! vosotras, que por medio de los ejemplos de esa Madre Santísima, os sentireis animadas, en otro de mis discursos, á procurar que arda en vuestro pecho la pura llama del amor á Dios, aprended hoy, cómo y de qué manera debeis amar á vuestro prójimo. Pidamos antes la gracia: A. M.

El amor para con vuestro prójimo debe ser, pues, ante todo, un amor activo. Si no viviéramos en este siglo, siglo de exterioridades y de meras apariencias, me abstuviera, por mi parte, de demostrar esa verdad; pues es tan evidente, que el amor debe ser activo, que, sin temor de equivocarse, se puede asegurar, que el amor sin las obras, no es amor, sinó una vana sombra, una verdadera quimera, un fan-

tasma engañoso. Y ¿pudiérais, acaso, concebir en vuestra imaginacion, un amor que derrame sus benéficos influjos sin practicar obra alguna? En tal caso, el amor ¿no sería una mera palabra, un engaño, más ó ménos ingenioso? ¡Ah! no, no soy yo quien lo dice; San Agustin es quien os lo asegura: tal amor no puede en manera alguna ser llamado verdadero amor: *amor qui non operatur, amor non est*. En efecto; el Apóstol del amor, aquel que no inculcaba á sus discípulos otra cosa que el paternal cariño; aquel de cuyos lábios no salian otras palabras que estas: *Filioli, diligamus alterutrum* (I. Joann, iii. 23); observadlo bien, repetia, sin embargo, una y mil veces, que ese amor no consiste solamente en las vanas expresiones de la lengua, en palabras vacías enteramente de sentido, sinó en las obras y en la verdad: *Non diligamus verbo neque lingua, sed opere et veritate* (Ibid. 18). Hé ahí, pues, porque sus discípulos, los primitivos cristianos, amaestrados en tal escuela, se amaban unos á otros, con tal afecto, que llegaba á causar admiracion á los gentiles mismos, los cuales no cesaban de exclamar en su interior: ved, ved cómo se aman entre sí! *Videte quomodo se invicem diligant* (Tert., *Apolog.* c. 39). Y ¿por qué sucedía así? porque aquellos cristianos no se amaban con las palabras, sinó con las obras; ellos no demostraban su amor con vanas expresiones, sinó con hechos; no decían que se amaban, sinó que se amaban en realidad. Mas ¡ay! qué cambio tan notable no tenemos que deplorar acerca de este punto en nuestros dias? ¿Cómo no nos apercibimos, de que ha cambiado, por decirlo así, la esencia del amor? ¿Qué errores tan funestos no nos ofrece, en esta parte, nuestro siglo, el cual, á pesar de todo, pretende titularse el siglo del amor? Sí, hoy se ama; mas ¿en dónde se hallan las obras del amor, mis amados hermanos? Sí, hoy se ama; pero ¿cuál de esos héroes del amor alarga su mano al desgraciado, dándole de comer si está hambriento, apagando su sed, si está sediento, cubriendo su cuerpo si está desnudo, y ofreciéndole hospitalidad, si carece de techo? ¿Cuál de esos héroes del amor dá un sólo paso para visitar al enfermo, para consolar al encarcelado, para prestar á su semejante los últimos deberes de la caridad y la religion? Sí, hoy se ama; pero ¿dónde está el hombre que disipe la duda de aquel que vacila, el maestro que enseñe al ignorante, ilumine al pecador y consuele al afligido? ¿Cuál de esos amadores sufre con cristiana paciencia los trabajos ocasionados por otro? ¿Cuál es el que se acuerda de rogar por su semejante al comun Padre y Señor? ¡Ah! amados cristianos, confesémoslo de una vez: hoy no se ama. Si todavía entre los modernos cristianos reina el amor, ese amor es un amor brutal, corrompido, infernal; hoy se ama á la

carne, no á la persona; se ama la gloria del nombre, no la grandeza del sér; se ama á nuestro semejante, no por respeto á Dios, sinó por consideracion á sus riquezas. Hé aquí los tres amores que reinan sobre la tierra en nuestros dias; hé aquí los tres enemigos que están ocasionando tantos daños en nuestros cuerpos, no ménos que en nuestras almas: el amor de la carne, el amor del orgullo, y el amor de las riquezas. Empero, de tal amor, amados cristianos, no nos dió ciertamente ejemplo María.

Cándido Clavel, que nos representa en el exterior vivacidad de colores; pero, enteramente revestido de una llama en lo más recóndito del corazon. Élla amó, y amó generosamente; y su amor, en verdad activo, resplandece por la abundancia de las obras, encaminadas todas ellas al verdadero bien de los que ama. Miradla, mis amados hermanos: no bien el Angel de Dios le manifiesta el embarazo de Elisabeth, Élla, no pudiendo resistir al ímpetu de aquella llama que está abrasando su seno, parte hácia los montes de la Judea, saluda desde luego á su afortunada cuñada, y le declara con los hechos, que es la sierva y esclava, dispuesta á asistirla en su parto. Y vosotros la hubiéraís visto en el interior de aquella casa, respondiendo á las exigencias, proveyendo á las necesidades, previniendo los obstáculos. Élla atendía á los quehaceres domésticos, á las apremiantes necesidades, á los imprevistos incidentes: y, en una parte dictaba sus disposiciones; en otra, persuadía con sábias advertencias; en aquella, finalmente, dirigía con el consejo: y como si tomara sobre sí misma exclusivamente todo el peso de los cuidados domésticos, se hallaba siempre dispuesta para todo, y para cuantos tenían necesidad de sus servicios.

No creais que fuese Elisabeth solamente la que experimentó los benéficos efectos de la caridad de María, los suaves ardores de aquella llama, que, cual espiritual Clavel, agitaba sin cesar su inmaculado corazon. Tales efectos experimentáronlos asimismo los afortunados pastores, cuando adoraron en sus brazos al nacido Dios infante; experimentáronlos los mendigos de Belen, cuando, habiendo Élla recibido de los Magos los preciosos donativos, los repartió entre ellos con mano pródiga; experimentáronlos los dichosos egipcios, cuando, obligada María á refugiarse en su país, empleaba todo su celo en iluminar sus entendimientos sepultados en las tinieblas de la ignorancia y del error; los experimentamos, finalmente, nosotros todos, cuando intrépida subió..... mas basta por ahora, toda vez que hoy debo considerar otra de las propiedades del amor.

El amor, mis amados cristianos, no sólo debe ser activo, sinó, ade-

más, verdaderamente desinteresado. El amor que prodiga sus beneficios por el propio interés y por la propia ventaja, no es amor; es, simplemente, egoismo. Aquel que busca con el amor, no el bienestar ajeno, sinó su propio bien, su utilidad; ese tal, no ama al prójimo; se ama á sí mismo. Bien claramente se echa de ver, desde luego, que con ese amor no se cumple con el divino precepto de amarnos mútuamente unos á otros: *Mandatum do vobis ut diligatis invicem.* (JOANN, XIII. 34). Y, sin embargo, ¡ay! desdichados de nosotros! ¿es ese el amor que hoy triunfa sobre la tierra? Hoy se ama en tanto que puede sernos útil el amado. Se le ama para participar de sus riquezas; se le ama para obtener su proteccion; se le ama para arrastrarle al desahogo de las brutales pasiones; mas, una vez logrado el intento, hé aquí que el amigo desaparece, es ultrajado el bienhechor, y hasta se odia á la persona amada. ¡Ah! cuántos y cuán tristes ejemplares no nos ofrece nuestro siglo de tan horribles metamórfosis! Y ¿en dónde, pues, puede hoy reconocerse por el distintivo del amor al verdadero cristiano? ¡Ah! mis amados hermanos; reflexionemos por Dios, meditemos bien esa cuestion en nuestra propia conciencia; consideremos el carácter que nos distingue de las gentes del mundo. Nosotros somos cristianos, es decir, discípulos de Aquél, que por amarnos descendió del cielo á la tierra, vino desde su imperio al pesebre, desde su trono al establo; nosotros somos hijos de Aquél, que por amarnos se anonadó á sí mismo, sufrió todo género de privaciones y trabajos, se sometió á toda clase de miserias; somos siervos de Aquél, que nos compró con el precio de su preciosísima sangre, derramada enteramente, hasta su última gota, en el ara de la cruz, en medio de un mar de dolores y de amarguras; pertenecemos, finalmente, á Aquél, que nos manifestó de un modo muy terminante, que todo cuanto obró lo hizo para ofrecer un ejemplo que debíamos imitar: *Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci ita et vos faciatis* (IBID. 15). Y despues de eso, ¿tuviéramos aún la osadía de amar por un vil interés, por una corona caduca, y por un laurel corruptible? ¿Tuviéramos aún la osadía de amar en el prójimo nuestra propia carne, nuestras pasiones, nuestra codicia y nuestra impiedad? ¿Tuviéramos, por último, la osadía de amar, huyendo de toda tribulacion, de todo sufrimiento y de todo trabajo? ¡Ah, locura fuera solamente el imaginarlo! Seamos cristianos, que es como si dijéramos, amantes de nuestro prójimo; unos amantes tales, que por nada atienden á su propio interés, sinó únicamente al ejemplo de Jesús, el cual nos amó hasta el extremo de sacrificar por nosotros su propia vida: *Tradidit semetipsum pro nobis.* Y si tal fué el amor de Jesús ¿cuál os parece que fué la caridad de María? Destinada por Dios para completar la belleza de sus eternos jardines, elegida para representar la verdadera flor de los campos, toma todas sus formas, osténtase cual misterioso Clavel; y la llama que la reviste, no tiene en otra parte su trono que en el fondo de su corazon; y allí, ora despide tal claridad, ora despliega un vigor tan extraordinario, ora ejerce en provecho ajeno tales actos y tales trabajos, que llega á causar perjuicio á su mismo centro, al corazon donde admirablemente reside.

Sí, mis amados hermanos; María nos amó, no sólo sin interés alguno particular, sinó, permitidme la expresion, con sumo detrimento suyo. Escuchadla en su coloquio con el Angel. Al ser saludada cual Madre de su Dios, ella se somete obediente á la voluntad del Altísimo; y *fiat*, exclama, *fiat mihi secundum verbum tuum.* (LUC. I. 38.) Empero, no vayais á creer, amados cristianos, que María se someta solamente á la dignidad. ¡Oh! si tal creyerais, os engañariais ciertamente; María se sometió entónces á los horribles tormentos y dolores, á los cuales Ella, que conocía á fondo las divinas Escrituras, sabía estaban sometidos su Hijo y Ella misma; sometióse al amargo desgarramiento de su corazon; y no por otro motivo que por el amor á sus semejantes. En cierto sentido, ella respondió al celestial mensajero: sí, soy la esclava de Dios; acepto el ser sometida al más doloroso de los sacrificios; acepto la dignidad que ha de costarme un mar de dolores; acepto el ser Madre de Aquél, á quien yo misma deberé un dia sacrificar al Eterno Padre, en expiacion de los pecados del mundo; acepto, para que se salve la prole de Adan; acepto, para que quede satisfecho mi amor; acepto las espadas, los dolores, los padecimientos, y aún la muerte misma: *fiat, fiat.* Y no se paga María con palabras, ciertamente; sinó que la podeis contemplar á vuestra satisfaccion en la cumbre del Calvario, al pié de la Cruz, traduciendo en hechos todo lo que Ella había previsto y aceptado en su coloquio con el Angel. Ese, sí, ese es el amor verdadero, amados hermanos; eso se llama amar de veras á nuestro prójimo; esa es la sola regla que debemos seguir en el amar.

Pero, aún nos queda otra propiedad del amor, sin la cual nada de eso nos serviría, por más que fuera activo y desinteresado. No basta, amados hermanos mios, que la caridad obre; no es suficiente que ella prescinda absolutamente de su propio interés; es menester, finalmente, que á ninguno excluya de sus benéficos efectos; que derrame sobre todos, igualmente, sus dones; en una palabra, la caridad debe ser universal. No se necesitan grandes esfuerzos para así comprenderlo, mis amados hermanos. El ejemplo de Jesucristo, muriendo

clavado en un infame madero por la salvacion de todos los hombres, rogando por todos á su eterno Padre, teniéndolos á todos presentes, sin distincion alguna, sacrificando su sacrosanta vida por cada uno de ellos; ¡oh! ese ejemplo habla á nuestra razon con palabras las más elocuentes y las más sublimes. Y en verdad, si uno sólo de nuestros prójimos quedase excluido de nuestro amor, decidme, ¿por ventura, no fuera ya una prueba convincente, de que aquel amor es falso, mentiroso y falaz; que no procede de principio religioso alguno, sinó de principio mundano; que no debe considerarse como sobrenatural, sinó como terrenal? Y ¿cómo podría dejar de ser así? Si se amase en el prójimo la imágen de Dios, que se refleja, indistintamente, en todos los hombres; si la comun fraternidad, que nos une á Jesucristo, fuese el vínculo de nuestro amor, ¿pudiéramos, acaso, excluir un sólo hombre de ese mismo amor? ¿Acaso, en aquella criatura, que no se ama, deja de resplandecer la imájen de Dios? ¿No es él, por ventura, un hermano nuestro en Jesucristo? Y si lo es, en realidad, y si esa es la razon que nos obliga á amarle, ¿por qué, pues, no le amamos? ¿Podríais objetar, acaso, que á tal semejante no se le ama, porque se ha hecho indigno de vuestro amor? ¡Ah! con esa objecion, precisamente, deseo confundiros, mis amados cristianos. ¿Y quién de nosotros, pregunto yo ahora, no se ha hecho alguna vez indigno del amor de Jesucristo? ¿Quién de nosotros no era enemigo suyo cuando él nos elijió? Así, pues, si Jesús nos amó, siendo enemigos suyos, ingratos á su amor, indignos de su predileccion, ¿cómo pudiéramos nosotros excusarnos de amar al prójimo porque es enemigo nuestro, porque es ingrato, porque es indigno? ¿Es ese, acaso, el ejemplo que de ello nos ofrece nuestra Madre María?

Dirijid, mis amados hermanos, vuestra mirada al Calvario; allí están patentes los ejemplos de esa Madre Santísima, cual misterioso Clavel, fecundado por el calor de aquel Amor eterno clavado en la cruz, regado con aquel rocío precioso, que baña la cumbre del monte de las amarguras; María está inmóvil al pié de aquel árbol, del cual pende desangrado su querido Unigénito. En la plenitud de su dolor, que semejante á una espada tiene traspasada su alma, Ella abre con ternura sus lábios, para pronunciar algunas palabras entrecortadas por los sollozos y el pesar. ¿Oís, amados cristianos; oís aquellos acentos misteriosos? Son palabras de paz, de perdon, de amor. Sintiendo reavivarse de un modo admirable la llama de su corazon, por la súplica que ha oido pronunciar al Hijo: *Pater ignosce... nesciunt quid faciunt.* (Luc. xxiii. 34.) Padre, va repitiendo Élla tambien: ¡ah, Padre! esa sangre, que baña la tierra; esa vida, que pende

del árbol de la infamia; ese corazon mio, que traspasado de dolor, está sufriendo los más inhumanos martirios; ¡ah! esa sangre, ¡oh Señor? esa vida y ese corazon alcancen el perdon á los impíos, sin excluir á ninguno de ellos; sean la paz para el mundo, y una paz que reine en todas partes; sean el perdon que compensen el martirio de mi inflamado corazon. De ahí, las miradas de compasion que ella dirije á los desapiadados verdugos; de ahí, aquellas ojeadas amorosas dirijidas á los Escribas mofadores; de ahí, en una palabra, aquella llama misteriosa, que, para todos encendida, se esfuerza por iluminar, revestir, purificar y salvar á todos.

Mis amados hermanos; considerad las escenas del Calvario, y no amareis con ese amor que hoy reina sobre la tierra, con ese amor de palabras, que sólo atiende á su propio interés, y hace distinciones entre un hermano y otro hermano. ¡Oh! permitidme que os lo diga; eso es, en mi opinion, la más cruel de las barbaries, la más insensata de las impiedades. ¿Y de qué manera podía mostrarnos mejor su amor el Altísimo; de que manera podía amarnos mejor la Vírgen; de que manera podían excitarnos mejor el uno y la otra á la caridad cristiana, al amor recíproco y al fraternal cariño? ¡Ah! no perdamos jamás de vista, hermanos mios, tan generosos ejemplos. No olvidemos, que el amor mútuo nos fué ordenado por Jesucristo como precepto suyo nuevo; como fundamento de nuestra santidad; como la señal de su religion y el distintivo de sus fieles imitadores.

No olvidemos, que el Señor declaró, que ante sus ojos estaban muertos todos aquellos que se hallasen privados de ese adorno, despojados de ese manto, faltos de esa preciosa corona. Recordemos, finalmente, que la final y tremenda sentencia que oiremos todos en el valle de Josafat, recaerá, precisamente, sobre las obras del amor. Y entónces ¡ay de aquellos, que hubieren amado sin las obras; que hubieren buscado con el amor el lucro; que hubieren excluido de su corazon á uno siquiera de sus hermanos! Ese hermano excluido, será el mismo Redentor; ese lucro, será la perdicion de un gozo eterno; esa falta de obrar y esa extinguida llama sobre la tierra, comunicará nueva actividad á aquella llama, que durará por los siglos de los siglos.

¡Oh Madre santísima! apiadaos de nuestras almas; compadeceos de nuestros miserables corazones! Arda hoy en nuestro pecho una llama, que nos proporcione otra llama más pura en el reino eterno de los cielos. ¡Ah! haced, que jamás busquemos sobre la tierra, como en premio de nuestro amor, el lucro y la ganancia; sinó que ese premio sea el que nos está reservado en la pátria de la bienaventuranza, en el Paraiso. Haced que todos nuestros prójimos participen

de la ternura de nuestro corazon, á fin de que, amando en todos ellos á la persona misma de Dios, sea Dios, igualmente, el objeto de nuestros amores eternos en los cielos. Nosotros todos hemos amado hasta el presente, es verdad; pero nuestro corazon vivía revestido de múltiples llamas; ¡ah! queden extinguidas, desde este momento mismo, toda vez que son indignas, no solamente de un cristiano, sinó hasta de un sér racional. ¡Oh! purifíquese nuestro corazon, por intercesion vuestra, ¡oh María! y si hasta ahora hemos amado la vana apariencia de una gloria efímera, el caduco bien de un premio corruptible, y la indigna satisfaccion de una pasion brutal; principiemos, desde este instante mismo, á amar en nuestro semejante la imágen de Dios, y sea el vínculo de ese amor la fraternidad en Jesucristo.

DIA DUODÉCIMO.

LA CAMPANILLA,

Ó SEA:

LA GRATITUD.

In omnibus gratias agite.
Dad gracias por todo, al Señor.
(TESALON. V. 18).

La naturaleza será siempre el guía, la directora y la maestra del hombre, mis amados hermanos. Ella es la que le conduce á la contemplacion de las divinas grandezas; ella la que le mueve á cada instante á cantar las glorias del Altísimo; ella la que, en toda ocasion, le excita á elevar á su Padre celestial el himno del reconocimiento y del amor. Siendo la naturaleza inmensa por su mole, imponente por sus séres, y estable por sus leyes, manifiesta el poderosísimo brazo del divino Hacedor; siendo ella, además, admirable en su organizacion, inexcrutable en sus fenómenos y sorprendente en sus

encantos, prueba, con toda claridad, la infinita sabiduría del supremo Artífice; habiendo sido criada, enteramente, en provecho del hombre, y hallándose sometida á su imperio, siendo capaz, para satisfacer sus necesidades, conservar su vida, y confortarle durante los breves dias de su peregrinacion; ella le revela el amor infinito con el cual Dios le amó *ab aeterno*, haciendo de él el objeto de sus complacencias, el coronamiento de sus obras, y la señal de sus misericordias infinitas. Mas ¡ay! hermanos mios; el hombre se muestra obcecado sobre este hecho, y no reconoce en la naturaleza otra cosa que el acaso, y en las bellezas de la tierra y de los cielos más que la casualidad fortuita; y sin explicarse los esplendores maravillosos de los sobrenaturales beneficios, más que por la doctrina de la fatalidad, acaba por desconocer á su Padre celestial. Y en lugar de ofrecerle el tributo de un corazon tierno, agradecido, y amoroso, Dios no existe! va diciendo, Dios no existe! Y áun en el caso de que un destello de la luz, que refleja su razon, le diga con voz irresistible, que ese Sér Supremo existe, que es una infamia el negarlo, y que él mismo lo cree en realidad existente, niega, sin embargo, su providencia; admite sólo que en los cielos vive eterno y glorioso; mas desconoce, enteramente, que sea en la tierra tierno, amoroso, clemente y bienhechor; y no diciendo nada, por lo tanto, de su amor, le niega el homenaje más sagrado y solemne. ¡Oh, séres, doblemente infortunados! cuán dignos no son de lástima y de nuestras lágrimas, mis amados hermanos!

Empero ¿y vosotros? ¡Oh! vosotros, ciertamente, sois dichosos, porque siendo hijos tiernos de María, os es dado seguir sus huellas, imitar sus ejemplos, reproducir en vosotros sus virtudes. Y ¿qué ejemplo os ofrece en esta noche vuestra Madre santísima? Contempladla en su siempre delicioso y floreciente jardin, contempladla bajo el siempre bello y simbólico velo de sus misteriosas flores. En la noche de ayer, vosotros la contemplasteis cual Clavel, que resplandece por su llama; Ella, anteriormente, se habia ya ofrecido á vuestras miradas cual Verónica, que jamás falta á la fé; cual Violeta, que siempre se humilla; cual Viudita, que se oculta debajo de su manto; cual Azucena, que se reviste de candor; y cual Eliótropo, ó Girasol, que siempre mira al Altísimo; en una palabra, se os ofreció como verdadera flor de los campos, segun ella misma se gloría de llamarse: *Ego flos campi*. Y flor de los campos se presenta á vuestra contemplacion en esta noche, cual Campanilla misteriosa, que nos enseña el reconocimiento que debemos al Altísimo por las mercedes obtenidas. Dicha flor, parecida en su parte interior á una preciosa campanilla, brota

de la ternura de nuestro corazon, á fin de que, amando en todos ellos á la persona misma de Dios, sea Dios, igualmente, el objeto de nuestros amores eternos en los cielos. Nosotros todos hemos amado hasta el presente, es verdad; pero nuestro corazon vivía revestido de múltiples llamas; ¡ah! queden extinguidas, desde este momento mismo, toda vez que son indignas, no solamente de un cristiano, sinó hasta de un sér racional. ¡Oh! purifíquese nuestro corazon, por intercesion vuestra, ¡oh María! y si hasta ahora hemos amado la vana apariencia de una gloria efímera, el caduco bien de un premio corruptible, y la indigna satisfaccion de una pasion brutal; principiemos, desde este instante mismo, á amar en nuestro semejante la imágen de Dios, y sea el vínculo de ese amor la fraternidad en Jesucristo.

DIA DUODÉCIMO.

LA CAMPANILLA,

Ó SEA:

LA GRATITUD.

In omnibus gratias agite.
Dad gracias por todo, al Señor.
(TESALON. V. 18).

La naturaleza será siempre el guía, la directora y la maestra del hombre, mis amados hermanos. Ella es la que le conduce á la contemplacion de las divinas grandezas; ella la que le mueve á cada instante á cantar las glorias del Altísimo; ella la que, en toda ocasion, le excita á elevar á su Padre celestial el himno del reconocimiento y del amor. Siendo la naturaleza inmensa por su mole, imponente por sus séres, y estable por sus leyes, manifiesta el poderosísimo brazo del divino Hacedor; siendo ella, además, admirable en su organizacion, inexcrutable en sus fenómenos y sorprendente en sus

encantos, prueba, con toda claridad, la infinita sabiduría del supremo Artífice; habiendo sido criada, enteramente, en provecho del hombre, y hallándose sometida á su imperio, siendo capaz, para satisfacer sus necesidades, conservar su vida, y confortarle durante los breves dias de su peregrinacion; ella le revela el amor infinito con el cual Dios le amó *ab aeterno*, haciendo de él el objeto de sus complacencias, el coronamiento de sus obras, y la señal de sus misericordias infinitas. Mas ¡ay! hermanos mios; el hombre se muestra obcecado sobre este hecho, y no reconoce en la naturaleza otra cosa que el acaso, y en las bellezas de la tierra y de los cielos más que la casualidad fortuita; y sin explicarse los esplendores maravillosos de los sobrenaturales beneficios, más que por la doctrina de la fatalidad, acaba por desconocer á su Padre celestial. Y en lugar de ofrecerle el tributo de un corazon tierno, agradecido, y amoroso, Dios no existe! va diciendo, Dios no existe! Y áun en el caso de que un destello de la luz, que refleja su razon, le diga con voz irresistible, que ese Sér Supremo existe, que es una infamia el negarlo, y que él mismo lo cree en realidad existente, niega, sin embargo, su providencia; admite sólo que en los cielos vive eterno y glorioso; mas desconoce, enteramente, que sea en la tierra tierno, amoroso, clemente y bienhechor; y no diciendo nada, por lo tanto, de su amor, le niega el homenaje más sagrado y solemne. ¡Oh, séres, doblemente infortunados! cuán dignos no son de lástima y de nuestras lágrimas, mis amados hermanos!

Empero ¿y vosotros? ¡Oh! vosotros, ciertamente, sois dichosos, porque siendo hijos tiernos de María, os es dado seguir sus huellas, imitar sus ejemplos, reproducir en vosotros sus virtudes. Y ¿qué ejemplo os ofrece en esta noche vuestra Madre santísima? Contempladla en su siempre delicioso y floreciente jardin, contempladla bajo el siempre bello y simbólico velo de sus misteriosas flores. En la noche de ayer, vosotros la contemplasteis cual Clavel, que resplandece por su llama; Ella, anteriormente, se habia ya ofrecido á vuestras miradas cual Verónica, que jamás falta á la fé; cual Violeta, que siempre se humilla; cual Viudita, que se oculta debajo de su manto; cual Azucena, que se reviste de candor; y cual Eliótropo, ó Girasol, que siempre mira al Altísimo; en una palabra, se os ofreció como verdadera flor de los campos, segun ella misma se gloría de llamarse: *Ego flos campi*. Y flor de los campos se presenta á vuestra contemplacion en esta noche, cual Campanilla misteriosa, que nos enseña el reconocimiento que debemos al Altísimo por las mercedes obtenidas. Dicha flor, parecida en su parte interior á una preciosa campanilla, brota

majestuosamente de la extremidad superior de su tallo, siendo sus hojas angostas y oblongas, sus estambres dentellados y adornados, sus flores semejantes á una estrella; y el conjunto de ellas figura una abundante espiga embellecida por grupos de otras flores, colocadas en torno del tallo; siendo todas ellas graciosamente matizadas de un blanco el más cándido, de un color de púrpura el más encendido y un azul turquí el más precioso. Empero, todas esas bellezas, que se hallan encerradas en el fondo de su cáliz, no os es dado admirarlas, porque permaneciendo enteramente ocultas á vuestras miradas, dicha flor únicamente las muestra al suelo, que está debajo de ella, á aquel terreno, del cual extrae la nutricion y la vida, como en actitud de darle las gracias por el jugo abundante que de él recibe. ¡Oh Campanilla celestial! vuestra mirada, sí, que estuvo siempre fija hácia aquel divino Bienhechor, del cual reconoceis todo bien, toda grandeza y todo honor! Amados hermanos; si admiramos ese ejemplo, imitémoslo. La gratitud para con Dios es un deber, porque de él hemos recibido todo beneficio, y porque todavía esperamos de él nuevas mercedes. ¿Deseais pruebas de ello? Os las daré, despues de implorar los auxilios de la gracia: A. M.

La gratitud, mis amados hermanos, la gratitud, nombre que se empleaba para expresar uno de los deberes más sagrados del hombre; nombre que sale tan á menudo, áun de los lábios mismos de los mundanos, no es ya, como creen algunos, una expresion vana, una quimera, un fantasma. Tal quisiera hacerlo nuestro siglo, siglo de apariencias; mas en la balanza de la sana razon, y en el gran libro de la fé, dicha palabra adquiere un valor muy distinto, una importancia muy diferente. En la balanza de la sana razon, y mucho más todavía, en el gran libro de la fé, la gratitud, considerada en su nombre, es la expresion de una de las virtudes más bellas del cristianismo; considerada en sí misma, es el acto, por el cual manifestamos al Bienhechor nuestro reconocimiento por los beneficios recibidos; y lo manifestamos, tanto por las sinceras palabras que pronuncian nuestros lábios, como con las múltiples obras que ejecuta nuestra mano. Sí, mis amados oyentes; la gratitud es una virtud, y como tal, no se contenta con vanas palabras, sinó que trasciende á los hechos, á las obras, á la realidad; y una vez posesionada del corazon del hombre, no puede ménos de moverle á cantar á cada instante las glorias de su bienhechor, y á prestarle el homenaje de sumision, á celar su honor, su grandeza y su gloria. Y ese es, precisamente, mis amados hermanos, el homenaje que debemos rendir á Dios por los beneficios que hemos recibido de Él con mano generosa. Y ¿cómo no debiera ser ello así? Si volveis hácia el pasado el pensamiento para examinar, uno trás otro, todos los dias de vuestra vida mortal; si repasais en vuestra imaginacion la historia de vuestro tiempo transcurrido; decidme: ¿no sentís vuestros ánimos conmovidos por la multitud de gracias que sobre vosotros ha derramado el Omnipotente, el Sumo Bien? El sér que poseeis, la facultad de pensar y de obrar, que tanto os ennoblece; el alma que encierra vuestro cuerpo y lleva impresa la imágen de la divinidad, ¿de quién es don, sinó de Dios? Él es quién, con sus propias manos, ha formado la masa de vuestro cuerpo; Él es quién, con su soplo vivificante, os ha infundido un alma inteligente, inmortal, capaz de conocerle, criada para poseerle y ser dichosa amándole. Y como si todo eso fuera poco todavía, Él es quien ha preparado para vosotros un mundo lleno de tesoros, y ha sometido á vuestro imperio todas las obras de su diestra creadora. Por vosotros ha sembrado de estrellas el firmamento, ha fijado en el centro del cielo el sol, hace salir la aurora sobre los montes, regocija vuestros corazones con la plenitud del dia, os conforta con las sombras de la noche y os ilumina con la claridad de la luna. Por vosotros ha levantado los montes y extendido los valles; por vosotros ha hecho los verdes prados y los floridos jardines; las odoríferas flores y las fructíferas plantas; los frescos céfiros y los refrigerantes manantiales; por vosotros ha poblado los aires de aves, los mares y la tierra de animales; por vosotros ... ¿por qué debo dejar arrebatarme por más tiempo por el vuelo de mi fantasía, mis amados cristianos? ¿Acaso pudiera olvidar la obra más grande de su amor hácia nosotros? ¿Por ventura se hubiera desvanecido ahora de mi memoria el mayor de los beneficios que Dios nos concedió en la plenitud de los tiempos, la Redencion?

Amados hermanos; áun cuando no hubiéramos recibido otro beneficio de Dios, ¿no tendría Él derecho á todo nuestro amor, á toda nuestra gratitud? Un Dios, que desciende á esta tierra por el hombre; que por éste nace revestido de carne humana, en la carencia de todo bien; que pasa su vida entera en la oscuridad, en las privaciones y en los trabajos; que arrostra, por espacio de tres años, todas las penalidades de una predicacion fatigosísima; que se entrega él mismo á sus enemigos para ser maltratado por ellos de mil maneras, con insultos, con azotes, con espinas, con afrentas, con la cruz y con la muerte; ese Dios, mis amados oyentes, que lo sufre todo para librarnos de la esclavitud del demonio, de la tiranía de las pasiones y del dominio de la muerte; ¿no debe despertar en nuestro

corazon sentimientos de profunda gratitud? ¿Podríamos dejar de amarle?

Si aún no estuviéramos satisfechos con todo eso, proseguid, pues, considerando los beneficios recibidos. Decidme, la Iglesia, en cuyo seno Dios plugo admitiros; los Sacramentos, por medio de los cuales, todos los dias está renovando vuestro corazon; su propia carne, que os dispensa para vuestro sustento; su propia sangre, que os tiene preparada para vuestra bebida; la gracia, con la cual os reviste, y los consuelos con los cuales os conforta; ¿no son, por ventura, otros tantos dones, inmensos, infinitos é inestimables? Y ¿qué más, pues, debía hacer por vosotros vuestro Dios? *Quid debui ultra facere vineæ meæ, et non feci?* (Is. v, 4.) Si ni aún los beneficios particulares os moviesen ya, decidme: ¿cuántos de vuestros prójimos están gimiendo en este instante, postrados en el lecho, apesadumbrados y afligidos? Y vosotros, por el contrario, estais sanos, vigorosos y robustos. ¿A cuántos de ellos les falta hasta lo preciso para proveer á su subsistencia? Y vosotros os hallais provistos de lo necesario, de lo decente y de lo indispensable. ¿Cuántos de ellos son víctimas de los más tremendos infortunios, de las más terribles discordias, y están agoviados por el llanto más amargo? Y vosotros, por el contrario, vivís en medio de la satisfaccion, de la alegría y de la tranquilidad. ¿Qué más pidierais, pues, para ser agradecidos á vuestro Dios? ¿Acaso, porque Él os niega tal ó cual gracia, que implorais de su mano; porque no atiende á tal ó cual deseo, cuya satisfaccion le pedís; porque no escucha tal ó cual súplica, que le dirigís?.... Mas, ¿quién pudiera aseguraros, que esa contrariedad, de que os quejais, no sea una gracia mucho mayor que la que le pedís? ¿Quién pudiera deciros, que no sea, por ventura, el exceso de amor que os tiene, lo que le obliga á trataros de la manera que lo hace?

¡Ah, hermanos mios! dejaos ya de frívolos pretextos; la gratitud! la gratitud! hé ahí el sentimiento que debeis mostrar hácia Dios. Los beneficios que de Él hemos recibido son harto grandes; y harto desdichados seríamos nosotros, si permaneciésemos ingratos en vista de ellos. Aprendamos, sí, aprendamos de María cómo debemos conducirnos con nuestro amoroso Señor.

Grandes fueron, en verdad, las gracias que recibió María; muy grandes los privilegios de que fué dotada y colmada. Élla fué elejida por Madre, Hija y Esposa de Dios. Élla fué preservada de la culpa comun; enriquecida con la plenitud de las gracias celestiales; predestinada para la grande obra de la comun reparacion; hecha, por un milagro, Vírgen fecunda, Madre purísima. Ella fué dotada de sabiduría, armada de fortaleza, y revestida de gloria. Empero, mis amados hermanos, tal cúmulo de gracias derramadas sobre María, no podían dejar de convertirla en hermosa Campanilla, cuyas miradas y cuyo semblante únicamente se vuelven al piadoso y liberal bienhechor.

Purificad, hermanos mios, vuestros oidos, escuchad el vibrante sonido de esa espiritual Campanilla, aquel himno de alabanza, aquel cántico de admiracion, de reconocimiento y de amor que ella entona en la morada de Elisabeth. Observad como todo él requiere la más alta expresion del más fervoroso entusiasmo, la forma, por decirlo así, del éxtasis el más sublime. Y el sonido de la misteriosa Campanilla es el que distingue el candor de la sabiduría, el color purpúreo del amor, y el matiz azul celeste de la grandeza: él es el cántico de María, de aquel corazon, que agoviado bajo el peso de su propio reconocimiento, siente la imperiosa é irresistible necesidad de explayarse, de hacer ostensible á la faz de todos los pueblos su gratitud; y por eso ella bendice, alaba, ama á su Dios, y exclama: Mi alma glorifica al Señor: *Magnificat anima mea Dominicum* (Luc. I. 46); y mi espíritu está trasportado de gozo en el Dios Salvador mio: *et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.* Y si mi espíritu, añade Élla, está traspasado de gozo en mi Dios, es, precisamente, porque Él ha puesto sus ojos en la bajeza de su esclava; por esa bajeza misma, que cautivó la mirada de Dios, todas las generaciones me llamarán Bienaventurada. *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ: ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes genarationes.* Y ellas me llamarán bienaventurada porque ha hecho en mí cosas grandes el Omnipotente, aquél cuyo Nombre es santísimo: *Quia fecit mihi magna qui potens est; et sanctum nomen ejus.* Su Nombre es santo; pero, á la vez, clemente, y su misericordia se derrama de generacion en generacion sobre los que le temen: *Et misericordia ejus a progenie in progenies timentibus eum.* Ese Dios omnipotente ha hecho alarde del poder de su brazo, deshizo las miras del corazon de los soberbios: *Fecit potentiam in brachio suo: dispersit superbos mente cordis sui.* Derribó del sólio á los poderosos y ensalzó á los humildes: *Deposuit potentes de sede et exaltavit humiles.* Colmó de bienes á los hambrientos, y á los ricos los despidió sin nada: *Esurientes implevit bonis et divites dimisit inanes.* Acogió á Israel su siervo, acordándose de su misericordia: *Suscepit Israel puerum suum, recordabus misericordiæ suæ.* De aquella misericordia, que había ya prometido á nuestros padres, á Abraham y á su descendencia por los siglos de los siglos: *Sicut locutus est ad patres nostros Abraham et semini ejus in sæcula.*

¿Habeis oido, mis amados hermanos, el cántico de la gratitud?

Pues bien; ahora sólo os resta imitar á la divina Profetisa; sólo os resta convertiros vosotros, igualmente, en espirituales Campanillas, cuyo rostro se vuelva siempre hácia el Altísimo. Tambien nosotros hemos recibido de Dios gracias, dones y beneficios innumerables; así, pues, tambien á nosotros nos incumbe la obligacion del reconocimiento del amor.

¡Pues, qué! ¿si nos mostramos ingratos á los beneficios ya recibidos, pudiéramos esperar recibir otros de nuestro Padre amantísimo? ¿Osaríais, por ventura, decir, que no tendreis necesidad ya de una mano poderosa que intervenga en vuestros actos? que tan seguros estais de un feliz porvenir, que no abrigais temor alguno de perder vuestros bienes, de que quede quebrantada vuestra salud? que nada temeis de la audacia de vuestros enemigos, del poder de vuestros adversarios, ni de ninguno de aquellos males, en suma, que en número tan considerable os rodean en esta tierra de amargura y de quebrantos? ¿Acaso no teneis ya necesidad alguna de vuestro Dios? La gracia, que os hace capaces para el bien; la fortaleza, que os libra de tentaciones, y la perseverancia que os conduce al cielo; ¿han dejado de ser necesarias para vosotros? ¿Y teneis, por ventura, la seguridad y la inalienable posesion de todo ello? ¡Dios mio! Y ¿cuál es el instante de nuestra vida que pueda pasar sin el auxilio y el brazo de nuestro Padre celestial?

Ahora bien, mis amados hermanos; ¿pudierais esperar que ese brazo se os alargara amoroso á vosotros, y que ese socorro viniera con abundancia sobre vosotros, si insensibles á las mercedes recibidas, negaseis á Dios el tributo de un corazon agradecido, reconocido y amoroso? ¡Ah! léjos de nosotros tal suposicion, mis amados hermanos. *Ingratitudo*, segun dice claramente San Bernardo; *Ingratitudo est inimica animæ, exinanitio meritorum, beneficiorum perditio*. (SERM. 51, *in cant.*) Sí; la ingratitud es el enemigo más terrible de nuestras almas, el adversario más poderoso de nuestra salvacion. Ella nos despoja de los merecimientos adquiridos en lo pasado, y por su causa nos convertimos en los séres más desgraciados de la tierra: *exinanitio est meritorum*. Ella nos quita todo derecho á los beneficios futuros, y por eso hace de nosotros los séres más desgraciados del mundo: *beneficiorum perditio*. Por ella perdemos el título de hijos de Dios, el derecho á su reino, el cariño de nuestro Padre celestial: *beneficiorum perditio*. Por ella perdemos la amistad de los Santos, su auxilio respecto de la vida presente, y la esperanza de ser un dia compañeros suyos en el cielo: *beneficiorum perditio*. Por ella perdemos toda participacion en los bienes comunes de la Iglesia; nos convertimos en miembros muertos del cuerpo de Cristo; somos incapaces de saborear las dulzuras del divino amor, la abundancia de las celestiales riquezas, y la suavidad de los bienes sobrenaturales: *beneficiorum, beneficiorum perditio*. ¡Oh vicio infernal! oh mónstruo diabólico! oh fuente de perdicion y de ruina! ¿Qué corazon es, pues, el que puede admitirte en su seno? ¿Qué conciencia puede alimentarte en su interior? ¿Qué inteligencia puede darte cabida en sus pensamientos? ¡Ah! detestad, mis amados hermanos, detestad, repito, de una vez, un mónstruo tan execrable; alejadlo, no solamente de vuestro corazon, sinó aún de vuestra memoria. Pensad en los graves males que él os acarrea, y en los bienes supremos de que os despoja. Aprended en María, que el único medio para merecer, en cierto modo, los beneficios futuros, es el reconocimiento de los beneficios pasados.

Si la Campanilla, al volver su faz hácia la tierra, parece dar á ésta las gracias por el recibido sustento, parece, igualmente, suplicarle que no la prive en lo sucesivo de su benéfica sávia. María, que no es una Campanilla terrestre sino espiritual, dirige sus miradas hácia Dios en accion de gracias por las recibidas mercedes; adquiriendo con ello un derecho á los beneficios futuros. Élla dá gracias á Dios por haberla preservado de la culpa original; y Dios la elige por su Madre. Ella responde á tan sublime dignacion con un transporte del más profundo amor; y Dios la llama Corredentora del mundo. A tan alta distincion, ella ni acierta á expresar siquiera los afectos de su corazon; y Dios la denomina el custodio de su pueblo fiel, la tesorera de todas las gracias del cielo.

No vayais á creer, que María dejara un solo instante de prestar el homenaje de su reconocimiento; Ella sabia que era la predilecta de Dios, y se consagraba á él en perfecto é inaudito holocausto. Ella consideraba el número infinito de mercedes recibidas, y desataba su lengua para tributar con su cántico las más solemnes acciones de gracias. Veía que las mercedes recibidas la llamaban á la cumbre del Calvario, á los dolores, á los padecimientos y á los sacrificios; y Élla, intrépida, sube al citado monte, como si fuera á la gloria, á los gozos y á las alegrías. Su vida, toda entera, es, en suma, una cadena no interrumpida de gracias; gracias que Élla recibiera de la mano de Dios; gracias que Élla devolvía á su Bienhechor celestial; de suerte, que sucediéndose unas gracias á otras, y mereciendo unas y otras, la elevaron al grado más eminente á que puede alcanzar una criatura mortal; es decir, á ser coronada con la triple diadema de Emperatriz del cielo, Soberana de la tierra, y Terror de los abismos.

Nosotros, igualmente, amados hermanos, esperamos una corona

en la Pátria de los Santos, el Paraíso; mas esa corona no podrá ceñir nuestra frente, en tanto que, ingratos á nuestro amoroso Señor, no merezcamos aquellas gracias que son capaces de facilitarnos el ingreso á la Ciudad eterna. Dios ha derramado sobre nosotros la abundancia de sus misericordias. Habiendo sido nosotros todos, *ab æterno*, el objeto de sus ternuras, desde nuestro nacimiento hasta este dia, él no ha cesado de derramar sobre nosotros, con mano pródiga, sus beneficios; ha cuidado, amoroso, de nuestra alma y de nuestro cuerpo, lo mismo respecto de lo físico, como respecto de lo moral, tanto de nosotros, como de todas nuestras cosas; y nos ha protegido con su poder, nos ha socorrido con su sabiduría, y siempre nos ha mirado con ojos de amor. Y sin embargo, tantas gracias, mis amados hermanos (no os extrañe mi lenguaje); tantas gracias, repito, no son todavía suficientes. Otras tantas necesitamos en los breves dias que nos quedan de vida, otras tantas en la hora de nuestra muerte, otras tantas en el momento terrible en que debemos presentarnos ante el divino tribunal.

Empero, amados hermanos; ¿pudierais, acaso, lisonjearos, desde ahora, de obtener esas gracias posteriores? ¿Poseeis, por ventura, la fundada esperanza de alcanzarlas de la bondad del Altísimo? Un solo camino os resta para llegar á tal certidumbre; la gratitud por los beneficios anteriormente recibidos. Hé ahí la sublime virtud, que hará que se cumplan en vosotros las misericordias del Señor; hé ahí la virtud que atraerá sobre vosotros, casi estoy por decir á viva fuerza, los favores del cielo. Gratitud, pues; pero, esa gratitud debe ser expresada con alabanzas sinceras, con acciones de gracias afectuosas. Sea esa una gratitud, que se reconozca y se manifieste por medio de una vida atemperada enteramente á la observancia de la ley santa de Dios, consagrada al cumplimiento de los deberes individuales, á la satisfaccion, en todas las cosas, de la voluntad del Altísimo. Y Dios, entónces, no podrá ménos de mirarnos con ojos benignos, y de derramar sobre nosotros, sin medida, otras divinas manifestaciones.

¡Ah! por piedad, iluminadnos Vos, oh misteriosa Campanilla! oh Vírgen reconocidísima! iluminadnos, sí, para que reconociendo nosotros, por fin, las gracias infinitas que hemos recibido y estamos recibiendo todos los dias de Dios, sepamos tributarle el debido reconocimiento. Haced, que iluminados con vuestro ejemplo, reconozcamos que el único medio para merecer nuevas mercedes, es el reconocimiento y la gratitud. Empero, haced ¡oh María! que esa gratitud, ese reconocimiento sean verdaderos, que sean sinceros; que no consistan en palabras vacías de sentido y en vanas expresiones, sinó en

obras. Dios nos ha dispensado sus beneficios para que le sirvamos con fidelidad. Alcanzadnos, pues, esa fidelidad, con la cual, sometidos á su querer, obedientes á sus leyes, y adictos á sus mandatos, podamos recibir el supremo de sus dones, el último de sus beneficios, la gloria eterna.

DIA TRECE.

LA ESPINALBA,

Ó SEA:

LA CONFIANZA.

Spes non confundit.
La esperanza no burla.
(Rom. V, 5.)

Llenaos de júbilo ¡oh vosotros, que pasais vuestra vida en el llanto, la afliccion y el dolor! Dad ya de mano á la tristeza, enjugad las lágrimas de vuestros ojos ¡oh vosotros, que gemís bajo el peso de la adversidad y la miseria! Entonad himnos de júbilo, ¡oh vosotros todos, los que sois objeto de las calumnias de vuestros rivales, de los sarcasmos de los impíos, de los acerados dardos de vuestros implacables enemigos, y que pasais los miserables dias de vuestra existencia, harto abrumados por los sufrimientos y los lamentos!

Mas, ¿qué motivo os ofrezco yo, en este instante, en que fundar vuestro júbilo y vuestro alborozo? ¿qué prenda os doy para levantar del abatimiento á vuestros apesadumbrados corazones?

Una flor, mis amados hermanos, nada más que una flor. Pues, qué! ¿si cuando la tristeza está apoderada de vuestros ánimos, yo os presentara una flor de tal suavidad en sus perfumes, de tal belleza en su aspecto, tan linda en su figura, y de tal brillo en su colorido, que os causase un movimiento involuntario en vuestro rostro, ¿ese

en la Pátria de los Santos, el Paraíso; mas esa corona no podrá ceñir nuestra frente, en tanto que, ingratos á nuestro amoroso Señor, no merezcamos aquellas gracias que son capaces de facilitarnos el ingreso á la Ciudad eterna. Dios ha derramado sobre nosotros la abundancia de sus misericordias. Habiendo sido nosotros todos, *ab æterno*, el objeto de sus ternuras, desde nuestro nacimiento hasta este dia, él no ha cesado de derramar sobre nosotros, con mano pródiga, sus beneficios; ha cuidado, amoroso, de nuestra alma y de nuestro cuerpo, lo mismo respecto de lo físico, como respecto de lo moral, tanto de nosotros, como de todas nuestras cosas; y nos ha protegido con su poder, nos ha socorrido con su sabiduría, y siempre nos ha mirado con ojos de amor. Y sin embargo, tantas gracias, mis amados hermanos (no os extrañe mi lenguaje); tantas gracias, repito, no son todavía suficientes. Otras tantas necesitamos en los breves dias que nos quedan de vida, otras tantas en la hora de nuestra muerte, otras tantas en el momento terrible en que debemos presentarnos ante el divino tribunal.

Empero, amados hermanos; ¿pudierais, acaso, lisonjearos, desde ahora, de obtener esas gracias posteriores? ¿Poseeis, por ventura, la fundada esperanza de alcanzarlas de la bondad del Altísimo? Un solo camino os resta para llegar á tal certidumbre; la gratitud por los beneficios anteriormente recibidos. Hé ahí la sublime virtud, que hará que se cumplan en vosotros las misericordias del Señor; hé ahí la virtud que atraerá sobre vosotros, casi estoy por decir á viva fuerza, los favores del cielo. Gratitud, pues; pero, esa gratitud debe ser expresada con alabanzas sinceras, con acciones de gracias afectuosas. Sea esa una gratitud, que se reconozca y se manifieste por medio de una vida atemperada enteramente á la observancia de la ley santa de Dios, consagrada al cumplimiento de los deberes individuales, á la satisfaccion, en todas las cosas, de la voluntad del Altísimo. Y Dios, entónces, no podrá ménos de mirarnos con ojos benignos, y de derramar sobre nosotros, sin medida, otras divinas manifestaciones.

¡Ah! por piedad, iluminadnos Vos, oh misteriosa Campanilla! oh Vírgen reconocidísima! iluminadnos, sí, para que reconociendo nosotros, por fin, las gracias infinitas que hemos recibido y estamos recibiendo todos los dias de Dios, sepamos tributarle el debido reconocimiento. Haced, que iluminados con vuestro ejemplo, reconozcamos que el único medio para merecer nuevas mercedes, es el reconocimiento y la gratitud. Empero, haced ¡oh María! que esa gratitud, ese reconocimiento sean verdaderos, que sean sinceros; que no consistan en palabras vacías de sentido y en vanas expresiones, sinó en

obras. Dios nos ha dispensado sus beneficios para que le sirvamos con fidelidad. Alcanzadnos, pues, esa fidelidad, con la cual, sometidos á su querer, obedientes á sus leyes, y adictos á sus mandatos, podamos recibir el supremo de sus dones, el último de sus beneficios, la gloria eterna.

DIA TRECE.

LA ESPINALBA,

Ó SEA:

LA CONFIANZA.

Spes non confundit.
La esperanza no burla.
(Rom. V, 5.)

Llenaos de júbilo ¡oh vosotros, que pasais vuestra vida en el llanto, la afliccion y el dolor! Dad ya de mano á la tristeza, enjugad las lágrimas de vuestros ojos ¡oh vosotros, que gemís bajo el peso de la adversidad y la miseria! Entonad himnos de júbilo, ¡oh vosotros todos, los que sois objeto de las calumnias de vuestros rivales, de los sarcasmos de los impíos, de los acerados dardos de vuestros implacables enemigos, y que pasais los miserables dias de vuestra existencia, harto abrumados por los sufrimientos y los lamentos!

Mas, ¿qué motivo os ofrezco yo, en este instante, en que fundar vuestro júbilo y vuestro alborozo? ¿qué prenda os doy para levantar del abatimiento á vuestros apesadumbrados corazones?

Una flor, mis amados hermanos, nada más que una flor. Pues, qué! ¿si cuando la tristeza está apoderada de vuestros ánimos, yo os presentara una flor de tal suavidad en sus perfumes, de tal belleza en su aspecto, tan linda en su figura, y de tal brillo en su colorido, que os causase un movimiento involuntario en vuestro rostro, ¿ese

movimiento no fuera acaso prueba harto clara, de que con ella yo hubiera logrado infundir en vuestros corazones el contento, la alegría, el consuelo y el aliento? Y si esa flor la vierais brotar majestuosa de un tronco, cubierto enteramente de punzantes y agudas espinas, vivir olvidada en los lugares más escabrosos y apartados, ignorada y sin ser notada por mirada alguna, á la sombra de espesos bosques y de frondosas selvas; decidme: ¿no sentiríais vuestro pecho descargado de todos sus pesares y de toda su amargura? Al observar que dicha flor crece, oprimida por la sombra de los frondosísimos árboles que la rodean, que parece hacer alarde de sus encantos, por más que se halle como abandonada y desvalida; que sale de un tronco punzante y espinoso; ¿no os diría todo ello, por ventura, con bastante elocuencia, que aún en medio de las espinas de las más terribles tribulaciones, que aún entre el más triste abandono, hasta en la sombra de las contradicciones y de las cruces germinan místicas flores, causa de consuelo y de alegría?

Mas toda vez que yo, ahora, acabo de revelaros el arcano que se encierra en esa flor, saludadla vosotros, pues, ahí, sobre aquella Ara sacrosanta, en aquella Imágen sacratísima. ¡Oh! cuán bella es! cómo nos alienta! cómo nos excita á la más firme confianza, á la más cristiana esperanza! El nombre de dicha flor es Espinalba, ó espino blanco, como mejor os plazca llamarla. Su tronco es rojizo, sus ramas consistentes, y sus hojas brillantísimas. Rodéanla numerosas espinas las más punzantes, dispuestas en forma de cruces, así en sus troncos como en su ramaje. Empero, en medio de esas espinas espesísimas, entre las puntas de esas cruces misteriosas, ¡ah! vuestra mirada permanece atónita al observar el magnífico trabajo, por el cual, las hojas alternas y semi-aladas se distinguen por aquel exceso de hojuelas oblongas, lijeramente recortadas y recamadas en sus extremidades, semejantes á un bordado el más sorprendente y perfecto. Y en medio de la abundancia y las maravillas de aquellas hojas ¡oh! todavía vuestro corazon se alienta más en vista de aquellas flores, semejantes por su figura á la rosa, tan blancas como la nieve en sus matices, superiores, por la suavidad de sus perfumes, á toda otra flor, dispuestas en unos grupos tan maravillosos, que pudieran creerse la obra de la humana industria, de una mano artística, de un génio el más experto é inteligente. ¡Oh! sí, os lo repito; saludad á esa flor sobre aquella Ara sacrosanta, en aquella Imágen sacratísima.

¡Oh Espinalba celestial! y ¿qué enseñanza quereis darnos, pues, con vuestras flores, que crecen en medio de las espinas? ¿Qué sentimiento quereis despertar en nuestros corazones con vuestro misterioso llamamiento? ¡Ah! amados hermanos; María nos manifiesta la sublime virtud que cultivó en su corazon, rodeado de las espinas de las tribulaciones y de las cruces. María quiere excitarnos con su ejemplo á la inquebrantable esperanza, á la firme y cristiana confianza que hemos de tener en nuestro Dios; en aquel Dios, que hace nacer sus flores en medio de las espinas; que sabe revestirlas de majestad á la sombra de los matorrales; que las cubre de gloria, bien que se hallen abandonadas de todos. Sí, mis amados hermanos; la confianza en el Señor, hé aquí el ejemplo que en esta noche ofrece María á nuestra consideracion. La confianza en el Señor, hé aquí la flor que debe germinar lozana en medio de las aflicciones de nuestro corazon. La confianza en el Señor, hé aquí el único medio para alcanzar todo bien, y para preservarnos de todo mal. ¿Dudais, acaso, de ello? Escuchad, pues, mis palabras, y más que los argumentos, os convencerán de tal verdad los ejemplos de María; pero ántes imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

La confianza en el Altísimo fué y será la inagotable fuente, el perenne manantial de los bienes, del consuelo y del aliento. Si ahora yo quisiera, hermanos mios, aducir todos los testimonios de la divina Escritura á propósito para comprobar mi argumento, no pudiera ciertamente citarlos todos, ni aún cuando empleara en ello todo el tiempo que me es concedido para pronunciar este discurso. Yo confiaré en el Señor, dice el real Salmista, y él será mi firme apoyo, mi asilo y mi libertador. Yo no vacilaré, esperando en el Señor. ¡Oh vosotros, los que teneis puesta en el Señor vuestra esperanza; portaos varonilmente y tened buen ánimo. Aunque se acampen ejércitos contra mí, no temblará mi corazon: aunque me embistan en batalla, entónces mismo mantendré yo firme mi esperanza, ¡Oh pueblos! entendedlo, pues, de una vez; más vale esperar en Dios que en los hombres. Las almas que tienen puesta en el Señor su esperanza, dice el profeta Isaías, adquirirán nuevas fuerzas, tomarán alas como de águila, correrán y no se fatigarán, andarán y no desfallecerán; toda vez que la fortaleza del alma estriba en la confianza. *In spe erit fortitudo vestra* (I. xxx, 15). Yo confiaré en tu bondad, dice Job al Señor; aún cuando tu mano se levantare para matarme. Mas ¿por qué es preciso tener tanta confianza.....? Porque salva será, dice Jeremías, el alma de todo aquel que se hubiere abandonado en manos del Señor; porque, añade el Eclesiástico, el alma de aquel que confía, será blanco de la divina misericordia, quedará llena de los

consuelos celestiales; porque, finalmente, concluye el Apóstol, la esperanza no burla.

¿Qué os parece, amados hermanos, de tales expresiones? ¿Cómo dejarais, pues, de prometeros de tal confianza todo vuestro bien? ¿Y acaso, pudierais creer aún, que nuestro Dios sólo atiende al cuidado de nuestra alma? ¡Ah! no: os engañaríais, ciertamente, si así lo pensarais. Dios es el Padre amoroso de las almas, lo mismo que de los cuerpos; obras suyas son nuestros cuerpos; obras suyas nuestras riquezas; obras suyas nuestros intereses, nuestra gloria, nuestra fama, nuestra salud y nuestra vida. Yo nunca he visto abandonado el justo, ni jamás pude observar que su descendencia careciera de pan, dice el real Salmista. ¡Ah! es, pues, el Redentor mismo el que así nos amonesta, mis amados hermanos: No andeis, por lo tanto, solícitos, diciendo: ¿qué comeremos? ¿cuál será nuestra bebida? ¿cómo cubriremos nuestra desnudez? ¡Ah! callaos ya; harto sabe vuestro Padre, que teneis necesidad de todas esas cosas: *Scit enim Pater vester quia his omnibus indigetis* (MATTH. VI, 32).

¿Cómo, pues, amados hermanos, os veo en tal incertidumbre respecto del presente, y tan preocupados respecto del porvenir? ¿Cómo os veo tan tristes y afligidos, tan recelosos y tan amilanados? Decidme, pues, hermanos mios, no me lo oculteis; ¿qué es lo que os abate y aflige de tal manera vuestros ánimos? ¿Acaso el poder de tal ó cual impío, la audacia de tal ó cual malvado, las calumnias de algun envidioso, la injusticia de algun juez, la codicia de algun tutor, la ambicion de algun magnate, la crueldad de algun poderoso? Empero, ¡Dios de bondad! ¿y quién pudiera aseguraros, que todos vuestros enemigos no están labrando su propia ruina para vuestra propia exaltacion? ¿Ignorais, por ventura, que la accion del Dios proveedor no es siempre visible y manifiesta; que suele ocultarse bajo el velo de las causas secundarias; que acaso se sirve de la impiedad misma para exaltar á sus justos? ¿No fué, por ventura, la envidia de sus hermanos lo que engrandeció á José? ¿No fué el ódio de Saul lo que elevó á David á tan altos honores? Y la obra misma de la humana Redencion, ¿no fué acaso, el efecto de la impiedad de los Judíos? Vosotros sois débiles, es cierto; y vuestros declarados enemigos son muy poderosos; mas ¿ignorais, por ventura, que en las manos de Dios el poder es debilidad, y la debilidad es fortaleza? ¿Qué es, pues, lo que contrista vuestros corazones? ¿Acaso la experiencia de lo pasado, las desgracias sufridas, las injusticias experimentadas, las defraudadas esperanzas?

¡Ah! mis amados hermanos, decidme: ¿estais, pues, bien ciertos, de que obteniendo el ambicionado empleo, evitando la temida enfermedad, y supeditando al envidioso émulo, no os hubierais acarreado daños infinitamente mayores respecto de vuestras almas y para la eternidad?

¡Ea, pues, salgamos de esa baja esfera! fijemos ya nuestros ojos en aquella pátria celestial, en donde nos aguarda una eternidad de contentos! Pensemos en el Paraiso, sí, en el Paraiso, hermanos mios; allí es donde deben de ser descubiertas las injusticias, desenmascarados los fraudes, confundida la calumnia, vencida la impiedad, castigado el delito y recompensada la virtud. Allí hemos de hallar la satisfaccion de las injurias; allí nos será devuelto lo perdido; allí seremos premiados con un premio eterno. Pensemos en el Paraiso, sí, en el Paraiso. Volvamos al Paraiso nuestras miradas y apartémoslas de la tierra; dirijamos al Paraiso nuestras aspiraciones, y apartémoslas del mundo. Ármense, pues, en buen hora nuestros enemigos contra nosotros, amenácennos con la muerte; nosotros presentaremos intrépidos nuestros pechos á las espadas: desencadénense enhorabuena las tempestades, y nos amenazen con sumergirnos; nosotros permaneceremos inmóviles como los peñascos en medio de las olas. Nosotros no temeremos la muerte, despreciaremos la vida, no temeremos la miseria, no codiciaremos las riquezas. Siendo débiles, lo podremos todo en Aquel, en el cual está fija nuestra mirada; siendo miserables, lo poseeremos todo en Aquel, hácia el cual está dirigido nuestro pensamiento; siendo ignorantes, lo sabremos todo en Aquel, en el cual reposa nuestro corazon, En nuestra propia confianza hallaremos todo bien, todo consuelo, todo refrigerio.

Volvamos por un momento nuestra mirada hácia María, mis amados hermanos. ¡Oh! qué ejemplos tan luminosos nos ha dejado ella de confianza y de fé en su Dios! Seguid, pues, el hilo de mi discurso, por un momento, con vuestro pensamiento, mis amados hermanos. Habiendo sido fecundada por el Espíritu Santo, María había ya concebido el Hijo del Altísimo; ella estaba en cinta de su Dios. Mas ¡ay! esa obra, que podemos llamar la más sublime de Dios; esa obra, en la cual sólo tuvo parte la divinidad; esa obra, destinada á devolver la paz á la tierra y al universo entero, el consuelo y la alegría ¡ah! por María solamente yo la miro cambiarse.... ¡Dios de santidad y de sabiduría! ¿y quién pudiera ser tan temerario para osar excudriñar los acontecimientos futuros? ¿Quién pudiera ser tan nécio, que por los hechos presentes se atreva á vaticinar el porvenir? ¿Quién puede ser tan insensato, que no tema para su propia grandeza, cuando en tus manos ¡oh Señor! tus obras mismas están enderezadas á tan diver-

sos fines? ¿Quién hubiera podido sospechar, que el embarazo de María habia de convertirse para ella en corona de punzantísimas espinas, que debian traspasar y destrozar su inmaculado corazon? Y sin embargo, así fué. El justo, el casto José, inconsciente del excelso misterio obrado en María, apercíbese ¡ay! con harta claridad y harto pesar, de la preñez de su esposa; conoce que no por obra de él, ésta se halla embarazada de un hijo. De ahí el tropel de angustiosos pensamientos que vienen á abrumar su espíritu; el sin número de espantosos fantasmas que cruzan por su exaltada fantasía; y ya en medio del dolor que oprime su corazon; en medio de la inquietud que devora su alma; en medio de la amargura que embarga todos sus sentidos, resuelve (¡oh que resolucion tan dolorosa!) abandonar á su esposa, dejarla, acaso sumida en la miseria, en la indigencia, entregada enteramente á los padecimientos.

En vista de tal ejemplo, amados hermanos, ¿tuvierais aún la osadía de dirigir vuestras quejas contra Dios, porque os prueba con los infortunios y os aflige con las enfermedades; porque no secunda vuestros deseos? ¿Pudierais todavía enojaros contra Él, despues de haber visto de qué manera se condujo con su Madre y con su padre putativo y custodio?

Mas ¿qué sucede entretanto? La Vírgen, esa celestial Espinalba, que florece entre las espinas, y en medio de los obstáculos que rodean su corazon, germina, produce una flor, y esa flor es la confianza en el Altísimo. Entregada enteramente en las manos de Dios, solo de Él espera el aliento, el consuelo y el remedio. Ella ve la ansiedad de su amado José; mas, confiando en Dios, enmudece. Ella conoce que se halla á punto de ser olvidada y abandonada de su fiel compañero; mas, su firme confianza la hace esperar el auxilio. Y por eso, desde el fondo de su corazon, sólo á Dios dirige su fervoroso ruego, cierta de que como Él hizo ya respecto de Elisabeth, hará conocer á José los soberanos misterios.

¿Qué decís, pues, almas cristianas, ante unos ejemplos tan luminosos? ¿qué significa vuestra propia confianza en el auxilio del cielo, en comparacion de la confianza de María? ¡Ah! nuestra flor está marchita y languidece! Nosotros somos igualmente unas Espinalbas, pero harto estériles, despojadas absolutamente de hojas, de flores y de frutos. ¡Ah! si al ménos esta vez tratáramos de asemejarnos á tan sublime modelo, ¡cuán claramente experimentaríamos en el acto, cuán grato, cuán bueno, y cuán consolador es el confiar en el Señor! *Bonum est confidere in Domino* (Ps. CXVII, 8). Bien así lo manifestó María, cuando tranquilizado José por el celestial mensajero

acerca del sublime misterio obrado en Ella, vió brillar nuevamente sobre el rostro de aquél la alegría y la paz, oyó las alabanzas y las bendiciones que dió por ello al Señor, experimentando de esta suerte la bondad de Aquel, que ha prometido todo bien á quién en Él confía y se echa en sus brazos amorosos. Y entónces fué cuando, cual celestial Espinalba, convirtió sus flores en fruto el más suave y abundante.

Y aún no es éste, mis amados hermanos, el solo efecto que experimenta aquel que confía en el Señor. La fé, la confianza en Dios, no es solamente el orígen de todo bien, sino que es, al mismo tiempo, el remedio para todo mal. ¿Habeis visto alguna vez, hermanos mios, al hombre que desconfía de Dios, bajo el peso de sus infortunios? ¡Ay! ese hombre es el sér más miserable de la tierra; es un espino, pero no de color blanco; es una Espinalba, mas no florida; es un tronco, pero no fructífero. Si está enfermo, sólo se fija en sus crueles dolores; si es émulo, sólo atiende á sus terribles sospechas; si es avaro, sólo se alimenta de incesantes temores. Y entónces, donde quiera que vuelva su mirada, no observa más que motivos de sobresalto. Aflígenle el cambio de estaciones, las inclemencias del cielo, las olas del mar. Teme durante el dia, tiembla durante la noche, odia el saludo del prójimo, irrítale el desprecio, maldice su propia vida, á la vez que le horroriza la sola idea de la muerte. Su mirada es adusta, su aspecto repugnante y sus ademanes salvajes; en su rostro ostenta el sello del pesar, de la inquietud, de la desesperacion y de la muerte. Alejado de Dios, abandonado enteramente á sí mismo, confiando solamente en sus propias fuerzas, ese hombre no puede ménos de gemir bajo el grave peso de sus iniquidades, de acobardarse, en presencia de los peligros, de ser víctima infeliz de la desdicha y del pesar. ¡Digno castigo de su iniquidad!

Por el contrario, mis amados hermanos; el hombre que espera en su Dios Salvador, aunque se halle en medio de los más tremendos infortunios, es el sér más feliz de la tierra. Cual Espinalba espiritual, sus espinas están cubiertas de flores; esas flores producen frutos en abundancia; y esos frutos le hacen resplandecer como el sol en el mediodía; pues tal es la propiedad de la maravillosa Espinalba: producir frutos del más deslumbrante esplendor.

¡Ah! contempladle, pues, á ese hombre afortunado, que confía en su Dios; ¡oh! en medio de las espinas que le rodean, la paz inunda su corazon, la alegría brilla en su semblante, y por todas partes respira consuelo y bienandanza. Si algun mal rebelde le tiene postrado en el lecho, ese hombre se alegra, porque le es dado imitar á su di-

vino Salvador clavado en la cruz, y sufre con paciencia por la esperanza de que Dios se moverá á compasion. Si es víctima de alguna atroz calumnia, recuerda á su Jesús calumniado por los mismos Judíos, y de Él espera con resignacion el triunfo de su inocencia. Si una mano rapaz, ó alguna imprevista desgracia le arrebatan sus bienes y le reducen á la miseria, no sabe hacer otra cosa que exclamar como Job: el Señor me dió esos bienes, y el Señor me los ha quitado; bendito sea, pues, su santo Nombre, y reconocido sea su amor. Y prosigue diciendo: el Altísimo no me abandonará, no, ciermente. Y entónces, siendo ya cual inconmovible escollo en medio de las olas, no teme la tempestad, porque el Señor le socorre. Ya no le conmueven los torbellinos, ni le abaten los vientos, ni le intimidan las aguas: él camina con planta firme, porque se siente armado de una fortaleza celestial. ¡Ah! y cómo enamora su mirada! y cómo cautiva su semblante! y cómo regocija su actitud! Su vista se dirige al cielo con modestia, la sonrisa asoma en sus lábios cual señal de paz, y en toda su persona se nota aquella compostura que distingue á la virtud. Con solo mirarle, diríais, que es un sér celestial, un ciudadano de las eternas mansiones.

Y sin embargo, de nosotros depende exclusivamente, hermanos mios, el disfrutar de tales delicias. Condenados á vivir en un lugar de destierro, en un valle de lágrimas, rodeados siempre de innumerables enemigos, que han jurado nuestra pérdida; sujetos á las miserias de una vida caduca, al fraude, al engaño, á las injusticias, á las persecuciones de hermanos desnaturalizados; ¿qué nos resta, pues, más que volver nuestra mirada hácia el punto de donde puede solamente descender el auxilio, el consuelo, el refrigerio? ¿qué otra cosa nos resta, más que invocar á Aquel, el cual da la firmeza á la mano de Abrahan en el momento mismo en que iba á descargar el golpe sobre su inocente hijo? á Aquel, que estaba preparando el sólio de José, precisamente, en el acto mismo en que la inícua injusticia le habia condenado á la cárcel; á Aquel, que libraba á Susana en el instante mismo en que la más atroz calumnia la acababa de reducir al último extremo? ¡Ea, pues, carísimos hermanos! volvamos ya hácia Dios los pensamientos, las miradas y las voces, si es que deseemos pasar esta miserable vida en medio de la tranquilidad y de la paz. Hé aquí quien nos dió de ello el ejemplo; hé aquí á quien debemos asemejarnos.

¡Oh mística flor de los campos! oh siempre bella y siempre florida Espinalba! oh Tronco siempre encendido y siempre fructífero! ¿qué alegría no inundaba vuestro corazon en medio de todos los males, en los padecimientos y en las tribulaciones que debisteis sufrir en esta tierra de destierro? Nosotros la hemos visto, hermanos mios, en el terrible trance de verse abandonada de su esposo José; mas, en medio de una prueba tan cruel, capaz de aplastar á todo corazon, Ella no se aflige, Ella no se perturba: siente la inquietud de su esposo; mas, en cuanto á sí misma, su alma reposa enteramente en las manos de Dios; confia en el auxilio del cielo; tiene por seguro el triunfo de la inocencia; no teme en manera alguna perder la tranquilidad y la alegría de su corazon. Si despues de tranquilizado su esposo por el nuncio angélico, sobreviene una nueva causa de afliccion y de pesar, María da igualmente nueva prueba de confianza y de fé. José, su amado esposo, le ordena la inspirada partida para la tierra de Egipto. ¡Dios mio! ¿y qué nuevas espinas no fueron esas para el corazon de María? La noche estaba ya avanzada; nada había preparado para el viaje; faltaba todo recurso para el necesario sustento; el país hácia el cual debía María dirigirse, le era enteramente desconocido; y hasta ignoraba el camino que á él conducía; tales, en suma, eran las circunstancias, capaces de arredrar al ánimo más osado; mas Ella no desmaya, no se entristece: entre las innumerables espinas que parecen oponerse á su paso, crece una flor que la consuela, la confianza en el Altísimo. El cielo ha ordenado el viaje, el cielo, pues, va diciendo Ella en su interior, suministrará los medios convenientes. Y una vez en Egipto, siendo desconocida é ignorada de aquel bárbaro pueblo, oprimida por su poder, su ánimo tampoco decae por ello, no se entrega á la zozobra. Tiene puesta su confianza en Dios, y eso le hace dulce toda amargura, todo pesar.

Y no me digais aquí, carísimos hermanos, que María, teniendo á Dios consigo, podía esperar de Él todo bien. ¡Oh! tambien tenemos á nuestro Dios, y lo tenemos con nosotros con aquella infinita inmensidad con la cual llena todo lugar; lo tenemos con nosotros con aquel amor, con el cual no cesa un instante de amarnos; lo tenemos con nosotros, acaso mejor que no le tenía María en Egipto; le tenemos con nosotros en el Sacramento, cuando nos acercamos á su divina mesa. Si en medio de nuestras aflicciones, en los peligros, en las enfermedades y en los padecimientos, no le vemos propicio, la culpa es enteramente nuestra; es, que no confiamos en su auxilio: sí; nuestra es la culpa si somos unas Espinalbas cuyas flores están todas marchitas.

Confianza, pues, hermanos mios; tengamos una firme confianza en nuestro Dios, y entónces nosotros, á semejanza de María, experimentaremos igualmente, cuán dulce es confiar en el Señor, toda vez

que la confianza es verdadera fuente de bien, que los males no tienen poder alguno sobre el corazon de aquel que confia en Dios.

Si el ejemplo de nuestra Madre María no bastara aún para movernos, muévanos siquiera la experiencia del pasado. ¿Qué bienes nos proporcionó jamás nuestra desconfianza? En la pobreza, en las tribulaciones y en las desgracias, ¿qué consuelo pudo ofrecernos nuestra desconfianza? ¡Insensatos! y ¿no fué, acaso, ella la que vino á agravar inponderablemente nuestros males? ¿No fué ella la que nos hizo mil veces más desdichados en nuestra desdicha misma? ¡Ah! no neguemos tal verdad, mis amados hermanos, ántes bien tomemos de ella enseñanza para confiar en el Señor. En este miserable valle de lágrimas, no cabe sobre ello duda alguna, los males nunca faltan; y son esos unos males terribles, supuesto que ellos son el efecto de la justicia inexorable de mi Dios; porque ellos son fruto del furor del infierno; porque son producidos por el odio y la envidia de nuestros enemigos mismos.

Empero, si nosotros, en medio de todos esos males, dirigimos nuestra mirada al Altísimo; si confiando en Él y en su amor, recibimos el remedio y el auxilio; entónces, dado que no veamos desaparecer enteramente esos males mismos, podremos arrostrarlos con tal valor y denuedo, tal alegría y conformidad, que aún llegaremos á considerarlos como bienes inestimables, como un objeto que se codicia, como si fueran la vida y el sostén de nuestra alma y de nuestro corazon. ¡Ah! sí, lo repito nuevamente: confiemos en Dios; confiemos en María. ¿Somos, acaso, desgraciados? En medio de nuestra desgracia hallaremos un consuelo, si confiamos en Dios y en María. ¿Somos débiles, por ventura? En nuestra debilidad misma hallaremos un sostén, si dirigimos nuestros ruegos á Dios y á María con confianza. ¿Nos vemos oprimidos? Por medio de la confianza en Dios y en María nos veremos librados y á cubierto de nuestra opresion. De esa suerte, serán desbaratadas las maquinaciones de los impíos, descubiertas las calumnias de los malvados, y castigada la osadía de los poderosos; y, por nuestra parte, humillaremos á los enemigos, resistiremos los asaltos, y alcanzaremos la victoria, si en la confianza estriba la fortaleza de nuestro corazon. ¡Oh! implorémosla, pues, esta confianza; implorémosla á los piés de María; implorémosla de aquel corazon el más amoroso y clemente.

Sí, ¡oh María! vednos en este instante á vuestras plantas, dando al olvido toda inquietud de nuestro corazon. Nos sentimos oprimidos, es verdad, estamos llenos de amarguras; mas de Vos esperamos el triunfo y el sosiego... ¡Ah! qué desdicha la nuestra, por no habernos

acordado de Vos en medio de nuestros infortunios, por haber en ellos confiado demasiado en nuestra propia insensatez! Al ménos, desde este instante, iluminad, ¡oh María! nuestro entendimiento, á fin de que, aleccionados con nuestra propia experiencia, fortalecidos con vuestro ejemplo y con vuestra gracia santísima, comprendamos de una vez, que no nos resta en este valle de lágrimas otro consuelo que la confianza en Vos y en vuestro querido Unigénito. Haced que esa confianza nos acompañe en todos los instantes de nuestra vida; y así, nosotros, siendo espirituales Espinalbas en el jardin de la Iglesia, veremos brotar con abundancia las flores en medio de las espinas de nuestras tribulaciones; y gracias á esta confianza, alcanzaremos de nuestras congojas el más solemne triunfo.

DIA CATORCE.

EL ESTRAMONIO,

Ó SEA:

LA NECESIDAD DE LA ORACION.

Sine intermissione orate.
Orad sin intermision.
(I. Tesal. V, 17.)

Un olor suave, un perfume aromático, en cuya comparacion nada vale el incienso, el cinamomo y la mirra, nos está indicando en esta noche la proximidad de una planta la más lozana y feraz. En vano paseo mi mirada en torno de la deliciosa llanura, me acerco á toda planta, á todo arbusto, y á toda flor; en parte alguna puedo aspirar tan suave fragancia. Luégo me dirijo hácia la cumbre del vecino collado, hácia la cumbre del monte misterioso, y entónces, el siempre creciente perfume me anuncia, que allí, en efecto, tiene su residencia la planta de la suave fragancia. No sufriendo ya mi impaciencia

que la confianza es verdadera fuente de bien, que los males no tienen poder alguno sobre el corazon de aquel que confia en Dios.

Si el ejemplo de nuestra Madre María no bastara aún para movernos, muévanos siquiera la experiencia del pasado. ¿Qué bienes nos proporcionó jamás nuestra desconfianza? En la pobreza, en las tribulaciones y en las desgracias, ¿qué consuelo pudo ofrecernos nuestra desconfianza? ¡Insensatos! y ¿no fué, acaso, ella la que vino á agravar inponderablemente nuestros males? ¿No fué ella la que nos hizo mil veces más desdichados en nuestra desdicha misma? ¡Ah! no neguemos tal verdad, mis amados hermanos, ántes bien tomemos de ella enseñanza para confiar en el Señor. En este miserable valle de lágrimas, no cabe sobre ello duda alguna, los males nunca faltan; y son esos unos males terribles, supuesto que ellos son el efecto de la justicia inexorable de mi Dios; porque ellos son fruto del furor del infierno; porque son producidos por el odio y la envidia de nuestros enemigos mismos.

Empero, si nosotros, en medio de todos esos males, dirigimos nuestra mirada al Altísimo; si confiando en Él y en su amor, recibimos el remedio y el auxilio; entónces, dado que no veamos desaparecer enteramente esos males mismos, podremos arrostrarlos con tal valor y denuedo, tal alegría y conformidad, que aún llegaremos á considerarlos como bienes inestimables, como un objeto que se codicia, como si fueran la vida y el sostén de nuestra alma y de nuestro corazon. ¡Ah! sí, lo repito nuevamente: confiemos en Dios; confiemos en María. ¿Somos, acaso, desgraciados? En medio de nuestra desgracia hallaremos un consuelo, si confiamos en Dios y en María. ¿Somos débiles, por ventura? En nuestra debilidad misma hallaremos un sostén, si dirigimos nuestros ruegos á Dios y á María con confianza. ¿Nos vemos oprimidos? Por medio de la confianza en Dios y en María nos veremos librados y á cubierto de nuestra opresion. De esa suerte, serán desbaratadas las maquinaciones de los impíos, descubiertas las calumnias de los malvados, y castigada la osadía de los poderosos; y, por nuestra parte, humillaremos á los enemigos, resistiremos los asaltos, y alcanzaremos la victoria, si en la confianza estriba la fortaleza de nuestro corazon. ¡Oh! implorémosla, pues, esta confianza; implorémosla á los piés de María; implorémosla de aquel corazon el más amoroso y clemente.

Sí, ¡oh María! vednos en este instante á vuestras plantas, dando al olvido toda inquietud de nuestro corazon. Nos sentimos oprimidos, es verdad, estamos llenos de amarguras; mas de Vos esperamos el triunfo y el sosiego... ¡Ah! qué desdicha la nuestra, por no habernos

acordado de Vos en medio de nuestros infortunios, por haber en ellos confiado demasiado en nuestra propia insensatez! Al ménos, desde este instante, iluminad, ¡oh María! nuestro entendimiento, á fin de que, aleccionados con nuestra propia experiencia, fortalecidos con vuestro ejemplo y con vuestra gracia santísima, comprendamos de una vez, que no nos resta en este valle de lágrimas otro consuelo que la confianza en Vos y en vuestro querido Unigénito. Haced que esa confianza nos acompañe en todos los instantes de nuestra vida; y así, nosotros, siendo espirituales Espinalbas en el jardin de la Iglesia, veremos brotar con abundancia las flores en medio de las espinas de nuestras tribulaciones; y gracias á esta confianza, alcanzaremos de nuestras congojas el más solemne triunfo.

DIA CATORCE.

EL ESTRAMONIO,

Ó SEA:

LA NECESIDAD DE LA ORACION.

Sine intermissione orate.
Orad sin intermision.
(I. Tesal. V, 17.)

Un olor suave, un perfume aromático, en cuya comparacion nada vale el incienso, el cinamomo y la mirra, nos está indicando en esta noche la proximidad de una planta la más lozana y feraz. En vano paseo mi mirada en torno de la deliciosa llanura, me acerco á toda planta, á todo arbusto, y á toda flor; en parte alguna puedo aspirar tan suave fragancia. Luégo me dirijo hácia la cumbre del vecino collado, hácia la cumbre del monte misterioso, y entónces, el siempre creciente perfume me anuncia, que allí, en efecto, tiene su residencia la planta de la suave fragancia. No sufriendo ya mi impaciencia

demora alguna, apresuro el paso, y aún quisiera tener alas para llegar más pronto.... mas ¡ay! es el olor tan intenso, tan penetrante el perfume, que me deja sin fuerzas, me postra sobre el suelo, y hace caer mi alma en un deliquio. ¡Oh planta maravillosa! ¿debes tú, pues, sustraerte, acaso eternamente, á mis miradas? no he de poder fijar mis ojos en tus flores? no he de poder deleitarme en tus sublimes bellezas? ¡Ah! ya estoy observando que en mi deliquio mismo, me voy aproximando á tí; sí, dichoso, ya te admiro; ya, afortunado, te saludo; ya, bienaventurado, me postro para gustar de tu suavidad, ¡Bendito Estramonio! cuán maravillosa contemplo tu elevacion! cuán grandes y pomposas tus hojas! cuán bellas tus flores en su forma! cuán preciosas por las hojas que las adornan! y cuán delicadas por su colorido! Empero, tu fragancia; ¡oh! tu fragancia no tiene semejanza alguna sobre la tierra; tu fragancia excede á la de los más suaves perfumes! Esa fragancia no puede proceder de otra parte que de los deliciosos jardines del cielo!

Mis amados hermanos; el jardin del cual sale tan suave fragancia es el Corazon inmaculado de María; es María, nuestra Madre amorosísima, la que se ofrece á nuestra contemplacion, bajo el símbolo de esa planta feracísima. Y ¿qué es, pues, lo que nosotros debemos reconocer en esa planta deliciosísima? la Oracion, la fervorosa Oracion, la incesante Plegaria. Hé ahí el aroma que supera á todo otro; hé ahí el perfume que sobre todos se distingue; hé ahí la suave fragancia, que recogida en vasos de oro por los Angeles, sube hasta el trono del Dios inaccesible. ¡Ah! ved, pues, cómo en esa planta misteriosa todo os está hablando de la Plegaria y de la Oracion! La sublimidad de sus troncos os indica el arrobamiento del ánimo cuando se abisma en la contemplacion de Dios; el color blanco, que adorna interiormente á las flores, y el color de púrpura que se nota en la parte exterior de las hojas, es símbolo de la pureza y del fervor del espíritu; el hecho de abrirse cuando las tinieblas cubren la faz de la tierra, es la imágen del silencio que debe reinar en una alma, al abrir los lábios para modular una fervosa deprecacion: el ocultarse las flores bajo sus abundantes hojas, es señal del recogimiento interior de nuestro corazon cuando dirigimos á Dios las súplicas que salen de nuestros lábios; todo, en suma, nos habla de la Oracion, y á la Oracion nos invita; todo nos manifiesta la súplica fervorosa, nunca jamás interrumpida, de nuestra Madre Santísima.

¡Ah! carísimos hermanos; no sea, pues, en vano el habérsenos representado bajo ese símbolo misterioso á nuestra Madre María! La Oracion y la Plegaria es para nosotros una necesidad indispensable;

indispensable, porque Dios lo exige, y porque nuestro corazon tiene necesidad de ella.

¡Oh María! odorífero Estramonio celestial, echad una mirada á vuestros amorosos hijos! Sea vuestra gloria el excitarnos á la fervorosa Súplica; sea vuestra gloria el hacernos familiar la incesante Oracion! sea vuestra gloria el preservarnos, por medio de ella, de las miserias de nuestro destierro, de las lágrimas de nuestro valle, de los dolores de nuestro suelo! Os lo pedimos, saludándoos con el Ángel. A. M.

Es la voluntad del Señor, que nosotros nos consagremos á la oracion. Demos, sinó, una rápida ojeada, mis amados hermanos, al gran libro de la divina revelacion, á las sagradas Escrituras. ¡Dios de infinita sabiduría! y ¿en qué punto podremos principiar nuestras investigaciones? ¿A qué libro acudiremos para explorar vuestra voluntad sobre la materia? ¿Qué línea de él no nos lo indica, que pasaje no nos lo demuestra con caractéres del más terminante mandato? Si examinamos el antiguo Testamento, las antiguas Escrituras de nuestros Padres, tenemos en el Eclesiástico el más explícito mandato de la incesante Oracion: *Non impediaris semper orare* (XVIII, 22). Lo mismo vemos repetido en Tobías, cuando instruyendo á su hijo le encarga, que bendiga al Señor en todo tiempo, y dirija á Él sus peticiones: *Omni tempore benedic Deo, et pete ab eo ut vias tuas dirigat* (IV, 20). Si abrimos el sagrado libro de Job, veremos escrito: Vuelve hácia el Señor tu rostro; dirígele tus súplicas si quieres que Él te escuche. Invócame, nos repite Jeremías en la persona misma de Dios; invócame, y yo te oiré benigno: *Clama ad me et exaudiam te* (XXX, 3). Allí, vemos que el real Salmista, persuadido de esta verdad, exclama en mil lugares: Invocaré al Señor Dios Altísimo, á Aquel que me ha colmado de beneficios, y no me veré confundido por haberle invocado. Bendito sea el Señor porque no ha desechado mis súplicas; á Él se las dirigiré sin descanso. Buscaré al Señor porque Él se considera honrado con nuestras deprecaciones. *Invoca me... et honorificabis me* (Ps. XLIX, 15).

Luego, hermanos mios, si pasamos al nuevo Testamento, á las Escrituras de la nueva alianza, en todas partes nos sentiremos agobiados por la reiterada inculcacion del mencionade precepto. Es preciso, está escrito en San Lúcas, orar, y orar en todo tiempo y en todo lugar: *oportet semper orare* (XVIII); es menester orar en todo tiempo: *vigilate omni tempore orantes* (IB. XXI, 36). La vigilancia y la oracion, hé aquí, segun San Mateo, cuanto nos es necesario. Y esta, prosigue

el Apóstol de las naciones, esta es la voluntad del Señor: *hæc est voluntas Dei* (I. Thes. v, 18), que atendais á la oracion sin cesar: *sine intermissione orate* (Ib. 17). Tomad, nos dice en otra parte, el escudo de la salud, la espada del espíritu, la incesante súplica, insistid en la oracion: *Oratione instate* (Coloss. iv, 2). Perseverad en la oracion, añade el Apóstol San Pedro, porque esta es la prudencia: *Estote prudentes et vigilate in orationibus* (I. Petr. iv, 7). En suma, es preciso orar sin desfallecer jamás: *Oportet semper orare et non deficere.*

Tomando pié de esta máxima, y reflexionando sobre esas palabras, hermanos mios, el gran Padre de la Iglesia, San Jerónimo, no cesa de exclamar: Si el Señor dice: *oportet*, es, pues, necesario el orar; *Dum dicit oportet necessitatem inducit;* y tal es esa necesidad, que el cristiano enemigo de la oracion puede, con justo derecho, ser comparado al pez que se halla fuera del agua; pues, del mismo modo que éste, fuera de su elemento, muere al instante, así tambien el alma, sin la oracion, se debilita y desfallece. Y ¿cómo pudiera ello ser de otra manera, carísimos hermanos? ¿Dónde pudiera el alma hallar, en tal caso, su propio contento, dónde su fortaleza, dónde su vida espiritual y eterna?

Dios, no cabe dudarlo, nos quiere á todos salvos en el cielo. Él, sin embargo, no nos hace violencia; sólo nos indica los medios cuyo empleo puede conducirnos infaliblemente á la salvacion. ¡Desdichados de nosotros si los descuidamos! La oracion, nos dice Él, hé ahí el arma, hé ahí el escudo, hé ahí la espada para vencer á los enemigos, para conquistar la Pátria. A vosotros toca, pues, el empuñar ese escudo; á vosotros el blandir esa espada; á vosotros el hacer uso de ella en cada instante de vuestra vida.

¡Ah, hermanos mios! harto notoria es la obligacion que nos incumbe de orar; harto clara y manifiesta es la voluntad del Señor, para que nosotros podamos alegar nuestra ignorancia en esta parte. ¡Ah! muévanos, al ménos, esta tierna exhortacion que ¡oh dignacion de mi Dios! nos dirige nuestro Padre celestial. ¡Oh hombre! nos dice por boca de Jeremías, tú, que hasta aquí has descuidado el uso de un medio tan necesario para tu salvacion; tú, que has ignorado hasta hoy, lo que es la oracion y la súplica; ¡ah! al ménos, ahora, empieza á invocarme cual tu Padre amantísimo: *Saltem amodo voca me* (iii, 4). Pues bien; ¿qué respondemos por nuestra parte á esa amorosa invitacion del mismo Dios? ¿Pudiéramos, acaso, permanecer sordos á esas voces amorosas de sus lábios? ¡Ah! ¿cómo fuera posible, que rehusáramos escucharlas, nosotros, que nos titulamos devotos de María?

Vedla, pues, mis amados hermanos, á esa Madre amorosísima, observadla... mas ¡ay! ni aún acierto á deciros allí donde debo más propiamente hacérosla contemplar, si en el Templo, en la humilde morada de Nazareth, ó en el pesebre de Belen. Si os la muestro en el Templo, la vereis delante del altar del Dios de los ejércitos, implorando el perdon con las más fervorosas súplicas, la gracia para sí misma, para el pueblo, y la paz para la tierra. ¡Ah! es Ella espiritual Estramonio, que exhala tal raudal de perfumes, que llena de ellos el Templo mismo de Dios. Si os la muestro en su morada de Nazareth, allí la vereis tambien derramar en presencia de su Dios, los íntimos afectos de su espíritu, exponiéndole sus votos, sus deseos, sus aspiraciones; descubriéndole las encendidas llamas de su enamorado corazon. En una palabra; allí la contemplareis cual la halló el celestial mensajero, postrada en tierra, y con el entendimiento elevado á las más excelsas alturas del cielo; cual místico Estramonio, que traspasa con sus perfumes la elevacion de las nubes sobre los astros, y penetra los cielos mismos más altos y sublimes. Finalmente, si la contemplais en el pesebre de Belen, permanecereis mudos de asombro y de estupefaccion. En tal lugar observareis su rostro divinizado por tener siempre su mirada fija en su Dios; allí la vereis enteramente extraña á la tierra, porque siempre se halla en contínuo consorcio con el cielo; allí la vereis cual fragante Estramonio, que con su elevacion deleita el corazon mismo de Dios. Y cual oloroso Estramonio la vereis tambien en la cumbre del Gólgota; cual oloroso Estramonio en el Cenáculo con los Apóstoles, y cual oloroso Estramonio prosternada delante del altar de la nueva alianza. ¿Y en qué lugar, pues, ¡oh Madre nuestra Santísima! dónde, repito, no te manifestaste tal á tu Padre, á tu Hijo, á tu Esposo, á tu amoroso Dios? ¿Qué acto de tu vida no santificaste con la incesante oracion? ¿Qué momento de tus preciosos dias no basta para echarnos en cara nuestro descuido respecto de la oracion, del ruego, de la súplica?

¡Ah, mis carísimos hermanos! aún cuando no fuera la voluntad del Altísimo, el deber que todos tenemos de consagrarnos á la incesante oracion, nuestra propia necesidad nos obligaría á ello. ¿Qué somos nosotros en esta tierra? Una nonada..... Hallándonos rodeados de numerosos enemigos, debemos estar siempre sobre aviso para evitar sus asechanzas. Agobiados bajo el peso de nuestra propia carne, nos hallamos contínuamente expuestos á las miserias, á las enfermedades, los dolores y las desgracias. Siendo incapaces de todo, ni siquiera podemos invocar cual conviene el nombre Santísimo de Jesús.

Nuestra dicha depende de una sola cosa, de la gracia de Dios, la cual se halla en sus manos santísimas, y nosotros estamos inciertos de poseerla. Destinados á una pátria de eterno contento, no solamente no nos es dado llegar á ella con nuestras propias fuerzas, sino que éstas nos alejan de ella cada dia. Siendo unos infelices, no podemos tener en esta tierra, ni una hora de reposo, de satisfaccion ó de regocijo.

Sin embargo, no temais, hermanos mios, no temais: acudid á la oracion, sí, á la oracion; en ella encontrareis el contento de vuestro corazon; en ella hallareis á vuestro Dios propicio y compasivo. ¿Os persiguen, acaso, vuestros enemigos? Invocad al Señor y os vereis libres de sus ataques, no os dañarán sus asechanzas: *Invoca me, eruam te.* ¿Os afligen, por ventura, la miseria, las enfermedades, los pesares, las desgracias? Invocad al Señor, dirigidle vuestras oraciones, y vereis atendidas vuestras súplicas: *Omnia quæcumque orantes petitis, credite quia accipietis* (Marc. xi, 24). ¿Estais inseguros de que en vosotros reine el Señor con su gracia habitual; sentís, acaso, la necesidad de aquellos auxilios actuales, sin los cuales no podeis hacer cosa alguna buena? Acudid, pues, á la oracion; por medio de ella alcanzareis aquel espíritu de rectitud que os hará aptos para obrar el bien: *Pater vester de Cœlo dabit spiritum bonum patentibus se* (Luc. xi, 13). ¿Temeis, por ventura, que os falte la perseverancia, sin la cual no se obtiene la salvacion? Pues bien; el Doctor angélico, fundándose en las divinas promesas, os hace saber, que la oracion es el medio para alcanzarla. ¿Deseais el Paraiso? Pedidlo, pues, al Padre celestial, pedídselo en nombre de Jesús, y lo obtendreis. *Si quid petieris Patrem in nomine meo dabit vobis* (Joann. xvi, 23). En medio de las estrecheses, en las angustias, en las tribulaciones, rogad, y alcanzareis la abundancia, el consuelo y el refrigerio. ¿Habeis perdido la paz? En la oracion la hallareis. ¿Buscais un lenitivo? La oracion os lo proporcionará. ¿Vais en pos de sosiego? En la oracion lo tendreis. La oracion será vuestro sustento, vuestro amparo y vuestro refugio. Así, pues, en la oracion hallareis todo bien: *omnia quæcumque petitis accipietis* (Marc. xi, 24). Resolveos, pues, de una vez, mis amados cristianos; es menester orar; orad y sereis dichosos; orad y sereis cristianos.

Por ese camino nos precedió, carísimos hermanos, la que nos dejó tantos ejemplos de ello. Fijad vuestra mirada en aquella imágen Santísima, en María. ¡Oh! cuán eficazmente ella experimentó los afectos maravillosos de sus fervorosas súplicas! Oprimida su alma durante su vida entera por los pesares y las dificultades, Ella halló

en la oracion un refrigerio indecible. Cual oloroso Estramonio, que oculta sus flores bajo la abundancia de sus hojas, la oracion es la que serena su semblante en el pesebre, cuando ve á su Dios abandonado de todos los hombres, y careciendo de todo medio humnao. Cual oloroso Estramonio, que embellece sus flores con el candor y la púrpura, la oracion es la que calma su espíritu, cuando por causa de Herodes se ve obligada á viajar fugitiva por Egipto. Cual oloroso estramonio, que no cesa un solo instante de exhalar perfumes, la oracion es la que consuela su corazon, cuando obligada á vivir en medio de un pueblo bárbaro, teme que llegue á faltarle lo necesario para la subsistencia. A la oracion acude ella cuando su esposo está á punto de abandonarla; á la oracion cuando la acosa la necesidad; á la oracion siempre que afligido se encuentra su dolorido corazon. Ella es su sustento cotidiano; ella su vestido ordinario; ella su refugio y su reposo.

Y vosotros ¡oh Angeles del Paraiso! vosotros, que recogíais en vasos de oro sus fervorosas oraciones, y desplegando vuestras doradas alas las presentabais ante el trono del Altísimo; vosotros, que luego volvíais hácia Ella con la abundancia de gracias y consuelos del cielo, é incesantemente, así en vuestro ascenso, como en vuestro descenso, vosotros mismos no sabíais lo que debíais admirar más, si la súplica de vuestra Reina, ó la abundancia de la misericordia de Dios; ¡ah! decidnos, pues, cuán humilde, fervorosa y odorífera era la oracion en Aquélla, y en Éste cuán pronta, cuán explendente y cuán infinita la misericordia; cuánta era en entrambos la complacencia, la satisfaccion, la reciprocidad.

Mas ¡ah! mis amados hermanos; los Angeles mismos se confiesan insuficientes para referirnos tantas cosas; y nosotros, movidos de la más profunda veneracion, admiremos á nuestra Madre Santísima, procurando al mismo tiempo imitarla, hasta donde lo permitan nuestras débiles fuerzas. ¡Oh! y cuál no fuera nuestra desdicha, si no lo procuráramos, hermanos mios! Siendo entónces transgresores del divino precepto, nos privaríamos de aquella arma poderosísima, que á todos nos comunica fuerza para destruir á los implacables enemigos de nuestra eterna salvacion. Y siendo infelices respecto del alma, por hallarse ésta sin vida; desgraciados respecto del cuerpo, por sentirse éste oprimido por las tribulaciones; infelices en el tiempo, por estar separados de Dios, siendo enemigos de la oracion; fuéramos desgraciados, igualmente, en la eternidad. Mas, por el contrario, mis amados hermanos; rogando, insistiendo en la oracion, perseverando en las súplicas, estaremos contentos, seremos felices y dicho-

sos. Seremos felices, porque habremos permanecido fieles á los mandatos del Altísimo; estaremos contentos, porque sentiremos satisfechas las aspiraciones de nuestro corazon; y nos creeremos dichosos, porque estaremos seguros ya de obtener la mayor de las gracias, la salvacion eterna. ¡Oh Oracion! Oracion! sé tú, pues, desde hoy, en lo sucesivo, la compañera inseparable de nuestros lábios; el manjar sabroso de nuestras almas!... Mas, ¿á quién dirigiremos, en primer lugar, nuestras súplicas, carísimos hermanos? Las dirigiremos á nuestra Madre, á María.

¡Oh Vírgen afortunada, místico espiritual Estramonio de los jardines del cielo! ¡Oh! mirad en este momento la frialdad de nuestro lábio, la tibieza de nuestro corazon! Distraida siempre nuestra imaginacion por objetos de ningun valor, siempre propenso nuestro ánimo á buscar en la tierra la paz, el contento, la alegría y el refrigerio, hemos omitido y despreciado aquella incesante oracion, que, ordenada por boca misma de vuestro Hijo santísimo, nos hubiera sostenido en esta tierra de destierro, y fortalecido con la esperanza de un dichoso porvenir. ¡Oh Madre Santísima! Vos, que desde vuestro misterioso jardin, no cesais de llamarnos con la elocuente voz de vuestras místicas flores, alcanzadnos esta gracia, haced que nos sea familiar y dulcísima la fervorosa oracion. Os lo pedimos ¡oh Madre! por las oraciones mismas que, continuamente, elevasteis al trono de vuestro amorosísimo Dios. ¡Oh! consoladnos, Madre tierna, y haced, que siendo fieles á vuestro Hijo, encontremos en la oracion el pasto del alma, el refrigerio de la vida, la proteccion en la muerte, el triunfo, la gloria y la felicidad eterna en los cielos.

DIA QUINCE.

EL ESTRAMONIO,

Ó SEA:

CALIDADES DE LA ORACION.

Petitis, et non accipitis, eo quod male petatis.

Pedís, y con todo no recibís, y esto porque no pedís como conviene.

(SANT. IV, 3.)

El orar, es, pues, mis amados hermanos, un acto necesario é indispensable; así Dios nos lo manda, y á ello, igualmente, nos obliga imperiosamente nuestra naturaleza misma viciada y corrompida. Empero ¿cómo se explica, que, tan á menudo, nuestras oraciones sean infructuosas? Si Dios mismo nos manda que oremos, ¿cómo es que muchas veces desatiende y desecha nuestras oraciones? Si nos aconseja la oracion para fortalecer nuestra natural flaqueza, ¿por qué, pues, la deja vacía de toda gracia, desprovista de todo favor? ¡Oh Vírgen Santísima! Vos que sois nuestro auxilio y fortaleza; ¡oh místico y espiritual Estramonio! que elevabais incesantemente vuestros perfumes hácia el Altísimo; ¿qué nos contestais sobre este punto? qué consuelo nos ofreceis ahora en medio de nuestras dudas? qué seguridad nos dais en nuestros temores? Vuestro Hijo no nos escucha, y, por lo mismo, nosotros corremos hácia vuestro trono suplicantes. ¡Ah! instruidnos, iluminadnos, enseñadnos, reveladnos, pues, por qué causa vuestro Hijo Santísimo no se digna escucharnos; por qué motivo nos arroja de sus plantas; por qué se oculta á nuestras reiteradas instancias.

Un rayo de luz viene ahora á iluminar mi entendimiento, carísimos hermanos. Nosotros hemos designado á María con el nombre misterioso de místico y espiritual Estramonio, cuya flor, segun os in-

sos. Seremos felices, porque habremos permanecido fieles á los mandatos del Altísimo; estaremos contentos, porque sentiremos satisfechas las aspiraciones de nuestro corazon; y nos creeremos dichosos, porque estaremos seguros ya de obtener la mayor de las gracias, la salvacion eterna. ¡Oh Oracion! Oracion! sé tú, pues, desde hoy, en lo sucesivo, la compañera inseparable de nuestros lábios; el manjar sabroso de nuestras almas!... Mas, ¿á quién dirigiremos, en primer lugar, nuestras súplicas, carísimos hermanos? Las dirigiremos á nuestra Madre, á María.

¡Oh Vírgen afortunada, místico espiritual Estramonio de los jardines del cielo! ¡Oh! mirad en este momento la frialdad de nuestro lábio, la tibieza de nuestro corazon! Distraida siempre nuestra imaginacion por objetos de ningun valor, siempre propenso nuestro ánimo á buscar en la tierra la paz, el contento, la alegría y el refrigerio, hemos omitido y despreciado aquella incesante oracion, que, ordenada por boca misma de vuestro Hijo santísimo, nos hubiera sostenido en esta tierra de destierro, y fortalecido con la esperanza de un dichoso porvenir. ¡Oh Madre Santísima! Vos, que desde vuestro misterioso jardin, no cesais de llamarnos con la elocuente voz de vuestras místicas flores, alcanzadnos esta gracia, haced que nos sea familiar y dulcísima la fervorosa oracion. Os lo pedimos ¡oh Madre! por las oraciones mismas que, continuamente, elevasteis al trono de vuestro amorosísimo Dios. ¡Oh! consoladnos, Madre tierna, y haced, que siendo fieles á vuestro Hijo, encontremos en la oracion el pasto del alma, el refrigerio de la vida, la proteccion en la muerte, el triunfo, la gloria y la felicidad eterna en los cielos.

DIA QUINCE.

EL ESTRAMONIO,

Ó SEA:

CALIDADES DE LA ORACION.

Petitis, et non accipitis, eo quod male petatis.

Pedís, y con todo no recibís, y esto porque no pedís como conviene.

(SANT. IV, 3.)

El orar, es, pues, mis amados hermanos, un acto necesario é indispensable; así Dios nos lo manda, y á ello, igualmente, nos obliga imperiosamente nuestra naturaleza misma viciada y corrompida. Empero ¿cómo se explica, que, tan á menudo, nuestras oraciones sean infructuosas? Si Dios mismo nos manda que oremos, ¿cómo es que muchas veces desatiende y desecha nuestras oraciones? Si nos aconseja la oracion para fortalecer nuestra natural flaqueza, ¿por qué, pues, la deja vacía de toda gracia, desprovista de todo favor? ¡Oh Vírgen Santísima! Vos que sois nuestro auxilio y fortaleza; ¡oh místico y espiritual Estramonio! que elevabais incesantemente vuestros perfumes hácia el Altísimo; ¿qué nos contestais sobre este punto? qué consuelo nos ofreceis ahora en medio de nuestras dudas? qué seguridad nos dais en nuestros temores? Vuestro Hijo no nos escucha, y, por lo mismo, nosotros corremos hácia vuestro trono suplicantes. ¡Ah! instruidnos, iluminadnos, enseñadnos, reveladnos, pues, por qué causa vuestro Hijo Santísimo no se digna escucharnos; por qué motivo nos arroja de sus plantas; por qué se oculta á nuestras reiteradas instancias.

Un rayo de luz viene ahora á iluminar mi entendimiento, carísimos hermanos. Nosotros hemos designado á María con el nombre misterioso de místico y espiritual Estramonio, cuya flor, segun os in-

diqué en la noche de ayer, es, entre todas, la más adecuada para simbolizar en el jardin de la Iglesia la Oracion y la Súplica. Ahora bien; ¿la súplica de nuestros lábios es tal, acaso, que pueda ser figurada bajo ese símbolo misterioso? Permitidme una simple comparacion. Fíjese bien vuestra atencion, amados hermanos, en esa planta deliciosísima. Ahora ya no os recordaré cuanto sobre ella os manifesté en el dia anterior; ya no os hablaré de su colorido exterior de púrpura, con el cual se embellecen sus flores; ni de aquella majestuosa elevacion de sus troncos, que la hace superior á todas las demás plantas que la rodean; ni del hecho de abrirse en medio de las tinieblas de la noche; ni de su amor á la soledad y al retiro, que la hacen, por lo mismo, más preciosa y grata. Ahora prescindiré, absolutamente, de todo eso, y solamente me propongo recordaros tres propiedades de esa planta escogida, las cuales son las más adecuadas para enseñarnos las condiciones de que debé ir acompañada nuestra oracion.

Notadlo bien, hermanos mios; tres maravillas distinguen esa planta preciosísima; el interno candor de las flores, que superan á la luz en resplandor, y á la nieve en blancura; el humilde recogimiento de las mismas, permaneciendo siempre á cubierto de sus majestuosas hojas; y, finalmente, aquel perfume incesante, que nunca disminuye, ni por variar de terreno, ni por el transcurso del tiempo. ¿Lo entendeis, mis amados hermanos? El interno candor de las flores simboliza la fé; la ocultacion de las mismas entre sus hojas, figura la humildad; la circunstancia de no disminuir jamás sus perfumes, significa la perseverancia. La fé, la humildad y la perseverancia, hé ahí, pues, lo que hizo que la oracion de María fuese verdadero Estramonio espiritual en los jardines del cielo; la fé, la humildad y la perseverancia, hé ahí lo que ha de hacer nuestra oracion eficaz y fructífera.

¡Oh Madre amorosísima! ¡Ah! Vos, que hablais con tal elocuencia á vuestros hijos, venid en socorro de su flaqueza! Así, nosotros, hermanos mios, instruidos por ese místico y espiritual Estramonio, siendo confiados, humildes y perseverantes en el pedir, experimentaremos la eficacia de nuestras súplicas, y sabremos por experiencia, que el Señor muéstrase propicio, y que derrama sus miradas con abundancia sobre aquellos que sinceramente le invocan. Saludemos á María con el Angel: A. M.

El místico y oloroso Estramonio, con el interno candor de sus maravillosas flores, nos enseña la primera y esencialísima propiedad que

debe tener la oracion cristiana; la fé. Y aquí, para no incurrir en error alguno, bueno será explicar, desde luego, que se entiende por esa fé necesaria á nuestras súplicas. Esa fé, hermanos mios, ejerce una doble funcion; en primer lugar, sobre el entendimiento; y en segundo lugar, sobre la voluntad. Reside la primera en el entendimiento, induciéndonos á creer con firmeza invencible, que Dios, el misericordiosísimo Dios, nuestro Padre amoroso, y nuestro todo, movido por su inmensa bondad, obligado, por decirlo así, por sus divinas promesas, se dignará concedernos las gracias que pedimos. La segunda de dichas funciones reside en nuestra voluntad; y fundándose en la concebida certeza, nos induce á esperar, sin vacilacion ni recelo alguno, que hemos de alcanzar dichas gracias: de esta suerte, nuestra alma, fortalecida y animada con tal esperanza, fundada en la fé, ruega, imita y hace violencia, por decirlo así, al corazon mismo de Dios.

¡Oh almas tibias, que empezais vuestras súplicas con el temor de que ellas no han de ser atendidas, que dudais de la misericordia, de la bondad y de las divinas promesas; ¿cómo quereis que sean eficaces vuestras oraciones? Pues que! ¿acaso no estais viendo, que la eficacia respecto de vuestras oraciones no se os promete sino bajo la condicion, de que éstas vayan acompañadas de la confianza? Vosotros alcanzareis todo aquello que pidiereis, decia Jesucristo; mas solamente lo alcanzareis cuanto rogareis con fé: *Omnia quæcumque petieritis in oratione credentis accipietis* (MATTH. XXI, 22). Y el apóstol Santiago, expresándose todavía en términos más expresivos, nos dá más claramente á entender, que todo aquel que solicite gracias de Dios, debe pedirlas con fé, sin duda ni vacilacion alguna: *Postulet autem in fide nihil hæsitans* (I, 6). Así, pues, empleando yo para el caso el símil que nos ofrece dicho apóstol, os pregunto: ¿habeis visto alguna vez, mis amados hermanos, el mar cuando se halla combatido por los vientos más furiosos y contrarios, como movido de una fuerza interna y de un interior impulso? Agítanse sus olas, vomita raudales de espuma, estréllase contra los escollos; ora retrocede hácia su centro, ora se aproxima á la orilla; unas veces se inclina á diestro, otras á siniestro; tan pronto sus aguas se elevan, como descienden á lo más profundo. Pues bien, tal aparece, precisamente, el hombre que ruega sin fé; ese hombre siente tambien su alma agitada por los vientos de la funesta duda, sumergida en las olas de un opresivo temor, combatida por las corrientes de una desoladora incertidumbre.

Así, pues, es siempre el mismo apóstol quien habla, no piense se-

mejante hombre conseguir gracia alguna del Señor: *non ergo existimet quod accipiat a Domino*. Segun san Agustin, la súplica que carece de fé, no tiene eficacia alguna; le falta el vigor, le falta la vida: es una súplica muerta, es un cadáver yerto, es una nonada: *Si fides deficit, oratio perit* (Serm. xxxvi). La fé, ó mejor dicho, la confianza es, precisamente, segun el melífluo Doctor, aquella planta omnipotente, que somete á su imperio todo el territorio que ocupa. Y prescindiendo ahora de toda metáfora, puede asegurarse, que la confianza hace eficaces nuestras oraciones: *quæcumque petieritis in Oratione, credentes accipietis*. Al decir del angélico Doctor, si bien la oracion, en cuanto á la eficacia respecto del mérito, debe apoyarse en el amor; en cuanto á su eficacia, respecto de la invocacion, segun nos enseña el mismo Doctor, debe apoyarse en la fé. Roguemos, pues, roguemos con fé, y obtendremos toda gracia, y todo será posible para nosotros: *omnia possibilia sunt credenti* (Marc. ix, 22).

Admirad ahora, amados hermanos, la fuerza de la oracion cuando va acompañada de la fé. Hallábase María con su querido Jesús en las bodas de Caná, cuando hé aquí, que hácia el fin del banquete, llega á faltar, por un caso inesperado, el vino en las hidrias. Advierte el hecho la Vírgen amorosísima, y movida de compasion hácia los dos esposos, cual místico y espiritual Estramonio, con el interno candor de sus flores, vuelve, confiada, los ojos hácia su Hijo, y le dice: no tienen vino. Con estas palabras, María quería decir: muestra con un prodigio tu poder. A tal súplica no se rinde Jesús, ántes bien, volviéndose hácia su Madre, le contesta: Aún no ha llegado mi hora. A esa inesperada respuesta, la Vírgen no se perturba en manera alguna, sino que confiada en el candor de sus flores, está tan cierta del futuro prodigio, tan persuadida de la bondad de su Dios, que, llamando á los siervos: Haced, les dice, lo que mi Hijo os dirá. Hermanos mios; tanto candor de fé en María no podía ménos de triunfar del corazon mismo de Dios. Así fué, que anticipando el Redentor la hora de los milagros, quedaron satisfechas las súplicas de la Vírgen, vióse trocada en vino el agua de las hidrias, y pudo admirarse el poder de la criatura ante la majestad del Altísimo.

Mis amados hermanos; si nuestros ruegos fueren acompañados de un candor de fé semejante, ¿tuviéramos acaso motivo para quejarnos de su ineficacia? ¿Tuviéramos, por ventura, que afligirnos por no ser atendidos por Dios?

Empero, ese místico Estramonio, que embellece sus flores con el más brillante candor, ocúltalas al mismo tiempo en la abundancia de sus hojas. Y hablando sin velo, puede decirse, que la oracion que se

halla animada de la fé, desea cubrirse y ocultarse bajo el manto de la más profunda humildad. La fé y la humildad, hé ahí las alas sobre las cuales debe remontarse hácia el Empíreo. Sí, es verdad, amados hermanos, y yo mismo os lo he indicado, que la oracion, respecto á la eficacia para obtener gracias, debe apoyarse en la fé; tambien es cierto, á la vez, que esa fé no será agradable al Señor si no va acompañada de una sincera humildad. ¿A quién debo yo hacer, pues, dice el Señor, el objeto de mi misericordia, sinó al pobre de espíritu, á aquel que teme mis mandatos? ¿No fué acaso en la humildad, en lo que se fundaba Daniel, cuando decía al Señor: ¡Ah! no atiendas á nuestros méritos, sinó á tus infinitas misericordias? Observadlo, sinó, hermanos mios, en la oracion del Fariseo y del Publicano. Aquél rogaba con la frente erguida y arrogante, sin dignarse siquiera doblar su rodilla al suelo; y daba gracias al Señor ¡oh funesta impiedad! porque él no era, como tantos otros, soberbio, injusto ni vengativo, y, principalmente, porque no era como aquel Publicano que tenía detrás. Este, por el contrario, golpeándose fuertemente el pecho, en señal del más vivo dolor, y teniendo sus ojos fijos en el suelo por humildad, pedía al cielo perdon por las faltas cometidas, é imploraba de su Dios proteccion y auxilio. Pues bien; ¿qué sucedió? Que el primero salió reprobado, y el segundo halló gracia á los ojos de Dios.

¿Cuál es, pues, carísimos hermanos, vuestra oracion? Si yo pudiera penetrar en vuestro interior, decidme: ¿no observaría allí, por ventura, pensamientos inútiles y nocivos del mundo, de vanidad, de locura, acompañando ¡ay! y con cuanto detrimento de vuestra alma, vuestras oraciones? ¿Acaso no me fuera dado notar aquellas voluntarias distracciones, que vienen á interrumpir, de vez en cuando, vuestras peticiones? Y ¿cómo dejaría de ser ello así, hermanos mios? Aunque mi mirada no pueda excudriñar vuestro interior, ¿no me sobran, por ventura, motivos para hacer tal deduccion, juzgando simplemente por vuestro exterior? Esas inútiles frivolidades, esas risotadas reprensibles, y ese divagar de las miradas, ¿no hablan, por ventura, con harta elocuencia? ¿No están diciendo, que por nada se tiene en cuenta el sentimiento interior de la majestad del Altísimo; que no se considera de modo alguno la propia miseria, la propia nada; que, finalmente, semejante oracion en manera alguna está fundada en la santa humildad? ¡Ah! hermanos mios, aquí os repetiré yo con san Bernardo: si quereis que sea eficaz vuestra oracion, fundadla en todo género de humildad: *in omni humilitate* (Serm. V, *in Quadrag*). Fundadla en la humildad interior, humillándoos ante la

majestad del Altísimo con el entendimiento y con el corazon; fundadla en la humildad exterior, procurando que ésta se refleje en la compostura de vuestro rostro, en la modestia de vuestras miradas, y en el recogimiento de toda vuestra persona; y entónces, en realidad, vuestra oracion, cual oloroso perfume de espiritual Estramonio, se elevará hácia el Altísimo; entónces, ciertamente, descenderán sobre vosotros, á manera de lluvia saludable, las misericordias divinas.

Aprended, carísimos hermanos, ó mejor dicho, aprendamos todos de María. Contemplemos como Ella, cual místico y celestial Estramonio, oculta sus cándidas y olorosas flores en la abundancia de sus hojas, bajo el manto de la más profunda humildad. En la exposicion que os hice de su Cántico, pudisteis admirar las elevadas ideas y los sublimes conceptos de que se sentía embargada y transportada, por decirlo así, la mente de María; mas, al mismo tiempo, pudisteis observar, el abismo de humildad en que se hallaba sumergida su alma. Ella, delante de la majestad del Altísimo, á la vista de su nada, no puede resistir; se esconde, se humilla, se anonada, se declara la sierva de Dios; y entónces, pasando su humildad, desde lo interior á lo exterior, se postra, fija en el cielo su mirada, sepulta en el polvo su frente, teme ofender con un sólo paso al Altísimo. Los Ángeles la contemplan y se asombran: colócanse en torno de ella, inclínanse en su presencia, la saludan, arrojan á sus plantas las más preciosas florecillas; y María apercibese de ello, experimenta su asistencia, gusta de la suave fragancia; mas eso mismo le sirve de estímulo para guardar mayor recogimiento interior, para concentrar más y más su amor dentro de su corazon, y humillarse cual sierva y esclava. Dios la mira, y complácese en ella; desciende sobre ella con la abundancia de sus consuelos: tales consuelos la enaltecen, la levantan de la tierra, arrebatan sus sentidos; la rodean de luz y de resplandor eterno; y María considérase indigna de tantas gracias; María escóndese bajo el manto de su humildad; María no sabe persuadirse ella misma de su felicidad. Y en medio de su anonadamiento, Ella ruega; en su humillacion, suplica; y en la consideracion de su nada, deja oir su voz; y Dios la escucha, Dios la satisface, Dios la consuela. Y no creais, que esta humildad dejara de observarse en María, cada vez que ella renovaba sus fervorosos ruegos. Sí; ella era la inseparable compañera de sus frecuentes oraciones; y este era el sentimiento que reinaba en su corazon, no ménos que en su exterior, cada vez que dirigía el pensamiento hácia su Dios. ¡Ay de nosotros, hermanos mios, si en vista de unos ejemplos tan luminosos no despertáramos de nuestro letargo!

Finalmente; nuestra oracion debe ser suave perfume de espiritual Estramonio, que jamás disminuye en el decurso del tiempo. ¡Almas pusilánimes, que cansadas de orar al ver que no sois escuchadas, renunciais enteramente á vuestras oraciones! ¿Qué creeis conseguir, pues, con esa inconstancia? ¿Ignorais, acaso, que el mejor medio para obtener gracias es la perseverancia en pedirlas? ¿No es, por ventura, Ella, la tierna Madre, la que se complace en dar sus dones á sus tiernos hijos por el placer de verlos en torno de sí pidiéndoselos? ¿No es Ella, acaso, el Padre amoroso, que si niega las peticiones á sus hijos, es, solamente, para que éstos se hagan más dignos de las gracias solicitadas?

Pues bien; si la perseverancia nos hace más queridos de nuestro Dios, y más dignos de las mercedes pedidas; ¿á que cansarnos de orar y pedir? Si el ciego de Jericó no hubiera gritado por segunda vez: *Jesu filii David, miserere mei* (Marc. x, 4), ¿hubiera, acaso, recobrado la vista? Y el Paralítico del Evangelio, que, durante más de cinco lustros estuvo pidiendo su curacion, ¿la hubiera obtenido, por ventura, si un solo dia ántes se hubiera cansado de implorarla? Y nosotros, hermanos mios, por haber rogado solamente unos pocos dias, ¿debiéramos, acaso, ya cansarnos, debiéramos ya desistir? ¡Ah! Dios, dice San Gregorio, quiere ser rogado, violentado, importunado con nuestras súplicas. *Vult rogari, vult cogi, vult quadam importunitate vinci* (*in* Ps. vi, 1). ¿Lo oís? sin la perseverancia no obtendreis merced alguna del cielo: *Obtinere in sola precum mora est* (S. Hil. com. vi in Matth).

¿Quereis, pues, una gracia? Pedídsela á Dios. ¿Tal vez no os la concede? Proseguid en la oracion. ¿Acaso parece permanecer sordo á vuestra clamor? Redoblad vuestras súplicas. ¿Quizás transcurrieron ya meses enteros, y aún largos años, del mismo modo? No importa; perseverad: vosotros movereis, finalmente, el corazon de Dios: Él os consolará; vosotros alcanzareis la gracia; y la alcanzareis, tal vez, más abundante que no le pedís. *Obtinere in sola precum mora est.*

Tambien sobre esto, mis amados hermanos, nos dió un ejemplo María. Cual inmortal Estramonio, que nunca cesa de exhalar perfumes, Ella rogaba en el Templo al Señor por la comun reparacion; afligida por los males de que se hallaba oprimida la enferma humanidad, elevaba fervorosas preces al Altísimo, á fin de que enviara sobre la tierra al Redentor prometido; Ella rogaba con los antiguos Patriarcas, para que el cielo se abriera y lloviera al Justo; para que de la fecundada tierra brotara el Salvador; y á pesar de que el cielo parecía permanecer sordo á sus voces, no por eso dejaba Ella de ele-

var sus suaves perfumes hácia el trono excelso de Dios. Y cuando el Angel del Señor, bañado en luz, coronado de flores, y revestido de gloria, descendiendo desde lo alto del Empíreo con sus doradas alas, se muestra ante ella en el humilde aposento de Nazareth, para anunciarle, cual embajador celestial, el sublime misterio de la divina Encarnacion; María hállase precisamente de rodillas en dicho aposento, enteramente absorta con su Dios, en rogar por el mismo fin, es decir, para que apareciera, por último, la luz, el consuelo, el Redentor del mundo. Y ¡dichosa Ella! que vió sus súplicas, no sólo atendidas, sinó que alcanzó mucho más de lo que pedía. Ella pedía al Señor, que Él amaneciese como la luz de los cielos, que descendiera como rocío de las nubes, que brotara como una flor sobre la faz de la tierra; y Ella misma se ve entónces elegida cual cielo, de donde debía surgir la luz; cual nube, que derramar debía la lluvia,; cual tierra, que debía producir la verdadera flor de los siglos: el Redentor del mundo.

Perseverancia, pues, carísimos hermanos; pero, que esa perseverancia vaya acompañada de la humildad, y esa humildad unida á la confianza. Confianza, humildad y perseverancia; hé ahí las bellas condiciones, las cuales, si se hallaren en nuestra oracion, la harán eficaz y fructífera.

¡Ah! cesen, pues, ya de una vez, esas injustas lamentaciones de tantos cristianos modernos, los cuales al observar, que sus súplicas carecen de eficacia, no temen acusar por ello á Dios mismo, como si éste, casi sordo é insensible, no les quisiera mirar con ojos de clemencia y de amor. ¡Ah! desdichados! en nosotros mismos hemos de buscar la causa de que Dios no nos escuche. Nosotros rogamos, es cierto; mas, ¿qué genero de súplicas son las nuestras? ¿Apóyanse ellas siquiera en cierto grado de confianza? ¿Van, por ventura, acompañadas de una profunda humildad? ¿Son, acaso, coronadas de una perseverancia cristiana? ¡Ah! cuán diferentes, hermanos mios, son nuestras oraciones!

Nosotros nos preparamos para la oracion con la incertidumbre, la desconfianza y el temor: en tal acto nos acompaña la inmodestia, la distraccion y el orgullo; nos quejamos de Dios porque rogando de tal suerte, no nos escucha; descuidamos la oracion, casi estoy por decirlo, ántes aún que nuestras voces lleguen al trono excelso de Dios.

¡Ah! hermanos mios; no nos forjemos ilusiones en daño nuestro. La oracion, no cabe dudarlo, es la fuente de todo bien, es el medio para obtener toda gracia, el arma para sostener todo combate; mas,

no toda súplica, no toda oracion reunen esas condiciones. Todas esas ventajas sólo puede ofrecerlas la oracion, que nos ha enseñado esta noche, con su ejemplo, nuestra Madre María: la oracion confiada, humilde y perseverante.

¡Ah! no sea, pues, infructuoso para nosotros vuestro ejemplo ¡oh María! Hartas veces nosotros mismos hemos tenido que confesar, que nuestras peticiones no eran escuchadas por Dios, por carecer de aquellos dotes que, solamente, pueden hacerlas agradables á sus miradas. Nosotros rogamos, mas sin fé alguna en las promesas y en la bondad de nuestro Padre celestial; nosotros rogamos, mas acompañando nuestras súplicas con el orgullo de nuestro corazon; nosotros rogamos, pero cansados ya por haber elevado una sola vez nuestras voces al Empíreo, no volvemos á renovar nuestros gritos, ni reiteramos nuestras instancias, ni proseguimos constantes en nuestras oraciones.

¡Ah! Madre nuestra celestial! sacadnos de esta indiferencia; haced que no olvidemos jamás, que no es posible alcanzar gracia alguna de Dios, si no fuere pedida con confianza, con humildad y con perseverancia. De esta suerte, y procurando que nuestras oraciones sean tales, tendremos igualmente ocasion de ensalzar las misericordias del Altísimo, y de entonar himnos de gratitud á su soberana munificencia.

DIA DIEZ Y SEIS.

LA ROSA,

Ó SEA:

EL AMOR DE DIOS.

Dilige Dominum Deum tuum ex toto corde tuo.
Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazon.
(MATTH. XXII, 37.)

Si hasta el presente pareció bello á nuestros ojos el místico jardin, que nos ofrece el corazon santísimo de nuestra Madre María; si al ver las flores que en él germinan, nuestra mente permaneció extática, y nuestro ánimo sintióse sobrecogido de la más profunda admiracion; ¡oh! esta noche, preparad vuestros entendimientos para la contemplacion de las más sobrenáturales bellezas; disponed vuestros corazones para sentir el poder de los más vehementes afectos, los impulsos más amorosos y sublimes. La planta más deliciosa y agraciada, la flor más variada y preciosa, se ofrece, esta noche, á vuestras miradas, á la ternura de vuestros corazones: la Rosa, la delicia de los hombres, el ornato de los campos, la reina de las flores; la Rosa, el consuelo de las angustias, el lenitivo de los pesares, el bálsamo de los dolores; la Rosa, el emblema de la paz, la imágen de la juventud, el símbolo de la gloria: la Rosa.... Y ¿quién fuera capaz de describir el aspecto seductor de esa flor, sus formas agraciadas, la viveza de sus colores y la fragancia de sus suaves perfumes? Descollando bella y majestuosa sobre sus elegantes hojas; enriquecida toda ella con las galas más preciosas, las cuales van descubriendo, paulatinamente, su belleza nativa; humedecida levemente por el rocío de la mañana, sin sufrir el menor daño de los benignos rayos del sol más brillante; dicha flor ostenta en sí misma, todas las bellezas que se hallan esparcidas por el universo: ella parece un astro que resplandece en el cielo; una piedra preciosa que embellece los mares; una luz que irradía la tierra. El Iris más bello no bastára para expresar la variedad de sus tintes. Si ella se reviste de color amarillo, parece llama la más esplendente; si se distingue por su color encarnado, nada es, en su comparacion, la púrpura; si es blanca, y brilla por su candor, semeja á la luna serena y esplenderosa. Y esa flor, tan pronto nos seduce por sus especies, como nos enamora por sus infinitas variedades, y nos embelesa por sus innumerables encantos.

¡Oh flor maravillosa! tus encantos seductores, tus vivos colores, tus formas graciosas, tu fragancia exquisita, y tu esplendor sin par, nos hablan con lenguaje el más maravilloso, de aquel afecto del corazon el más tierno y suave, el más vivo y ardiente, el más poderoso y duradero; afecto grato, que arrebata y ensalza, ablanda y consuela, despoja y reviste, alienta é ilumina, sublima y diviniza; afecto suavísimo, que comunica belleza á la expresion, vivacidad á los ojos, calor á las lágrimas y esplendor al semblante. ¡Oh afecto purísimo! tú, que eres la paz de toda alma, el reposo de todo corazon, el incendio de todo pecho; ¿cómo no revistes nuestra alma, no rodeas y compenetras nuestro espíritu?

No es necesario, mis amados hermanos, que yo os dé ahora nuevas explicaciones; harto comprendereis vosotros mi lenguaje. El amor, el amor purísimo, nuestro amor á Dios, hé ahí el objeto de mi discurso; hé ahí el afecto hácia el cual nos llama y nos invita la mística Rosa, la verdadera flor de los campos, nuestra Madre María. ¡Oh! dichosos de vosotros, que sois capaces de tal afecto! ¡Afortunados de vosotros, á los cuales vuestra Madre invita á tan sublime grandeza! ¡El amor á Dios! Y ¿qué valor no tiene, pues, para el hombre el amar á su Dios? Por medio de este afecto, el hombre se eleva sobre sí mismo, se une inmediatamente con su Señor, y casi estoy por decir, que se diviniza; por medio de este afecto, olvida sus propios dolores, satisface sus aspiraciones, llena la inmensidad de su corazon; por medio de ese sentimiento adquiere todo bien, es colmado de toda riqueza y abunda en toda gracia.

Amemos, pues, hermanos mios, amemos á nuestro Dios, y especialmente en este dia (1), en el cual el Dios del amor, habiendo descendido sobre los Apóstoles, hizo de ellos unos hombres nuevos, revestidos de una virtud superior, convirtiendo sus corazones en hornos encendidos de la más ardiente caridad; ¡oh! en este dia salga de nuestro pecho una llama tal, que nos eleve con todo el ímpetu de

(1) Este sermon fué predicado en el sagrado dia de PENTECOSTÉS.

DIA DIEZ Y SEIS.

LA ROSA,

Ó SEA:

EL AMOR DE DIOS.

Dilige Dominum Deum tuum ex toto corde tuo.
Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazon.
(MATTH. XXII, 37.)

Si hasta el presente pareció bello á nuestros ojos el místico jardin, que nos ofrece el corazon santísimo de nuestra Madre María; si al ver las flores que en él germinan, nuestra mente permaneció extática, y nuestro ánimo sintióse sobrecogido de la más profunda admiracion; ¡oh! esta noche, preparad vuestros entendimientos para la contemplacion de las más sobrenáturales bellezas; disponed vuestros corazones para sentir el poder de los más vehementes afectos, los impulsos más amorosos y sublimes. La planta más deliciosa y agraciada, la flor más variada y preciosa, se ofrece, esta noche, á vuestras miradas, á la ternura de vuestros corazones: la Rosa, la delicia de los hombres, el ornato de los campos, la reina de las flores; la Rosa, el consuelo de las angustias, el lenitivo de los pesares, el bálsamo de los dolores; la Rosa, el emblema de la paz, la imágen de la juventud, el símbolo de la gloria: la Rosa.... Y ¿quién fuera capaz de describir el aspecto seductor de esa flor, sus formas agraciadas, la viveza de sus colores y la fragancia de sus suaves perfumes? Descollando bella y majestuosa sobre sus elegantes hojas; enriquecida toda ella con las galas más preciosas, las cuales van descubriendo, paulatinamente, su belleza nativa; humedecida levemente por el rocío de la mañana, sin sufrir el menor daño de los benignos rayos del sol más brillante; dicha flor ostenta en sí misma, todas las bellezas que se hallan esparcidas por el universo: ella parece un astro que resplandece en el cielo; una piedra preciosa que embellece los mares; una luz que irradía la tierra. El Iris más bello no bastára para expresar la variedad de sus tintes. Si ella se reviste de color amarillo, parece llama la más esplendente; si se distingue por su color encarnado, nada es, en su comparacion, la púrpura; si es blanca, y brilla por su candor, semeja á la luna serena y esplenderosa. Y esa flor, tan pronto nos seduce por sus especies, como nos enamora por sus infinitas variedades, y nos embelesa por sus innumerables encantos.

¡Oh flor maravillosa! tus encantos seductores, tus vivos colores, tus formas graciosas, tu fragancia exquisita, y tu esplendor sin par, nos hablan con lenguaje el más maravilloso, de aquel afecto del corazon el más tierno y suave, el más vivo y ardiente, el más poderoso y duradero; afecto grato, que arrebata y ensalza, ablanda y consuela, despoja y reviste, alienta é ilumina, sublima y diviniza; afecto suavísimo, que comunica belleza á la expresion, vivacidad á los ojos, calor á las lágrimas y esplendor al semblante. ¡Oh afecto purísimo! tú, que eres la paz de toda alma, el reposo de todo corazon, el incendio de todo pecho; ¿cómo no revistes nuestra alma, no rodeas y compenetras nuestro espíritu?

No es necesario, mis amados hermanos, que yo os dé ahora nuevas explicaciones; harto comprendereis vosotros mi lenguaje. El amor, el amor purísimo, nuestro amor á Dios, hé ahí el objeto de mi discurso; hé ahí el afecto hácia el cual nos llama y nos invita la mística Rosa, la verdadera flor de los campos, nuestra Madre María. ¡Oh! dichosos de vosotros, que sois capaces de tal afecto! ¡Afortunados de vosotros, á los cuales vuestra Madre invita á tan sublime grandeza! ¡El amor á Dios! Y ¿qué valor no tiene, pues, para el hombre el amar á su Dios? Por medio de este afecto, el hombre se eleva sobre sí mismo, se une inmediatamente con su Señor, y casi estoy por decir, que se diviniza; por medio de este afecto, olvida sus propios dolores, satisface sus aspiraciones, llena la inmensidad de su corazon; por medio de ese sentimiento adquiere todo bien, es colmado de toda riqueza y abunda en toda gracia.

Amemos, pues, hermanos mios, amemos á nuestro Dios, y especialmente en este dia (1), en el cual el Dios del amor, habiendo descendido sobre los Apóstoles, hizo de ellos unos hombres nuevos, revestidos de una virtud superior, convirtiendo sus corazones en hornos encendidos de la más ardiente caridad; ¡oh! en este dia salga de nuestro pecho una llama tal, que nos eleve con todo el ímpetu de

(1) Este sermon fué predicado en el sagrado dia de PENTECOSTÉS.

nuestro corazon hasta nuestro Dios, nuestro Padre y nuestro todo. Así me lo prometo, hermanos mios; y con tal confianza, me propongo demostraros, que el amor á Dios es el afecto más necesario, el más útil, el más digno de nuestro corzaon.

¡Oh mística y soberana Rosa de Jericó! ¡ah! que una llama de vuestro amor revista enteramente las almas y los corazones de cuantos nos hallamos en este templo congregados en vuestro honor! ¡Una llama de vuestro amor! ¡Oh! y ¿qué consuelo tan grande no fuera ese, pues, para nuestros corazones? ¡Ah! no nos la rehuseis, oh María! A. M.

Cuando el Altísimo dictaba la ley á su pueblo amado, desde las cumbres del Sinaí, la dictaba revestido de majestad y de esplendor, en medio de un aparato el más sorprendente y magnífico. Una luz intensa coronaba la cumbre del monte; espesas nubes rodeábanle por todas partes, y una densa niebla ocultábale á las miradas de Israel. Hablaba el Señor, y el cárdeno fulgor del relámpago, el serpenteo del rayo, el vibrar de la centella, el retumbar de los truenos, los temblores del monte, anunciaban su terrible voz. Dios escribía su ley y la promulgaba; Israel la recibía por conducto de Moisés, y cual precepto primero de ella, cual base y fundamento de toda la ley, hallábase allí escrito: Amarás á tu Dios: *Diliges Dominum Deum tuum* (Deut. vi, 5).

¡Dios excelso de los cielos! siéndoos Vos solo suficiente, y no teniendo necesidad de la criatura, ¿es posible que os sea tan grato el afecto de un hombre miserable, que llegueis á exigirlo en el primer precepto de vuestra ley? Sí, hermanos mios; por el amor debe empezar la ley dictada por Dios; y Dios mismo no puede dar su ley, si con ella no inculca su amor. ¿Y cómo ello no fuera así? Interrogad vuestro propio corazon, y, en su fondo, hallareis escrita una palabra, y esa palabra es el amor; allí hallareis un deseo infuso, y ese deseo es el amor; allí hallareis en perpétua agitacion un impulso, y ese impulso es el amor: empero, ese impulso lo hallareis conforme con el deseo; ese deseo engendrado por aquella misteriosa palabra; y esa palabra grabada por la mano misma de Dios.

¿Grabada por la mano misma de Dios? Y ¿dónde, pues, se halla grabada dicha palabra, de qué manera, y por qué razon? Allí, en el valle mismo donde declara, que quiere crear un sér que refleje su imágen y su semejanza; infundiendo en el corazon de ese sér los más ardientes deseos del bien, para llamarle á la posesion de una felicidad eterna. Y ese Dios, que forma el humano corazon para el amor, que siempre quiere verle en busca del bien, y que le destina á una eterna felicidad; ¿fuera, acaso, posible, que propusiera otro objeto á sus amores fuera de sí mismo? Y un corazon destinado para ir en pos del bien, cuya posesion constituya la felicidad eterna; ¿será posible, que se vea jamás satisfecho, amando otra cosa fuera de Dios? A vosotros mismos apelo, sobre ello, hermanos mios; decidme, pues: ¿habeis nunca hallado, acaso, en algun objeto, que no sea Dios, el contento de vuestras almas, la saciedad de vuestros deseos, la satisfaccion de vuestro corazon? ¿Pudisteis jamás hallar un reposo completo, cuando habeis compartido las delicias de vuestro amor con un objeto material y terreno?

Hablad, pues, ¡oh amantes de la tierra! ¿Podeis llamaros satisfechos de vuestros amores; dichosos en toda la extension de vuestros afectos? ¡Ah! no sucede así, me contestais, desde luego. Leo vuestra respuesta en el suspiro que exhala vuestro corazon. Sí; sólo el amor de Dios, bien único, esencial é infinito; sólo el amor de Dios es proporcionado á nuestros deseos; sólo el amor de Dios puede hacernos completamente felices; sólo el amor de Dios es un deber, una necesidad de nuestro insaciable corazon.

Bien así lo comprendió nuestra mística Rosa, nuestra Madre santísima; y por eso, una hoguera la más encendida consumía su enamorado corazon; hoguera ardiente, cuya luz resplandecia en sus ojos, se reflejaba en su frente y se ostentaba en sus lágrimas; hoguera ardiente, cuyas llamas tenían embargado su corazon, lleno su espíritu, é inundado su pecho; hoguera ardiente, á cuyos ardores, no pudiendo resistir sus propias fuerzas: ¡ah! sostenedme, iba gritando: sostenedme con flores, rodeadme de manzanas, porque desfallezco de amor! *fulcite me floribus, stipate me malis quia amore langueo!* (Cant. ii, 5). Y flores y manzanas, en efecto, venían á traerle los espíritus celestiales; y en las flores y las manzanas hallaba Ella nueva llama, nuevo incendio de amor. Y sucede así, hermanos mios, porque María en aquellas flores halla escrito á su Dios, y á su Dios halla igualmente escrito en aquellas manzanas; y admirando en unas y otras la sabiduría y el poder, la bondad y la clemencia de su Hacedor, parece que ellas le repiten: ¡ama á tu Dios! y comprendiendo su exquisita sensibilidad aquel mudo lenguaje, remonta el vuelo de su pensamiento á mayor altura; el suspiro de su corazon se exhala desde una profundidad mayor; siente su alma abatida, avasallada, conmovida, y postrada por un deliquio más intenso. No importa que la frescura la reanime, y que el perfume la vuelva en sí; en la frescura y en los perfumes Ella siente que debe amar á su Dios. Y si, movido á com-

pasion hácia Ella, su Amado la saca del profundo deliquio, Ella surge de nuevo revestida de nueva llama, despréndese del suelo, y es arrebatada en un éxtasis de amor. La grandiosidad de los cielos, la inmensidad de los mares y la extension de la tierra, son para Ella nuevos argumentos, que, manifestándole la grandeza y la misericordia de su Dios, la arrastran, por decirlo así, hácia el amor, y hácia un amor el más vivo, el más noble, el más intenso, el más sublime.

Mis amados hermanos; nosotros, que nos gloriamos de ser devotos de María; ¿amamos, acaso, de esa manera á nuestro altísimo Dios? ¿Es nuestro corazon una mística Rosa, bella por la viveza de su colorido, la delicadeza de sus formas, y por su aspecto agraciado? ¿Resplandece el candor en nuestras miradas, el carmin del pudor en nuestros lábios, y el calor de la modestia en nuestras lágrimas? ¡Ah! los hombres no aman á su Dios, dedicando todos sus afectos á las criaturas, al lodo, á la tierra! Mas ¡ay! si al ménos ellos hallaran en sus amores un rifrigerio en sus amarguras, un consuelo en sus penes, un lenitivo en sus dolores!

¡Oh Madre del santo amor! ¡Oh mística Rosa de Jericó, verdadera flor de los valles! ¡oh! háblanos con tus lábios celestiales; dinos qué cosa es el amor de Dios en el interior de un alma. ¿El amor de Dios? ¡Oh! mis amados hermanos; el amor de Dios es remedio de todo mal, la medicina de toda enfermedad, el alivio de toda pena. Hablen ahora, sinó por mí, aquellas almas dichosísimas que aman á Dios. ¡Oh almas afortunadas! ¿no sois vosotras, acaso, las que nos anunciais la anticipada posesion de la felicidad sobre esta tierra? Contempladlas, pues, hermanos mios, vedlas siempre alegres y siempre felices, nadando en la paz y el contento, en la alegría y la dicha. El amor las une á su Bien, las identifica con su corazon. Y por eso, si la miseria las persigue, con un transporte de amor, que les recuerda, que ellas deben asemejarse á su Amado, que careció por amor de ellas de lo necesario para la vida; se tranquilizan, se consuelan, y se conforman. Si alguna enfermedad las aqueja, con un arrebato de amor, que les recuerda, que deben asemejarse á su Amado, que sufrió en su cuerpo los más atroces tormentos; ellas sufren con paciencia y resignacion, y van gritando al Señor, que las hiera, que las abrase, que no cese de probarlas duramente. Si se ven el objeto de la envidia de enemigos y émulos, ellas, con un arranque de amor, que les recuerda que deben parecerse á su Amado, que se ofreció por blanco de los ódios y las venganzas de su pueblo; alégranse y regocijanse, cual hicieron los Apóstoles en los golpes y flagelaciones. Y por más que se multipliquen los trabajos, se redoblen las tribulaciones, y por pesadas que sean las cruces que oprimen sus hombros, todo lo vence la suavidad de aquel espíritu de que se hallan penetradas; y atadas, como Pablo, á las cadenas del amor, vivirán olvidadas de sí mismas, y más todavía de sus propias tribulaciones. Por eso las veis con la mirada serena, con la sonrisa en los lábios, y la tranquilidad impresa en su semblante, venciendo los obstáculos más insuperables, surcando las olas más impetuosas, resistiendo los vientos más embravecidos y contrarios.

¡Oh amor, fuente de felicidad y de contento! ¿Qué llamas no debiste encender, pues, en el corazon de María? ¿Qué vida, hermanos mios, qué vida fué más dolorosa que la de nuestra Madre Santísima? Mística Rosa, innumerables y punzantes fueron las espinas de su tallo; espinas de pobreza y de miseria; espinas de tribulaciones y de cruces; espinas de amargura y de pesar. Y las espinas punzan su alma en el pesebre de Belen, cuando careciendo de lo necesario, debe preservar del frio al desnudo cuerpo de su Hijo; ella entónces harto siente ¡ay! la terrible penuria; mas, con un acto de amor, que la une enteramente á su nacido parvulillo, tranquilízase y consuélase. Las espinas punzan igualmente su corazon en la huida dolorosa á Egipto; y espinas son para él el triste motivo del viaje, lo largo del camino, las dificultades de la empresa y la permanencia en medio de un pueblo bárbaro; mas el amor á su Dios, que guarda en lo íntimo de su seno; el amor á su Padre, que venera bajo el velo de una carne mortal; el amor á su Esposo, que abraza en su tierno Niño; ¡oh! ese amor la hace insensible á sus propios padecimientos. Y cuando éstos la atormentan con mayor violencia, cuando la afligen en mayor número, cuando parecen avasallarla y abatirla enteramente; sale de su corazon nueva llama, y ésta la reviste, la transporta, la sumerge en el seno mismo de Dios; de modo, que los pesares y las tribulaciones, no tienen ya fuerza suficiente para abatirla; y las tribulaciones y las cruces ni siquiera son apercibidas por su arrobado espíritu. La aurora con su apacible frescura; el sol, con la claridad de su luz; la noche, con la majestad del firmamento; los jardines, con la variedad de sus plantas; los montes, con lo imponente de sus moles; los valles, con la abundancia de sus mieses; los riachuelos, con la limpidez de sus olas; las aves, con sus gratos cantos; son las fuentes de las cuales ella saca el consuelo y el refrigerio, el bálsamo que mitiga sus dolores, la delicia que llena su corazon. En todos esos objetos, que se hallan siempre presentes en su memoria, ella reconoce á su Dios, le ama, y en su amor se goza; y ¡ah! dichosa Ella! cual mística Rosa, siempre esplendorosa y siempre serena, no sueña en otra cosa que en

el amor, no gusta otra cosa que el amor, mostrándose insensible á todo lo que no fuere llama de amor.

¿Cuando, pues, carísimos hermanos, nos persuadiremos, igualmente, de que en parte alguna se encuentra la verdadera paz del corazon que en el amor santo de Dios? Y ¿qué pudiéramos buscar, amando otras cosas fuera de Dios? ¿Cuáles fueran los nobles objetos de nuestros amores? ¡Oh Dios bondadoso! Esos objetos fueran unos objetos terrenales, unos bienes caducos, sombras fugaces, y, tal vez, tal vez, ¡ay! lascivias inmundas, culpas indignas, objetos de oprobio, de execracion y de infamia. Y ¿qué relacion tiene, pues, todo eso con nuestro corazon, amados hermanos? ¿Qué proporcion guarda con nuestra alma? Habiendo sido criados para el cielo, ¿qué mengua no es la nuestra, prefiriendo unos objetos, que, léjos de participar del bien para el cual hemos sido criados, muy al contrario, le persiguen y destruyen? Y ¿podrá, acaso, jamás manifestarse nuestra verdadera grandeza en el amor del lodo, y de la carne? ¿Donde se halla el hombre, una vez se ha hecho amador de la tierra y de las criaturas?

¡Ah, mis amados hermanos! el hombre sólo se manifiesta cuando ama á su Dios. El hombre sólo se revela, cuando, remontando el vuelo, fija su morada en los cielos; cuando desplegando todas las fuerzas, de las cuales se siente impelido, va á descansar en el seno de su Hacedor; cuando cambiando, por decirlo así, de naturaleza, va á identificarse con su Dios; entónces, sí, que, en realidad, se manifiesta toda la grandeza, la superioridad y la excelencia del hombre. Y en el ardor de esos afectos, en los cuales aparece más claramente sobre su rostro el destello de la luz divina; y en el ardor de esos afectos, en los cuales se muestra el destino que recibió esa criatura del supremo Hacedor; en ese ardor es, por último, cuando el hombre puede repetirse á sí mismo: yo fuí criado para lo infinito, y poseo un corazon, que, por sus aspiraciones y por su capacidad, puede llamarse casi infinito; un corazon, que sólo puede descansar en lo infinito, y hallar en él su felicidad eterna.

Y ¿no debiera, pues, hermanos míos, llamarse digno del hombre ese afecto, que tan claramente nos revela su natural grandeza, que le iguala, por decirlo así, acá en la tierra, con los moradores del cielo? Y ¿no es, acaso, en los impulsos del amor cuando el hombre, absorto enteramente en su Dios, llega á imitar la vida de los Santos mismos del cielo, á rivalizar con las llamas de los más abrasados Serafines? ¿No es, por ventura, en sus transportes de amor, cuando el hombre se hace el objeto del regocijo de los Ángeles, de la admiracion de los Santos, y de las complacencias del Altísimo?

¡Oh espíritus celestiales, Serafines los más amorosos y abrasados! vosotros, que movidos por un sacro terror, velais el rostro con vuestras alas! vosotros, que postrados y con la frente hundida en el polvo, extáticos, seguíais á todas partes á vuestra excelsa Reina, prontos á socorrerla cuando sus fuerzas la abandonaban, ávidos siempre de imitar las llamas de su corazon! ¡Oh! vosotros, sólo vosotros, podeis manifestarnos, cuán bella apareció ante las divinas miradas esa mística Rosa, esa sublime criatura: vosotros, únicamente, podeis decirnos, á qué grandeza de ánimo, á qué elevacion de mente, y á qué excelencia de impulsos llegó esa Vírgen, esa Madre, esa gloriosa Reina.

Rosa, que de cada dia va embelleciéndose más y más, persuadida de que el amor es el efecto el más noble, el más conveniente para la humana grandeza, parece no tener Ella otro objetivo sobre esta tierra, que amará su Dios. Y semejante al águila, que, despues de haber atravesado las nubes, reposa en los cielos, y fija su mirada en la luz del sol; la conversacion de María se halla siempre en los cielos, su mirada está fija siempre en el verdadero Sol de justicia. Y esa vision la conduce á la contemplacion de las divinas grandezas; esa vision arrastra su alma á la meditacion de las divinas misericordias; y una y otra penetran su corazon de tal manera, despiertan en él tal cúmulo de afectos, que, no pudiendo ya contenerlos en la estrechez de su pecho, los expresa con los lábios, los anuncia con la voz, y los publica con cánticos. Cuando Ella ve multiplicarse en sí misma las gracias del cielo, va aumentando, por su parte, el amor. Lo aumenta en la Anunciacion del Angel; lo aumenta en la Encarnacion del Verbo; lo aumenta en la Circuncision del Hijo; lo aumenta en la muerte, en la Resurreccion y en la Ascension del mismo. Y cual Rosa, que ya no puede recibir más gloria, ornato y explendor, se nos presenta María en la venida del Espíritu Santo. ¡Ah! sí, en aquel dia, su corazon, es ya incapaz de contener el amor que infundió en él su Esposo amantísimo, el divino Paracleto. De modo, que ya los ojos de María brillaron con el más vivo resplandor; su luz se derramó por todas partes, sus candorosas lágrimas fueron el más ardiente fuego. Ella hallóse en tal éxtasis de amor, hasta el punto de lamentarse con su Dios, por haberla concedido un corazon demasiado pequeño para amarlo.

Llenémonos, pues, de confusion, carísimos hermanos; ruborízese nuestro rostro de vergüenza ante este ejemplo tan generoso. Pues, qué! ¿acaso el amor no debe ser igualmente para nosotros como lo fué para María, el afecto más necesario, el más útil y el más digno?

¿No debe ser, por ventura, nuestro Dios para nosotros, lo que fué para María, el sér más perfecto y sublime, el Padre más benéfico y amoroso?

¡Ah! no llevemos, pues, nuestro error más léjos! Amemos á Dios; sí, amémos á Dios. Amémosle como nos lo enseña el Apóstol, con una fé sincera, práctica, operativa; creyendo, no solamente lo que Él nos ha revelado, sinó practicando, igualmente, cuanto nos manda y ordena. Amémosle con la inocencia de nuestra vida, con la limpieza de nuestra conciencia, y, sobre todo, amémosle con aquel candor y con aquella pureza, que transforma á los hombres en moradores del cielo.

Mas ¡ay! que yo ahora estoy observando que en la tierra sucede todo lo contrario! Aquí se cree, generalmente; pero, sin las obras; se tiene la conciencia aletargada, enferma el alma, y muerto el espíritu; y, entregados á la concupiscencia, veo á los hombres dirigiendo hácia la tierra, hácia la carne, hácia las miserias, y hácia los pecados, las llamas que debieran dirigir hácia Dios. Y entretanto, nuestro Dios, ese Dios tan grande, ese Dios omnipotente, ese Dios sapientísimo, de quien reconocemos haber recibido el sér, la vida, la redencion y la gracia; que nos ha llamado á su posesion, á su consorcio y á su reino; ese Dios, es desconocido; ese Dios, no es amado. ¡Ah miserables y desdichados! os hallais bajo el poder de la muerte; no soy yo quien os lo declara, es el amado Juan: *Qui non diligit manet in morte.* (I Ep. III, 14). Vosotros estais muertos á la gracia, muertos al espíritu, muertos para el Paraíso. Sobre vosotros pesa aquel terrible anatema, que fué ya lanzado por el Apóstol: *Si quis non amat Dominum nostrum anathema sit.* (I. Cor. XVI, 22). ¡Ah! si deseais libraros de tantos males, amad á Dios; amad á Dios; amad á Dios. Amadle; mas ese amor pedídselo á Él mismo; demandadlo á la Madre del casto amor, á María.

Sí, en esta noche ¡oh María! es cuando nosotros nos postramos á vuestras plantas, clamando con todas nuestras fuerzas, con la voz y con el corazon: Amor! Amor! Amor! ¡Oh María! oh Madre nuestra santísima! ¿pudierais, acaso, negarnos una peticion tan justa? ¡Ah! no: en este instante ya os vemos prosternada ante el trono de vuestro Esposo celestial, suplicándole, que así como Él descendió sobre Vos y sobre los Apóstoles en el Cenáculo, se digne, igualmente, descender, durante esta noche, sobre nosotros y sobre nuestras almas. ¡Ah! ceded, pues ¡oh Espíritu Santo! á los ruegos de vuestra inmaculada Paloma! Descended, en este momento, sobre nuestros miserables corazones. Venid ¡oh Espíritu divinísimo! y que un rayo de

vuestra luz ilumine las tinieblas de nuestra ignorancia. Somos pobres, es cierto; mas acudimos á Vos, que sois nuestro Padre: somos miserables; mas suplicamos á Vos, que sois el dador de todo don: somos ciegos, mas recurrimos á Vos, que sois nuestra luz. Venid ¡oh Consolador de las almas, huésped de nuestros corazones, refrigerio de nuestras penas! ¡Oh Luz beatísima! llenad los corazones de vuestros fieles. Y ¿qué pudiéramos nosotros sin vuestro auxilio? ¡Ah! lavad, lavad cuanto de inmundo hay en nosotros; regad la tierra estéril de nuestro corazon; sanad las heridas de nuestras almas; ablandad de una vez la dureza de nuestro pecho; avivad en nosotros el ardor de la virtud; dirigid nuestros pasos por el recto sendero. Descended ¡oh Paráclito Señor, descended sobre nosotros con la abundancia de vuestros dones. Séanos dado por Vos el poseer la virtud; séanos dado por Vos el alcanzar la gloria. ¡Espíritu divino! hé ahí la súplica que os dirigen vuestros siervos; hé ahí lo que os pide por nosotros vuestra Esposa María. ¡Oh! dichosos de nosotros, porque seguros ya de haber sido, por los ruegos de María, escuchados por Vos, creemos poder, en este instante, repetiros con toda la efusion de nuestros corazones: os amamos ¡oh Dios nuestro! sí, verdaderamente os amamos.

DIA DIEZ Y SIETE.

EL JAZMIN,

Ó SEA:

LA OBSERVANCIA DE LA LEY.

Tollite jugum meum super vos... et inveniotis requiem.
Tomad mi yugo sobre vosotros... y hallareis el reposo.
(MAT. XI, 29.)

Al abrigo de algun alto muro, y rodeado de olorosísimas rosas, veis, á veces, crecer magestuoso, mis amados hermanos, elevando sus tallos hácia lo alto al delicado Jazmin. Variada en sus colores dicha flor, unas veces aseméjase á la blanca nieve, otras al oro más brillante; y no pocas, os encanta por aquel color de púrpura tan vivo, con el cual se colora y embellece. Sus flores son múltiples, formando grupos y penachos distintos; sus hojas son diversas, dobles y opuestas entre sí, de forma ovalada y puntiaguda, simples y alternadas; sus diversos tallos son angulosos, flexibles y frondosos; y no obstante, ¡cosa maravillosa! hermanos mios; sumisa dicha planta al querer del agricultor que la dirige, la vereis siempre guardando la posicion que le fué, desde el principio, señalada. Por eso aquí, la veis inclinárse hácia abajo, para levantarse de nuevo con sus flores hácia arriba; y allí, formar con su ramaje un tejido el más maravilloso y sublime; acá, se ostenta como una hermosa cascada; acullá, os presenta unas guirnaldas las más sorprendentes y magníficas; unas veces, extiende y despliega sus tallos y os seduce por la excelencia de su verdor; otras, los recoge como para deleitar la mirada con estudiadas figuras; en todas partes, en fin, la veis sometida al arte ó á la naturaleza; siempre dócil á la mano del que la cultiva.

Carísimos hermanos; nosotros somos, igualmente, sarmientos, y

sarmientos de una vid muy fructífera, omnipotente y divina: *Ego sum vitis*, dice N. S. Jesucristo; *ego sum vitis, vos palmites* (JOANN. XV, 5); nosotros somos, igualmente, plantas del místico jardin, regadas con la sangre de Jesucristo, y nuestro cultivador es el Altísimo: tambien nosotros hemos sido colocados en la tierra para ocupar nuestra posicion, diversa en todos nosotros, segun la diversidad de los talentos, del estado y de la vocacion; y á ese fin nos ordena y dirige el celestial Agricultor; mas, ¿acaso, cual los flexibles tallos del delicioso jazmin, nos sometemos obedientes á los eternos principios de nuestro Agricultor? Y prescindiendo ahora de toda otra razon, ó pregunta: ¿abrazamos, practicamos, y observamos, por ventura, aquella ley fundamental, que á todos incumbe, indistintamente, y es, igualmente, necesaria en todo empleo, en todo estado, y en toda condicion?

¡Ah! hermanos mios, si sondeais vuestra conciencia, sólo oireis la voz del remordimiento, contestando á tales preguntas. No es ese, no, ciertamente, el ejemplo que de ello nos ofrece nuestra Madre Santísima. Cual místico y obedientísimo Jazmin, Ella encaminaba todos sus pasos, y enderezaba todos sus senderos, segun la voluntad del Altísimo, sin que motivo ni reflexion alguna fueran capaces de apartarla de su firme propósito. ¿Qué os detiene, pues, carísimos hermanos? si sois hijos de María, imitadla: sus ejemplos os son manifiestos. Si sois plantas del jardin de la Iglesia, someteos á las leyes que os impone el divino Agricultor.

Empero, harto claro veo que os excusais, pretendiendo, que esa ley es demasiado dura, y desproporcionada con la naturaleza de unos séres, cuales sois vosotros, débiles y miserables; que es superior á vuestras fuerzas, debilitadas por la culpa y el pecado; sí, vosotros os excusais, diciendo ¡desdichados! que esta ley, acá en la tierra, anula y empobrece á los que la observan; que no es posible esperar de ella ventaja alguna en el mundo del exacto cumplimiento de la misma; y que ántes bien ella os condena á la angustia, al oprobio, al envilecimiento y á la infamia: por eso, rebeldes á nuestro Agricultor, dirigís vuestros tallos á vuestro antojo, tomando la direccion que mejor cuadra á vuestros deseos, vuestras tendencias y vuestras naturales inclinaciones.

¡Ah, hijos alucinados! vosotros sois arrastrados al error por aquel mismo mundo que os persigue! ¿No veis aquella púdica Vírgen, que, semejante en su aspecto al variado Jazmin, cándida como la nieve, resplandeciente como el sol, y cuyas mejillas encendidas se parecen á la púrpura, se dirige hácia el Templo, para someterse á

una purificacion no necesaria? ¿No la veis santa ya, y enteramente colmada de perfecciones, buscando en el cumplimiento de la ley, nueva gracia y nuevo fervor? Esa es vuestra Madre, que os llama con su ejemplo á la observancia de la ley santa de Dios, puesto que esa ley es fácil en sus actos, y fecunda en sus frutos. Examinémosla con atencion; y la facilidad de la ley, junto con su utilidad, hará de nosotros en el jardin de la Iglesia, unos tallos flexibles de espiritual Jazmin, sometidos á la voluntad de nuestro Agricultor, de nuestro altísimo Dios. Pidamos ántes la gracia: A. M.

Tomad, decía N. S. Jesucristo á las muchedumbres, tomad mi yugo sobre vosotros: *Tollite jugum meum super vos* (MATTH. XI 29); tomad mi yugo, y hallareis el reposo para vuestras almas: *invenietis requiem animabus vestris* (IBID); porque suave es mi yugo y lijero el peso mio: *jugum meum suave est et oms meum leve* (IBID. 30).

Mis amados hermanos; si hubiere alguno entre vosotros, que considerase demasiado duro el yugo de Jesucristo, insoportable su ley; si hubiere entre vosotros alguno que, para eximirse de la observancia de la misma, creyera deber excusarse con la debilidad de sus fuerzas, la flaqueza de sus hombros, y lo enfermizo de su naturaleza; ¡oh! que se muestre y que se adelante ese sér, al cual yo no sabria como llamarle, si extraño, ó cobarde; que se muestre, repito, que se adelante, y exponga á Jesucristo mismo su debilidad, su enfermedad y su flaqueza.

¡Dios sapientísimo! Vos, criador del hombre; Vos, el promulgador de la ley que le fué impuesta; Vos nos estais diciendo en alta voz, que dicha ley es suave, lijero su peso, que ella trae á las almas la paz, el contento, y la alegría; y siendo así, ¿osarán vuestros siervos decir, que tal yugo es duro, insoportable y oneroso? Y ¿pudiéramos, acaso, suponer, hermanos mios, que mostrándose Dios tan solícito de nuestro bien, tan amante de nuestra felicidad, y tan piadoso en sus decretos, haya querido imponernos una ley desproporcionada á nuestra debilidad, á nuestra miseria y á nuestra naturaleza? ¡Pues, qué! ¿por ventura no conocia Él la fragilidad de la materia de que estamos compuestos? ¿Le era, acaso, desconocida la miseria de nuestro espíritu? Y si Él la conocia, si no le era ignorada, ¿cómo pudiéramos soñar siquiera, que nos haya querido oprimir bajo una carga la más onerosa y pesada?

Suponer que Dios no supo armonizar la fragilidad con la carga, y la miseria con el peso, fuera una blasfemia la más execrable y sacrílega. No, hermanos mios, un Dios de sabiduría, que impone, cual

Padre á sus queridos hijos, una ley, no pudo ménos de hacerla proporcionada á las fuerzas que miraba en ellos; no pudo dejar de hacerla dulce, suave y facilísima para sus corazones. Y á vosotros, sí, á vosotros mismos apelo ahora sobre ello; á vosotros dejo el imparcial juicio sobre este punto.

Decidme, pues; cuando el hombre ve que ha cumplido la ley, y sabe que ha permanecido fiel á Dios, ¿qué paz no siente en el fondo de su corazon, qué tranquilidad en su conciencia, que gozo en su espíritu? ¿No es, acaso, en tales actos, cuando experimenta el refrigerio que le prometió Jesucristo, con aquellas amorosas voces: Venid á mi todos los que estais trabajados y cargados, y yo os aliviaré? *Venite.... ego reficiam vos* (MATTH. XI, 28).

¡Ah! confesémoslo, mis amados hermanos; confesemos esa verdad, al comparar el yugo de Jesucristo con aquel yugo arbitrario, al cual el hombre se sujeta voluntariamente, viviendo apartado de la ley santa de Dios. Interrogad á aquel avaro, que dice, que es insoportable el yugo del Evangelio. ¡Dios mio! ¿serán, pues, dulces y suaves aquellas angustias, aquellos temores, aquellas mortales zozobras, que van unidas al culto que rinde á su despreciable metal? Interrogad á aquel impúdico, que pretende que dicha ley no fué hecha para el hombre, sinó para los Angeles: ¡santo Dios! ¿serán, pues, hechas para el hombre aquellas atroces sospechas, aquellas insufribles impaciencias, aquellos terribles celos, que acompañan á su impío delito? Interrogad á aquel hombre vengativo, que llama duro el perdon, penosa la paz é insoportable el saludo al prójimo: ¡Dios justo! ¿será, pues, lijera aquella perturbacion de la inteligencia y del semblante, aquella pérdida de la seguridad y de la paz, aquel cúmulo de temores y de ansiedades, que siguen á todas partes á la desenfrenada venganza? Interrogad á todos los pecadores que quebrantan la ley, sacuden el yugo y pisotean la carga: ¡cuán miserables no son todos ellos en medio de su ceguera! cuán dignos de lástima y de nuestras lágrimas! ¿Y, puede ser suave el remordimiento, que acompaña á la culpa; la incertidumbre, que es la recompensa de los impíos; la inquietud, que jamás abandona al malvado?

No quiero negarlo, sin embargo, hermanos mios; la ley es contraria á la satisfaccion de las pasiones; la ley es una carga para la carne; la ley es un yugo para la materia corrompida; y esa ley repugna á la soberbia, mortifica á la lascivia, y se opone á la avaricia: mas ¿osáramos decir, que el hombre fué criado para satisfacer la avaricia, la lascivia y la soberbia? ¿Pudiéramos envilecer, pues, hasta tal grado á ese sér tan grande, tan noble y tan glorioso? ¡Ah!

considérelo tal, en buen hora, el libertino y el malvado; en cuanto á nosotros, admiraremos en el hombre al sér más glorioso de la tierra, y como á tal, colocaremos en la observancia de la ley sus verdaderas glorias. El hombre podrá sentir, lo concedo, la repugnacia de los sentidos, la fragilidad de la naturaleza: pero, ¿qué socorro no hallará, por otra parte, en la gracia de su Dios, qué delicia al estrecharse con su Padre celestial?

Hé aquí, carísimos hermanos, lo que hace fácil y suave la ley. No estamos solos cuando la observamos; con nosotros está la gracia de Dios; ella es la que cura la fragilidad de nuestra naturaleza; ella la que disipa las tinieblas de la ignorancia; la que allana los obstáculos que nos salen al paso; la que da fuerzas á nuestro ánimo, valor á nuestra voluntad, magnanimidad á nuestro corazon. Y con esa gracia de Dios bien podemos exclamar con el Salmista: ¡Ah! cuán dulces son, Señor, en mis lábios vuestros preceptos! *Quam dulcia faucibus meis eloquia tua!* (Ps. CXVIII, 103). Y precisamente, á causa de la gracia de Dios, podemos repetir con el Apóstol: todo lo puedo en Aquel que me conforta: *Omnia possum in eo qui me confortat* (PHILIP. IV, 13), Por último; por medio de la gracia de Dios llegamos á ser tallos en el jardin de la Iglesia; pero, tallos flexibles de olorosos Jazmines.

¡Ah! en este caso, ¡cuán admirablemente nos asemejamos á nuestre Madre Santísima, al verdadero y espiritual Jazmin, cuyos odoríferos y flexibles tallos no tomaron otra direccion que aquella que le plugo imponerles el celestial Agricultor!

Para demostraros la obediencia de María, mis amados hermanos, sólo citaré un hecho, con preferencia á muchos otros que pudiera aducir en este lugar.

Habiendo sido fecundada por el Espíritu Santo, y elevada á la dignidad de Madre de su mismo Criador, María no había contraido mancha alguna, ni ninguna impureza legal. Conocedora, sin embargo, de aquella ley, que obligaba á toda mujer, despues de su parto, á purificarse en el Templo santo de Dios, á él se dirige con presteza apénas amanece la aurora del dia prescrito. Mas ¡ay! ¿qué es lo que vais á hacer, oh María? Vos, que os mostrasteis tan celosa de vuestra pureza virginal, hasta el extremo de renunciar, por tal causa, á la excelsa dignidad de Madre de Dios; Vos, vais á confundiros con las inmundas hijas de Adan? quereis asociaros con las que, para llegar á ser madres, han perdido la flor de la virginidad? quereis aparecer, como ellas, despojada de vuestro candor, con vuestra Azucena marchita, inmunda en vuestro cuerpo santísimo? ¡Ah! detened, pues, oh Vírgen

santísima, vuestro paso! En Vos no hubo mancha alguna que deba ser purificada; inmaculada es vuestra Azucena, intacto se halla vuestro candor. Considerad, ¡oh María! la dignidad de que os hallais revestida, los privilegios que os adornan, las gracias que os subliman. Vos sois superior á la ley; ésta no os comprende en manera alguna. Si dais un paso más por tal camino, si penetrais en el Templo, si ofreceis allí á vuestro Hijo, no olvideis, que renunciais á vuestra propia dignidad; que rebajais, igualmente, el honor de vuestro Hijo: en este caso, le mostrareis á la faz de la tierra como todos los demás hijos de Adan, manchado, contaminado, pecador.

Pues bien; ¿qué contestais á todo eso, oh María? Escuchadla, hermanos mios: Ella no profiere otras palabras que estas: así lo quiere la ley; hágase así, pues: harto dulce es para mi alma su observancia.

¡Ah! apresuraos de una vez, carísimos hermanos, á ser verdaderamente fieles al Señor. Recordemos, que si Él nos ha dado su ley, quiere que la observemos; y que, en suma, esa ley es dulce, fácil y suave: *Jugum meum suave est, et onus meum leve.*

Empero, bien echo de ver ahora, hermanos mios, que para inculcaros el amor de la ley, de poco serviría probaros la facilidad de su cumplimiento, si al mismo tiempo no os manifestase la utilidad de su observancia. Sí, cristianos; no sólo es fácil observar la ley; es, además, útil y provechoso.

¿Hay alguno entre vosotros, decía el moribundo Matatías, que suspire por la gloria, la grandeza y los honores? Acuérdese, pues, de nuestros padres, y de cuanto ellos hicieron para llegar á ser grandes. Abrahan ¿no fué, por ventura, hallado fiel en la prueba que de él se hizo, y le fué imputado esto á justicia? José, en el tiempo de su afliccion, observó los mandamientos, y vino á ser el señor de Egipto. Finés, porque se abrasó en celo por la honra de Dios en la ignominiosa conculcacion de la ley, mereció la promesa de su sacerdocio eterno. Caleb, por el testimonio que dió en la congregacion del pueblo, recibió una herencia. David, por su misericordia, se adquirió para siempre el trono del reino. Elías, por su abrasado celo por la ley, fué recibido en el cielo. Los tres niños de Babilonia fueron librados de las llamas por su fé. Daniel, por su sinceridad, fué librado de la boca de los leones. Y á este modo, id discurriendo de generacion en generacion: todos aquellos que ponen en Dios su esperanza, no desfallecen.

Vosotros, pues, hijos mios, sed constantes, no os amedrenten los fieros del hombre pecador: obrad vigorosamente en defensa de la

ley; pues, ésta será la que os llenará de gloria. Eso es, precisamente, hermanos mios, lo que obtienen los fieles observantes de la ley. Esos son aquellos á quienes todo sonrie; esos son los que nadan en la abundancia; esos son los que gozan en la tierra de las delicias del cielo.

Pues qué! ¿pudierais, acaso, creer, que al impío ha de aprovecharle el quebrantamiento de la ley? Si así lo creyereis, os engañaríais ciertamente. Que vengan aquí, pues, esos héroes, que cifran su suerte en la infracion de la ley santa de Dios. ¿Son, por ventura, esos tales, reyes ó soberanos? En tal caso, serán execrados por sus súbditos, por sus pueblos, por sus naciones. Y ¿podrá decirse, que siendo aborrecidos, reportan algun bien, y les es útil su transgresion? ¿Son esos transgresores, poderosos y temidos? En tal caso, no se hallará de seguro, quien sienta hácia ellos un sincero afecto, quien les mire con ojos benévolos. Y ¿pudierais llamar á un tal poder, un verdadero beneficio obtenido con su impiedad? ¿Son esos tales hombres de fortuna, hombres colmados de riquezas? En este supuesto, punza sus almas una espina cruelísima; les atormentan, á un tiempo mismo, la codicia y el temor; y este temor nunca está exento de sospechas. Y ¿pueden esos tales, por ventura, llamarse felices en medio de su infelicidad?

Y no me digais ahora, mis amados hermanos, que miéntras tanto, esos hombres prosperan, que disfrutan de todos los bienes de la tierra, y nadan en la opulencia y la abundancia. ¡Ah, cristianos! sondead por un momento el interior de tales hombres; observad aquel gusano que está royendo continuamente sus corazones, es decir, el remordimiento. Mirad cómo ese remordimiento está acibarando todos sus goces, cómo les hace miserables en medio de sus propias riquezas. Eso os está revelando su rostro, en el cual nunca podreis encontrar una afable sonrisa; eso os está indicando su mirada, en la cual jamás puede traslucirse la tranquilidad; eso os están diciendo sus conversaciones, con las cuales nunca se mezcla una palabra de paz, de consuelo y de alegría.

¡Ah! sí, sí; el verdadero bien, el verdadero provecho y la verdadera utilidad, sólo se encuentran en la observancia de la ley. Aquellos que la observan, son los benditos del cielo, segun la promesa hecha á Abrahan. Esos son la porcion escogida por Dios, segun la promesa hecha á Moisés. Esos son los dignos de las misericordias divinas, segun la promesa hecha á los Hebreos. Tales hombres podrán hallarse, tal vez, no lo niego, afligidos por los pesares, oprimidos por la miseria, perseguidos por los enemigos; mas ellos poseerán la

paz del corazon, la tranquilidad de la conciencia, la serenidad del ánimo. Ellos podrán sufrir, es cierto; mas su sufrimiento será suavizado por los gozos espirituales, por los consuelos celestiales y los favores divinos. Ellos serán agradables á Dios, bendecidos por Dios, amados de Dios. Dios será su refugio, su consuelo, su todo. ¡Animo, pues, oh cristianos! apliquémonos á la observancia de la santa ley, que, además de ser tan suave en sí misma, es útil y fructuosa para nosotros.

Demos ahora una mirada á nuestra Madre María. Ella, cual místico y espiritual Jazmin, dócil siempre á la mano del Agricultor supremo, sigue sus impulsos, sus movimientos y su voluntad; y si puede ser doloroso para su alma la generosa obediencia, halla, sin embargo, la compensacion en aquellas admirables Rosas, con las cuales se entrelazan los olorosos Jazmines, segun os he indicado en el exordio de este discurso. Sí, mis amados hermanos; la felicidad de María en la observancia de la ley santa de Dios, bien pudo, á primera vista, parecerle á Ella como una causa de afliccion y de dificultades, atendiendo á la profecía que le anunciaba futuros dolores. Empero, hermanos mios; ¿quién fuera capaz de calcular el gozo de su venturoso corazon, cuando vió desatarse la lengua del santo anciano Simeon para ensalzar las glorias de Dios; cuando vió á Jesús reconocido por verdadero Salvador del mundo; cuando oyó que Ana, la profetiza, entonaba el cántico del reconocimiento y del amor? ¡Ah! entónces su corazon fué colmado de alegría, lleno de júbilo, de dicha y de contento. Entónces Ella, con sobrada razon, llamó bienaventurado el momento en el cual, sumisa á la ley, presentóse en el Templo; consideró dichoso aquel dia, infinitamente amable á aquel Dios, que le había concedido y preparado tantas alegrías en recompensa de su fidelidad en la observancia de la ley. Entónces fué cuando su espíritu extático levantóse de esta baja region, y fué á reposar en la contemplacion de Dios.

Y lo que le sucedió á María, en la Purificacion, verificóse tambien en Ella cuantas veces, cual flexible tallo de variado Jazmin, se mostró obediente á la voluntad de Dios. Para obedecer al divino Agricultor, dirígese á la casa de Elisabeth; y allí, cual dadivoso Jazmin, mézclase con las Rosas, por las salutaciones que recibe de su venturosa cuñada. Para obedecer al divino Agricultor, Ella va á Egipto; y allí tampoco á ese delicioso Jazmin le faltan las Rosas, pues ve caer por tierra los ídolos Egipcios. Para obedecer al divino Agricultor, finalmente, asciende á la cumbre del Calvario; y allí extiende majestuosamente sobre el árbol, del cual pende su Hijo desangrado,

los olorosos tallos del más magnífico Jazmin; allí tambien, sobre aquel tronco mismo, ve aparecer las Rosas más preciosas y agradables, al oir que se la llama Madre de los hombres, corredentora del mundo, salvacion de la tierra.

¡Ah, cristianos! observemos tambien nosotros la ley santa de Dios, y sabremos, por experiencia, que no solamente es fácil, lijera y suavísima, sinó, además, útil, fructífera y provechosísima. Digan, pues, lo que quieran los impíos de nuestro siglo; ridiculicen en buen hora á aquellos que se someten al yugo con alegría; agucen el ingenio para probar, á su manera, que esa ley no existe, que la libertad humana no ha sido coartada por Dios; marchen, si así les place, por los anchos senderos de la iniquidad y del pecado: ¡desventurados! y cuán dura no es la culpa para vosotros! de cuántas amarguras no es ella para vosotros la infausta mensajera!

Carísimos hermanos; iluminados esta noche por el ejemplo de María, hemos reconocido la facilidad y la utilidad de la ley; empecemos, pues, desde luego, una vida verdaderamente cristiana. Desde este momento, sea para nosotros sacrosanta la ley; desde este momento, procuremos no cometer accion alguna, que no sea segun el espíritu del Evangelio.

Y Vos, Vírgen fidelísima, que obediente siempre, cual flexible tallo del místico Jazmin, os mostrasteis pronta á la observancia de una ley, que en manera alguna os obligaba; Vos, que quisisteis observarla, aún á costa de aparecer en presencia de los hombres mancillada é inmunda; ¡ah! excitadnos al cumplimiento de aquella ley, que dictada para nosotros, léjos de humillarnos, hace, por el contrario, á cuantos la cumplen, dignos de alabanza, de recompensa y de honor. Dicha ley, ¡ay! ha sido hartas veces despreciada hasta ahora por nosotros, y despreciándola, hemos despreciado, igualmente, á vuestro Hijo Jesús; mas ya nos arrepentimos de ello, y nos sentimos contritos de pesar. Ayudadnos Vos, pues, ¡oh Madre nuestra! para que, principiando desde hoy á observarla, podamos, despues de haber experimentado cuán fácil es su cumplimiento en la tierra, subir al cielo, á gozar de los inmensos beneficios que ella acarrea, sus dulces frutos y su útilidad eterna.

DIA DIEZ Y OCHO.

EL ELIOTROPO,

Ó SEA:

LA SANTIDAD PARA TODOS.

Sancti eritis, quia ego sanctus sum.
Sed santos, porque yo soy santo.
(LEV. XI, 49.)

Saludad, hoy, mis amados hermanos, á la flor que ofrece más consuelos á vuestro corazon. El Eliótropo crece, florece en muchos lugares del místico jardin Mariano; en la cumbre del monte, no ménos que en la espaciosa llanura, á la sombra de los bosques y de las selvas; bajo el abrigo de los árboles, no ménos que al aire libre, expuesta á los rayos del sol más ardiente. Y esa flor embellécese en medio de las Violetas, adórnase entre las Azucenas, asociase con los Jazmines, aviénese con el Estramonio, no rechaza al Junquillo, no se separa de la Madreselva, osténtase al lado de las Rosas del brillo más deslumbrador. Su corola es rizada: dividida en cinco partes, es sencilla en sus extremidades. Su cáliz forma un tubo adornado, maravillosamente, con cinco dientes. Sus troncos son altos, sus tallos frondosos, y sus hojas abundantes. Sus flores, ¡ah hermanos mios! sus flores son estrellas hermosas y esplendentes; son astros maravillosos y sublimes, copia perfecta del sol que nos ilumina: y ora descuellan magestuosas sobre su tallo, ora se extienden lijeramente sobre el suelo; unas, distinguense por su color brillante de oro; otras, por su candoroso matiz azulado; estas, por lo pomposo de sus hojas; y aquellas atraen, sorprenden y enamoran por lo delicado de sus formas.

Mas, ¿cuál es, hermanos mios, el misterioso emblema de di-

los olorosos tallos del más magnífico Jazmin; allí tambien, sobre aquel tronco mismo, ve aparecer las Rosas más preciosas y agradables, al oir que se la llama Madre de los hombres, corredentora del mundo, salvacion de la tierra.

¡Ah, cristianos! observemos tambien nosotros la ley santa de Dios, y sabremos, por experiencia, que no solamente es fácil, lijera y suavísima, sinó, además, útil, fructífera y provechosísima. Digan, pues, lo que quieran los impíos de nuestro siglo; ridiculicen en buen hora á aquellos que se someten al yugo con alegría; agucen el ingenio para probar, á su manera, que esa ley no existe, que la libertad humana no ha sido coartada por Dios; marchen, si así les place, por los anchos senderos de la iniquidad y del pecado: ¡desventurados! y cuán dura no es la culpa para vosotros! de cuántas amarguras no es ella para vosotros la infausta mensajera!

Carísimos hermanos; iluminados esta noche por el ejemplo de María, hemos reconocido la facilidad y la utilidad de la ley; empecemos, pues, desde luego, una vida verdaderamente cristiana. Desde este momento, sea para nosotros sacrosanta la ley; desde este momento, procuremos no cometer accion alguna, que no sea segun el espíritu del Evangelio.

Y Vos, Vírgen fidelísima, que obediente siempre, cual flexible tallo del místico Jazmin, os mostrasteis pronta á la observancia de una ley, que en manera alguna os obligaba; Vos, que quisisteis observarla, aún á costa de aparecer en presencia de los hombres mancillada é inmunda; ¡ah! excitadnos al cumplimiento de aquella ley, que dictada para nosotros, léjos de humillarnos, hace, por el contrario, á cuantos la cumplen, dignos de alabanza, de recompensa y de honor. Dicha ley, ¡ay! ha sido hartas veces despreciada hasta ahora por nosotros, y despreciándola, hemos despreciado, igualmente, á vuestro Hijo Jesús; mas ya nos arrepentimos de ello, y nos sentimos contritos de pesar. Ayudadnos Vos, pues, ¡oh Madre nuestra! para que, principiando desde hoy á observarla, podamos, despues de haber experimentado cuán fácil es su cumplimiento en la tierra, subir al cielo, á gozar de los inmensos beneficios que ella acarrea, sus dulces frutos y su útilidad eterna.

DIA DIEZ Y OCHO.

EL ELIOTROPO,

Ó SEA:

LA SANTIDAD PARA TODOS.

Sancti eritis, quia ego sanctus sum.
Sed santos, porque yo soy santo.
(LEV. XI, 49.)

Saludad, hoy, mis amados hermanos, á la flor que ofrece más consuelos á vuestro corazon. El Eliótropo crece, florece en muchos lugares del místico jardin Mariano; en la cumbre del monte, no ménos que en la espaciosa llanura, á la sombra de los bosques y de las selvas; bajo el abrigo de los árboles, no ménos que al aire libre, expuesta á los rayos del sol más ardiente. Y esa flor embellécese en medio de las Violetas, adórnase entre las Azucenas, asociase con los Jazmines, aviénese con el Estramonio, no rechaza al Junquillo, no se separa de la Madreselva, osténtase al lado de las Rosas del brillo más deslumbrador. Su corola es rizada: dividida en cinco partes, es sencilla en sus extremidades. Su cáliz forma un tubo adornado, maravillosamente, con cinco dientes. Sus troncos son altos, sus tallos frondosos, y sus hojas abundantes. Sus flores, ¡ah hermanos mios! sus flores son estrellas hermosas y esplendentes; son astros maravillosos y sublimes, copia perfecta del sol que nos ilumina: y ora descuellan magestuosas sobre su tallo, ora se extienden lijeramente sobre el suelo; unas, distinguense por su color brillante de oro; otras, por su candoroso matiz azulado; estas, por lo pomposo de sus hojas; y aquellas atraen, sorprenden y enamoran por lo delicado de sus formas.

Mas, ¿cuál es, hermanos mios, el misterioso emblema de di-

cha planta? Su significacion harto os lo está indicando, el hecho de verla crecer, espontáneamente, en un sitio cualquiera del suelo, al austro, al aquilon, al septentrion y al mediodia; bajo un clima cálido, ó frio; en un terreno cultivado, ó agreste; en los solitarios bosques, ó en los risueños jardines: y esa significacion aún la notareis mas clara en el profundo misterio de que, en cualquier lugar, en cualquier terreno, y en un clima cualquiera, sus flores siempre vuelven su faz hácia el esplendorosísimo sol, y parecen copiar sus colores, imitar su viveza y reproducir sus esplendores.

¡Ah, carísimos hermanos! saludad, pues, al Eliótropo, repito, saludad á esa flor con toda la efusion de vuestro corazon, Es el afortunado Eliótropo un nombre compuesto de dos palabras griegas, que significan: Sol y Girar; esto es, que gira con el sol, y por esta razon, llamado, vulgarmente, Girasol. Flor misteriosa, que, al paso que simboliza á María en todos los estados de su vida, y en todo lugar de su permanencia, con su mirada siempre fija hácia el verdadero Sol de justicia, nos manifiesta, igualmente, con toda claridad, que en todo lugar podemos dirigir nuestras miradas hácia el Altísimo; podemos amarlo, y ser grandes santos; y, por lo tanto, viene á confundir esas voces inspiradas por la cobardía, con las cuales los cristianos del siglo pretenden excusarse, alegando, que en medio de los peligros y las ocasiones que ofrece el mundo, y en medio de los negocios y ocupaciones de la tierra, es imposible elevar los ojos hácia Dios, y pensar en nuestras propias almas y en nuestra santificacion. ¡Ah! no es, no, el siglo, ciertamente, y seguro estoy de poder así demostrároslo; no es el siglo con sus tentaciones, ni el mundo con sus asuntos y quehaceres lo que nos aparta de Dios, sino nuestro propio corazon, y nuestro propio espíritu: nuestro corazon, porque no es recto; y nuestro espíritu, porque está disipado. Reflexionemos con atencion bajo ese doble punto de vista; y de ello deduciremos, claramente, que si María pudo siempre mostrarse cual Eliótropo espiritual con su mirada fija hácia el Altísimo, tambien podemos nosotros hacerlo en todo lugar y en todo tiempo, del mismo modo que el Eliótropo material no cesa, en todo lugar y tiempo, de mirar al Sol en su curso diurno. Imploremos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

No creais, mis amados hermanos, que yo pretenda, desde luego, atenuaros con mis palabras la gravedad y la multiplicidad de los peligros, que, en medio del siglo, os rodean por todas partes. No; lo confieso con vosotros: dichos peligros son graves y numerosos. Empero, á pesar de ello, yo no puedo persuadirme de ningun modo, que

tales sean esa gravedad y esa multiplicidad, que deban alejaros absolutamente de Dios. Es positivo, que tenemos el precepto riguroso y absoluto de ser santos, como santo es nuestro Padre celestial: *Sancti eritis quia ego sanctus sum.* (I. Petr. I, 16.) Pues bien; ¡oh cristianos! de ello infiero, que es posible, por lo tanto, la santidad en medio del siglo, aún en presencia de las ocasiones y de los peligros, toda vez que fuera impropio de la sabiduría y de la bondad del Legislador, el dictar una ley, encaminada al bien de sus súbditos, cuyo cumplimiento fuera, sin embargo, enteramente impracticable.

¡Ah, carísimos hermanos! aquí no hay término medio; ó es preciso decir, que la sabiduría de Dios no conoció los peligros y las ocasiones que se oponen á la perfeccion cristiana; que su bondad no supo, ó no quiso, suministrarnos los medios para triunfar de ellos; ó bien, si no queremos proferir tal blasfemia; es preciso decir, que, no obstante tales peligros y tales ocasiones, puede observarse el precepto de Dios, y que, por consiguiente, podemos y debemos ser santos en medio del siglo: *Sancti eritis quia ego sanctus sum.*

Vedlo, sinó, en aquel mancebo del Evangelio, que se acercó á N. S. Jesucristo para preguntarle, cuál era el camino de la salvacion. Dicho mancebo era un hombre acaudalado, el cual, además de hallarse expuesto á los peligros y las ocasiones que el siglo nos ofrece, hallábase, igualmente, expuesto á aquellos que ofrecen las riquezas, la fortuna y la opulencia, Era un rico del siglo, que preguntaba á Jesucristo, lo que debia practicar para asegurar la salvacion. Y, sin embargo, el Señor no le contesta, ciertamente: para tí es imposible la salvacion; son demasiados los peligros, demasiadas las ocasiones que pueden salirte al paso; sinó que le dijo: si quieres salvarte, (y con ello le hizo ver, que estaba en su mano el quererlo), guarda los mandamientos: *Si vis ad vitam ingredi serva mandata* (Matth. xix, 17.)

Mas ¡ah, Señor! ¿qué hablais de mandamientos á los hombres del siglo? ¿No estais oyendo, acaso, como os contestan, que para ellos es imposible su observancia? Empero, ¿qué digo, oh cristianos? Si vosotros contestais, que considerais imposible la observancia de los divinos preceptos, yo os digo, que no lo vió así aquel mancebo del Evangelio, el cual presto respondió: ¡Ah, Señor! yo he guardado los mandamientos desde mi infancia, y los he guardado en el ardor de las pasiones, en medio de los peligros del mundo, en las ocasiones que ofrece el siglo. Pues bien, hermanos mios; si para aquel mancebo fué posible la observancia de la ley, ¿por qué no habría de serlo respecto de vosotros mismos? Si para él no fueron impedimento al-

guno las ocasiones y los peligros, ¿por qué, pues, debieran de serlo para vosotros?

¡Ah! ya os lo he manifestado desde el principio de este discurso; no es el siglo con sus tentaciones lo que nos aparta de Dios, sinó nuestro propio corazon. Decidme, pues, hermanos mios; ¿por ventura no podeis, no está en vuestra mano, el triunfar de las ocasiones que os rodean y de los peligros que os amenazan? ¿Es posible decir, que nunca supisteis resistir á la prueba, y que no hayais alcanzado triunfo alguno sobre vosotros mismos? Y si una vez, solamente, lo alcanzasteis, ¿por qué, pues, no pudierais alcanzarlo del mismo modo otras veces? ¡Ah, cristianos! permitidme que os lo diga: es que se aman las ocasiones; es que se corre en pos de los peligros, y por eso se vive alejado de Dios. Procuremos que sea recto nuestro corazon, y en todo estado se alcanzará la salvacion y será fácil la conquista del cielo.

Hagamos, ahora, sinó un breve exámen de todos esos estados del siglo. Empezemos por el matrimonio; considerémoslo aún en la opulencia y en la riqueza. Hé aquí una Ester, que vosotros reconoceis en la modestia de su mirada, en el candor de su rostro, en la santidad de sus palabras y en la humildad de su traje. Decidme, por lo tanto, si toda esposa imitase tan bellas virtudes, ¿no seria para ella anticiparse el sosiego del Paraíso? Fíjese vuestra atencion en el siguiente ejemplo; penetrad en aquella humilde morada, mirad aquella ilustre matrona retirada y oculta, amiga sólo del llanto, de la oracion y del ayuno. No la mueve deseo alguno de figurar en el mundo, ni ánsia alguna de alcanzar aplausos y homenajes, ni ningun anhelo de tomar parte en los mundanos regocijos, los festejos y las solemnidades de la tierra. ¿No comprendeis á qué persona me refiero en vista de tales prerogativas? Os represento, pues, á la viuda Judith, que está pregonando con la elocuente voz del ejemplo, que aún en el estado de viudez, se obtiene la salvacion, siempre que la persona que en él se encuentre, procure imitar sus virtudes.

Mis amados hermanos; ¿habeis visto, alguna vez, un jóven en la flor de la edad, de aspecto agraciado, de talento perspicaz, de ánimo varonil, lleno de riquezas, de honores, adornado, en una palabra, de todas aquellas prerogativas que hacen creer á la incauta juventud, que es lícito todo artificio, honrado todo medio y toda medida, y que todo yugo y toda ley son quebrantables? Decidme, pues, ¿pudierais acaso creer, que ese tal es capaz de permanecer firme en la observancia de la ley santa de Dios, en medio de un pueblo corrompido, que la pisotea y obliga á conculcarla? ¿Pudierais considerarle con

valor suficiente para resistir á toda violencia, á la grandeza de las pruebas, hasta el punto de sufrir con ánimo resuelto, en un lago de leones, un injusto é inmerecido castigo? Pues bien, hermanos mios; ahora acabo de haceros, simplemente, el retrato de Daniel, el cual nos enseña, que la juventud, aún en medio de la licencia de la más impía de las ciudades, puede ser santa.

Soy un criado, me dirá, tal vez, alguno de vosotros, y es preciso que obedezca al mandato injusto de unos amos perversos. ¡Mentira! os contestaré yo; ahí teneis al valeroso José, que os muestra de que manera debe resistirse á la impiedad de los amos, aún á trueque de tener que sufrir en la cárcel la dolorosa pena. Soy amo, me objetará otro, y es imposible no abusar alguna vez, del propio poder, y olvidar la propia dignidad. ¡Falso! os responderé; el mismo José os enseña sobre el trono como debe conciliarse la dignidad con la virtud, el poder con la religion, el respeto que mereceis, con aquel que debeis al Señor. Soy un miserable, me dirá un tercero, y es imposible no sentirse á veces afligido por la falta de medios, por la dureza de los ricos, y por unos deseos que jamás se ven satisfechos. ¡Error! os contestaré todavía: Job es quien nos enseña, desde su muladar, como deben soportarse las miserias, las privaciones y las adversidades. ¿Qué estado ofrece más peligros que el de la milicia, mis amados hermanos? Pues bien; un Cornelio, un Gedeon y un Josué os enseñan, que aún en él, puede hallarse la salvacion.

En suma: á donde quiera que dirijais vuestra mirada, forzoso os es confesar, que el enemigo de vuestra salvacion no es el siglo con sus tentaciones, sino vuestro propio corazon con su perversidad. Purificad, pues, ¡oh cristianos! vuestros corazones, y vereis, que, aún en medio del siglo, es posible ser grandes santos.

Carísimos hermanos; nuestra Madre María, la Inmaculada, la Santísima, la mujer llena de toda virtud, no llegó á ser tal, ciertamente, en medio de los bosques y de las selvas, sino en medio del siglo, y en un siglo el más corrompido, el más bárbaro y el más inícuo. Contempladla donde querais, en Belen, ó en Egipto, y siempre la vereis entre gentes bárbaras, impías, idólatras; ó bien entre unos pueblos corrompidos, futuros deicidas, é inhumanos. Empero, en medio de dichos pueblos, y entre tales gentes, hermanos mios, vereis á María, cual Eliótropo espiritual, que dirige su pensamiento y su mirada hácia el Altísimo; y siempre la vereis bella con su amor divino, adornada con la gloria de los cielos, animada por un rayo de luz el más puro y esplendoroso. Los escándalos, las ocasiones y los peligros no faltaron, ciertamente, á su vista; no le faltaron en Egip-

to, donde vió adorar unos dioses falsos y mentirosos; no le faltaron tampoco en su propia pátria, donde vió reinar la licencia, las pasiones y los crímenes; y no le faltaron, en definitiva, en todas partes, toda vez que en todas partes pudo Ella ver extinguida la llama celestial del amor; sin embargo, Ella, en Egipto, no se apartó del culto de su Jesús; y en su pátria, caminó con planta virginal sobre las aguas cenagosas; y en todo lugar salió ilesa de un incendio tal, que hubiera bastado para perder toda alma, todo pecho y todo corazon.

Seguidla ahora en todos los estados de su vida. Siendo Vírgen encerrada en el Templo, es Eliótropo estrellado, que no sabe vivir un momento sin contemplar á su Dios. Siendo Esposa, en su morada de Nazareth, es tambien Eliótropo, cuyos ojos van siguiendo siempre al verdadero Sol de justicia. Siendo Viuda, en medio de los Apóstoles, es dorado Eliótropo, que no busca otro objeto que el rostro de su luz eterna. En suma: María, en todos los estados de su vida, y en todo lugar de su permanencia, os enseña, que en todas partes podemos ser santos, podemos ser perfectos.

Empero, vosotros aún no os dais por satisfechos. Los compromisos, me decís, sí, los compromisos diversos y tan numerosos que nos ligan con el siglo, impiden, sin duda alguna, nuestra eterna salvacion.

¡Ah! mis amados cristianos; muy poco mirais por vuestro honor cuantas veces discurrís de esa suerte. Hacedme, pues, el favor de decirme, en medio de ese cúmulo de negocios, de esa diversidad de empleos, y de esa gravedad de obligaciones á que debeis atender ¿qué órden observais? ¿qué regla os proponeis seguir? ¿No es cierto, acaso, que es preciso cumplir, ante todo, con aquellos deberes que primero contrajisteis? Sin embargo, vosotros procurais, por el contrario, satisfacer con preferencia aquellos compromisos que más interesan á la avaricia, la ambicion y al orgullo. Y si tanto haceis respecto de los compromisos mundanos y de los intereses de una vida caduca, ¿cómo, pues, no debierais desplegar igual celo, respecto de los compromisos, los intereses y los deberes religiosos, los cuales, además de ser los más importantes, fueron los primeros que obligaron á vuestro corazon, á vuestra alma y á vuestras personas; los que os ligaron desde vuestro nacimiento, y que trajisteis con vosotros mismos, con vuestra propia existencia? Los compromisos, los deberes respecto del siglo, y las ocupaciones, ¿serán, por ventura, un impedimiento para que dejeis de pensar en vuestra alma? Y ¿es, pues, posible, que no os reste una hora, siquiera, durante el dia entero, para pensar en el único, en el más importante, en el más grave de todos vuestros negocios? Os resta una hora para el paseo, para las diversiones y los teatros; os resta una hora para emplearla en el desenfreno de las pasiones, en las culpas y en los pecados; os resta tiempo para pasarlo delante del miserable espejo, para hacer brillar en él una belleza caduca, mentirosa y falaz; para consumirla, especialmente, en nuestros dias, en la lectura de libros perversos, de obscenas novelas, para perderlo en humorísticos discursos, en compañías vanidosas y en conversaciones peligrosas; y ¿no os quedará tiempo para vuestra alma, para vuestros negocios eternos?

¡Ah, cristianos! esa hora no se quiere, no se la busca; aún cuando pretendierais, que teneis que hacer frente á tantos compromisos como un monarca, ¿no tuvierais siempre á vuestra vista el ejemplo de David, quien supo hermanar tan admirablemente la púrpura con el cilicio, la diadema con la ceniza, y los banquetes con las lágrimas?

¡Dios de bondad! ¿será cierto que así discurran vuestros siervos? Y ¿qué tiempo requiere la observancia de vuestra ley divina? ¿Os faltará, acaso, tiempo, hermanos mios, para adorar á un solo Dios, que reina glorioso en los cielos, para invocar su nombre con veneracion y respeto, para no ultrajarle jamás con burlas, pecados é iniquidades? ¿Os faltará, por ventura, tiempo para amar á vuestro prójimo, para reconocer en él á la persona misma de Dios, para absteneros de cualquier daño que pudierais ocasionarle en su persona, su honra y sus bienes?

¡Ah! ahora bien quisiera yo preguntar á los hombres vengativos: ¿os faltará tiempo, acaso, para perdonar á vuestro enemigo? A los orgullosos quisiera repetirles: ¿os faltará tiempo para ejercitar la humildad? A los adúlteros quisiera decirles: ¿os faltará tiempo, por ventura, para enfrenar vuestra lujuria? En una palabra: ahora quisiera interrogar á todos los pecadores de la tierra, para que me dijeran, claramente, lo que exige más tiempo, si el ejercicio de la virtud, ó la obra indigna de las culpas y los pecados. ¡Ah! harto veo, que ellos no se atreven á responder, porque harto conocen, que no son los deberes que les incumben, como hombres y como ciudadanos, lo que les aparta de Dios, sinó la disipacion de su espíritu: terrible disipacion, que sólo se complace en la iniquidad y en el pecado; que sólo corre en pós de las vanas ostentaciones y de los falsos rumores que propala la malicia; que sólo se deleita en infringir las leyes, conculcar los preceptos, y espaciarse por los vastos campos que ofrece aquel ídolo infame, reconocido bajo el nombre de libertad, mas que yo califico, por el contrario, de yugo insoportable.

¿No os parece, acaso, razonable mi lenguaje, carísimos hermanos?

Sin embargo, seguid prestándome vuestra atencion por un instante todavía, pues ahora voy á ser condescendiente respecto de vosotros, hasta el punto de concederos, que tal pueda ser, en efecto, la multitud de vuestros compromisos, y tantos y tan diversos los deberes que os liguen con el siglo, que no os permitan disponer de una hora siquiera para pensar en vuestra alma y en los negocios de la eternidad. Y eso ¿qué importa? ¿Direis, acaso, que no podeis salvaros? ¡Ah, desdichados! decid más bien, que no sabeis, ó no quereis salvaros. Pues, qué! ¿por ventura no podríais santificar esa misma gravedad y esa misma diversidad de obligaciones? ¿Acaso no pudierais, segun el precepto del Apóstol, dirigir toda accion, todo pensamiento y toda palabra en honor y gloria del Dios, que os crió, que os redimió, y que os llama á la posesion de la bienaventuranza eterna? Y dirigiendo vuestras acciones hácia un fin tan elevado, ¿no tuvierais la prenda segura de vuestra eterna salvacion? ¡Ah! bien veis ¡oh cristianos! que no os resta que alegar excusa alguna en la materia. Sí; aún en medio del siglo, aún en medio de la multitud de vuestras ocupaciones, podeis alcanzar la salvacion, podeis ser santos.

Demos, sinó, una mirada, amados hermanos, á nuestra Madre María. Ella vivió, segun os he dicho ya, en medio del siglo, y en medio de un siglo el más corrompido. En el gobierno de su pequeña familia, no le faltaron, ciertamente, graves atenciones, cuidados y deberes que cumplir. Las apremiantes necesidades domésticas, la pobreza, y hasta la miseria, venían á aumentar, sin duda alguna, su número y su gravedad. Y así en el establo de Belen, como en la huida á Egipto, finalmente, en su residencia de Nazareth, las privaciones y los apuros no podían ménos de angustiar aquel corazon tan sensible y amoroso. Y no obstante ¡ah! María, cual afortunado Eliótropo, fija su mirada en el Altísimo; María no falta á sus deberes religiosos; sus prácticas de devocion y de piedad no decaen en manera alguna. Ella, cual misterioso Eliótropo, acude al Templo en las épocas prescritas, por largo y penoso que sea el viaje. Ella, cual misterioso Eliótropo, entrégase en su celda, ó aposento, á la fervorosa oracion, aún á costa de privar del reposo á sus fatigados miembros. Ella, cual misterioso Eliótropo, aplícase en el fondo de su corazon, al ejercicio, no interrumpido, de las virtudes religiosas y morales, adquiriendo siempre mayores grados de santidad, y siempre adelantando en el sendero de la perfeccion. Ella tiene á Dios fijo en su mente, y hácia Él, cual espiritual Eliótropo, dirige todos sus pensamientos. Ella tiene á Dios impreso en su corazon, y para Él, cual espiritual Eliótropo, mantiene allí una llama la más encendida

y amorosa. Ella tiene á Dios impreso en sus lábios, y cual espiritual Eliótropo, canta sus glorias, anuncia sus grandezas, ensalza su amor. Teniendo, en suma, á Dios presente ante los ojos del cuerpo y del espíritu, le adora, le venera y le ama.

¡Ah, cristianos! confesémoslo de una vez: vanas fueron cuantas excusas he aducido hasta ahora en medio de nuestra vida religiosa é indevota. No es, no, el siglo el que nos aparta de Dios, ni tampoco los propios compromisos que con él tenemos contraidos, sinó nuestro corazon corrompido, nuestro corazon disipado. Procuremos triunfar de ese doble enemigo; y aún en medio del siglo, entre las ocupaciones y los deberes del mundo, seremos salvos, seremos santos.

Y ¿por qué no debiera ello ser así, hermanos mios? ¿Acaso no lo fueron tantos otros, ántes de vosotros? ¿No fueron santos en el trono, una Isabel, un Estéban? ¿No fueron santos en el trabajo del campo, un Isidro y una Cousin? ¿No fueron santos en los vínculos del matrimonio, un Dario y una Crisanta? Y un Jorge, en medio de los peligros de la milicia, y un Labré, en medio de las estrecheces de la pobreza, ¿no fueron, acaso, santos, no fueron perfectos? Y si ellos lo consiguieron, ¿cómo no habíais, pues, de poder conseguirlo vosotros? ¿Fué, por ventura, su carne diferente de la vuestra? ¿Son, acaso, para nosotros, más graves los peligros, más fuertes las tentaciones, y más insuperables los obstáculos? ¿Acaso la mano de Dios es ménos poderosa respecto de vosotros? ¿Ha cerrado para vosotros los tesoros de su misericordia, ha dejado, por ventura, de llamaros, de protegeros y de alentaros? ¡Ah, cristianos! el ser santos depende exclusivamente de vosotros; con solo que lo querais, lo sereis ciertamente. Postraos, pues, á las plantas de María; implorad de ella la firme resolucion de ser tales en esta vida, cuales os quiere vuestro Padre amoroso, vuestro Dios, que está en los cielos.

¡Oh Madre amorosísima! ¡ah! cúmplase en nosotros la voluntad de vuestro Hijo santísimo. Él nos quiere santos, como santo es nuestro Padre celestial; Él nos quiere justos; Él nos quiere perfectos; mas nosotros nos oponemos al cumplimiento de ese divino querer, persuadiéndonos por nuestra corrompida naturaleza, de que es imposible la santidad en medio del siglo, entre los negocios y las ocupaciones del mundo. Vos nos habeis dado á conocer, que no es el mundo con sus peligros, ni el siglo con sus compromisos lo que nos aparta de Dios; sinó nuestro propio corazon con su perversidad y nuestro espíritu con su disipacion; hoy, pues, concedednos la gracia, de que sepamos oponernos varonilmente á ese doble y capital enemigo, á fin de que, quedando destruido en nosotros cuanto sirve de obstáculo á

nuestra santificacion, podamos un dia aparecer á la faz del cielo, cual gente santa, cual descendencia escogida, cual pueblo de predileccion, que, rescatado de la esclavitud del demonio, no tuvo otro objetivo sobre la tierra que la santidad de su espíritu.

DIA DIEZ Y NUEVE.

EL IRIS,

Ó SEA:

EL FERVOR DEL ESPÍRITU.

Estotes perfecti, sicut et Pater vester cœlestis perfectus est.
Sed vosotros perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial.
(MAT. V, 4).

Admirable es el Altísimo, mis amados hermanos, y sus obras nos demuestran su poder de un modo maravilloso. Deseoso siempre de hacer ostentacion de sus infinitas bellezas, las ha esparcido en tan gran número en la naturaleza entera, que la vista del hombre no fuera suficiente, no digo para ensalzarlas, sinó ni aún para simplemente describirlas. Levantad, por favor, vuestras miradas; y, prescindiendo ahora de cuanto os arrebata en los cielos, os atrae en la tierra, y os sorprende en los mares; fijad vuestra atencion en lo alto de aquel vetusto muro, en el tejado de aquella abandonada cabaña pastoril. ¡Dios mio! ¿qué veis allí, pues? Una llama, una llama pequeña, pero viva, que agitándose pausadamente, parece remontarse hácia las esferas. Inciertos, respecto de vuestra vision misma, atónitos por la novedad del portento, os aproximais á dicho muro, examinais más de cerca aquella rústica morada; y entónces reconoceis en tal llama, una flor, la más delicada y primorosa; una planta, la más maravillosa y sublime; el Iris, el esplendorosísimo Iris.

¡Oh! Dios de infinita sabiduría, ¿cuántas bellezas no has reunido

Tú, pues, en esa flor deliciosísima? Sus hojas, amados hermanos, son anchas, majestuosas y puntiagudas, semejantes, enteramente, por su forma, á una agudísima espada. Su tallo, parece cubierto de terciopelo, está cargado de hojas, alternativamente, combinadas. Sus tallitos son abiertos, frondosos y uniformes. Sus flores están divididas en seis pétalos, ondulados en sus bordes y recamados de rizos y crespaduras, distintos en la extremidad superior de una cabellera, formada de sutilísimos hilos. Y toda esa belleza de formas, hermanos mios, toda esa majestad de tallos, y toda esa donosura de hojas, componen tal variedad de colores, que no hay uno solo en la naturaleza del cual no se halle teñida esa flor admirable. El azul celeste y el azul oscuro, el color purpúreo y el encarnado, el amarillo y el carmesí, el rojo subido y el cerúleo; el amoratado y el verde, el color de naranja y el rojo amarillento, el lila y el violado, el amarillo claro y el blanco; todos esos matices se encuentran en ella, dispuestos con tal gracia, y ordenados con tal gradacion y simetría, que el ánimo no puede ménos de quedar estupefacto y atónito. Y, como si todo eso fuera poco todavía, acá y acullá, algunos destellos dorados, y algunos caprichosos adornos de oro, en medio de los colores más vivos, así en las hojas como en las flores, dan á esa planta un esplendor tan deslumbrador, que al ser bañada por los rayos del esplendoroso sol, acariciada por la suave brisa, bien podemos representárnosla cual ardentísima llama que se levanta hácia el cielo.

Bien persuadido estoy, carísimos hermanos, de que habreis comprendido, sin gran trabajo, la simbólica significacion de esa flor misteriosa. Aquella llama, que, en definitiva, no arde en otra parte, que en el corazon amoroso de aquel Iris celestial, de nuestra Madre santísima; ¡oh! aquella llama, que al ser agitada, parece remontarse hácia el cielo, nos llama, nos invita al fervor del espíritu; á aquel fervor que, cual verdadera llama del corazon, consiste en procurar que de cada dia sean más brillantes los colores de nuestras cristianas virtudes, en progresar todos los dias en la santidad y la perfeccion del espíritu. Mas ¡ay! esa llama hállase hoy extinguida sobre la tierra; y los frios corazones de los fieles, se están consumiendo en un horrendo letargo, en una abominable tibieza; el mal peor que puede ocasionarse al alma, y del cual, ay! cuán difícilmente puede ella librarse!

¡Ah! mis amados hermanos; sírvanos, pues, de estímulo esta noche nuestra Madre santísima; y que aquella llama, que está agitando sin cesar su fervoroso corazon, se apodere esta noche de nuestras almas, y las excite á trabajar para conseguir un progreso y perfeccionamiento en las vías del Señor.

nuestra santificacion, podamos un dia aparecer á la faz del cielo, cual gente santa, cual descendencia escogida, cual pueblo de predileccion, que, rescatado de la esclavitud del demonio, no tuvo otro objetivo sobre la tierra que la santidad de su espíritu.

DIA DIEZ Y NUEVE.

EL IRIS,

Ó SEA:

EL FERVOR DEL ESPÍRITU.

Estotes perfecti, sicut et Pater vester cœlestis perfectus est.
Sed vosotros perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial.
(MAT. V, 4).

Admirable es el Altísimo, mis amados hermanos, y sus obras nos demuestran su poder de un modo maravilloso. Deseoso siempre de hacer ostentacion de sus infinitas bellezas, las ha esparcido en tan gran número en la naturaleza entera, que la vista del hombre no fuera suficiente, no digo para ensalzarlas, sinó ni aún para simplemente describirlas. Levantad, por favor, vuestras miradas; y, prescindiendo ahora de cuanto os arrebata en los cielos, os atrae en la tierra, y os sorprende en los mares; fijad vuestra atencion en lo alto de aquel vetusto muro, en el tejado de aquella abandonada cabaña pastoril. ¡Dios mio! ¿qué veis allí, pues? Una llama, una llama pequeña, pero viva, que agitándose pausadamente, parece remontarse hácia las esferas. Inciertos, respecto de vuestra vision misma, atónitos por la novedad del portento, os aproximais á dicho muro, examinais más de cerca aquella rústica morada; y entónces reconoceis en tal llama, una flor, la más delicada y primorosa; una planta, la más maravillosa y sublime; el Iris, el esplendorosísimo Iris.

¡Oh! Dios de infinita sabiduría, ¿cuántas bellezas no has reunido

Tú, pues, en esa flor deliciosísima? Sus hojas, amados hermanos, son anchas, majestuosas y puntiagudas, semejantes, enteramente, por su forma, á una agudísima espada. Su tallo, parece cubierto de terciopelo, está cargado de hojas, alternativamente, combinadas. Sus tallitos son abiertos, frondosos y uniformes. Sus flores están divididas en seis pétalos, ondulados en sus bordes y recamados de rizos y crespaduras, distintos en la extremidad superior de una cabellera, formada de sutilísimos hilos. Y toda esa belleza de formas, hermanos mios, toda esa majestad de tallos, y toda esa donosura de hojas, componen tal variedad de colores, que no hay uno solo en la naturaleza del cual no se halle teñida esa flor admirable. El azul celeste y el azul oscuro, el color purpúreo y el encarnado, el amarillo y el carmesí, el rojo subido y el cerúleo; el amoratado y el verde, el color de naranja y el rojo amarillento, el lila y el violado, el amarillo claro y el blanco; todos esos matices se encuentran en ella, dispuestos con tal gracia, y ordenados con tal gradacion y simetría, que el ánimo no puede ménos de quedar estupefacto y atónito. Y, como si todo eso fuera poco todavía, acá y acullá, algunos destellos dorados, y algunos caprichosos adornos de oro, en medio de los colores más vivos, así en las hojas como en las flores, dan á esa planta un esplendor tan deslumbrador, que al ser bañada por los rayos del esplendoroso sol, acariciada por la suave brisa, bien podemos representárnosla cual ardentísima llama que se levanta hácia el cielo.

Bien persuadido estoy, carísimos hermanos, de que habreis comprendido, sin gran trabajo, la simbólica significacion de esa flor misteriosa. Aquella llama, que, en definitiva, no arde en otra parte, que en el corazon amoroso de aquel Iris celestial, de nuestra Madre santísima; ¡oh! aquella llama, que al ser agitada, parece remontarse hácia el cielo, nos llama, nos invita al fervor del espíritu; á aquel fervor que, cual verdadera llama del corazon, consiste en procurar que de cada dia sean más brillantes los colores de nuestras cristianas virtudes, en progresar todos los dias en la santidad y la perfeccion del espíritu. Mas ¡ay! esa llama hállase hoy extinguida sobre la tierra; y los frios corazones de los fieles, se están consumiendo en un horrendo letargo, en una abominable tibieza; el mal peor que puede ocasionarse al alma, y del cual, ay! cuán difícilmente puede ella librarse!

¡Ah! mis amados hermanos; sírvanos, pues, de estímulo esta noche nuestra Madre santísima; y que aquella llama, que está agitando sin cesar su fervoroso corazon, se apodere esta noche de nuestras almas, y las excite á trabajar para conseguir un progreso y perfeccionamiento en las vías del Señor.

Y á fin de que, una vez empeñados en tal empresa, nuestro paso no vuelva hácia atrás, consideremos, detenidamente, hermanos mios, cuán peligroso es el no adelantar cotidianamente en la santidad y fervor del espíritu; peligroso por la facilidad con que por tal causa podemos caer en el abismo de la tibieza; y peligroso, igualmente, por la dificultad de salir de tan miserable estado una vez caidos en él.

¡Madre piadosa y benigna! no nos priveis esta noche de vuestro poderoso auxilio. A. M.

Es una sentencia comun de los santos y de los maestros del espíritu, tomada de la doctrina misma evangélica, que, en las vias del Señor, no progresar cada dia, no perfeccionarse en las virtudes, no adelantar en la santidad, es un verdadero retroceso, una verdadera pérdida: *In via Domini non progredi retogradi est.* De tales premisas, y de un principio tan cierto, no os será difícil ¡oh cristianos! deducir, por consecuencia, mi propio asunto. Por lo tanto, si el no crecer es un verdadero disminuir, por precision, pues, hay que llegar, finalmente, al maximun de la disminucion; es necesario caer en el precipicio de la tibieza espiritual; y por lo mismo, someterse á aquel cúmulo de males, que son lainevitable consecuencia del indiferentismo. Y ¡ay! si así no fuera, ciertamente no tuviéramos que deplorar tantas y tan tremendas caidas de hombres los más ilustres, de un Salomon, de un Judas y de tantos otros, cuya memoria hubiera merecido los honores de las futuras generaciones; pero que, en lugar de ello, ha quedado enteramente olvidada, ó es objeto de execracion y lástima.

Y no me digais ahora, carísimos hermanos, que estando ya firmes y constantes en la emprendida carrera, si no adelantarais en ella un sólo paso, tampoco retrocederiais un solo punto. ¡Oh! que engaño es ese tan sútil del maligno tentador! Si vosotros permanecierais firmes en vuestra santidad, y constantes en vuestra perfeccion, fuerais, en verdad, Iris en el jardin de la Iglesia, acaso de colores variados, mas no de dorados estambres; fuerais Iris degenerados, los cuales no ofrecen el espectáculo de aquel incendio, que ofrece esa planta en sus naturales esplendores. Vuestras hojas estarian marchitas, vuestros colores amortiguados, y vuestras lánguidas flores, abatidas sobre el tallo. ¿Cuál fué, pues, el precepto que os impuso Dios cuando se dignó admitiros en sus campos, entre el número de sus queridos hijos? Sed perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial: *Estote ergo perfecti, sicut et Pater vester cœlestis perfectus est.* (MATTH. v. 48).

Pues bien, decidme, os ruego; la santidad, en la cual os propusisteis constantemente vivir, y el grado de virtud que poseeis, ¿os daría, acaso, una tal semejanza? ¿Podriais, por ventura, llamaros semejantes en la perfeccion á vuestro Padre celestial? ¡Ah! cubiertos vuestros rostros de un justo rubor, vosotros no os atreveis á responder á mis palabras, mis amados hermanos. Y ¿cómo, pues, no debierais de creer necesario el perfeccionaros en la virtud? ¿Cómo dejarais de inferir de ello, que tantas cuantas veces no progresais en la santidad, os haceis culpables de un quebrantado precepto, y que, por consiguiente, caeis en un precipicio, á cuyo fondo debeis llegar paulatinamente?

Nada importa, amados hermanos mios, que sea de todo punto imposible llegar á ser semejantes á Dios en la perfeccion: eso no quita que vosotros no debais desearlo eficazmente; con tanta más razon, cuanto que en la vida espiritual, el desear ardientemente la perfeccion, es ya ser ó demostrarse perfecto.

Pero, quiero mostrarme condescendiente con vosotros. Deteneos en la emprendida carrera de la santidad y de la virtud; fijad un término, en el cual comience el reposo. Seguid viviendo, si así os acomoda, con aquella humildad, que, en ciertos casos, se deleita con las alabanzas, y no puede sufrir los vituperios; con aquella fé, que, en ciertas circunstancias, sabe sacudir enteramente el yugo de la sumision; con aquel pudor, que, á veces, sabe traspasar los límites de lo honesto y de lo lícito; con aquel amor, que excluye todo émulo; con aquella generosidad, que casi desaparece á la vista de un enemigo; con aquel arrepentimiento, que sabe inventar pretextos; con aquellas virtudes, en suma, que, al ser puestas á prueba, suelen quedar desacreditadas y desmentidas por completo.

Seguid, repito, viviendo en tal estado, si así os place: mas, entónces yo os preguntaré: ¿permanecereis, verdaderamente, en él, tanto en el punto, en el cual la virtud se encuentra, como en el punto de que ella se aparta? ¿Lo creeis acaso vosotros, vosotros, que experimentais la mas viva resistencia, aún en el caso de hallaros sostenidos por la mano del Señor, cubiertos con su manto y fortalecidos con su gracia? ¿Eso creyerais vosotros, que, aún siendo favorecidos con el auxilio del cielo, sentís, sin embargo, la fragilidad de vuestro sér, la debilidad de vuestra naturaleza, y vuestra propension á la culpa? Aquella ambicion de gloria, aquel resentimiento por los ultrajes reprimidos, ¿no tomaron creces, por medio de un esfuerzo continuo, hasta el extremo de desterrar la virtud de vuestro corazon? Aquella duda, por pequeña que sea, manifestada, acaso, para no aparecer fanáticos en materia de religion, ¿no puede acabar en vosotros

con la pérdida total de la fé? Aquella chanza un tanto libre, aquella expresion poco honesta, y aquella mirada poco casta, ¿no pueden, por ventura, ocasionar vuestra funesta caida, arrastraros á cometer los pecados más vergonzosos y brutales?

¡Ea, pues, oh cristianos! tenedlo bien entendido: es imposible, ciertamente, hallarse exentos de toda culpa; mas, el poco cuidado que poneis en preservaros de ella, el débil deseo que sentís de adelantar en la opuesta virtud, aquella falsa máxima de que á vosotros, como seglares, os basta, finalmente, poseer cierto grado de perfeccion, sin que debais procurar el progresar cada dia en ella; hé ahí vuestros enemigos más poderosos, y el abismo más profundo en que puede caer vuestra alma. Y en el caerá, ciertamente, cuantas veces, olvidada del fervor necesario, viva en la indiferencia, en el letargo y la tibieza.

Aprended, hermanos mios, aprended de María. En Ella todos vosotros podeis contemplar aquella variedad de colores que á nuestro Iris embellecen y lo ensalzan entre mil: en Ella brillan el amarillo del amor, el violado de la humildad, el blanco candoroso de la inocencia, el verde de la esperanza, y el purpúreo de la más ardiente caridad. Empero, todos esos colores, mis amados hermanos, siendo vivos ya por su naturaleza misma, se hicieron más brillantes en María, por medio de aquellos dorados, que, esparcidos con profusion en las hojas y en las flores, avivan intensamente sus llamas. María, cual Iris esplendoroso, que ostenta de cada dia una belleza más sorprendente, lleva consigo, desde su nacimiento, una profunda humildad; esa humildad, empero, andando el tiempo, llega á la meta de su perfeccion. María, cual Iris esplendoroso, que se embellece á los rayos de purísima luz, es casta desde el materno seno; empero, su candor va adquiriendo de dia en dia más lustre y más gloria. María, cual Iris esplendoroso, que se embellece al soplo de la suave brisa, es inmaculada desde los primores albores de su vida; empero, su inocencia, con el trascurso de los años, va aumentando en ornamento y en gracia. De ahí, mis amados hermanos, aquel esmero en María para adelantar todos los dias en la santidad de su espíritu. Ella es santa en el cuerpo, y procura aumentar siempre su perfeccion. Es santa en el alma, y procura siempre aumentar su fervor. Es santa en sus afectos, y procura siempre purificarlos más. Es santa en sus pensamientos y procura cada vez más dirigirlos hácia Dios con mayor solicitud. Es santa en sus deseos, y procura siempre enderezarlos hácia el cielo con mayor frecuencia. A Ella no la arredran los obstáculos, ni la atemorizan los impedimentos; camina, teniendo siempre delante de

sus ojos á su Dios, su alma y su eternidad. Piensa en Dios, y concibe deseos de imitarlo siempre más y más. Piensa en su alma, y procura hacerla siempre más digna de su Esposo celestial. Piensa en la eternidad, y se afana para conquistar en ella un trono el más sublime que pueda ser concedido á una criatura mortal. En suma: Ella adelanta siempre en la perfeccion para el bien eterno de su alma; es siempre el Iris vivificado á cada instante por aliento celestial; es siempre el Iris revestido de llama en sus hojas y en sus flores; es siempre el Iris que ofrece un incendio de caridad y de fervor. Y ¡dichosa Ella, que no conoce languidez ni tibieza alguna! ¡Dichosa Ella, que todo el dia va avanzando en la santidad de su espíritu! ¡Dichosa Ella, que no conoce el temor! Pero ¿qué temor? ¡Ah! aquel temor que oprime á nuestros miserables corazones; aquel temor de permanecer constantemente en el abismo de nuestra tibieza, imposibilitados, por decirlo así, para salir de él, por más que nos propongamos lo contrario.

En tal precipicio había caido, miserablemente, el obispo de Laodicea, cuando el Señor, en la sublime vision que tuvo el estático de Patmos: vé, decía á éste, escribe al obispo de Laodicea. Esto dice el testigo fiel, el príncipe de las criaturas de Dios. Conozco bien en tus obras que ni eres frio, ni caliente; ¡ojalá fueras frio, ó caliente! Mas, por cuanto eres tibio, y no frio ni caliente, sinó que te contentas con seguir la via del término medio; esto es, con una virtud, que no se aparta enteramente del delito; con una piedad, que no excluye enteramente el pasado; y con una religion, que no se cura de adelantamiento alguno; en una palabra, estoy para vomitarte de mi boca, porque eres tibio: *Incipiam te, evomere ex ore meo.* (Apoc. III. 16.) Tú, engañado, crees ser rico porque te comparas con los mundanos; porqué dices que te guardas de las culpas mortales; porque te parece que posees la virtud; mas yo te digo, que eres pobre, miserable, ciego y desnudo.

Carísimos hermanos; ¿reconocemos nosotros en ese infeliz nuestro propio retrato? ¿Escuchamos nosotros, igualmente, la tremenda sentencia con que le amenaza el Señor? Y Él es el Dios de la santidad, Aquel cuya perfeccion es infinita; Aquel, que por su propia naturaleza no puede dejar de castigar el delito y de aborrecer la culpa; y Él es quien prefiriera vernos frios, es decir, pecadores, y faltos enteramente de virtud, que mirarnos en tal tibieza y en tal indiferentismo. Y ¿por qué, mis amados hermanos? ¿Qué significa, pues, esa conducta de Dios? ¿Por qué Él nos sufriría más bien pecadores, que no indiferentes y tibios en su divino servicio? ¡Ah! cristianos; eso nos demuestra, suficientemente, la certidumbre del peligro respecto

de nuestra alma, en tanto ésta vive en tal estado; la dificultad que existe para ella, cuando trata de adquirir nuevo fervor y nueva virtud.

Y no pudiera ser ello de otra manera, bien podeis creerlo. Posible es, que el pecador salga, finalmente, de su obcecacion en vista de sus numerosas culpas, y al meditar en sus graves delitos; posible es, que llegue, por último, á avergonzarse de sí mismo, al considerar la diferencia que hay entre su vida y la ley santa de Dios. Empero, el tibio engañáse á sí mismo, no reconociendo sus graves culpas, sus patentes delitos; engáñase á sí mismo, porque cree hallarse adornado, cual Iris de variadas flores, de brillantísimas hojas y de sorprendentes colores; porque le parece que su corazon puede compararse con esa planta deliciosísima; y entretanto, no advierte, que le faltan aquellos dorados estambres, aquellos áureos, ó preciosos ornamentos, que, solamente, pudieran convertirle en viva llama, semejante á aquella que arde en el corazon de su Madre santísima.

Y dejando ahora á un lado el velo de los símbolos, puede decirse, hermanos mios, que el tibio se engaña, diciendo: que es casto, humilde y paciente, y que se halla adornado de aquellas virtudes propias de todo imitador de Cristo; sin apercibir, que le falta la más necesaria, la más vivificante, la más bella: el fervor del espíritu. Si la conciencia le remuerde por las muchas faltas cometidas, ese tal va repitiendo con el Fariseo del Evangelio, que él no hurta, que no es orgulloso, ni vengativo; que no es impuro; que no es necesario en su estado guardarse de toda falta venial; y que, finalmente, aún el justo cae, al decir de la Escritura, muchas veces al dia. Y de esta suerte, el desdichado, tratando siempre de justificarse á sí mismo con tales pretextos, contrayendo cierto hábito respecto de las culpas, acaba por merecerse el abandono de Dios; en cuyo caso, es locura el esperar la salvacion, y vano implorar piedad.

Bien conocia todo eso, ciertamente, nuestro místico Iris, nuestra Madre María: de ahí, que procurara siempre con todo anhelo, que sus estambres fueran más dorados y más brillantes, á fin de que apareciera más viva la llama de su corazon. Habiendo salido inmaculada de las manos de Dios, ¡ah! Ella no podía dejar de comprender la grandeza de su privilegio; no podía dejar de rendir, por tal causa, gracias á su Bienhechor, con una vida correspondiente á su altísimo orígen. Y por eso, precisamente, Ella en todas sus acciones buscaba la mayor perfeccion: la mayor perfeccion en los afectos, la mayor perfeccion en los deseos, y la mayor perfeccion en las palabras. No había obra alguna de piedad á la cual Ella no se consagrase; bien fuera, ó no, ordenada por la ley; bien la obligara, ó no, el precepto

de la misma. Ella hállase en el Templo para la celebracion de la Pascua; hállase allí, igualmente, para la Circuncision de su Hijo; y allí, por último, hállase para su propia Purificacion. Por medio de la asiduidad que muestra en la oracion, logra hacerla de cada dia más fervorosa; dispuesta siempre á la piedad, de cada dia la hace más tierna: siendo incansable en la devocion, que cada dia es tambien más sublime. Ama á su Dios, y le pide siempre nuevo amor. Ama á su prójimo, y dispensa á éste nuevos favores sin cesar. La llama que reviste su corazon, refléjase en su exterior, y aparece cual Iris á la faz del mundo entero. Iris la llaman sus padres, Iris la apellidan los sacerdotes en el Templo, cual Iris la saluda en su pátria, su pueblo. Y á dicha planta la compara su Esposo; á dicha planta la llaman los pastores; y semejante á dicha planta, por último, la contemplan en el pesebre los Magos.

Mis amados hermanos; procuremos que el ejemplo de María no sirva para nuestra mayor condenacion. Atemorice nuestras almas el precipicio, en el cual pudiéramos caer con tanta facilidad, y del cual, difícilmente, podríamos salir, viviendo como hemos vivido hasta el presente, en el indiferentismo y la tibieza. Comprendamos ya, que si nos interesan nuestra alma y nuestra suerte eterna, si queremos subir al monte de Sion, es necesario que váyamos adquiriendo cada dia nuevos grados de virtud; es preciso, que adelantemos siempre en las vías de la perfeccion; debemos procurar, que nuestro fervor sea un fervor nuevo y más perfecto de cada dia. Nuestra naturaleza contaminada por la culpa, á la culpa nos inclina, amados hermanos; mas la gracia, que desciende de la virtud eterna, hácia la virtud debe conducir nuestros miserables corazones. Es difícil, en verdad, resistir á aquella innata propension, que nos arrastra, continuamente, hácia la disipacion, la tibieza y la indiferencia; mas ¿cuánto no pueden, por otra parte ¡oh cristianos! la proteccion y el amparo de nuestra Madre santísima?

¡Oh! sí, vuestra proteccion ¡oh Vírgen! y vuestro amparo invocamos nosotros en este momento, sobre nuestras almas. ¡Dios mio! penetrados del más justo temor, en este instante, nos preguntamos á nosotros mismos, si acaso habrá acabado de vomitarnos de su boca vuestro santísimo Hijo. ¡Oh, Madre! emplead en esta hora toda vuestra eficacia. Decid á vuestro Hijo, que todos nosotros hemos hecho ya el firme propósito de dar de mano, desde hoy en adelante, á la tibieza y al indiferentismo; decidle, que hemos resuelto adelantar de cada dia en las santas virtudes; que estamos arrepentidos de nuestra vida pasada; que en este instante, imploramos su gracia poderosí-

sima. ¡Oh Madre tiernísima! no nos abandoneis en nuestra miseria! Vos nos estais diciendo con vuestros ejemplos que os imitemos; y eso queremos nosotros, igualmente; eso juramos á vuestras plantas santísimas; así lo prometemos á vuestro maternal corazon. Si hemos errado hasta este dia, perdonad nuestra ceguera; con una de vuestras piadosas miradas, convertidnos en Iris esplendorosísimos, cuya belleza siempre se perfeccione, cuyos esplendores siempre se acrecienten, y cuyo fervor, santidad, virtud y justicia, vayan de continuo adelantando.

DIA VEINTE.

LA MADRESELVA,

Ó SEA:

IR EN BUSCA DE JESÚS.

Non tardes converti ad Dominum.
No tardes en convertirte al Señor.
(Eccl. V, 8.)

Como quiera que nuestros pasos van avanzando de cada dia en el jardin de María, hénos aquí, amados hermanos, en vista de un delicioso bosquecillo, pequeño, en verdad, por el espacio que ocupa, pero grande y majestuoso por la excelencia de sus plantas. Allí está la encina, la reina de las selvas; allí, el alto cedro, el señor de los montes; allí el ciprés y el plátano; allí, el cinamomo y el áloe; todas las plantas más escogidas y más preciosas, los aromas más preciados y gratos al sentido. Rodean dicho bosquecillo, exteriormente, una espaldera de rosas; innumerables aves llenan su ramaje; y esmaltan su suelo las más olorosas florecillas. Puro es el ambiente que lo orea; brillante la luz que lo embellece, y deliciosa la fragancia que difunde. Los helados cierzos jamás lo despojan;

las lluvias intempestivas nunca lo abaten, y la noche jamás lo cubre con su tenebroso velo. Ánimados ¡oh cristianos! por tan suaves delicias, conmovidos por un espectáculo tan sublime y encantador, apresuremos, pues, nuestro paso, y fijemos nuestra planta en tan apacible sitio. Y ¿por qué, hermanos mios, ante unas plantas tan excelentes, ante tal variedad de encantos, y ante tanta suavidad de perfumes, mi mirada se fija únicamente en una humilde florecilla, que crece allí en medio del delicioso terreno? ¿Qué es lo que esa flor ofrece de extraordinario y de sublime? Inclinada sobre la tierra, los matices de dicha flor son pálidos,; mezclada con el polvo, sus hojas son tristes; abandonada, como se halla, á sí misma, crece con inseguridad, y brota indecisa, como si anduviera en busca de perdido sendero. ¿Qué es, pues, repito, lo que en ella me atrae, qué es lo que me sorprende, qué es lo que me arrebata?

Lo que me atrae, lo que me sorprende y lo que me arrebata, hermanos mios, es la accion de su naturaleza siempre maravillosa. Esa flor, que por la palidez de sus matices, la pobreza de sus hojas, y la inseguridad de su desenvolvimiento, parece tan humilde, miéntras permanece sobre el suelo, mezclada con los terrones; esa flor misma, repito, apénas llega á los piés del tronco de un nudoso y vetusto roble, cuando de repente ¡oh prodigio! sus hojas reverdecen, sus colores se animan, y sus flores se embellecen con las más sorprendentes riquezas. El amarillo, el rojo, el granate, el azul celeste, y el azul subido, y el color de violeta; tales son las tintas con las cuales entónces se adorna: guirnaldas preciosas, festones admirables y majestuosas cascadas; tales son las formas que adquiere al arrimo de su amigo, el altísimo tronco: una grandeza siempre imponente, una variedad siempre nueva, y una galanura siempre bella; tales son las propiedades que, en el interior del bosque, la distinguen, la adornan y la subliman.

Y ¿qué flor puede ser esa, pues, carísimos hermanos? Es la misteriosa Madreselva, que, siendo despreciable, acaso, en tanto vejeta sobre el humilde terreno, descubre todas sus ocultas bellezas tan pronto como consigue unir amorosamente sus tallos al tronco de algun árbol. ¡Afortunada Madreselva! que nos habla de aquella Vírgen santísima, que manifestaba todas sus glorias en su union con Dios, y en cuya union hacía consistir sus maravillosas grandezas. Y vosotros, que la admirasteis ya en los vínculos de tal union, cuando os hablé de su amor al Altísimo, procurad hoy contemplarla miéntras vuela en busca de su perdido Hijo, cual espiritual Madreselva, que, sin fin, va en pos de su glorioso apoyo.

sima. ¡Oh Madre tiernísima! no nos abandoneis en nuestra miseria! Vos nos estais diciendo con vuestros ejemplos que os imitemos; y eso queremos nosotros, igualmente; eso juramos á vuestras plantas santísimas; así lo prometemos á vuestro maternal corazon. Si hemos errado hasta este dia, perdonad nuestra ceguera; con una de vuestras piadosas miradas, convertidnos en Iris esplendorosísimos, cuya belleza siempre se perfeccione, cuyos esplendores siempre se acrecienten, y cuyo fervor, santidad, virtud y justicia, vayan de continuo adelantando.

DIA VEINTE.

LA MADRESELVA,

Ó SEA:

IR EN BUSCA DE JESÚS.

Non tardes converti ad Dominum.
No tardes en convertirte al Señor.
(Eccl. V, 8.)

Como quiera que nuestros pasos van avanzando de cada dia en el jardin de María, hénos aquí, amados hermanos, en vista de un delicioso bosquecillo, pequeño, en verdad, por el espacio que ocupa, pero grande y majestuoso por la excelencia de sus plantas. Allí está la encina, la reina de las selvas; allí, el alto cedro, el señor de los montes; allí el ciprés y el plátano; allí, el cinamomo y el áloe; todas las plantas más escogidas y más preciosas, los aromas más preciados y gratos al sentido. Rodean dicho bosquecillo, exteriormente, una espaldera de rosas; innumerables aves llenan su ramaje; y esmaltan su suelo las más olorosas florecillas. Puro es el ambiente que lo orea; brillante la luz que lo embellece, y deliciosa la fragancia que difunde. Los helados cierzos jamás lo despojan;

las lluvias intempestivas nunca lo abaten, y la noche jamás lo cubre con su tenebroso velo. Ánimados ¡oh cristianos! por tan suaves delicias, conmovidos por un espectáculo tan sublime y encantador, apresuremos, pues, nuestro paso, y fijemos nuestra planta en tan apacible sitio. Y ¿por qué, hermanos mios, ante unas plantas tan excelentes, ante tal variedad de encantos, y ante tanta suavidad de perfumes, mi mirada se fija únicamente en una humilde florecilla, que crece allí en medio del delicioso terreno? ¿Qué es lo que esa flor ofrece de extraordinario y de sublime? Inclinada sobre la tierra, los matices de dicha flor son pálidos,; mezclada con el polvo, sus hojas son tristes; abandonada, como se halla, á sí misma, crece con inseguridad, y brota indecisa, como si anduviera en busca de perdido sendero. ¿Qué es, pues, repito, lo que en ella me atrae, qué es lo que me sorprende, qué es lo que me arrebata?

Lo que me atrae, lo que me sorprende y lo que me arrebata, hermanos mios, es la accion de su naturaleza siempre maravillosa. Esa flor, que por la palidez de sus matices, la pobreza de sus hojas, y la inseguridad de su desenvolvimiento, parece tan humilde, miéntras permanece sobre el suelo, mezclada con los terrones; esa flor misma, repito, apénas llega á los piés del tronco de un nudoso y vetusto roble, cuando de repente ¡oh prodigio! sus hojas reverdecen, sus colores se animan, y sus flores se embellecen con las más sorprendentes riquezas. El amarillo, el rojo, el granate, el azul celeste, y el azul subido, y el color de violeta; tales son las tintas con las cuales entónces se adorna: guirnaldas preciosas, festones admirables y majestuosas cascadas; tales son las formas que adquiere al arrimo de su amigo, el altísimo tronco: una grandeza siempre imponente, una variedad siempre nueva, y una galanura siempre bella; tales son las propiedades que, en el interior del bosque, la distinguen, la adornan y la subliman.

Y ¿qué flor puede ser esa, pues, carísimos hermanos? Es la misteriosa Madreselva, que, siendo despreciable, acaso, en tanto vejeta sobre el humilde terreno, descubre todas sus ocultas bellezas tan pronto como consigue unir amorosamente sus tallos al tronco de algun árbol. ¡Afortunada Madreselva! que nos habla de aquella Vírgen santísima, que manifestaba todas sus glorias en su union con Dios, y en cuya union hacía consistir sus maravillosas grandezas. Y vosotros, que la admirasteis ya en los vínculos de tal union, cuando os hablé de su amor al Altísimo, procurad hoy contemplarla miéntras vuela en busca de su perdido Hijo, cual espiritual Madreselva, que, sin fin, va en pos de su glorioso apoyo.

¡Oh Madre santísima! que en la pérdida y en el hecho de buscar á vuestro Hijo, quisisteis servirnos de modelo, á fin de que aprendiéramos á buscar la delicia de nuestro corazon ¡ah! enseñadnos que esa investigacion debe hacerse con solicitud, con valor y con cristiana sencillez.

Y nosotros, por nuestra parte, mis amados hermanos, atentos á los ejemplos de esa Madre amorosa; procuremos hacer todos los esfuerzos posibles para hallar, durante esta noche, en este templo mismo, á los piés del altar santísimo, á nuestro perdido Amado, á nuestro olvidado Dios, á nuestro amoroso Jesús. A. M.

Para convencernos, desde luego, de cuan conveniente es para un alma, el buscar con solicitud á su Dios, empecemos por considerar, hermanos mios, los males que acarrea á esa alma desdichada el perderlo. ¿Qué es, en efecto, lo que pierde el alma, perdiendo á Dios? Pierde, nada ménos ¡oh cristianos! que el único objeto de su felicidad eterna. Pierde á Aquel, que pudiera hacerla bienaventurada en esta tierra y en el cielo; pierde á su Padre, á su bienhechor, á su amigo, á su todo; á Aquel, que la sacó de la nada, que la conserva á cada instante de la vida, que la colma de gracias, de privilegios y de honores. Y por lo mismo, ¿qué encantos no pierde, pues, esa alma desdichadísima? Contempladla, hermanos mios; una vez ella ha perdido á Dios, pierde el blanco ropaje de la gracia, el sedoso manto de la gloria, todos los adornos de su real grandeza. La preciosa diadema, no ciñe ya su frente; los collares, no penden más de su cuello; las perlas y las alhajas, no adornan ya su persona. Y de la oscurecida frente ha desaparecido el candor; la mirada, enturbiada, resta sin afabilidad; las mejillas, sin brillo alguno, ya no se ven teñidas del delicioso carmin del pudor. Y ¿dónde pudierais buscar ya en ella lo purpúreo del lábio, la templanza de las palabras, y la majestad del porte? Triste, desgreñada y descompuesta veis ya su cabellera, melancólica su mirada, despavorido el semblante y su aspecto repugnante. Toda ella os está indicando la ausencia de su Dios, los gritos de su conciencia, las turbaciones que la asaltan, y los temores que la oprimen. Ella conoce que se ha convertido en esclava del demonio, en objeto de la maldicion divina, en porcion y herencia del infierno. Y entónces se alarma, se aflige y se desespera.

Mas ¡ay! cristianos; ¿por qué, pues, no debiéramos salir de tan miserable estado? ¿Por qué no debiéramos ir en pos de nuestro perdido Dios? ¿No será, acaso, con El, que nuestra alma adquirirá nueva vida, nueva gloria, y nuevo esplendor? ¿No estais oyendo, por ventura, como El mismo así os lo asegura por boca de Amós: *Quaerite Dominum et vivetis*? (Amos. v. 4). ¿Acaso pensarais esperar todavía un poco? ¿Por ventura vuestros labios repiten, igualmente: buscaré al Señor, lo buscaré? Mas ¡ay! ¿por qué no hacerlo desde luego? ¿por qué no hoy? ¿por qué no en este instante mismo? Acaso, hermanos mios, aquel su rostro tan amable, no tiene ya fuerza suficiente para movernos? ¿Acaso aquel corazon tan tierno, no tiene ya atractivo bastante para arrastrarnos hácia Él? ¿Por ventura un Dios tan benéfico, no es ya capaz de arrebatar nuestros corazones? Y sin embargo, nuestro corazon se enternece en presencia de algun bienhechor; nuestro rostro se serena á la voz del cariño; y las lágrimas humedecen nuestros ojos ante un rasgo de generosidad cualquiera. ¿Y Jesús, que es el más bello de los hombres, *speciosus forma prae filiis hominum* (Psal. xliv, 3;) y Jesús, repito?... ¡Ah, cristianos! no más demora: harto digno es Él de nuestros amores. Busquémosle, pues, pero con toda solicitud; busquémosle, pero con toda diligencia.

Hé aquí, hermanos mios, lo que María nos enseña. Ella vuelve del Templo, en compañía de su esposo, y advierte ¡ay! que su Jesús ha desaparecido en medio de la muchedumbre. ¡Angeles del paraiso! vosotros, que fuisteis testigos de su pesar, referidnos las angustias y las congojas de aquel corazon desgarrado. ¡Oh! á tan inesperada falta ¡cómo se contrista su ánimo, cómo la abandonan sus fuerzas, cómo decae su valor! Harto Ella conoce ¡ay! el precio de la joya preciosísima que ha perdido. Harto siente el grave daño que se le sigue, si no le es dado hallar á su amado Jesús. Y entónces gime, suspira y como ébria de dolor, va exclamando sin cesar: *Num quem diligit anima mea vidistis*? (Cant. iii, 3).

Empero, el dolor que experimenta María por la pérdida de su Jesús, no es un dolor vano y estéril. Ella conoce, desde luego, que es por demás el lamentarse, sin hacer las convenientes indagaciones. Y entónces, cual misteriosa Madreselva, que va recorriendo todo el terreno, hasta conseguir encaramarse en algun tronco, vuelve el paso hácia atrás, va excudriñando todo lugar, interroga á toda persona, y le busca por todas partes. Su ansiedad no sufre demora alguna; de suerte, que Ella quisiera hallarse á la vez en cien lugares distintos; y se lamenta de la luz del dia, porque ya le concede poco tiempo para buscar á su Dios; y olvida sus propias necesidades, para no perder un tiempo tan precioso en otra cosa, que en averiguar el paradero de su amado Hijo.

¿Habeis visto alguna vez, mis amados hermanos, una inocente paloma, cuando advierte que le ha sido arrebatado su querido hijuelo?

¡Oh! entónces ella no siente ya paz en su corazon; y con sus alas abatidas, sostenidas, sin embargo, por la vehemencia del amor, va recorriendo todos los campos vecinos, lo inspecciona todo con su mirada amorosa, clama con su débil grito; penetra en todas partes, vuelve muchas veces con impaciencia á su nido, anda y desanda sin cesar el ya corrido camino; sin cejar jamás, hasta que la noche viene á impedir sus incesantes pesquisas. Tal debeis figuraros, mis amados hermanos, el corazon de María en la pérdida de su Jesús.

Y ¿por qué nosotros no hemos de buscar, pues, de esta suerte á nuestro Dios? ¿por qué no hemos de sentirnos movidos nosotros, igualmente, á una indagacion tan diligente y amorosa?

Pues, qué! ¿pudieran, acaso, arredrar á nuestros ánimos las dificultades que ofrece la empresa? No cabe de ello duda alguna; espinosa es la senda que conduce á Dios; senda rodeada de muchos enemigos poderosos por su fuerza, temibles por su número y terribles por sus asechanzas; senda llena de mil obstáculos, sembrada de tribulaciones y cubierta de cruces. Empero, todo eso ¿qué importa? ¿Pudiera, acaso, por ello, decaer vuestro ánimo? preferiríais ser víctimas de un mal entendido temor? ¡Ah! no: en vez de desfallecer, debeis revestiros de un santo valor; y fortalecidos con la gracia de Jesucristo, caminareis con intrepidez, triunfando de todos los peligros, trabajos y asechanzas.

Mas, bien lo sé: apénas habreis dado el primer paso para ir en busca de Jesús, se rebelarán contra vosotros las pasiones; el orgullo, la ambicion, la concupiscencia, redoblarán los asaltos, y se acrecentarán los incentivos. El orgullo os dirá, que la servidumbre de tal Soberano es demasiado humillante. La ambicion os dirá, que es demasiado extremada la pobreza de aquellos que se unen á Jesucristo. La concupiscencia, por último, os dirá, que las privaciones que impone Jesús á cuantos le imitan, son insoportables. Y vosotros ¿cómo debeis conduciros en semejante caso? Vosotros ¡ah! debeis armaros de una santa fortaleza, y cerrando vuestros oidos á tales razonamientos, debeis despreciarlos, debeis desecharlos. Tales pasiones son unos áspides, son unos basiliscos, que conspiran á la perdicion de vuestra alma, contra vuestra vida eterna; por eso, vosotros, siguiendo la doctrina del Salmista, caminareis sobre esos áspides, pisoteareis esos basiliscos. Se levantará, es cierto, en su auxilio el mundo perverso, el siglo nefando, y con promesas de honores, de grandezas, y de glorias; con ofertas de bienes seductores y falaces; con la esperanza de grandezas y de recompensas, procurará quebrantar vuestra constancia; mas vosotros, en vista de un leon tan fiero, os armareis de nueva fuerza

y de nuevo valor; y una vez derribado el áspid y el basilico, pisoteareis, igualmente, el leon y el dragon.

¿Creeis, tal vez, que os han de faltar las fuerzas? *Nolite timere*: el Señor estará con vosotros, y nadie podrá de vosotros triunfar; *Nolite timere*: vuestras miradas serán como espadas, que traspasarán el corazon de vuestros enemigos; *Nolite timere*: nadie tiene poder sobre vuestra alma: *animam autem non possunt occidere*. Tratad, pues, á vuestros enemigos como ellos se merecen, con las burlas, las irrisiones y los sarcasmos. Esta es la voluntad del Señor, que os ordena, dar pruebas de aquel valor que es propio de sus fieles soldados; y tal es, igualmente, la voluntad de María, que os muestra con su ejemplo, cómo y con qué disposicion debe ser buscado el perdido Jesús.

No creais, carísimos hermanos, que fuera cosa fácil para María el seguir las huellas de Jesús. No: incierta, como Ella se hallaba, del lugar en que lo había perdido, é incierta, asimismo, de la hora en que se había separado de su compañía, hallábase incierta, por otra parte, respecto de la manera y del sitio en que podría encontrarle. Era, por lo tanto, preciso volver á emprender el viaje; era necesario explorar todos los lugares circunvecinos; exponiéndose, acaso, al peligro de alejarse más de él, precisamente, en los momentos en que á él solamente andaba buscando. Y ahora calculad, si podeis, las tremendas inquietudes que tuvo que sufrir aquella tierna Madre. Sintiendo la delicadeza de su cuerpo, cansada ya por el largo viaje, debilitadas sus fuerzas por la vehemencia del dolor, y cual delicada Madreselva, que tiene necesidad para alcanzar la secular encina, de recorrer un peñascoso terreno, acercarse á los cenagosos pantanos, penetrar, no pocas veces, entre espinosos zarzales; se ve obligada á volver á andar el mismo camino, á pisar nuevamente el terreno recorrido, á excudriñar todos los lugares más escabrosos y agrestes. La sospecha de que, acaso, su Hijo puede hallarse en las vecinas aldeas, y el deseo de volverle á encontrar cuanto ántes, la arrastran á dirigir su paso por los derrumbaderos y los precipicios; mas no por eso desmaya aquel corazon generoso. El no tener conocimiento alguno de los lugares que estaba á la sazon recorriendo, las sombras de la noche, que se iban extendiendo más densas, cada vez. sobre la tierra, y los peligros que ofrecía el camino, eran capaces, ciertamente, de aterrar á todo otro ánimo; mas no al de María. El amor que siente por su Hijo, la obliga á preguntar por él á toda persona que encuentra á su paso; y Ella, entónces, sin reparar de ningun modo si su voz se dirige á un amigo ó á un enemigo, ni pensar,

en si puede esperar un rayo de luz ó un insulto, ¡ah! por piedad, les dice: decidme si habeis visto á mi Amado! *Num quem diligit anima mea vidistis?* En tal caso, ella procede de la misma manera, mis amados hermanos, que un amoroso pastor, el cual habiendo perdido á su querida ovejuela, al caer de la tarde, rendido ya de fatiga por la marcha del dia, vuelve á reconocer el ya recorrido terreno, y explora detenidamente las llanuras, penetra en los bosques, y se adelanta hácia los breñales; y en todas partes con atenta mirada, con el silbido y con la voz, va siguiendo las huellas de la delicia de su corazon.

Mis amados hermanos, ante un ejemplo tan edificante, ¿quién de vosotros rehusará buscar á Jesús, á despecho de cuantos obstáculos puedan oponernos el mundo, el demonio y la carne? ¿Quién de vosotros, armado de un santo valor, no ha de salir victorioso de todo enemigo?

Empero, no basta, todavía, buscar á Jesús con diligencia y valor; es menester buscarle, igualmente, con cristiana sencillez. Tal es el precepto que nos impone el Señor en el capítulo primero de la Sabiduría: *In simplicitate cordis quaerite illum*: buscad al Señor con la sencillez de vuestro corazon. Mas ¡ay! ¿qué horrible escarnio no hacen hoy los cristianos de tan amoroso precepto, segun estamos viendo? ¿No es, acaso, la falsa prudencia del siglo, la que regula las acciones de los modernos cristianos? ¿No es á la luz menguada de tal prudencia, que se aparenta cada dia buscar al perdido Señor? ¿No es hoy, por ventura, cuando estamos oyendo repetir á más de un cristiano: sí, buscaré al Señor; mas le buscaré cuando haya cerrado tal ó cual trato, supeditado á tal ó cual émulo, llevado á buen término tal ó cual litigio? ¿No es hoy cuando se repite: buscaré al Señor; mas despues de tener asegurada mi subsistencia, de haber procurado el bienestar de la familia, de haber alcanzado la celebridad de mi nombre? ¿No es hoy cuando se exclama sin cesar: buscaré al Señor; mas luego de haber salido de tal ó cual compromiso, al cual, hoy por hoy, no puedo renunciar absolutamente; cuando me pueda desembarazar de aquella persona, á la cual no me atrevo á volver la espalda; cuando la muerte venga á librarme de aquel malvado, cuyos sarcasmos temo; cuando....!?

¡Ah! mis amados hermanos; hé ahí, pues, la prudencia del siglo: prudencia vana, cuya perdicion Dios ha jurado con esta sentencia: *prudentiam, prudentiam reprobabo* (I. Cor. I, 19.); prudencia vana, que causa la muerte, siendo muerte ella misma: *prudentia carnis mors est.* (Rom. VIII, 6.) Conviene obrar con prudencia, se dice, para no malograr tal ó cual negocio, para no perder tal ó cual destino, para poder llevar á cabo tal ó cual empresa; mas, entretanto, ¿cómo no se teme la perdicion de la propia alma? Deséase emplear tal prudencia para evitar las mofas, por no ser objeto de las irrisiones, para no sufrir los sarcasmos; mas ¿por qué, pues, hemos de sufrir las mofas de nuestro declarado enemigo, el demonio? Es necesaria dicha prudencia para poner á salvo nuestra honra, nuestra reputacion y nuestra vida, segun hoy se dice; mas miéntras tanto ¿cómo no se da un solo paso para preservar nuestra verdadera honra, nuestra verdadera reputacion, nuestra vida eterna?

¡Ah, hermanos mios! una es nuestra alma, una nuestra eternidad: una sola alma tenemos, y ésta no disfruta de paz en la eternidad, sinó unida á Jesús; una es nuestra eternidad, y ésta no es feliz, sinó en el seno de Jesús. Fuera, pues, todas esas humanas consideraciones, todos esos falsos respetos, todas esas frívolas excusas. Esas son voces del mundo; no son voces de Jesucristo. Este quiere vernos cual niños: si no fuerais semejantes á ellos, nos dice, no espereis, no, encontrar vuestro perdido bien. Tal es el ejemplo que os ofrece María.

Al advertir Ella la pérdida de su amantísimo Hijo ¡ah! no pierde ciertamente el tiempo en vanas consultas, ni en inútiles cuidados, sino que, solícita, exclama: pues bien, busquémosle. No se le ocultan las dificultades que ofrece la empresa, los peligros á que iba á exponerse, y los trabajos que debia arrostrar; conoce que la prudencia del siglo le hubiera aconsejado, mandar á otra persona en su lugar, para evitarse así las incomodidades de tan penoso viaje. Pero ¿obra así María? ¡Ah, cristianos! María se deja guiar por la sencillez de su espíritu; Ella abomina la prudencia del siglo; y por lo mismo, mostrándose sorda á los consejos de aquélla, héla ahí, buscando, incansable, á su amado Bien. Y ¡dichosa Ella! que, cual misteriosa Madreselva, pudo, finalmente, saludar á su glorioso apoyo, extendiendo sobre él sus fructíferos tallos, y adornándose de las flores más variadas y preciosas. Y ¿quién fuera capaz de describiros, mis amados hermanos, el júbilo que entónces experimentó su enamorado corazon? Comparando tal júbilo con el que siente el pastor, al volver al redil con la ovejuela sobre sus hombros, ó con el que siente la paloma al regresar á su nido, llevando delante de sí á su amado hijuelo, tendreis una idea de él; pero esa idea, solo será muy pálida para el caso.

¡Ah! no creais que pudiera ello suceder de otra manera. María habia buscado á su Jesús, y lo habia buscado con diligencia, con valor y con sencillez: Ella habia encontrado al que era la alegría de

su espíritu, la delicia de sus afectos, la vida de su corazon: Ella no podía dejar de participar de esa vida, de esa delicia, de esa alegría.

Busquemos, pues, carísimos hermanos, busquemos de esa suerte al Señor; y, yo os lo aseguro, le encontraremos igualmente. Busquémosle hoy, que aún es tiempo: *Quaerite Dominum dum inveniri potest.* (Is. LV, 6.) Busquémosle, precisamente, allí donde le encontró María; en el Templo, en medio de los doctores, es decir, en la oracion, en la lectura de libros de devocion, en el recogimiento de nuestro espíritu. En nuestra union con Dios se embellecerán nuestras flores, se animarán nuestros colores, nos veremos convertidos en unas plantas las más maravillosas y agradables. ¡Oh! no demoremos más! Jesús está ahí, encerrado en el sagrario, dispuesto á revelarse á nuestros corazones, si de veras le invocamos. María os lo está mostrando por medio de esa imágen suya sacratísima; y, en prenda de seguridad, os señala el corazon de Él, traspasado por nuestro amor.

¡Oh Madre! que en la union con vuestro Hijo santísimo cifrasteis toda la santidad de vuestro espíritu; ¡ah! alcanzadnos la gracia de que podamos en este instante abrazar de nuevo, arrepentidos, á nuestro amoroso Dios. Harto hemos sentido ya nuestra desdicha, viviendo apartados de su amoroso corazon. Ahora, que hemos conocido, que nuestra propia grandeza solo se manifiesta estando unidos con nuestro Padre celestial, resueltos estamos á no separarnos más de Él, á no desecharle más de nuestros corazones. Nosotros, en verdad, tendremos que sostener una cruda guerra por parte de nuestros enemigos declarados; mas, por otro lado, nos anima ¡oh María! vuestra piedad, vuestro amor y vuestra proteccion. Amparados bajo vuestro manto, sostenidos con vuestra mano, y defendidos con vuestro poder, nos prometemos, sobre todos nuestros enemigos, los más señalados triunfos, esperamos las más gloriosas victorias. Y así, por vuestra intercesion ¡oh María! permaneciendo siempre unidos á vuestro Hijo sobre la tierra, esperamos, igualmente, vivir unidos á Él por toda la eternidad, en los cielos.

DIA VEINTE Y UNO.

LA MIOSOTIS,

Ó SEA:

LA IMITACION DE JESÚS.

Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et sequatur me.
Si alguno quisiere venir en pós de mí, niéguese á sí mismo, y sígame.
(MATTH. XVI, 24.)

Bello y sorprendente espectáculo es, mis amados hermanos, el que ofrece un plateado riachuelo, que con la limpidez de sus aguas, su pausado curso, y su caudal reflejando los rayos de un sol el más claro y esplendoroso, va á bañar una tierra cubierta y esmaltada enteramente de flores, durante los frescos y apacibles dias de la risueña primavera. Ante aquel plácido murmullo del agua, al cual hace eco el suave canto de las festivas avecillas; ante aquel argentino blanquear de las olas, al cual corresponde la pureza de la luz; ante aquella grata frescura, que se desprende sin cesar de las aguas y de las flores, semejante al ténue soplo de aura refrigerante, ó de refrigerante cefirillo; el corazon del hombre no puede menos de sentirse hondamente conmovido, y prorumpir y deshacerse en afectos los más amorosos y los más tiernos. No le perturban entónces las angustias y las zozobras, ni asalta su imaginacion ningun pensamiento triste. No saciándose nunca de admirar tan peregrinas bellezas, siempre incierto sobre cuál de ellas debe fijarse, principalmente, su atencion; ora dirige sus miradas hácia aquel prado atestado de flores; ora á aquellas olas, siempre bellas y crecientes; y ora, finalmente, las eleva hácia el cielo para contemplar la nitidez de los aires, la pureza de la luz y la majestad del firmamento. Y, precisamente, al levantar y bajar la vista, incesantemente, ¡cuántas nuevas bellezas no le sorprenden, le encantan y le enamoran! Despues de haber ob-

su espíritu, la delicia de sus afectos, la vida de su corazon: Ella no podía dejar de participar de esa vida, de esa delicia, de esa alegría.

Busquemos, pues, carísimos hermanos, busquemos de esa suerte al Señor; y, yo os lo aseguro, le encontraremos igualmente. Busquémosle hoy, que aún es tiempo: *Quaerite Dominum dum inveniri potest.* (Is. LV, 6.) Busquémosle, precisamente, allí donde le encontró María; en el Templo, en medio de los doctores, es decir, en la oracion, en la lectura de libros de devocion, en el recogimiento de nuestro espíritu. En nuestra union con Dios se embellecerán nuestras flores, se animarán nuestros colores, nos veremos convertidos en unas plantas las más maravillosas y agradables. ¡Oh! no demoremos más! Jesús está ahí, encerrado en el sagrario, dispuesto á revelarse á nuestros corazones, si de veras le invocamos. María os lo está mostrando por medio de esa imágen suya sacratísima; y, en prenda de seguridad, os señala el corazon de Él, traspasado por nuestro amor.

¡Oh Madre! que en la union con vuestro Hijo santísimo cifrasteis toda la santidad de vuestro espíritu; ¡ah! alcanzadnos la gracia de que podamos en este instante abrazar de nuevo, arrepentidos, á nuestro amoroso Dios. Harto hemos sentido ya nuestra desdicha, viviendo apartados de su amoroso corazon. Ahora, que hemos conocido, que nuestra propia grandeza solo se manifiesta estando unidos con nuestro Padre celestial, resueltos estamos á no separarnos más de Él, á no desecharle más de nuestros corazones. Nosotros, en verdad, tendremos que sostener una cruda guerra por parte de nuestros enemigos declarados; mas, por otro lado, nos anima ¡oh María! vuestra piedad, vuestro amor y vuestra proteccion. Amparados bajo vuestro manto, sostenidos con vuestra mano, y defendidos con vuestro poder, nos prometemos, sobre todos nuestros enemigos, los más señalados triunfos, esperamos las más gloriosas victorias. Y así, por vuestra intercesion ¡oh María! permaneciendo siempre unidos á vuestro Hijo sobre la tierra, esperamos, igualmente, vivir unidos á Él por toda la eternidad, en los cielos.

DIA VEINTE Y UNO.

LA MIOSOTIS,

Ó SEA:

LA IMITACION DE JESÚS.

Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et sequatur me.
Si alguno quisiere venir en pós de mí, niéguese á sí mismo, y sígame.
(MATTH. XVI, 24.)

Bello y sorprendente espectáculo es, mis amados hermanos, el que ofrece un plateado riachuelo, que con la limpidez de sus aguas, su pausado curso, y su caudal reflejando los rayos de un sol el más claro y esplendoroso, va á bañar una tierra cubierta y esmaltada enteramente de flores, durante los frescos y apacibles dias de la risueña primavera. Ante aquel plácido murmullo del agua, al cual hace eco el suave canto de las festivas avecillas; ante aquel argentino blanquear de las olas, al cual corresponde la pureza de la luz; ante aquella grata frescura, que se desprende sin cesar de las aguas y de las flores, semejante al ténue soplo de aura refrigerante, ó de refrigerante cefirillo; el corazon del hombre no puede menos de sentirse hondamente conmovido, y prorumpir y deshacerse en afectos los más amorosos y los más tiernos. No le perturban entónces las angustias y las zozobras, ni asalta su imaginacion ningun pensamiento triste. No saciándose nunca de admirar tan peregrinas bellezas, siempre incierto sobre cuál de ellas debe fijarse, principalmente, su atencion; ora dirige sus miradas hácia aquel prado atestado de flores; ora á aquellas olas, siempre bellas y crecientes; y ora, finalmente, las eleva hácia el cielo para contemplar la nitidez de los aires, la pureza de la luz y la majestad del firmamento. Y, precisamente, al levantar y bajar la vista, incesantemente, ¡cuántas nuevas bellezas no le sorprenden, le encantan y le enamoran! Despues de haber ob-

servado con más detencion el firmamento para admirar aquel encantador azul, no empañado por mancha alguna, ni alterado por ninguna nube, ni oscurecido por vapor alguno, vuelve á fijar los ojos en el plateado riachuelo, y al verle acá y acullá y en varios puntos, tan admirablemente distinto, fijúrasele, en su fantasía, y por el gran número de flores que lo rodean, como un nuevo cielo, adornado y embellecido con aquel mismo azul. Entónces, atónito, acércase á aquellas aguas, contempla con ansiedad aquellas olas; y ¡oh prodigio! aquellos puntos celestes y azules no son otra cosa que delicadísimas flores, cuya gloria consiste en reproducir en sí mismas el colorido del cielo, y en reflejarle sobre las argentinas olas de las fuentes y de los riachuelos. ¡Oh delicada Miosotis! bellas son, pues, tus formas, delicados tus estambres, y sorprendente es tu color. Ténue es tu tallo, vistosas son tus hojas, diminutas tus flores; tú, solamente, por aquel azul que te distingue, por aquel color celeste, con el cual se tiñe tu corola; tú, solamente, puedes ser parangonada con el azul del cielo; tú, solamente, puedes sorprender con admirable encanto nuestras arrobadas mentes.

¡Oh belleza sorprendente! oh flor sin par elocuente! oh augusta Reina de los cielos! á quien yo reconozco en la terrenal Miosotis; ¿de dónde dimana la belleza de vuestro aspecto, lo encarnado de vuestras lágrimas, lo sorprendente de vuestro color? Y ¿por qué mi alma no sabe separarse de Vos? ¿Por qué mi corazon no se sacía jamás de admiraros? ¿Por qué nunca quisiera cesar de encomiar vuestras grandezas? ¿Qué es, pues, lo que en Vos sorprende mi mirada, atrae mi corazon y tiene extático mi afortunado espíritu?

¡Ah! ya os lo he manifestado, mis amados oyentes; es aquel matiz celestial, tan admirablemente reproducido por aquellas místicas hojas, es aquella divina semejanza, tan fielmente imitada, por nuestra Madre santísima. Hé ahí por qué Ella arrebata á todo corazon, atrae á toda alma, eleva todo entendimiento. Hé ahí lo que hace afable su mirada, suave su palabra, grato su semblante. Es una criatura, que ha sabido hacerse viva imágen de su Hacedor; es una mujer, que ha sabido imitar á su Dios; y Ella es, á la vez, mujer y criatura, que está gritando á nuestros corazones: imitad, sí, imitad á vuestro Dios; y al propio tiempo que nos recuerda y nos impone el deber de imitarle, nos ofrece y demuestra el modo de hacerlo.

Y nosotros ¿cómo nos portamos? ¡Ah! no os arredreis, cristianos, ante lo árduo de tal empresa! Un divino modelo nos fué dado por el Altísimo, y conformando con él nuestra vida, llegaremos todos al fin dela divina imitacion. El modelo es Jesús; y el deber que nos incumbe, es, imitar su vida interior y exterior. Examinémoslo, pues: la celestial Miosotis, nuestra Madre María, iluminará nuestros pasos. A. M.

Aprended, decía un dia el divino Redentor á sus discípulos: aprended de mí, á no revestiros de poder y de gloria; á no distinguiros por la fuerza de los prodigios; sinó á ser humildes y mansos: *discite quia mitis sum*. Y á fin de que los Apóstoles comprendieran bien el valor de tal mandato, y no se contentaran con una simulada, ó aparente, imitacion; imitad, añadía, imitad en mí la mansedumbre que parte del fondo del corazon: *Discite a me quia mitis sum et humilitis corde*. (MATTH. XI. 29).

En dicho precepto ¡oh cristianos! se nos manifiesta con toda evidencia la voluntad del Altísimo, la cual, precisamente, nos manda imitar en nosotros mismos sus divinas perfecciones, y, en primer lugar, las interiores y del corazon.

¿Cuál, fué, pues, la vida interior de Jesucristo? Una vida de humildad y de recogimiento; una vida de perfectísima union con su Padre celestial; una vida de absoluta dependencia de su divino Generador. Leed las sagradas Escrituras, y allí vereis la protesta del Redentor, diciendo, que había venido á la tierra para cumplir, no su propia voluntad, sinó la voluntad santísima de su Padre eterno. Proseguid en dicha lectura, y vereis, igualmente, que nuestro divino Maestro nos asegura, que nunca se apartó de su Padre celestial, sinó que siempre estuvo unido á Él con los vínculos más perfectos del amor, hasta el punto de quejarse respecto de Él, clavado en la cruz, porque le había, en cierto modo, abandonado. Proseguid todavía registrando aquellas páginas sacrosantas, y en ellas vereis, que el divino Redentor vivió en el más profundo recogimiento, desde que nació, hasta el principio de su apostolado. De suerte, que, ni aún cuando El se manifiesta á la tierra, con toda la fama de sus prodigios, con todo el esplendor de su sabiduría, y con el cúmulo de sus misericordias, puede decirse, que sea manifiesta su vida interior, descubierto el fondo de su corazon: así se observa, que cuando trata de revelar á su Padre la plenitud de sus afectos, se aparta de sus discípulos; que cuando las muchedumbres le rodean, se aleja; y cuando descubre á algunos de sus discípulos predilectos la gloria de que se halla revestido y adornado, les ordena, con riguroso precepto, que no la revelen á ninguno. Y la grandeza de su alma, la divinidad de su persona, y el poder de su brazo, sólo se manifiestan por medio de unas obras, que fueron objeto de escarnio, de irrision y de sarcasmo.

Y ¡ah! ¿quién fuera capaz de explicaros, cuál fué la pureza de sus

pensamientos, la elevacion de sus afectos y la santidad de sus deseos, en medio de la soledad de su corazon? Siendo la cabeza de la grey, llamado sacerdote del pueblo santo de Dios, ¡oh! su vida interior no podía dejar de corresponder á tan sublime excelencia; y aquellos amorosos transportes del huerto de Getsemaní, que reasumen su vida entera, nos revelan, clarísimamente, que pasó su vida léjos siempre del mundo; siempre unido con su Padre celestial, siempre sometido á sus eternos designios. Y en una vida semejante ¿qué virtud podía faltar á su corazon, qué otros méritos podian apetecerse en su alma divinísima?

¡Oh! sí, hermanos mios; reconozcamos en aquel corazon al justo, al santo, al inocente, al inmaculado, segregado de los pecadores; reconozcamos en él á nuestro Dios, á nuestro Maestro, á nuestro prototipo, y á nuestro modelo. Sí, á nuestro modelo; porque, segun nos enseña San Gregorio, El vino á la tierra en la humildad, para ser visto de los hombres, é imitado por ellos: *Venit ut videatur, et videri vult ut imitetur*. Y por eso, añade san Buenaventura, fué enviado á la tierra por el Padre como el camino, la verdad y la vida de los hombres; para enseñar á todos, con su ejemplo, el camino de la virtud; y como quiera que todos ellos fueran criados á imágen de Dios, todos ellos debían de ser igualmente regenerados á imágen de Jesús. Y no estais, acaso, oyendo como El os dice: vosotros sereis santos, porque santo soy yo mismo? *Sancti eritis quia ego sanctus sum*? (I Petr. 16.) como si dijera: vosotros sereis santos con mi propia santidad, adquiriéndola con la imitacion de mis virtudes. ¿Qué es, pues, lo que El quiere darnos á entender, cuando nos invita á acudir á su seno, asegurándonos, que encontraremos allí un refrigerio en los trabajos, un lenitivo en las penas, y un consuelo en los dolores?

¡Ah! El, ciertamente, no quiso significarnos con ello otra cosa, sinó que nos llamaba á la imitacion de sus virtudes. Venid, pues, á mí, nos repite: yo soy el camino que conduce á la paz; mas ese camino sólo se encuentra siguiendo mis huellas: venid á mí, yo soy la verdad, que puede ofreceros el contento de vuestro espíritu; mas esa verdad sólo se alcanza subiendo al monte, al cual yo subí de la cristiana perfeccion: venid á mí, yo soy la vida de vuestros corazones; mas esa vida, no la goza, ciertamente, aquel que vive alejado de mi amor, aquel que no se une y no se identifica con mi divino corazon. Venid á mí; haced vuestra morada en mi seno; permaneced conmigo.....

Mas ¿cuál es el medio, oh cristianos, de permanecer con Jesucristo? Escuchemos al discípulo amado sobre este punto: seguir el

mismo camino que Cristo recorrió, *sicut ille ambulavit, et ipsi ambulare* (I. Joann. II. 6). ¿No siguió Jesucristo el camino de las humillaciones? Pues, bien; nosotros debemos buscar en éstas la delicia de nuestro corazon, el ornato de nuestra alma, el reposo de nuestro espíritu. Viviendo ocultos para el mundo, ignorados respecto de la tierra, conseguiremos manifestarnos solamente al corazon de Jesús; buscando solamente su aprobacion, su aliento y su consuelo. ¿No siguió Jesucristo el camino de su union con su Padre celestial? Por lo tanto, á nosotros nos incumbe dirigir hácia El nuestras miradas en todas las circunstancias, implorar su auxilio, permanecer con El durante todo el curso de nuestra vida. ¿No siguió Jesucristo, finalmente, el camino de su absoluta dependencia de su divino Generador? A nosotros nos corresponde, por lo mismo, sujetarnos en todo á nuestro Padre celestial, escuchar su voz, ejecutar sus mandatos, y cumplir sus preceptos.

Y ¿qué ejemplo tan brillante no tenemos, de todo eso, en nuestra Madre santísima? ¡Oh! Ella, cual espiritual Miosotis, que sólo se embellece con las bellezas celestiales, que sólo se matiza con los colores divinos, y parece un cielo sobre la tierra; un cielo, que no está cubierto por ninguna nube, ni oscurecido por vapor alguno; un cielo, el más esplendoroso y sereno; bien podía exclamar, que se había hecho en todas las cosas semejantísima á su Amado, que se había convertido sobre la tierra en la imágen más perfecta de Dios. De ahí, aquel abismo de humillacion, en el cual Ella vivía siempre oculta é ignorada para la tierra, únicamente manifestando á su Dios el fondo de su enamorado corazon. Y así veis, que al ser saludada por Elisabeth cual Madre del Verbo, llámase á sí misma la esclava; que cuando se halla á punto de ser abandonada por José, disimula y enmudece; que al ser visitada por los Magos y los pastores, procura tener oculta su propia dignidad; que cuando se refugia en Egipto, no revela su persona; que al volver al seno de su pueblo, preséntase cual esposa de un hombre oscuro, de un mero artesano. Y en la humillacion de su corazon ¿cuán íntima no fué su union con Dios?

Así nos lo demuestran, hermanos mios, aquellas miradas apasionadas con las cuales contemplaba sin cesar á su Jesús Niño; así nos lo prueban aquellos besos tiernísimos que imprimía en su celestial rostro; así nos lo indican aquellos abrazos amorosos, con los cuales le estrechaba contra su inmaculado seno. Y ¿acaso no nos ofrece, igualmente, una prueba de su union con Dios, aquella solicitud que Ella muestra al buscarle, cuando le ha perdido, y no por culpa suya, ciertamente; aquella firmeza inquebrantable, con la cual va siguiendo

sus pasos, en los viajes de su apostolado; y, por último, aquella asistencia tan asidua que le presta á los piés mismos de la cruz, sin abandonarle, ni aún en el acto, en que su vista era una cruelísima espina para su corazon, una espada para su espíritu y un inaudito martirio para su alma?

Y ¿no llamaremos, asimismo, un efecto de su union con Dios, á aquel arrobamiento que Ella siente en presencia de cuantas maravillas la rodean; por ejemplo, al contemplar los resplandores del sol, la majestad del firmamento, la pureza de la luz, la belleza de las flores; y al oir el canto de las aves, al considerar, en una palabra, cuanto le recordaba la sabiduría, la bondad y la omnipotencia de su Padre celestial, de su Hijo predilecto y de su Esposo divino? Y ¿qué decir, finalmente, de aquella fiel sumision que Ella mostró siempre á los designios del Eterno? Para conformarse con la voluntad del Altísimo, Ella aceptó el ser Madre de Dios; para conformarse con la voluntad del Altísimo, ofreció Ella misma al Padre, á su Hijo; para conformarse con la voluntad del Altísimo, nos aceptó á todos nosotros por hijos suyos, que debíamos ser engendrados con la inmensidad de los dolores, curados con innumerables heridas, y reanimados con el profundo sueño de la muerte. De ahí, aquel ardor jamás interrumpido, con el cual Ella procuraba conformar su corazon con el de su Amado, humilde y paciente, fuerte y generoso, caritativo y celoso, puro y elevado, fecundo y divino; y no solamente procuraba conformar con Él su corazon, sinó toda su persona, y su vida, sin reserva alguna.

Eso nos demuestra, que para que nuestra imitacion sea perfecta, no basta asemejarse al divino modelo en el interior del corazon, sinó que es neeesario, además, imitarlo en su vida externa, en sus operaciones exteriores. Procurad, pues, meditar bien ¡oh cristianos! lo que fué esa vida exterior de Cristo. Considerada bajo el puto de vista que os plazca, ¿qué notareis en ella? Una vida que, examinada en sí misma, es una vida de pruebas, de tribulaciones, de cruces, de cristiana austeridad; una vida, que se reserva para sí misma las amarguras y los dolores; que no saborea uno siquiera de los deleites y los placeres, que tanto abundan en la tierra; una vida, que, satisfecha con todo aquello que es indispensable para su conservacion, huye de todo lo restante, lo desprecia y lo condena. Si prefirierais considerar dicha vida en su relacion con los hombres, se os aparecería como una vida de beneficencia y de proteccion, que pasa derramando sus misericordías; devolviendo á unos la salud, resucitando á otros, absolviendo á estos de sus culpas, y volviendo á aquellos á la

fé; ora esperando con paciencia el arrepentimiento del culpable; ora levantándole con amor de su funesta caida; predicando á todos la vida; consolando á todos en sus miserias, y ofreciendo por todos el premio de su sangre sobre el ara de la cruz. Y si esa vida fué tan benéfica respecto de los hombres; ¿cuál creis, pues, habrá sido ella, respecto de su divino Padre? Una vida de celo, de amor y de piedad. Y así vosotros podeis verla tal en el Templo, cuando arroja de él á los profanadores; en medio de las muchedumbres, cuando les descubre los más sublimes misterios; en la cruz, cuando dirige á Dios las preces de sus lábios.

¡Oh, míseros mortales! ¿de qué rubor no deberian, pues, cubrirse vuestros rostros ante ese divino modelo? ¿Acaso, miéntras vivís sobre esta tierra, no sois vosotros todos, los que anhelais sus placeres y deleites, los que estais soñando riquezas? ¿No buscais honores, no apeteceis todo aquello que puede eximiros de las tribulaciones, de los dolores, de las lágrimas y de las penalidades? ¿No sois vosotros, por ventura, los que, viviendo siempre en contacto con vuestros semejantes, despreciais, sin embargo, su miseria, aborreceis su pobreza y ultrajais su ignorancia; oprimiéndolos, si son débiles; abandonándolos, si están enfermos; engañándolos, si son cándidos, y haciéndoles traicion, si son ricos? ¿No sois vosotros los que descuidais el honor de vuestro Dios; los que no procurais la manifestacion de su Nombre, los que no invocais el auxilio de su poderoso brazo? Y ¿cuándo se han de grabar en vuestra memoria estas solemnes palabras: Yo os he dado el ejemplo á fin de que vosotros lo sigais? *Exemplum dedi vobis ut.... ita vos faciatis.* (Joann. xiii, 15). Y ¿no es, acaso, vuestro Dios, el que está diciendo sin cesar á vuestra alma: *Inspice et fac*? (Exod, xxv. 40). ¿No ves el ejemplo que ofrece allá, en la cumbre del monte? Reprodúcelo, pues, en tí mismo: *Inspice et fac.* A vosotros se os dice: ¡Oh ricos de la tierra! mirad á vuestro Dios en la pobreza y en la miseria: imitadle. A vosotros se os repite: ¡Oh pobres y mendigos! mirad á vuestro Dios, que no desea las riquezas: imitadle. Y ¿por qué te lamentas, tú ¡oh atribulado y oprimido? *Inspice et fac.* Y tú ¡oh enfermo y desvalido! ¿por qué lloras? *Inspice et fac.* Mirad vosotros todos, los que engolfados en los placeres de la tierra, olvidais á vuestro Dios; vosotros, que, por ser cobardes ó perversos, no sabeis mostraros celosos de su honor, ni contar sus glorias, ni alabar su nombre; vosotros todos, pues, *Inspicite et facite.* ¿Sois acaso hijos de María? ¿Os gloriais con este título? Imitad, imitad siempre á Jesús.

¡Oh tierna Madre! verdadera y constante Miosotis, siempre azul,

porque siempre eres celestial. ¡Ah! despiértanos de nuestro letargo con tu luminoso ejemplo. Y ¿por dónde principiaré ¡oh cristianos! para indicaros la perfeccion, con la cual copió María en sí misma al divino modelo? Bien que ella descendiera de régia estirpe, la pobreza fué la compañera de sus dias; y, sin embargo, contentándose con lo poco que puede ganar con el trabajo de sus manos, no busca, ni ambiciona, ni procura acumular bienes de esta tierra. Muy al contrario; si alguna mano generosa se los ofrece, apresúrase á darlos á los necesitados y á los mendigos. Las cruces, las tribulaciones y los padecimientos; tales son los deseos de su enamorado corazon. Léjos de sentir apego alguno á las cosas de la tierra, no vive en ella, sinó, solamente, para hacer bien á sus semejantes. Y Ella es en casa de Elisabeth, la esclava y la sierva; entre los pastores, la consoladora y la protectora; en las bodas de Caná, la medianera y la abogada; entre los Egipcios, la consejera y la maestra. Llora la iniquidad de su pueblo, implora el perdon por sus hermanos, apresura, con sus suspiros, la Redencion y la vida.

Bien que atenta á favorecer al prójimo, no olvida, por otra parte, á su Dios; y le adora en la sencillez de su corazon; muéstrase celosa de su honor en medio de una bárbara nacion, entre un pueblo corrompido, anunciando á todas las gentes sus glorias, sus maravillas y sus grandezas. Y cuando, por fin, se halla enteramente revestida de aquel espíritu que la une enteramente á Dios, le magnifica con su cántico inmortal, le ensalza cuando reside en medio de los Apóstoles, cual maestra; ofreciéndole en todas partes el homenaje de su sinceridad y gratitud. Y le ama, le bendice, le invoca, le llama, para que le sirva de apoyo; le desea, para que le sirva de alimento; le implora, para que sea su reposo. Dios, pues, no puede dejar de comunicarse con ella, con la abundancia de sus gracias y de sus celestiales consuelos; y todo eso sólo sirve para perfeccionar en María la imágen de su Amado. Así vereis como Ella le imita en el candor de su vida, en la inocencia de sus costumbres, y en el esplendor de sus virtudes. De Él toma la inocencia de su mirada, la sonrisa de sus lábios y el pudoroso carmin de sus lágrimas. Así veis, igualmente, como le imita en la gravedad y la sabiduría de sus razonamientos, en la santidad de sus pensamientos, y en la abundancia de sus obras. En suma, preciso es llamar á María cielo terrenal, que refleja con vivos resplandores el cielo divino; luz terrestre, herida por los rayos de la claridad eterna; terrenal Miosotis, que en nada se distingue del azul del firmamento.

Carísimos hermanos; harto claras son las pruebas, y harto grandes los ejemplos. Y ¿qué pudiera añadir yo, infeliz, ahora, para excitar á tal imitacion? ¡Ah! imitad, imitad á vuestro Dios, á vuestro divino modelo, al Redentor Jesús. El lo quiere, vosotros teneis de ello necesidad, y María os facilita el medio. Imitadle en su vida interior, vida de humildad, de recogimiento, de sumision y de union; imitadle en su vida exterior, de sacrificio, de beneficencia y de piedad. Sea el Crucificado vuestro libro predilecto, que debeis leer todos los dias de vuestra vida. Leedlo interiormente, y aprended á vivir en la oscuridad y en el silencio; procurando siempre alejar de vuestro ánimo el deseo de hacer ostentacion de vuestros merecimientos, y de buscar la aprobacion y los aplausos de los hombres; aprended la obediencia que es debida al Señor en la observancia de su ley, y en la ejecucion de su eterna voluntad; procurad conservar la union con Dios, en vuestras acciones, vuestros pensamientos y vuestras palabras; en todas las obras, aún las más insignificantes, de vuestra vida. Leed, igualmente, dicho libro por fuera; y aprended de él, que las cruces son la riqueza del hombre; que el amor es la divisa de todo cristiano; que la piedad es el más bello y el más necesario ornamento de todo verdadero fiel. Y cuando el orgullo se sienta mortificado, cuando la naturaleza se muestre recalcitrante, y cuando, por último, el infierno, enfurecido, os combata; fortaleceos con el ejemplo de María, con las escitaciones que os dirige esa Madre santísima.

Sí, ¡oh Vírgen santísima! en medio de la debilidad de nuestro sér, en medio de la rebeldía de nuestras pasiones y en los asaltos de nuestros implacables enemigos, Vos, solamente, podeis excitarnos al acto más noble de nuestra vida: á la imitacion de nuestro Dios crucificado. Este quiso ser, no sólo nuestro Redentor, sinó, además, nuestro Maestro, nuestro ejemplo y nuestro prototipo; y no cesa ni un instante de excitarnos á la imitacion de sus virtudes; mas nosotros, ¡ah! nosotros, Madre amorosísima, no hemos seguido sus pisadas, hemos apartado siempre nuestras miradas de su vida divina; y en vez de teñir nuestras flores con el azul celestial, las hemos dejado pálidas, amortiguadas, sin color ni vida alguna. ¡Oh! dichosos nosotros, por haber encontrado en Vos aquella voz que nos estimula, el ejemplo que nos obliga, y la seguridad del auxilio. En tal auxilio, pues, depositamos ahora nuestras esperanzas; y convencidos ya, de que debemos ser enteramente semejantes á vuestro Hijo, nos proponemos, desde este momento, imitarle. Mas, á este nuestro decidido propósito, hará seguramente guerra el mundo, se resistirá la carne, y se opondrán nuestras indómitas pasiones; no obstante, Vos, celestial Miosotis, así os lo suplicamos, procurareis ser nuestro firme apoyo, nuestro poderoso socorro, y la más segura defensa.

DIA VEINTE Y DOS.

LA ALBAHACA,

Ó SEA:

LA POBREZA.

Beati pauperes spiritu.
Bienaventurados los pobres de espíritu.
(MATTH. V. 3).

A vosotros ¡oh pobres! que vivís entre la miseria y las penalidades; á vosotros, especialmente, se dirige esta noche mi voz, que será voz de consuelo y de aliento; á vosotros tambien ¡oh ricos! que poseeis abundantes bienes terrenales, va dirigida mi palabra, que será palabra de amonestacion, de desengaño y de importante doctrina.

Entre las místicas plantas que crecen lozanas, y florecen sin cesar en toda edad, en todo tiempo y en toda estacion, en el jardin Mariano, escojo una, esta noche, y, gozoso, os la ofrezco, agraciada, olorosa y aromática. Dicha planta no se distingue por la majestad de sus tallos, la amplitud de sus hojas, la viveza de sus tintas, ni la majestad de sus flores. ¡Oh! sucede todo lo contrario. Sus tallos alcanzan poca elevacion; sus hojas, aún en el máximun de su desarrollo, son pequeñas, no la embellece color alguno, sólo la adorna su blancura; y acaso en la naturaleza entera, no existan flores tan diminutas como las suyas. Esa planta es notable por la multiplicidad de sus tallos, los cuales forman, con sus hojas, un preciosísimo penacho, coronados de una espiga de blanquísimas flores: acáso ella pasaría desapercibida á vuestras miradas, sinó os indicára su existencia la suavísima fragancia que de sus flores se desprende, lo mismo que de sus carnosas hojas.

¿Entendeis, cristianos, pues, de que planta quiero hablaros? ¿No ois su sublime y elocuentísima voz? Pues bien; esa planta es la

Albahaca, mis amados hermanos; la humilde Albahaca, que nos atrae por lo agraciado de sus formas, nos deleita por la humildad de su colorido, y nos arrebata por la delicia de sus perfumes; y no cesa jamás con la pobreza de sus hojas y la oscuridad de sus flores, de enseñarnos á todos el desprecio de las mundanales riquezas; el olvido de los bienes de este mundo, el deseo de la cristiana pobreza, y el amor de la indigencia y la miseria. Y ¿qué son, señores, los bienes de este mundo? Son lodo, barro miserable, y nada más; pues, si es verdad que ellos sirven de algo en este suelo, tambien lo es, que sólo sirven para hacernos siempre más espinoso y más difícil el camino del cielo; para disminuir ó borrar, enteramente, el número de nuestros merecimientos, alejándonos á cada instante de la senda y de la imitacion de Jesucristo.

¿Me equivoco yo, por ventura, en este instante, oh cristianos? Examinad las sagradas Escrituras; fíjese un momento vuestra atencion, precisamente, en el capítulo veinte y uno de Job. El paciente de Idumea pregunta: ¿por qué existen los impíos sobre la tierra? *¿Quare impii vivunt?* Meditad bien la respuesta ¡oh cristianos! Viven, porque son ricos; porque tienen un apoyo en sus bienes: *Sublevati sunt, confortatique divitiis.* Pues bien; ¿por qué los hombres corren con tal avidez en pos de esta única causa de sus delitos? ¿Cómo les veo tan anhelantes y afanosos, echando mano de todo medio para acrecentar sus inícuos tesoros?

¡Ah! dejemos á esos miserables; dejémosles en medio de su codicia de unos bienes, que, aún en la vida presente, no pueden ménos de atormentar á sus miserables corazones. Dejémosles en sus inícuos proyectos, pues, nosotros, como hijos y devotos de María, y anhelando imitarla en todas las singulares virtudes de su espíritu, nos honraremos de seguirla, aún en este punto, es decir, en las miserias, las estrecheses y la pobreza de espíritu. Y ¡dichosos nosotros, en este caso! puesto que viviendo felices en nuestra misma indigencia, conseguiremos, por medio de nuestra pobreza, un triple é importantísimo fruto; cual será, precisamente, conforme me propongo demostrároslo, hacernos más semejantes á nuestro Dios Redentor, facilitarnos, inmensamente, el camino de la virtud, y enriquecernos de merecimientos mayores para el paraiso.

¡Pobres! consolaos, pues, en vuestra miseria! ¡Ricos! aprended, cuando ménos, la pobreza de espíritu, la cual consiste, precisamente, en mirar con desprecio vuestras propias riquezas; en apartar de ellas los afectos de vuestro corazon. Pidamos esta gracia por intercesion de la Vírgen. A. M.

En cuanto á que la pobreza nos hace más semejantes al Redentor, creo que de ello no puede caber duda alguna en nuestro corazon. En efecto; basta echar una mirada á la vida del divino modelo para quedar persuadidos y convencidos de tal verdad. Siendo un Dios de infinita riqueza, cuyos tesoros son, bajo todos conceptos, inagotables, toda vez que Él los dispensa con liberal mano á todas las criaturas, vedle naciendo en un pesebre, careciendo de morada, de lecho, de abrigo, y hasta de lo necesario para volver el calor á sus ateridos miembros, y para fajar su tierno cuerpecito. Este exordio ó preliminar, hermanos mios, ya os explica su vida entera. Vése luego obligado á huir á Egipto; y allí sólo conserva su vida con los sudores y el trabajo de su padre, y con los tiernos y cuidadosos desvelos de su amada Madre. Vuelve á Nazareth, su pátria, y allí, vése precisado Él mismo á atender con su padre, al trabajo de sus manos. Da comienzo á su gloriosa mision; y en los viajes, tiene que recorrer el camino con sus piés santísimos; hacer frente á las necesidades con los socorros del pueblo; cuando se le exige el tributo, carece absolutamente de medios para satisfacerlo; y si lo satisface, es sólo por un milagro de su omnipotencia. Muere, finalmente, clavado en la cruz, falto, no diré ya de un sepulcro donde depositar sus mortales despojos, sinó aún de una sábana para cubrir su desnudez.

¡Ricos y poderosos de la tierra! llenaos, pues, de justa confusion ante ese divino modelo. Y ¿qué semejanza con él pudiera yo hallar en vosotros? ¡Ah! no me digais, que vuestras riquezas son, al fin y al cabo, otros tantos dones que recibisteis de Dios. Es verdad, sí, os los dió el Señor; mas no para que pusierais en ellos vuestros afectos. Os los dió el Señor; mas no para que hicierais de ellos el ídolo de vuestro corazon. Os los dió el Señor; mas ellos no os eximen, ciertamente, de la observancia de aquel precepto, por medio del cual El os ordena seguir sus huellas, pasar por sus humillaciones é imitar sus ejemplos. Él fué pobre, y los pobres, solamente, podrán gloriarse de haber reproducido en sí mismos á su Dios Redentor. No es, no, la posesion de los bienes, lo que en vosotros se reprende; es el amor desmesurado, el desmesurado apego á ellos. Aún en medio de vuestras riquezas, podeis ser pobres, y pobres de espíritu; empero, si no lo sois, ¿qué semejanza pretendierais tener con vuestro Dios?

No creais, sin embargo, tampoco ¡oh cristianos! que por el mero hecho de carecer de bienes terrenales y de vivir en la pobreza, las miserias y la indigencia, podeis estar ya seguros de ser unas copias fieles del Redentor divino. ¡Ah! mis amados hermanos; así como en medio de las riquezas es posible ser pobres de espíritu, así, tambien

lo es, en medio de la pobreza, ser ricos, poderosos y opulentos. ¡Cuántos y cuántos hombres no alimentan en el corazon los más ardientes deseos, respecto de unas riquezas que ellos no poseen! ¡Cuántos y cuántos no aspiran á una envidiada opulencia! ¡Cuántos y cuántos tienen una ambicion mas allá de las riquezas mismas que pueden adquirirse, por innumerables que éstas puedan ser!...

Pues bien, esos tales, hermanos mios, por más que se sientan afligidos por una absoluta indigencia; por más que carezcan de todo medio de subsistencia, esos tales son ricos, sin embargo; son ricos en su corazon, ricos en sus afectos, ricos en sus deseos. De ahí, que sean doblemente infelices; infelices, por no resignarse con su suerte; é infelices, igualmente, por no asemejarse en nada á aquel divino prototipo, que, no obstante, pudieran representar tan fácilmente en sí mismos.

Aprended ¡oh cristianos! aprended, pobres y ricos, aprended de María, la manera de asemejarse por medio de la pobreza, á nuestro Maestro Jesucristo. María, descendiente de la real extirpe de David, hija de ilustres sacerdotes y pontífices, ¡oh! no carecía, ciertamente, en su casa de bienes, tesoros y riquezas. Y de ellas gozó miéntras vivió con sus padres; y de ellas disfrutó miéntras permaneció al lado de los autores de su vida; mas su corazon, aún en aquella tierna edad, aún en aquellos primeros albores de su vida, no se deleitaba de ningun modo en esas mundanas grandezas. Y á fin de que apareciera ya, claramente, el aprecio que hacía de ellas en el interior de su espíritu, cuando sólo contaba tres años, cual humilde Albahaca, que sólo se gloria de la pobreza de sus hojas, y sólo se envanece de la oscuridad de sus flores, las abandonó; y las abandonó, no con una simple renuncia, sinó con un acto solemne, con un voto, si hemos de dar fé á varios acreditados escritores. Y una vez libre de tales lazos, no creais que se arrepintiera del hecho, y se doliera de él en su interior. ¡Oh! más bien regocijábase por ello en su corazon. Y cuando más apremiantes eran las necesidades, cuando más sentía las estrecheces en el pesebre de Belen, en el camino de Egipto, y en su morada de Nazareth, consolábase pensando, que así era más semejante á aquel Dios, que habia escogido la pobreza por compañera, bien que estuvieran en su mano todos los bienes, y todas las riquezas de la tierra. Y de ello os suministra una clara prueba la generosa distribucion que hiciera nuestra Madre de los dones que recibió de los Magos, apénas los tuvo en sus manos santísimas.

Atendidas tales razones, ¿qué extraño, pues, que Ella caminara con tal desembarazo por el áspero y difícil sendero de la virtud? ¡Qué

mucho, que fueran tan admirables sus progresos en la santidad de su espíritu?

¿Cuál es, pues, amados hermanos, el obstáculo, que se opone á nuestra perfeccion? ¡Oh! bien claro lo dice el Señor, cuando nos manifiesta, que aquellas espinas que ahogaron los gérmenes de la esparcida semilla, no significan otra cosa que los bienes terrenales y las mundanales riquezas. Sí, cristianos; espinas son, ciertamente, las riquezas; espinas, que esparcidas sobre el suelo, impiden á nuestros piés pasar adelante; espinas, que punzando nuestro corazon, lo dejan miserablemente lacerado y desgarrado. ¡Y de cuántas culpas no son la única causa las mundanales riquezas! ¿No son ellas, acaso, las que ocasionan el desprecio hácia los desgraciados, el amor desordenado respecto de las propias comodidades, el incesante deseo de gozar de todas las delicias de la tierra? ¿No son ellas las que inspiran aquellas malas artes para derribar á nuestros émulos: aquellos inicuos procedimientos para despojar á nuestros clientes; aquellos diabólicos manejos para engañar á la viuda? Quitad, pues, de este mundo las riquezas; haced que cese el afan de acumularlas, y decidme: ¿dónde se vieran tales iniquidades? Ó por decirlo mejor, ¿qué virtudes no vierais florecer, unánimemente, en todos los cristianos? Entónces les fuera más fácil amarse unos á otros, por no existir ya el motivo de la envidia. En este caso, pudieran socorrerse más fácilmente en sus mútuas necesidades, porque no se sintieran ya ávidos de atesorar; fuérales más grata la sociedad de la vida, porque estuviera abolida aquella presuncion, que tanta diferencia establece entre el mendigo y el rico. De la pobreza nacieran los corazones generosos, las manos dadivosas y las almas compasivas. Y entónces la oracion no se viera distraida por ambiciosos proyectos; ni el fervor fuera disminuido por desgarradores pensamientos; ni la virtud fuera impedida por incesantes sospechas. El corazon, ya más desahogado, pudiera recibir con mayor abundancia las inspiraciones del cielo; el alma, más libre, pudiera atender con mayor ahinco el amor de su Dios; la razon, más serena, pudiera más fácilmente ocuparse en la contemplacion de las cosas celestiales. Y la paz con Dios, la paz consigo mismo, y la paz con el prójimo, sería el vínculo que uniera los corazones, el manjar que sustentara las almas, el manto que cubriera á los seres venturosos que vivieran en tales disposiciones.

¡Oh pobreza, preciosa pobreza! ¿por qué, pues, eres tú, tan despreciada en estos dias sobre la tierra? ¿Cómo los hombres no comprenden tu verdadera grandeza, los bienes, verdaderamente inmensos, que te acompañan en todas partes? Mas gloríate, sin embargo, pues si los hombres te rechazan, no te consideró como vil, ciertamente, la Madre de Dios, la Reina y soberana de la tierra y cielo.

Bien claro habeis visto ya ¡oh cristianos! como esa Madre santísima cifraba las delicias de su corazon en esa sublime virtud. Ella la amó, precisamente, porque conoció su inmenso valor y sus numerosas ventajas. Ella la amó, porque vió que en ella consistía la perfeccion de su espíritu. Ella la amó, porque la consideró cual medio para alcanzar la santidad y la virtud. Y héla aquí, por tal causa, viviendo olvidada de todo cuidado terrenal, atenta, únicamente, al servicio de su Dios. Sus afectos no se hallan divididos con la tierra, y por eso todos ellos van dirigidos hácia el Cielo. Y si un soberano decreto la llama á Belen, bien puede Ella durante el viaje conversar con su Dios, toda vez, que su entendimiento no se halla preocupado por pensamiento alguno de adquirir riquezas; si José le ordena una repentina partida hácia Egipto, bien puede ella partir solícita, puesto que no posee objeto alguno que deba guardar ni defender: su tesoro es Jesús, y el arca para custodiarlo, una pobreza la más extremada. Empero, allí, precisamente, en esa arca esmaltada y cubierta enteramente de olorosa Albahaca, es donde Ella halla la paz de su corazon, el gozo de su alma, la felicidad de su espíritu. En la pobreza encuentra el estímulo, el medio para ejercer la virtud; y de ahí, que siendo siempre más facil para Ella su ejercicio, pueda continuamente gloriarse de un aumento de méritos y de riquezas para el cielo.

Y hé ahí, carísimos hermanos, de que manera la cristiana pobreza puede conducir, finalmente, á las riquezas; á las riquezas más considerables, más verdaderas y más permanentes.

No es posible negar, sin embargo, que la pobreza nos impone privaciones, sacrificios y sufrimientos; y unos sufrimientos, muchas veces, los más duros, unos sacrificios los más grandes, unas privaciones las más dolorosas. Privados de aquellos recursos, que, únicamente, pudieran prestarnos auxilio sobre la tierra, ¿cuántas veces el necesitado, no se halla reducido al extremo de ver que le faltan la proteccion de los poderosos, el apoyo de sus superiores, y la justicia de sus semejantes? ¿Cuántas veces no siente, que carece de lo más preciso respecto de su subsistencia, de su habitacion y de su vestido? ¿Cuántas veces, hallándose afligido por las enfermedades, se le niega el remedio saludable, el consuelo de que alguien le asista, y aún los consejos de aquella persona que pudiera interesarse por su vida? Y tratándose todavía de aquellos que, no siendo pobres, en realidad, sinó en su espíritu, tuvieran medios, sin embargo, para poder vivir con decencia; ¿cuántas privaciones no tienen que sufrir, igualmente, por la

voluntaria pobreza? Aquellas mayores comodidades que ellos pudieran procurarse, y que, no obstante, desprecian; y aquellas honrosas prosperidades que estuviera en su mano el conseguir, y de las cuales, á pesar de todo, ni siquiera se acuerdan; ¿no son, acaso, otras tantas privaciones, á las cuales ellos mismos espontáneamente se sujetan?

Y tantos sacrificios ¡oh cristianos! tantas privaciones voluntarias, ó soportadas con paciencia, ¿creyerais, por ventura, que han de quedar sin premio, ni galardon alguno en el Cielo? Aquel Dios, que llamó bienaventurados á los pobres de espíritu, precisamente, porque decía, que para ellos estaba reservado el paraiso; aquel Dios, que al rico Epulon le mostró á Lázaro en el seno de Abrahan, precisamente, porque había vivido en la más extremada miseria; ese Dios ¿no tendría en cuenta nuestra pobreza, dejaría de recompensar, equitativamente, nuestras obras, nuestros padecimientos nuestros sacrificios? ¿Será, por ventura, tan generoso y compasivo para remunerar con el céntuplo una simple gota de agua; será tan justiciero, que tenga en cuenta hasta la más insignificante palabra ó expresion, y se olvidará de un estado, que á El mismo le costó tantas penalidades, tantas angustias y tantos dolores?

¡Ah! no temais, oh pobres de espíritu! Vuestro es el reino de los cielos: *vestrum est regnum Cœlorum.* (Luc. VII, 20). Es vuestro, por el ejercicio de aquellas virtudes que vuestro propio estado os facilita. Es vuestro, por aquellos sacrificios que os imponen vuestras propias miserias. Es vuestro, porque siendo semejantes en este punto á vuestro Dios, teneis un derecho mayor á ser semejantes á Él, igualmente, en la gloria. Y por lo tanto, vuestro será por una participacion proporcionada á vuestros propios merecimientos; vuestro será por un goce proporcionado á los sacrificios impuestos por vuestra propia pobreza; y vuestra será, por último, por una dicha, tanta mayor, cuanto más grande hubiera sido, por otra parte, vuestra pobreza sobre la tierra.

¡Oh! bienaventurada Aquella, que os demuestra esa verdad con su propio ejemplo! Aquella, que manteniéndose inquebrantable en la tierra respecto de la pobreza de su espíritu, alcanzó, por tal medio, un insondable piélago de gloria en el Cielo! Grandes fueron, en verdad, los sacrificios y padecimientos que soportó María por la pobreza, allá, en el pesebre de Belen, al ver que su Dios carecía de todo; y mayores fueron todavía, cuando, hallándose entre unos pueblos bárbaros, no sabía bajo qué techo debía guarecerle, con cuáles recursos debía sustentarle, y cómo debía socorrer sus necesidades; y su corazon lloraba entónces, no por sí misma, sinó por su Amado; y su corazon afligíase, igualmente, cuando le veía prestando ayuda con sus omnipotentes manos, á su esposo, en el cotodiano trabajo, encaminado á procurarse lo necesario para la vida. Empero, todas las lágrimas que derramaba María por su pobreza, convertíanse en otras tantas perlas, que un dia debían coronarla en el Cielo. Y ¿quién fuera capaz de imaginar siquiera, cuánta gloria proporcionaron á María aquellos suspiros que exhalara su corazon al regreso de Egipto, cuando veía á su hijo Jesús, obligado por la pobreza, á hacer por sus propios piés tan penoso viaje? ¿Quién pudiera calcular?.... Mas yo no acabara, ciertamente, jamás ¡oh cristianos! si ahora quisiera referir en toda su extension, lo que padeció y soportó María, únicamente á causa de su extremada indigencia, y el fruto abundantísimo, por lo tanto, que Ella reportó, por tal motivo, en méritos, respecto de esta vida, y de recompensa respecto del Cielo.

¡Oh! en lugar de ello, contentémonos con admirarlos, mis amados hermanos; y movidos por tan nobles ejemplos, aprendamos de una vez á despreciar el miserable barro de esta tierra; aprendamos á desprender nuestro corazon de todos aquellos objetos, que no pueden servir más que para degradarlo y envilecerlo; aprendamos á amar aquella sublime virtud, que, tan admirablemente, puede hacernos semejantes á nuestro divino Redentor; que, tan admirablemente, puede facilitarnos el sendero de la virtud, y hacernos ricos en méritos y en gloria, en el Cielo. El ejemplo ¡oh cristianos! no puede ser más convincente y manifiesto. ¡Oh! desdichados de nosotros, si cual insensatos, lo desechamos de nuestro corazon! En tal caso, semejantes al desventurado Epulon, que alcanzó las mundanales riquezas á trueque de la miseria eterna más extremada, tuviéramos que pagar en el fuego el loco amor de un miserable barro, de unos bienes, que fueron sombra, corrupcion y engaño.

¡Ah! ábranse, pues, ya nuestros ojos, amados hermanos; y aterrados por aquella tremenda sentencia, con la cual el Salvador nos declara, que la salvacion de los ricos es difícil; aprendamos, si fuéramos pobres, á no codiciar las riquezas; y si fuéramos ricos, á servirnos de los bienes de este mundo en provecho de nuestra alma, con lucro de nuestro espíritu, con usura para la bienaventuranza eterna.

Y Vos ¡oh María! que no desdeñasteis plantar la humilde Albahaca, símbolo de la pobreza de vuestro espíritu, en vuestro jardin, enriquecido con toda suerte de flores, y bello por tanta fecundidad de gérmenes; enseñadnos la estima en que debemos tener los bienes de este suelo miserable. Y cuando, aleccionados por Vos, los háyamos

pospuesto á la sabiduría del espíritu, confirmadnos en los propósitos hechos por la esperanza de un premio, de un galardon y de una riqueza eterna. Y ¿qué bienes pudiéramos conseguir con nuestras riquezas? Trabajos, inseguridades, gemidos, preocupaciones; agitaciones, no solamente temporales, sinó duraderas y eternas. ¡Oh! no permitais, pues ¡oh Madre Santísima! que incurramos en tan funesta desgracia. Nosotros lo hemos prometido mil veces; queremos ser hijos vuestros; hijos vuestros, no sólo en la imitacion de las demás virtudes, sinó aún en la pobreza de vuestro espíritu.

DIA VEINTE Y TRES.

LA TRINITARIA,

Ó SEA:

EL MISTERIO DE DIOS UNO Y TRINO (1).

Dominus Deus verus est: ipse Deus vivens et rex sempiternus.
El Señor es el Dios verdadero: él es el Dios vivo y el rey sempiterno.
(JER. X. 10).

¡Oh estupendo é inefable misterio de la Fé cristiana; de la Religion cristiana! Un Dios sábio, infinito, y perfectísimo, que vió el principio de los siglos, y que entónces ya existía *ab æterno*; un Dios sábio, infinito y perfectísimo, que verá, un dia, el complemento y el fin de los siglos, y que durará eternamente; un Dios sábio, infinito, y perfectísimo, que todo lo abraza con su inmensa naturaleza, una, singular, y simplicísima: una, pero en la que reconocemos tres Subsistencias; singular, comun á tres Hipóstasis; simplicísima, pero en tres Personas distintas. ¡Oh misterio el más profundo, el primero de los

(1) Este sermon fué predicado en el solemne dia de la Santísima é indivídua Trinidad.

misterios! Él es la seña de la Religion cristiana, el fundamento de aquella Fé, que predica un Dios, é inculca un Bautismo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo!

¡Oh pueblos todos de la tierra, naciones, tribus y gentes, que vivís diseminados por el universo! llenos del más profundo respeto y de la más profunda veneracion, doblad, reverentes, al suelo la rodilla: adorad á vuestro Dios; admirad su grandeza; pedid su amor.

Empero ¡oh cristianos! ¿acaso hubiera yo olvidado ahora, que estamos recorriendo el jardin de María? ¡Ah! no creais tal, mis amados hermanos! Una flor, que de improviso se ofrece ante mi mirada, y que de repente viene á exaltar mi imaginacion, me anima, me mueve y me impulsa, en este instante, á hablar del asunto, que acabo de indicaros en el exordio de mi discurso.

¡Oh flor admirable! Y ¡de qué encantos no te revistes, qué misterios tan sublimes no nos descubres, y qué arcanos tan insondables no nos revelas! Examinadla atentamente, hermanos mios, su nombre mismo ya os la describe. Es la flor... mas, ántes, inclinad con reverencia vuestra frente, purificad vuestros oidos, á fin de que yo pueda pronunciar dignamente ese nombre sacrosanto: es la flor Trinitaria. Héla aquí: ella crece en lo más alto de los collados; las Rosas la rodean, las Azucenas la embellecen, los dorados Botones la circuyen, y las Verónicas más majestuosas y agraciadas la engalanan. Su tallo es variado y nudoso; sus hojas son tres, dispuestas, alternativamente, y á cierta distancia una de otra; y de un sólo tallo surgen tres ramillos inferiores simplicísimos, y sobre estos tres ramillos, aparecen, igualmente, otras tantas flores, que se abren cada tres dias; y cada una de esas flores posee una corola dividida en seis pétalos, tres de ellos interiores, y los otros tres exteriores; y los tres pétalos distínguense por tres colores distintos, á saber, amarillo encendido, rojo vivo, y blanco, de fúlgido candor; y las tres ramas filiformes hállanse divididas en tres distintas; y adornan dicha planta tres estambrecillos reunidos en uno solo.

¡Oh flor misteriosa sobre todas las demás! flor que nos simbolizas á Aquella, que, tiñéndose de triple color sobre la tierra, adoraba con su amarillo el poder del Padre, admiraba con su blanco la sabiduría del Hijo, y deleitábase con su rojo en el amor eterno! ¡Oh! tiñe esta noche, con esos colores, nuestros miserables pechos, nuestros miserables corazones! Sí, mis amados hermanos; hé aquí lo que nos dice esa misteriosa flor, hé aquí el ejemplo que nos ofrece esta noche nuestra Madre María. Adorar el poder, admirar la sabiduría, é invocar el amor de nuestro Dios, uno en su naturaleza, trino en las personas,

pospuesto á la sabiduría del espíritu, confirmadnos en los propósitos hechos por la esperanza de un premio, de un galardon y de una riqueza eterna. Y ¿qué bienes pudiéramos conseguir con nuestras riquezas? Trabajos, inseguridades, gemidos, preocupaciones; agitaciones, no solamente temporales, sinó duraderas y eternas. ¡Oh! no permitais, pues ¡oh Madre Santísima! que incurramos en tan funesta desgracia. Nosotros lo hemos prometido mil veces; queremos ser hijos vuestros; hijos vuestros, no sólo en la imitacion de las demás virtudes, sinó aún en la pobreza de vuestro espíritu.

DIA VEINTE Y TRES.

LA TRINITARIA,

Ó SEA:

EL MISTERIO DE DIOS UNO Y TRINO (1).

Dominus Deus verus est: ipse Deus vivens et rex sempiternus.
El Señor es el Dios verdadero: él es el Dios vivo y el rey sempiterno.
(JER. X. 10).

¡Oh estupendo é inefable misterio de la Fé cristiana; de la Religion cristiana! Un Dios sábio, infinito, y perfectísimo, que vió el principio de los siglos, y que entónces ya existía *ab æterno*; un Dios sábio, infinito y perfectísimo, que verá, un dia, el complemento y el fin de los siglos, y que durará eternamente; un Dios sábio, infinito, y perfectísimo, que todo lo abraza con su inmensa naturaleza, una, singular, y simplicísima: una, pero en la que reconocemos tres Subsistencias; singular, comun á tres Hipóstasis; simplicísima, pero en tres Personas distintas. ¡Oh misterio el más profundo, el primero de los

(1) Este sermon fué predicado en el solemne dia de la Santísima é indivídua Trinidad.

misterios! Él es la seña de la Religion cristiana, el fundamento de aquella Fé, que predica un Dios, é inculca un Bautismo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo!

¡Oh pueblos todos de la tierra, naciones, tribus y gentes, que vivís diseminados por el universo! llenos del más profundo respeto y de la más profunda veneracion, doblad, reverentes, al suelo la rodilla: adorad á vuestro Dios; admirad su grandeza; pedid su amor.

Empero ¡oh cristianos! ¿acaso hubiera yo olvidado ahora, que estamos recorriendo el jardin de María? ¡Ah! no creais tal, mis amados hermanos! Una flor, que de improviso se ofrece ante mi mirada, y que de repente viene á exaltar mi imaginacion, me anima, me mueve y me impulsa, en este instante, á hablar del asunto, que acabo de indicaros en el exordio de mi discurso.

¡Oh flor admirable! Y ¡de qué encantos no te revistes, qué misterios tan sublimes no nos descubres, y qué arcanos tan insondables no nos revelas! Examinadla atentamente, hermanos mios, su nombre mismo ya os la describe. Es la flor... mas, ántes, inclinad con reverencia vuestra frente, purificad vuestros oidos, á fin de que yo pueda pronunciar dignamente ese nombre sacrosanto: es la flor Trinitaria. Héla aquí: ella crece en lo más alto de los collados; las Rosas la rodean, las Azucenas la embellecen, los dorados Botones la circuyen, y las Verónicas más majestuosas y agraciadas la engalanan. Su tallo es variado y nudoso; sus hojas son tres, dispuestas, alternativamente, y á cierta distancia una de otra; y de un sólo tallo surgen tres ramillos inferiores simplicísimos, y sobre estos tres ramillos, aparecen, igualmente, otras tantas flores, que se abren cada tres dias; y cada una de esas flores posee una corola dividida en seis pétalos, tres de ellos interiores, y los otros tres exteriores; y los tres pétalos distínguense por tres colores distintos, á saber, amarillo encendido, rojo vivo, y blanco, de fúlgido candor; y las tres ramas filiformes hállanse divididas en tres distintas; y adornan dicha planta tres estambrecillos reunidos en uno solo.

¡Oh flor misteriosa sobre todas las demás! flor que nos simbolizas á Aquella, que, tiñéndose de triple color sobre la tierra, adoraba con su amarillo el poder del Padre, admiraba con su blanco la sabiduría del Hijo, y deleitábase con su rojo en el amor eterno! ¡Oh! tiñe esta noche, con esos colores, nuestros miserables pechos, nuestros miserables corazones! Sí, mis amados hermanos; hé aquí lo que nos dice esa misteriosa flor, hé aquí el ejemplo que nos ofrece esta noche nuestra Madre María. Adorar el poder, admirar la sabiduría, é invocar el amor de nuestro Dios, uno en su naturaleza, trino en las personas,

eterno, infinito, omnipotente y perfectísimo. ¡Oh flor misteriosa de la altísima Trinidad! haz que mi lábio sepa hablar de tan sublime misterio! haz que nuestros entendimientos alcancen á comprender tan infinitas grandezas! Tú, que iluminada por Gabriel, fuistes la primera en conocer, y que, humillada, adoraste á la indivídua Trinidad, derrama un rayo de tu luz sobre nuestros débiles entendimientos, y afirmanos en la fé de un Dios uno, y, juntamente, trino; uno en su naturaleza, y trino en sus personas; concédenos la gracia de adorarle en su poder, admirarle en su sabiduría, é invocarle en su amor. A. M.

Adorarás al Señor, tu Dios; á Él, solamente, prestarás el homenaje de tu sumision. Tal es el primer precepto que nos impone el Altísimo. Y cual precepto digno de aquel Dios que lo impone, fué promulgado con aquel aparato mismo que, segun os manifesté el domingo último, se promulgaba siempre el gran precepto del amor. El retumbar del trueno hacía eco con la voz del Altísimo; densas nubes velaban su majestad; y un ángel, de blanca cabellera, de imponente aspecto y de sobrehumana grandeza, representaba su persona. Y, bajo tal poder, inclinábase el monte; y ante aquel fulgor, oscurecíase el sol, y la tierra temblaba ante tal espectáculo.

Y sin embargo, no era más que una sombra de aquella infinita grandeza; una sombra semejante á aquella que se ofrece en el Horeb á la vista de Elías, cuando tras una furiosa tempestad, despues de un viento, capaz de trastornar los montes y de quebrantar las peñas; despues de un terremoto, capaz de destruir la tierra; despues de un fuego, capaz de abrasar el universo, dejábase ver, finalmente, el Eterno, rodeado de sus esplendores.

Y ¿con qué grandiosidad no nos representan y nos describen á ese Dios los videntes de Judá, los inspirados profetas? «Oí, exclama Habauc, tu anuncio ¡oh Señor! y quedé lleno de temor. Vendrá Dios del mediodía, del monte Pharán. Su gloria cubre los cielos, y la tierra está llena de sus alabanzas. Resplandecerá como la luz: en sus manos está escondida su fortaleza. Si camina, lleva delante de sí la muerte; le precede el juicio. Parose, y midió la tierra. Echó una mirada, y acabó con las naciones, y quedaron reducidos á polvo los altísimos montes. Encorváronse los collados del mundo al pasar el Eterno. Viéronte los montes ¡oh Señor! y se estremecieron: retiráronse los hinchados ríos. Alzaron su voz los abismos, y levantó sus manos suplicantes el profundo mar. El sol y la luna se mantuvieron en sus puestos: marcharán ellos al resplandor de tus saetas, al resplandor de tu relumbrante lanza. Tú, irritado, hollarás la tierra, y en tu furor

dejarás atónitas las naciones» ¿Quién pudiera, pues, ¡oh cristianos! comprender la grandeza, la fortaleza, y la omnipotencia de nuestro Dios? Contémplase á sí mismo, y engendra un Hijo, que le es igual, eterno, infinito, omnipotente y perfectísimo; mira los montes, y se convierten en llamas; contempla la tierra, y dan un estallido sus quicios. Abrasados serafines le rodean, pero poseidos del más profundo terror; densas nubes le circuyen; mas esas nubes hállanse henchidas de saetas y de rayos; un trono eterno lo sustenta; mas ese trono hállase revestido de llamas las más encendidas y activas. Llama á la tierra, y ésta le responde desde la nada; llama á los mares, y éstos, reverentes, le obedecen; llama á los vientos, y éstos, sumisos, se humillan. A Él inclínanse el torbellino y la tormenta, los huracanes y las centellas, los vendabales y las aguas. Si habla, su voz es un trueno; si mira, su mirada es una saeta; si manda, es obedecido ántes de acabar su palabra. ¡Dios omnipotente, abismo de majestad y de esplendor! ¿Quién, pues, delante de Tí, no se humilla? ¿Quién, al verte, no se postra? ¿Quién, al contemplarte, no te adora?

Y nosotros, mis amados hermanos, ¿negáramos á ese Dios el homenaje de nuestra adoracion? ¿No nos postráramos á las plantas de su inaccesible trono? ¡Oh Vírgen excelsa! excitadnos, Vos, pues, con vuestro ejemplo, á rendir tan sagrado tributo de veneracion y de homenaje.

Llenaos de admiracion ¡oh cristianos! Mística flor de la Trinidad sacrosanta, penetrada en la idea más elevada de su Dios, María desaparece respecto de sí misma, y su sér mismo, parece que deja de existir ante sus propios ojos. Por eso Ella exclama: Mi alma glorifica al Señor; y le glorifica porque es grande su omnipotencia, porque su nombre es santo, porque su grandeza es infinita. Mi alma glorifica al Señor, porque hace cosas grandes, dispersa con su poderoso brazo y aniquila con su gloriosa diestra. Mi alma glorifica al Señor, y le glorifica con el anonadamiento, le glorifica con la humillacion, le glorifica con cánticos del más profundo respeto. Y al decir esto, siéntese sorprendida por la contemplacion de aquella gloria, aterrada por la inmensidad de aquella grandeza, subyugada por la majestad de aquel semblante, que la fé le hace descubrir en su Dios. Entónces, con la vista recogida, la frente inclinada y el entendimiento humillado, permanece en el más profundo silencio, en la más viva admiracion. Recobrada de su éxtasis, vuelve á su aposento, póstrase sobre el suelo, y allí quisiera prorumpir en nuevas alabanzas, en nuevos cánticos y en nuevas voces; mas se lo impide la emocion de su espíritu, la detiene la confusion de su rostro, y Ella confiesa la insuficiencia de su len-

gua. Luego, mira atónita, contempla con atencion, y adora reverente; mas, sintiéndose vencida, cae oprimida por la majestad, la grandeza y la gloria. Los espíritus celestiales, que nunca la abandonan, la levantan en aquel instante; ábrense de nuevo con dulzura sus cerrados ojos; Dios se presenta á su vista más tierno, más benigno, más amable; pero esta nueva vision, conviértese en nuevo motivo de admiracion y de alabanzas. Una vez contemplada la omnipotencia, ofrécese á su vista el saber de ese Sér perfectísimo; y ¡ah! ¿quién fuera capaz de deciros los raptos, los afectos, las aclamaciones y las alabanzas, á que da lugar tal contemplacion!

¿Qué océano tan profundo é ilimitado no es, mis amados hermanos, el de la infinita Sabiduría? Medidla por los objetos sobre los cuales se extiende; medidla por las obras que, maravillosa, produce. Siendo la Sabiduría primogénita de los siglos eternos, anterior á todas las criaturas, no hay objeto alguno presente ni futuro, que pueda sustraerse á su penetrante mirada: los séres que existirán, y aquellos que pudieran existir, los sucesos futuros, y los posibles, y los acontecimientos condicionales, no se escapan á aquella mirada sapientísima: las obras externas y los pensamientos interiores, son, igualmente, manifiestos ante aquel entendimiento perfectísimo. Y aún todo eso, es una nada para su cognicion. Siendo eterno, infinito y perfectísimo, conócese, claramente, á sí mismo, y compréndese con toda propiedad; y conociéndose y comprendiéndose, engendra á su Verbo; y Éste es su imágen perfectísima y consubstancial, es el espejo y el candor sin mancha, es la idea arquétipa de todo lo criado.

¡Oh abismo sin fondo y sin límites! ¿El Verbo es, pues, la idea arquétipa de todo lo criado? ¿Cómo pudiera no resplandecer en Él, el infinito saber? ¿Cómo no debiera ostentarse en Él, la infinita sabiduría del eterno Artífice? Admirad ¡oh cristianos! esa sabiduría en la grandiosidad de los cielos, en la profundidad de los mares y en la superficie de la tierra. Y ¿qué sabiduría no debió fijar las leyes respecto del movimiento de los astros; qué sabiduría no debió ordenar la revolucion de los planetas; y qué sabiduría no debió establecer la armonía entre las estrellas? Y enumerad las obras de la sabiduría en la amplitud de los mares, en la ley que los contiene, en la fuerza que dirige sus impulsos, en la causa que conserva su fecundidad, en los peces que viven allí en tan gran número; en las perlas infinitas que en su seno se crian, y en los corales que componen su riqueza. Y ¿no es admirable, acaso, el número y la variedad de sus islas, la amenidad de sus playas, y la belleza de sus orillas? Y ¿qué sabiduría no será aquella, que embelleció de flores y de mieses la tierra, que

vistió las riberas y abrió los precipicios; que afirmó los montes y estableció las llanuras? Y las heladas fuentes, y los brillantes rios, y los ricos veneros ¿no son, por ventura, la prueba de un infinito saber? ¡Ah! con sobrada razon, escribía el evangelista de Patmos, que la cabeza y los cabellos del Altísimo, eran blancos cual la nieve, y candidísimos cual la lana, y sus miradas semejantes al llameante fuego. Con sobrado motivo, igualmente, exclamaba el Salmista, que las obras del Omnipotente son admirables, y que sobrepujan todo saber criado. Y con sobrado motivo, por último, la mística Trinitaria, nuestra Madre santísima, postrábase, humillada, en la contemplacion de las divinas grandezas.

Ella, hermanos mios, que veia realizarse en sí misma la obra verdaderamente digna de la divina sabiduría; que contemplaba en su seno dos naturalezas en una sola hipóstasis, hallándose unidas la humana y la divina; que se reconoció Vírgen, y, al mismo tiempo, Madre ¡oh! no podía ménos de sentirse arrebatada á la contemplacion de tanta sabiduría. Y despues de haberse considerado á sí misma, dirigiendo su mirada á Dios, Ella no podía dejar de admirar aquellos sublimes prodigios que distinguen en Dios las hipóstasis, sin confundirlas; que unen, sin identificar las personas, y que terminan, sin multiplicar la naturaleza. Y desde esas consideraciones elevadísimas pasa á la contemplacion de las obras exteriores de Dios; y cual mística flor Trinitaria, admira con el candor de sus hojas, aquella mano que ordena los cielos, dispone en la tierra y reina en los mares. Y de la sabiduría divina háblale la luz, de la sabiduría divina háblanle las estrellas; y de la divina sabiduría háblale el firmamento. Y la sabiduría encuentra en los esplendores del sol, en la obediencia de la luna, y en la variedad de los planetas. Y sabiduría le revela el iris, con sus siete colores; sabiduría le revela la fresquísima aurora; sabiduría le revela el esplendoroso medio dia. Y la saluda en las flores, la contempla en las fuentes, y la venera en las aguas. Si el ave canta, recuerda la sabiduría de Dios; si el céfiro la alienta, recuerda esa misma sabiduría; si oye algun sonido, es para ella un prodigio de sabiduría. Y, teniendo ya tan lleno su entendimiento de la divina sabiduría, á ella entona himnos, á ella ofrece tributos, y ante ella se postra con la más profunda humildad de su corazon. Y si Ella piensa en su alma: ¡oh Señor! exclama, grande es, en efecto, la sabiduría que la unió á mi cuerpo. Y si mira algun objeto: ¡oh Señor! repite, grande es, en realidad, la sabiduría que me dió estos ojos que poseo. Y si contempla su propio cuerpo: ¡oh Señor! añade, grande es, ciertamente, la sabiduría que configuró mis miembros. Y ¿dónde, ¡oh Se-

ñor! no resplandece vuestra inteligencia perfecta, vuestra mirada penetrante y vuestra sabiduría infinita? Así se expresa; mas el éxtasis viene á interrumpirla al tiempo de pronunciar tales palabras; y atónita, contempla y enmudece.

Y ¿cuándo, pues, nosotros ¡oh cristianos! nos acordamos de elevar un cántico de admiracion al Altísimo, por tantas inauditas bellezas como nos rodean, por tantas pruebas de infinito saber como nos sorprenden? ¡Ah! nosotros, tibios en el amor de nuestro Dios, no sabemos siquiera admirar su sabiduría. Mas ¿qué he dicho, hermanos mios? ¿No he dicho que somos tibios en el amor de nuestro Dios?

¡Oh excelsos querubines del cielo, abrasados serafines! Vosotros, que, penetrados de la omnipotencia y del saber de nuestro Dios, no cesais ni un momento, de dirigirle vuestros fervorosos amores, concedednos, por un momento, aquellas llamas; concedednos, por un instante, aquellos encendidos suspiros; aquella flor Trinitaria, cuyo color amarillo nos impone adorar el poder; cuyo color blanco nos ordena admirar el saber; y cuyo matiz purpúreo nos manda invocar al amor.

Y ¿quién de nosotros pudiera rehusarlo? ¿Acaso no fuera digno de nuestros miserables afectos aquel Dios, que á la grandeza de su sér y á la sabiduría de su entendimiento, añade una plenitud de amor, hasta el extremo de proceder de Él un espíritu, en sus dones setenario, en sus méritos infinito, y en su naturaleza eterno? ¿Pareciéranos poco, por ventura, el contemplar á ese Dios, dotado no solamente de grandeza y sabiduría, sinó adornado, al mismo tiempo, de toda perfeccion posible, y de toda excelsa virtud? La justicia, la santidad, el esplendor, la providencia, la bondad, la fortaleza, el consejo, la omniciencia y el amor; ¿no son esas, pues, las perfecciones que le distinguen? Y ¿qué cosa existe en Él, que no sea á propósito para inflamar nuestros pechos y abrasar nuestros corazones; para encadenar, por decirlo así, nuestro espíritu? Él es en sí mismo el sér más perfecto; en sus obras, el sér más admirable; y respecto de nosotros, el sér más benéfico. Si buscais para amarle, las gracias del rostro, el suyo enamora al Paraíso; si pedís la belleza del cabello, el suyo es de blanca nieve, herida por los vivos rayos de luz. Circuye su frente la diadema de la magestad y del imperio; cubren sus hombros la grandeza y la gloria; y en su muslo lleva escrito: Rey de reyes, Señor de los señores. Si pedís qué utilidad nos reporta su posesion, Él es el Iris que serena nuestra mirada, el canto que regocija nuestro espíritu, el céfiro que se desliza por el rocío de nuestras lágrimas. En Él está el término de nuestros males; en Él la

plenitud de los bienes; en Él la saciedad de la vida. Es nuestro padre en lo presente, nuestra felicidad en lo futuro, nuestro esposo en la tierra, nuestro consolador en los cielos, nuestro alimento en la vida, y nuestra hartura en la pátria. ¿Qué más pudierais apetecer, pues, mis amados hermanos? ¿Cómo aún no sale de vuestros corazones el grito del reconocimiento, una palabra de invocacion, un acento de amor por vuestro Padre, por vuestro Esposo, por vuestro altísimo Dios? ¿Deseais un ejemplo de ello? La mística flor Trinitaria os lo suministra.

¿No véis qué color de púrpura tan encendido la distingue? Pues nada es eso respecto de las aspiraciones de su propio corazon. Dejad que os ame ¡oh Señor! hé ahí las palabras que profiere sin cesar. Dejad que os ame ¡oh Señor! hé ahí el manjar que cada día la sustenta. Dejad que os ame ¡oh Señor! hé ahí el arma que la defiende en toda ocasion. Y si mira los cielos: amor, exclama; si mira la tierra: amor, repite; y si abraza á su Hijo: amor, clama, una llama de amor. Y esa llama la pide en el Templo, la solicita en su aposento, y la demanda á su récien nacido Infante. Amor, exclama, al despuntar el día; amor, al caer de la tarde; y lo mismo en pleno mediodía, que en las profundas tinieblas, no pide otra cosa que llamas de amor. Ella conoce la belleza de su Esposo, admira la afabilidad de su rostro, lo compara á una rosa; mas, tal comparacion, no la satisface todavía: le considera como una perla; mas este simil tampoco le basta: le llama estrella; mas la distancia con la realidad siempre permanece infinita. Por eso, subyugada por aquella mirada llena de amor: amor, va gritando Élla; amor ¡Dios mio! amor ¡Esposo mio! amor, mi todo.

Y hé ahí ¡oh cristianos! como María, en la veneracion de la omnipotencia, en la admiracion de la sabiduría, y en la invocacion del amor, ostentábase cual mística flor Trinitaria; bella, porque era triple, descollando sobre un triple tallo, marcada y distinguida por un triple color; bella, por aquel amarillo, que hácia la grandeza propende; bella, por aquel blanco, que ante la sabiduría se postra; y bella, finalmente, por aquel purpúreo que al amor se rinde.

¡Ah! mis amados hermanos; instruidos esta noche por el ejemplo de nuestra Madre santísima, aprendamos nosotros, igualmente, á venerar, á admirar, y á invocar al Padre, en la omnipotencia, al Hijo, en la sabiduría, y al Espíritu Santo en el amor; y á los tres en el amor, á todos tres en la sabiduría, á todos tres en la omnipotencia; Dios uno, eterno, infinito, perfectísimo en el estupendo é inefable misterio de la fé cristiana, de la cristiana religion.

Mas ¡ay! hoy la fe de los cristianos es débil; y este misterio tan

excelso, y tan sublime, no se admira, ni se invoca. Hoy es cuando los hombres, teniendo completamente olvidada la elevada idea del poder divino, no profesando respeto alguno hácia el admirable saber que resplandece en Dios, y en sus obras, ni sitiéndose en manera alguna atraidos por aquel amor, que le hace el perfectísimo de los séres; consideran tan sublime misterio con glacial indiferencia, con mortífero decaimiento.

¡Ah! hermanos mios; avívese esta noche nuestra fé! recordemos ahora, que ese misterio es, sin embargo, el fundamento de nuestra religion santísima; la divisa que nos distingue entre las gentes; el arma que nos presta fuerza para abatir y vencer á nuestros implacables adversarios. Recordemos, que el Altísimo, para hacernos verdaderamente grandes y admirables, quiso que resplandeciera en nosotros la imágen y la semejanza de ese misterio, infundiéndonos un alma, una en su sér, trina en sus facultades, potente en sus efectos, admirable en sus obras, amorosa en sus operaciones. Recordemos, que el conocimiento de ese augusto misterio, no puede ménos que ennoblecer nuestra razon, cuando ésta, humillada por su nada, lo adora en su grandeza, lo admira en su sabiduría, y lo invoca en su amor. Pues bien; animados con el ejemplo de la mística flor Trinitaria, de nuestra Madre santísima, rindamos á Dios ese homenaje debido de alabanza, de admiracion y de amor. Y á fin de que dicho homenaje sea más agradable al Altísimo, ofrezcámoselo por la mediacion de nuestra Madre María.

¡Oh, Vírgen excelsa! ¡oh mística flor Trinitaria! acoged, en este instante, nuestras humildes deprecaciones, y presentadlas con aquel amor, que reconocemos en Vos, al trono inaccesible de nuestro altísimo Dios. Tales son los ruegos de vuestros devotos ¡oh María! que, estimulados por vuestro ejemplo, desean rendir al más grande de los misterios, el más sincero, á la vez, que el más sagrado de los tributos. Sí, ¡oh Madre santísima! nosotros adoramos, con la más profunda veneracion, aquel Poder infinito, fuente y principio de la individua Trinidad; admiramos aquella Sabiduría, que, engendrada *ab eterno* por el Padre, hizo en el tiempo tan admirable ostentacion de sí misma, en todas las obras del universo; invocamos, finalmente, con las voces más tiernas y afectuosas, aquel Amor, que, personificado en el Espíritu Paráclito, quiso ser sobre la tierra la vida, el consuelo y el refrigerio de los hombres. ¡Oh, Madre! por vuestra intercesion, acepte el Altísimo este débil homenaje de sus miserables hijos. Y Vos, por vuestra parte, perfeccionadlo, uniéndolo á aquel, que á este mismo misterio ofrecisteis un dia acá, en la tierra, y que

hoy ofreceis, con perfeccion mayor, desde el excelso trono de vuestra incomparable gloria. Y ¡qué consuelo no experimenta nuestro corazon! Habiendo ofrecido hoy el tributo de nuestra sumision, volveremos á ofrecerlo todos los dias de nuestra vida mortal, para ofrecerlo luégo, eternamente, en los esplendores de la gloria.

DIA VEINTE Y CUATRO.

EL ACEBO,

Ó SEA:

MARÍA, AUXILIO DE LOS CRISTIANOS.

Ipsa conteret caput tuum.
Ella quebrantará tu cabeza.
(GEN. III, 15.)

Los furiosos huracanes, los vientos terribles y las embravecidas tormentas, desátanse sobre los desiertos campos. Desnúdase ¡ay! todo árbol, marchítase toda flor, y toda planta conviértese en esterilidad y podredumbre. Las aguas van engrosando cada dia, los torrentes hínchanse á cada instante, y el enfurecido cierzo deja sentir, incesantemente, su helado soplo. Densas nubes cubren el cielo, los campos están tristes y desiertos, la tierra blanquea bajo una espesa capa de nieve. ¡Desventuradas avecillas, bestias infelices de los campos! ¿dónde podreis hallar, pues, un abrigo? ¿quién os suministrará vuestro alimento? ¿en qué lugar podreis preservaros de los rigores del frio, de los vientos y de las aguas?

¡Ah! mis amados hermanos; adorad la providencia de un Dios, que, blasfemada por el impío, escarnecida por el incrédulo, y negada por el ateo, es, sin embargo, aquel glorioso atributo con el cual el Altísimo se muestra á sus criaturas; á las cuales no abandona en sus

excelso, y tan sublime, no se admira, ni se invoca. Hoy es cuando los hombres, teniendo completamente olvidada la elevada idea del poder divino, no profesando respeto alguno hácia el admirable saber que resplandece en Dios, y en sus obras, ni sitiéndose en manera alguna atraidos por aquel amor, que le hace el perfectísimo de los séres; consideran tan sublime misterio con glacial indiferencia, con mortífero decaimiento.

¡Ah! hermanos mios; avívese esta noche nuestra fé! recordemos ahora, que ese misterio es, sin embargo, el fundamento de nuestra religion santísima; la divisa que nos distingue entre las gentes; el arma que nos presta fuerza para abatir y vencer á nuestros implacables adversarios. Recordemos, que el Altísimo, para hacernos verdaderamente grandes y admirables, quiso que resplandeciera en nosotros la imágen y la semejanza de ese misterio, infundiéndonos un alma, una en su sér, trina en sus facultades, potente en sus efectos, admirable en sus obras, amorosa en sus operaciones. Recordemos, que el conocimiento de ese augusto misterio, no puede ménos que ennoblecer nuestra razon, cuando ésta, humillada por su nada, lo adora en su grandeza, lo admira en su sabiduría, y lo invoca en su amor. Pues bien; animados con el ejemplo de la mística flor Trinitaria, de nuestra Madre santísima, rindamos á Dios ese homenaje debido de alabanza, de admiracion y de amor. Y á fin de que dicho homenaje sea más agradable al Altísimo, ofrezcámoselo por la mediacion de nuestra Madre María.

¡Oh, Vírgen excelsa! ¡oh mística flor Trinitaria! acoged, en este instante, nuestras humildes deprecaciones, y presentadlas con aquel amor, que reconocemos en Vos, al trono inaccesible de nuestro altísimo Dios. Tales son los ruegos de vuestros devotos ¡oh María! que, estimulados por vuestro ejemplo, desean rendir al más grande de los misterios, el más sincero, á la vez, que el más sagrado de los tributos. Sí, ¡oh Madre santísima! nosotros adoramos, con la más profunda veneracion, aquel Poder infinito, fuente y principio de la individua Trinidad; admiramos aquella Sabiduría, que, engendrada *ab eterno* por el Padre, hizo en el tiempo tan admirable ostentacion de sí misma, en todas las obras del universo; invocamos, finalmente, con las voces más tiernas y afectuosas, aquel Amor, que, personificado en el Espíritu Paráclito, quiso ser sobre la tierra la vida, el consuelo y el refrigerio de los hombres. ¡Oh, Madre! por vuestra intercesion, acepte el Altísimo este débil homenaje de sus miserables hijos. Y Vos, por vuestra parte, perfeccionadlo, uniéndolo á aquel, que á este mismo misterio ofrecisteis un dia acá, en la tierra, y que

hoy ofreceis, con perfeccion mayor, desde el excelso trono de vuestra incomparable gloria. Y ¡qué consuelo no experimenta nuestro corazon! Habiendo ofrecido hoy el tributo de nuestra sumision, volveremos á ofrecerlo todos los dias de nuestra vida mortal, para ofrecerlo luégo, eternamente, en los esplendores de la gloria.

DIA VEINTE Y CUATRO.

EL ACEBO,

Ó SEA:

MARÍA, AUXILIO DE LOS CRISTIANOS.

Ipsa conteret caput tuum.
Ella quebrantará tu cabeza.
(GEN. III, 15.)

Los furiosos huracanes, los vientos terribles y las embravecidas tormentas, desátanse sobre los desiertos campos. Desnúdase ¡ay! todo árbol, marchítase toda flor, y toda planta conviértese en esterilidad y podredumbre. Las aguas van engrosando cada dia, los torrentes hínchanse á cada instante, y el enfurecido cierzo deja sentir, incesantemente, su helado soplo. Densas nubes cubren el cielo, los campos están tristes y desiertos, la tierra blanquea bajo una espesa capa de nieve. ¡Desventuradas avecillas, bestias infelices de los campos! ¿dónde podreis hallar, pues, un abrigo? ¿quién os suministrará vuestro alimento? ¿en qué lugar podreis preservaros de los rigores del frio, de los vientos y de las aguas?

¡Ah! mis amados hermanos; adorad la providencia de un Dios, que, blasfemada por el impío, escarnecida por el incrédulo, y negada por el ateo, es, sin embargo, aquel glorioso atributo con el cual el Altísimo se muestra á sus criaturas; á las cuales no abandona en sus

necesidades, las provee en sus penurias, las socorre en sus carestías, amparándolas, alimentándolas, consolándolas y refrigerándolas. Siendo el Criador del cielo y de la tierra, el legislador, que los gobierna, su penetrante mirada había previsto las necesidades de aquellos inocentes animales; y con aquella voz omnipotente, que sacó de la nada todas las cosas, mandó á la tierra que produjese una planta, que suministrase alimento y abrigo, en los rigores del invierno, á sus desvalidas criaturas. Habló, y al punto brotó esa planta providencial, de elevadísimo tronco, magestuoso ramaje y abundantes hojas. ¡Oh! contempladla en su forma piramidal! reconocedla en aquel rojo encendido de sus flores! admiradla en aquel verde esplendoroso de sus seductoras hojas! Vereisla armada de espinas hasta allí, donde pudiera menoscabarla el humano poder, á fin de que nadie ose ofenderla; sus hojas inferiores desparrámanse de manera, que el ciervo y el gamo encuentran espacio suficiente para establecer allí su guarida; las hojas de su centro son más apiñadas, á propósito para ofrecer un abrigo á la tórtola y la paloma; y sus hojas superiores, son espesísimas, como que deben servir de albergue al ruiseñor y al gorrion, al mirlo y al canario. Y para que, al paso que el abrigo, no falte, por otra parte, alimento, hé aquí que en dicha planta crece un suavísimo fruto, que despues de haber sido gustado un poco por la familia superior, desciende á la del centro, y desde allí á la inferior. ¡Oh Dios providentísimo! y esa planta especial, ese misterioso Acebo, ¿no fuera acaso para nosotros la prueba más cierta de tus beneficencias infinitas?

Empero ¡oh cristianos! esa maravilla que Dios obra en el órden físico y material, no es más que una sombra y una figura de aquello que ejecuta en el espiritual y en el moral. Dios había fundado su Iglesia, y siendo ésta obra del Altísimo, debía sufrir, igualmente, una estacion de rigores y de invierno: estacion terrible, cuya duracion, léjos de terminar con el decurso de los meses, habíase prolongado tanto como la de la Iglesia misma. Y entónces fué cuando el Altísimo, en su promesa de que su combatido pueblo no debía sucumbir á los rigores de tan crudo invierno, así como en los campos hizo crecer el delicioso Acebo, quiso, asimismo, que otra planta semejante brotase en el terreno de su Iglesia, en auxilio, defensa y apoyo de sus perseguidos hijos. Poco tardó el Altísimo en proporcionarnos la afortunada planta. Aquella que se llama florida vara de Jesé; Aquella que se denomina Rosa de Jericó; Aquella que nosotros reconocemos cual verdadera Flor de los valles, no podía dejar de ser la predestinada para tal oficio. Yo me gozo ¡oh cristianos! en mostrárosla en este dia, cual la venera nuestra Madre la Iglesia (1). Y no solamente en este dia, sinó aún durante estos dias venturosos, regocíjase mi ánimo en mostrárosla por tal, puesto que nuevos triunfos vienen á confirmar la verdad de mi asunto.

¡Vírgen gloriosísima, Acebo espiritual, auxilio poderoso del pueblo cristiano, firme apoyo de la Iglesia de Jesucristo! ¡ah! que los triunfos y las victorias que alcanzasteis en el terrible combate, sean para nosotros prenda y orígen de nuevas glorias y de nuevos triunfos! A. M.

La promesa de Dios, no cabe dudarlo, mis amados hermanos, debía cumplirse infaliblemente. El había jurado, que la Iglesia, combatida en todos tiempos, con toda clase de armas y en todos sentidos, saldría siempre triunfante y victoriosa de la prolongada persecucion. Y á fin de que ella permaneciese en la seguridad del triunfo, prometió la asistencia de su brazo á su Esposa, y su auxilio y su proteccion contra los esfuerzos y los ataques de los enemigos. No creais, sin embargo, que tal promesa eximiera á María del combate y de los triunfos. La terrible lucha empeñada contra la Iglesia y la fé al principio de los tiempos, debía recrudecer despues de haber aparecido el Salvador del mundo; no debía cesar un momento de emplear sus artificios y sus asechanzas á los piés de aquella Vírgen, que nos había dado el Reparador prometido. Léese en el sagrado libro del Génesis: la enemistad fué declarada en el Edén, entre el fruto de la mujer y la descendencia de la serpiente; los pueblos que debían nacer, son llamados pueblos de contradiccion, de oposicion, de combate; mas la lucha debía estallar contra la mujer prometida; Ella sola deberá sostener sus terribles embates; Ella sola deberá ser el blanco de las maquinaciones de los enemigos; Ella, la que deberá cantar el solemne triunfo: *Ipsa conteret caput tuum, tu insidiaberis calcaneo eius.* (Gen. III, 15). ¿Quereis pruebas más evidentes de ello? Acudid, pues, á las profecías de Juan.

En el éxtasis de su espíritu, el discípulo amado ve una portentosa señal en el cielo. Una mujer vestida de sol, rodeada de luz y coronada de estrellas: en frente de ella, un dragon bermejo, con diez cuernos, que se distingue por siete cabezas coronadas de diademas. La mujer hállase próxima al parto; y el dragon se pone delante de ella á fin de tragarse al hijo, apénas haya nacido.... Entretanto, las milicias celes-

(1) Celebrando en este dia la Iglesia la solemnidad de María, bajo el título de: *Auxilium christianorum*, háse creido conveniente consagrar á esa misma solemnidad el presente sermon todo entero.

tiales dispónense á proteger el parto de la mujer; ésta pare, la lucha se hace tremenda; y el Hijo, destinado ya para gobernar á la tierra, es salvado de las garras del dragon; y éste, abatido y vencido, es arrojado del Cielo. Entónces, ardiendo en ira, y dominado por el rencor, el dragon dirige todos sus ataques contra la mujer, con el propósito de hacer pasto de sus hambrientas fauces, así á ella, como á los hijos que le restan.

¡Con qué colores tan brillantes no está aquí diseñada ¡oh cristianos! la guerra atroz movida por el infierno, no sólo contra el tierno Hijo del Altísimo, fruto inmaculado de la Vírgen, sinó, igualmente, contra la Vírgen misma, á fin de arrebatarle, cuando no otra cosa, sus restantes hijos! ¡Ah! yo no vacilo en asegurar con toda franqueza, que la promesa de Cristo, de no privar jamás á la Iglesia de su asistencia, debe entenderse de su continuada presencia al lado de María, para defenderla en la terrible lucha, que se halla destinada á sostener para la conservacion y el triunfo de la Iglesia y de los cristianos. Sí, mis amados hermanos; el demonio odia á la Iglesia, la combate y la persigue; y con el propósito de destruirla, asesta sus dardos contra el corazon de María; y María, espiritual Acebo, lucha por sí misma y por sus hijos; y por sí misma y por sus hijos triunfa, igualmente. Y para que se vea, claramente, que mis palabras no se apartan de la verdad, seguidme en la historia de diez y nueve siglos, desde la fundacion de la Iglesia.

Y no creais, desde luego, que yo trate ahora de hablaros, principalmente, de aquellos primeros combates, en los cuales la Vírgen se ejercitara en la lucha, ora confirmando en la fé á los pastores y á los Magos; ora procurando en Egipto la conversion de aquellos bárbaros; ya iluminando á los Apóstoles respecto del conocimiento de los misterios más reconditos; ya, por último, excitando á los discípulos á la generosa confesion del nombre de Cristo. Aquéllas fueron ¡oh cristianos, unas luchas que, en lugar de ser iniciadas por el dragon contra la mujer, fueron, por el contrario, provocadas por María misma, á fin de que el enemigo del averno supiera, claramente, el cargo que Ella habia asumido en la Iglesia de Jesucristo.

Y vedla, en efecto, á esa Iglesia, salida apénas de los lábios y del corazon del moribundo Redentor, dilatarse por toda la redondez de la tierra. Los oráculos enmudecen á su presencia; los dioses paganos se ocultan; y los templos profanos se desploman y desaparecen por completo. Entónces se grita: destruyamos la infamia y la locura de la Cruz y del Nazareno. Las pasiones, que se ven condenadas por este Hombre Dios, y el demonio que cada dia se tiene que lamentar por la

pérdida de sus secuaces, adunan sus esfuerzos; y, fiando demasiado en su loca osadía, persuádense de poder destruir á la Iglesia de un solo golpe. Dáse la señal de la decisiva batalla: los emperadores y los tiranos, conviértense en instrumentos de la lucha; las hachas, las espadas, los potros y los tormentos de todo género, son las armas del combate; la sangre de los mártires, que corre ya á torrentes, debe asemejarse, al fin, á un rio desbordado, que derribe y arrastre, en su curso, al temido coloso de la religion y de la fé. ¡Insensatos, que creisteis destruir á la Iglesia, degollando á sus adoradores! aquella sangre era semilla de nuevos justos; era la sávia que fecundaba en el suelo nuevas plantas, nuevos gérmenes. ¡Bien lo sabían aquellos héroes! de ahí, que animados por el ejemplo de Jesús y enfervorizados por la voz de su Madre santísima, que había hablado á sus oidos, acá en la tierra, ó que hablaba á sus corazones, desde el Cielo, se ofrecían al combate. Y María ¿que hacía, por su parte, oh cristianos? María, cual espiritual Acebo, que preserva de los rigores del invierno, triunfaba en ellos, y por medio de ellos; en ellos, porque daban solemne testimonio de su Hijo; y por medio de ellos, porque les alcanzaba gracia, proteccion y constancia.

Empero, no era esa, solamente, la guerra fomentada por Satanás. El dragon debía encararse desde luego con la Mujer: y hé ahí que surge una falange de hombres indignos, llamados Docetas, Gnósticos, Marcionitas, Maniqueos y otras sectas, que ostentaron la divisa de la iniquidad y de la babarie; hélos ahí á todos luchando contra el Hijo del Altísimo; unos, negando la verdad de su humana naturaleza; otros, la consubstancialidad con su Padre; hélos ahí á todos, levantándose contra el Hijo de María, siendo Aquél ultrajado, ó negado; asegurando, además, que Ésta, ó no era Madre, ó no era Vírgen; y que si ella era Madre, no era Madre de Dios; y que si era Vírgen, no era fecunda: hélos ahí introduciendo la confusion en el seno de la Iglesia entera, sembrando disensiones, creando divisiones, oscureciendo la fé, y desgarrando sin descanso el corazon aflijido de nuestra piadosa Madre. Y María ¿qué hace? María, espiritual Acebo, lucha por sí misma y por la Iglesia; triunfa por sí misma y por la Iglesia.

Y, notadlo bien: contra la amenazadora heregía surge, en primer lugar, entre los Padres, el mártir Ignacio; y héle ahí enseñando á los Docetas, que Cristo era espíritu y carne, que había nacido, no en apariencia, sinó en verdad, de María, y que siendo invisible, se había hecho visible; que era Dios hecho hombre. La voz del santo tranquiliza á la Iglesia; y hé ahí que María vence al dragon, mostrando la verdad de la carne en su Hijo, con la verdad de su sér de Madre.

Aparece luego Justino; y á los Ebionitas, que pretenden, que Jesucristo es hombre de hombre, y María, Madre, á semejanza de las demás mujeres, opone el gran pasaje de Isaías: *Ecce Virgo concipiet* (Is. VIII, 14); les demuestra, que una Vírgen, solamente, puede concebir un Hijo divino; les convence, les confunde, les aplasta con su *Trifon;* y hé ahí á María triunfando de la heregía, por medio de su virginal candor, y derribando y destruyendo á la bestia en un segundo combate.

Ireneo entra, el tercero, en la palestra; y empuñando las mismas armas que Ignacio y Justino, confunde á los hereges pasados y futuros; presenta á nuestra vista cuanto hay de más sublime en la fé, de más misterioso en los sacramentos, y de más excelso en la religion. La naturaleza adámica, la gracia cristiana, y la gloria divina, son las fundamentales consecuencias que saca de su simple proposicion: *María Vírgen* y *Madre*; y con dicha proposicion, destruye, abate y condena las pasadas y las futuras blasfemias. María es siempre la que lucha y triunfa.

Y hé aquí, precisamente ¡oh cristianos! porque la Iglesia va repitiendo sin cesar, que María ha destruido y aniquilado cuantas heregías han aparecido sobre la tierra: *cunctas haereses sola interemisti.*

Bastará un solo hecho, hermanos mios, para demostraros, que toda heregía puede y debe decirse abatida por el poder de la santísima Vírgen. Si tú dices, exclamaba Arquelao, impugnando á Manete, que Cristo no ha nacido, seguramente, no habrá tampoco padecido; y por lo tanto, no habrá muerto ni resucitado. Y si el Nazareno no ha resucitado, tampoco resucitaremos nosotros. ¿Qué juicio, pudiera estar reservado para un hombre, que no ha de resucitar? ¿Qué ley pudiera existir para un hombre, que no ha de sufrir juicio alguno? Hé ahí, pues, añadía el santo, las consecuencias de tu impía doctrina. Mas si confesares, que María es verdadera Madre de Cristo, en tal caso, desaparecen todo error, toda heregía y toda infamia.

¡Oh poder sobrehumano de María! ¡Oh mujer verdaderamente fuerte y terrible! ¿Quién pretendiera, pues, negarte la prerogativa de ser aquel espiritual Acebo, colocado por Dios mismo en el campo de la Iglesia, cual verdadero auxilio, cual firme apoyo del pueblo cristiano? ¡Oh! sí, repitámoslo, hermanos mios, con toda la efusion de nuestro corazon; María es nuestro auxilio y nuestra defensa: *Auxilium Christianorum.*

Mas los ataques del dragon infernal ¡oh cristianos! debian reproducirse en todo lugar, en todo tiempo y en todo sentido. Vencidos por la fortaleza de los mártires; desconcertados por la doctrina de

los doctores, y aniquilados siempre por el poder de María; renuévanse con la fuerza de ejércitos enteros, levantados para destruir y oprimir el poder cristiano. Inglaterra, España, Portugal y la Italia, son los puntos en los cuales se intenta el terrible asalto. Los moros, los normandos y los musulmanes, son los miembros escogidos para abatir á la religion. Empero, todos ellos fueron vencidos, derrotados y exterminados. Mas ¿á quién se debe la gloria de ello? A María, al espiritual Acebo, siempre á María. En Inglaterra, María reunía bajo sus abundantes hojas, á los dos pueblos, al opresor y al oprimido, conduciéndoles á entrambos á sus santuarios. En las Españas, la victoria seguía la enseña de María; y Fernando y Alfonso, dejaban de ello al mundo monumentos duraderos y eternos. En Italia, la Vírgen misma aparecíase para proteger á Narseto contra las armas de Totila. En Portugal, la Vírgen de Claravalle, desvanecía los temores. En Dinamarca, lo mismo que en Polonia, el himno de guerra era un cántico en honor de la Vírgen. Recuérdense las jornadas de Lepanto, las victorias de Cárlos y la liberacion de Corfú, donde la impiedad musulmana trataba de derribar á la cristiana ciencia, y la Media-luna de sustituir á la Cruz. ¿Quién hizo infructuosos tantos esfuerzos? ¿Quién reprimió tanta osadía? ¿Quién destruyó sus innumerables fuerzas? El Pontífice Pio, os responde, que todo ello no se debió á otro que á María. Gregorio XIII añade, que esa Madre fué el escudo y el refugio de los cristianos. Clemente XI os repite, que á María son debidas las gracias por el gran número y la gloria de los triunfos alcanzados.

Empero ¡ay! ¿qué nuevo acontecimiento viene ahora á perturbar á la Iglesia? qué mano sacrílega puede llevar el descaro y la osadía hasta el punto de encarcelar á su Cabeza visible, el Romano Pontífice? ¡Ah! no temais, oh cristianos! María ha empuñado ya su escudo, ya se arroja sobre el enemigo, ya lo derriba; y hé ahí al Pontífice volviendo al seno de su Iglesia, en medio de universales aclamaciones.

¡Oh pueblos impíos! oh gentes! oh naciones inícuas y perversas! tenedlo, pues, bien entendido de una vez: en vano, en vano hostilizais á la Esposa de Cristo; María vela por ella, la defiende, la cubre con su ramage, y la sustenta con sus frutos; y vosotros no sereis, en todo caso, más que las víctimas de vuestro propio furor.

Y ahora, mis amados hermanos, en el momento en que voy á terminar mi discurso, lisonjéome de poderos citar á vosotros mismos por testigos de mis palabras; á vosotros, que fuisteis ya los afortunados admiradores de gloriosos triunfos; á vosotros, que alimentais la

firme esperanza de que, por la intercesion de María, podreis presenciar otros más ruidosos y brillantes todavía. La guerra impía declarada abiertamente á la Iglesia, en todo tiempo, debía cubrirse con el manto de la hipocresía. Ciertos principios, ó ideas infernales, que, en apariencia, pudiéranse creer encaminados á un fin muy distinto que al de destruir á la religion, debían venir en auxilio del descreido filosofismo. Y nosotros, hermanos mios, hemos experimentado, y estamos aún experimentando, los funestos efectos de esa nueva lucha. Iniciada ésta á fines del siglo pasado, proseguida al principiar el presente, renovada cuando apénas habían transcurrido pocos lustros, recrudecida poco tiempo há en la misma ciudad de Roma; hállase hoy en el apogeo de su infernal furor. El Pontífice, que, cual nuevo David, fué un dia desterrado de su reino por causa de sus hijos, y que puede repetir con justa razon, que fué colocado por Dios sobre la Cátedra de Pedro como una señal de contradiccion y de ruina; los sacerdotes, de cuya sangre vemos regados los caminos de nuestra pátria, y los cuales hoy, con toda suerte de injusticias, ó artificios, son maltratados y oprimidos; todo nos está indicando unas llagas las más terribles de una sociedad reprobada; unas heridas las más crueles de una Iglesia combatida. Pero, en medio de nuestra misma afliccion ¡cuántas satisfacciones no nos consuelan y cuántos triunfos no nos regocijan! ¿No es hoy, acaso, cuando la Iglesia se abre paso en unos puntos, en los cuales anteriormente veíase más oprimida y abatida? ¿No es hoy, cuando la fé se renueva en los corazones, ya harto débiles, de los modernos cristianos? ¿No es hoy, cuando la grandeza de los triunfos aterra á los enemigos mismos de la Iglesia y de Cristo? Y ¿á quién se deben tantas glorias, por quién se reproducen tan solemnes triunfos?

Por María, mis amados hermanos, por María. No olvideis, que en nuestros dias fué, precisamente, cuando la piedad del Pontífice quiso adornar de nueva gloria la auréola de María; siendo, por lo mismo, muy natural, que en nuestros dias mismos, María muestre la satisfaccion que recibió con esa nueva gloria suya.

¡Oh vosotros, que temblais ya en vista de los primeros triunfos! vosotros, que incrédulos todavía, os persuadís de que llegó ya la hora, en la cual os ha de ser dado aniquilar, enteramente, la religion y la Iglesia, el altar y el sacerdocio, el culto y la fé! ¡Ah! vosotros debierais, sin embargo, convenceros, y la experiencia de diez y nueve siglos debiera confirmaros en la creencia, de que la navecilla de Pedro no zozobra, que la Esposa de Cristo no decae, y que la ciudadela de Sion no se hunde: debierais persuadiros, de que vela á su lado

María; y de que, si siempre esa Madre la hizo gloriosamente triunfar, hoy, que motivos más poderosos la obligan, por decirlo así, á defenderla, hoy hará, que el triunfo sea más solemne, más vergonzosa vuestra humillacion, y más irreparable vuestra caida.

Consolémonos, pues, por nuestra parte, carísimos hermanos: nosotros tenemos una mística planta, un espiritual Acebo, que nos ofrece poderosa defensa, el refrigerio, la proteccion y la vida: tenemos una Madre, que fué y será siempre nuestro refugio; una Madre, que nos ama; y que reconociendo en nosotros aquellas prendas de amor, rescatadas de la más abyecta servidumbre con la sangre y la muerte de su Hijo, y con el precio de sus inauditos martirios, no puede ménos de tomar nuestra defensa, y hacer que salgamos victoriosos, bajo todos conceptos, de nuestros enemigos.

Las persecuciones terminaron, y los tiranos desaparecieron; cesaron las heregías; y los heresiarcas quedaron sepultados en el olvido: tuvieron fin los combates, y los caudillos perecieron. Hoy, nuevas persecuciones, heregías más impías, y combates más terribles nos asaltan por todas partes. Pues bien, los tiranos, los heresiascas y los caudillos sucumbirán igualmente; y la Iglesia, merced á María, añadirá nuevas glorias á sus triunfos; levantará, sobre las cenizas de los nuevos enemigos, nuevos trofeos á su victoria, entonando himnos de reconocimiento y de alabanza á la faz de aquellos, que hoy procuran su destruccion.

¡Oh! animémonos, pues, hermanos mios; animémonos mútuamente con una santa esperanza, una cierta confianza, una invencible certidumbre. Así en las calamidades públicas, como en las privadas, no desmayemos nunca. María es poderosa para salvarnos; María es poderosa para destruir y aniquilar el poder de nuestros crueles adversarios. Tiemblen los enemigos al oir pronunciar su nombre; estremézcanse los malos en presencia de esa Madre, y nosotros, ante ese nombre y ante esa presencia, consolémonos. En los crudos rigores de la estacion adversa, busquemos en María el refugio, en María el sustento, en María la defensa.

¡Ah! no nos abandoneis ¡oh María! bien que indignos de vuestra proteccion, somos, sin embargo, hijos vuestros; somos prendas de vuestro amor; somos miembros de aquel místico cuerpo, cuya preservacion y auxilio á Vos, espiritual Acebo, se os confió. ¡Oh Madre! ¿no veis cuán afligida se halla la Iglesia, cuán oprimida por las tribulaciones, cuán combatida y perseguida es por los impíos? Haced, pues, que presto se realice el triunfo, que pronto puedan respirar los fieles, y con éstos su Cabeza; y con su Cabeza, sus

consagrados ministros; y con éstos, las familias religiosas; y con éstas, todos los justos, que bien que ocultos, en verdad, no faltan aún en nuestros dias sobre la tierra. ¡Oh! abatid ¡oh María! abatid para su arrepentimiento, la audacia de los incrédulos, el ódio de los prevaricados cristianos, y el poder de todos los enemigos vuestros y de vuestro Hijo, de la religion y de la fé, del sacerdocio y del altar! Tambien son ellos hijos vuestros; hijos, que Vos concebisteis con los demás sobre la cumbre del Gólgota, en la inmensidad de vuestros tremendos martirios. Consoladnos á todos ¡oh María! y una vez devuelta á la Iglesia la paz, al Pontífice la seguridad, á los sacerdotes el contento, y á los fieles todos la alegría, estableced en nuestros corazones el reinado de la justicia y de la virtud. Unidos así, estrechamente, los espíritus, y encaminadas las inteligencias hácia un solo objetivo, será ese un nuevo triunfo estable, duradero, eterno.

DIA VEINTE Y CINCO.

LA PASIONARIA,

Ó SEA:

LAS TRIBULACIONES.

Christus possus est pro nobis, vobis relinquens exemplum.
Cristo padeció por vosotros, dándoos ejemplo.
(1.ª Petr. II, 21).

En el delicioso paseo que hemos emprendido durante este mes por el interior del florido jardin, que vamos contemplando paso á paso, persuadíame, hermanos mios, de que no debía hallar en él más que objetos de satisfaccion, de alegría y de regocijo; creía, que, cuando ménos, en este lugar, mi pecho hubiera estado exento de inquietudes; que las lágrimas no hubieran venido á humedecer mis ojos, y

que los sollozos no hubieran destrozado mi corazon. Y, sin embargo ¡ah! en este sitio mismo, á la vista de las preciosas florecillas, que hasta ahora han suministrado tanto consuelo á mi ánimo; ¡ah! en este sitio mismo, ante esa misma contemplacion, brota de mis ojos una lágrima, y un suspiro sale de lo más íntimo de mi corazon. Una flor ¡oh flor dolorosa! trae á mi memoria los horrores de una escena la más triste, las angustias de una Mujer la más desolada y afligida. Y ¿cuál será, pues, esa flor, mis amados hermanos? cuál es la escena que ella nos recuerda? cuáles son las angústias que nos representa? Es la Pasionaria, ó la flor de la Pasion: es una flor vestida de luto, cubierta de color violáceo, formando con sus sutilísimas hojas una punzante corona, figurando con sus tres pistilos tres cruelísimos clavos, y cuyos cinco estambres, que parecen otras tantas llagas, descansando sobre una base, ó tallo, semejante á una coluna, recuerdan la pasion del Redentor divino, y con ésta, los dolores y las angustias de su dolorida Madre. ¡Oh flor elocuente en tu lenguaje! ¡oh! calla, pues, que harto comprendo tu muda palabra! Nacida para simbolizar á Aquel, que sufrió en su corazon las penas expresadas por tus dolorosos instrumentos, tú nos recuerdas, que es locura el esperar una vida exenta de tribulaciones y de quebrantos; tú nos recuerdas, que nos hallamos en un valle de lágrimas, obligados á marchar en pos de un Caudillo coronado de espinas, destinados á recorrer una vía de padecimientos y de abrojos. Siendo tú demasiado contraria á nuestra propia fragilidad, nuestra mirada quisiera apartarse de tí; mas tú la esperas allí, precisamente, donde cree no ver otra cosa que alegrías y satisfacciones, en medio de los amenos, deliciosísimos y floridos jardines.

¡Ah! sí, mis amados hermanos; preciso es convencernos, finalmente, de ello: hemos nacido para sufrir. No hay condicion alguna que pueda eximirse de las angustias; no hay estado alguno que pueda librarse de las lágrimas; no hay grandeza alguna que pueda evitar los gemidos. No son, ciertamente, menores las penas que se ocultan bajo el manto del más orgulloso potentado, que las que se esconden bajo los harapos del más humilde plebeyo; en medio del fausto del más poderoso magnate, no se derraman ménos lágrimas que entre las miserias del más abyecto necesitado; sobre los hombros del más sábio entre los hombres, no descansa una cruz ménos pesada que sobre los del hombre más ignorante y rudo. Y respecto de nosotros, nos confirma tal verdad aquella Madre, que encumbrada al grado más alto de la grandeza, distinguida con toda suerte de gracias, adornada de los privilegios más insignes, poderosa, sábia, rica, Reina, Sobe-

consagrados ministros; y con éstos, las familias religiosas; y con éstas, todos los justos, que bien que ocultos, en verdad, no faltan aún en nuestros dias sobre la tierra. ¡Oh! abatid ¡oh María! abatid para su arrepentimiento, la audacia de los incrédulos, el ódio de los prevaricados cristianos, y el poder de todos los enemigos vuestros y de vuestro Hijo, de la religion y de la fé, del sacerdocio y del altar! Tambien son ellos hijos vuestros; hijos, que Vos concebisteis con los demás sobre la cumbre del Gólgota, en la inmensidad de vuestros tremendos martirios. Consoladnos á todos ¡oh María! y una vez devuelta á la Iglesia la paz, al Pontífice la seguridad, á los sacerdotes el contento, y á los fieles todos la alegría, estableced en nuestros corazones el reinado de la justicia y de la virtud. Unidos así, estrechamente, los espíritus, y encaminadas las inteligencias hácia un solo objetivo, será ese un nuevo triunfo estable, duradero, eterno.

DIA VEINTE Y CINCO.

LA PASIONARIA,

Ó SEA:

LAS TRIBULACIONES.

Christus possus est pro nobis, vobis relinquens exemplum.
Cristo padeció por vosotros, dándoos ejemplo.
(1.ª Petr. II, 21).

En el delicioso paseo que hemos emprendido durante este mes por el interior del florido jardin, que vamos contemplando paso á paso, persuadíame, hermanos mios, de que no debía hallar en él más que objetos de satisfaccion, de alegría y de regocijo; creía, que, cuando ménos, en este lugar, mi pecho hubiera estado exento de inquietudes; que las lágrimas no hubieran venido á humedecer mis ojos, y

que los sollozos no hubieran destrozado mi corazon. Y, sin embargo ¡ah! en este sitio mismo, á la vista de las preciosas florecillas, que hasta ahora han suministrado tanto consuelo á mi ánimo; ¡ah! en este sitio mismo, ante esa misma contemplacion, brota de mis ojos una lágrima, y un suspiro sale de lo más íntimo de mi corazon. Una flor ¡oh flor dolorosa! trae á mi memoria los horrores de una escena la más triste, las angustias de una Mujer la más desolada y afligida. Y ¿cuál será, pues, esa flor, mis amados hermanos? cuál es la escena que ella nos recuerda? cuáles son las angústias que nos representa? Es la Pasionaria, ó la flor de la Pasion: es una flor vestida de luto, cubierta de color violáceo, formando con sus sutilísimas hojas una punzante corona, figurando con sus tres pistilos tres cruelísimos clavos, y cuyos cinco estambres, que parecen otras tantas llagas, descansando sobre una base, ó tallo, semejante á una coluna, recuerdan la pasion del Redentor divino, y con ésta, los dolores y las angustias de su dolorida Madre. ¡Oh flor elocuente en tu lenguaje! ¡oh! calla, pues, que harto comprendo tu muda palabra! Nacida para simbolizar á Aquel, que sufrió en su corazon las penas expresadas por tus dolorosos instrumentos, tú nos recuerdas, que es locura el esperar una vida exenta de tribulaciones y de quebrantos; tú nos recuerdas, que nos hallamos en un valle de lágrimas, obligados á marchar en pos de un Caudillo coronado de espinas, destinados á recorrer una vía de padecimientos y de abrojos. Siendo tú demasiado contraria á nuestra propia fragilidad, nuestra mirada quisiera apartarse de tí; mas tú la esperas allí, precisamente, donde cree no ver otra cosa que alegrías y satisfacciones, en medio de los amenos, deliciosísimos y floridos jardines.

¡Ah! sí, mis amados hermanos; preciso es convencernos, finalmente, de ello: hemos nacido para sufrir. No hay condicion alguna que pueda eximirse de las angustias; no hay estado alguno que pueda librarse de las lágrimas; no hay grandeza alguna que pueda evitar los gemidos. No son, ciertamente, menores las penas que se ocultan bajo el manto del más orgulloso potentado, que las que se esconden bajo los harapos del más humilde plebeyo; en medio del fausto del más poderoso magnate, no se derraman ménos lágrimas que entre las miserias del más abyecto necesitado; sobre los hombros del más sábio entre los hombres, no descansa una cruz ménos pesada que sobre los del hombre más ignorante y rudo. Y respecto de nosotros, nos confirma tal verdad aquella Madre, que encumbrada al grado más alto de la grandeza, distinguida con toda suerte de gracias, adornada de los privilegios más insignes, poderosa, sábia, rica, Reina, Sobe-

rana y Emperatriz; sin embargo, cual mística Pasionaria, fué sometida al más cruel de los tormentos, y llevó una vida de padecimientos y de dolores.

Y ¿qué otra cosa pudiéramos nosotros buscar, mis amados hermanos? ¡¡Ea, pues! es preciso sufrir; no hay término medio; sí, es menester sufrir; sólo los sufrimientos pueden conducirnos á la grandeza; sólo los sufrimientos nos harán eternamente dichosos. ¡Ah! deseemos, pues, hermanos mios, esos sufrimientos; formemos de ellos el objeto de nuestras aspiraciones, la delicia de nuestro corazon.

Al oir estas palabras, por Dios no frunzais el ceño, ni desvieis vuestra mirada, toda vez que yo voy ahora á excitaros á ello, no con la simple invitacion del lábio, sinó con el ejemplo insigne de nuestra Madre María. Sí; esa Madre santísima, esa mística Pasionaria, que, abrazando con alegría los dolores, se hizo fiel á la voluntad del Altísimo, y fué coronada Reina sobre el monte de la mirra, llegando á ser, al pié de la cruz, la admiracion de la tierra y del cielo; esa Madre, digo, nos enseña, que vosotros debeis, de igual manera, abrazar la cruz, como una cosa necesaria, útil y gloriosa. Si alguna vez he solicitado vuestra atencion hasta aquí ¡oh cristianos! esta noche os la pido con más encarecimiento. A. M.

El sufrir es necesario; el soportar las tribulaciones es un deber que incumbe al cristiano; la vocacion al cristianismo no es otra cosa que la vocacion á seguir la cruz. No es, ciertamente, un concepto de mi entendimiento el que ahora os expongo, hermanos mios; recuerdo el precepto de Cristo, impuesto, solemnemente, á sus dicípulos. El que quiera seguirme, dice, que se niegue á sí mismo, tome su cruz y sígame: *Tollat crucem suam et sequatur me* (Marc. viii, 34). No creais, pues, vosotros, que sois una excepcion respecto del precepto general del Salvador. No; Él lo impone á todos igualmente; así al sexo débil, como al fuerte; al enfermo, como al sano; lo mismo al justo, que al pecador. No hay razon alguna, por lo tanto ¡oh cristianos! que valga para excusaros de padecer. Son vanos pretextos la delicadeza del sexo, vanos pretextos la condicion señoril, y vanos pretextos, por último, las conveniencias del propio estado. Solo con que querais seguir á Cristo, es preciso cargar con la cruz: *Tollat crucem suam et sequatur me*. Y el príncipe de los apóstoles, san Pedro, fiel intérprete de los sentimientos de su divino Maestro, nos repite, que precisamente para esto fuimos llamados á la dignidad de hijos de Dios: *In hoc enim vocati estis* (Petr. ii, 21); esto es, para seguir sus ejemplos, para imitarle

en las tribulaciones y el padecer que Él soportó durante su vida entera: *quia Christus passus est vobis relinquens exemplum ut sequamini vestigia ejus* (Ibid).

¡Dios de bondad! despues de haber contemplado á nuestro divino Legislador, sumergido en un piélago de dolores; despues de haber visto como Él, no solamente padeció, sinó que se halló en la necesidad de padecer, *oportuit Christum pati* (Actor. xviii, 3); ¿pudiéramos nosotros, acaso, abrigar la presuncion de sacudir, por más que fuera ello en vano, el yugo de las tribulaciones, de eximirnos de las angustias, de creer que la cruz no nos es necesaria? ¡Ah! si al ménos fuéramos tales, que no hubiéramos contraido con nuestras culpas un estricto deber de justicia, de satisfacer por ellas á Dios por medio de las tribulaciones y de las penas! Mas, ahora, somos pecadores, hemos ofendido (y ¡ay! cuántas veces y de cuántas maneras!) á nuestro Padre, á nuestro Bienhechor y á nuestro Dios; y siendo así, ¿cómo tuviéramos la osadía, de querer pasar nuestra vida en medio de las satisfacciones, los esparcimientos, los goces y las alegrías? ¿qué idea tan peregrina fuera esa, oh cristianos? Si los pecados, que no eran suyos, sometieron á nuestro divino Maestro á las flagelaciones, á las espinas, y á la cruz, ¿pudieran nuestros propios pecados someternos á los regocijos, las diversiones y los esparcimientos!

¡Oh adolorida Reina de los Mártires! oh mística espiritual Pasionaria! ¡Ah! vén, pues, esta noche en auxilio de nuestra miseria! ¡Ven, y enséñanos cuál debe ser nuestra vida acá en la tierra! ¡En qué piélago de padecimientos, carísimos cristianos, no fué sumergido aquel corazon adorable! Empezad por su visita á Elisabeth, y considerad sus penas en la duracion del viaje, en la aspereza de aquellos lugares, en la falta de toda comodidad. Contempladla en el portal de Belen, al ver nacer á su Dios, abandonado de todos, careciendo hasta de lo más necesario para preservarse de los rigores de una crudísima estacion: penetrad, igualmente, en aquel corazon amoroso, y enumerad, uno por uno, los suspiros, las angustias, los desvelos, los dolores y los martirios. Entrad, así mismo, con ella en el Templo santo de Dios, cuando ve á Jesús, todavía niño de solos ocho dias, derramar las primeras gotas de su sangre preciosísima. Seguidla en su viaje y en su permanencia á Egipto, cuando se ve obligada á huir de noche para poner á salvo de las espadas de Herodes á su nacido Dios parvulillo; cuando le es necesario arrostrar todos los graves inconvenientes que ofrece el desconocido y peligroso camino; cuando le es preciso detenerse en medio de unos pueblos bárbaros é impíos, profanadores del único y verdadero Dios suyo, faltos enteramente de

todo gérmen de religion y de virtud. Acompañadla en su regreso á Nazareth, cuando soporta el más inhumano martirio, con motivo de ser su hijo tan pequeño, que no puede proseguir el viaje por sí mismo, y tan grande, por otra parte, que no puede sostenerle en sus brazos. Fíjese aún en ella vuestra mirada, en la pérdida de su Jesús, cuando en medio de los más crueles dolores, las angustias más desoladoras y los martirios más tremendos, lo busca, en vano, entre los deudos, los amigos y las personas más allegadas. Y, sin embargo, esas no son más que las primicias de sus dolores; eso no es más que el preludio de sus padecimientos; esas no son más que las hojas externas de la mística Pasionaria. Mañana tendremos que contemplar la magnitud de sus acerbos dolores, de aquellos dolores, que descargó sobre ella la mano del Omnipotente en el dia de su furor, cuando la vendimió cual vid, despojada de su ornamento y de su riqueza por los rigores del crudo invierno. Mas, entretanto, decidme; ¿cómo osaríamos nosotros, pues, que hacemos profesion de ser sus devotos, alejar de nosotros aquella tribulacion, aquellos sufrimientos y aquella cruz, que debe sernos, no obstante, sumamente necesaria, bajo todos conceptos?

¿Necesaria, he dicho? ¡Ah! yo debía añadir, que ella es, igualmente, utilísima, ocasion y mensajera de bienes inmensos, y de inestimables beneficios. ¿Acaso dudarais de mis palabras? Escuchadme, pues, con atencion.

Oprimido y maltratado por el ángel de Satanás, el Apóstol de las naciones suplicaba con fervor al Señor, que se dignase librarle de sus terribles y angustiosas tentaciones; y el Señor le respondió: ¡oh Pablo, en verdad te aseguro, que te basta para ello mi gracia; toda vez que las enfermedades, el dolor y las tribulaciones son, precisamente, aquellos hornos, ó crisoles, en los cuales se prueban la piedad, la religion y la virtud: *Sufficit tibi gratia mea nam virtus in infirmitate perficitur* (Cor. xii, 9).

Tales son, mis amados hermanos, aquellas bellas expresiones, de las cuales nosotros podemos inferir, la inmensa utilidad que reporta el hombre de sus tribulaciones y de sus padecimientos. ¿Sois, por ventura, pecadores; vivís encenegados en la culpa? Y ¿qué medio hay más fácil para salir del profundo sueño de la muerte, que las tribulaciones y la cruz? Y ¿no ha de ser la cruz la que debe despertar vuestras almas; la que debe mostrarles el hondo precipicio en que ellas han caido; la que debe excitarlas á sacudir el yugo del pecado, y á una reconciliacion sincera con su Dios? Decidme, pues; ¿no fué, por ventura, la tribulacion, la que condujo otra vez al pueblo de Israel, del sendero de perdicion, al camino de la salvacion? ¿Sois, acaso, justos? ¿Sois santos? Pues bien, la tribulacion será la que os hará más santos en vuestra misma santidad, más justos en vuestra propia justicia, segun este precepto del Señor: *Qui sanctus est sanctificetur adhuc.* (Apoc. xxii, 11.) La tribulacion será, precisamente, la que hará que vuestro anhelo por el cielo sea más ardiente; la que os hará aparecer más vil y más miserable la tierra; la que os hará desear con más vehemencia el veros libres de las ataduras del cuerpo, induciéndoos á exclamar con el Apóstol: *cupio dissolvi, et esse cum Christo.* (Philip. i, 23.) ¿Sois acaso tibios, negligentes en las vías del Señor? ¡Ah! en tal caso, la tribulacion es el único medio para reanimar el fervor de vuestro espíritu. En ella será cuando reconocereis la mano paternal del Señor, que no os ha abandonado todavía. Por ella podreis conocer, que el Señor os quiere, que el Señor os llama, que El se halla dispuesto á abrazaros nuevamente en su seno. Por lo tanto, tenedlo bien entendido de una vez ¡oh cristianos! las tribulaciones son la señal de que el Señor nos ama; son indicio seguro de su ardiente deseo de vernos á todos reunidos en torno suyo; en una palabra: las tribulaciones son aquellas plantas lozanes y feraces, que no pueden ménos de ser de una utilidad inmensa en el místico jardin de nuestras almas. ¿Acaso, hermanos mios, no bastan mis palabras para convenceros de ello? Convénzaos, pues, el ejemplo de María.

Ella padeció lo que la humana lengua no puede explicar; mística Pasionaria, verdadera flor de la más acerba pasion, soportó en su corazon amarguras indescribibles; mas, no las sufrió sin consuelo y refrigerio, sin recompensa y sin provecho. Ella padeció en la visita que hizo á Elisabeth; mas allí fué, precisamente, cuando gustó las dulzuras de la verdadera amistad, donde vió llena del Espíritu Santo á su dichosa cuñada, donde quedó cerciorada del gozo experimentado por el Bautista en el seno materno: allí fué donde, enteramente llena del espíritu de Dios, desató su lengua para entonar aquel cántico tan sublime, que debía formar la admiracion de los siglos. Ella sufrió, mística Pasionaria, y soportó amarguras en la gruta de Belen; mas allí, precisamente, fué donde su espíritu fué colmado de la alegría más indescriptible, pudiendo adorar al nacido Dios infante, al oir los cantos angélicos, y al ver postrados á los piés de su Dios á los pastores y á los Magos. Ella padeció, mística Pasionaria, en la circuncision del divino Niño; empero, regocijóse sobremanera al reflexionar, que aquellas primeras gotas de sangre eran las primicias de la universal redencion. Y en su demora en Egipto, durante su regreso á Nazareth, y en el andar buscando á su Hijo, cuanto más

adolorido hallábase su corazon, tanto más sintióse lleno de consuelo y de júbilo. Y contempladla aún ¡oh cristianos! en lo mas recóndito de ese corazon mismo. Vedla en medio del más profundo silencio de la continuada meditacion, con aquella mirada, que se ha hecho tan perspicaz, por medio de la lectura de las sagradas Escrituras. Ella entónces ya prevé las futuras penas, las amarguras, la pasion de su Amado; y esas penas, esas amarguras futuras, y esa pasion, ya, desde aquel instante mismo, las experimenta en el secreto de su corazon amorosísimo!

Miradla, cuando está contemplando la frente de su Unigénito: ¡ah! esa frente, exclama ella sin cesar, esas sienes, un dia han de ser coronadas de agudísimas espinas! Y, mística Pasionaria, Ella siente ya que dicha corona está atormentando su desgarrado espíritu; mas por medio de esa corona, repite, por medio de esa corona misma, será destruido el trono del orgulloso Lucifer, y quedará humillada la infernal soberbia de los hombres; y este pensamiento la regocija, la consuela y la reanima.

Vedla, cuando abraza amorosa á su inocente Hijo: ¡ah! estas carnes, exclama, serán un dia despedazadas por los azotes, atadas á una columna, pasto de enfurecidos verdugos! Y, mística Pasionaria, experimenta ya en su corazon el peso de la columna, siente los azotes y lamenta las heridas; mas por medio de esa columna misma, añade; por medio de esos mismos azotes, y por medio de esas heridas mismas, será enfrenada la rebeldía de la carne, quedará destruido el imperio de los sentidos; y esta idea mitiga sus pesares, la llena de alegría, inunda su alma de consuelo.

Vedla, cuando está contemplando á su Jesús en los trabajos de sus manos santísimas; ¡ah! esas manos, exclama, serán un dia clavadas en una cruz; ese corazon será traspasado con una lanza; y esos miembros serán expuestos á toda clase de ludibrios! Y, mística Pasionaria, siente ya la dureza de los clavos, la herida de la lanza, y los horrores de la cruz; mas por medio de esa cruz, repite, por medio de esa lanza, y por medio de esos clavos, será destruido el reino de la tierra, será aniquilado el poder del mundo, y los hombres serán reconciliados con el Señor; y este pensamiento es el bálsamo para las heridas, el reposo en las inquietudes, el refrigerio en las adversidades.

Persuadámonos, pues, de ello, de una vez, mis amados hermanos: el camino del cielo es la senda de la tribulacion; pero de una tribulacion siempre llena de paz, de consuelo y de alegrías. Bienaventurado aquel que sabe caminar rectamente por esa senda; sí, mil veces bienaventurado ¡oh cristianos! pues su gloria será verdadera, sincera y duradera. Interrogad sobre ese punto al apóstol san Pablo, y él os responderá, que la única gloria la ha puesto en la cruz de Jesucristo: *Mihi absit gloriari nisi in Cruce Domini nostri Jesus Christi* (Galat. vi, 14.) Por eso vereis, que dicho Apóstol, no se gloría de otra cosa que de los azotes, de los golpes y de cicatrices alcanzadas por el nombre de Jesús: *Stigmata Domini Jesu in corpore meo porto*, (Ibid. 17.) Interrogad, igualmente, sobre la materia á todos los Apóstoles, y todos ellos os responderán; que únicamente daban expansion á su alegría, y únicamente considerábanse honrados, cuando habian sufrido persecuciones y ultrajes por el nombre de Cristo: *ibant gaudentes.... quoniam digni habiti erant pro nomine Jesu contumeliam pati.* (Actor. v, 41.) Interrogad, por último, á nuestros piadosos mayores, á los primitivos cristianos, y todos ellos os manifestarán, que su gloria consistía en las tribulaciones: *gloriamur in tribulationibus.* (Rom. v, 3.) Sepultados en las catacumbas, encerrados en las cárceles, perseguidos por los tiranos, martirizados en sus cuerpos, injuriados, escarnecidos y calumniados; ellos exclamaban: *Gloriamur, gloriamur.* Habian ellos bien aprendido la doctrina de su divino Maestro, el cual, llegada la hora de su dolorísima pasion, dirigiéndose hácia su Padre, habia dicho: ¡Oh Padre! glorifica á tu Hijo: *Pater, venit hora, clarifica Filium tuum* (Joan. xvii, 1.); habian ellos bien aprendido, repito, la enseñanza de Aquel, el cual en la noche misma en que tuvieron principio sus dolores, habiendo visto á Judas que venia para entregarle: ahora, exclamó, va á ser glorificado el Hijo del hombre.

Carísimos hermanos; vosotros, que os sentís ávidos de gloria; vosotros, que por ella estais prontos á renunciar á vuestra vida misma; ¡ah! abrid, pues, de una vez, vuestros ojos, y considerad, que no hay gloria más cierta, más duradera y más provechosa que la gloria de la cruz; considerad, que sólo en la cruz encontrareis vuestra felicidad y vuestra gloria eterna.

¡Oh Madre de los dolores! mostrad con vuestro ejemplo luminoso; mostrad á vuestros hijos, cuán glorioso es el padecer. Contempladla, contempladla ¡oh cristianos! ¿no veis cuán bella se desarrolla en el fértil suelo de su corazon la espiritual Verónica? Esta se embellece al reflejo de la mística Pasionaria. ¿Veis cuán majestuosa descuella allí aquella flor, que por lo amargo de sus hojas se denomina Paciencia? Esta flor es majestuosa, porque toma su alimento de la mística Pasionaria. ¿Veis con qué gracia allí el Amaranto despliega sus hojas, tiñe sus pétalos, y adorna sus flores? Pues bien, dicha flor ha brotado del tronco mismo de la mística Pasionaria.

Nace ésta, y hé aquí que en ella resplandecen la lozana Miosotis, el dorado Eliotropo y el delicioso Jazmin. Y ¿dónde se embellece, igualmente, su lindo Clavel, símbolo del amor por los hombres, sinó en su union con la mística Pasionaria al pié de la cruz? ¿En que punto brilla su sorprendente Rosa, símbolo de su amor hácia Dios, sinó en su union con la mística Pasionaria, sobre las tristes cumbres del ensangrentado Calvario? ¿En qué lugar se completa la belleza de su imperial Corona, símbolo de su sobrehumana grandeza, sinó en su union con la mística Pasionaria, sobre la cima dolorosa del Gólgota? Allí, hermanos mios, allí se manifestó toda la grandeza y la gloria de María. Si Ella alcanzó el elevado honor de ser la Coredentora del mundo, ese honor lo alcanzó, precisamente, por lo acerbo de sus penas. Si fué proclamada Madre de todos los fieles, y, en consecuencia, la protectora de la Iglesia de Jesucristo, confiósela tan elevado cargo en el momento en que eran más atroces las congojas de su espíritu. Y la denominacion de Reina de los Mártires, mereciéronsela sus agudísimos dolores; y la gloria, verdaderamente sublime, de que Ella fué coronada en el Cielo, fué, en gran parte, el efecto de su padecer nunca interrumpido. Los títulos de Torre de David, de robusto Cedro del Líbano y de Ciprés de Sion, no son más que unos emblemas destinados á expresar la grandeza y la gloria de sus prolongados trabajos.

¡Ah! mis hermanos cristianos; y ¿cuándo nuestros corazones se prepararán para soportar con paciencia la cruz? ¿No es ésta necesaria? Carguemos, pues, con ella. ¿No es ésta útil? ¡Ah! búsquese, pues, con anhelo. ¿No es ésta gloriosa? Así, pues, no haya más demora. Las cruces, los padecimientos y las tribulaciones, tales sean, desde hoy en adelante, nuestros fieles compañeros. No olvidemos, segun os he manifestado ya anteriormente, que la vocacion al cristianismo es la vocacion á la cruz: no olvidemos, finalmente, que quiérase, ó no se quiera, nos conviene padecer, condenados, como estamos, á vivir en un valle de lágrimas. Por lo tanto, sometamos, voluntariamente, nuestros hombros al peso de la cruz. Ello no nos ha de pesar, yo os lo prometo, yo os lo juro. Bajo el peso de la tribulacion, nuestro corazon se revestirá de virtud, crecerá el fervor de nuestro espíritu, conseguiremos la santificacion de nuestras almas. Sólo en la tribulacion hallaremos el camino del Cielo; sólo por medio de la tribulacion nos serán abiertas las puertas de la eterna bienaventuranza.

¡Ah! siendo ello así ¡oh Vírgen dolorosísima! os suplicamos, que en esta vida nos lleneis y satureis de tribulaciones y de trabajos. ¿No es para nosotros necesario, útil y glorioso el sufrir? ¡Ah! no nos perdoneis, pues ¡oh Madre nuestra amantísima! no nos priveis de

tan provechoso lucro; aumentad cada dia nuestros méritos con nuestros dolores. Solo os pedimos ¡oh María! la satisfaccion de vuestros deseos. Consoladnos, pues, sí, consoladnos. Sea la cruz nuestra compañera en la vida, sea la cruz nuestra compañera, igualmente, en la muerte. De esta suerte, despues de haber soportado, por Vos, y con Vos, el sufrir en esta vida; podremos, por Vos, y con Vos gozar, por toda la eternidad, del bienaventurado galardon en el Cielo.

DIA VEINTE Y SEIS.

LA ANÉMONA,

Ó SEA:

LA MANERA DE LLEVAR LA CRUZ.

Gemitus matris tuæ ne obliviscaris.
No te olvides de los gemidos de tu madre.
(Eccle. VII, 29).

Cuando un grande aguacero, un viento muy impetuoso, ó un terrible huracan, vienen á desatarse sobre los verdes prados, ó los floridos jardines, al punto los dejan abatidos, despojados de toda belleza, privados de todo ornato y atractivo. Y ya aquellas flores deliciosísimas que embellecian el suelo, llenaban los aires de fragancia, y cautivaban todas las miradas y todos los corazones, vénse abatidas sobre sus tallos, arrancadas de sus troncos, con sus hojas enteramente marchitadas; de suerte, que todo os está indicando la desolacion y el terror. Entónces, con paso trémulo y con tristeza, vais avanzando por la devastada llanura, vais recorriendo, con el ánimo afligido, el despojado jardin; y, á pesar de todo (¡oh, sí!), de repente, serénase vuestra mirada, sentís renacer la alegría en vuestro corazon con la velocidad del relámpago; y un hondo suspiro, un grito espontáneo, arrancados á vuestras almas por la sorpresa, os anuncian la pre-

Nace ésta, y hé aquí que en ella resplandecen la lozana Miosotis, el dorado Eliotropo y el delicioso Jazmin. Y ¿dónde se embellece, igualmente, su lindo Clavel, símbolo del amor por los hombres, sinó en su union con la mística Pasionaria al pié de la cruz? ¿En que punto brilla su sorprendente Rosa, símbolo de su amor hácia Dios, sinó en su union con la mística Pasionaria, sobre las tristes cumbres del ensangrentado Calvario? ¿En qué lugar se completa la belleza de su imperial Corona, símbolo de su sobrehumana grandeza, sinó en su union con la mística Pasionaria, sobre la cima dolorosa del Gólgota? Allí, hermanos mios, allí se manifestó toda la grandeza y la gloria de María. Si Ella alcanzó el elevado honor de ser la Coredentora del mundo, ese honor lo alcanzó, precisamente, por lo acerbo de sus penas. Si fué proclamada Madre de todos los fieles, y, en consecuencia, la protectora de la Iglesia de Jesucristo, confiósela tan elevado cargo en el momento en que eran más atroces las congojas de su espíritu. Y la denominacion de Reina de los Mártires, mereciéronsela sus agudísimos dolores; y la gloria, verdaderamente sublime, de que Ella fué coronada en el Cielo, fué, en gran parte, el efecto de su padecer nunca interrumpido. Los títulos de Torre de David, de robusto Cedro del Líbano y de Ciprés de Sion, no son más que unos emblemas destinados á expresar la grandeza y la gloria de sus prolongados trabajos.

¡Ah! mis hermanos cristianos; y ¿cuándo nuestros corazones se prepararán para soportar con paciencia la cruz? ¿No es ésta necesaria? Carguemos, pues, con ella. ¿No es ésta útil? ¡Ah! búsquese, pues, con anhelo. ¿No es ésta gloriosa? Así, pues, no haya más demora. Las cruces, los padecimientos y las tribulaciones, tales sean, desde hoy en adelante, nuestros fieles compañeros. No olvidemos, segun os he manifestado ya anteriormente, que la vocacion al cristianismo es la vocacion á la cruz: no olvidemos, finalmente, que quiérase, ó no se quiera, nos conviene padecer, condenados, como estamos, á vivir en un valle de lágrimas. Por lo tanto, sometamos, voluntariamente, nuestros hombros al peso de la cruz. Ello no nos ha de pesar, yo os lo prometo, yo os lo juro. Bajo el peso de la tribulacion, nuestro corazon se revestirá de virtud, crecerá el fervor de nuestro espíritu, conseguiremos la santificacion de nuestras almas. Sólo en la tribulacion hallaremos el camino del Cielo; sólo por medio de la tribulacion nos serán abiertas las puertas de la eterna bienaventuranza.

¡Ah! siendo ello así ¡oh Vírgen dolorosísima! os suplicamos, que en esta vida nos lleneis y satureis de tribulaciones y de trabajos. ¿No es para nosotros necesario, útil y glorioso el sufrir? ¡Ah! no nos perdoneis, pues ¡oh Madre nuestra amantísima! no nos priveis de

tan provechoso lucro; aumentad cada dia nuestros méritos con nuestros dolores. Solo os pedimos ¡oh María! la satisfaccion de vuestros deseos. Consoladnos, pues, sí, consoladnos. Sea la cruz nuestra compañera en la vida, sea la cruz nuestra compañera, igualmente, en la muerte. De esta suerte, despues de haber soportado, por Vos, y con Vos, el sufrir en esta vida; podremos, por Vos, y con Vos gozar, por toda la eternidad, del bienaventurado galardon en el Cielo.

DIA VEINTE Y SEIS.

LA ANÉMONA,

Ó SEA:

LA MANERA DE LLEVAR LA CRUZ.

Gemitus matris tuæ ne obliviscaris.
No te olvides de los gemidos de tu madre.
(Eccle. VII, 29).

Cuando un grande aguacero, un viento muy impetuoso, ó un terrible huracan, vienen á desatarse sobre los verdes prados, ó los floridos jardines, al punto los dejan abatidos, despojados de toda belleza, privados de todo ornato y atractivo. Y ya aquellas flores deliciosísimas que embellecian el suelo, llenaban los aires de fragancia, y cautivaban todas las miradas y todos los corazones, vénse abatidas sobre sus tallos, arrancadas de sus troncos, con sus hojas enteramente marchitadas; de suerte, que todo os está indicando la desolacion y el terror. Entónces, con paso trémulo y con tristeza, vais avanzando por la devastada llanura, vais recorriendo, con el ánimo afligido, el despojado jardin; y, á pesar de todo (¡oh, sí!), de repente, serénase vuestra mirada, sentís renacer la alegría en vuestro corazon con la velocidad del relámpago; y un hondo suspiro, un grito espontáneo, arrancados á vuestras almas por la sorpresa, os anuncian la pre-

sencia de un objeto agradable, ó acaso, de una flor admirable. Y ¿puede ser dicho objeto, en realidad, una flor? Precisamente es así, hermanos mios. En medio del estruendo producido por las aguas, la impetuosidad de los vientos y la furia de los huracanes, dicha flor fuerte é impertérrita, no decae ni cede de ningun modo; ántes bien, sale de la lucha más majestuosa, aparece más encantadora, ostenta mayor lozanía. El cáliz que la distingue, á causa de su pobre aspecto, pudiérais considerarlo como el cáliz de la amargura; mas sobre ese cáliz mismo, veis brotar con pompa, con majestad y atractivo la admirable flor, que os ofrece el aspecto de una estrella; pero de una estrella, que cada año va adquiriendo mayor belleza y esplendor. Bien que su color sea blanco como la nieve, y amarillo como el oro purísimo, veislo, sin embargo, transformarse en rojo el más encendido, en violáceo el más modesto, ó, finalmente, con una mezcla ó conjunto de matices, que os expresan todas las bellezas de la naturaleza. Adorna á esa flor, que permanece siempre erguida sobre su tallo y firme sobre su tronco, un precioso penacho verde el más vivo, que, paulatinamente, se eleva de la parte superior de su centro. ¿La reconoceis, pues, oh cristianos? Es la admirable Anémona. Florece indistintamente en los bosques, en los jardines ó en los breñales. Ni la diversidad de los lugares, ni las variaciones del tiempo pueden maltratarla ni destruirla. Cuando, como os he dicho ántes, esa flor, bien sea por la abundancia de las lluvias, por la violencia de los vientos, ó por el rigor de la intemperie, ve faltar en torno de sí sus graciosas compañeras; ella entónces, inquebrantable y constante, aparece más bella, más ufana, y más vigorosa. Aleccionada por la naturaleza misma ¡oh, cuán admirables son las obras del Altísimo! si la lluvia la hiere, ella cierra sus hojas y se oculta; si el viento la azota, desplegando sus formas, resiste sus embates con igual fortaleza; si la intemperie prueba de arrancarla, ó de abatirla, ella, permítaseme la expresion, no pierde aquella esperanza que le ha sido comunicada ó infundida por su verde penacho ó cabellera. En suma, paciente y sufrida en las lluvias, fuerte en las tempestades, y confiada en las inclemencias, esa flor supera todo obstáculo, triunfa de todo contratiempo, sin temor alguno de que deje de regocijar á la tierra con sus encantos.

¡Cristianos! vosotros no ignorais, ciertamente, el fin á que se encaminan mis palabras; conoceis, claramente, el tema de mi discurso (1). Pues bien; reconozcamos en la fuerte Anémona á nuestra

(1) El argumento, ó asunto, del presente sermon ha sido indicado ya en el que antecede.

Madre santísima; en las aguas, en los vientos y en las inclemencias, la inmensidad de sus acerbos dolores. Aguacero fueron los dolores de María, y aguacero el más terrible, al cual la espiritual Anémona cerró sus hojas, opuso la más invencible prudencia; viento fueron ellos, igualmente, y viento el más embravecido, al cual la espiritual Anémona, desplegando sus formas, opuso la más animosa resistencia; y tempestad fueron ellos, por último, y tempestad la más desencadenada, en medio de la cual la espiritual Anémona depositó toda su confianza en su verde penacho. Examinémoslo, pues, ¡oh cristianos! y de ello deduzcamos, que tal debe ser nuestro padecer sobre la tierra. A. M.

La tribulacion, hermanos mios, bien lo comprendisteis en la noche de ayer; la tribulacion es necesaria. Vivimos en una tierra que no produce otra cosa que espinas y llanto. Cualquiera que sea la vía que se abra para nosotros, siempre es una verdad, que debemos padecer. Por lo tanto, si la cruz es nuestra inseparable compañera ¿á qué impacientarnos bajo su peso? La tribulacion, no lo niego, es un mal, y un mal gravísimo, que viene á oponerse á nuestro contento, á la alegría de nuestro corazon: mas ¿será acaso la impaciencia un remedio á tamaño mal?

¡Oh Madre nuestra! oh mística Anémona! á Vos más que á la fuerza de los argumentos, recurro yo esta noche, para manifestar la verdad de mis asertos.

Toda vez que ahora nuestros pasos se dirigen hácia el Calvario, hermanos mios, no os pese deteneros, en primer lugar, en la consideracion de un hecho, que os indiqué ya en la noche anterior, y del cual os he hablado repetidas veces en el decurso del presente mes: pues ¡harto llenas de saludables enseñanzas son las acciones de María! Herodes el cruel, al tener noticia del nacimiento del nuevo Rey de los judíos, y abrigando sérios temores de que quisiera arrebatársele la corona de su cabeza, ordena el degüello de los infantes de Belen. Ya el hierro homicida estaba haciendo muchas víctimas; ya el bárbaro verdugo, bañado su brazo de sangre inocente, llevaba á todas partes la desolacion y la muerte; cuando el ángel del Señor, apareciéndose durante el sueño á José, le ordena partir al instante con su Esposa y con su Hijo. Pronto á obedecer los designios del Cielo, José se levanta, y da conocimiento á su Esposa del celestial mandato. Mas ¡ay! que María, á tal aviso, siente su alma enteramente traspasada por lo acerbo de su dolor. Ella siente el golpe; mas, cual mística Anémona, que al estrépito de las aguas ciérrase paciente,

sufre y enmudece; y con aquella humildad que revelan su rostro y su inclinada frente, héla ahí que, obediente, se pone en camino, cual cándida é inocente paloma que huye de la presencia del rapaz milano, ó como un corderillo que se aleja presuroso de las garras del lobo rapaz. Empero, apénas ha caminado algunos pasos, los más tristes pensamientos, las ideas más funestas cruzan por su conturbada imaginacion. Ya le parece oir los gemidos y los sollozos de las desventuradas madres que lloran la muerte de sus hijos; ya ve las cuchillas descargadas con toda furia sobre aquellos inocentes cuerpos. Y ora cree ver la sangre corriendo á raudales; ora una funesta imágen, que no acierto á describir, le está diciendo, que en medio de aquella sangre humea igualmente la de su amado Bien. Si volviendo en sí, ve á su Hijo, le abraza, le estrecha contra su seno, y le besa, bien pronto una fuerza invisible la detiene y la asombra. A la manera de una despavorida paloma, que vuelta á su nido, y al verlo manchado con la sangre de sus hijuelos, y hallando solo uno de éstos con vida, dase priesa á buscar una guarida más oculta, huyendo y alejándose, con raudo vuelo, de toda ave que encuentra en su camino; así María, dirigiéndose á su Hijo: ¿á dónde, le dice, á dónde debo conducirte, amado Bien mio? ¡Ah! á una tierra extraña, á unas regiones salvajes, en medio de unas gentes inhumanas y feroces. Y ¿bajo qué techo podré sustraerte á sus ultrajes, de qué modo me ha de ser posible conservar tu vida? Así dice Ella; mas los suspiros cortan su palabra al salir ésta de sus lábios; y entónces, ante el hundido torrente de las desbordadas aguas, cual mística Anémona, cierra sus pétalos, sufre con paciencia y enmudece.

Empero, forzoso nos es, mis amados hermanos, ascender á la cumbre del Calvario, para contemplar á la mística Anémona presa de las aguas y de los vientos, con sus pétalos cerrados, sus hojas desplegadas, paciente en medio del fragor de las aguas, é intrépida y animosa ante la bravura de los vientos. Así, pues, es una verdad, hermanos mios, que en medio de la violencia de los dolores y la plenitud de los sufrimientos, el cristiano debe dar muestras de aquel valor que le prescriben la religion y la fé.

Horrendos alaridos resuenan por los caminos; execrandas blasfemias hieren los aires; sacrílegas imprecaciones se elevan hasta las estrellas; una trompeta fúnebre desgarra el oido, anunciando el suplicio de un hombre condenado. Óyese por do quiera una gritería repugnante; unos, alegránse del suplicio; otros, se contristan y duélense de él; estos blasfeman del condenado; aquellos compadécense y se lamentan del oprimido. María escucha tales cosas, y un presentimiento de su corazon le está indicando, que el condenado es su propio Hijo. Por eso, cual fuerte Anémona, que extiende sus hojas á la furia de los vientos, cual ciervo sediento, que corre afanoso en busca de cristalina fuente donde apagar su sed, María vuela hácia todas partes; cuando ¡oh vista cruel! ve los senderos bañados de sangre, y los muros cubiertos de sangre igualmente. ¡Oh Dios! ¿qué sangre es esa, pues? ¿qué son todas esas gotas? ¡Ah! esa es la sangre de mi Hijo! Sí, me parece conocerla, el corazon me lo predice, mi espíritu me lo está presagiando! ¿Habrá llegado, pues, para mí el dia de la desolacion y de llanto? ¿Es posible, que yo deba contemplar á mi Hijo moribundo, que deba asistirle en su tránsito, que deba ofrecerle al Eterno? ¡Ah! Cielo, confórtame con tu gracia, sosténme con tu voluntad, dame fortaleza y vigor. Entónces Ella ruega; mas su valor está ya probado y manifiesto: cual fuerte Anémona, Ella vuela al encuentro de su Amado; y ¡ay! con qué expresion el Hijo contempla á la Madre, y la Madre contempla á su Hijo!

¡Madres cristianas! á vosotras invoco por testigos del dolor que soportó María en aquel encuentro tremendo. Cual inocente avecilla, que al salir por vez primera de su nido, quisiera tender su vuelo, mas, sintiéndose contenida por el temor, lo prueba, pero al instante se para; tal, á la primera contrariedad, María no sabe si debe mirar ó huir. Mas, reanimada al instante, fija su vista en su Amado; y ¡ay! ve aquella cabellera bañada de sangre, aquella cabeza taladrada por las espinas, aquellas manos atadas con las cuerdas, aquel cuerpo destrozado por los azotes, aquel color sonrosado, aquel purpúreo de los labios, cambiado en palidez de muerte. Ve su rostro macilento, su cuerpo debilitado caer bajo el peso del madero; le ve atropellado por la plebe, maltratado por los verdugos, y escarnecido por los ancianos. Le ve, y cual fuerte Anémona, no sabe apartar de él su mirada; sostiene animosa el ímpetu y la grandeza de su dolor.

Miéntras tanto, la turba llega á la fúnebre cumbre, y María no se halla muy distante de su Hijo. Cubrid ¡oh almas cristianas! cubrid vuestros semblantes de un justo rubor; ¡dad libre salida á los sollozos de vuestro corazon. Un cruel espectáculo, una funesta representacion, osténtase ante vuestras miradas. La cándida paloma, el cordero inocente, el candor sin mancha, el Dios santísimo de cielo y tierra, está allí, en aquel monte, despojado de sus vestiduras, expuesto á los escarnios de los escribas, á los ultrajes de los sacerdotes y á la irrision de la plebe. Adviértelo su Madre, y exhala del fondo de su corazon un angustioso suspiro, dirige al suelo su vista, invoca á los ángeles del Paraíso, para que cubran la desnudez de su

Hijo; y fuerte siempre, en medio del siempre creciente dolor, cual Anémona insensible á las tormentas, permanece firme en su puesto, sin que retroceda un solo paso. Y habiendo llegado ya á su colmo la iniquidad de Israel, en medio de las befas de un populacho ruin, de los escarnios y los ultrajes de los sacerdotes y de los escribas, es, finalmente, arbolado el estandarte de la redencion, del cual pende jadeante y dolorido el moribundo Jesús.

¡Ah! qué vista tan horrible no fué aquella para el corazon de la Madre! Ella mira entónces con vivo afan á su agonizante Bien; y ¡ay! apénas le reconoce! Su frente taladrada, su desgreñada cabellera, sus ensangrentados lábios, sus carnes laceradas y su cuerpo llagado, ya no representan á la Madre la antigua efigie: y Ella, en medio de las angustias de un corazon que gime, va gritando: ¡Oh! cómo se ha oscurecido su esplendor, cómo se ha mudado el candor de su rostro! Y aquí, el dolor hace inclinar su frente; mas el amor no lo consiente; levanta de nuevo sus ojos; mas ¡ay! que esa nueva mirada es una nueva espada que traspasa su seno! ¡Ah! Madre adolorida; alejaos de esa cumbre fúnebre; huid léjos, toda vez que la vista de vuestro Hijo no puede ménos de acrecentar á cada instante vuestro martirio.

Empero, ¿qué he dicho, oh cristianos? ¡Ah! sin advertirlo, acabo de inferir una afrenta al valor de María! Ella, cual fuerte Anémona, permanece inmóvil al pié de la cruz, desafía las tempestades y las olas; hasta siente en su pecho el valor de sacrificar Ella misma, si necesario fuere, á su amado Jesús. Así, pues, bien pueden blasfemar contra su puro amor aquellos que le crucifican; bien pueden llenarle de imprecaciones y de insultos; no por eso María se aleja: *Stabat juxta crucem* (Joan. xix, 25). Bien puede bañarse de sangre su manto, desconocerla su Hijo por Madre, confiarla al cuidado de Juan; no sucederá jamás que María se separe de aquel sitio: *Stabat juxta crucem*. Clame su Hijo que tiene sed, désele á beber hiel y vinagre, gima por no saber donde reclinar su cabeza, laméntese por verse abandonado de su Padre; María permanecerá allí, tan inmóvil como el mismo madero: *Stabat juxta crucem*.

¿Qué más aún, oh cristianos? Oscurézcase de repente el cielo, tiemble la tierra, desgárrese el velo, quebrántense los sepulcros, vuelvan los muertos á la vida, llore la naturaleza entera; muera Jesús, muera en un mar de dolores: María, constante y animosa, inmóvil, contemplará á su Hijo, no sabrá separarse de Él. Ella sentirá su corazon despedazado, mas no por eso se alejará; estará adolorida, mas siempre inmóvil:: *Stabat juxta crucem*.

Empero ¡ay! consuélate ¡oh excelsa Reina! que ese será el último de tus dolores. ¡Consuélate!... ¡Ah! qué consuelo podrá experimentar esa Madre, si aún siendo ya muerto, una lanza cruel ultraja á su Hijo! si una fria piedra le roba sus inanimados despojos, la priva de la vista de su amado Bien! En aquel acto verificose, plenamente, que su quebranto igualaba en magnitud, al océano: *Magna est velut mare contritio tua* (Thren. ii, 13). Entónces, sí, que Ella iba errante y afanosa por todas partes para encontrar á su Bien; y le parecía verle doquiera; y creía oir su voz; y se imaginaba verle delante de sí; mas, al advertir su engaño, no hallaba más que desolacion y pesar. Y aquí veía la sangre humeante todavía, allá, la cruz y los clavos, acullá la lanza cruel, más léjos la corona de espinas. Luego, apartaba la vista de tales objetos, y tropezaba con el Calvario; huía del Calvario, y se encontraba con el Pretorio; quería alejarse del Pretorio, y aparecía ante sus ojos el huerto de Getsemaní. Por eso, al volver á su morada, parecíale oir á su Hijo en todas las conversaciones, mas no le hallaba en ninguna; veíale en todos los objetos, mas no le hallaba en ninguno. Corriendo siempre en busca de Él, hallábase siempre privada de Él, siempre desolada y afligida.

¿María desolada, oh cristianos? Desolada, sí, pero confiada. En lo más vivo de los dolores que la oprimen, si Ella se nos aparece cual Anémona, que cerrada, sufre paciente; si se nos manifiesta cual Anémona, que, desplegada, resiste; cual Anémona muéstrasenos Ella tambien, que por ser verde, confía. No temais, tal es el mandato que nos dirige el Señor: *nolite timere*. Cuando los sufrimientos os rodeen, resistid con confianza: *confidenter state* (II. Par. xx. 17). Cuando os pareciere hallaros oprimidos bajo el peso de la tribulacion, *auxilium Domini videbitis super vos* (Ibid.). Esperad, esperad en Dios; hé ahí cuanto la fuerte Anémona del penacho verde os ordena al pié de la Cruz.

¿Habeis visto alguna vez, hermanos mios, un frondoso bosque, azotado por un furioso aquilon, convertido en blanco de impetuosa tormenta, oprimido por las aguas, herido de los rayos, destrozado por las centellas, despojado de sus hojas, desgajado su ramaje, y tronchados los troncos de sus árboles? Tal debeis, pues, considerar el corazon de María sobre la cumbre del Calvario; mas, cual Anémomona de verde penacho, ella no se marchita, ni perece. ¿Habeis visto entre las olas del revuelto mar, una nave con sus mástiles rotos, con sus velas desgarradas, con su popa maltratada, con su proa destruida, agujereados sus costados y con su fondo abierto? Tal debeis imaginaros, igualmente, el corazon de María al pié de la

Cruz; mas Ella, en medio de la récia tempestad, cual flor del verde penacho, no pierde, ni un momento, la tranquilidad de su corazon. ¿Habeis visto una noche tenebrosa y oscura, sin astro alguno que recree la vista, cubierta por todas partes de los más densos y negros velos, privada enteramente de todo rayo de apacible luz, iluminada solamente por el frecuente centelleo de los relámpagos, estremecida por el terrible retumbar del trueno, aterrorizada por el vibrar de las centellas y el culebrear del rayo? Tal se os aparece, por último, el corazon de María en la muerte de su Hijo; mas vedla, al mismo tiempo, cual magestuosa Anémona de verde penacho, esperando la calma, la luz y el refrigerio.

Apénas principia la fúnebre tragedia, los Apóstoles huyen: los débiles solo saben temblar y temer; mas María sube con su Hijo al Calvario; allí le adora y le reconoce por comun Reparador; le venera cual Dios inmutable, glorioso y eterno.

Y ved, pues, ¡oh cristianos, hasta que punto llega su confianza! Todavía Jesús no ha espirado, y ya María, cual verde Anémona, le espera resucitado; aún está lleno de dolores y de oprobios, y ya Ella, cual verde Anémona, le contempla glorioso; aún es vilipendiado y abandonado de todos, y ya nuestra verde Anémona le reconoce cual Cabeza invisible de una Iglesia universal y eterna.

Y esa confianza no disminuye siquiera con la muerte y la sepultura del Hijo. ¡Ah! muy al contrario. Con tal muerte Ella adquiere nueva fuerza; con tal sepultura cobra nuevo vigor. Cada hora que pasa, Ella siente acrecentarse la certeza del ya próximo triunfo: así que, una vez resucitado su Hijo, no recibe María ántes la noticia de su triunfo, que le considera ya resucitado en su propio corazon.

¡Oh, Madre, verdaderamente afortunada en tus mismos dolores! Tú sufriste, es verdad; mas la paciencia con la cual soportaste los trabajos, el valor con que arrostraste las penas, y la confianza que siempre mostraste en tus dolores, sublimáronte y te hicieron la verdadera Anémona espiritual, paciente en las lluvias, fuerte en los vientos, confiada en las tempestades: y tantos dolores soportados de tal suerte, hiciéronte Reina de los mártires y Reina en tu trono la más sublime y excelsa.

¡Ah! no perdamos, pues, nunca de vista, mis amados hermanos, tan sublime modelo. La cruz, lo repito una vez más esta noche; la cruz es para nosotros necesaria, es inseparable de nosotros: soportémosla, pues, con paciencia, con fortaleza y con confianza. La paciencia la hará dulce y suave, lijera y amable, acepta y grata. Bajo el peso de la tribulacion sobrellevada con resignacion, viviremos colmados, satisfechos, contentos y alegres, como Job en su muladar. Y cuando por la envidia de nuestros émulos, el odio de nuestros enemigos, y aún por el amor que nos profesa nuestro Padre celestial, se multiplicaren nuestras cruces, se acrecentaren nuestras penas, y redoblaren nuestros padecimientos; entónces recordemos que somos hijos de aquellos, que, en presencia de los tiranos, pedían bestias más feroces, hogueras más ardientes, tormentos más crueles; y así, tambien nosotros, haremos prueba de aquel valor cristiano que la religion requiere, y que María nos mostró con su ejemplo. De esta suerte, cuanto más frecuente é intenso sea el dolor, tanto más firme renacerá en nuestro corazon la esperanza; por medio de la cual, nuestro padecer se hará, no solamente más suave, sinó que aún, convirtiéndose en el objeto de nuestros deseos y de nuestro amor, nos permitirá saborear, acá en la tierra, las anticipadas delicias del Cielo. ¡Ah! en vista de ello, si hasta ahora hemos errado, acrecentando nuestras penas con nuestra impaciencia, nuestra debilidad y nuestra desconfianza; aprendamos esta noche á mitigarlas, por medio de una cristiana paciencia, de un religioso valor, y de una celestial confianza.

Y Vos, ¡oh adolorida Reina de los mártires! Vos, que por nuestra causa sufristeis tan acerbos dolores al pié de la Cruz! compadeceos de nuestra miseria y de nuestra flaqueza. Habiendo sido concebidos por Vos en la plenitud de vuestros dolores, hemos olvidado aquel valor y aquella confianza, por los cuales, únicamente, llegasteis á ser Reina de los Mártires, Madre de los dolores, Mujer, verdaderamente, de las crudísimas angustias; y por lo mismo, impacientes, débiles y desconfiados, nos vemos obligados á exclamar, que el padecer es duro, la cruz insoportable, y la tribulacion inútil é ineficaz. ¡Oh! insensatos de nosotros, que no sabemos conocer, que el sufrir fuera cosa suave, la cruz lijera y la tribulacion fructuosísima, sólo con que lo soportáramos todo con resignacion, con valor y con cristiana confianza. ¡Oh, Madre! acordaos de nosotros, socorrednos! y toda vez que la cruz es inseparable de nosotros, haced que la llevemos siguiendo vuestros ejemplos, del mismo modo que Vos la llevasteis, á fin de que podamos con Vos misma, alcanzar, igualmente, el premio de nuestros padecimientos.

DIA VEINTE Y SIETE.

UNA CORONA DE FLORES,

Ó SEA:

LAS DISPOSICIONES PARA LA COMUNION (1).

Accipite, et comedite: hoc est corpus meum.
Tomad y comed: este es mi cuerpo.
(MAT. XXVI, 26.)

Tomad y comed: este es mi Cuerpo, que será sacrificado por vosotros. Ángeles del Paraíso, vosotros, que asististeis, atónitos y reverentes, á la Cena misteriosa en el Cenáculo de Jerusalen; vosotros, que os llenasteis de asombro, al oir las palabras pronunciadas por el Redentor; vosotros, que, afanosos y solícitos, procurasteis sostener á los Apóstoles en sus deliquios; ¡ah! á vosotros os pido esta noche, vuestro corazon, vuestra lengua y vuestra fortaleza.

Así, pues, ¡oh cristianos! el Criador del cielo y de la tierra, el Monarca del universo, el Dios de la magestad, de la grandeza y de la gloria; el árbitro del mundo, el Rey de reyes, el Señor de los señores, la gloria de los cielos, la luz eterna, el sér indefectible, el increado, el eterno, el omnipotente, el infinito, la vida, la santidad, la justicia; el Redentor del mundo, el cordero de Dios; Aquel que quita los pecados de la tierra; Aquel sér tan glorioso, tan inmenso y tan perfecto, con un milagro el más estupendo de la divina omnipotencia, con un prodigio el más admirable de la sabiduría divina, con un esfuerzo el más sublime del amor de un Dios; se ha encerrado bajo las apariencias de un poco de pan, bajo el velo de unas especies misteriosas, y se ha encerrado allí, cuando los hombres atentaban contra su vida divina; y sólo se ha encerrado para permanecer entre

(1) Tratose en dicho día de las disposiciones para la comunion, con motivo de celebrarse en él la solemnidad del *Corpus Domini*.

los hombres mismos, como manjar, bebida, saciedad, consuelo, sustento, refrigerio, fortaleza y felicidad eterna? ¡Oh omnipotencia del Altísimo! oh sabiduría divina! oh amor de nuestro Padre, de nuestro Esposo, de nuestro amantísimo Dios! Así, pues, la delicia eterna viene á reposarse en nuestro corazon; el Dios mismo de las esferas viene á deleitarse en nuestras almas. ¡Oh! qué dicha, qué consuelo, qué refrigerio!

Y ¿qué morada le prepararemos nosotros, pues? qué acogida le dispensaremos? qué ornato le dispondremos en el interior de nuestro corazon? ¡Oh Madre nuestra santísima! verdadera flor de los Valles, cándida Azucena, mística Verónica, selecta Miosotis, amarguísimo Aloé, estupenda Maravilla, modesta Viudita, humilde Violeta, oloroso Estramonio, espiritual Espinalba, esplendorosísima Rosa; ¡ah! enseñadnos Vos, pues, de qué manera debemos disponernos para un acto tan santo; de qué modo debemos acoger en nuestro seno al Altísimo; cómo debemos estrechar contra nuestro corazon á nuestro Padre, á nuestro Esposo, á nuestro Hermano, á nuestro Amigo, á nuestro Sustento, á nuestro Bienhechor y á nuestro Todo!

Mis amados hermanos; en este instante, siento ya que la santísima Vírgen ha hablado á mi corazon. Aquellas místicas flores, en las cuales la hemos simbolizado y manifestado, son, precisamente, las bellas disposiciones con que debemos acercarnos á la Mesa santísima; las que deben adornarnos en el banquete del Cordero, las que deben conducirnos á los desposorios amorosos con nuestro Esposo celestial. Consideremos esas disposiciones atentamente, hermanos, mios; y en cuanto nos lo permitan los estrechos límites de un solo discurso, meditemos con atencion las principales, y aún diré las secundarias, pero, éstas, como de paso; aprendamos en los ejemplos que sabrá ofrecernos nuestra Madre santísima; aprendamos á recibir en nuestro seno el cuerpo inmaculado de su Hijo unigénito. De esta suerte, al acercarnos, en la conclusion de este devoto ejercicio, á la Mesa eucarística, podremos ofrecer á la Madre y al Hijo, como fruto de todo el presente mes, una mística Corona de flores deliciosísimas, cogidas por nosotros, sucesivamente, en el jardin mismo de María. A. M.

Al acercarnos á la Mesa eucarística para alimentarnos con el cuerpo inmaculado del Altísimo, una corona debe adornar nuestras sienes, y una corona debemos ofrecer, igualmente, á nuestro Dios. Esta corona, además de ser bella por la variedad de sus flores, preciosa por la amenidad de sus matices, y majestuosa por la sublimidad de su tejido, debe distinguirse, principalmente, por el candor de sus

Azucenas. ¿Fuera jamás posible, mi amados hermanos, que el Dios de la santidad, que Aquél que se llama el candor eterno, espejo sin mancha, quisiera albergarse dentro de un alma llena de inmundicias, de ignominias y de pecados? Y ¿fuera jamás posible, asímismo, que un corazon, que no hubiese sido purificado de la culpa, que un alma que no se hallara libre de delitos, pudieran gustar las dulzuras más sublimes de los cielos? Más claro todavía ¡oh cristianos! Aquel Dios, en cuya presencia aparecen inmundos los cielos mismos, y los más excelsos Querubines no se hallan exentos de mancha; ¿no desdeñaría un corazon adherido á la carne, un espíritu que se nutriera de concupiscencia, y un cuerpo sumergido en el cieno de la más vil servidumbre?

¡Ah, cristianos! El quiere limpieza, inocencia, y pureza. Azucenas cándidas y numerosas, hé ahí las flores que deben acompañarnos á la Mesa del Cordero; de Azucenas debe ir adornado nuestro espíritu, á fin de que esté libre de todo perverso fantasma, y no se halle dominado más que por pensamientos de religion, de santidad y de virtud. De Azucenas debe ir adornado, igualmente, nuestro corazon, á fin de estar libre de todo afecto carnal, y que no dirija sus llamas á otro objeto que á su Esposo celestial, á su Amado, á su Bienhechor, á su Amigo y á su Dios. Azucenas deben resplandecer, así mismo, en nuestro cuerpo, á fin de que aparezca cual templo el más santo; el más pulcro, el más adecuado para recibir la gloria de los Cielos, la luz de la bienaventurada Jerusalen, el sol de la Ciudad eterna: Azucenas deben brillar, por último, en lo más secreto del alma, para que, purgada de toda culpa y de toda mancha, sea digna de ser elevada á los desposorios del altísimo Dios.

¡Pues qué! ¿no fueron, acaso, esas Azucenas mismas, hermanos mios, las que á nuestra Madre santísima la acompañaron á la sagrada Mesa? ¡Ah! yo hubiera querido contemplarla á los piés del ara santa, en el momento en que iba á recibir en su pecho el cuerpo de su Hijo mismo! ¡Oh! cómo entónces sus pensamientos puros y santísimos iban todos á concentrarse en su Amado! ¡Oh! cómo su corazon, que era todo candor, identificábase con su Hijo! ¡Oh! cómo su cuerpo difundía suavísimo olor, hasta el punto de dejar atónitas á aquellas mismas personas que le acompañaban á la Mesa divina! Inocente Margarita, que no conoce imperfeccion, ni inmundicia alguna; ¡oh! en tal acto, su alma era nieve, pero nieve la más cándida; era Azucena, pero Azucena la más pura, la más bella, la más inmaculada, la más santa! Y el alma de María no era Azucena únicamente, sino tambien Azucena que se enlazaba con una Verónica; Azucena y Verónica, que expresaban el candor y la fé del corazon.

Si bien es cierto, que siempre debemos aparecer fieles á los ojos del Altísimo, sin embargo, cuando nos aproximamos al sagrado Altar ¡oh! entónces debe acompañarnos la fé; pero, una fé la más viva, la más inquebrantable y la más fervorosa! Allí, á la vista de aquella Hostia sacrosanta, es donde nuestra alma debe exclamar: Sí, ¡oh Señor! yo os creo presente en esta Hostia; yo os creo encerrado bajo estas especies; yo os creo oculto bajo estas apariencias; y si yo os viera en vuestros esplendores mismos, no estuviera ni un punto más cierto de vuestra real presencia. Os creo presente en esta Hostia, creo que sois aquel mismo que nació de la Vírgen, que sufrió por mí una vida de penalidades, que murió por mí en el altar de la Cruz; que ahora reina glorioso en la inmensidad de los Cielos, que un dia debe volver cual supremo Juez de vivos y muertos, de los pecadores y de los justos, de la tierra y de los Cielos. Yo os creo, aquí presente, y no de un modo cualquiera, sinó con toda la plenitud de vuestro sér humano y divino, verdadero Dios y verdadero hombre, entero en la humanidad, y en la divinidad perfectísimo: creo que estais en la Hostia, al mismo tiempo que en el Cielo; que estais en ella humillado, al mismo tiempo que gloriosísimo; que estais aquí anonadado, á la vez que rodeado de esplendores eternos.

¿Pudiéraislo creer, por ventura, que no fuera tal la fé de María cuando recibía á su Jesús sacramentado? ¡Ah! bien me parece oirla exclamar entónces: ¡Oh, Hijo mio! oh Dios mio! aquella carne que tomaste en mi seno, es, sí, la misma que se halla igualmente encerrada en esta Hostia; aquella alma, que al ser concebido en mi seno recibiste del Padre, es, sí, la misma que se oculta en este pan; la divinidad hállase, igualmente, aquí velada, bajo estas apariencias. ¡Oh, Hijo! acepta el tributo de tu Madre, el tributo de la fé más sincera, el tributo de la creencia más firme! Estando Tú oculto á mis sentidos, no lo estás ciertamente á mi fé; y yo te reconozco que eres aquel mismo que, cuando Niño, estrechaba contra mi pecho; que alimentaba con mi propia leche, fajaba con mis amorosas manos, seguía con mis púdicas miradas; aquel mismo que yo conducía al Templo, aquel mismo que perdí en Jerusalen, y encontré sentado en medio de los doctores; aquel mismo, por último, que tenía por compañero en mi casa, á quien seguí en sus predicaciones, que contemplé angustiado en el huerto, con las carnes desgarradas en la columna, escarnecido en los tribunales, vilipendiado en los pretorios, arrastrado por las calles, clavado en la cruz, custodiado en el sepulcro,

resucitado de la muerte, glorioso en los Cielos. Sí, en Tí creo, ¡oh Hijo mio! en Tí creo ¡oh Dios mio! en Tí creo ¡oh Esposo mio! en Tí creo ¡oh mi todo! Héme, aquí, pues, juntando á mi Azucena la misteriosa Verónica, á la pureza, mi fé. Y á las Azucenas y á las Verónicas, junto todavía la deliciosa Miosotis, símbolo y prenda de los deseos más vivos y ardientes.

Sí, mis amados hermanos; una vez reconocida por medio de la fé, la presencia de nuestro Dios en la Hostia sacrosanta; ¿pudiéramos, acaso, dejar de invocarle con toda la efusion de nuestro espíritu? ¡Oh! ven, ven, pues, ¡oh Dios mio! Tales deben ser las expresiones de nuestro corazon. Ven ¡oh Esposo amante de nuestras almas! Ven ¡oh lenitivo de nuestras aflicciones! Ven ¡oh consolador de nuestros miserables corazones! ¡Ah! no tardes, que yo no pudiera sufrir por más tiempo tu asencia. No tardes, que mi alma te suspira. No tardes, que yo muero viviendo separado de Tí. Héme aquí ¡oh Dios mio! á Tí me presento, á Tí me consagro, á Tí me dirijo. ¡Ah! no te alejes, pues, de mis miradas; no te sustraigas de mis investigaciones, no te ocultes á mi corazon. Ven, y si mis culpas y mis pecados fueran impedimento para tu venida ¡ah! ya los detesto, desde este punto mismo; los lloro amargamente con la amargura del Aloé; me pesa de haberles dado cabida en mi corazon! Y los detesto, por haberse inferido con ellos unas ofensas infinitas; los abomino, por ser ellos los enemigos de tu trono; juro no admitirlos más en mi morada, y resuelto estoy á llorarlos durante mi vida entera! ¡Ah, Dios mio! acepta mis lágrimas, admite mi arrepentimiento, acoge mis propósitos. Ven, ven, repito ¡oh Dios mio! pues yo te busco, te quiero, suspiro por Tí, te invoco.

Y ¿cuáles y cuán afectuosas no debieron ser, pues, sus expresiones respecto de nuestra Madre santísima? Ella no tenía, ciertamente, que deplorar sus propias culpas; toda vez que habiendo salido pura de las manos de Dios, cual inocente Margarita, permaneció inmaculada durante su vida entera. Empero, por efecto de esa pureza misma ¿cuán vivas no serían sus aspiraciones hácia su Dios? Ella, que no le abandonó jamás en su mortal carrera, y le siguió hasta el monte de la mirra, ¿de qué modo no le invocaría, cuando le veía dispuesto á entrar su en pecho? ¡Ah! yo me figuro que Ella, en tal acto, debía dirigirse á toda la córte del Cielo, á fin de que hiciera violencia á su Dios á descender en su amoroso corazon; y paréceme, igualmente, verla en la Mesa celestial, como arrobada por sus propios anhelos, no profiriendo otras palabras que estas: *Veni, Domine, jam noli tardare.* Recuerda ahora, que ya habitaste en mi seno; recuerda, que mi vientre no te fué desagradable; recuerda, que estuviste ya en mis entrañas; y si digna fuí ya de hospedarte en mi interior ¡ah! no me rehuses ahora tu visita; dispensa nuevamente á mi pecho, á mi espíritu y á mi amoroso corazon, aquellos mismos abrazos, aquellas mismas caricias, y aquellos mismos ósculos con los cuales me favoreciste siendo niño tierno! Tú eres grande, es verdad, eres glorioso, eres poderoso, eres infinito.... Y aquí ¡oh cristianos! aquella flor que se llama Maravilla, porque cierra su cáliz á los rayos del sol, y porque se oculta á la aparicion de la luz, viene á juntarse á la sorprendente Corona, compuesta ya de Azucenas y Verónicas entretejidas; de Verónicas, enlazadas con Miosótis; de Miosótis, unidas con Aloés; y de Aloés, mezclados con Maravillas.

Y ¿cómo, en efecto, no ocultarse, no sentirse poseidos del más profundo respeto, en presencia de un Dios, que se llama Dios de la majestad y de la gloria, que es el Sér de los séres, Señor de todo lo criado, el Dios que impone leyes al universo entero, que hace inclinar la tierra con su peso, y oscurecer la luz con sus esplendores; que aniquila con su mirada, hiere con su voz, y destruye con su palabra? ¡Ah! María, en verdad, mis amados hermanos; bien que santa, y de una santidad la más sublime; bien que grande, y de la más soberana grandeza; bien que Madre del mismo Dios, despojábase, enteramente, de todas sus grandezas á su aspecto! Y ávida, sin embargo, de recibirle en su corazon: ¡ah! Dios mio, exclamaría, ¿quién puede soportar los esplendores de tu semblante? ¿quién puede resistir la gloria de tu mirada? ¿quién puede contemplar, impasible, la inaudita majestad de tu frente? Y aquí, Ella se nos aparece en su exterior cual amantísima Viudita, que teme, aún con la pompa de sus vestiduras exteriores, ofender la majestad de su Dios; que teme, aún con una simple mirada, con una expresion poco meditada, con un ademán inocente, inferir una injuria á su Esposo celestial: héla aquí, igualmente, manifestando en su interior la riqueza de sus preciosas Violetas; exclamando ¡ah, Señor! yo no soy digna, ciertamente, de recibirte; yo no merezco tu visita; yo no soy acreedora á que Tú entres en mi corazon! Y ¿qué soy yo, pues, delante de Tí? ¿qué soy yo, al lado de tu Sér? ¿qué soy yo, en comparacion de tu Nombre santísimo? Soy una nonada, soy la sierva, soy la esclava, soy la obra de tus manos santísimas: mas, esa obra es tal, que se halla más distante de Tí, que la luz de las densísimas tinieblas, que el mediodía de la noche oscurísima, que el sol de las densísimas y opacas nubes. Y á tal reflexion, añadía á su Corona el oloroso Estramonio, al decir en su ruego: ¡ah, Señor! Tú me miras con ojos be-

nignos y poderosos, y compadeciéndote con tu mirada de mi insuficencia, vienes con la misma en socorro de mi debilidad. Tú no me abandonas ¡oh Señor! puesto que soy tu Madre; y mostrándote conmigo tan amoroso, hasta el punto de entrar en mi corazon ¡ah! Tú mismo te preparas en él la habitacion! Tú adornas de virtudes mi espíritu! Tú cubres mis hombros de un precioso manto! Tú ciñes una diadema á mi frente! Tú subvienes á la pobreza de mi corazon!

Y si nuestra Madre santísima ruega de esa suerte; ¿no rogáramos, pues, nosotros, igualmente, á nuestro altísimo Dios? ¡Ah! hoy los cristianos, sin tener en consideracion alguna la majestad del Altísimo, sin atender absolutamente á la miseria de su propio sér, no temen acercarse á aquella divina Mesa con vestidos inmodestos, libres en sus maneras, y orgullosos en su corazon, sin implorar de ningun modo el favor de su Padre celestial, la gracia de su amantísimo Dios. ¡Ah! cristianos, ¿qué esperais, pues, de aquella Mesa santísima, si allí no os acompañan la modestia, la humildad y la oracion? Humillaos, pues, y anonadaos en vuestro interior, y vuestro Padre, entónces, segun sus promesas, os mirará con ojos de benignidad; confesad vuestra indignidad, y entónces os abrazará amoroso vuestro Esposo; rogad é implorad con lágrimas las más sinceras el perdon de vuestras culpas, el auxilio de vuestra flaqueza, y entónces descenderá con abundancia sobre vosotros el rocío del cielo; vendrá el Esposo, y con las manos llenas de sus divinas mercedes, las conservará todas dentro de vuestro pecho amoroso. Y así vosotros, cual espirituales Espinalbas, estando ya enriquecidos de Azucenas, Verónicas, Miosotis, Aloés, Maravillas, Viuditas, y Estramonios, esperareis en el Señor; podreis prometeros toda clase de auxilios; estareis seguros de alcanzar todas las bendiciones del Cielo.

Pues, qué! ¿acaso atormenta vuestros ánimos alguna violenta tentacion? Acudid á la Mesa del Cordero, y allí, suplicando con confianza, la vereis desvanecerse en aquel mismo instante. ¿Por ventura os aflige alguna de las debilidades inherentes á vuestra naturaleza? Pues bien; si pidiereis la fortaleza con confianza ante el Altar de la santificacion, esa fortaleza, sin duda alguna, la obtendreis en aquel mismo momento. ¿Sentís, por último, la necesidad de mayores gracias? Implorándolas con confianza del Esposo, en el banquete, las recibireis en aquel punto mismo.

¿No era acaso la espiritual Espinalba, es decir, la más firme confianza, la que acompañaba á María á la Mesa celestial, al banquete de los Ángeles, á las bodas de su Esposo divino? ¡Ah! el corazon de María, sintiéndose fuerte por su confianza misma, y permaneciendo

constante en sus súplicas, no acababa su oracion sin ver satisfechas sus fervorosas peticiones. Y entónces, penetrado ya su corazon de la gratitud, vencida por la dignacion de su Dios, que iba á reposar en lo interior de su pecho ¡oh! su rostro llenábase de esplendores; sus ojos despedian un raudal de luz; derramaba sus rayos por todas partes como el sol; y, levantada de la tierra, arrebatada con el espíritu á lo más alto de los Cielos: ¡ah! yo os amo, exclamaba, yo os amo, Dios mio! Y ¿quién pudiera dejar de amaros? ¿quién pudiera dejar de abrasarse en vuestras llamas amorosas? ¿quién pudiera dejar de consumirse en el incendio de vuestro corazon? Mas ¡ay! yo no me contento aún con ese amor. ¡Harto amortiguadas parécenme mis Rosas! harto lánguidas mis débiles llamas! ¡Ah, Señor! alimenta mi incendio, acrecienta mi amor. ¡Dios mio! el amor es el que te encerró en estas especies! El amor es el que te hace permanecer acá en la tierra! El amor es el que te mueve á visitarme! Y yo... ¡Oh! Angeles... Mas ¡ay! ¿á quién invocais, oh Madre, si los Angeles mismos, si los mismos Serafines aprenden de Vos á amar á su Dios? ¡Ah! callad ya; conviértanse vuestras palabras en amargas reprensiones respecto de nuestros frios corazones.

¡Oh! cuán grande no es nuestra miseria, al acercarnos tan tibios, tan insensibles á la Mesa divina! Y ¿qué mas podemos desear para amar á nuestro Dios, para abrasarnos en las llamas de su amor? Y ¿como á tantas finezas no se derrite nuestro corazon? ¿Cómo á unos afectos tan tiernos, no despierta nuestro aletargado espíritu? ¡Ah! cese, pues, ya nuestra apatía, mis amados hermanos; ¡harto claro nos ha hablado en este dia nuestra Madre santísima! Pureza, fé, deseo, llanto, temor, modestia, humildad, confianza, amor; pero, un amor el más sincero y ardiente, hé ahí lo que debe acompañarnos á la Mesa de nuestro Padre celestial. Hé ahí la bella Corona que nosotros, de esa suerte, tejeremos de cándidas Azucenas, de místicas Verónicas, de selectas Miosotis, de amarguísimos Aloés, de graciosas Maravillas, de modestas Viuditas, de gentiles Violetas, de olorosos Estramonios, de espirituales Espinalbas y de fresquísimas Rosas. Y ¡ah! coronadas nuestras sienes de tan preciosa diadema, nos acercaremos á la Mesa celestial acompañados de nuestra Madre santísima; estaremos defendidos por los espíritus más gloriosos, seremos abrazados por nuestro Padre celestial; y despues de haber recibido á nuestro Dios sacramentado, tendremos la prenda, el memorial de la gloria, la señal de la felicidad eterna!

Mas ¡ay! qué reflexion tan triste viene á embargar mi ánimo en este instante! ¿Cómo sucede, pues, me pregunto, que tantos de los

cristianos modernos hallen en la Mesa del Cordero, el juicio, el decreto, la sentencia de la condenacion irreparable? ¡Ah! séres débiles é imbéciles, almas obcecadas, que dormís en el sueño de la muerte; ¿cómo, pues, no despertais de vuestro letargo? cómo no resucitais á aquella vida, cuyo autor es vuestro Bien sacramentado? ¡Ah! vosotros comeis en el banquete vuestra propia condenacion, porque os acercais á él, sin haberos ántes juzgado y castigado á vosotros mismos. No cuidando, ciertamente, de purificar ántes vuestra alma, vuestra conciencia y vuestro cuerpo, os acercais manchados á la sagrada Mesa, como si no debierais gustar en ella más que pan ázimo, más que simple pan. Viviendo frios ó tibios en la fé en aquel Dios, que se oculta bajo el velo de las especies de pan, no procurais excitar en vuestro corazon aquel sagrado y saludable temor, que induce al ódio del mal hasta la detestacion de la culpa, á la santidad de la vida.

Pues bien ¡oh cristianos! la causa de ese modo de vestir inmodesto, con que hoy las cristianas se acercan á la Mesa divina, yo la atribuyo á esos modales desenvueltos, á esa licencia de trato, á esa mirada irreverente, á ese aire de orgullo, que demuestran á porfía, el espíritu interior con que hoy se acercan los fieles á recibir los sacrosantos misterios. Y Dios, ofendido por tanta indignidad, no siendo aplacado por las súplicas, que tales almas le dirigen, ni movido por una confianza que no ve en aquellos corazones miserables, ni violentado por el amor, del cual carecen aquellos helados pechos, Dios, pues, al ser gustado, reprueba; al ser comido, condena; y al ser una vez recibido, maldice. ¡Oh! mis amados hermanos; no suceda así con vuestras almas! no suceda así con vuestros fervorosos corazones! Acercaos á la Mesa divina, gustad la carne de vuestro Esposo celestial, lo más á menudo que os sea concedido; mas ántes no olvideis, sin embargo, de examinar vuestra propia conciencia, á fin de que siendo juzgados por vosotros mismos, no debais ser condenados por Dios.

Y Vos ¡oh Vírgen amorosísima! Vos, que al acercaros á la Mesa de vuestro Hijo santísimo, dejabais estáticos á los Ángeles mismos con vuestro simple aspecto; ¡ah! enseñadnos la manera de disponernos para aquel acto, el más santo de nuestra vida! ¡Ah! haced, que ántes de comulgar, procuremos purificarnos de toda culpa y de toda mancha, de suerte, que podamos aparecer cual cándida Azucena, dignos de las miradas de nuestro Esposo celestial. Haced, que á los piés del altar santo se avive nuestra fé en aquel Dios, que, humillado en las especies, no cesa de ser el Dios de la majestad, de la grandeza y de

la gloria. Y animados con este pensamiento, haced ¡oh María! que nos mostremos cual modestas Viuditas, cual humildes Violetas; Viuditas en el aspecto, la conducta y el vestido; Violetas en el alma, el entendimiento y el corazon. Y una vez penetrados del pensamiento de nuestra insuficiencia, alcanzadnos la gracia, de que derramemos un raudal de amarguísimas lágrimas, que sirvan para borrar todas las manchas del alma; concedednos el favor de elevar numerosas y fervientes súplicas á aquel Dios, que no desprecia el corazon de sus siervos, si está humillado y contrito; y así en nuestro llanto, como en nuestra oracion, infundid en nuestro ánimo la más firme confianza de alcanzarlo todo de nuestro Esposo amantísimo. Y cuando, prosternados ante el ara del Cordero, estemos próximos ya á recibirlo en nuestro corazon ¡oh! entónces, encended Vos misma en nuestros pechos una llama de amor, que nos conduzca, solícitos, á nuestro amorosísimo Dios, y nos una estrecha é inseparablemente con Él. ¡Dichosos nosotros, si de tanta merced nos hicieseis dignos, oh María! Y nosotros así lo esperamos, porque os lo pedimos á Vos, que sois Madre de misericordia; y os lo pedimos en nombre de aquel amor mismo con que Vos, un dia, os acercasteis á la Mesa divina. ¡Oh Madre! si indignos, hasta ahora, nos hemos alimentado con la carne inmaculada de vuestro amado Unigénito, haced, que empecemos hoy á gustarla de una manera, que nos haga dignos de tomar parte en el eterno banquete de los Cielos.

DIA VEINTE Y OCHO.

EL BOTON DE ORO,

Ó SEA:

LAS VENTAJAS DE LA VIRTUD.

Pietas ad omnia utilis est.
La virtud sirve para todo.
(1.ª Tim. IV, 8.)

Nuevo espectáculo se ofrece esta noche á mis miradas, hermanos mios, Dirijome, segun costumbre, al jardin Mariano; y apénas me acerco á él, lo veo rodeado de un número prodigioso de delicadas florecillas, las cuales matizadas de un amarillo el más encendido, hacen aparecer dorados los muros de aquella admirable mansion. Atónito á la novedad de tal prodigio, voy adelantando más solícito, y al notar las bellezas naturales de aquellas flores, siento crecer el asombro de mi ánimo y la admiracion de mi corazon. Observo que todas ellas elévanse majestuosas sobre sus tallos, con sus hojas maravillosamente hendidas, en medio de un inmenso grupo de doradas florecillas, que las embellecen; formando un disco, ó bien un globo en el exterior, y rodeadas, en su interior, de una corona real, la más bella y preciosa. La vista de tanta belleza despierta en mi corazon el deseo de escuchar su voz; y procurando, ingeniosamente, interrogarlas, ellas me responden con aquel amarillo reluciente y encendido, que las mereció la denominacion de dorados Botones, de flores de oro; y con ello quieren indicarme, qué oro se oculta, en realidad, en aquella deliciosa morada; qué riquezas se hallan encerradas en aquel florido terreno; y qué tesoros se hallan derramados con profusion en aquel ameno jardin. Penetro, en efecto, en el interior del mismo, y entónces advierto, que donde quiera brotan y florecen dorados Botones, así en la llanura como en la colina, lo mismo en el

monte que en el bosque, en los senderos y en las alamedas. Ora dichas flores circuyen un plantel, ó semillero de Violetas; ora embellecen un grupo de candidísimas Azucenas; aquí, adornan al Tulipan y al Ranúnculo; allí, dan explendor al Jazmin y al Clavel; acá, se enlazan con la Madreselva y el Iris; acullá, se unen con majestad y con delicadeza al oloroso Estramonio, y á la Rosa fulgidísima, revelando en todas partes la abundancia, las riquezas, el oro; mas, no un oro falaz, ni una abundancia que conturbe el ánimo con vanos temores, ni otras riquezas que aquellas que convienen á un sér criado para el Cielo, para la felicidad, para su Dios.

¡Oh mundanos! vosotros, que amais tanto las riquezas de la tierra, el cieno y el polvo! ¡ah! venid conmigo esta noche al jardin de María, á conocer cuales sean las verdaderas riquezas; cuales las que puedan satisfacer los deseos de vuestro corazon; cuáles las que sirvan para haceros eternamente dichosos acá en la tierra y en el cielo. Observad, observad atentamente, aquel dorado Boton, aquella áurea diadema, aquellas doradas florecillas que se enlazan con todas las flores, y que con todas las flores se embellecen; todas ellas os manifiestan abundantes riquezas; pero, esas riquezas consisten en la humildad de las Violetas, en el candor de las Azucenas, en el amor del Clavel; en unas riquezas, que son, en una palabra, las riquezas del alma, las del Cielo, las de la cristiana virtud. Hé ahí, pues, cuales son las verdaderas riquezas, los fecundos tesoros, los bienes duraderos, permanentes, estables y eternos.

¡Oh místico Boton de oro! oh Madre la más rica y opulenta! Tú, que derramaste el oro con tal profusion en la diadema que ciñe tu frente, en los collares que penden de tu cuello, en el cetro que empuña tu diestra, en el trono en que te sientas, en la túnica que envuelve tu cuerpo, y en el manto que cubre tus hombros! ¡ah! habla, pues, esta noche á nuestros miserables corazones, é infunde en ellos el deseo de los bienes y de las riquezas del Cielo.

Mis amados hermanos; ¿pudierais dudar, por ventura, de que las riquezas debemos buscarlas únicamente en la virtud? Pues bien; escuchadme, miéntras tanto que yo, tomando sublimes enseñanzas y preciosos ejemplos para mi asunto en el místico Boton dorado, procuraré demostraros, que solamente las virtudes pueden hacernos felices acá en la tierra y en el Cielo; toda vez que ellas, solamente, así en la tierra, como en el Cielo, son capaces de satisfacer los anhelos de nuestros ávidos corazones. Pidamos ántes la gracia: A. M.

El hombre, hermanos mios, fué criado por Dios, para la felicidad

eterna. No siendo él otra cosa, en su orígen, que un vil amasamiento de barro, sintió soplar sobre sí un áura celestial, un soplo divino. Siente eso, y hé ahí que advierte, que ha recibido un corazon, un alma, una aspiracion y un deseo, que siendo participantes, por decirlo así, de la omnipotencia misma de Aquel que se los había infundido, sintieron, á su vez, que no se hallaban destinados á otro fin, que á conseguir con sus actos lo perfecto, lo eterno, lo infinito. Cayó el hombre, y bien todos lo sabeis, perdió su justicia original, incurrió en la ira y la indignacion de su Dios; mas su corazon, no obstante, su corazon ¡ah! experimentó siempre un vacío dentro de sí mismo, que jamás le fué dado llenar. Su alma hallose siempre agitada por una ambicion, que nunca tuvo ocasion de satisfacer. Él pensó, es cierto, saciar su corazon y satisfacer las aspiraciones de su alma con los bienes de esta tierra miserable, ora con la abundancia del oro, ora con la satisfaccion de los placeres, ora con la multiplicidad de los honores, y ora, finalmente, con el caudal del saber; mas, viviendo siempre en la inquietud en medio de la abundancia, no ménos que en medio de la miseria, debió exclamar, en definitiva: que sólo Dios podía saciar sus aspiraciones, que sólo Dios era capaz de satisfacer sus deseos, que sólo Dios era el objeto único de una felicidad verdadera y eterna. Hé ahí, pues, hé ahí, cómo el hombre sintió la necesidad de hacer un estudio que pudiera conducirle á la posesion de su Dios. He dicho, que el hombre debió hacer de ello un estudio, y nada mas, hermanos mios; atendido á que, estando esa felicidad reservada para la vida futura, el presente sólo nos es concedido para disponernos á la consecucion de la misma.

Decidme ahora, pues, hermanos mios, si existe, ó puede existir medio alguno más á propósito que la virtud cristiana, para disponernos á conseguir nuestra felicidad eterna, y para hacernos, en consecuencia, aún acá en la tierra, bienaventurados, en cierto modo, y dichosos. ¿En qué, pues, decidme, os ruego, en qué, repito, debe consistir, en resúmen, nuestra futura bienaventuranza? En el conocimiento y en el amor de Dios; en el amor que hace feliz nuestra voluntad; y en el conocimiento que hace dichosa nuestra inteligencia. Por lo mismo, mis amados hermanos, si adquirimos de dia en dia mayores grados de virtud, si adelantamos siempre más en la cristiana perfeccion, ¿no será eso, por ventura, dar al Altísimo más pruebas de nuestro amor, tanto más generosas y perfectas, en cuanto tendremos un conocimiento más claro de nuestro Dios? ¿Acaso no llamareis satisfecha, bienaventurada y dichosísima al alma, que vive en el grato anhelo de amar siempre á su divino Hacedor? ¿Pudierais

negar, por ventura, que el vivir en un adelantamiento incesante de perfeccion y de virtud, no sea gozar anticipadamente de la bienaventuranza eterna? ¡Ah! si de tal suerte discurrierais, probaríais, que no habeis experimentado jamás en vosotros mismos las delicias, la paz y el contento de un corazon virtuoso y cristiano, ¡Oh almas afortunadas, que en el ejercicio de las cristianas virtudes y en las prendas de la religiosa perfeccion que os adornan, gustais de antemano las delicias de los tabernáculos eternos! ¿cómo no desmentís, pues, con vuestro simple exterior, esos indignos temores? contempladlas á esas almas ¡oh cristianos! su mirada aparece serena durante el día entero, en su rostro brilla la sonrisa á cada instante, y su frente refleja continuamente la tranquilidad de su corazon; así ellas os atestiguan, que una vida virtuosa y cristiana no puede ménos de llenarlas de júbilo y de satisfaccion. Y ¿qué cosa pudiera, en efecto, convertirse para ellas en causa de temor ó de inquietud? En medio de la paz que las inunda, poseen una esperanza, y es, la de llegar un día á los tabernáculos de la eterna Sion. Estando seguras de cumplir, por su parte, los divinos preceptos, y seguras, igualmente, de vivir á tenor de la santidad y la perfeccion, ellas no pueden ménos de prometerse aquel premio destinado por Dios á sus fieles adoradores. ¿Cómo dejarán, pues, de gozarse en su situacion? ¿cómo no sintieran por tal motivo el corazon satisfecho y contento?

Y ¿es posible, mis amados hermanos; es posible, repito, que existan hombres en la tierra, que sin curarse de ningun modo de tal felicidad, la busquen en otra cosa que en la virtud, la religiosidad y la perfeccion? ¡Desdichados! y ¿dónde, pues, podrán ellos encontrarla? ¿Qué cosa puede ofrecerles el mundo, que les satisfaga verdaderamente? Llanto, amarguras, privaciones, remordimientos, delitos, impiedades, y maldades; hé ahí los bienes del mundo; hé ahí los tesoros de la tierra; hé ahí la felicidad de los mundanos. Odios que les despedazan, rencores que les consumen, envidias que les contristan, venganzas que les desolan y una infelicidad que les aterra; tales son las riquezas de esos corazones, la herencia de su impiedad. ¡Ah! hermanos mios; aprendamos de una vez, de nuestra Madre santísima, del místico Boton dorado, la única cosa que en este mundo puede hacernos verdaderamente dichosos! Esa cosa es la virtud, hermanos mios, únicamente la virtud, la abundancia de la virtud.

Contemplad, si no, á esa augusta Señora ¡mirad la tranquilidad retratada en sus ojos, semejantes á un cielo el más bello y sereno; mirad su rostro tan risueño, que pudierais creerlo un jardin florido; y sus lágrimas puras y encendidas, á la vez, se os figuran una luz la más

pura y esplendorosa! Su corazon no exhala un suspiro siquiera, y su espíritu rebosa todo el dia en alegría. Ella duerme con apacible sueño, pasa los dias placenteros, y los años discurren para Ella en medio de la abundancia de su propia paz. Empero, ¿de dónde dimana ¡oh cristianos! esa tranquilidad, esa alegría y esa paz de aquella alma dichosísima? De su virtud. Ésta es la que la adorna, ésta la que la sustenta, ésta la que la corona. En medio de las penalidades de una vida, que fué toda ella de llanto y de martirio, sólo en la virtud, le fué dado encontrar el consuelo y la fortaleza. La paciencia es la que la fortalece, cuando los hombres la oprimen con su poder y sus engaños; la modestia es la que la alienta, cuando vive en medio de los escándalos de una nacion reprobada; la confianza es la que la sostiene, cuando le falta lo necesario para la conservacion de su vida. Y el amor mitiga sus penas, la oracion suaviza sus trabajos, y la humildad la hace arrostrar con tranquilidad los ultrajes. Y prendada su alma de las dulzuras que encontraba en todas las cosas, por medio de su perfeccion, héla ahí estudiando todos los medios para acrecentarla y fomentarla. Y entónces pide nuevas gracias á su Dios; nuevas llamas salen de su corazon; practica nuevos actos de la más sublime virtud. Habiendo conocido la excelencia de la virtud, Ella no vé tesoro más precioso y estimable! Ese es el tesoro que considera como el verdadero patrimonio del alma; como el verdadero adorno de su espíritu. Y virtud respira su semblante, virtud invocan sus labios, virtud clama con todo su corazon. Siente que en la virtud saborea los goces del Paraíso, y por lo mismo, sólo sabe vivir para amarla y seguirla. La busca en sus pensamientos, en sus afectos, en sus deseos, en sus obras y en sus palabras. Si vuelve su mirada, quiere que esa accion obedezca al impulso de la virtud; si inclina su frente, quiere que la virtud la dirija; si levanta sus manos, quiere que las acompañe una expresion de virtud. En suma; dichosa con la sola virtud, sólo á esta busca, prefiere y suspira; y la busca, la prefiere y la suspira de una manera, que reune en su corazon sus más preciosos tesoros. ¡Oh! feliz ella en verdad, que, semejante á un delicioso jardin enriquecido con toda suerte de flores, realzadas y embellecidas por el dorado Boton, no solamente pudo saborear sobre este suelo con abundancia el fruto de su virtud, sino que aún le fué concedido alcanzarlo abundantísimo en la patria de los Santos, en el Paraiso.

Mis amados hermanos; el Paraiso nos fué prometido por Dios, cual premio, merced y corona. Por lo mismo, si tal valor tiene para nosotros el Paraiso, es menester que sepamos merecerlo. ¿Es él nuestro

premio? Es preciso, pues, trabajar para alcanzarlo, ¿Es él una merced? Conviene, pues, pasar nuestra vida en medio de la lucha. ¿Es él, por último, una corona? Es necesario, por lo tanto, que procuremos triunfar de nuestros enemigos, y conseguir sobre ellos las más completas victorias. Y ¿de qué manera debemos trabajar, hermanos mios, de qué manera debemos combatir, y de qué manera, finalmente, debemos triunfar? Con el ejercicio incesante de la cristiana virtud, procurando adquirir, en el más alto grado, la santidad y la perfeccion del espíritu. Hé ahí, pues, las armas del cristiano, la espada, la defensa, el escudo, todos los pertrechos para vencer al enemigo; hé ahí el precio para adquirir la gloria, la moneda para entrar en el Cielo. Y ¿cómo, pues, no debiéramos ver en las cristianas virtudes, la única causa que un dia nos hará bienaventurados en el Cielo? ¿No es, acaso, el Redentor mismo, quién nos asegura, que la sola observancia de la ley es suficiente para merecer la gloria? ¿No es El, quien nos atestigua, que nuestras obras son la medida de nuestra felicidad eterna? Y ¿qué felicidad, y qué recompensa de nuestros escasos sudores puede ser esa, pues, oh cristianos? Apreciadla, si así os place; y para apreciarla, debidamente, registrad las sagradas Escrituras. Mas ¡ay! que ni aún éstas bastan para el caso. San Pablo os declara, que esos bienes son de una naturaleza tal, que esa felicidad es tan completa, que ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni el entendimiento humano es capaz de imaginarla remotamente siquiera.

Y esos bienes, y esa felicidad, carísimos hermanos, se hallan precisamente en el Cielo para el alma virtuosa. Esta alma vivirá sumergida en aquella pátria de contentos, en un piélago insondable, en un mar sin límites, en un Océano verdaderamente infinito. Esta alma se hallará rodeada en aquella pátria de contentos de una luz innacesible; de un sol, que derrama sus rayos desde la interminable eternidad; de un esplendor, en cuya comparacion se desvanece la luz que embellece la baja region en que vivimos. Esta alma será revestida en aquella pátria de contentos de una púrpura, que no tiene símil alguno en la tierra; de un manto, cuya belleza supera la de los Cielos mismos; de una diadema, que oscurece el valor de las perlas más preciosas. Y cuanto mayor hubiere sido su virtud sobre la tierra, con tanta mayor abundancia inundarán á esta alma las aguas del deleite, tanto más interna será la luz de que se hallará rodeada, tanto más precioso será el ropaje que cubrirá su glorioso cuerpo. Y esta alma será reina en el reino mismo de Dios, participará de la naturaleza misma de Dios, porque será semejante á Dios; porque habrá sido transformada en su imágen y en su semejanza. Y entónces,

por cada virtud hallará el correspondiente premio: hallará una gloria en relacion con sus humillaciones, un gobierno proporcionado á su perfecta obediencia, una alegría adecuada á las penas sobrelleva-das. Y una Corona de Azucenas revelará su candor, una Guirnalda de Rosas publicará las llamas de su amor, y una Diadema de Laurel pregonará sus gloriosos triunfos. Objetos los más gratos, remunerarán la modestia de sus miradas; manjares los más deliciosos, recompensarán las abstinencias de su vida; y unas áuras las más suaves y refrigerantes, sanarán las heridas de sus despedazados miembros. Allí obtendrá el céntuplo de sus liberalidades, el fruto de sus mortificaciones, el premio de su fidelidad; y no un premio pasajero, ni caduco, sinó inmortal y eterno. Y entónces ¡oh! ¡qué consuelo tan grande no experimentará dentro de sí misma por las penalidades de su vida pasada, gozando de aquella virtud que tantos bienes le ha proporcionado en el Cielo!

¿Deseais, acaso, una prueba de ello? Dirigid, pues, vuestra mirada hácia esa imágen santísima. ¡Dios de bondad! y ¿quién pudiera jamás, no diré describir, sinó ni imaginar, simplemente, la riqueza de ese dorado Boton en los Cielos? ¿Quién fuera capaz de calcular jamás, la abundancia de la gloria que Vos derramasteis sobre vuestra Madre santísima, en premio y recompensa de sus numerosas virtudes? Sobre este asunto, hermanos mios, os diré, tan solo, lo poco que el tiempo me permite, en vez de todo aquello que quisiera deciros.

Abrid, pues, los ojos de vuestra fé, y pensad en aquella bienaventurada mansion. Aquel trono, que se halla más inmediato al mismo de Dios, que brilla con un resplandor deslumbrante, que se halla circuido de un Iris de siete colores simples, revestido de una luz candidísima, cubierto de una majestuosa nube, custodiado por una legion infinita de Ángeles, embellecido por una corona de estrellas, sustentado por la luna misma del Cielo, y esmaltado por un número inmenso de Botones dorados; es el trono de María, que le fabricaron aquellas modestas palabras: *Ecce ancilla Domini.... quia respexit humilitatem ancillæ suæ*. Aquella que reside en él es la Reina del Empíreo, porque un dia venció á todas las criaturas en santidad, en perfeccion, en piedad y fervor de su vida. Y el Padre la llama su Hija; el Hijo, su Madre; y el Paráclito, su Esposa; precisamente, por haberse merecido tales nombres por medio de su inmaculado candor. Y constituida al pié de la cruz, Madre de todos los hombres, desde aquel trono ruega con acento de imperio; desde allí, dispensa á su voluntad las gracias, é intima al enemigo que dé tregua á sus asechanzas. Y ¡oh! ¡cuán bello es su rostro, cuán brillante su mirada, cuán grave y majestuoso su continente! Si recorre los Cielos, la corte celestial entera la sigue, reverentemente; si desciende á la tierra, los Serafines la sustentan con sus alas; si está sentada en su trono, todos los confesores, de rodillas, la saludan; si habla, el silencio reina en el Cielo; si calla, la deleitan los cánticos más melodiosos, las más gratas armonías. Y allí vierais el celo con que los Querubines sostienen su manto, como los Ángeles llevan su cetro, y como Dios mismo coloca en su cabeza la diadema y la corona. ¡Ah! tal es allí el júbilo de su corazon, y tal la alegría de su alma, que su encendido rostro semeja una llama, y desplegando con ímpetu sus alas, se sumerge en el seno de Dios, ébria de amor, en éxtasis de admiracion, vencida y subyugada por la alegría y el regocijo.

Mis amados hermanos; tambien nosotros podemos participar de tanta felicidad; tambien nosotros podemos alcanzar tan inaudito contento, con sólo que amemos verdadera y constantemente las cristianas virtudes. Pues bien; no nos extraviemos más corriendo en pos de los bienes de la tierra; atesoremos para nuestra pátria, para el Cielo. Doblado será así nuestro contento, lo mismo en esta vida, que en la otra; lo mismo en lo temporal, que en lo eterno. De nosotros depende ¡oh cristianos! el quererlo eficazmente. La virtud es de suyo difícil; pero la hacen fácil la gracia de Dios y la proteccion de María. Implorémosla, pues, esa proteccion y esa gracia, y seremos felices. El vicio, sólo puede servir para humillarnos; y esa humillacion no puede ménos de hacernos miserables y desgraciados. Y eso harto lo hemos experimentado nosotros mismos con los hechos, lo hemos podido comprobar con nuestra propia experiencia. ¿Cuáles fueron, sinó, las consecuencias de nuestras culpas? La duda, la incertidumbre, el remordimiento, el temor, la desesperacion. La inquietud que reflejaba nuestra mirada, el sonrojo de nuestra frente, y la conturbacion de nuestro ánimo, fueron otros tantos indicios de la agitacion que reinaba en nuestro interior. Empero, en el ejercicio de la virtud, y en la práctica de las obras cristianas, ¿qué paz no inundaba nuestra alma, de qué contento no gozaba entónces nuestra mente? ¿Acaso no sentíamos entónces, que se llenaba nuestro corazon, que se satisfacian nuestros anhelos, que cesaban enteramente los deseos de nuestra alma? ¡Ah! sírvanos, pues, de estímulo para el caso nuestra propia experiencia! Durante este mes hemos considerado las virtudes de María; hoy hemos visto los efectos que produjeron en ella de contento, de riqueza y de felicidad acá en la tierra, y de gloria, de paz y de magnificencia en el Cielo: pues bien; procu-

remos que tal meditacion no sea infructuosa para nosotros. Triunfen, por lo tanto, de nuestra obstinacion, el contento, la riqueza y la felicidad, que debemos reportar de nuestra virtud; venzan nuestra dureza la gloria, la paz y los tesoros, que recibiremos, en premio de nuestra virtud, en el reino de los Cielos. Botones dorados rodearán entónces nuestro corazon, igualmente; doradas florecillas sustentarán nuestra alma, y doradas diademas ceñirán nuestras sienes; y nosotros, ricos con la posesion de la virtud, y viviendo contentos y dichosos en ella, entonaremos himnos á Aquella, que, con el ejemplo de su vida, y con el poder de su brazo, habrá sabido hacernos sus fieles imitadores.

¡Oh tierna Madre! fomentad y estableced en nuestros corazones religiosos designios. Sea la virtud, desde hoy, nuestro manto, nuestra túnica y nuestra corona. Dirija ella nuestras miradas, modere nuestros razonamientos, acompañe todas las acciones de nuestra vida. Ilumine nuestros entendimientos en nuestras dudas, fortalézcanos en nuestros peligros, defiéndanos en las tentaciones. Palpite por ella nuestro corazon, viva por ella nuestra alma, y obre por ella nuestro espíritu. ¡Oh Madre santísima! no nos abandoneis, os lo suplicamos; no nos priveis de vuestro poderoso auxilio. El habernos Vos hablado durante estos dias consagrados á vuestras glorias, nos infunde la segura esperanza de ser protegidos por Vos, á fin de que podamos poner en práctica cuanto Vos nos enseñasteis con vuestro ejemplo. ¡Ah! así lo esperamos, pues harto ciertos estamos de la clemencia de vuestro corazon. Y ¿qué contento no será el nuestro? Viviendo siempre unidos á vuestro amoroso corazon, por medio del ejercicio de la virtud, y estrechados entre vuestros maternales brazos, seremos dichosos en medio de las miserias de este mundo, y bienaventurados en los esplendores de la gloria.

DIA VEINTE Y NUEVE.

EL TULIPAN,

Ó SEA:

LA BELLEZA DE MARÍA.

Quam pulchra es, amica mea, quam pulchra es!
Que hermosa eres, amiga mia, que hermosa eres!
(CANT. IV, 1.)

Habiendo visto ya, y considerado atentamente, hermanos mios, las bellezas del jardin Mariano, de aquel jardin, al cual nuestra santísima Madre misma nos ha conducido amorosamente por la mano, á fin de que procurásemos coger, acá y acullá, algunos vástagos y plantarlos en el árido terreno de nuestro miserable corazon; hénos, finalmente, en lo más interior de ese misterioso sitio; hénos en aquel terreno reservado, en el cual con brillantes caractéres de oro, de rubíes y de perlas está escrito: *¡Oh mortales! detened, atónitos, vuestro paso; inclinad, reverentes, vuestra frente; postraos en adoracion con vuestro cuerpo: santo es este lugar: sus flores no pueden tocarse; admirad y enmudeced.* En efecto; dicho lugar hállase maravillosamente cubierto de una luz, que nada tiene de terrenal; y sus rayos, convergiendo con los de aquel Sol más brillante que allí resplandece en su mediodía, forman un resplandor el más maravilloso y sublime. Doblando, pues, nuestra frente, con humilde compostura, y nuestro cuerpo postrado, despues de haber ofrecido el homenaje de la más sagrada adoracion, y hecho un firme propósito, toda vez que no sea lícito tocar nada, sinó permitido entrar solamente; penetremos con confianza en la misteriosa morada, fijando nuestra mirada en los deliciosos arcanos que se hallan encerrados en ella con tal profusion. ¡Dios mio! ¿qué de prodigios de grandeza, de majestad, y de decoro no admiraremos?

remos que tal meditacion no sea infructuosa para nosotros. Triunfen, por lo tanto, de nuestra obstinacion, el contento, la riqueza y la felicidad, que debemos reportar de nuestra virtud; venzan nuestra dureza la gloria, la paz y los tesoros, que recibiremos, en premio de nuestra virtud, en el reino de los Cielos. Botones dorados rodearán entónces nuestro corazon, igualmente; doradas florecillas sustentarán nuestra alma, y doradas diademas ceñirán nuestras sienes; y nosotros, ricos con la posesion de la virtud, y viviendo contentos y dichosos en ella, entonaremos himnos á Aquella, que, con el ejemplo de su vida, y con el poder de su brazo, habrá sabido hacernos sus fieles imitadores.

¡Oh tierna Madre! fomentad y estableced en nuestros corazones religiosos designios. Sea la virtud, desde hoy, nuestro manto, nuestra túnica y nuestra corona. Dirija ella nuestras miradas, modere nuestros razonamientos, acompañe todas las acciones de nuestra vida. Ilumine nuestros entendimientos en nuestras dudas, fortalézcanos en nuestros peligros, defiéndanos en las tentaciones. Palpite por ella nuestro corazon, viva por ella nuestra alma, y obre por ella nuestro espíritu. ¡Oh Madre santísima! no nos abandoneis, os lo suplicamos; no nos priveis de vuestro poderoso auxilio. El habernos Vos hablado durante estos dias consagrados á vuestras glorias, nos infunde la segura esperanza de ser protegidos por Vos, á fin de que podamos poner en práctica cuanto Vos nos enseñasteis con vuestro ejemplo. ¡Ah! así lo esperamos, pues harto ciertos estamos de la clemencia de vuestro corazon. Y ¿qué contento no será el nuestro? Viviendo siempre unidos á vuestro amoroso corazon, por medio del ejercicio de la virtud, y estrechados entre vuestros maternales brazos, seremos dichosos en medio de las miserias de este mundo, y bienaventurados en los esplendores de la gloria.

DIA VEINTE Y NUEVE.

EL TULIPAN,

Ó SEA:

LA BELLEZA DE MARÍA.

Quam pulchra es, amica mea, quam pulchra es!
Que hermosa eres, amiga mia, que hermosa eres!
(CANT. IV, 1.)

Habiendo visto ya, y considerado atentamente, hermanos mios, las bellezas del jardin Mariano, de aquel jardin, al cual nuestra santísima Madre misma nos ha conducido amorosamente por la mano, á fin de que procurásemos coger, acá y acullá, algunos vástagos y plantarlos en el árido terreno de nuestro miserable corazon; hénos, finalmente, en lo más interior de ese misterioso sitio; hénos en aquel terreno reservado, en el cual con brillantes caractéres de oro, de rubíes y de perlas está escrito: *¡Oh mortales! detened, atónitos, vuestro paso; inclinad, reverentes, vuestra frente; postraos en adoracion con vuestro cuerpo: santo es este lugar: sus flores no pueden tocarse; admirad y enmudeced.* En efecto; dicho lugar hállase maravillosamente cubierto de una luz, que nada tiene de terrenal; y sus rayos, convergiendo con los de aquel Sol más brillante que allí resplandece en su mediodía, forman un resplandor el más maravilloso y sublime. Doblando, pues, nuestra frente, con humilde compostura, y nuestro cuerpo postrado, despues de haber ofrecido el homenaje de la más sagrada adoracion, y hecho un firme propósito, toda vez que no sea lícito tocar nada, sinó permitido entrar solamente; penetremos con confianza en la misteriosa morada, fijando nuestra mirada en los deliciosos arcanos que se hallan encerrados en ella con tal profusion. ¡Dios mio! ¿qué de prodigios de grandeza, de majestad, y de decoro no admiraremos?

Sus umbrales hállanse custodiados por alados Querubines, y los más amorosos y abrasados Serafines guardan su interior. El terreno que huella el pié es dorado; esmaltados están de perlas y rubíes los receptáculos, en los cuales las aguas penetran á manera de chorros, de surtidores y de cascadas; y melodiosas son las armonías producidas por los celestiales instrumentos que resuenan por do quiera. En medio de las fuentes y los riachuelos, en medio del oro y de las perlas, destácase una tierra virgen, en la cual se abren las flores más maravillosas y peregrinas. Y ¿qué flores nos detendremos, pues, en contemplar, durante estos últimos dias de nuestros venturosos paseos por ese sitio deliciosísimo, hermanos mios? ¿Qué flores, repito, escogeremos esta noche, para formar de ellas el objeto de la admiracion de nuestro ya extasiado espíritu? ¡Ah! no vacilemos ni un punto, hermanos mios. Escojamos la flor que se presenta, en primer lugar, á nuestras solícitas miradas. ¿No la adivinais? Es el gracioso Tulipan, el emblema, y el símbolo de la belleza de María. ¡Oh! cuán bella es esa flor, cómo atrae nuestras miradas, cómo deleita nuestros sentidos! Erguida sobre su frondoso tallo, adornado de hojas largas de un verde el más vivo y resplandeciente, surgen los variadísimos vasos ó cálices que la coronan; y cual de ellos parece vestido de oro ó de plata, cual de púrpura ó de color de lila; estos tiran á violeta ó encarnado; aquellos se cubren de un color de rosa ó de amarillo. Y aquí nótase un vaso matizado de infinitos colores; allí, otro recamado de innumerables bellezas; mas léjos, un tercero, compendiando en sí todos los demás matices. Los pétalos de esa flor son puntiagudos, mas sus formas no por eso desmerecen; sus estambres son parduzcos, mas el encanto no disminuye; sus corolas son ahuecadas, mas ese ahuecamiento aún sirve para darle mayor grandeza y atractivo. ¡Oh! cuán lindas y agraciadas son dichas flores! ¡Cómo conquistan el imperio y la preeminencia en nuestro corazon! Y allí, en aquella alfombra, ó red deliciosísima, formada por ella con tal arte, hállanse colocadas de tal suerte, que siendo en el centro más majestuosas y más modestas, hácia los bordes no permiten que el ojo del observador se sustraiga á su belleza; y éste, incierto, por decirlo así, de si está contemplando flores escogidas, ó más bien, preciosas Margaritas, jamás se saciaría de admirar tantas maravillas allí reunidas.

¡Oh! sí, es verdad, mis amados hermanos; nuestra mirada jamás se cansaría de admirar la belleza del místico Tulipan, de nuestra Madre santísima. Y ¡afortunados seríamos, si nos fuese dado penetrar en el fondo de tan sublime belleza! Probémoslo, pues, sí, probémoslo; y ya que no podamos gloriarnos de reproducirla en nosotros mismos, nazca al ménos dentro de nosotros, el vehemente deseo de ir un dia á admirarla en la sublime residencia del eterno jardin, entre los esplendores de su gloria sempiterna. Pidamos esta gracia: A. M.

El real Profeta había dicho, que el futuro Redentor del mundo, sería el más hermoso entre los hijos de los hombres: *Speciosus forma præ filiis hominum* (PSAL. XLIV, 3); y entusiasmado, por decirlo así, ante tan sublime belleza, dirigíase á su Madre, y con voz profética le decia: Escucha ¡oh hija! tu Rey, que será un dia tu Hijo; aquel Dios, que en la plenitud de los tiempos, tomará carne en tu seno; aquel, cuya belleza enamora al Paraíso; te escogerá á Tí, precisamente, por Madre; á Tí, la más bella entre las hijas de Judá, á Tí, cuyo rostro invocarán los magnates del pueblo: *Concupiscet Rex decorem tuum.... vultum tuum deprecabuntur* (IBID. 13. 14). Y ¡oh! ¿quién me diera contemplar en espíritu, como lo hizo el profeta de Patmos, una belleza tan maravillosa? ¡Ah! cómo entónces mi corazon quedaría extático por el estupor, y atónita mi mente! Entónces, sí, que debiera yo tambien exclamar, que esa era una belleza nunca vista, nunca oida y jamás imaginada por humano corazon alguno: *Nec oculus vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit* (1. COR. II, 9). Y ¿qué belleza no será, pues, aquella, mis amados hermanos, que atrae las miradas del Paraíso, y hiere el corazon mismo del Altísimo? Y ¿no ois, acaso, como El, el Amado, está gritando: *Vulnerasti cor meum, soror mea, vulnerasti cor meum in uno ictu oculorum tuorum*? (CANT. IV. 9.) ¿No ois como está repitiendo: *Ecce tu pulchra es, amica mea, ecce tu pulchra es*? (IBID: I. 14.)

¡Ah! el Amado de los siglos eternos, siéntese tan prendado de belleza tan sobrehumana, que esa es la que intenta expresar, por decirlo así, en todas las obras de su diestra creadora. De manera, que cuando colocó la luna en medio del cielo: ésta, dijo, ésta es mi Amada en figura. Y cuando hizo salir la aurora sobre los montes: ésta, repetía, esta es la perfecta imágen de mi Paloma. Y cuando hizo aparecer por entre el desgarrado seno de las nubes, el iris, con sus siete colores simples: aquí, exclamó: aquí he encerrado la indecible belleza de mi Amiga. Consideradla, pues, esa belleza, bajo esas pálidas figuras, mis amados hermanos. ¿No veis la luna en una serena noche de primavera, á la sazon en que reinan los apacibles vientos, y las nubes no cubren la tierra, ni el aire se halla impregnado de vapores? ¡Oh! cuán bella resplandece en medio del Cielo, cómo ofusca la belleza de todos los planetas circunstantes, cómo re-

crea nuestros ojos, sin dañarlos en lo más mínimo, cómo disipa las tinieblas, convirtiéndolas en claro dia! María, es, pues, ¡oh cristianos! *pulchra ut luna* (Ibid. vi. 9). ¿No veis aquel rayo trémulo, que asoma por encima de los collados, se difunde por todas partes, y renueva toda belleza? ¿No veis cómo reanima los amortiguados colores, cómo invita á las aves á modular sus cantos, y cómo sus vivos esplendores refléjanse en las límpidas fuentes? ¡Oh! cómo en tales momentos la luz aparece más bella, y cuán encantador es el aspecto de sus rayos luminosísimos! ¡Oh! ¡cuán gratos no son aquellos destellos, que siendo más intensos á cada instante, vénse sensiblemente diseminarse sobre la creacion entera! María es, pues, mis amados hermanos: *ut aurora consurgens*. (Ibid.) ¿No veis aquel arco majestuosísimo, que parece envolver por todas partes el firmamento; procurando competir en grandiosidad con la inmensidad misma de los cielos? ¡Oh! cómo atrae la mirada con la viveza de sus colores! cómo arrebata el ánimo con la combinacion de sus tintas! cómo encanta al alma con su grata belleza! María es, pues, hermanos mios, ese arco: *Arcum meum ponam in nubibus*. (Gen. ix. 13).

Y ¿qué belleza hay, pues, en la naturaleza, que no hable de la belleza de María? En lo anchuroso del mar es donde os es dado comprender la magestad de su continente; en el deslumbrante resplandor del sol, es donde encontrais el brillo de su mirada; y en el plateado riachuelo, es donde podeis admirar la nitidez de su frente. Y el oro os anuncia la belleza de su cabellera, el precioso rubí os habla de sus lábios, y la rosa os muestra el color encendido de sus mejillas. Y ora veis la modestia de sus ojos en la tortolilla, la simplicidad de su mirada en la paloma, y la inocencia de su rostro en la cervatilla. Todo, en suma, cuanto admirais en la naturaleza, cuanto en ella os arrebata y os extasía, todo os habla de María; todo os anuncia sus raras prendas, todo os pregona su portentosa belleza, todo os la representa cual místico Tulipan de los eternos jardines.

¡Oh! afortunadas fueron, en verdad, aquellas gloriosas heroinas, á la cuales fué dado, un dia, preconizar tan sublime belleza! pero más afortunados fueron aquellos que pudieron contemplarla con sus propios ojos, cuando aún nuestra Madre vivía sobre este suelo. Y afortunadísimos, sobre todo, son aquellos, que hoy están contemplándola en el reino de todas las bellezas, en el Paraiso. ¡Ah! ¿por qué, pues, no descendeis vosotros, en este dia á la tierra, y no procurais vosotros mismos describirnos tan peregrina belleza? Y Vos, místico Tulipan, Vos, Madre nuestra agraciadísima; ¿por qué no os manifestais en este momento á nuestras almas? ¡Ah! mis amados hermanos; ¿acaso no sentís rebosar vuestros corazones de consuelo y de alegría á ese solo pensamiento? Y, sin embargo, hasta ahora no hemos considerado más que el exterior de ese místico Tulipan; todavía no nos hemos internado en la meditacion de aquellas interiores bellezas, que la ensalzan en el jardin sobre las demás florecillas circunstantes. En una palabra, hasta aquí hemos visto la belleza externa y corporal de María, mas no la espiritual é interna. ¡Oh! qué vasto campo se ofrece ahora á mi discurso, carísimos hermanos! Observad, pues; fijad vuestros ojos en ese graciosísimo Tulipan; procurad contemplarlo en la base de su corola. ¿No veis aquel néctar suavísimo que, continuamente, destila las abundantes gracias de que se halla lleno, y las innumerables virtudes que lo adornan? ¿No observais aquellas ocultas alas, aquellas sorprendentes labores, que la naturaleza ha derramado allí con profusion? Esas: son las dotes de que lo ha colmado el celestial Agricultor. Hé aquí, hé aquí, pues, la belleza interior de aquella alma eminentísima: abundancia de gracia, cúmulo de virtudes y grandeza de privilegios. Abundancia de gracia: y ¿quién pudiera calcularla, mis amados hermanos? Habiendo sido santificada en el seno de su Madre, puesto que fué concebida sin la mancha original, recibió tal abundancia de gracia, desde aquel primer instante, que sobrepujó á la que recibieron cuantos comprensores hay en el Cielo. Y una vez confirmada María en la misma gracia, no pudo ménos de acrecentarla en todas sus acciones, en todas sus palabras, y en todos los latidos de su corazon sacratísimo; y en tal grado la acrecentó, que bien pudo el Angel, en el acto de la Anunciacion, saludarla llena de gracia: *Ave gratia plena*. Y ahora, hermanos mios, notad un nuevo prodigio de gracia. Miéntras que María es saludada por el Angel, colmada de gracia, se le anuncia, que el Espíritu Santo descenderá sobre ella y la cubrirá con su sombra: *Spiritus Sanctus superveniet in te*. ¡Ah! con sobrada razon el Altísimo habia figurado á María en aquel riachuelo, que se convierte en vastísimo mar; en la vid fructífera, que produce por miles y miles sus frutos; y en los aromáticos bálsamos, que exhalan cada vez con más intensidad sus deliciosos perfumes.

Y como consecuencia de tanta gracia, ¿cuál pudierais creer fuera la abundancia de sus virtudes? ¡Ah! que éstas son, precisamente, las que hacen de ella un alma verdaderamente bella, inmensamente rica, y sumamente preciada! Siendo María la excelsa mansion del Altísimo, descansa sobre siete columnas colocadas en Ella por el mismo Dios; á saber: la fe, la esperanza, la caridad, la prudencia, la justicia, la templanza, y la fortaleza; y estas sublimes columnas hállanse cubier-

tas y embellecidas por otras tantas preciosas cortinas, ó velos, que son la modestia, la pureza, la inocencia, el silencio, el recogimiento, el fervor y la soledad; y los más ricos anillos de la humildad, de la oracion y de la meditacion, armonizándose con aquellas virtudes, forman un pabellon magestuosísimo, y sublime. Y en torno de las columnas engarzadas con los anillos, colocadas con todo primor sobre las preciosas cortinas, resplandecen con admirable encanto las perlas y las joyas más ricas y peregrinas; y brillan, principalmente, los topacios, las amatistas, los rubíes, el crisólito, la esmeralda y el zafiro, símbolos todos de las virtudes más excelsas. Y en medio de tanta gloria, entre unos tesoros tan preciosos, en el centro de tal profusion de riquezas, levántase una majestuosa silla, un trono encumbradísimo, que es todo él un foco del amor el más intenso y el más puro; y sobre ese trono, precisamente, adornada de un manto de zafir y de púrpura, coronada de una diadema y una guirnalda, y enriquecida con los más preciosos collares de perlas y pedrería, siéntase como majestuosa reina, la bella alma de María; jardin colmado de peregrinas bellezas; cielo que encanta por la infinidad de sus estrellas; paraiso que enamora por la variedad de sus dotes. Dotes que la enaltecen cual Hija, cual Madre y cual Esposa del Altísimo; dotes que la anuncian Vírgen fecunda, Madre inmaculada; dotes que la declaran Reina del cielo, Emperatriz de la tierra, Soberana del universo.

¡Ah! mi mirada, amados hermanos, no puede resistir por más tiempo la contemplacion de tan inaudita belleza; y mi propia estupefaccion me obliga á bajar los ojos al suelo, deslumbrados y vencidos por el resplandor que tal belleza despide. Y no yo, simplemente, vil insecto de la tierra, sér miserable y desvalido, sino el mismo altísimo Dios, vencido por la complacencia en su obra predilecta: ¡Oh! qué hermosa eres, exclama, qué hermosa eres! Tus ojos son como los de la inocente paloma; semejantes al pelo de los rebaños de cabras son tus cabellos; tus dientes son como hatos de ovejas trasquiladas. Iguales á una cinta de escarlata son tus lábios; dulce es tu hablar; miel y leche se esconden debajo de tu lengua. Tus mejillas semejan dos rosas bellísimas. Tu cuello es como la torre de David, ceñida de baluartes. Mil escudos cuelgan de ella, arneses todos de valientes. Son tus lábios un panal que destila miel, y el olor de tus vestidos es como olor de suavísimo incienso. ¡Oh! qué hermosa eres, amiga mia, paloma mia, amada mia; qué hermosa eres!

¡Oh Madre! oh místico Tulipan! oh belleza inexplicable! ¿qué podrá decir, pues, de Tí mi boca? ¿qué podrá imaginar jamás de Tí mi pensamiento?

Una última comparacion me resta ¡oh cristianos! para conocer mejor la doble belleza de nuestra Madre María, bien que esa comparacion se halle siempre distante de la verdad. ¿No veis aquel Templo, que se levanta majestuoso sobre las excelsas cumbres de los collados más eminentes? Pues bien; aquel Templo es la imágen de la belleza de María. De esa belleza os habla el átrio exterior con lo espacioso de su vestíbulo, con la preciosidad de sus muros, con la rareza de aquellos cedros; de esa belleza os habla el átrio de los sacerdotes, con la majestad de su altar; las columnas, con aquellos chapiteles en forma de azucenas, con aquellas gradas esparcidas allí á centenares; de esa belleza os habla el interior del Santuario, con aquellas entalladuras las más sublimes, con aquel oro derramado allí con la mayor abundancia, con todo aquello, en suma, que hizo y hará de dicho monumento la admiracion de los siglos. Y ¿qué belleza no será, pues, aquella, hermanos mios, que mereció ser simbolizada en ese augustísimo Templo? ¡Oh! imaginadla si podeis, hermanos mios, pues, por mi parte, no estando de ningun modo satisfecho con la imaginacion, no puedo ménos de expresaros mi ardiente deseo de ir presto á contemplar esa sobrehumana belleza en el Paraiso.

¡Ah! mis amados hermanos; y ¿cómo no desearlo ese dia, en el cual nos sea dado admirar en los eternos jardines el maravilloso Tulipan, nuestra Madre santísima? Y ¿qué nos retiene, pues, en esta tierra de miserias? ¿Qué nos seduce en esta pátria de tristeza y luto? ¿Acaso la frescura de la aurora, el candor de la luna, el vivo resplandor del sol, la majestad de las estrellas, la abundancia de las aguas, la riqueza del suelo? ¡Ah! mis amados hermanos; una aurora más fresca existe en las mejillas celestiales de María; su frente es incomparablemente más candorosa que la luna; sus perspicacísimas miradas más esplendentes que el sol; las estrellas están destinadas á servir de corona á su cabeza; la abundancia de las aguas se halla en sus manos santísimas; y su alma es más rica que todas las riquezas de la tierra juntas. Y si la Rosa os atrae, Rosa es, pues, su lábio; y si la Azucena os arrebata, Azucena es su corazon; y si la Violeta os deleita, Violeta es su rostro modesto, humildísimo. Y los dulces céfiros, los encontrais en su aliento de Paraiso; los melodiosos concentos, en su voz suave; los sabrosos manjares, en aquella miel y en aquella leche, que se esconden debajo de su lengua. ¡Ah! corramos, pues, mis amados hermanos, corramos á las plantas de María, para implorar de Ella, que presto nos conceda la gracia de poder contemplarla con saciedad y seguridad en el trono de su inmortal gloria, en el Paraiso.

¡Oh, sí, Madre nuestra santísima! nosotros imploramos esa gracia de vuestro corazon maternal. Demasiado bello es ese corazón para que no deseemos contemplarlo pronto, en su extraordinaria belleza! Aparezcan, pues, oh ¡María! ante nuestros ojos aquellas exteriores bellezas vuestras; aquella mirada que encanta, aquella frente que enamora, aquel semblante que arrebata; aquella belleza que consuela. Muéstrese presto, muy presto, á nuestras almas, aquella belleza espiritual, que hirió el corazon mismo de Dios; aquella belleza que no tiene semejante entre las criaturas; aquella que forma el mas bello ornamento de los Cielos! ¡Ah! si en este momento pasáramos á admiraros en el Paraiso, ¿qué alegría no viniera á inundar nuestros corazones? qué torrente de consuelo no se derramaria en nuestras almas? ¡Oh! concedednos, Madre nuestra amorosísima, una firme esperanza de ir, sinó desde luego, al ménos pronto, á participar de tanta alegría, de tanto júbilo, de tan extraordinario contento! No ignoramos que las culpas y los pecados son los únicos obstáculos que pudieran impedirnos la vista de vuestras sobrehumanas bellezas; mas, esas culpas las hemos ya detestado, y volvemos á detestarlas ahora, resueltos á no darles más cabida en nuestro corazon. Haced, pues, que nuestras promesas sean estables; y de esa suerte, seguros estamos de llegar á la meta de nuestros ardientes deseos.

DIA TREINTA.

EL RANÚNCULO,

Ó SEA:

MARÍA, MADRE Y VÍRGEN.

Ecce Virgo concipiet et pariet filium.
La Vírgen concebirá y parirá un hijo.
(Isai. VII, 14).

Deslumbrada todavía mi mirada, y extática mi mente por aquella sobrenatural belleza, de que, en la tarde de ayer, vimos adornarse el místico Tulipan, en el misterioso jardin Mariano; mis ojos, casi involuntariamente, por decirlo así, se fijan en el misterioso Ranúnculo. Apénas lo he visto, y ya siento crecer mi asombro, mi extásis y mi estupefaccion. Plantada dicha flor, y multiplicada por centenares, junto al gracioso Tulipan, empiezo á contemplarla con ansiedad; y si por un lado me atrae su vivo esplendor y la variedad de sus colores, sorpréndeme, por otra, no sé qué prodigio que me induce á creer, que aquellas graciosas florecillas pertenecen á diversas especies, á diversos géneros, á diversa familia. Al observar que la una crece solitaria sobre su tallo, que la otra permanece inclinada sobre el suelo, y que esotra se me aparece simplicísima en sus pétalos; la una se halla adornada de un prodigioso número de hojas, la otra se me muestra bajo la forma de una espiga abundantísima, la de allá, por último, se reviste á manera de una deliciosa mazorca, me siento obligado á preguntar á los alados custodios de aquella maravillosa morada, el nombre con el cual se distinguen tan graciosas florecillas. Y ellos me responden: uno solo es su nombre. Hállanse todas comprendidas en un solo género, en una sola especie, en una sola familia. Ranúnculo, tal es la comun denominacion que, indistintamente, les conviene. Mas ¿y esos pétalos, añado yo, en su forma tan múltiples é irregulares, y esas hojas tan distintas en su

¡Oh, sí, Madre nuestra santísima! nosotros imploramos esa gracia de vuestro corazon maternal. Demasiado bello es ese corazón para que no deseemos contemplarlo pronto, en su extraordinaria belleza! Aparezcan, pues, oh ¡María! ante nuestros ojos aquellas exteriores bellezas vuestras; aquella mirada que encanta, aquella frente que enamora, aquel semblante que arrebata; aquella belleza que consuela. Muéstrese presto, muy presto, á nuestras almas, aquella belleza espiritual, que hirió el corazon mismo de Dios; aquella belleza que no tiene semejante entre las criaturas; aquella que forma el mas bello ornamento de los Cielos! ¡Ah! si en este momento pasáramos á admiraros en el Paraiso, ¿qué alegría no viniera á inundar nuestros corazones? qué torrente de consuelo no se derramaria en nuestras almas? ¡Oh! concedednos, Madre nuestra amorosísima, una firme esperanza de ir, sinó desde luego, al ménos pronto, á participar de tanta alegría, de tanto júbilo, de tan extraordinario contento! No ignoramos que las culpas y los pecados son los únicos obstáculos que pudieran impedirnos la vista de vuestras sobrehumanas bellezas; mas, esas culpas las hemos ya detestado, y volvemos á detestarlas ahora, resueltos á no darles más cabida en nuestro corazon. Haced, pues, que nuestras promesas sean estables; y de esa suerte, seguros estamos de llegar á la meta de nuestros ardientes deseos.

DIA TREINTA.

EL RANÚNCULO,

Ó SEA:

MARÍA, MADRE Y VÍRGEN.

Ecce Virgo concipiet et pariet filium.
La Vírgen concebirá y parirá un hijo.
(Isai. VII, 14).

Deslumbrada todavía mi mirada, y extática mi mente por aquella sobrenatural belleza, de que, en la tarde de ayer, vimos adornarse el místico Tulipan, en el misterioso jardin Mariano; mis ojos, casi involuntariamente, por decirlo así, se fijan en el misterioso Ranúnculo. Apénas lo he visto, y ya siento crecer mi asombro, mi extásis y mi estupefaccion. Plantada dicha flor, y multiplicada por centenares, junto al gracioso Tulipan, empiezo á contemplarla con ansiedad; y si por un lado me atrae su vivo esplendor y la variedad de sus colores, sorpréndeme, por otra, no sé qué prodigio que me induce á creer, que aquellas graciosas florecillas pertenecen á diversas especies, á diversos géneros, á diversa familia. Al observar que la una crece solitaria sobre su tallo, que la otra permanece inclinada sobre el suelo, y que esotra se me aparece simplicísima en sus pétalos; la una se halla adornada de un prodigioso número de hojas, la otra se me muestra bajo la forma de una espiga abundantísima, la de allá, por último, se reviste á manera de una deliciosa mazorca, me siento obligado á preguntar á los alados custodios de aquella maravillosa morada, el nombre con el cual se distinguen tan graciosas florecillas. Y ellos me responden: uno solo es su nombre. Hállanse todas comprendidas en un solo género, en una sola especie, en una sola familia. Ranúnculo, tal es la comun denominacion que, indistintamente, les conviene. Mas ¿y esos pétalos, añado yo, en su forma tan múltiples é irregulares, y esas hojas tan distintas en su

configuracion y en su tamaño; esos estambres cuyo número es tan vario é indeterminado?.... ¡Ah! no prosigas, pues, díceme el alado custodio de rubia cabellera, interrumpiendo mi voz; no prosigas, porque ahí está precisamente el misterio portentoso de esas flores. Entónces enmudezco, y en el silencio de mi lábio y en la meditacion de mi mente, principio á considerar, atónito, tales flores; y en medio de las muchísimas, que han abierto ya sus bellezas á los vivos rayos del sol, distingo una, que se halla próxima á abrir su maravilloso boton. Avido de encontrar en ellas nuevas glorias y nuevas grandezas, acércome con impaciencia, y ¡oh prodigio! ofrécese á mis miradas una preciosa perla en el remate de la misma. Perdona, pues, exclamo entónces al paciente guardian; perdona, si aún te dirijo una pregunta. ¿De qué sirve, esa perla en la extremidad del boton? No vayas á creer, hijo mio, me responde, que esa joya preciosísima haya sido colocada allí únicamente por su belleza. ¿No ves aquella agraciada florecilla, del interior de cuyo boton, ha salido la misma joya? Por allí se introduce, pues, el rocío de la alborada, el cual, una vez introducido misteriosamente, nutre y alimenta á la cerrada flor, la cual, finalmente...; y al decir eso, hé aquí que surge de aquel boton, enteramene cubierta y revestida de una pluma, la más lijera y agraciada. ¡Oh! alteza de los arcanos celestiales! oh sabiduría del supremo Agricultor!

Y ¿qué veis vosotros, pues, mis amados hermanos, en esa flor misteriosa? Dijerais, acaso, que no oís su voz? ¡Ah! eso no es posible, hermanos mios! Aquella perla es la humildad de María, la cual, apénas hubo aparecido ante las miradas del cielo, atrajo sobre ella la abundancia del rocío divino, de la gracia celestial, de la virtud del Altísimo; una vez descendida ésta en su seno, concibe, nutre y alimenta en él á su Hijo santísimo; el cual, finalmente, revestido, no ciertamente de pluma lijera, sinó de la divinidad misma con la cual resplandecía en los Cielos, salió de su inmaculado y virginal útero cual verdadera flor de Jesé, cual sér distinguido por tantos méritos, hombre y Dios, éterno y mortal, glorioso y oscuro, espíritu y carne, sin alterar ni un punto de aquel seno, el candor, la virginidad y la pureza. ¡Oh! éste, sí, que fué, en verdad ¡oh cristianos! el profundo misterio, el misterio de la omnipotencia, de la sabiduría y del amor de un Dios; mas un misterio, á la vez, de alabanza, de honor, de gloria á la Vírgen, al místico y misterioso Ranúnculo, á nuestra Madre santísima. ¡Oh! fijemos, pues, esta noche, fijemos nuestra atencion en tan profundo misterio; y si nos fuere dado imaginar, siquiera remotamente, el extraordinario cúmulo de gloria que de él recabó la Vírgen, elevaremos á la misma un cántico de admiracion, de júbilo, de contento y de asombro. A. M.

Incomprensible á la humana inteligencia fué, y será siempre, mis amados hermanos, la maravillosa generacion eterna, por medio de la cual, el Padre Eterno, contemplándose á sí mismo, sin sombra alguna de mancha, engendra á su Hijo predilecto, con tal pureza de accion, que bien puede llamarse tal generacion, candor de luz sempiterna, espejo sin mancha. En presencia de tan maravillosa grandeza, á la vista de portento tan inaudito, fuerza es, pues, que se humille el humano entendimiento, contentándose solamente con venerar, prosternado, y tributar su débil homenaje de fé y de alabanza al sumo de los séres, al más sublime de los misterios. Y en ese tributo de veneracion y de alabanza será, precisamente, como él llegará á confesar y conocer la superioridad de su Dios sobre todo lo criado; la sublimidad y la grandeza de sus atributos y de sus perfecciones; la imposibilidad de que la humana criatura pueda aspirar á las glorias de su Hacedor supremo.

Mas ¿qué he dicho, hermanos mios? ¿Acaso no podrá la humana criatura imitar las operaciones del Altísimo? ¿No podrá el hombre, pues, conseguir una gloria semejante, al ménos en parte, á aquella que ciñe la frente de su supremo Señor? Pero ¿y aquel misterioso Ranúnculo, aquella afortunada doncella de Jesé, que yo estoy mirando allí, sobre aquel altar, colmada de tanta gloria? ¿No fué Ella, por ventura, la que imitó perfectamente las obras del Altísimo? Éste engendra, *ab æterno*, á su Verbo, sin necesidad de mujer; y aquélla concibe, en el tiempo, á su Hijo sin concurso de hombre; el primero engendra contemplándose á sí mismo; la segunda concibe considerando su nada, *humilitate concepit*; es término de la generacion de Aquel, el Eterno y el Santo; y el Eterno y el Santo, hecho hombre, es el término de la generacion de Ésta: *quod nascetur ex te sanctum* (Luc. I. 31). Ahora, ved, pues, mis amados hermanos, y calculad, si podeis, la gloria que de ello redunda á María. ¿Tuvierais, acaso la presuncion de conseguirlo? ¡Ah! la Vírgen misma es la que os declara la imposibilidad de hacerlo, al exclamar, que son grandes las cosas obradas á su favor por el Omnipotente: *fecit mihi magna, qui potens est;* y que ellas requirieron todo el poder de su brazo: *fecit potentiam in brachio suo.*

Y ¿qué cosa, en efecto, qué cosa quisierais, pues, considerar vosotros en la Vírgen? ¿El hecho de ser Madre de un Dios? ¿El hecho de ser Vírgen fecunda? En cualquiera de esos dos hechos que fijeis

vuestra consideracion, os sucederá, que convirtiéndoos en excudriñadores de la majestad, os sentireis oprimidos del peso de su gloria. Y ¿qué implica, pues, hermanos mios, qué implica para María, el ser Madre de un Dios? Implica una elevacion, estoy por decir, infinita, efecto de una maravillosa sobreabundancia de gracia; implica una dignidad, en su género, más que humana; implica una suprema union, por medio de la cual, se une lo criado con lo eterno, y lo infinito con lo inmenso; dignidad, por medio de la cual, Dios viene casi á identificarse con la criatura, y la criatura con Dios; elevacion, finalmente, por la cual la criatura llega á encontrarse con Dios, en una cierta identidad de naturaleza: *Habitat*, así dice san Pedro Damian, *Deus in Virgine, cum qua unius naturæ habet identitatem* (SER. I. de NAT. V).

Y ¿qué estado, oh cristianos, puede existir ni imaginarse superior? ¿Puede, acaso, el Altísimo Dios, conceder dignidad mayor á una criatura mortal?

Si dirigiendo más allá vuestras miradas, quisierais considerar de qué manera en María, la divina maternidad se unió con el estado de la más perfecta pureza, y de qué manera, en Ella, en nada se alteró la virginidad de su seno con la concepcion de su prole, decidme: ¿no os parece que os sentiriais oprimidos del peso de la majestad, de la grandeza y de la gloria?

Atended! estaba decretado en los eternos consejos de Dios, que una mujer sería elegida por Madre del Verbo eterno; que Este, haciéndose carne en el seno de aquélla, tomaría de sus entrañas la humana naturaleza; y que, finalmente, esa mujer misma, émula del Padre eterno, debia ser verdadera Madre de Aquel que tiene por Padre al Eterno. Empero, todo eso, hermanos mios, no fué suficiente todavía para el Altísimo. Quiso Él, que esa Madre, no solo compartiera la gloria del Padre eterno en el hecho de tener por término de su generacion al Verbo divino; sino que quiso, además, que se asemejase, igualmente, á Él, en el modo de engendrarlo. De ahí, que así como el Eterno engendra sin necesidad de Madre, sin perder nada de su eterno candor; así Ésta debia concebir, sin necesidad de Padre, sin menoscabo alguno de su virginal pureza. ¡Oh abismo de gloria! ¡Oh grandeza sin límites! ¡Oh dignidad sin semejante en la tierra! Si es una verdad, que el sér más glorioso entre los séres es aquel que participa más de cerca de las perfecciones de su divino Hacedor; si es ya incomensurable la gloria de aquel, que, no solamente se aproxima, sino que se une inmediatamente con su Dios; ¿qué diremos, pues, de Aquella, que tiene al Verbo por término de sus actos, y al

Generador por modelo, digámoslo así, de sus divinas operaciones? ¡Oh! veneremos, pues, mis amados hermanos; veneremos, sí, poseidos del más alto estupor, la gloria de nuestra Madre santísima!

Pues, qué! ¿acaso existe sér alguno en la tierra, que pudiera gloriarse de semejante grandeza? Que se presenten, pues, esos héroes, que pregonen sus glorias, que hagan gala de su sublime dignidad. Esos tales ¿son vírgenes? Que muestren, pues, el fruto de su seno. ¿Son madres fecundas? que muestren la azucena de su pureza. No pido ya de ellos un hijo que sea Dios; pido tan sólo una Azucena, que viva unida á la Rosa; pido una flor, que no se halle despojada de su fruto; pido un misterioso Ranúnculo, un seno inmaculado y fecundo. Mas, si no hay quien tal posea ¡ah! confiesen, pues, todos ellos, que no hay gloria igual á la de la santísima Vírgen! *Nec primam similem visa est, nec habere sequentem.* Ensalce, pues, quien pueda, la nobleza de su prosapia, el cúmulo de sus riquezas, y la multitud de sus honores; gloríense unos de su preclaro talento, de su profundo saber y de la agudeza de su ingenio; pregonen otros la eminencia de su virtud, la elevacion de su santidad y la excelencia de sus perfecciones; gloríense y distínganse, quien por su profunda humildad, quien por su inaudito candor; estos por su fé sincera, aquellos por su ardiente caridad; cuales por su singular devocion y cuales, finalmente, por la ternura de sus afectos; sí, gloríense y distínganse, en buena hora, por todas esas cualidades; mas, á pesar de todo, la gran Mujer que nosotros celebramos, sabrá superarles infinitamente á todos ellos, sólo con ser Vírgen fecunda y Madre purísima! De modo, que así como el Generador eterno, admirable en la generacion de su Verbo, no fuera tal, si le faltara una sola de sus divinas perfecciones; así tambien, María, admirable en la fecundidad de su seno, no hubiera sido predestinada para tan suprema dignidad, si hubiera carecido de una sola de las perfecciones que se hallan esparcidas en las criaturas del universo entero. De ahí, que se reunan en ella la nobleza de la prosapia, el cúmulo de las riquezas, y la abundancia de los honores; mas no cualesquiera honores, sinó honores verdaderos, riquezas divinas, y una nobleza que tiene su orígen en el Cielo; y eso nos demuestran á porfía el Boton dorado, el Laurel y el Cedro. De ahí, en Ella, la elevacion del talento, la profundidad del saber y la perspicacia de inteligencia; mas una inteligencia, una sabiduría y un talento, iluminados por una luz celestial, infundidos por la ciencia misma de Dios. Y el blanco Jazmin es el que nos anuncia la posesion de tanta sabiduría. De ahí, en Ella, la eminencia de la virtud, la sublimidad de la santidad, y la excelencia de las perfecciones; mas todo

eso, en tal grado, que sólo Dios puede meditar en su extension, en su profundidad y en su plenitud: *ipse vidit et mensus est.* (Eccli. I. 9.)

Y ¿cuáles son las flores, mis amados hermanos, que como tal nos la presentan? Un tejido de Violetas forma su vestido; una aglomeracion de Azucenas compone su manto; deliciosos Jazmines se enlazan con su cetro, y cubren su trono Rosas escogidas; y su corona es un ramo de flores el más sorprendente y sublime: y esa corona, ese trono, ese cetro, ese manto y ese vestido, son tales, que no tienen semejante despues de los de su Dios: *Nec primam similem visa est, nec habere sequentem.* (S. Bernard. *Serm. de Ass.*)

Y ¿cómo no fuera así, mis amados hermanos? Si la Vírgen no debia ascender á tan alto grado de gloria; ¿por qué motivo el Altísimo la habría representado tantos siglos ántes y de tantas maneras? ¿Por qué causa nos hubiera Él hablado de tantos modos de una afortunada doncella? ¿Acaso no hubiera sido suficiente el haberla anunciado por la boca de los profetas? Empero, en lugar de ello, el Altísimo no cesa de hablar de Ella, desde la creacion, hasta su venida: y quiso figurarla en aquel Sol, que nada pierde derramando sus rayos; en aquella Luz, que nunca se oscurece esparciendo sus respladores; en aquella Tierra vírgen, que alimenta á sus escogidas florecillas. De Ella nos habló en el Paraíso, cuando quiso plantar en su centro el árbol de la vida; cuando hizo brotar de su seno cuatro rios para regar la tierra; cuando, finalmente, quiso que fueran cerradas sus entradas y custodiado por la ígnea espada de un abrasado Serafin. De Ella nos habló en aquel zarzal, que siendo presa enteramente de las llamas, no era, sin embargo, consumido por ellas; en aquel vellocino bañado de celestial rocío, miéntras que la tierra aparecia árida, y luego immune de las cenagosas aguas que inficionaban el terreno circunstante; en aquel mar, que abriéndose al paso del pueblo santo de Dios, volvía á juntar sus aguas, sin dejar sombra de haberse ántes dividido. De Ella nos habló en aquella puerta oriental, que niega á todos el paso, y sólo lo concede al Hijo del Altísimo; en aquella candidísima nube, que se halla enteramente impregnada del rocío celestial; en aquella Arca, que contiene el libro de la ley santa de Dios. Y aquella vara que brota de la tierra cultivada, y aquel Vaso de oro, que encierra el maná, y aquel manantial que sale de la dura peña; ¿no fueron, acaso, otras tantas voces que nos hablaron de María? Y, ¿por ventura no la reconoceis aún, en aquella nube de fuego que precede á Israel, en aquella cristalina fuente cerrada y sellada, en aquella preciosa concha, que, alimentada por el Cielo, produce la admirable joya? ¿No es en esos símbolos donde María nos aparece Esposa escogida, Madre inmaculada, y Vírgen fecundísima?

¡Ah! enmudezcan, de una vez, esos mónstruos, que vomitaron, y están vomitando todavía, contra María, tantas blasfemias y sarcasmos. Enmudezcan y confiesen la gloria, la excelencia y el esplendor de nuestra Madre! Ella es el objeto de las complacencias de Dios, la escogida desde los siglos eternos; Ella, la anunciada, la prometida, la esperada en todos los tiempos; Ella, la figurada en todas las obras de Dios; y figurada, porque está colmada de virtud; y llena de virtud, porque está destinada para ser Madre del Verbo; y destinada para Madre del Verbo, porque es Vírgen incorrupta. Tal enlace, ó encadenamiento, la hará siempre única, singular, gloriosísima: *Nec primam visa est, nec habere sequentem.*

¡Oh! meditemos, pues, detenidamente sobre el asunto, mis amados hermanos, y penetrados de la más profunda admiracion y del asombro más extraordinario, á la vista de ese misterioso Ranúnculo, recordemos, que tambien nosotros podemos reproducir, en cierto modo, en nosotros mismos, las grandezas de la Vírgen. María, hermanos mios, por medio de la virginidad, halló las complacencias del Altísimo: *virginitate placuit;* y por medio de la humildad, se hizo digna de concebir en su útero: *humilitate concepit*; y por medio de esa virginidad singular, y de esa humildad profundísima, llegó á ser Madre del Verbo, generatriz del Salvador. Y nosotros, sí, nosotros, igualmente, segun el testimonio de Jesucristo, podemos llegar á ser madre del mismo Redentor, cumpliendo en todo la voluntad de nuestro Padre celestial. *Qui fecerit voluntatem Dei, hic meus frater, soror et mater est.* (Marc. III, 35.)

Empero ¿de qué manera, hermanos mios, debemos cumplir esa voluntad del Altísimo? Por medio de la humildad de nuestro corazon, y de la pureza de nuestro espíritu. Bien lo sabeis; la voluntad del Altísimo es la santificacion de nuestras almas: *haec est voluntas Dei sanctificatio vestra*; mas esa santificacion, ¿no es, acaso, el fundamento de la cristiana humildad? ¿Por ventura no se reasume ésta, segun os indiqué en otro de mis discursos, en la pureza de nuestras acciones? ¡Ah! seamos, pues, humildes, seamos castos, y, á semejanza de María, aún nosotros, seremos madre de nuestro Redentor divino. En la apreciacion que hagamos de nosotros mismos, reconozcamos y confesemos nuestra nada; en toda accion de nuestro cuerpo, en los pensamientos de nuestra alma, y en los afectos de nuestro corazon, procuremos ser castos, vivir siempre alejados de toda pasion de inmundo deseo, siempre en lucha con la concupiscen-

cia, y con la carne; y entónces, siendo puros, con aquella pureza que se adapta con nuestro estado; humildes, con aquella humildad que conviene á nuestro carácter de cristianos, seguros de cumplir la voluntad del Altísimo, ofreceremos á María el verdadero tributo de alabanza, de admiracion y de homenaje.

Y Vos ¡oh Madre intacta, Vírgen fecundísima! que nos habeis enseñado el ejercicio de tan sublimes virtudes con vuestros ejemplos; ¡ah! grabadlos en nuestro corazon, á fin de que ellos nos conduzcan, en algun modo, á aquella sobrehumana grandeza, á la cual Vos fuisteis encumbrada por el Altísimo. ¿No fué la pureza la que hizo de Vos el objeto de las complacencias de Dios? La pureza sea tambien, la que nos haga á nosotros agradables á nuestro Padre celestial. ¿No concebiste por medio de la humildad al Hijo del Altísimo? Haced, pues, que por tal medio, podamos nosotros concebirle, igualmente, en el interior de nuestro corazon. Difíciles son, por cierto, tales virtudes en la tierra, hoy, especialmente, que la dominan la carne, la ambicion y la soberbia; mas ¿qué no hemos de poder nosotros, protegidos por vuestro brazo, cubiertos con vuestro manto, y custodiados siempre por vuestro amor? ¡Oh Madre purísima! ¡Oh Vírgen fecunda! la grandeza de vuestro privilegio sea para nosotros motivo cada vez de mayor y más fundada esperanza. Siendo Vos Madre de vuestro Dios, que lo es tambien nuestro, todo lo podeis cerca de Aquel, que fué atraido por vuestra virginidad. ¡Ah! mostrad tal poder á favor nuestro y en nuestro auxilio. Hacednos humildes por medio del conocimiento de nuestra nada, y hacednos castos en las acciones de nuestra vida; así, y siendo émulos de vuestra gloria, podremos gloriarnos con Vos misma, de ser madre de Aquel, que reconocemos por Padre, por Maestro y por Salvador acá en la tierra, y por Glorificador en los cielos.

DIA TREINTA Y UNO.

LA CORONA IMPERIAL,

Ó SEA:

EL PODER DE MARÍA.

Pete, mater mea: neque enim fas est ut avertam faciem tuam.

Pide, Madre mia, que no es razon que yo te disguste.

(III. Reg. II, 20).

Nuestra Madre santísima es, pues, aquel místico y delicioso jardin, en el cual germinaron todas las flores de las más excelsas y sublimes virtudes. Y nosotros, hijos afectuosos de tan tierna Madre, hemos recorrido aquella maravillosa morada, impulsados por el deseo de contemplarla en sus principales partes, y de recoger, de vez en cuando, algunos selectos gérmenes para plantarlos en nuestros miserables corazones, y para admirar, cuando no fuera otra cosa, el sitio donde está escrito con caractéres de fuego: *aquí, todo es intangible; venerad y enmudeced.* Y puesto que ahora vamos á salir ya de la escogida mansion, demos una última mirada al conjunto de sus sobrehumanas bellezas; y manifestando de nuevo nuestra sorpresa por sus fúlgidas Rosas, sus cándidas Azucenas, y su selecto Junquillo; publicando de nuevo nuestra admiracion por su humilde Albahaca, su afortunado Acebo y su inocente Primavera; y expresando otra vez nuestro encanto, finalmente, por su mística Verónica, su delicioso Jazmin, y su espiritual Geranio; que nuestros deslumbrados ojos no se sacien todavía de contemplar, en el interior del bosque, aquella Madreselva, que allí ufana se levanta; aquella Viudita, que allí modesta se oculta; y aquella Violeta, que allí se humilla, y que la imaginacion parece no poder olvidar. Y allí, en las vertientes del monte, vuélvase á recrear nuestra mirada en aquel Clavel, cuya

cia, y con la carne; y entónces, siendo puros, con aquella pureza que se adapta con nuestro estado; humildes, con aquella humildad que conviene á nuestro carácter de cristianos, seguros de cumplir la voluntad del Altísimo, ofreceremos á María el verdadero tributo de alabanza, de admiracion y de homenaje.

Y Vos ¡oh Madre intacta, Vírgen fecundísima! que nos habeis enseñado el ejercicio de tan sublimes virtudes con vuestros ejemplos; ¡ah! grabadlos en nuestro corazon, á fin de que ellos nos conduzcan, en algun modo, á aquella sobrehumana grandeza, á la cual Vos fuisteis encumbrada por el Altísimo. ¿No fué la pureza la que hizo de Vos el objeto de las complacencias de Dios? La pureza sea tambien, la que nos haga á nosotros agradables á nuestro Padre celestial. ¿No concebiste por medio de la humildad al Hijo del Altísimo? Haced, pues, que por tal medio, podamos nosotros concebirle, igualmente, en el interior de nuestro corazon. Difíciles son, por cierto, tales virtudes en la tierra, hoy, especialmente, que la dominan la carne, la ambicion y la soberbia; mas ¿qué no hemos de poder nosotros, protegidos por vuestro brazo, cubiertos con vuestro manto, y custodiados siempre por vuestro amor? ¡Oh Madre purísima! ¡Oh Vírgen fecunda! la grandeza de vuestro privilegio sea para nosotros motivo cada vez de mayor y más fundada esperanza. Siendo Vos Madre de vuestro Dios, que lo es tambien nuestro, todo lo podeis cerca de Aquel, que fué atraido por vuestra virginidad. ¡Ah! mostrad tal poder á favor nuestro y en nuestro auxilio. Hacednos humildes por medio del conocimiento de nuestra nada, y hacednos castos en las acciones de nuestra vida; así, y siendo émulos de vuestra gloria, podremos gloriarnos con Vos misma, de ser madre de Aquel, que reconocemos por Padre, por Maestro y por Salvador acá en la tierra, y por Glorificador en los cielos.

DIA TREINTA Y UNO.

LA CORONA IMPERIAL,

Ó SEA:

EL PODER DE MARÍA.

Pete, mater mea: neque enim fas est ut avertam faciem tuam.

Pide, Madre mia, que no es razon que yo te disguste.

(III. Reg. II, 20).

Nuestra Madre santísima es, pues, aquel místico y delicioso jardin, en el cual germinaron todas las flores de las más excelsas y sublimes virtudes. Y nosotros, hijos afectuosos de tan tierna Madre, hemos recorrido aquella maravillosa morada, impulsados por el deseo de contemplarla en sus principales partes, y de recoger, de vez en cuando, algunos selectos gérmenes para plantarlos en nuestros miserables corazones, y para admirar, cuando no fuera otra cosa, el sitio donde está escrito con caractéres de fuego: *aquí, todo es intangible; venerad y enmudeced.* Y puesto que ahora vamos á salir ya de la escogida mansion, demos una última mirada al conjunto de sus sobrehumanas bellezas; y manifestando de nuevo nuestra sorpresa por sus fúlgidas Rosas, sus cándidas Azucenas, y su selecto Junquillo; publicando de nuevo nuestra admiracion por su humilde Albahaca, su afortunado Acebo y su inocente Primavera; y expresando otra vez nuestro encanto, finalmente, por su mística Verónica, su delicioso Jazmin, y su espiritual Geranio; que nuestros deslumbrados ojos no se sacien todavía de contemplar, en el interior del bosque, aquella Madreselva, que allí ufana se levanta; aquella Viudita, que allí modesta se oculta; y aquella Violeta, que allí se humilla, y que la imaginacion parece no poder olvidar. Y allí, en las vertientes del monte, vuélvase á recrear nuestra mirada en aquel Clavel, cuya

llama enamora; en aquella Espinalba, que florece en medio de las espinas; y en aquel Eliótropo, que constantemente se eleva hácia el cielo. Contemplemos una vez más aquel Estramonio, cuyo olor me postra por tierra; aquel Girasol, que sigue al astro del dia en su movimiento diurno; aquel Iris, que abraza en sí todos los colores primordiales y secundarios que existen en la náturaleza. Y dirigiendo aún más arriba nuestro pensamiento, fijemos nuevamente los ojos en aquella Trinitaria, que descuella sobre la cumbre de aquel monte misterioso; y en las flores que la rodean, la triste Pasionaria y la fortísima Anémona. Dirijamos una última salutacion sobre las aguas del plateado riachuelo, á aquella escogida Miosotis, á aquella agradecida Campanilla, y á aquel Boton dorado. Consagremos, por fin, nuestro afecto, en el terreno reservado, á aquel Tulipan, que nos habla de la belleza; y á aquel Ranúnculo, que tan grandes misterios nos anuncia.... Mas ¿qué nuevo portento, hermanos mios, viene ahora á sorprender mi mirada? ¿Qué flor es, pues, aquella, que, habiendo pasado casi desapercibida en el decurso del presente mes, osténtase ahora la más bella, la más lozana y la más seductora? ¡Oh! acércate, graciosa florecilla; y vosotros, hermanos mios, contempladla atentamente. Por su tallo, pudierais tomarla por una cándida Azucena; por sus maravillosas hojas, pudiera pareceros un Tulipan; y considerando su figura, diríais que es obra del arte. Pero, no, hermanos mios: la naturaleza es la que ha colocado en torno de su fértil tallo, coronado de un grupo de verdísimas hojas, un doble cerco de agraciadas florecillas amarillas y purpurinas en su color, matizadas, acá, y acullá, de varias tintas admirablemente combinadas, y dispuestas de tal manera entre sí, entretejidas en las hojas con tal maestría, que vienen á figurar una rica guirnalda, una preciosa diadema. De ahí, su nombre de Corona imperial. ¡Oh nombre maravilloso! oh Corona preciosísima! tú eres la que ciñes la cabeza de nuestra Madre María, y la constituyes Reina sobre su trono; Reina de la más elevada grandeza, Reina de la más sublime potestad, Reina del imperio más admirable.

Detened, pues, almas venturosísimas, detened, repito, aún esta noche, vuestro paso en el jardin Mariano, y á la vista de esa Corona imperial, que nos está anunciando, que nuestra Madre santísima reside gloriosa al lado mismo de Dios, cual árbitra que dispone y levanta, conforta y refrigera, sostiene y defiende á cuantos imploran, postrados á sus plantas, su proteccion y defensa; pasemos á considerar esa nueva gloria de nuestra augusta Reina. Y por medio de tal consideracion, será, precisamente, como nosotros, animados con

la confianza de alcanzar de Ella aquella fortaleza que nos es necesaria para sostenernos en los peligros, defendernos en las pruebas y salvarnos en las tentaciones, nos consagraremos á su servicio con la plena oblacion de nuestro pobre corazon, cuyo acto es á sus ojos tan agradable. A. M.

Aquel alto y sublime cedro del Líbano, aquel ciprés de Sion, aquella fuerte torre de David, aquel baluarte inexpugnable, aquel ejército, que ordenado para una sangrienta batalla, destruye y aniquila cuantos reductos se oponen á su paso, dispersando y exterminando á las falanges enemigas; hé ahí, hermanos mios, los símbolos más expresivos del poder de María. Elegida, desde la eternidad, y llegando á ser, realmente, en el tiempo, la Madre del hombre Dios, esa dignidad, sin duda alguna, debía implicar respecto de la Vírgen un poder sobrehumano, excelso, incomparable; un poder, casi estoy por decir, infinito. Siendo, como es, una verdad, que el ser Madre implica cierto derecho sobre los propios hijos; una verdad debe ser, al mismo tiempo, que el ser Madre de Dios implica cierto derecho sobre el mismo Dios. De ahí, que nosotros sepamos por la sagrada Escritura, que María, por medio de esa dignidad suya, vino á revestirse de un imperio, al cual no rehusó someterse el Eterno: *et erat subditus illis*. (Luc. ii. 51.) Pues bien, mis amados hermanos; ¿cuál será, por lo tanto, el poder de Aquella, á la cual el Omnipotente se declaró sumiso? de Aquella, que posee una fuerza procedente del más sagrado de los derechos sobre Aquel que se llama, y es, en realidad, la Omnipotencia misma? Ved de ello un testimonio en el milagro de las Bodas de Caná, debido, respecto de lo intrínseco, á la virtud del Altísimo, y respecto de la ocasion, al poder de María.

No vayais á creer, por eso, mis amados hermanos, que ese derecho, concedido por la naturaleza á todas las madres de la tierra, no fuera reconocido por Aquel, que habiendo descendido del Cielo, escogió por Madre á María, y era, en realidad, Hijo de María. No, hermanos mios; y aún cuando así no os lo probara la solemne declaracion hecha por el Redentor, de que él había venido á la tierra para cumplir la ley en todas sus partes; os lo probarían aquellas bellas palabras de Salomon, que, en la persona de Cristo, dirigía á su madre, que figuraba á María. Pide, madre mia, decía él: declara tu voluntad, que no es razon que yo te deje desairada: *Neque enim fas est ut avertam faciem meam a te.* (Reg. ii. 20). Y ¿qué significa, cristianos, el afirmar, que no puede Dios dejar desairada á María? ¿Qué significa declarar, que no le es posible dejar de escuchar su voz? ¿No es eso,

acaso, reconocer en María, aquellos derechos, que procediendo de su calidad de Madre, implica respecto de Ella el más sublime poder, la más excelsa potestad? ¿No es eso declararse sumiso á sus insinuaciones, pronto á su querer, obediente á sus mandatos?

Si la existencia de tales derechos fué reconocida en María por el Altísimo, cuando, hecho hombre, realizaba la grande obra de la humana redencion; no lo fué ménos, cuando este mismo Hombre Dios, coronaba esa misma obra en la cumbre del monte de los dolores, y cuando, habiendo subido triunfante á la celestial Jerusalen, llamaba á su diestra á su Madre santísima.

Y, verdaderamente, mis amados hermanos; una vez consumada la obra de la iniquidad humana, el Hombre Dios iba á exhalar aquel grito solemne, que conmovió la naturaleza, é hizo estremecer la tierra misma sobre sus cimientos; á la sazon en que el moribundo Redentor, dirigiendo su mirada al discípulo amado, y designándole á la Vírgen, ahí tienes, le dijo, á tu Madre. ¡Oh palabras profundas! oh acentos misteriosos! oh arcano, sobre todo otro, sorprendente y sublime! Muere, pues, el Hombre Dios, consuma la grande obra del humano rescate; conviértese para todos en causa de salvacion y de vida; y, sin embargo, en aquel momento solemne, en que esa causa comun de vida debía manifestarse; en aquel momento solemne, en que esa fuente de vida debía hacerse enteramente ostensible; en aquel momento solemne, en el cual, el Redentor dirigiéndose á Juan, hubiera debido decirle: mira, en mí tienes á tu Padre amoroso, á aquel que, solamente, puede interceder por ti cerca del divino Generador; en aquel momento, repito ¡oh cristianos! no se nos indica á otro que á una mujer; no se nos encomienda á otro que á María. Y ¿qué acentos son esos, pues, del Redentor agonizante? ¡Ah! mis amados hermanos; esos son los acentos de un Hijo, que confiesa en el momento más solemne su dependencia de la Madre! Son los acentos de un divino Redentor, que, hallándose próximo á morir por la comun redencion, no quiere que ésta sea aplicada más que á aquellos por los cuales intercediere su Madre! Son los acentos de un Hombre Dios, que teniendo bien conocida la ingratitud de sus hijos, y previendo la cólera de que debería un dia armarse su diestra, indica el único medio poderoso para desarmarla: su Madre santísima!

Y eso sucedió así con toda razon, mis amados hermanos; y casi estoy por decir, en rigor de justicia. Como quiera que la causa única y principal de la humana Redencion fuera el Hombre Dios, no dejó de concurrir en ella, igualmente, nuestra santísima Madre;

concurrió en ella, no cual mero instrumento que dá á Cristo la carne propia para padecer, sinó aún con cierto movimiento de su propia voluntad; movimiento, que la decidió á aceptar el sublime cargo que le fué propuesto por Gabriel, y con él, todas las consecuencias inseparables del mismo; movimiento, que le comunicó tal fortaleza, hasta el punto de ofrecer Ella misma al Padre á su Hijo para redimir al hombre, segun nos lo enseñan todos los Padres de la Iglesia: *Sic Maria dilexit mundum, ut Filium suum Unigenitum daret.* (*S. Bonar. in P. Dist.* 48. *q.* 20.) De ahí, que habiendo Ella cooperado á la Redencion, no sólo con sus gracias, sino aún con sus méritos, viniera á adquirir un derecho á la aplicacion de esa Redencion misma; pudiendo así decir, á buen título, al Altísimo, que quería fueran salvos aquellos hijos, por los cuales Ella misma y su Unigénito sometiéronse á los más crueles tormentos, al martirio más inhumano y atroz. Así, cuando el Altísimo, armado de un justo enojo, disponíase á lanzar contra los impíos el dardo de su ira, y á blandir contra ellos la espada de su divino furor, bien pudo María embotar ese dardo y quebrar esa espada, é impedir los efectos de la divina indignacion. Y por tal medio se apaciguará, en efecto, el Omnipotente; el Altísimo cederá á aquella fuerza, el Eterno condescenderá con su Madre. Así, pues, si Él nos ha declarado, que se hallaba pronto á satisfacer los deseos de aquellos que le temen; si es propio de la bondad del Omnipotente, resistir al orgullo y á los soberbios; propio es, igualmente, de esa bondad misma, ceder á la humildad y á los humildes. Mas, decidme, en este punto ¿pudiera acaso haber ninguno, que sea capaz de doblegar la voluntad del Altísimo, mejor que María? ¿No fué Ella, por ventura, la que se declaró la esclava de su Señor? ¿No fué Ella, la que cantó, que el Señor había obrado á su favor cosas grandes, precisamente, porque tuvo en consideracion la humildad de su sierva? ¿No fué Ella, la que se mostró dispuesta en todo instante á cumplir la voluntad del Altísimo? ¿Qué gracia, por lo tanto, pudiera negarle su Dios? ¿Qué gracia no pudiera obtener su humilde, y á la vez soberana peticion? Si á la voz de Abigail, aplacose la cólera del enojado David; y á la de Estér, revocose el inhumano decreto de Asuero; ¿qué poder no deberán tener, pues, la voz y la súplica de María? Y si ya un día el débil brazo de una doncella israelita fué tan fuerte, que pudo con un clavo traspasar hasta el suelo el cerebro del impío Sisara; si ya en otros tiempos, encerrose en un pecho femenino el valor varonil, y el inaudito poder de cortar de un sólo golpe la cabeza del más temido de los capitanes, Holofernes, y de cortársela en su tienda misma, en medio de sus feroces guerre-

ros; ¿cuál no será la fortaleza, el poder del brazo de María, de Aquella, que empezó los combates y las victorias desde el primer instante de su vida, y que en aquel momento mismo aplastó al más poderoso de los enemigos, Lucifer? ¡Oh! regocijaos, pues, mortales, y, extasiados ante la imágen de esa Corona imperial, que simboliza el poder de nuestra Madre María, entonad himnos y cánticos de amor, de piedad y de súplica á vuestra augusta Señora, á vuestra excelsa Soberana, á vuestra poderosa Reina.

Y aquí fijaos, hermanos mios, en la consoladora prerogativa de ese mismo poder, toda vez, que si ese poder, considerado con relacion á Dios, es un poder de intercesion, un poder que obtiene cuanto pide y suplica; y, considerado respecto del Empíreo, es un poder de grandeza y de gloria, un poder que sublima á la Vírgen al trono más alto junto al de Dios, y le vale el homenaje de todos los Santos, que, sinceros y unánimes, depuestas á sus plantas sus coronas, la llaman su Reina; si ese poder, considerado respecto de los abismos, es un poder de terror, un poder que hace temblar á aquellos mónstruos á la simple invocacion de ese nombre poderosísimo; considerado con relacion á los hombres, es un poder, hermanos mios, enteramente de amor, de benevolencia, de compasion; un poder que corresponde perfectamente á los atributos de una Madre; un poder que solo se ejerce para hacer bien y auxiliar. Yo sé, que la sagrada Escritura compara á María á aquella torre, ceñida de baluartes, de la cual cuelgan mil escudos, arneses todos de valientes; á aquel ejército, que se halla ya dispuesto para la terrible batalla; y tal, ciertamente, tal es nuestra Madre para los impíos; tal para aquellos que forman causa comun con su jurado enemigo, con Lucifer; mas para aquellos que la sirven, para aquellos que la aman, y para aquellos que la buscan, ¡ah! Ella es luz que ahuyenta las tinieblas, luna que ilumina la noche, dulce céfiro que disipa las nubes. Y ahora, prescindiendo de símbolos, os diré, hermanos mios, que María es una Madre, á la cual para proteger nunca le falta voluntad, ni poder; una Madre, que visto el peligro que corren sus hijos, puede y sabe auxiliarlos; una Madre, que, una vez ha oido las súplicas de sus hijos fervorosos, puede y sabe atender á ellos al instante mismo.

¡Oh! animémonos, pues, hermanos mios, y sepamos aprovecharnos de tan piadoso poder! En las tentaciones, en los peligros y en las necesidades, recordemos que tenemos una Madre, la cual puede socorrernos, y que anhela vivamente protegernos! Hácia Ella volvamos, pues, las miradas de nuestro espíritu, los afectos de nuestro corazon. ¿Por ventura nos sentimos afligidos? ¡Oh! María será, en

tal caso, bastante poderosa para auxiliarnos, y su poder será nuestro consuelo y nuestra alegría. ¿Somos débiles? ¡Oh! María será poderosa, igualmente, para socorrernos, y su poder será nuestra fortaleza y nuestro valor. ¿Nos hallamos oprimidos por los enemigos? ¡Oh! María será poderosa para asistirnos, y su poder será nuestra ayuda y nuestra defensa. En todo estado, en toda condicion, en todo tiempo, y en toda circunstancia, recurramos á María, y con su poder satisfará nuestros deseos, y será la delicia de nuestro corazon. En las tentaciones, tendremos en María un asilo; en los peligros, María será nuestro sosten y nuestro refugio; en las enfermedades, seremos salvos por la proteccion de María; sin que hubiere enemigo tan poderoso, mal tan rebelde, ni dolor tan acerbo, que no ceda á la fortaleza de su brazo poderosísimo. Y así en el alma, como en el cuerpo, en la vida, como en la muerte, en lo presente y en lo futuro, por el poder de María seremos salvos, seremos afortunados, seremos dichosos.

Empero ¿acaso Ella, nuestra Madre santísima, no exigirá nada de nuestra parte, hermanos mios? ¿Será enteramente gratuito el esfuerzo de su brazo para conducirnos á la salvacion? ¡Ah! no nos engañemos, hasta tal punto, cristianos! Dispuesta se halla María, en efecto, á emplear en nuestro favor su maravilloso poder; mas Ella quiere, asi mismo, que correspondamos por nuestra parte de todas las maneras posibles. Ella quiere ver en nosotros una vida conforme con sus ejemplos, una alma exenta de faltas, y, especialmente, un corazon limpio, purificado y amoroso; un corazon apartado de todo pensamiento mundano, de todo deseo carnal, de todo afecto de vanidad y de soberbia; un corazon lleno de virtud, revestido de justicia, abrasado por las llamas de la más ardiente caridad. Hé ahí, hermanos mios, á que condiciones la Vírgen empleará su poder á favor nuestro. Pues bien; ¿renunciaremos, por nuestra parte, á los beneficios de su proteccion, ántes que procurar que tal sea nuestra vida y tal nuestro corazon? ¿Seremos, acaso, tan insensatos, que nos privemos de tantos bienes é incurramos en tantos males? Empero, ¿cómo, me preguntareis, sin duda, de qué modo hemos de conseguir, pues, que nuestra vida y nuestro corazon sean tales? ¡Ah! mis amados hermanos; nada más fácil; todo ello no es más que obra de un sólo sacrificio; pero de un sacrificio dulce, de un sacrificio lijero, de un sacrificio suave. Arrojemos nuestros miserables corazones en aquel ardiente horno en que se abrasa el corazon de nuestra Madre santísima; ofrezcámosle á Ella, con nuestros corazones, nuestra vida; y así seremos tales, cuales nos quiere la Vírgen para hacernos dig-

nos de su poderosa mediacion. ¡Oh! ¡qué contento no experimentaremos permaneciendo encerrados en aquel horno! ¡Oh! ¡qué benéficos influjos recibiremos de nuestra Madre amorosa! Pues bien; ¿á qué más dilaciones, mis amados hermanos? Postrémonos, sí, postrémonos, desde luego, á las plantas de María, y con los suspiros más ardientes, los afectos más amorosos, y las lágrimas más sinceras, hagamos ese solemne sacrificio, ese holocausto de amor. Depositemos en manos de María nuestro pobre corazon; en ellas se purificará de toda mancha, se revestirá de las más sublimes virtudes: en ellas se hará fuerte en los peligros, firme en los asaltos, invulnerable á los golpes de sus crueles enemigos: en ellas, finalmente, hallará aquel poder de patrocinio, aquella eficacia de proteccion, que sabrá hacerlo terrible á los enemigos, agradable á los santos, digno de la complacencia misma de Dios.

Hénos, pues, oh María, hénos aquí á vuestras plantas amorosas; hénos aquí en actitud suplicante delante de vuestro trono. Vos nos veis ¡oh Madre nuestra amorosa! Vos nos veis con nuestros miserables corazones en la mano. Estos corazones los deponemos sobre vuestra ara sagrada, los entregamos en vuestras manos santísimas. Hénos, pues, ¡oh María! dispuestos á pronunciar la fórmula solemne, el solemne juramento. ¡Ah! sostenednos en este acto! haced que sean verdaderas nuestras palabras, firmes nuestras resoluciones, y que nos sean agradables nuestros sacrificios! Miradnos como Madre, escuchadnos como Madre, y bendecidnos como Madre. Somos devotos vuestros, que os proclamamos nuestra Patrona; súbditos, que os llamamos nuestra Reina; somos hijos, que para daros la porcion más escogida de nosotros mismos, nuestro corazon, os invocamos de la siguiente manera:

OFRECIMIENTO DEL CORAZON.

¡Santísima Vírgen, Madre de Dios, María! nosotros, bien que pecadores indignísimos, postrados á vuestras plantas, en presencia de Dios omnipotente y de toda la corte celestial, os presentamos y os ofrecemos nuestro corazon con todos sus afectos; os lo consagramos, y queremos que sea siempre vuestro y de vuestro querido Jesús. Acep-

tad, pues, ¡oh benignísima Madre! de estos vuestros humildes siervos, el devoto ofrecimiento unido al corazon de todos los Santos; y haced, que desde este punto mismo, comencemos á vivir, y prosigamos viviendo, en lo sucesivo, únicamente para Vos, y para vuestro divino Hijo; á fin de que, viviendo de vuestro hermoso fuego en la tierra, podamos abrasarnos luego de eterno amor por Vos, allá, en el cielo, en compañía de los Angeles y de los Santos. Así sea.

FIN.

nos de su poderosa mediacion. ¡Oh! ¡qué contento no experimentaremos permaneciendo encerrados en aquel horno! ¡Oh! ¡qué benéficos influjos recibiremos de nuestra Madre amorosa! Pues bien; ¿á qué más dilaciones, mis amados hermanos? Postrémonos, sí, postrémonos, desde luego, á las plantas de María, y con los suspiros más ardientes, los afectos más amorosos, y las lágrimas más sinceras, hagamos ese solemne sacrificio, ese holocausto de amor. Depositemos en manos de María nuestro pobre corazon; en ellas se purificará de toda mancha, se revestirá de las más sublimes virtudes: en ellas se hará fuerte en los peligros, firme en los asaltos, invulnerable á los golpes de sus crueles enemigos: en ellas, finalmente, hallará aquel poder de patrocinio, aquella eficacia de proteccion, que sabrá hacerlo terrible á los enemigos, agradable á los santos, digno de la complacencia misma de Dios.

Hénos, pues, oh María, hénos aquí á vuestras plantas amorosas; hénos aquí en actitud suplicante delante de vuestro trono. Vos nos veis ¡oh Madre nuestra amorosa! Vos nos veis con nuestros miserables corazones en la mano. Estos corazones los deponemos sobre vuestra ara sagrada, los entregamos en vuestras manos santísimas. Hénos, pues, ¡oh María! dispuestos á pronunciar la fórmula solemne, el solemne juramento. ¡Ah! sostenednos en este acto! haced que sean verdaderas nuestras palabras, firmes nuestras resoluciones, y que nos sean agradables nuestros sacrificios! Miradnos como Madre, escuchadnos como Madre, y bendecidnos como Madre. Somos devotos vuestros, que os proclamamos nuestra Patrona; súbditos, que os llamamos nuestra Reina; somos hijos, que para daros la porcion más escogida de nosotros mismos, nuestro corazon, os invocamos de la siguiente manera:

OFRECIMIENTO DEL CORAZON.

¡Santísima Vírgen, Madre de Dios, María! nosotros, bien que pecadores indignísimos, postrados á vuestras plantas, en presencia de Dios omnipotente y de toda la corte celestial, os presentamos y os ofrecemos nuestro corazon con todos sus afectos; os lo consagramos, y queremos que sea siempre vuestro y de vuestro querido Jesús. Acep-

tad, pues, ¡oh benignísima Madre! de estos vuestros humildes siervos, el devoto ofrecimiento unido al corazon de todos los Santos; y haced, que desde este punto mismo, comencemos á vivir, y prosigamos viviendo, en lo sucesivo, únicamente para Vos, y para vuestro divino Hijo; á fin de que, viviendo de vuestro hermoso fuego en la tierra, podamos abrasarnos luego de eterno amor por Vos, allá, en el cielo, en compañía de los Angeles y de los Santos. Así sea.

FIN.

ÍNDICE.

		PÁG.
AL DEVOTO LECTOR.		7
Dia	I.—Introduccion.	8
Dia	II.—La Primavera, ó sea: los divinos llamamientos.	16
Dia	III.—El Junquillo, ó sea: la gracia.	24
Dia	IV.—El Geranio, ó sea: la vida cristiana.	32
Dia	V.—La Viudita, ó sea: la modestia.	41
Dia	VI.—La Maravilla, ó sea: la presencia de Dios.	51
Dia	VII.—La Azucena, ó sea: la castidad.	60
Dia	VIII.—La Violeta silvestre, ó sea: la humildad necesaria.	72
Dia	IX.—La Violeta silvestre, ó sea: la humildad útil.	80
Dia	X.—La Verónica, ó sea: la fé.	89
Dia	XI.—El Clavel, ó sea: el amor del prójimo.	98
Dia	XII.—La Campanilla, ó sea: la gratitud.	106
Dia	XIII.—La Espinalba, ó sea: la confianza.	115
Dia	XIV.—El Estramonio, ó sea: la necesidad de la oracion.	125
Dia	XV.—El Estramonio, ó sea: cualidades de la oracion.	133
Dia	XVI.—La Rosa, ó sea: el amor de Dios.	142
Dia	XVII.—El Jazmin, ó sea: la observancia de la ley.	152
Dia	XVIII.—El Eliotropo, ó sea: la santidad para todos.	161
Dia	XIX.—El Iris, ó sea: el fervor del espíritu.	170
Dia	XX.—La Madreselva, ó sea: ir en busca de Jesús.	178
Dia	XXI.—La Miosotis, ó sea: la imitacion de Jesús.	187
Dia	XXII.—La Albahaca, ó sea: la pobreza.	196
Dia	XXIII.—La Trinitaria, ó sea: el misterio de Dios uno y Trino.	204
Dia	XXIV.—El Acebo, ó sea: María auxilio de los cristianos.	214
Dia	XXV.—La Pasionaria, ó sea: las tribulaciones.	222
Dia	XXVI.—La Anémona, ó sea: la manera de llevar la cruz.	231

Dia XXVII.—Una Corona de flores, ó sea: las disposiciones para la comunion. 240
Dia XXVIII.—El Boton de oro, ó sea: las ventajas de la virtud. . 250
Dia XXIX.—El Tulipan, ó sea: la belleza de María.. 259
Dia XXX.—El Ranúnculo, ó sea: María, Madre y Vírgen. . . 267
Dia XXXI.—La Corona imperial, ó sea: el poder de María. . . 275
Ofrecimiento del corazon. 282

FIN DEL ÍNDICE.

TESORO

DE

ORATORIA SAGRADA,

Ó SEA:

BIBLIOTECA SELECTA DE PREDICADORES;

COLECCION ESCOGIDA DE SERMONES, PLÁTICAS Y OTROS DISCURSOS SACADOS DE LOS MÁS SOBRESALIENTES AUTORES NACIONALES Y EXTRANJEROS, EN ESPECIAL, MODERNOS; CONSIDERABLEMENTE AMPLIADA CON GRAN CÓPIA DE TRABAJOS ORIGINALES, SERMONES, PLANES DE SERMON, DIVISIONES, PASAJES, FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA Y SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES;

2.ª edicion corregida, ordenada y completada

POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIÁSTICOS,

BAJO LA DIRECCION

del R. P. RAMON BULDÚ,

PROVINCIAL FRANCISCANO

Agotada la primera edicion de esta obra importante, hemos felizmente terminado la primera parte de ella, bajo el título de:

DICCIONARIO APOSTÓLICO MORAL,

La cual comprende SETECIENTOS CINCO sermones completos, y dispuestos de modo, que con ayuda de los Títulos, Planes, Divisiones, etc., debidamente ordenado todo en el Indice de materias, pueden sacarse miles de discursos, repertorios íntegros para ADVIENTO, CUARESMA, etc.

Consta esta primera parte del Tesoro de Oratoria Sagrada de 12 tomos; su precio: 180 rs. vellon en rústica, y 240 rs. en pasta. Remitidos por el correo, medio real más por tomo; y 4 rs. si ha de certificarse el paquete.

Los SS. Eclesiásticos, á los cuales fuese oneroso desembolsar de

una vez, toda la suma, se les aceptarán los plazos que propongan, mediante el adelanto del valor de un tomo, y la remesa en libranza sobre el Tesoro, ó letra de fácil cobro.

AÑO PASTORAL COMPLETO;

OBRA UTILÍSIMA Á LOS SS. CURA-PÁRROCOS, Á SUS COADJUTORES, Y DEMÁS SACERDOTES QUE TIENEN CURA DE ALMAS;

ARREGLADA

POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIÁSTICOS,

BAJO LA DIRECCION

del R. P. Ramon Buldú,

PROVINCIAL FRANCISCANO;

DIVIDIDA EN DOS TRATADOS, Á SABER:

I.—Pláticas sobre los santos Evangelios para todas las dominicas del año; 3 tomos en 4.° menor; su precio: 40 rs. vn. en rústica, y 54 en pasta.

II.—Pláticas Catequísticas sobre las cuatro partes de la Doctrina cristiana, 4 tomos en 4.° menor; su precio: 52 rs. vn. en rústica, y 72 en pasta.

El precio de ambos tratados, juntamente, es el de 90 rs. vn. en rústica, y 126 rs. en pasta. Remitidos por el correo, medio real más por tomo, y otros 4 rs. si ha de certificarse el paquete.